JOSÉ LUIS

CORRAL



EL SALÓN DORADO

De Constantinopla a la España del Cid
Una novela del siglo XI

El Salón Dorado

JOSÉ LUIS CORRAL

Para Úrsula y Alejandro, mis hijos

Capítulo I

Las raíces de la aurora

1

Hacía algunas semanas que el inhóspito otoño se había presentado y con él los campos comenzaban a mostrar un aspecto descarnado. Los campesinos preparaban la siembra; había que darse prisa, puesto que pronto caerían las primeras nieves y la tierra quedaría cubierta por completo hasta la luminosa primavera.

El poblado no era demasiado grande pero prosperaba con rapidez. En lo alto de una suave colina unas doscientas cabañas se apiñaban dentro de una empalizada de madera rodeada de un talud de tierra pisada y una estacada de troncos. Una sola puerta se abría en el lado del río, al que se descendía por una amplia senda enmarcada por estacas. Junto a la orilla, un entramado de gruesos maderos sostenía una plataforma de tablas ligadas por cuerdas y clavos, conformando así un pequeño embarcadero.

Fuera de la empalizada, entre la aldea y el río, se alzaba otro grupo de casas, algunas de las cuales estaban en construcción. Alrededor de la cerca se dibujaban huertecillos donde se cultivaban coles, cebollas y ajos y un poco más lejos extensos campos de trigo, centeno, cebada y mijo. En las veredas se alineaban irregularmente filas de manzanos, ciruelos y cerezos. Más allá, unas pequeñas construcciones de barro y madera indicaban la existencia de colmenas. Amplios linares salpicaban de vez en cuando las tierras negras de cultivo.

Donde acababa el paisaje humanizado comenzaba el bosque sombrío, extensiones casi infinitas, un gigantesco océano de troncos, ramas y hojas sobre llanuras y colinas. Allí se encontraba lo desconocido, un universo de duendes, demonios y genios que ningún hombre se atrevía a desafiar en solitario. El bosque era el reino del uro, el bisonte, el lobo y el águila. Solo en primavera algunos grupos de jóvenes y adultos se adentraban unos pasos en la maleza para recoger frutos silvestres, bayas, liebres, conejos, huevos de los nidos y sobre todo troncos de madera, tan necesarios para la construcción de cabañas y barcas, utensilios de la casa y la labranza y distintos recipientes para el granero, la bodega y la cocina. Las orillas del río rebosaban de zonas pantanosas colmadas de juncales, cañaverales, cálices y nenúfares. En el

borde de la selva de robles, carpes y tilos se abrían algunos claros donde pastaba el ganado de la aldea al cuidado de adolescentes demasiado jóvenes para trabajar en los campos y demasiado inquietos como para permanecer inactivos entre las mujeres.

Juan era un niño de pelo intensamente rubio, con grandes ojos azules, muy alto para su edad. Su madre le había contado que este invierno iba a ser el noveno desde que nació. Tenía dos hermanos y una hermana. Como era todavía demasiado pequeño para ayudar a su padre y a sus dos hermanos mayores en los trabajos de labranza, se quedaba en casa con su madre y su hermana preparando las provisiones para el invierno.

Su padre se llamaba Boris. Era alto y fuerte. Una enorme cabeza de largos cabellos rubios y grises destacaba poderosa sobre sus anchos hombros, todavía no arqueados por la edad. Hijo de un soldado, había sido también soldado del príncipe Yaroslav de Kiev, a quien había servido durante diez años en las campañas contra las tribus rebeldes del norte. La madre era dulce y sutil, de larga melena rubia que cuidaba con esmero para deleite de su marido al que gustaba acariciarla pausadamente en las largas veladas a la luz del fuego del hogar; su nombre era Olga y había nacido en Kiev. Era hija de un notario que trabajaba en la plaza del mercado del *podol* de San Nicolás, cerca de las murallas de la ciudad, redactando documentos en corteza de abedul para los compradores y vendedores que atestaban el nuevo arrabal y traduciendo textos del griego al eslavo para el príncipe y los monasterios. Los padres de Juan se habían conocido a la vuelta de una expedición militar contra las tribus del norte. A pesar del resquemor del notario, que no veía con buenos ojos el matrimonio de su hija con un soldado, la boda se celebró en la iglesia de San Elías, en el *podol* nuevo de Kiev, a orillas del Dniéper.

El gran río Dniéper era considerado sagrado por todas las tribus; no solo porque a través de su curso se unían las tierras de los eslavos, sino sobre todo porque en sus aguas se había bautizado la población de Kiev en tiempos de Vladimir el Santo, que se había convertido al cristianismo tras su matrimonio con la princesa Ana, hermana del emperador bizantino Basilio II, el matador de los búlgaros, y había derribado la estatua de madera del dios pagano Perum. En honor de Vladimir, el príncipe Yaroslav había fundado el monasterio masculino de San Jorge y el femenino de Santa Irene.

Kiev era una ciudad en constante crecimiento, con cuarenta iglesias y ocho mercados, donde vivían ya más de diez veces mil personas. Había sido fundada hacía tiempo por tres hermanos eslavos llamados Kij, Sceck y Choriv, que se asentaron en una pequeña fortaleza a la que llamaron Kiev en honor del hermano mayor, en un lugar rodeado de selvas y bosques que roturaron con gran esfuerzo. Al abrigo de la fortaleza acudieron gentes de varias tribus y construyeron un pequeño caserío. Poco después acudieron dos señores procedentes del helado

mar de los suecos, de cabello rojo y piel clara, llamados Askold y Dir, compañeros del legendario varego Riurik, fundador de la ciudad de Novgorod, en el camino del norte. Estos fueron los primeros cristianos de la naciente Kiev. Todavía se veneraba allí la tumba de Askold, dentro de la iglesia de San Nicolás. Los habitantes de esta ciudad procedían de la mezcla de los descendientes de los linajes de Kij y de Askold. Con Dir y Askold vinieron otros hombres de su raza que entraron al servicio del príncipe, formando parte de su séquito. Uno de ellos, llamado Tir, había fundado el clan familiar de Boris. Desde entonces todos sus antepasados habían servido como soldados en la corte de los soberanos de Kiev. El abuelo de Juan había sido uno de los principales boyardos del séquito del príncipe Vladimir y jefe de uno de los linajes más nobles de la tribu de los rusos. Había pertenecido a la *duma*, la asamblea de grandes boyardos que asesoraba a los príncipes de Kiev en algunas de sus decisiones. Desde hacía seis generaciones la estirpe de los descendientes de Tir se había mezclado con mujeres eslavas y por las venas de su familia corría más sangre eslava que varega.

Boris, hijo segundón y, por tanto, sin derecho a la herencia paterna, había entrado al servicio del propio príncipe Yaroslav, que como pago a sus excelentes servicios militares le entregó una hacienda en la nueva *derevnja* de Bogusiav, unas veinticinco leguas al sur de Kiev, aguas abajo del gran río. A principios de un verano, el joven matrimonio se trasladó hasta la nueva aldea, donde un grupo de pioneros se había instalado unos meses antes por privilegio del príncipe. Boris había dejado el servicio de armas en la corte y había aceptado esa nueva vida como campesino tan solo por complacer a Olga. Allí nacieron los dos hijos mayores, antes de la fallida expedición contra Constantinopla, y Juan y la hija tras el regreso del padre.

Sus propiedades estaban registradas en un documento escrito en corteza de abedul firmado por el príncipe y con su sello de cera, que guardaban en una cajita de madera como el principal tesoro de la familia. No podía considerarse un potentado, aunque era por linaje hijo de un boyardo integrante de la *druzyna* del príncipe de Kiev, pero gracias a su hacienda tenía lo suficiente como para no pasar hambre, disponer de ropa de abrigo y leña para el invierno e incluso comprar algunos pequeños caprichos en el mercado semanal.

Poseía varias hectáreas de buena tierra al lado de la aldea, un huerto junto al foso y dos prados en el límite del bosque. En un lugar destacado del poblado y sobre el solar que el consejo le había adjudicado, había construido la casa con sus propias manos y la ayuda de algunos vecinos y artesanos.

Con la dote que el notario había concedido a su hija, un saquillo de monedas de plata árabes que le había dado su padre y algunos ahorros que tenía de su parte en los botines de guerra, el joven matrimonio había comprado varios animales, útiles de labranza para el campo y enseres para el hogar.

La vivienda era pequeña pero confortable. Se encontraba situada junto a la única entrada de la empalizada, limitada por una valla de tablas. En el centro del recinto estaba la casa, de una sola planta, elevada tres escalones del suelo para evitar la humedad del barro. Los muros eran de piedra trabada con hierba fresca y barro en la base, pero a la altura de la cintura se tornaban de madera, con troncos incrustados en el basamento y ligados con cuerdas, barro y paja. La única planta se cubría con cuatro grandes maderos apoyados en un pilar central que soportaban una tupida red de palos, ramas, bálago y grandes hojas secas. Todo el exterior de la vivienda estaba pintado de colores chillones; un fondo amarillo intenso predominaba sobre las franjas rojas y verdes que enmarcaban la única puerta y las dos diminutas ventanas.

En el interior, y tras un corto porche, se abría una estancia con el hogar rodeado de bancos de madera tallados. Una chimenea de piedra ocupaba una de las cuatro paredes y sobre ella colgaban varios pucheros de barro, dos lámparas de grasa con hilo de algodón, cuencos y vasijas de madera y recipientes de metal adquiridos a los mercaderes que llegaban por el río a cambio de trigo, pieles y miel. Frente al hogar, una rústica mesa de madera reunía a la familia durante la cena. Anexa a esta sala había una cámara que usaban como dormitorio; entre ambas no había puerta, para así aprovechar el calor de la chimenea, aunque la intimidad la protegía una cortina de paño gris. En la cámara se extendían dos camastros de tablas sobre los que se amontonaba heno que cambiaban con frecuencia para que estuviera siempre limpio. Un arcón de madera decorado con tiras de cuero claveteado guardaba recias mantas de piel de lobo y cordero. Al lado del arcón un sencillo armario de madera contenía el ajuar de la familia: algunos jubones blancos de lino, tres enaguas de paño fino, seis pantalones de piel de ardilla, dos chaquetas de cuero de buey, tres capas de piel de rata encerada, dos zamarras de piel de cordero, varios paños de lino y cáñamo, ocho camisas de tela, seis chaquetas de lana, cinco pares de zapatos de cuero, seis pares de zuecos de madera, tres cinturones de cuero con hebillas metálicas, una lujosa capa de marta cebellina y un abrigo de piel de oso. En un cajón sobre el armario Boris guardaba sus armas de soldado: una espada de acero franco, un hacha de combate de doble filo, un escudo de madera con el umbo de hierro, reforzado con tiras de cuero y bronce, un casco cónico con orejeras y un peto tachonado de clavos de hierro. De vez en cuando lo limpiaba meticulosamente para que no se oxidara.

Una trampilla de tablas daba acceso a una pequeña bodega excavada en el suelo con las paredes forradas de madera en la que solían pasar parte del invierno. En una alacena de la bodega se guardaban recipientes y sacos con alimentos, vasijas de arcilla repletas de cera, manteca y grasa, cajas con arenques ahumados y salados, tres docenas de quesos, seis odres de piel de oveja llenos de cerveza e hidromiel y algunas botellas de vino griego que este buen año habían podido adquirir en el mercado.

En la parte posterior de la vivienda, que se apoyaba en la empalizada, un pequeño establo

cubierto acogía a dos bueyes y tres vacas, diez ovejas, varias gallinas y cuatro cerdos. Los bueyes servían como animales de tiro para el pesado arado de madera con punta de hierro con el que el padre labraba sus campos. Entre el establo y la vivienda un altillo estrecho y alargado, al que solo podía accederse mediante una escalera de mano para evitar el saqueo de los roedores, hacía las veces de granero. Allá se guardaban los sacos de cereales y de harina, las manzanas secas, las ciruelas pasas, las ristras de ajos y cebollas y las legumbres. Bajo el granero se ubicaban el pequeño horno en el que se cocía el pan y se secaban los frutos y una amplia leñera. La cosecha de aquel verano había sido buena y habían podido terminar la construcción del granero en la parte posterior.

Hacía ya tiempo que las tierras al sur de Kiev habían sido saqueadas por las incursiones de tribus asiáticas. Ávaros, búlgaros, jázaros y magiares esquilmaron durante años las antiguas aldeas de los rus, muchas de las cuales se abandonaron. Las tribus eslavas de la cuenca del Dniéper se hallaban disgregadas en varios estados, pero el príncipe Yaroslav estaba empeñado en lograr la unión. Ordenó traducir textos jurídicos bizantinos del idioma griego al *slav* y dictó en el año 6557 desde la creación del mundo el primer código jurídico de los eslavos. Yaroslav embelleció la ciudad de Kiev, a la que quiso convertir en la segunda Constantinopla. Fundó la catedral de Santa Sofía, con el mismo nombre que la de la capital del imperio, y mandó traer artistas bizantinos para que decoraran la catedral, las iglesias y los monasterios de su ciudad a semejanza de los de Constantinopla.

La aldea de Bogusiav estaba habitada mayoritariamente por miembros de la tribu eslava de los polianos. Había sido fundada hacía ya tres veces siete inviernos por el propio Yaroslav, que, tras vencer a los pechenegos, había entregado estas tierras a grupos de colonos para que las cultivasen.

Los pechenegos, cuyo rey Kegen había sido bautizado en Roma, se habían aliado con Constantinopla tras la derrota. El general bizantino Jorge Maniakes se reveló contra el emperador Constantino IX y pidió ayuda al príncipe de Kiev para derrocarlo. Yaroslav preparó un ejército que, al mando de su hijo Vladimir, se dirigió contra Bizancio, llamando a formar parte de la expedición a aquellos a quienes había entregado tierras. El padre de Juan, por su condición de *smerdy*, formó parte de este ejército, que sufrió una gran derrota a manos de los griegos en una batalla en el mar en la que los bizantinos usaron una vez más su mortífera arma secreta que causó el pánico entre los rusos. Desde los barcos imperiales unos artilugios monstruosos dispararon bolas de fuego contra las naves de Kiev, que indefensas ante este ataque se incendiaron y desaparecieron bajo las aguas. Una tempestad acabó con lo que quedaba de la flota. Algunos

lograron alcanzar la costa y desde allí tan solo una cuarta parte del ejército pudo regresar a la patria.

Pero hacía dos años las cosas habían cambiado. Kegen fue asesinado durante una visita a Constantinopla y los caudillos de los clanes pechenegos entendieron que se trataba de un crimen ordenado por el propio emperador. Consideraron que esa traición debía vengarse y rompieron su alianza con Bizancio, enfrentándose en una batalla en las orillas del Danubio en la que el imperio salió derrotado. Yaroslav atisbó entonces la posibilidad de obtener provecho de la situación y envió una embajada a Constantinopla, intentando atraerse la amistad del debilitado emperador. La legación regresó muy pronto. Con ella venía una hija del soberano de Bizancio para contraer matrimonio con Vsevolod, uno de los hijos del príncipe de Kiev. El pacto se sellaba así, como era costumbre, a través de la sangre.

La alianza con Bizancio había permitido mantener abiertas las rutas comerciales que a través del río Dniéper enlazaban con Constantinopla, por lo que la aldea de Bogusiav era cada vez más próspera. Desde los dos últimos veranos, el número de mercaderes que acudían al mercado semanal se había incrementado de manera considerable y el consejo de ancianos había tenido que ampliar la zona de comercio desbrozando unos juncales aguas arriba del embarcadero. Al lado del nuevo mercado se estaba construyendo un *podol* con varias casas de madera, un taller de forja, una carpintería, dos almacenes, un albergue con cantina para los mercaderes y una pequeña iglesia de paredes enlucidas con cal y pintadas de blanco, celeste y amarillo.

Nuevos campos se ganaban al tupido bosque que se extendía por todas partes alrededor de las tierras de cultivo. El río había sido la única vía de contacto con otras aldeas pero hacía tan solo unos meses se había logrado acabar un camino que salía de la aldea hacia al norte y enlazaba con una de las vías que conducían a las mismas puertas de la ciudad de Kiev. Toda la comunidad estaba orgullosa de su floreciente aldea. El comercio era próspero y aumentaba día a día. Las cosechas de los últimos años habían sido espléndidas. Hacía al menos diez veranos que las plagas de langosta no habían asolado los campos. El consejo de ancianos llevaba varias semanas debatiendo nuevas ordenanzas para regular la llegada de inmigrantes procedentes del norte y del este. La costumbre obligaba a la asamblea a tomar decisiones por unanimidad y en la *mir* todavía no se había alcanzado un acuerdo. Drevlianos de los bosques del oeste, dregóviches de la cuenca del río Duina y mercaderes criviches de la fortaleza de Smolenko se habían establecido en el barrio exterior de la empalizada, e incluso uluces y tiverces del bajo Dniéper habían pedido permiso para instalarse en un segundo *podol* aguas abajo del embarcadero, junto al molino de trigo que se estaba construyendo en la orilla del río.

Los administradores de las propiedades de los grandes boyardos, que vivían en sus casonas de Kiev y nunca venían a la aldea, no veían con agrado que se acogiera a nuevos pobladores. Las tierras de los terratenientes crecían sin cesar y muchos campesinos libres se veían obligados a

ponerse bajo la protección de alguno de estos señores, sobre todo en los años de malas cosechas. Cuando se fundó la aldea todos los colonos eran hombres libres, pero desde que los boyardos recibieron haciendas del príncipe, el número de siervos crecía año a año. Los clérigos, que ejercían una gran influencia en las decisiones de la asamblea, también se mostraban reticentes a aceptar a individuos de algunas tribus, sobre todo a los radimiches y a los severianos, entre los que seguían fuertemente arraigadas las creencias en los dioses paganos.

En la última asamblea se había discutido con vehemencia sobre religión. Los clérigos no admitían el mínimo signo de politeísmo y habían acusado a algunos de los nuevos pobladores de realizar prácticas paganas. Un colono redimiche recién llegado de la región del río Soz había sido visto por varios vecinos adorando a Perum, el antiguo dios del cielo, al que había dedicado una robusta encina en una zona alejada del poblado, a cuyo pie había depositado diversas ofrendas. La encina se erguía en el borde del bosque, en la ladera de una pequeña elevación en cuya cima surgían restos arruinados de una antiquísima construcción de piedra que los clérigos identificaban como un antiguo templo pagano. Los terrenos alrededor de la colina estaban roturados, pero allí los cultivos no habían arraigado nunca; los aldeanos los consideraban malditos y evitaban pisarlos. Se decía que durante las tormentas el campesino redimiche invocaba al dios del cielo, rogando su protección. En una inspección realizada en la casa que este colono estaba construyendo en el *podol* se había encontrado, escondido bajo el tejado de ramas secas y barro, un ídolo de cuatro cabezas barbudas tallado en una rama de sauce que representaba al dios Perum y que según las viejas supercherías protegía la casa contra los rayos.

Un labrador severiano había asegurado en el mercado delante de varios testigos que ese año la cosecha iba a ser buena porque había sembrado unos ajos en honor de Mokos, la diosa de la fecundidad, y habían brotado en luna llena, lo que era una señal inequívoca de fertilidad. Ciertos colonos seguían ofreciendo culto a los espíritus de la naturaleza: unos mantenían que el bosque era sagrado y se oponían a la tala de árboles para ganar nuevas tierras de cultivo, otros consultaban a individuos a los que consideraban magos y les pedían ungüentos y amuletos contra las enfermedades o para propiciar una buena cosecha. Para los clérigos, estos casos eran muy peligrosos y de ninguna manera podían permitir que el *podol* del río se poblara de paganos que trajeran de nuevo a los falsos dioses que entre los polianos hacía ya tres generaciones que habían sido erradicados por el príncipe Vladimir.

Las reticencias de los administradores de los boyardos y el ardor de los sacerdotes no era compartido por el resto de los miembros de la asamblea. Es cierto que todos estaban bautizados, creían en el dios Jesús y habían renunciado a los dioses antiguos, pero entre ellos todavía persistían algunas viejas creencias. La mayoría portaba sobre sus pechos amuletos de cobre en forma de figuras esquemáticas que habían heredado de sus padres. Esos fetiches eran un símbolo de la familia, el nexo de unión con los antepasados, aunque representaran a los dioses ahora

olvidados. Svarog, el dios del sol, Dazbog, dios de la agricultura, Volos, protector de los ganados, Stribog, dios del viento, o el misterioso Div seguían presentes en la vida de la aldea. Quizá ya no eran los dioses poderosos y sagrados de los abuelos y tan solo se los consideraba como genios de los bosques y de las aguas, pero no había que molestarlos porque podían enviar un rayo sobre las casas, matar a los ganados con una epidemia o agostar los campos con una prolongada sequía o una plaga de langosta. Todavía eran muchos los que lucían en sus orejas los pendientes en forma de media luna creciente, emblema de la vieja religión. Pese a todo, la afluencia de nuevos colonos era beneficiosa para la aldea porque suponía nuevos brazos para la defensa y además las tierras por roturar eran ingentes.

Olga había aprendido a leer y a escribir en Kiev debido al oficio de notario de su padre y había enseñado a sus hijos el arte de la escritura. También tenía conocimientos de griego, que había estudiado con su padre, traductor de obras griegas al eslavo, y practicado con los mercaderes bizantinos que acudían a la oficina para firmar los contratos de compra y venta. Al principio Boris aceptó a regañadientes que Olga enseñara a los niños, pero pronto se convenció de que la escritura no causaba ningún mal, e incluso podría servir para que alguno de sus hijos ejerciera el lucrativo oficio de notario más adelante. Eran cuatro hermanos y la tierra que ahora poseían no daría para tantas familias, por lo que alguno debería dedicarse a otra ocupación o roturar nuevas tierras en los límites del boscaje. Por ello, asistía con agrado a las lecciones que Olga impartía a sus hijos.

Escribían en cortezas de abedules jóvenes. Con un cuchillo afilado se realizaban cuatro cortes del tamaño deseado y se incidía con profundidad en la corteza, con cuidado de no estropearla. Lentamente se introducía entre la piel y el tronco una espátula con la que se iba separando del árbol hasta sacar la pieza entera. Después se extendía el recorte entre dos pedazos de tela sobre una piedra plana y se colocaba otra encima para evitar que se curvara. A los pocos días, la corteza, seca y lisa, estaba preparada para servir por su cara interna como soporte de escritura. Una sencilla caña cortada a bisel y hendida en su centro o una pluma de ave afilada en su punta servían de instrumento de escritura. La tinta se fabricaba con una mezcla de jugo de moras silvestres, carbón vegetal y resina. A veces se utilizaba la corteza de abedul tierna, sin secar, escribiendo sobre la cara interna de la piel con un palito de punta afilada, dibujando las letras mediante pequeñas incisiones. Cuando se secaba, los trazos quedaban impresos formando parte de la misma corteza, con lo que podían conservarse permanentemente, si bien esta no podía volver a usarse en otra ocasión. Con este sistema se escribían los documentos de propiedad y las cartas: así estaba escrito el certificado de las tierras de Boris.

De los cuatro hermanos era Juan, el menor de los tres varones, quien mostraba una mejor

disposición para las letras. Olga había puesto el mismo esmero en la educación de los cuatro niños, pero la naturaleza había dotado a Juan de una mente más ágil y de una mayor habilidad; su madre se apercibió enseguida y no solo le enseñó la escritura del eslavo sino que lo instruyó en el conocimiento del idioma de los griegos.

Los largos y gélidos inviernos obligaban a los habitantes de la *derevnja* a permanecer mucho tiempo dentro de las casas. En las largas y oscuras veladas la familia se reunía en torno al fuego del hogar. Boris hablaba de sus campañas militares y Olga relataba cuentos infantiles o poemas en los que se narraban las hazañas heroicas de la tribu. En ocasiones era difícil seguir los poemas que recitaba Olga. En la aldea, con los demás niños, hablaban el lenguaje común, el *slav*, en el cual se entendían con todos, incluso con los miembros de las tribus más lejanas, pero Olga empleaba un lenguaje muy rico y variado: algunas vocales sonaban de manera distinta, unas sílabas eran mucho más cerradas que otras y los acentos y entonaciones formaban juegos muy complicados para dar musicalidad y ritmo a los poemas. La misma palabra podía tener hasta siete significados distintos, según cómo se empleara, y abundaban los adjetivos para calificar las sensaciones. Aquellas narraciones y la recitación de los poemas despertaron en Juan una avidez por conocer la sustancia de las cosas y enriquecieron su mente y su espíritu.

2

Aquella mañana había amanecido fría pero luminosa. Parecía un buen presagio, pues no abundaban los días soleados; más de la mitad de los días del año llovía o nevaba y tan solo uno de cada seis brillaba el Sol. Eran los últimos días de octubre, cuando el astro de la vida tarda en aparecer en el horizonte del alba y se esconde pronto en el del ocaso. El agua de los charcos y de las fuentes se había cristalizado la noche anterior por primera vez y ese era el aviso esperado de que los días blancos y grises tomaban el relevo a los azules y amarillos.

Hoy iba a ser un día de fiesta. El hermano mayor de Juan se casaba con la hija de un maestro carpintero del *podol* de San Vladimir. Su padre había tenido que pagar quince medidas de trigo, diez saquillos de ciruelas pasas, dos barriles de manteca de cerdo, seis lienzos de paño fino, diez monedas de plata y cuatro copas de vidrio del Rin por la novia. Los antepasados solían raptar a la novia en una ceremonia cargada de ritual bárbaro, pero desde que el cristianismo había bañado las tierras de Kiev el rapto se sustituía por la dote.

En casa todo estaba preparado para la boda que se iba a celebrar a medio día en la iglesia de Santa Irene, que la tarde anterior varias mujeres habían adornado con guirnaldas de flores y hojas y ramas de castaño. La madre de Juan había sacado del armario su mejor camisa, una blanca

festoneada en el pecho y los puños con orlas carmesíes y amarillas, y había preparado el amplio pañuelo de seda roja bordado con flores amarillas y blancas, que Boris había comprado en la ciudad de Querson, poco antes de casarse, a unos mercaderes armenios, para colocarlo sobre su cabeza durante la misa. Una amplia falda de tiras verticales en vivos colores bermellones y verdes cubría el todavía esbelto talle de Olga. Había cepillado cuidadosamente la magnífica capa de marta cebellina que Boris le había regalado como presente en la petición de matrimonio y que causaría admiración entre los asistentes a la ceremonia.

Boris tenía preparado su gran abrigo de piel de oso, pese a que no hacía todavía demasiado frío, sobre una chaqueta de piel de vaca y una camisa azul; en su cintura ceñía la espada franca con la que había combatido en los años pasados al servicio de Yaroslav. Sobre su pecho brillaba el blasón de la casa de Tir, un oso gris rampante sobre fondo azul. Juan y sus hermanos se habían vestido con sus mejores ropas, que su madre había apañado con esmero en los días anteriores.

El novio vestía unos pantalones nuevos de lana negra, una camisa confeccionada con un paño de algodón egipcio adquirido en el mercado, un caftán de tela con botones dorados y un gorro de brocado de seda festoneado con piel de marta. Un cinturón de cuero con una brillante hebilla de bronce rodeaba su cintura y sobre su pecho, colgando de una cadena de plata, lucía un amuleto tallado en un diente de morsa.

En casa la actividad era frenética desde primeras horas de la mañana. El novio había ido temprano a la *istuba* para darse un buen baño de vapor y tener así el cuerpo limpio y relajado. Varias vecinas habían ayudado a Olga y a su hija a preparar el banquete de bodas y a colocar los manjares sobre mesas en el cercado exterior de la casa. Se acercaba la hora de la ceremonia y todavía quedaban algunos detalles por ultimar.

—Vamos, mujer, rápido, hay que llegar a la iglesia antes que la novia —gritó Boris impaciente desde el umbral de la puerta.

—Ya voy, ya voy —contestó Olga—. Estoy sacando las tortas de la bodega para dejar todo preparado.

—¡Padre! —exclamó el novio visiblemente nervioso, que se había acercado a la puerta de la empalizada para contemplar la llegada del cortejo— ya suben por la cuesta desde el *podol*. Están cerca del molino de viento.

—Vamos, vamos —insistió Boris mientras empujaba a toda la familia fuera de casa.

Se dirigieron a la iglesia atravesando la calle principal. La tarde anterior había llovido un poco y había algo de barro que se amortiguaba con los haces de juncos y paja que se habían desparramado por el suelo helado esa misma mañana. Al llegar ante la iglesia el sacerdote los esperaba acompañado por dos diáconos y un grupo de chiquillos que se arremolinaban junto a la escalinata de troncos que conducía a la puerta del templo. Sobre el pórtico repicaba cantarina una campana, la misma que con tonos monocordes y espaciados servía para convocar a asamblea en

la plaza situada enfrente o, con acelerados volteos, anunciaba un peligro inminente para la aldea. El padre de Juan se dirigió al sacerdote besándole la mano y colocándosela después en la frente.

Enseguida apareció al fondo de la calle la familia de la novia, encabezada por el padre y el abuelo, a las riendas de un gran percherón que tiraba cansinamente de un carromato descubierto adornado con ramas de sauce y nenúfares. Sobre el carro, en dos pequeños bancos, iban sentadas la novia, su madre y otras mujeres de la familia. Inmediatamente detrás desfilaba un nutrido grupo de parientes, amigos y vecinos acompañados por tres músicos que tocaban una flauta, un tambor y un rabel.

Cuando se detuvieron ante la escalinata, el novio se apresuró a ayudar a descender a la novia mientras admiraba su belleza. Era una muchacha muy joven, de piel blanca y limpia como la escarcha, labios finos pero atrayentes y grandes ojos azules. Su pelo rubio había sido recién cortado por las matronas de la aldea y lo cubría con un velo de tela celeste con finas franjas negras en los bordes. Un amplio vestido blanco con bordados en azul y negro cubría todo su cuerpo, ceñido por un cinturón de finas tiras de cuero trenzadas en forma de espina de pez. De los lóbulos de sus orejas colgaban dos hermosos pendientes de oro con tres bolitas unidas por un semicírculo. Sobre su pecho brillaba un crucifijo de plata en el cual se había grabado una tosca figura de Jesucristo, muy esquematizada, con abultados ojos redondos, amplia boca y barba. En su mano derecha destacaba una gema de ámbar amarillo engastada en un anillo de plata, el regalo del novio en la petición de matrimonio. Los padres de los contrayentes se saludaron con amable cortesía y la comitiva entró en el templo.

Juan asistía a la ceremonia un tanto absorto. Le habían dicho que desde ahora su hermano mayor iba a tener su propia casa, lo que por una parte lo alegraba porque tendría más sitio en la tarima, pero también sentía que con la marcha de su hermano perdía a su mejor compañero. Lo entristecía recordar que había oído decir a su madre que los nuevos esposos querían ir a vivir a Kiev, donde un tío de la novia había instalado un taller de carpintería en el que su hermano, a quien no le atraía la vida campesina, podía trabajar como aprendiz. Boris no veía con buenos ojos que el hijo del hijo de un boyardo, y además el primogénito, quisiera dedicarse a un oficio artesanal, pero Olga lo había convencido de la necesidad de dejar al chico que decidiera por sí mismo su futuro. El propio Boris lo había hecho cuando optó por abandonar la vida de la nobleza, siempre en la guerra, y asentarse como campesino libre. Olga le había hecho ver que si el hijo de un boyardo se había convertido en labrador, el nieto de ese mismo boyardo bien podía ser un artesano. Boris, como de costumbre, se dejó convencer por los argumentos de su mujer, cuya inteligencia y claridad de ideas siempre había admirado.

La música comenzó a sonar con fuerza y Juan volvió de sus pensamientos. El orondo sacerdote hablaba a los novios ante un grueso cirio de cera y una jarra de plata llena de agua. Les decía que su matrimonio debería ser desde entonces tan puro como el agua limpia y vivificante

de la jarra y tan purificador como la llama del cirio. La novia se inclinó ante el novio y lo descalzó en señal de sumisión al marido. El sacerdote bendijo la unión y les ungió con óleo en la frente.

Tras el ritual, comenzó la fiesta. A la salida de la iglesia, los familiares lanzaron a los nuevos esposos granos de trigo, en señal de deseos de fecundidad para la pareja, y los amigos del novio les ofrendaron, con gran regocijo de todos y ante el rubor de la novia, manzanas confitadas con miel, que se consideraban afrodisíacas. Sobre largas mesas de madera hechas de tablas y troncos, en las que se habían colocado cuchillos de hierro de punta fina y cucharas de madera, se sirvieron suculentos manjares: redondos panes de mijo y trigo, cazuelas de col hervida con hierbas del bosque y grasa de cerdo aliñada con ajos fritos y cebollas, piernas de cordero asadas, filetes de buey guisados con ciruelas y manzanas, perdices grises estofadas, pollos rellenos de tocino y setas condimentados con pimienta y sal, arenques salados del mar de los suecos, escudillas de madera con *kacha*, la reconfortante sopa de cereales que tan bien preparaba Olga, jarras de cerveza agria y dulce, cántaros de *medu*, el rico hidromiel fermentado que tanto gustaba a las mujeres, y algunas botellas de vino griego. Varias bandejas de pasteles de mijo, castañas y miel, tartas de manzana cocida, rollos de harina frita con especias y moras, confituras de arándanos y frambuesas y un refresco hecho de aguamiel y hierbabuena hicieron las delicias de los chiquillos. En el centro de la mesa destinada a los novios se había colocado el *korobaino*, el tradicional pastel de bodas hecho con harina de trigo, manzanas, ciruelas pasas y fresas silvestres. Una gallina y un pollo habían sido guisados especialmente para los desposados. Se decía que estos dos animales proporcionaban la fecundidad necesaria para que los nuevos esposos engendraran una prole de hijos sanos y vigorosos.

Mientras los invitados comían, los tres músicos hacían sonar la flauta, el tambor y el rabel. Juan, sentado junto a su padre, contemplaba con curioso regocijo el banquete, sobre todo la codicia del pope que había celebrado el matrimonio por devorar cuantos manjares se ponían a su alcance.

—Dios es misericordioso porque ha dispuesto para disfrute del hombre tantos deleites para su boca y su estómago —mascullaba el grueso sacerdote con su ampulosa barba cana llena de migas y grasa, sin cesar de engullir un pedazo de paletilla de cordero aderezada con miel y estragón entre dos rebanadas de pan de mijo.

—Comed, buen padre, comed —lo animaba Olga mientras intercambiaba una sonrisa cómplice con su esposo.

Los niños se hartaron de golosinas y pasteles y aprovechando que los mayores estaban absortos en la danza y en la música, salieron de la aldea para ir a jugar a orillas del río. El sol había ya iniciado el descenso, pero todavía podían aprovechar unas horas de juego. Hoy era un día de alborozo y los padres no tendrían demasiado en cuenta la tardanza de los pequeños.

En la orilla del gran río, aguas abajo del pequeño embarcadero donde fondeaban varias barcazas, el agua discurría lenta, como si no quisiera abandonar aquel paisaje. El caudal había aumentado con respecto al verano, algunos años casi podía vadearse a pie durante la estación estival, pero las aguas todavía no colmaban todo el cauce. Jugaban a arrojar piedras al río, compitiendo por ver quién era el que conseguía que los guijarros lanzados con efecto circular rebotaran más veces sobre la superficie.

Juan, cansado del juego, había construido con juncos y cañas una pequeña almadía, intentando copiar una de aquellas que durante el verano descendían por la corriente cargadas de sacos y cajas. Desde la orilla y ayudándose con un largo palo, empujaba el sencillo juguete. Casi sin darse cuenta se alejó del grupo de niños que seguían compitiendo en el lanzamiento de piedras. Con los ojos clavados en su barca, soñaba con navegar algún día aguas abajo, hasta el mar que los comerciantes describían en el mercado de la aldea. Decían que el agua llegaba mucho más allá de donde abarcaba la vista y que al final del mar se encontraba la ciudad de las cúpulas doradas, de los edificios de piedra tan grandes como montañas y de calles con el suelo empedrado con losas, atestada de gentes y maravillas. La barca de juncos seguía discurriendo río abajo, la corriente la alejaba más y más de la aldea.

Unas fuertes y rugosas manos lo sujetaron con fuerza por el pecho y por la boca. Juan no podía hablar ni gritar y apenas veía lo que sucedía a su alrededor. Extrañas voces que no entendía sonaban en sus oídos enérgicas y violentas. Sintió cómo sus manos eran atadas con hábil brusquedad por detrás de su espalda, enlazadas con firmeza con una cinta de cuero que se clavaba en sus muñecas y le abrasaba la piel. Una tela áspera y oscura fue colocada en su cabeza y asida a su cuello tan tensa que le impedía gritar y dificultaba sobremanera su respiración. Alguien lo alzó en vilo y lo cargó sobre el hombro, quedando con la mitad superior de su cuerpo colgando a la espalda de aquel ser que lo portaba en volandas sujeto por las corvas.

Intentó gritar pero no pudo; la rugosa tela le oprimía los labios y el rostro y un intenso miedo le impedía articular siquiera un quejido. No entendía qué estaba pasando, ni qué decían aquellos individuos que hablaban entre sí con expresiones agrias y entrecortadas, con un tono de voz excitado y rudo. Después de varios pasos cargado sobre aquel ser maloliente fue colocado sobre los lomos de un caballo, sentado a horcajadas en una dura silla. Tras él se situó un hombre que lo sujetó con vigor por la cintura con una mano mientras con la otra asía las riendas a la vez que azuzaba con sus piernas al animal para que arrancara al galope de inmediato.

Acudieron a su cabeza las advertencias que le había hecho su madre. Había oído contar a los viejos que por los bosques erraba el espíritu de Leshy, el señor de las fieras y de los animales de las montañas; quizá fuera él quien lo había raptado y lo conducía a su guarida para comérselo.

Pensaba en el disgusto que su madre tendría cuando se enterara de que el espíritu se lo había llevado, y la angustia que adivinaba en su padre le dolía más que su propia suerte.

Cabalgó sobre el lomo del caballo durante varias horas. Un fuerte dolor se apoderó primero de su tronco, después de sus piernas y brazos y por último de su cabeza, que iba y venía contra el cuello del rocín. Tras varias horas de cabalgada, el rucio se detuvo y Juan fue arrojado al suelo sin contemplaciones. Cuando le quitaron la áspera tela de su rostro vio al fin a sus raptores. Había anochecido pero la luz de la luna iluminaba al grupo de diez o doce jinetes que lo rodeaban. Eran de estatura inferior a los de su raza, pero de anchas espaldas y fuertes hombros. Su tez amarillenta brillaba como la cera bajo el resplandor lunar. Su pelo era oscuro como la noche y lacio como las acículas de los pinos. Sus ojos pequeños y rasgados, profundos como la estepa, denotaban fiereza y crueldad. En el mercado de su aldea había visto algunas veces a hombres parecidos a esos. Procedían del este y acudían al mercado con pieles de lobos y osos y caballos, que cambiaban por trigo, lino y miel. Eran sin duda pechenegos, los enemigos de los polianos, contra los que había combatido su padre antes de nacer Juan.

En un improvisado campamento apenas se detuvieron unos instantes, los suficientes para comer un poco de queso, pan y leche fermentada y beber cerveza amarga y agua con miel. Juan rechazó la comida que le ofrecían en una escudilla de madera, pero uno de aquellos hombres lo abocó con fuerza al plato asiéndole por el cuello y aplastando su rostro en la comida. Un nauseabundo sabor agrio y rancio invadió su nariz, y sin duda hubiera vomitado los deliciosos pasteles que horas antes había comido si aún hubieran estado en su estómago.

Allí esperaban al grupo expedicionario varias decenas de hombres más. Uno de ellos, que parecía ser el jefe de la partida, levantó el brazo y profiriendo un estridente alarido ordenó ponerse en marcha. Juan montaba ahora a lomos de un tarpán, el resistente caballo de la estepa de cuello corto y cabeza pequeña, sentado a horcajadas con las manos atadas a la espalda y los pies sujetos por debajo del vientre del animal. Un pechenego cubierto por una capa de piel marrón y tocado con un gorro de cuero ribeteado de lana de cordero sujetaba las riendas desde su montura. Cabalgaban entre la espesura de castaños en fila de a uno, en absoluto silencio, solo roto por el crujir de las hojas caídas bajo las pezuñas de los caballos, el silbido del viento del otoño entre las copas de los árboles y los trinos migratorios de las abubillas, los abejarucos y los ruiseñores.

La aurora desplegaba sus raíces dibujando un resplandor ambarino en el horizonte que dejaba entrever hacia el este que pronto amanecería. Hacía frío y la humedad y el cansancio comenzaban a hacer mella en Juan, que no pudo evitar caer desvanecido sobre el cuello de su caballo. Cuando despertó era ya de día. Gruesas nubes grises cubrían el cielo y una fina lluvia comenzaba a caer sobre los castaños.

La partida de pechenegos se detenía de vez en cuando para comer y descansar. Dormían de día

ocultos en el bosque y marchaban de noche. En uno de los descansos pudo ver a varios niños parecidos a él que viajaban también con las manos atadas. Era un grupo de ocho o nueve niños y niñas, todos rubios, de piel blanca y ojos claros. Se trataba sin duda de víctimas de las correrías de los bandidos pechenegos que se adentraban en las tierras al sur de Kiev en busca de botín y de adolescentes y niños para venderlos como esclavos.

Cuánto lamentaba ahora no haber atendido las prudentes recomendaciones de sus padres. Ellos le habían advertido de los peligros que acechaban más allá de la aldea y de que algunos niños capturados por estos bandidos nunca habían regresado a sus hogares. Recordó entonces el dulce rostro de su madre, su suave cabello y sus grandes ojos azules; imaginó su delicada voz cuando lo arrullaba entre sus brazos con rumorosas canciones, aquella dulce placidez de la casa caldeada por los troncos que crepitaban en el fuego del hogar y el aroma de la madera recién cortada.

De entre todos los niños cautivos le llamó la atención uno que tenía su misma edad y que lloraba desconsoladamente pero en silencio. Un bandido se ensañó con él y le propinó varios golpes con el dorso de la mano en el rostro y en la cabeza, profiriendo a la vez unos agudos gritos. Cuando aquel ser cruel se alejó, Juan fijó sus ojos en los del niño maltratado e intentó transmitirle con la mirada un gesto de compasión. Ni siquiera sabía si podría entenderle, pero eso era por el momento imposible de averiguar, pues los pechenegos impedían cualquier contacto entre los cautivos y no dudaban en golpear con brutalidad a quien osaba tan siquiera intentar hablar. Si su padre estuviera allí, pensó, haría pedazos con su espada reluciente a estos malhechores, igual que, como se contaba en algunos poemas y canciones, hizo el príncipe Yaroslav en una batalla con individuos de esta misma tribu.

Tuvo que acostumbrarse a comer cuando le daban comida, a beber cuando le ofrecían agua, a evacuar el cuerpo cuando se lo permitían y a abrigarse cuando le proporcionaban una piel; todo lo ordenaba con meticulosa regularidad el jefe de la partida, un hombre de aspecto fiero y de ojos fríos y duros como el acero. Cabalgaron a lomos de los caballos durante varios días, siempre por veredas ocultas, evitando el contacto con aldeas y la proximidad a los ríos. Abandonaron pronto las tierras negras y esponjosas y los tupidos bosques de castaños y sauces para atravesar praderas de color amarillo oscuro salpicadas de sauces, álamos y cañaverales, y grandes llanuras en las que destacaban las burbujas de tierra de las madrigueras de las marmotas y las manadas de antílopes saigas que se movían inquietas cuando el viento les transportaba el olor del hombre. Se acercaban a las charcas para abrevar a los caballos, aunque en algunas de ellas los animales rehusaban beber a causa del intenso olor a almizcle que la abundancia de ratones almizcleros impregnaba en el agua. Exploradores que iban y venían sin cesar abrían el camino a los demás y preparaban el lugar donde ocultarse en las horas centrales del día.

Tras una semana de marcha entre bosques y pastizales llegaron a un terreno de tierra parda, cubierta de pequeños matojos, que les condujo a la desembocadura del Dniéper. Un amplio

estuario de zonas pantanosas pobladas de juncos y cañas en donde anidaban las langostas se abría profundo hacia el mar. A Juan le pareció una inmensa pradera de agua rizada por el viento, que se extendía hasta más allá de donde sus ojos podían atisbar. Recordó que al otro lado estaba la ciudad dorada, de la que tanto había oído hablar a los mercaderes en su aldea. Durante los días de marcha nadie habló con él, tan solo le proporcionaron algo de comida, que al principio rechazó pero que tras tres días ingirió con avidez pese a su fuerte sabor, una ración de agua y una sucia piel engrasada, de olor repelente, para protegerse del frío y de la lluvia.

Cuando divisaron las desiertas playas del estuario Juan tenía llagas profundas entre las piernas, fuertes dolores en el cuello y en las rodillas y una permanente tos ronca. Sus cabellos estaban pegajosos y grasientos y todo su cuerpo desprendía un hálito acre. Habían llegado a últimas horas de la tarde, muy cansados porque no se habían detenido para dormir. Por primera vez, todos los niños cautivos fueron colocados juntos, al pie de una duna que ocultaba el mar, sentados dándose la espalda unos a otros y con las muñecas entrelazadas y ambos pies firmemente atados. Formaban un círculo en torno a una estaca a la que se sujetaban las correas de sus muñecas. Eran nueve en total.

Bandadas de grullas volaban hacia el sur. Juan las seguía con los ojos hasta que se perdían más allá del mar. Un grupo de pechenegos se alejó al galope por la playa mientras los guardias se colocaban en lo alto de la duna, distanciados varios pasos del grupo de cautivos. A la izquierda de Juan estaba el niño al que uno de los bandidos había golpeado días antes con dureza en el rostro. Un hematoma en su pómulo derecho mostraba los efectos de los violentos golpes del pechenego.

—¿Entiendes mis palabras? —le preguntó Juan girando la cabeza y hablando en tono muy bajo para que no lo oyeran los guardias.

—Sí, te entiendo —respondió atribulado.

—¿De dónde eres? —volvió a preguntar Juan.

—Soy de una aldea llamada Zavnina, cerca de la ciudad de Perejaslav.

—Yo soy de Bogusiav, una aldea al sur de Kiev, me llamo Juan, ¿y tú?

—Mi nombre es Vladislav. El tuyo no parece de nuestra tierra.

—Mi padre me dio este nombre porque en la iglesia de mi aldea hay un icono de san Juan que trajeron de Constantinopla unos mercaderes. En nuestro idioma Juan se dice Iván, pero mi madre quiso mantener la forma del nombre original del santo.

En ese momento, Juan sintió un fuerte golpe en su cabeza. Dos de los guardias cayeron sobre ambos niños y los golpearon salvajemente mientras les gritaban frases incomprensibles. Los demás cautivos rompieron a llorar y a gritar aterrados. Los chillidos de los niños excitaron a los

guardias, que comenzaron a lanzar puñetazos y patadas contra todos los cautivos, que desesperados gemían y se contorsionaban sin poder esquivar los golpes. Alertado por el alboroto, acudió corriendo uno de los pechenegos que por su aspecto parecía de condición superior a la de los dos guardias. Sin mediar palabra empujó a uno de ellos ordenándole que se contuviera. La mercancía había que protegerla: un esclavo malherido o lisiado apenas tiene valor. Los guardias dejaron de golpear al instante y se retiraron a sus puestos quedando todos los cautivos contusionados y con magulladuras. Juan sabía que los golpes recibidos se debían a su conversación con Vladislav; no volvería a hablar con nadie hasta que no estuviera seguro de poder hacerlo sin recibir una lluvia de golpes. Uno de ellos había acertado en la ceja derecha de Vladislav, en la que una profunda herida en forma de punta de fecha sangraba con efusión.

Al atardecer volvieron los jinetes que habían abandonado el grupo por la mañana. El jefe dio una orden y todos se pusieron en marcha caminando por la playa. El sol caía sobre una tierra lejana más allá del mar cuando se encontraron casi de improviso ante una aldea construida junto al agua, cerca de una colina coronada por una sencilla fortificación de madera. En la orilla había un embarcadero donde varias barcas, falúas de distintos tamaños y dos galeras fondeaban en espera de partir hacia el sur. Fueron introducidos sin demora en una de las galeras. Juan pudo ver cuando embarcaba cómo el jefe de la banda pechenega recibía dos bolsas de cuero, sin duda llenas de monedas, de un personaje grueso y calvo que vestía un amplio manto de piel clara y calzaba unos extraños zapatos de fieltro rojo. Cuando los cautivos fueron alojados en cubierta, los pechenegos partieron al galope por la playa hacia el ocaso y desaparecieron tras las primeras dunas.

En la cubierta de la galera liberaron sus manos, pero sus pies siguieron sujetos con correas de cuero. Un marinero de pelo rizado y piel oscura les repartió unos pedazos de pan negro, queso y un pellejo con agua. Corría una suave brisa y el cielo había tornado hacia tonos escarlatas.

Tras una cena frugal, los niños cautivos fueron introducidos atropelladamente por una trampilla en la bodega; cayeron en un húmedo suelo de madera cubierto de sucia paja en el que las ratas reinaban por doquier.

Con dificultad porque sus pies estaban atados sin apenas separación para caminar con holgura, Juan trató de localizar a Vladislav en la oscuridad de la bodega.

—¡Vladislav, Vladislav! —susurró Juan.

—Estoy aquí —respondió una voz menuda y asustada.

Gateó hasta topar con el que ya consideraba su amigo. Al encontrarse, se abrazaron con fuerza, sollozando pero reconfortados al sentir el tacto de alguien querido. No se conocían, apenas habían entrecruzado dos palabras y algunas miradas pero se sabían amigos, amigos entrañables. Conversaron en voz baja, uno al oído del otro. Los golpes recibidos de sus

guardianes en la playa les dolían demasiado como para olvidar que la conversación entre ambos podría acarrearles serios daños. Comenzó a hablar Vladislav:

—Tengo ocho años y he sido vendido por mi padrastro a los bandidos. Mi padre era cazador de osos y castores en las montañas donde nace el sol, a varios días de marcha de mi aldea. Al poco tiempo de que yo naciera, murió en una emboscada que una banda de polovtsys, una tribu de turcos kimaks que acaban de llegar desde más allá del gran mar interior y que se llaman a sí mismos cumanos, tendió al grupo de cazadores para robarles las pieles y los caballos. Quedé al cuidado de mi madre que me trató con esmero, pero la miseria y el hambre la obligaron a casarse con un hombre rudo y desalmado. Al poco tiempo murió también mi madre, sin duda a causa de los malos tratos y los disgustos que mi padrastro le proporcionó, y me encontré solo con aquel hombre que me castigaba por cualquier causa y me obligaba a realizar duros trabajos. Un día mi padrastro me dijo que estaba cansado de alimentarme y que no era sino un estorbo y un gasto insoportable para él. A la mañana siguiente me despertó temprano y me ordenó vestirme para salir. No había amanecido cuando nos pusimos en camino hacia el sur.

»Casi al final del día llegamos a una aldea abandonada donde había acampado la partida de pechenegos que nos ha conducido hasta aquí y que huye hacia poniente ante el avance de los cumanos. Mi padrastro mantuvo una conversación con uno de ellos en una lengua extraña, durante la cual me señaló varias veces dirigiendo sumisas sonrisas al jefe de los bandidos. Tras unos tensos momentos de discusión llegaron a un acuerdo y el pechenego entregó a mi padrastro una pequeña bolsa de cuero marrón que abrió volcando el contenido en su mano izquierda. Sus ojos se encendieron de codicia cuando contemplaron una docena de monedas de plata que apretó con fuerza cerrando el puño y acercándoselo al pecho. Uno de los pechenegos se aproximó a mí y me ató con firmeza las manos a la espalda. Yo estaba tan asustado que apenas podía moverme. Contemplé cómo mi padrastro me miraba de manera desinteresada mientras giraba sobre sus pasos para marcharse. Pero no le dio tiempo a más. No había colocado la bolsa con las monedas en su cinturón cuando dos flechas se clavaron en su espalda provocándole una fuerte convulsión. Su cuerpo se arqueó hacia atrás y hacia delante en una danza frenética para acabar dando dos pasos al frente e ir a caer de bruces sobre el suelo. Su rostro se hundió en el barro y tras dos estertores quedó totalmente inmóvil. Otro pechenego se agachó para recoger la bolsa con las monedas y las flechas. Trató de quitársela, pero pese a estar muerto sus dedos seguían asidos con fuerza en torno al saquillo. El pechenego no perdió el tiempo: sacó un cuchillo corto y ancho que ocultaba en su bota y de un certero tajo cercenó los dedos de la mano, recogiendo la bolsa, no sin antes limpiarse la sangre en la zamarra de mi padrastro. Me subieron a un caballo y... —se detuvo un momento— el resto lo hemos vivido juntos.

Juan escuchó absorto el relato de Vladislav. Dos lágrimas recorrieron sus mejillas al apretar

con fuerza la cabeza del amigo sobre su pecho. El olor agrio a sudor, polvo y orines estalló en las aletas de su nariz que se ensancharon en un intento vano de inhalar aire fresco.

—Y tú, ¿cómo caíste en manos de los bandidos? —preguntó Vladislav.

Juan sintió su garganta seca y atrofiada. Reflexionó un momento antes de contestar.

—Fui capturado cerca de mi aldea por los pechenegos —dijo al fin.

—¿Eso es todo? —inquirió Vladislav.

—Eso es todo —apostilló Juan.

No quería hacer daño a su amigo. Su vida había sido feliz hasta entonces. Sus padres lo amaban y él los quería cuanto era capaz. Había tenido comida abundante, un hogar cálido y seguro y hermanos que adoraba. No podía decirle todo esto a su nuevo amigo, hubiera sido como un insulto a su desgracia.

Pese a las ratas que corrían entre sus piernas, a la fétida podredumbre de la paja, a la gélida humedad de la bodega y al convulso bamboleo de la nave, no tardaron en quedar dormidos. La cabeza de Vladislav se deslizó sobre el hombro de Juan que acarició su rostro con ternura. Un fuerte crujido los despertó. Los marineros recorrían la cubierta y los gritos que provenían desde el exterior daban a entender que la hora de partir estaba próxima. Entre las tablas del techo se filtraban unos haces de luz que anunciaban el comienzo del día. Un estruendo de remos rompió el agua y la galera se movió violentamente hacia delante. Vladislav se despabiló agitando su cabeza y se abrazó con fuerza a su compañero.

—¡El barco se mueve! —exclamó Juan.

—¿Adónde vamos? —preguntó Vladislav.

—No lo sé. Mis padres me contaron que ciertos mercaderes sin escrúpulos compran a los bandidos niños robados y los llevan hacia el sur para que sirvan como esclavos. Algunos son conducidos a Constantinopla, la mayor ciudad del mundo, donde vive el emperador en un palacio de oro. He oído a mercaderes griegos relatar cómo es esa ciudad y todos contaban maravillas.

—¿Sabes griego? —volvió a interrogar Vladislav.

—Un poco —asentó Juan con orgullo—. Mi madre me ha enseñado a leer y a escribir nuestra lengua y también muchas palabras griegas. Comerciantes bizantinos vienen a menudo a nuestro mercado, sobre todo desde que nuestro príncipe ha copiado las modas del imperio. Mi madre actúa a veces de intérprete y yo voy siempre con ella y con mi hermana. Allí he oído contar muchas cosas y he aprendido la lengua del imperio.

Vladislav prorrumpió a llorar de repente. Juan se dio cuenta de que había hablado de su madre y de su hermana con alegría, regocijándose en el recuerdo.

—Perdóname —prosiguió Juan—. No he querido herirte. Sé que tus padres han muerto, pero ahora estamos en las mismas condiciones. Ninguno de los dos tiene a nadie; bueno, nos tenemos el uno al otro.

Vladislav se apretó contra su amigo y ambos se abrazaron llorando pero consolados. Hablaron y hablaron sin cesar. Repasaron una y otra vez sus cortas vidas, sus juegos, sus gustos, sus anhelos y sus sueños, y entre ambos se fue forjando un afecto profundo y sincero. Compartían la escasa y desagradable comida que de vez en cuando un marinero les bajaba a la bodega y aprendieron el verdadero sentido de la amistad.

La galera viró al sur y atravesó una amplia bahía hasta llegar a las proximidades de la península de Crimea; entraban en aguas bizantinas. Bordearon la costa, que se alzaba multicolor. La travesía había durado dos largas jornadas; al atardecer del segundo día arribaron a puerto.

3

La trampilla se abrió y tres fornidos marineros descendieron a la bodega indicando con ademanes violentos a los niños que se levantaran. De nuevo fueron atados por las muñecas y sacados a cubierta, donde los agruparon en la amura junto a la borda.

Frente a la galera se extendía una ciudad entre las colinas y el mar, con escarpadas montañas al fondo, en torno a un enorme puerto en una bahía en forma de media luna. En varios muelles estaban amarradas decenas de galeras, barcazas y grandes naves con palos tan altos como troncos de gigantescos árboles clavados en el centro. Algunas desplegaban enormes telas pintadas a franjas de colores. Una formidable fortaleza de piedra coronaba la ciudad y desde ella descendían hasta el puerto dos líneas de murallas coronadas de almenas. Fuera de los muros, los viñedos se arracimaban en las laderas soleadas. Las hojas carmesíes se mantenían colgadas de los sarmientos, pero las ricas uvas ambarinas y rubíes ya habían sido vendimiadas. Grupos de campesinos inclinaban las puntas de los sarmientos hacia el suelo y las cubrían con tierra y heno para defender los tiernos brotes de los rigores del próximo invierno. Algo más lejos se extendían los campos de olivos y en las veredas verdecían huertecillos de melocotoneros y granados. Más allá de los viñedos y los olivares había florestas de alerces, álamos, boneteros y madroños, esmaltadas de relucientes magnolias. En las laderas más escarpadas los pinos se amontonaban escalando hasta las cumbres de las colinas. El aire era limpio y fresco y un intenso aroma a laurel, jara y jazmín lo impregnaba todo.

En el puerto, carromatos llenos de sacos, barriles y cajas iban y venían hasta los grandes barcos atracados en los muelles. Una multitud de gente entraba y salía de las tiendas y de las tabernas y bullía en un organizado caos por todas las calles que confluían en la amplia explanada que constituía la zona principal del puerto. En un muelle apartado estaban fondeados ocho grandes *dromones*, dotados de dos palos con velas cuadradas y dos filas de remeros. En los

mástiles más altos ondeaba la oriflama imperial de Bizancio. Seis de ellos, llamados *sifonóforos*, portaban en el castillo de popa un gran tubo de metal por el que escupían el fuego griego, el arma secreta que los hacía invencibles. Estaban custodiados por un destacamento de soldados guarnecidos con cotas de malla, cascos y lanzas.

—¿Esto es Constantinopla? —preguntó Vladislav.

—Creo que no —respondió Juan—. Mi padre fue una vez hasta sus puertas y la travesía por mar duró varios días. Además no se ven palacios de oro ni cúpulas doradas.

Acababan de atracar en Querson, la capital bizantina de la provincia de Crimea, el puerto más septentrional de Bizancio. Era el principal centro de mercado entre las tierras eslavas y los griegos. En Querson se recibían y distribuían todas las mercancías que desde los grandes ríos rusos se enviaban luego a Constantinopla. Aquella ciudad bizantina era una fortaleza muy bien protegida puesto que en sus almacenes se amontonaban valiosos productos en espera de ser remitidos hacia Kiev, hacia Constantinopla o hacia el legendario reino eslavo de Tmutarakán.

De la bodega tan solo salieron ocho niños. El noveno, una jovencita de larga melena, ojos acuosos y piel traslúcida, algo mayor que Juan, no se había incorporado cuando los marineros bajaron a buscarlos. Todavía estaban esperando en cubierta cuando dos hombres sacaron su cadáver envuelto en una mugrienta manta de áspera lana marrón. Un cuervo marino graznaba en lo alto del mástil y una bandada de pelícanos planeaba entre los navíos.

Los ocho supervivientes fueron bajados de la galera y conducidos por el puerto, entre copiosas cajas de arenques recién salados, listas para cargar en los barcos. En los muelles de Querson bullían eslavos de tez clara, altos y rubios, vestidos con largas casacas de cuero de vaca, magiares del Danubio de ojos pequeños y centelleantes, pelo negro brillante y anchos mostachos, con sus zamarras de piel de cordero y sus pantalones de cuero gris. Un grupo de pechenegos, a los que reconocieron por sus gorros afilados de fieltro burdo, alborotaban en la puerta de una cantina profiriendo sonoras carcajadas entre trago y trago de aguardiente de centeno. Turcos con gorros de lana guarnecida con piel y embutidos en sus ajustados trajes de cuero negro consumían vasos de humeante té. Cázaros de ojos rasgados y aspecto feroz, vestidos con chaquetas de tiras de piel y calzas hasta los muslos, con pequeños bonetes de lana encasquetados en la coronilla, cepillaban sus caballos junto a los establos. Dos judíos tocados con amplios sombreros de anchas alas y envueltos en largos vestidos de lana negra conducían una carreta colmada de cajas con vasijas de cerámica y sacos de especias, sorteando a la heterogénea multitud.

Entre aquella abigarrada amalgama de gentes, carruajes y mercancías los ochos niños esclavos fueron conducidos atados en hilera bajo la custodia de cuatro marineros y tres soldados hasta el muelle junto al que fondeaban los enormes *dromones* de guerra bizantinos. El capitán de la galera que los había llevado del estuario del Dniéper a Querson conversaba en la cubierta de un panzudo navío de carga de dos mástiles, llamado Viento del Ponto, con un hombre de aspecto

noble; tenía el pelo rubio y rizado, bien cortado, y cubría sus hombros con un capote de lana roja ribeteada con franjas amarillas.

Todos los esclavos fueron obligados a subir mientras el capitán de la galera descendía sonriente con un saquillo de monedas colgado de su cinturón. Vladislav observó en su rostro la misma codicia que había visto en los ojos de su padrastro poco antes de ser ensartado por las flechas de los pechenegos.

Aquel barco era mucho mayor que la frágil galera en la que habían viajado los dos días anteriores. Fueron instalados en la bodega con diez esclavos más, todos ellos muy jóvenes, algunos tan pequeños que apenas sabían hablar. Junto a ellos se amontonaban fardos de pieles de armiño, de castor, de marta, de zorro, de oso y de lobo. En cubierta se apilaban decenas de troncos de hayas recién cortadas en los bosques del interior de Crimea y lingotes de acero de las afamadas fundiciones de Querson. El trato de los marineros fue algo mejor y la comida más abundante. Les dieron un puñado de pequeños frutos negros con hueso, una escudilla de madera con un caldo grasiento pero templado, un buen pedazo de queso seco, una rebanada de pan y una jícara de leche agria. Era la primera vez que comían algo caliente en muchos días. El estómago de Vladislav lo agradeció entonando unos sonoros ruidos que hicieron sonreír a todos. Su herida en forma de punta de flecha ya no sangraba; un marinero le había aplicado un emplasto de algas para cortar la supuración y evitar una infección peligrosa.

El navío mercante, acompañado por otros seis más de carga y escoltados por cuatro grandes *dromones* ignívomos capitaneados por el conde del *ploimon*, la pequeña flotilla de guerra, y tres *kentarcas*, se hizo a la mar al día siguiente, una vez que recibió la autorización del arconte de la provincia del Quersoneso. Era el último convoy que ese año partía hacia Constantinopla. En apenas dos o tres semanas el invierno se echaría encima y la navegación por la costa norte del mar Negro se haría impracticable. Cuando abandonaron la bahía, la ciudad de Querson se ocultó tras las colinas. Viraron a la izquierda y las tierras de Crimea desaparecieron y la nave se encontró tan solo con la infinidad del mar.

Al segundo día permitieron salir a los esclavos a cubierta en grupos de a cuatro. El viento del suroeste retrasaba la marcha de las naves pero era un alivio para los rostros de los niños. Los delfines y las focas que nadaban junto a los barcos constituían una diversión inesperada. Un marinero les alcanzó una jarra de agua hablándoles en griego, a lo que Juan respondió dándole las gracias en el mismo idioma. El marinero, sorprendido, sujetó al niño por los hombros y zarandeándole le inquirió:

—¡Sabes hablar griego! ¿Quién eres?

—Soy Juan, hijo de Boris y de Olga, del linaje de Tir, de la tribu de los polianos —contestó con altivez.

—Vaya, vaya. Esto tiene que saberlo el capitán, le agradará —y dirigiéndose a uno de los

marineros que guardaban a los chiquillos cuando subían a cubierta le gritó—: Vigila bien a este, voy a avisar al capitán.

Momentos después regresaba acompañado del hombre del capote rojo y el cabello rizado.

—Me dice el marinero Jorge que eres eslavo y que hablas griego, ¿es cierto?

—Sí, señor —respondió raudo Juan en un griego atropellado pero seguro—, mi madre me enseñó y he oído hablar esta lengua muchas veces en el mercado de Bogusiav, mi aldea a orillas del Dniéper. También sé leer y escribir.

—Esa es una buena noticia —asentó el capitán dibujando una amplia sonrisa en sus gruesos labios curtidos por el aire y el sol marinos—, pagarán más por ti. Y también es una buena noticia para ti. Quizá no te destinen a trabajar en las minas de hierro de Satala y puedas quedarte en Constantinopla.

Una vez abajo en la bodega, Juan le contó a Vladislav la conversación con el capitán.

—No me gustaría que nos separaran —dijo Juan—. Somos amigos y debemos permanecer juntos.

—¿Es que van a hacerlo? —preguntó Vladislav con recelo.

—No —aseveró tajante Juan—. No te preocupes, nadie nos separará.

Juan sabía que no podía hacer nada si los bizantinos decidían lo contrario, pero se sintió obligado a calmar a su amigo. Era mejor así; si les quedaban muy pocos días juntos, era preferible disfrutar de su compañía sin pensar en qué ocurriría después. La ternura de Vladislav lo conmovía. Lo veía tan indefenso, tan falto de afecto, que se sentía obligado a cuidarlo y a quererlo.

Aquella noche pensó mucho en sus padres. Se preguntaba qué habrían hecho al descubrir su desaparición. Tal vez creyeran que había caído al río y se había ahogado en la corriente. Imaginaba a su madre llorando desconsolada en los brazos de su padre, a su hermana pequeña sollozando y preguntando dónde estaba él, a sus dos hermanos mayores abandonando la fiesta de bodas y buscándolo desesperadamente por las orillas. Por su descuido, un día que había comenzado rebosante de felicidad y de alegría se había convertido en una tragedia para su familia. Lamentó no haber obedecido los consejos de su madre. Sus palabras —«No te alejes nunca de la aldea, Juan, nunca. Fuera de aquí el bosque está lleno de peligros»— resonaban en sus oídos una y otra vez, golpeándole con fuerza el interior de las sienes. «No voy a ver nunca más a mis padres», se repetía con insistencia mientras en su interior se atormentaba. En un instante no pudo más y rompió a llorar en silencio con los puños apretados contra el pecho y la boca abierta como queriendo lanzar sordos alaridos de desconsuelo. Tragó saliva, que le supo amarga, y cayó rendido al lado de Vladislav. «Al menos me queda él», pensó a la vez que retiraba un mechón dorado que caía travieso sobre la frente del amigo, al lado de la herida en forma de punta de flecha que ya se había cerrado.

Navegaron por mar abierto, sin acercarse a la costa, y a los ocho días avistaron tierra. Entre dos elevaciones cubiertas de pinos se abría una brecha de apenas varios centenares de pasos de anchura por la que el mar Negro se vertía en el de Mármara y luego en el Mediterráneo. En la embocadura del estrecho del Bósforo las plácidas y remansadas aguas del mar Negro se tornaban rápidas y peligrosas. Una corriente superficial, tan intensa como la de algunos ríos, atravesaba el estrecho, por lo que hacía falta un buen conocimiento de la navegación y mucha experiencia para poder entrar sin riesgo. El comandante del convoy, que viajaba en el primero de los *dromones*, comunicó mediante señales luminosas al resto de la flotilla cómo debía realizarse la aproximación a la boca del estrecho. La maniobra era siempre delicada, y aunque los capitanes de las once naves habían atravesado muchas veces estas aguas, no siempre las condiciones eran las mismas. Un simple cambio en la velocidad o en la dirección del viento podía arrastrar de súbito a una embarcación hacia la orilla y vararla en una playa o estrellarla contra algún risco.

Brillaban como agujas de plata las estrellas en el cielo, pero en el horizonte resplandecía ya un aura que anunciaba la inmediata claridad de la mañana. El viento soplaba suave pero constante del suroeste y la corriente no era demasiado fuerte. El comandante ordenó colocar todas las naves a barlovento, con los mascarones de proa y los botalones enfilados hacia el sur. Esperó a que la luz del día permitiera vislumbrar la situación exacta de toda la flota y mandó arriar las velas de los dos mástiles. Dio orden al *protocarabos*, el piloto jefe de la nave capitana, de virar veinte grados a babor. La fila de remeros de estribor clavó con fuerza sus remos en el agua mientras los de babor los mantenían firmes sobre la superficie. El gigantesco *dromón* de ciento cincuenta pies de longitud giró lentamente hacia la izquierda y cuando alcanzó la dirección deseada las dos filas de remeros bogaron con fuerza al mismo tiempo hacia la embocadura del estrecho. Al llegar a la altura de la entrada, la corriente de agua aceleró bruscamente la marcha de la nave y los remeros alzaron los remos mientras prorrumpían en vítores al comandante.

A continuación repitió la maniobra el segundo de los navíos de la escolta, el que navegaba a poniente del convoy. Entró en el estrecho sin ninguna dificultad. Era ahora el turno de las naves de carga, más lentas y menos manejables que los formidables navíos de guerra. El primer buque era un velero de más de cien pies, de perfil panzudo y con un suntuoso castillo en la popa. Enarbolaba dos mástiles, el mayor con una vela cuadrada y pendiente de una entena colmada de jarcias, y el trinquete de proa con una vela triangular asida al mascarón. Las dos velas fueron arriadas a menos de dos millas del estrecho y la fuerza de la corriente arrastró con suavidad al mercante al interior del Bósforo. Con una maniobra similar fueron entrando uno a uno los demás barcos mercantes. El Viento del Ponto, el último de los mercantes, en el que viajaba Juan, inició el mismo movimiento, pero cuando estaba arriando velas cerca de la costa el viento varió su rumbo y se produjo un ventarrón racheado del noroeste que precipitó la nave hacia la orilla asiática de la entrada del Bósforo. El impetuoso aguaje todavía aceleró más la marcha del navío,

que parecía a punto de estrellarse contra las rocas. Un golpe simultáneo de los dos timones y el cese de la súbita ventolera colocaron la nave fuera de peligro y dentro del estrecho. El comandante de la flotilla, que había presenciado la maniobra desde el castillo de popa de su *dromón*, suspiró aliviado. En la bodega, los esclavos salieron despedidos hacia atrás y algunos se golpearon con las cajas de mercancías y los fardos de piel. Juan y Vladislav lograron asirse a tiempo a una de las orengas de la pared. Los dos *dromones* que guardaban la retaguardia penetraron sin dificultades en la corriente y la flotilla enfiló la travesía del estrecho.

Durante cinco leguas atravesaron el cordón umbilical que unía el Mediterráneo con el mar Negro. La corriente dirigía las naves hacia Constantinopla entre el zigzagueante canal que en cada recodo se abría generosamente formando pequeñas ensenadas en cuyas orillas se dibujaban blancas y ocres casitas de pescadores en pequeñas aldeas rodeadas de una exuberante vegetación de pinos, cedros y cipreses. Torres de señales construidas en madera salpicaban las cumbres de las verdes colinas que abrazaban el Bósforo. El sol de mediodía calentaba tibiamente las velas recogidas en las vergas en tanto los marineros aseguraban las badernas, baldeaban las cubiertas y preparaban las amarras para el atraque.

Capítulo II

Bajo el cielo púrpura

1

El Viento del Ponto se acercaba lentamente a la orilla. A la entrada del estuario del Cuerno de Oro el capitán ordenó arriar las velas mientras realizaba las señales obligatorias para el atraque. Los *dromones* de escolta viraron en la punta de San Demetrio en dirección al puerto de Bucoleón. Una maniobra efectuada con la rutina de lo mil veces repetido dejó la nave abarloada junto al muelle. Dos marineros lanzaron los orinques a tierra mientras otros saltaron con agilidad sobre las alabeadas tablas del embarcadero para abitar las amarras a unos postes que sobresalían de la tarima de tablones del puerto. En unos instantes el barco quedó fijado sobre el agua con tanta firmeza que apenas era perceptible el suave bamboleo de las olas.

Juan permanecía recostado en el suelo de la bodega, con las piernas agarrotadas por la inactividad y la humedad de los últimos días. Sintió que el barco se había detenido, pues, aunque no le llegaban con claridad, así lo entendía por las voces que se oían en cubierta; era claro que ya habían atracado.

Discurrió un tiempo que le pareció eterno hasta que se abrió la trampilla de la bodega. Varios marineros descendieron por la escalera de madera levantando a empellones a los jóvenes que yacían en el suelo. Uno a uno fueron sacados por la misma escalera; algunos se golpearon las piernas y las rodillas en los escalones. El capitán gritaba desde el puente del barco dando órdenes a la tripulación que se afanaba en cumplirlas con la máxima rapidez. La carga humana fue colocada en cubierta, junto a la borda de estribor. Entonces la vio por primera vez: ante sus ojos se extendía una ciudad de murallas de piedra y cúpulas doradas que alternaban con agudas torres en medio de un caserío multicolor. Un paño de fina bruma cubría todo como un sueño. No tenía ninguna duda, aquello era Constantinopla.

Habían tomado tierra en el moderno barrio de Pera, un suburbio al otro lado del Cuerno de Oro, el seguro puerto de la capital del Imperio bizantino. Pera crecía sin cesar desde que hacía más de cien años se había establecido una populosa población de comerciantes extranjeros, sobre todo italianos de Génova. La colonia de mercaderes se organizaba en torno a una empinada

colina en cuyas laderas se amontonaban casas de madera, algunas iglesias y numerosos almacenes, todo ello rodeado de murallas y torreones de piedra y ladrillo.

Alineados como un atajo de ganado, los esclavos fueron conducidos por varios guardianes armados con lanzas y dagas hasta un almacén del puerto donde se apilaban cajas de algodón, sacos de especias de Arabia y de la India, balas de lino y maderas de los bosques de Rusia, sacas llenas de frutos secos de Anatolia y Persia, cerámicas de Grecia y pieles de lobos del Cáucaso y de corderos de Astracán. Los encerraron en un habitación pequeña y sin ventanas en la que dominaba un intenso olor a curtidos. Juan se sintió aliviado aunque tenía los hombros entumecidos y los tobillos doloridos y abohetados. Apenas podía mover las piernas y sentía un cosquilleo de hormigas caminando por las venas de sus brazos. Tan solo unas rendijas en el techo permitían pasar una tenue claridad que no dejaba vislumbrar el entorno.

—¡Vladislav!, ¡Vladislav! —murmuró Juan intentando localizarlo en la oscuridad del cuarto.

—Aquí, aquí —contestó Vladislav con voz abemolada alargando los brazos para tomar las manos del amigo que venía gateando hacia él—. ¿Qué nos va a pasar ahora?

—Lo más probable es que nos vendan en el mercado o bien seamos repartidos entre compradores de esclavos que ya han realizado su encargo. En mi aldea oí contar a un mercader de Novgorov que los niños rubios y de piel blanca son muy apreciados por algunos señores del imperio y que son capaces de pagar enormes sumas de plata por ellos —dijo Juan excitado y extendiendo sus manos hacia delante hasta que logró encontrar la cara de Vladislav. Se cogieron con fuerza y se abrazaron como si fueran en ese momento los dos únicos seres humanos sobre la Tierra.

Llevaban tanto tiempo en aquel oscuro cuarto que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra y eran capaces de distinguir no solo las figuras recortadas sino incluso las facciones de los rostros. Sobre la ceja derecha de Vladislav ya había cicatrizado la herida en forma de punta de flecha. Juan dormitaba sentado en el suelo junto a una de las paredes, con la cabeza apoyada en las rodillas del amigo, cuando se abrió la puerta. Ambos despertaron de su ligero sopor contemplando una figura alta y maciza que se recortaba en el rectángulo de luz blanquecina que el vano abierto había dibujado. Un esclavo negro, muy grueso y de estatura formidable, entró en la estancia entregando a los jóvenes una hogaza de pan, las inevitables aceitunas, caldo caliente, un pedazo de tocino seco salado, unos huevos duros y una jarrita de agua. Todos deglutieron los alimentos vorazmente mientras la puerta volvía a cerrarse y la oscuridad se adueñaba de nuevo de sus ojos.

Horas después sonaron recias voces. Varios hombres armados seleccionaron a tres muchachos, Juan entre ellos; Vladislav se quedó dentro. En el almacén, los tres jóvenes rubios fueron desnudados por dos mujeres que les lavaron todo el cuerpo con agua tibia y jabón y les frotaron las rodillas, los codos y los pies con unas piedras porosas tan blandas que se deshacían al

contacto con la piel. Luego les friccionaron con aceite y les dieron masajes por todo el cuerpo. Por último, les untaron con bálsamos olorosos de un embriagador perfume que a Juan le recordó la fragancia de la novia el día de la boda de su hermano mayor. Un peluquero les cortó el pelo y les aplicó unos polvos terrosos y rojizos en el rostro, especialmente en los pómulos y en los labios. Sus viejas ropas fueron cambiadas por limpias túnicas blancas ajustadas a la cintura con un cíngulo azul y se calzaron con sandalias de cuero marrón oscuro.

Fueron subidos a una carreta que esperaba a la entrada del almacén y conducidos de nuevo al puerto donde habían desembarcado. Volvió a contemplar asombrado la ciudad de Constantinopla silueteada al otro lado del Cuerno de Oro. El sol lucía en lo más alto y pese a lo avanzado del otoño calentaba la piel como en la aldea del Dniéper a fines de verano. Juan pensó que quizá había dormido varios meses.

Constantinopla brillaba esplendorosa y cuajada de luz. Frente a la barcaza que los transportaba desde el barrio de Pera se ofrecía ante sus ojos la ciudad más maravillosa del universo. Pensó en su pequeña aldea, en la sencilla empalizada de troncos, en el humilde embarcadero a orillas del río, en su familia. Recordó que su padre había participado en una expedición de los rusos contra el imperio, pero que nunca alcanzó a ver la ciudad soñada: y él estaba allí.

La travesía del estuario era corta, de apenas unos minutos. Juan volvió sus ojos al suburbio que dejaba atrás. En el almacén había quedado Vladislav; los habían separado tan deprisa que no habían tenido ocasión de decirse nada. Quizá no volvería a ver nunca más a su amigo. ¿Qué sería de él?, ¿a dónde lo llevarían? ¡Estaba tan indefenso, era tan delicado y necesitaba tanto afecto! Una lágrima cristalina recorrió las mejillas de Juan al alejarse de la orilla. Sabía que un abismo se estaba abriendo entre los dos amigos y nada podía hacer por evitarlo.

En uno de los múltiples puertos de la otra orilla esperaban varios personajes vestidos de negro y tocados con altos y cilíndricos gorros de fieltro que a Juan le recordaron al viejo pope de su aldea, pero mucho más serios y solemnes y, sobre todo, más limpios. Uno de ellos, de cuidadas barbas encanecidas y rostro enjuto, se dirigió a los tres niños en eslavo:

—Hijos, acabáis de llegar a Constantinopla, la capital del imperio. Habéis hecho un largo y peligroso viaje hasta aquí, pero desde estos momentos estáis seguros. Mi nombre es Demetrio y soy el bibliotecario de su beatitud Miguel, patriarca ecuménico, a cuyo servicio pertenecéis desde estos momentos.

Hablaba en dialecto eslavo del sur y para Juan fue muy grato escuchar su lengua en boca de aquel personaje que rezumaba santidad. Con un acento suave que contrastaba con su rostro adusto y su perfil severo, pero de ojos limpios y pacíficos, les acababa de anunciar que estaban en el centro del mundo.

—¿Quién de vosotros tres es el que sabe griego? —preguntó con tono pausado el clérigo de barba encanecida.

—Soy yo, Juan, hijo de Boris, de la estirpe de Tir —dijo en griego con firmeza mientras adelantaba un paso.

—Bien, Juan, serás muy útil —sentenció el clérigo.

De inmediato subieron a unos carros que se pusieron en marcha a través de la ciudad. Juan contemplaba atónito el ir y venir de miles de gentes entre las casas de madera hacinadas en la ladera que descendía desde la empinada colina hasta el estuario. Atravesaron los muelles en los que marineros y estibadores trasegaban toda clase de mercancías de naves procedentes de todo el mundo. De un navío con un mástil central y una vela cuadrada recogida en la entena con gruesas badernas bajaban cajas de madera ensogadas con lino del Peloponeso y papel de Dalmacia que eran apiladas con todo cuidado en la orilla del puerto; de otro barco se descargaban con cuerdas y poleas barriles de cerveza y fardos de lino del Danubio; de un tercero, sacas de especias y balas de algodón de Oriente.

Giraron a la derecha, dejando atrás la avenida de los puertos que corría paralela al exterior de las murallas, y por la Puerta de Platea se introdujeron por unas calles estrechas atiborradas de tiendas y mercadillos que exhibían sus productos en los portales desde donde los comerciantes gritaban las excelencias de sus mercancías. Un grupo de tiendas presentaba sacos colmados de especias de múltiples colores: el azafrán amarillo y bermellón, el amomo medicinal, el anacardo molido de las riberas del Ganges, el ajonjolí en grano y la pimienta negra de la India, la canela castaña de las islas del mar del sur, el cardamomo grana del paraíso, el áloe amargo de Grecia, el odorífero clavo albazano de Irán, la mostaza y la pimienta verde de las Molucas, el cinamomo, el maná y el macis del Yemen, el jengibre medicinal de Anatolia, el rojo pimentón de Egipto y la nuez moscada de Arabia rivalizaban en olores y colores en el mercado de las especias. A continuación, en otro grupo de tiendas, se vendían tan solo perfumes exóticos y delicados ungüentos.

Ascendieron por una calle empinada en la que los concurridos comercios, las tiendas y los bazares dejaron paso a casitas de madera pintadas en vivos y chillones amarillos y anaranjados, de amplios ventanales abiertos hacia Pera y el Cuerno de Oro: era el barrio de los venecianos, cada vez más influyentes en el tráfico comercial de la ciudad. Atravesaron después un conjunto de edificios encalados con abundantes ventanas de madera pintadas en rabioso azul, donde vivían los mercaderes de Amalfi. Dejaron a su izquierda las cuidadas casas ocres y sepias de los pisanos. Recorrieron las callejuelas semidesiertas del viejo barrio de los genoveses, que se estaban trasladando en masa al suburbio de Pera. Algunos mercaderes árabes habían comprado casas y se habían instalado en ellas, cerca de la recién remozada mezquita que desde hacía más de trescientos años se les había permitido construir en el barrio de Estrategion. Por fin, llegaron

ante un muro almenado de ladrillo rojizo que bordearon hasta un portal entre dos lienzos de altas tapias. La puerta se abrió a los gritos del conductor del primero de los carros y penetraron en una amplia explanada salpicada de árboles y rodeada de variados edificios.

—Esta va a ser vuestra morada desde ahora —dijo Demetrio—. Os encontráis en el sacro recinto del complejo de la iglesia de la Sagrada Sabiduría. Haced todo cuanto se os ordene y vuestra vida será fácil y llevadera, de lo contrario vuestra suerte será muy distinta. Habéis sido muy afortunados por haber venido aquí. Otros como vosotros están trabajando en las canteras de mármol de Grecia o en las minas de hierro de Asia. Dad gracias a Dios por vuestra fortuna y rogad para que no cambie. De inmediato seréis instalados en las dependencias para los siervos y se os dirá cuáles van a ser vuestras obligaciones. Aprended rápido y todo irá bien. El que no sea cristiano será bautizado.

Los tres jóvenes se miraron con desconcierto a la vez que eran introducidos en un edificio de aspecto descuidado a través de un largo y estrecho pasillo. Salieron a un patio donde varios criados los estaban esperando. Uno de ellos, que parecía el encargado del grupo, los saludó en eslavo:

—Sed bienvenidos, hermanos. Me llamo Basilio y soy el jefe de los siervos, y de raza eslava como vosotros. Me debéis obediencia y respeto y nada de cuanto hagáis debe ser desconocido para mí. De ello depende en buena medida vuestra estancia en este palacio, vuestra felicidad o vuestra desgracia.

Hablaba con aire ufano, seguro de su poder y de que nadie entre los criados le discutía su autoridad. Junto a él se arremolinaban varios muchachos de distintas edades y tipos. Había dos negros de miembros alargados y nervudos, ojos saltones y pelo ensortijado, tres eslavos rubios de ojos azules y piel lechosa y dos griegos de pelo castaño rizado y grandes ojos pardos.

—¿Qué... tenemos... que hacer? —preguntó Juan con palabras que salieron de su boca tan entrecortadas y débiles que apenas se le entendió.

—Tú trabajarás en la biblioteca de palacio —asentó el tal Basilio—, eres el más joven y según se me ha comunicado sabes griego y tienes conocimientos de lectura y escritura. Vosotros dos iréis a las cocinas.

Aquello fue todo.

Fueron instalados en los aposentos reservados a los siervos y se les ofreció una cena caliente; era la primera vez que Juan comía sentado y en una mesa desde que había sido secuestrado en las cercanías de su aldea. El dormitorio de los siervos era una amplia sala en el ala norte del edificio de los servicios y la humedad abundaba pese a los rescoldos de fuego que todavía se mantenían encendidos en la pequeña chimenea con la que se caldeaba la estancia. Por la noche no hacía tanto frío como en su país, pero la mayor humedad le penetraba hasta los huesos. Echaba de menos su pequeña casa de madera, el agradable calor de su hogar, las confortables pieles con que

se cubría sobre el mullido y aromático heno y la tranquila respiración de sus hermanos. Si hubiera estado en casa se habría levantado, como cuando era más pequeño, para ir hasta la tarima de sus padres a acostarse entre ellos, para sentir la cálida suavidad de la piel de su madre y la mano rugosa pero amable del padre en su mejilla. En medio de sus pensamientos, lágrimas infantiles inundaron sus pupilas mientras sus manos asían con fuerza el borde del catre. Acostado en el camastro que el jefe de los siervos le había asignado, Juan ocultó su rostro bajo la áspera manta buscando refugio en ella.

Un individuo alto y poderoso entró con las primeras luces del alba en el dormitorio profiriendo en griego insultos y amenazas a las dos docenas de esclavos que dormían en camastros por toda la habitación. Juan se incorporó sobresaltado por los gritos y se fijó en lo que hacían sus compañeros, que diligentemente adecentaban sus catres extendiendo las mantas con cuidado. En el mismo cuarto tres muchachos sirvieron el desayuno, compuesto por trozos de pan duro, un potaje de guisantes recalentado y salchichas. Juan preguntó a uno de ellos dónde podía evacuar; el joven le señaló una puerta pero le advirtió que no fuera sin pedir permiso al que los había despertado. Antes de que lo hiciera, aquel gigante se dirigió a todos señalando que si alguien quería ir a las letrinas ese era el momento.

Estaba desayunando cuando Basilio, el jefe de los siervos, localizó a Juan con la mirada y se dirigió a él ordenándole que le siguiera. El muchacho se levantó raudo y se situó detrás de él, caminando a dos pasos de distancia. Mientras atravesaban patios y pasillos, el jefe de los siervos le indicaba qué era cada edificio y a qué se destinaba. El complejo de la Sagrada Sabiduría era enorme. Un alto muro lo aislaba del resto de la ciudad. Se ubicaba en el núcleo originario de Constantinopla, sobre una colina que dominaba el Cuerno de Oro y el Bósforo.

—Estás en la mayor ciudad del mundo, en el centro del universo —remarcó Basilio, orgulloso, sin mirar a Juan y sin dejar de andar—. Según la tradición, la primera ciudad la fundaron colonos de la polis griega de Megara. Un explorador llamado Bizas consultó el oráculo del templo de Apolo en Delfos sobre cuál era el lugar idóneo para instalar a un grupo de colonos megarenses. El oráculo le respondió que lo encontrarían frente a la ciudad de los ciegos. Bizas, sin entender el augurio, puso las naves en dirección al norte, navegando durante varios días por el mar Egeo. Recorrió las costas de Tracia y penetró en el mar de Mármara. A la entrada del Bósforo, observó la ciudad de Calcedonia, edificada unos años antes también por megarenses, en la orilla asiática del estrecho. Los primeros colonos no se habían dado cuenta de que el emplazamiento ideal se encontraba en la orilla europea, en una pequeña península. Entendió Bizas que los pioneros de Calcedonia eran los ciegos que había anunciado el oráculo y decidió fundar enfrente la nueva colonia a la que dio su nombre, llamándola Bizantion. Sobre la vieja colonia griega el emperador

Septimio Severo construyó una muralla y una gran arco triunfal y el nombre griego se latinizó como Bizancio. Pero la verdadera grandeza de la ciudad se debe a la decisión del emperador Constantino quien trescientos treinta años después del nacimiento de Cristo decidió trasladar aquí la capital del Imperio romano, fundando Nueva Roma, aunque este nombre fue sustituido pronto por el de Constantinopla, «la ciudad de Constantino». Constantino se dedicó personalmente a planificar su urbe, construyendo unas nuevas murallas y ampliando el recinto urbano. Sobre los restos del principal templo pagano levantó una basílica dedicada a Santa María y trasladó el foro a la explanada que se abría ante la Puerta de Septimio Severo. Después, otros emperadores siguieron embelleciéndola. En época de Teodosio II se comenzó la construcción de las nuevas murallas, el orgullo de los ciudadanos de Constantinopla y el mejor baluarte del imperio. Se dice que mientras las murallas estén en pie, la ciudad resistirá a cualquier invasión. Y no te quepa duda de que las murallas son eternas —afirmó volviéndose hacia Juan que, sin dejar de caminar tras Basilio, oía atento sus explicaciones y miraba a uno y otro lado cuando el jefe de los siervos interrumpía su historia para describir un edificio o señalar su función.

Un ala completa del amplio recinto estaba destinada a los siervos y esclavos, que eran más de un millar, y a los establos y caballerizas, almacenes de alimentos, cocinas, comedores, dormitorios, bodegas para el vino, hornos, molinos, almazaras y talleres del patriarcado. A continuación se encontraba el cuartel de la guardia del patriarca, encargada de su seguridad personal y del palacio; después varias casas donde habitaban los setecientos presbíteros y monjes y por último el palacio, en el que se hallaba la biblioteca, la cámara del tesoro y las oficinas, además de los aposentos privados del patriarca y de su círculo de colaboradores. En el extremo opuesto a los edificios de los siervos se alzaban majestuosas las iglesias de Santa Irene y de la Sagrada Sabiduría. Más allá había una plaza y al otro lado el palacio imperial y el hipódromo. Entre el complejo y el mar, en la ladera este de la colina, se agrupaban varias iglesias y monasterios con las escuelas y facultades de la nueva universidad.

—Aprende bien este recorrido —recalcó Basilio—, tendrás que caminarlo a partir de ahora todos los días. Mi señor Demetrio, el jefe de la biblioteca del patriarca Miguel, tiene mucho interés en ti. Cuando se enteró de que uno de los esclavos que traían en el último convoy del Quersoneso sabía griego y además leer y escribir en su lengua mostró vivos deseos por adquirirlo para el servicio de la biblioteca. Demetrio fue monje en el monasterio de San Juan de Estudios, el más prestigioso de la iglesia griega, y el patriarca lo reclamó para organizar la biblioteca por sus conocimientos de lenguas. Habla al menos diez y conoce más de veinte. Es capaz de escribir en griego, latín, árabe, arameo, eslavo y persa. Toda su vida está dedicada al estudio y su única pasión son los libros.

Accedieron a un patio salteado de cipreses y subieron por una empinada escalera hasta una amplia galería a la que daban varias puertas. Junto a una de ellas dormitaba sentado un sirviente

que se levantó raudo cuando oyó que se acercaban. Basilio golpeó con los nudillos en la puerta y la abrió lentamente mientras solicitaba permiso para entrar. Sentado ante una pequeña mesa junto a un ventanal desayunaba Demetrio, el responsable de la biblioteca del palacio patriarcal. Sobre el mantel había una fuente con un racimo de uvas a medio comer y varias galletas, una escudilla con queso fresco cubierto de miel y una jarrita de leche.

—Señor, aquí está el nuevo esclavo ruso que sabe griego —señaló con voz ronca Basilio.

—Hazlo pasar —ordenó Demetrio sin dejar de comer los ambarinos granos del dulce racimo de uva.

Basilio salió de la estancia y con un gesto de su mano le indicó a Juan que entrara.

—Ya puedes marcharte —dijo Demetrio, que había comenzado a comer el queso fresco con miel con una fina cucharilla de metal, cuando Basilio volvió a entrar con Juan—. ¡Ah!, por cierto, desde hoy este joven esclavo vivirá aquí en palacio, dispón lo necesario para que le preparen un lugar para dormir en la estancia de los sirvientes en la parte baja. Y dile al criado del pasillo que cuando termine con él lo acompañe a su nuevo aposento.

—Como ordenéis, padre —asintió Basilio inclinando la cabeza al retirarse en tanto cerraba.

Demetrio continuó comiendo mientras Juan permanecía de pie en medio de la estancia, sin apenas atreverse a respirar. Era un cuarto sencillo y sobrio pero amplio. Una cama no mucho mejor que los camastros de los siervos dentro de una pequeña alcoba, una cruz de madera, un icono de san Juan colgado de la pared junto al lecho, una mesa con dos sillitas, un estante con libros, un pequeño armario de madera, un aguamanil, un barreño y un baúl de madera con cerrajas de hierro eran los únicos enseres de la habitación.

Cuando Demetrio acabó el desayuno alzó los ojos y girando la cabeza a la derecha los fijó en Juan. El niño reconoció los ojos oscuros y penetrantes que había visto por primera vez en el muelle del Cuerno de Oro y que tan profunda impresión le habían causado. Demetrio parecía sacado de uno de aquellos iconos de rostros hieráticos y misteriosos que en su aparente inexpresividad lo decían todo. Su figura emanaba santidad y se diría que estaba rodeada de un halo que emitía un aura especial.

—Bueno, Juan —dijo Demetrio en griego—, ya sabes dónde estás. Ayer ordené a Basilio que te trajera hoy mismo ante mí. Me ha contado tu caso el capitán del barco en el que arribaste a Constantinopla desde el Quersoneso. Es muy buen amigo mío y está casado con la hija de mi hermana. En cuanto atracó el convoy en el puerto de Pera vino a decirme que viajaba a bordo un niño ruso que hablaba griego y sabía leer y escribir. Yo estoy al cuidado de la biblioteca por orden directa del patriarca, su beatitud Miguel Cerulario, el hombre más santo y probo del imperio. Mi interés por las letras es muy grande y no podía dejar pasar esta oportunidad. Hace tiempo que busco un muchacho joven, de inteligencia despierta y que sepa la lengua de los eslavos. Si tú eres quien espero, tu vida será placentera y si te gusta la cultura vivirás mucho

mejor que los miles de mendigos, libres pero miserables, que se arrastran por los barrios marginales de esta ciudad y que limosnean un pedazo de pan a las puertas de las iglesias de Constantinopla. Y ahora, dime, ¿cómo es que sabes griego y además dicen que escribir y leer?

Juan tragó saliva, aquel hombre le causaba un enorme respeto, acrecentado por lo que le había dicho Basilio, y contestó en un griego aceptable:

—Me llamo Juan, soy hijo de Boris y de Olga, del linaje de Tir. Mi tribu es la de los polianos y vivo...

—Vivías —lo interrumpió Demetrio.

—Vivía —continuó— en la aldea de Bogusiav, a orillas del Dniéper. Mi abuelo materno es notario en Kiev y mi madre me enseñó a escribir y a leer y el idioma de los griegos, que he practicado en el *podol* de mi aldea con mercaderes del imperio.

—Acércate —ordenó Demetrio con un ademán al niño, que permanecía de pie e inmóvil en el centro de la estancia.

El jefe de los bibliotecarios se dirigió a la estantería donde se amontonaban dos docenas de libros, cogió un trozo de papel, un tintero y una pluma y ordenó a Juan que escribiera alguna frase en eslavo. El niño trazó varias letras con cierta seguridad y escribió su nombre, el de sus padres y el de sus hermanos en alfabeto cirílico.

—No es mucho, pero suficiente. Pareces despierto y tienes una mente ágil e inteligente. Puede que seas el que busco.

Y volviendo a sentarse llamó al sirviente que esperaba fuera del cuarto, que entró con diligencia.

—Acompaña a este niño al dormitorio y muéstrale el sitio que le ha asignado Basilio. Tú, Juan, preséntate en la biblioteca dentro de dos horas. No vengas sin antes haberte lavado las manos, eso debes hacerlo siempre que vayas a la biblioteca. No lo olvides. Podéis marcharos.

El sirviente inclinó su cabeza ante Demetrio y propinó un golpecito en la espalda a Juan para que hiciera lo mismo.

2

Los días siguientes discurrieron lentos. Juan estaba acostumbrado a vivir en permanente contacto con la naturaleza. Su aldea estaba rodeada de campos, bosques, ríos y cielo. Su horizonte lo configuraban el bosque infinito, las lejanas colinas del oeste y el viento soplando entre los trigales, un mundo cíclico en el que la naturaleza parecía morir cada invierno y volver a la vida cada primavera. Aquí el tiempo discurría de forma diferente. Las semanas se asemejaban unas a

otras como dos gotas de rocío. Las jornadas se sucedían monótonas, tan solo alteradas por la fiesta del domingo, día en que el culto ocupaba por completo la dedicación de todo el personal.

Una mañana Juan se despertó tiritando de frío. Se asomó al ventanuco del dormitorio y observó, bajo un cielo lechoso, que había nevado copiosamente. Sin esperar a que los llamaran se calzó los zapatos de cuero negro, que le venían un poco grandes, y salió corriendo al patio. Fue estupendo volver a coger la nieve entre las manos, a sentir el frío quemándole la piel y la sangre fluir bulliciosa por las venas. Lanzó al aire un puñado de blancura y ofreció su rostro al cielo para recibir el regalo de las nubes. Por un momento imaginó estar en su país, en su aldea, y una alegre carcajada salió de su garganta por primera vez desde que abandonara su casa. Sintiéndose contemplado, alzó la cabeza hacia una de las ventanas y observó a Demetrio que lo miraba apoyado en el alféizar; creyó ver en sus labios de acero el esbozo de una sutil sonrisa.

La tarea de Juan se limitaba a recoger y limpiar los libros que los lectores consultaban a diario. La biblioteca era considerada por Demetrio como el principal tesoro y los códices eran joyas que había que cuidar con sumo esmero. En apenas un mes ya había aprendido, a fuerza de repetirlo una y otra vez en su cabeza, cuál era el sitio de los libros más solicitados y los bibliotecarios le permitían colocarlos en sus estantes, siempre bajo la supervisión de alguno de ellos. El trabajo comenzaba tras el desayuno, poco después de amanecer. A mediodía bajaba a las cocinas donde almorzaba con otros siervos. Tras la comida, que Juan se zampaba velozmente, subía de nuevo a la biblioteca. A esas horas apenas había visitas y disponía de unos momentos preciosos para ojear los libros que todavía no se habían recogido o los que estaban preparados para ser servidos. Se ejercitaba así en la lectura, repasando letras y asimilando conocimientos. A media tarde, con la luz del día ya en el ocaso y la biblioteca cerrada al público, Demetrio dedicaba una o dos horas a la educación de Juan en la lectura y en la escritura. El jefe de la biblioteca comenzaba a sentir cierto afecto hacia el niño, que se había dado cuenta de ello y hacía todo lo posible por ganarse la confianza de aquel hombre a quien cada día admiraba más.

Corría la segunda semana de diciembre. Demetrio estaba sentado junto a una ventana de la sala de lectura examinando la más reciente adquisición, una copia ilustrada con magníficas miniaturas del libro *Digenís Akritas*. La tarde anterior se la había mostrado a Juan. Se trataba de un largo poema escrito hacía medio siglo por un monje. Narraba la historia de un emir árabe que había raptado en las fronteras orientales del imperio a una doncella bizantina. Enamorado de ella, el emir se había convertido al cristianismo. Del matrimonio del emir converso y la joven nació un niño conocido como Basilio Digenís Akritas, que luchó contra los árabes en las fronteras y recibió el título de Defensor de Bizancio. Glosaba la vida de un héroe victorioso en sus luchas contra los infieles, un ejemplo a imitar por todos los cristianos; era el libro más leído en

Constantinopla. La biblioteca poseía cuatro ejemplares, pero ninguno de ellos estaba ilustrado. Este era el primero y se habían pagado por él varias monedas de oro a los monjes del monasterio de los santos Sergio y Baco, en el barrio de Bucoleón, donde se encontraba uno de los más afamados talleres de ilustradores de códices de toda la ciudad.

Demetrio pasaba una hoja con la delicadeza de la mano del galán en el rostro de su dama cuando la tranquilidad de la biblioteca se alteró con la llegada presurosa de un criado que irrumpió en la sala de lectura visiblemente nervioso. Aquel levantó los ojos ante el ruido de los pasos presurosos y clavó la mirada en el siervo, quien, ofuscado ante aquellos ojos vivos y penetrantes, se acercó a él y tras una forzada reverencia le susurró al oído que el patriarca Miguel se acercaba a la biblioteca. Demetrio cerró con cuidado el libro y llamó a Juan con una señal:

—Me acaban de comunicar que su beatitud el patriarca Miguel Cerulario viene hacia aquí. Recoge este libro y quédate al lado de la ventana. Si se te acerca o pasa junto a ti inclínate y clava una rodilla en el suelo y no te incorpores hasta que haya pasado. Si se detiene a tu lado permanece en esa postura inmóvil.

—Sí, mi señor —respondió Juan.

Unos instantes después entraba en la biblioteca Miguel Cerulario, patriarca ecuménico de Constantinopla. Demetrio se acercó y de rodillas ante él le cogió la mano derecha besando su dorso. Con una indicación Demetrio ordenó a los lectores, que a esas horas eran escasos, que abandonaran la sala. Juan permaneció quieto como una columna junto a la ventana ante la que había estado sentado momentos antes su protector. A su espalda colgaba de la pared un lienzo de tela verde claro que los bibliotecarios bizantinos colocaban en todas las bibliotecas y en todos los talleres de copistas para descansar los ojos de vez en cuando fijando en el paño la mirada.

Cerulario era un hombre más bien bajo, algo rechoncho y de rasgos fríos. Su rostro no parecía precisamente agraciado y su cuerpo y sus miembros no guardaban la proporción casi perfecta de Demetrio. Pero había algo en aquel hombre que transmitía una sensación de fuerza interior incontenible. Pese a la superior altura de Demetrio, a su halo de ascética santidad y a la nobleza de su rostro, la figura del patriarca parecía de igual magnitud que la del jefe de la biblioteca. Juan los contemplaba como a dos seres formidables, como a dos figuras sagradas, intangibles y etéreas. Caminaron juntos unos pasos, atravesaron la sala de lectura ya vacía, y el patriarca pasó ante Juan, que se arrodilló raudo, y fue a sentarse en el pupitre junto a la ventana, a la vez que invitaba a Demetrio a sentarse a su lado. Juan, apenas a tres pasos de ambos, seguía arrodillado con la cabeza hacia el suelo y los ojos fijos en el pavimento de mármol rojo veteado.

—Querido Demetrio —dijo el patriarca con voz pausada y honda a la vez que jugueteaba con un pequeño estuche que había sobre la mesa, junto a un tintero y una pluma—, hace unos meses León, arzobispo de Ocrida y metropolitano de los búlgaros, escribió por orden mía una carta a Juan, obispo de la ciudad italiana de Trani, en la que le reprochaba ciertas prácticas de la iglesia

romana, especialmente la de celebrar misa con pan ácimo, la supresión del aleluya en la Cuaresma, comer carne de animales sin degollar y no celebrar el sábado. En la misiva le exhortábamos a abjurar del rito latino por malvado y sacrílego y aceptar el rito de la iglesia oriental, el verdaderamente canónico y el que se ciñe a los textos de las Sagradas Escrituras. Esa carta, que habíamos escrito en griego, fue remitida por el obispo al cardenal Humberto de Selva Cándida, personaje siniestro que cuenta con toda la confianza del Pontífice, que la tradujo al latín, quizá tergiversando algunas de nuestras indicaciones, y la mostró al papa León IX. Este me ha remitido una larga misiva y otra igual al arzobispo León en las que nos comunica los deseos de que la Iglesia permanezca unida, perfecta, inmaculada y firme, siguiendo el ejemplo de Cristo, bajo el gobierno de Roma. Pero se atreve a descalificar y a insultar gravemente a algunos de nuestros predecesores en la sede de Constantinopla: del patriarca Eusebio dice que fue un invasor y un hereje arriano, a Macedonio lo acusa de blasfemo contra la fe, a Juliano lo señala como removedor de la Iglesia y a Eudosio, Eunomio, Demófilo y Máximo los anatemiza por herejes. Solo salva de la condena a aquellos que como Nectario se plegaron a la voluntad y a los deseos de Roma, a cuyo obispo otorga el primer lugar en la Iglesia.

»Pero lo peor es el colofón amenazante e intolerable con el que se despide. Con la cita del Evangelio de san Mateo, “Si tu mano o tu pie te induce a pecar, córtatelo y arrójalo de ti. Más te vale entrar en la vida manco o cojo que con las dos manos o los dos pies ser precipitado al fuego eterno. Y si tu ojo te induce a pecar, sácalo y arrójalo de ti. Más te vale entrar en la vida con un solo ojo que con los dos ser arrojado a la gehenna del fuego”, quiere amedrentarnos para así imponer su viciada voluntad. Roma está corrompida desde hace tiempo. El fundador de Constantinopla, el primer emperador cristiano, ya lo percibió y por eso decidió fundar Nueva Roma, una ciudad donde la fe verdadera en Cristo triunfara sobre la maldad. La ciudad del papa es corrupta; toda ella es un lupanar en el que la codicia por el dinero y el poder han inundado de una fétida podredumbre a la Iglesia. Y ahora quieren infestar con sus inmundicias a la Iglesia de Oriente. Yo he hecho todo lo posible por evitar el enfrentamiento. Acabo de enviar una carta al papa León en la que me comprometo a poner su nombre en todos los dípticos y a citarlo en los oficios si él hace lo mismo con el del patriarca de Constantinopla. Le manifiesto que la armonía en el seno de la Iglesia debe basarse en la igualdad entre los cinco patriarcados: Roma, Alejandría, Antioquía, Jerusalén y Constantinopla, aunque dos de ellos estén ahora vacantes y en manos de los musulmanes.

»La cancillería romana está enviando cartas a todos los obispos del imperio. Pedro, el patriarca de Antioquía, hombre inseguro y de poco fiar, ha recibido una misiva del papa en la que con la infantil excusa de ratificar el Credo fijado en el concilio de Nicea aboga por la unidad de la Iglesia frente a los peligros que la acechan. Para contrarrestar esas cartas sibilinas y tendenciosas, me he visto en la obligación de escribir a Pedro de Antioquía resaltando los errores de los

latinos: que introduzcan el término *Filioque* en el Credo, que usen pan ácimo en la eucaristía, que coman carne en la cuarta feria, que no celebren el sábado, que prohíban el matrimonio a los sacerdotes y que se afeiten la barba. Verás que esto último es importante para las costumbres de las iglesias de Asia, que consideran las caras sin rasurar como un símbolo de santidad y de bonhomía. Pero también hay griegos interesados en que triunfe la voluntad de Roma. El duque de Italia, el malvado Argyros, hombre sagaz pero demoníaco, está vertiendo acusaciones falsas contra mí ante el papa y el emperador. Con todo esto que ahora sabes, podrás entender la gravedad de la situación.

—¡Oh, mi Señor! —exclamó Demetrio notablemente apesadumbrado—, algo de lo que me contáis había llegado a mis oídos por ciertos rumores que circulan por palacio y por las propias manifestaciones de vuestra beatitud en público durante algunas ceremonias eclesiásticas. Os agradezco con todo mi corazón vuestra deferencia al ponerme en persona al corriente de la situación, que, en verdad, considero de una gravedad extrema. ¿Creéis —continuó Demetrio— que el emperador tomará partido por el papa? He oído comentar en algunos círculos que su majestad es proclive a aceptar la supremacía de la iglesia de Roma sobre la de Constantinopla.

—Sí, es probable —asintió Cerulario—. Constantino es un monarca débil y egoísta, más pendiente del lujo y de los placeres de la mesa y de la cama que de la religión y la política. Su única ambición es mantener su posición y seguir derrochando el tesoro imperial. Pero su propia debilidad de espíritu le hace muy vulnerable a los ataques y muy influenciable por alguien que sea más fuerte que él. Creo que no será complicado, si actuamos con habilidad y contundencia, lograr que se pliegue a los intereses del imperio y se retracte de los acuerdos que pueda tener con Roma.

—Pero ¿acaso pensáis que nuestro soberano se arriesgará a ser excomulgado por el papa? —preguntó Demetrio.

—Si eso conlleva mantener su corona, sí. Y, conociendo el apego de Constantino a los privilegios que el trono le proporciona, no tengo la menor duda de que entre la excomunión y el cetro optará por el cetro —aseveró el patriarca con absoluta seguridad—. Por nuestra parte, hay que empezar a organizar activistas que se distribuyan por los barrios de la ciudad y difundan entre la población lo que pretende el papa. Cada sacerdote, cada monje, debe ser un defensor de la Iglesia griega, de nuestra propia Iglesia. Todavía son muchos los que apoyan a Roma, por eso me vi el año pasado en la obligación de clausurar todos los templos de culto latino que existían en la ciudad y en el patriarcado. No confío en algunos de los que me rodean y tú, Demetrio, eres uno de los que considero totalmente leales a la causa de la fe. Necesito tu ayuda para preparar la respuesta. Eres un intelectual brillante, conoces los textos sagrados y hablas varias lenguas. Espero que estés conmigo.

—Podéis contar con mi lealtad y con mi persona para lo que sea preciso —asintió Demetrio.

—Sabía que no me fallarías. Continúa con tu trabajo, la biblioteca no debe quedar en ningún caso desatendida —finalizó Miguel Cerulario para levantarse y cruzar la sala acompañado por Demetrio hasta el pasillo.

Cuando el patriarca desapareció al final del corredor, Demetrio entró de nuevo en la biblioteca. Juan seguía arrodillado junto a la ventana, inmóvil como una estatua.

—Puedes levantarte, el patriarca se ha marchado —dijo Demetrio.

—Gracias señor —contestó aliviado Juan mientras se incorporaba frotándose las rodillas y las piernas, doloridas por la incómoda postura que había soportado.

—Por cierto —señaló Demetrio en un tono enérgico y contundente—, no has oído nada, ¿entendido?

—No, señor, no he oído nada —respondió Juan un tanto ofuscado.

3

La Navidad se presentó entre días de sol y nieve. El aire del Bósforo circulaba por el complejo de edificios de la Sagrada Sabiduría pero Juan no tenía otro horizonte que las copas de los árboles de los patios, la nubes moviéndose en el azul y las estanterías de la biblioteca. Aquella Navidad, como era costumbre, el patriarca se preparaba para salir de palacio por unos días e instalarse en el convento de San Andrés, en la costa de Tracia, donde el aire y la humedad eran menos fríos. En el patio la actividad de los siervos era frenética. Alineados entre los cipreses y los tilos se contaban hasta diez carruajes cargados de distintos enseres de Cerulario y del cortejo de personas que lo acompañaban en su desplazamiento al monasterio. A la entrada del patio un escuadrón de la caballería imperial esperaba a la comitiva para escoltarla hasta Alejandrópolis. Otros años el viaje se hacía en un navío de la casa imperial que zarpaba del puerto de Bucoleón, pero en esta ocasión el clima era adverso y las condiciones del mar no propiciaban la navegación.

Juan, que observaba desde una ventana la salida del patriarca, sintió que una mano se posaba en su hombro: era la de Demetrio.

—Es un gran hombre —aseguró sin dejar de apoyar su mano en el hombro del niño y con la vista fija en el fondo del patio—. Este año ha cumplido diez al frente de la iglesia de Constantinopla y es muy amado y respetado por el pueblo. Pertenece al linaje senatorial de los Cerulario, una de las más nobles de la ciudad. En su juventud vivió los azarosos avatares de la política y apoyó con toda su energía a la familia de los Paflagonio. Su espíritu honesto y su sentido de la patria le impedían permanecer impasible ante los terribles acontecimientos que se sucedieron en la familia imperial. A la muerte de Basilio II, el matador de los búlgaros, el más

grande de los emperadores desde Justiniano y Heraclio, le sucedió su hermano Constantino VIII, que solo reinó tres años. A su fallecimiento, la casa real de los macedonios quedó sin heredero varón y la transmisión de la dignidad imperial recayó en sus tres hijas. La mayor, Eudocia, sufrió de niña la terrible enfermedad de la viruela; logró sobrevivir, pero su rostro quedó tan desfigurado que tuvo que recluirse. La segunda hija, Teodora, malgastó su juventud obligada por su padre al celibato, y se encerró en un convento. La esperanza de la continuidad de la dinastía se depositó en la menor de las hermanas, Zoe. Antes de morir, Constantino VIII obligó al *hypatos* de Constantinopla, Romano Argyropolus, a divorciarse de su mujer, con la que vivía felizmente casado, y contraer matrimonio con Zoe. A los tres días de la boda murió el emperador y Romano se convirtió en el tercer *basileus* con ese nombre.

»Romano III intentó recomponer la autoridad imperial, esforzándose en imitar al gran Basilio II, del que fue un gran admirador en su juventud. Pero los nobles terratenientes se libraron del control a que el gran emperador los había sometido. Por su parte, el nuevo monarca era un hombre de más de sesenta años que seguía enamorado de su antigua mujer. Es probable que no consumara el matrimonio con Zoe o que esta fuera estéril; lo cierto es que la emperatriz, mujer de tan extraordinaria belleza que a sus cincuenta años seguía cautivando a muchos hombres, no se sintió atraída hacia Romano y buscó placer fuera del matrimonio. Un eunuco de la corte, llamado Juan Orphanotrophus, ser ambicioso y ávido de poder, introdujo a su apuesto hermano Miguel Paflagonio en palacio y la emperatriz quedó prendada de su belleza. Sin duda se convirtieron en amantes y ambos debieron urdir un plan para eliminar a Romano, que apareció una noche ahogado en la bañera de su cuarto. Se rumoreó que fue asesinado, aunque oficialmente se presentó como un accidente.

»Zoe tomó de inmediato a su amante Miguel como segundo esposo y este se convirtió en emperador, reinando con el nombre de Miguel IV. Era un hombre enérgico y con buenas aptitudes para el gobierno, pero tenía frecuentes ataques de epilepsia que acabaron por causar su muerte a los ocho años de subir al trono. Durante su reinado, el imperio realizó algunas conquistas en el sur de Italia y en las fronteras del este, pero los celos de Miguel hacia el gran general Jorge Maniakes acabaron por deshacer lo conseguido. Poco antes de morir, algunos altos dignatarios de la corte y una parte de la nobleza y del ejército prepararon un complot para derrocarlo. Varios miembros de la familia Cerulario estaban entre los principales dirigentes. Pero el general Maniakes, que era la esperanza de los confabulados y el destinado a ser investido con la púrpura, murió antes de que triunfara la revuelta y los servicios secretos de la guardia imperial lograron desarticular la conjura. Un hermano de Cerulario se suicidó antes de ser capturado y el propio Miguel, entonces un notable patricio, se refugió en un convento y decidió profesar como monje para evitar ser ejecutado.

»El eunuco Orphanotrophus siguió tejiendo a su antojo los hilos de la corte; ansioso por

mantener su poder y su influencia, logró que la emperatriz Zoe, que tenía más de sesenta años, adoptara a un sobrino suyo, llamado Miguel Kalafates, que fue revestido de púrpura con el nombre de Miguel V. Ebrio de poder, el nuevo *basileus* expulsó a su tío y se volvió contra la emperatriz, a la que encerró en un convento; en cambio, amnistió a Miguel Cerulario, que había apoyado a su familia hasta la conjura contra Miguel IV. La nobleza, la iglesia y el pueblo se rebelaron contra la tiranía del nuevo monarca, quien asustado ante las protestas hizo volver a Zoe, vestida de monja, a la ciudad. La multitud enardecida asaltó el palacio imperial y apresó a Miguel V y a sus familiares. Lo condujeron al hipódromo, donde fue escarnecido, vejado y cegado. Después lo recluyeron en un monasterio donde murió a los pocos días a causa de las heridas sufridas.

»Zoe fue repuesta en el trono y reinó algunas semanas con su hermana Teodora, a la que el pueblo obligó a dejar el convento. Pero era necesario un hombre al frente del imperio y Zoe volvió a casarse por tercera vez con un maduro burócrata, nuestro actual soberano Constantino IX, a quien Dios guarde muchos años, persona muy preocupada por el estudio y las artes. Al año de su reinado murió el patriarca Alejo, y Miguel Cerulario rige desde entonces los destinos de la iglesia de los griegos con mano docta y segura, manteniendo con firmeza los derechos del patriarcado de Constantinopla ante la injerencia intolerable de Roma. Es un hombre ambicioso pero honrado, y está firmemente convencido de la igualdad, cuando menos, de su cargo y el del papa. Yo creo en él y le sigo con fidelidad desde que hace ocho años me llamó para ocupar el puesto de jefe de la biblioteca.

Al acabar el largo relato, los ojos de Demetrio quedaron perdidos en la distancia.

Aquellas Navidades fueron frías y nevadas. Algunos siervos con los que Juan compartía dormitorio y comida decían que nunca habían conocido un invierno tan gélido. El patriarca se había retirado al monasterio de San Andrés y muchos clérigos y altos funcionarios también habían abandonado durante unos días la ciudad. Demetrio se había quedado al cuidado de la biblioteca, de la que apenas se separaba y en la que el trabajo se había reducido de manera considerable. Juan disponía de mucho tiempo para leer y estudiar y Demetrio le dedicaba mayor atención ante la poca actividad y la escasez de lectores.

El único que no faltaba diariamente a la cita con la biblioteca era Miguel Psello, el más brillante intelectual del imperio. Psello aprovechaba la ausencia de visitas a la biblioteca durante las vacaciones para trabajar sin molestias entre los libros. Tenía treinta y cinco años y había nacido en Constantinopla en el seno de una familia de comerciantes de clase media. Dotado de una inteligencia superior a cualquier otro hombre, era en cambio jactancioso e intrigante. Su vanidad era tal que una obra histórica suya se iniciaba así: «La filosofía, cuando empecé a

estudiarla, estaba tan moribunda, en cuanto a sus profesores se refiere, que solo yo pude revivirla». Lector infatigable, pasaba horas y horas sin levantar la cabeza de los libros salvo para fijar su mirada en el paño verde de la pared sobre el que descansaban los ojos.

Su verdadero nombre era Constantino, pero él se hacía llamar Miguel. Apenas con treinta años de edad había sido nombrado por el propio emperador rector de la Facultad de Filosofía en la nueva Universidad de Constantinopla. Amante de la retórica, cuidaba su buen estilo y respondía siempre a las cuestiones que se le planteaban usando un tono magistral. En la Universidad había impuesto un programa de enseñanza basado en la asimilación progresiva de conocimientos en dos ciclos, el Trivium y el Quadrivium, integrados por las disciplinas señaladas como básicas por Platón en su quinto libro de *La República*, aunque alterando el orden allí establecido.

Miguel Psello recopilaba material para un libro que estaba escribiendo con el título de *Chronographia*. Se trataba de una historia del Imperio bizantino desde el reinado de Basilio II. Según le había comentado a Demetrio, con el que solía almorzar algunos días en una dependencia anexa a la biblioteca, quería recoger para la posteridad los acontecimientos de los últimos cincuenta años. En su historia, los emperadores que sucedieron al gran Basilio II aparecían como ineficaces y mediocres, salvo el actual, Constantino IX, que ocupaba el centro de la narración y del que se exaltaban sus virtudes y cualidades. De él glosaba que era bondadoso, que tenía un gran sentido del humor y que era serio en el trabajo y misericordioso. Afirmaba que nunca había logrado Bizancio tan altas cimas como con el actual emperador: los búlgaros estaban derrotados, los Balcanes en paz, el reino de Armenia era de nuevo bizantino desde que lo cediera al imperio su rey Gagik II, los rusos habían sido rechazados definitivamente y los musulmanes, cuyo antaño todopoderoso califato se había desmembrado en varios emiratos, no constituían el peligro de tiempos pasados. Destacaba la creación de la Universidad de Constantinopla bajo patrocinio del propio soberano, del que resaltaba su pasión por la educación. Había sido fundada ocho años atrás por un grupo de intelectuales que pronto ocuparon altos cargos en palacio, entre los que se encontraban Constantino Leichudes, especialista en derecho y primer ministro de la corte, Juan Jifilino, nombrado *nomofilax*, el primer defensor del pueblo, que organizó la Facultad de Derecho, Juan Mauropus, director de la Escuela de Derecho Privado, y el propio Psello, jefe de la Facultad de Filosofía. Con la separación de las dos facultades se había logrado acabar con la secular rivalidad entre juristas y filósofos. La fundación de la Universidad se completó con la reorganización de la enseñanza en los dos ciclos: el inferior, llamado Trivium, en el que se impartían las asignaturas de gramática, retórica y dialéctica, y el superior, llamado Quadrivium, donde se enseñaba aritmética, geometría, música y astronomía. Psello utilizó los manuales de Nicodemo de Gerasa, de Euclides, de Diofante y de Teón de Esmirna para las matemáticas, el de Ptolomeo y Proclo para la astronomía y el de Aristógenes para la música. Consideraba la filosofía como una disciplina previa a la metafísica y la había preparado con materiales de

Plotino, Proclo y Platón, dejando un tanto de lado a Aristóteles. Estaba orgulloso de haber sido el principal artífice de la reforma, por ello había sido nombrado cónsul de los filósofos por el monarca para supervisar la enseñanza superior.

Demetrio atendía en silencio a los comentarios de Psello, asintiendo a veces con un leve movimiento afirmativo de su cabeza; pero en su interior rechazaba sus opiniones sobre Constantino IX. Sabía que el primero de los filósofos solo buscaba el halago fácil hacia el emperador reinante para seguir gozando de mayores privilegios. No obstante, el jefe de la biblioteca se sentía a gusto con aquel sabio. La avidez de saber de Demetrio no se resistía ante el caudal desbordado de sabiduría que aquel hombre derramaba. Compartían ambos la misma pasión por la ciencia y se intercambiaban ideas, lecturas, libros y opiniones. Hablaban de filosofía, de teología, de matemáticas, de astronomía e incluso de ciencias ocultas, a cuyo estudio se había aficionado Psello pese a que estaba tajantemente prohibido. Hacía tiempo que buscaba sin éxito alguna obra sobre los misterios de Eleusis, por cuyo conocimiento se sentía profundamente atraído. Quería estudiar el ocultismo para condenarlo, pues consideraba que su práctica depravaba el pensamiento humano.

El cónsul de los filósofos estaba ultimando un tratado sobre física, que había titulado *Omnifaria Doctrina*, resumiendo las teorías de Platón, Aristóteles, Plotino, Iámblico y Porfirio. Recogía en él una síntesis para los estudiantes de la Universidad sobre el cielo, la tierra, la materia y la forma, el espacio y el tiempo, el alma y el espíritu y los cinco sentidos. Sus conocimientos de la cultura de la Grecia clásica se manifestaban ampliamente en este libro, cuyo borrador manuscrito dejó a Demetrio para que lo leyera. Ciertamente le debía esta deferencia, pues había sido el jefe de la biblioteca quien hacía cuatro años le había enseñado un ejemplar cuidadosamente encuadernado del libro de Plutarco *De philosophorum placitis*, en el cual se había inspirado para escribirlo. En este manual para estudiantes afirmaba que Pitágoras había sido el inventor de la teoría musical, el primero que creyó en la inmortalidad del alma y el introductor de la cultura egipcia en Grecia. Gracias a un texto en árabe que Demetrio le proporcionó, el filósofo conoció la obra de Zósimo y a través de él las opiniones de autores egipcios cuyas obras habían desaparecido en el incendio de la biblioteca de Alejandría. Acababa de finalizar una obra titulada *De operatione daemonum*, en donde estudiaba a los enquistas y a los maniqueos, introducía la numerología de Pitágoras y establecía seis categorías de demonios.

Demetrio sentía una especial atracción por la cultura oriental. La biblioteca disponía de un notable fondo de libros persas procedentes del botín que trajo el emperador Heraclio de la campaña contra Mesopotamia en el siglo VII. Destacaban varios manuscritos de astrología y de magia que no estaban fichados en las listas para el público y cuyo inventario mantenían en reserva los bibliotecarios desde hacía siglos. Se guardaban en un armario de la altura de un hombre, con gruesas puertas de madera decoradas con cruces, figuras de aves y corderos;

siempre estaba cerrado con una llave que guardaba personalmente Demetrio. Psello accedió a estos libros gracias al jefe de la biblioteca y así pudo usarlos en sus investigaciones, aunque para la interpretación de los oráculos de los caldeos tuvo que acudir a un tratado de Proclo.

Todo le parecía poco a aquel sabio. Leía con fruición, sin descanso, y sus clases en la Facultad de Filosofía estaban siempre saturadas de alumnos que se disputaban un lugar en los escaños del aula para escuchar el verbo fácil y docto del joven maestro desde su cátedra. Sus lecciones eran de tal profundidad, sus argumentos estaban construidos con tanto sentido y sus conocimientos de los textos antiguos eran tan puntuales que los que asistían a sus clases salían maravillados. Toda Constantinopla creía que su saber era poco menos que milagroso.

Uno de aquellos días, mientras Juan recogía la media docena de libros que Psello había consultado antes del almuerzo, le oyó decir a Demetrio que estaba preparando la ejecución de algunos experimentos mecánicos basados en sus estudios de física. En el patio interior de su facultad había diseñado un sifón de agua que pensaba poner en funcionamiento para abastecer de caudal permanente una fuente dentro del patio principal, y estaba construyendo, con ayuda de algunos de sus alumnos, la maqueta de un pájaro mecánico basada en una descripción que había leído en el libro de Herón de Alejandría titulado *De pneumatica*, ejemplar único que guardaba la biblioteca de la Universidad, y que esperaba lograr que moviera las alas y cantara.

Amaneció el día de Navidad del año del Señor de 1053 con los patios y tejados cubiertos de un inmaculado blanco. El palacio permanecía en una inusual tranquilidad. Aquel día era de fiesta y Demetrio quería compartir la comida con sus ayudantes y sus siervos. La frugalidad del jefe de la biblioteca era proverbial; nunca comía carne, no bebía vino y se alimentaba de fruta, pan, queso, leche y frutos secos, quizá su única debilidad, especialmente los pistachos tostados con sal. Por ello, los invitados a la comida esperaban un menú escaso y austero, pero se equivocaban.

Preparó el almuerzo el cocinero armenio. Juan se sentó en las mesas destinadas a los siervos, frente a Demetrio, que presidía la comida con otros clérigos desde un estrado. Unas escudillas de aceitunas verdes y negras abrieron el banquete, seguidas de varios platos exquisitos: una soberbia crema caliente de apios, puerros y nata dio paso a una sabrosa fritada de cebollas, berros, nabos, berzas, repollos y calabacines; después, berenjenas rellenas de queso y carne con salsa de nueces y almendras. Siguieron hojas de parra que envolvían arroz hervido con pimienta y salsa de champiñones al aroma de lentisco. La lubina al horno rellena de calamares con salsa de naranja, espinacas, piñones y pimienta fue uno de los platos más apreciados. Por último, el cocinero presentó su más reciente creación: lomos de carnero del Cáucaso asados en jugo de manteca de vaca, adobados con vino resinoso de Macedonia y embutidos con huevo hilado, hígado trufado de oca macerado en aguardiente de centeno y manzanas flameadas. Los postres consistieron en

una deliciosa colección de pasteles de harina de trigo con cañamones, ajonjolí, canela y manteca fritos en aceite, mermelada de lentejas cocidas con miel y compota de granadas. Los adultos bebieron con cierta profusión vinos blancos dulces y aromáticos de Éfeso y Esmirna y afrutados tintos rubíes de Heraclea. A los niños se les sirvió un refresco de zumo fermentado de manzana con canela, y jugo de moras con agua y limón.

Juan comió de todo un poco, aunque se excedió en los postres, mucho más delicados que los que preparaba su madre en la aldea. Durante la comida, conforme los efluvios de los ricos caldos hacían mella en la cabeza de los comensales, algunos clérigos se dedicaron a criticar las extravagancias de la Iglesia latina. Había quienes acusaban a los monjes occidentales de afeminados y procaces por afeitarse la cara; otros despreciaban la sencillez en el gusto y lo poco refinado de su cultura. Alguien, engullendo un sabroso pedazo de lomo, ridiculizó la tosca costumbre latina de comer carne de vaca cocida en grandes marmitas sin otro aderezo que pimienta y cebolla. Se denostó el gusto occidental por la carne de cerdo ahumada y por las salsas picantes cargadas de ajo. Demetrio asistía a la comida con aspecto cansado y ausente, fingiendo prestar atención a cuantos le dirigían algún elogio o le agradecían aquel opíparo banquete. En su interior bullían las palabras que Cerulario le había comunicado poco antes de partir a su retiro navideño y que abocaban a una pronta división de la Iglesia.

Después de comer dieron un paseo por los jardines. Juan caminaba en la fría tarde cubierto con un amplio gabán de lana marrón y una capucha de paño entre los helados cipreses que enmarcaban un sendero entre el palacio patriarcal y las tapias de las escuelas y facultades del barrio de Mangana. Junto a él paseaba un joven armenio de pelo castaño y ojos melados, algo mayor que Juan, con el que había trabado amistad. Se llamaba Jorge y había sido vendido en el mercado de esclavos de Ani siendo muy niño. Trabajaba en las cocinas a las órdenes del maestro cocinero que, debido a su paisanaje, lo estaba educando para que un día le sucediera en el oficio. Ya sabía preparar algunos platos y elaborar las complicadas salsas que tanto gustaban al patriarca. Era capaz de distinguir medio centenar de especias solo por el olfato y el gusto y descubrir hasta diez de ellas tan solo probando su combinación en un guiso.

Caía la tarde; Juan se rezagó unos pasos del resto de los siervos que se encaminaban hacia la iglesia de Santa Irene, situada entre el palacio patriarcal y el templo de la Sagrada Sabiduría, para asistir a los oficios. Demetrio, que conversaba en un porche con dos clérigos, lo vio y se acercó hasta él.

—¿Qué te ocurre Juan? Hace ya un rato que te observo y te encuentro triste. Hoy es un día alegre, anoche nació Nuestro Señor Jesús y acabamos de celebrar un banquete estupendo; deberías estar feliz.

—Sí, mi señor. Es un día feliz, pero he conversado unos instantes con el joven ayudante de cocina armenio y han vuelto los recuerdos de mi familia y de mi aldea. Dentro de mi cabeza han

aparecido imágenes de las Navidades del año anterior. Celebrábamos la Nochebuena mis padres, mis tres hermanos y yo en casa, junto al fuego de la chimenea y al árbol adornado con cintas rojas y amarillas. Mi madre preparó una sabrosa cena, aunque no tan sofisticada y suculenta como la que hoy nos habéis ofrecido, y nos cantó himnos de paz y amor; no puedo dejar de pensar en mi casa y en mi familia.

Juan hablaba sin mirar a Demetrio, haciendo notables esfuerzos para evitar que sus ojos se cubrieran de lágrimas. El director de la biblioteca cogió con sus dos manos los hombros de Juan, lo miró fijamente a los ojos y lo apretó contra su pecho. Juan rompió a llorar y se asió fuertemente a su cintura. El niño y el hombre permanecieron abrazados unos instantes. Al separarse, Demetrio secó el húmedo rostro del niño con un pañuelo que expelía un agradable olor a cera y a bálsamo.

—El Señor Nuestro Dios toma a veces decisiones que escapan a nuestra comprensión. Él ha querido que tú estés ahora aquí, lejos de tu país, y tendrá sus razones para ello. Debemos cumplir la voluntad de Dios —se explicó Demetrio.

Juan lo miró confuso, le besó una mano y musitó:

—Perdonad, mi señor Demetrio, pero no entiendo por qué Dios puede querer la separación de un hijo de sus padres.

—El mismo Jesucristo tuvo que abandonar a su familia para predicar la buena nueva y salvar a los hombres. Su sacrificio es un ejemplo para todos los cristianos —aclaró Demetrio acariciando los dorados cabellos de Juan, que se sintió profundamente confortado.

Comenzaban a caer pequeños copos de aguanieve y los dos atravesaron las arcadas del porche camino de la iglesia. Aquella noche, al acostarse, Juan supo que había encontrado en su maestro un nuevo amigo, y volvió a preguntarse cuál habría sido el destino del pobre Vladislav.

El año nuevo se presentó con un fuerte viento del norte que trajo todavía más frío a Constantinopla. Hacía ya más de dos meses que había sido secuestrado de su aldea y los acontecimientos se habían sucedido tan deprisa que apenas se había dado cuenta de su nueva situación. Pero pronto regresaría el patriarca y la actividad volvería a la normalidad.

4

A los pocos días del retorno del patriarca a Constantinopla este recibió una carta del papa León IX. En la misiva invitaba a Miguel Cerulario a sellar la paz y la unidad y acabar con las disputas inútiles; le decía que era hora de que se callaran los herejes y los cismáticos. Constantino IX recibió simultáneamente otra carta del sumo pontífice en la que lo proponía como valedor de la

unidad y de la paz entre las iglesias y lo exhortaba a imitar la devoción de su homónimo Constantino el Grande por Roma como sede apostólica.

Cuando Cerulario se enteró del contenido de la carta, estalló en cólera. El papa estaba maquinando un complot para atraerse al *basileus* con halagos superficiales y con adulaciones zalameras. Ante el cariz de los acontecimientos, y sobre todo por la persecución de Cerulario contra los seguidores del rito latino, el papa había decidido enviar a Constantinopla una embajada encabezada por el cardenal Humberto de Selva Cándida, hombre de toda su confianza, Pedro, obispo de Amalfi, y Federico de Lorena, archidiácono y jefe de la cancillería vaticana.

La carta enviada a principios de diciembre por Cerulario había sido el detonante de que el papa decidiera enviar esa embajada urgente a Constantinopla. Pese a estar a punto de entrar el invierno, lo que haría muy duro el viaje, los tres delegados pontificios y su séquito salieron de Roma a mediados de diciembre. Se dirigieron al monasterio de Montecasino, donde prepararon la estrategia a seguir y se documentaron en su magnífica biblioteca sobre los textos de los ocho concilios ecuménicos, tan necesarios para triunfar en la dura disputa que esperaban lidiar con miembros de la Iglesia griega. Atravesaron Italia de oeste a este y llegaron a Bari, donde los esperaba el duque Argyros. Este personaje era gobernador de la Italia bizantina desde hacía doce años. Hombre de gran influencia en la corte, había logrado convencer al emperador, buen amigo suyo, de la necesidad de aliarse con Roma. Durante la última visita a Constantinopla, hacía ya cuatro años, sostuvo una enconada polémica con el patriarca Miguel sobre la preeminencia de la Iglesia latina. El patriarca lo consideró por ello hereje y lo excomulgó. Desde entonces, Miguel Cerulario y Argyros eran enemigos irreconciliables. De regreso al sur de Italia, Argyros había forjado una férrea alianza con el papa León IX y con los normandos que intentaban apoderarse de Sicilia y del sur de Italia, aunque la primavera anterior había sido derrotado por ellos. Pese a los últimos reveses, seguía controlando los territorios bizantinos en Italia desde su fortaleza de Bari.

Los embajadores papales se presentaron en Bari el día de Navidad. Argyros los recibió en su castillo y los instruyó sobre cómo debían actuar en Constantinopla. Les recomendó encarecidamente que solo vieran al emperador, que era partidario de la alianza con Roma, y que evitaran entrevistarse con el patriarca. El cardenal Humberto pensó que esos consejos eran una argucia del duque para defender sus intereses. Pasaron la Navidad en Bari y embarcaron en el puerto dos días después. Una galera los condujo hasta las costas de Albania donde organizaron una caravana con varios guías búlgaros. Siguiendo el curso del río Semani atravesaron los montes Pindo, colmados de nieve, en condiciones climáticas muy adversas; en la travesía de esta cordillera perdieron dos hombres y un carruaje. A mediados de enero llegaron a Salónica, desde donde visitaron los monasterios del monte Athos, especialmente el de San Pedro. Desde allí, una semana después, una nave de carga los condujo a Constantinopla.

Unos días antes, un mensajero se había adelantado para anunciar la llegada de la legación vaticana. Cerulario tenía al enemigo a las puertas de su casa. En la pugna entre las dos iglesias, los latinos habían tomado la iniciativa pero el patriarca no estaba dispuesto a dejarse ganar más terreno.

Un día de fines del mes de enero, apenas entrada la noche, la legación papal desembarcó en el puerto de Contoscali, en la ribera sur de Constantinopla, donde se habían encendido grandes farones. En la punta de la península donde se ubicaba la capital del imperio, sobre un alto pedestal, destellaban las llamas del famoso faro, que de noche guiaba a los barcos señalando la presencia del centro del mundo.

Los esperaba una recepción formada por un alto funcionario y un batallón de escolta. Tras la bienvenida se dirigieron al palacio de Pigi, en el exterior de la puerta del mismo nombre, donde se habían dispuesto varias habitaciones para acoger a los romanos mientras durara su estancia en Constantinopla.

El emperador recibió a los enviados papales en el nuevo palacio de Blaquernas, en el extremo norte de la ciudad, junto a las murallas y el Cuerno de Oro. La nueva residencia imperial había sido edificada con los más lujosos y caros mármoles, pórfidos y jaspes. Tenía las paredes recubiertas de oro y plata y en grandes frescos y en mosaicos se representaban las batallas en las que el imperio había triunfado. La sala de audiencias se llamaba Salón del Danubio porque allí se recibía a los embajadores de las tribus ubicadas más allá de la frontera norte del imperio. Escoltaban al emperador dos batallones de su guardia imperial, compuestos por mercenarios normandos, ingleses y varegos. El trono imperial era todo de oro, con engastes de piedras preciosas en colores verdes, rojos y azules y dos grifos enfrentados con Cristo en majestad entre ambos; una cruz con perlas en las puntas remataba la parte superior y descansaba en dos leones dorados acostados. Alrededor, varios pájaros de bronce con las alas de plata se movían en virtud de complicados mecanismos que los ingenieros de la corte habían logrado construir para impresionar a los visitantes.

El cardenal Humberto saludó al *basileus* con una cordialidad extraña al refinado protocolo imperial.

—Sed bienvenidos a Bizancio —proclamó el *logoteta* mientras el emperador permanecía en el silencio hierático de una estatua.

—Majestad, traemos un mensaje de paz y concordia del papa León. El sumo pontífice saluda a su augusto hijo deseándole larga vida y muchos triunfos en defensa de la cristiandad —contestó Humberto con cierto tono de familiaridad que ofuscó al maestro de ceremonias, siempre preocupado por que se cumpliera al detalle la rígida etiqueta de palacio.

Constantino IX se levantó del trono en el salón de audiencias y se dirigió, seguido de Humberto, hacia uno de los salones. Quería celebrar una entrevista a solas con el cardenal, sin nadie que pudiera atestiguar más adelante lo que allí se iba a decir. Al quedarse solos, el soberano habló:

—Por las cartas recibidas del papa estoy al corriente de la opinión de su santidad sobre la postura que defiende Miguel Cerulario con respecto a la independencia y autonomía de la Iglesia griega. Sé que la situación es harto complicada, pero os quiero manifestar que por mi parte apoyo la posición de Roma, que es la de la voluntad de Dios, pero deseo que tengáis en cuenta lo delicado de los momentos actuales. El patriarca domina una buena facción del pueblo de Constantinopla, y la práctica totalidad de los obispos y clérigos están con él. Cualquier acción en contra de su persona sería peligrosa porque el pueblo podría responder con contundencia a un ataque al patriarca.

—Majestad —intervino Humberto—, su santidad el papa ha barajado todas las posibilidades; es sabedor de la perniciosa influencia que el patriarca Miguel ejerce sobre su pueblo y por ello es preciso una acción contundente contra él. Yo mismo soy portador de una bula en la que excomulga a Miguel y a sus seguidores si no aceptan las normas dictadas por Roma. Estoy autorizado para llevar este asunto hasta sus últimas consecuencias. Las instrucciones son contundentes: o el patriarca acata los postulados de la Iglesia en su totalidad o será excomulgado de inmediato.

El emperador se mostró apesadumbrado e intentó mantener la compostura.

—Bien, cardenal, yo podría terciar en este asunto. Considero muy perjudicial para todos la actual coyuntura, y por ello se impone el diálogo entre las partes para evitar una amarga ruptura que nadie desea.

—Estamos dispuestos a ello, majestad —asintió Humberto—, pero no creemos que Cerulario ceda a la razón, nos han dicho que es un hombre demasiado terco.

—Trataremos de doblegar su voluntad —afirmó Constantino sin demasiada convicción y dando a entender que la entrevista había terminado.

En el comedor de invitados se sirvió un banquete en honor de los delegados papales en las diecinueve mesas que ordenaba el protocolo de la corte. En la primera, elevada del resto sobre un sitial y colocada bajo un dosel, presidía el emperador, vestido con una túnica bordada de oro y piedras preciosas, tocado con la áurea corona semicircular engastada de gemas y perlas y rematada por una cruz de brillantes. En el resto de las mesas se sentaban, siguiendo un rígido orden, los delegados papales; el duque de Antioquía, Romano Escleros; el doméstico de las escuelas, Nicolás; el jefe de la guardia, Miguel; el gran chambelán; el prepósito; el *hypatos* de la ciudad; el *eparca*, y el *logoteta* del pretorio, todos ellos ataviados con ampulosas hopalandas. En las diez últimas mesas se sentaban los senadores y patricios de Constantinopla, los jueces y los

secretarios de la corte, vestidos con sus caftanes de finas sedas y sus botas altas de cuero. En un estrado, tras unas cortinas de seda azul bordadas con pájaros rojos y ocres, unos músicos hacían sonar una melodía monocorde con timbales, arpas, liras y flautas. Decenas de esclavos uniformados con túnicas cortas, pantalones anchos y cinturones de cuero atendían las mesas adornadas con centros de flores.

El maestro de ceremonias, un eunuco orondo y calvo, dio la orden de servir los platos. Empezaron con una fritura de hortalizas en conserva, después una riquísima variedad de pescados del Bósforo aliñados con azafrán y ajo, servidos con salsa de langosta, y a continuación muslos de faisán aderezados con crema de castañas, confitura de frambuesa, hígado de oca trufado y salsa de naranja y nata, y solomillos de cebón rellenos de pasas, piñones, ciruelas y huevo, sazonados con pimienta verde y negra, clavo, romero y estragón; de postre se sirvieron naranjas flambeadas con azúcar y dátiles, y crema de higos con pasta de almendra, nueces y avellanas, y para beber, vinos de Éfeso ligeramente especiados y perfumados con ámbar. Todo ello en una finísima vajilla de cuencos, platos y fuentes de porcelana con barniz rosáceo y decorados con figuras vegetales y geométricas, copas y jarras de oro y de cristal tallado con pies de plata, y cubiertos de plata con los mangos de marfil y de oro.

Acabada la comida, un grupo de actores representó una escena de la pasión de Cristo como si se tratara de una tragedia griega. Finalizó el banquete con la salida del emperador, al son de una marcha de trompetas y timbales, mientras los pájaros metálicos movían sus alas y tras unas cortinas se descubría una fuente en la que el agua caía en pequeñas cascadas sobre un estanque azulado.

Cuando se retiraron a su residencia, Humberto confió a Federico y a Pedro que el *basileus* se había mostrado inclinado a aceptar las posiciones de la Iglesia latina frente a las que mantenía el patriarca de Constantinopla, pero siempre dejando cierto margen a una posible variación en su postura si cambiaban las circunstancias.

En espera de acontecimientos, la legación papal fue invitada a recorrer las iglesias de Constantinopla. La primera semana visitaron el pequeño oratorio dedicado a san Pedro en el Sacro Palacio Imperial, donde no se atrevieron a entrar por la hostilidad que hacia ellos mostraron los clérigos afectos al patriarca. En una hornacina sobre un humilde altar estaban depositadas la espada con la que Pedro le cortó la oreja al soldado Malco y una cadena. El guía, un monje llamado Esteban que era afecto a Roma, le explicó a Humberto que aquellos herrumbrosos eslabones eran una de las reliquias más preciadas por los cristianos que seguían en Constantinopla las directrices del papa. Se trataba de un vestigio preciosísimo, puesto que era el principal pedazo de la cadena con la que san Pedro había sido amarrado en su prisión en

Jerusalén. Había sido llevada por el propio apóstol a Roma y de allí la emperatriz Eudocia había trasladado un fragmento a Constantinopla hacía ya más de seiscientos años, por lo que el monje, queriendo agradar a los romanos, señaló que la existencia de los dos fragmentos, uno en cada ciudad, era prueba evidente de que la voluntad de Dios deseaba la existencia de una sola Iglesia unida.

Humberto asintió a la exposición del monje, pero el obispo Pedro, acercándose al canciller Federico, le susurró al oído:

—Parece más bien todo lo contrario. Si la cadena, que antes era una, ahora está rota en dos pedazos, no cabe duda de que cualquiera podría interpretar esto como una señal de que la Iglesia de Roma y la de Constantinopla se han separado, al igual que las dos series de eslabones.

—Tienes razón —respondió Federico en el mismo tono de voz—. No creo que todos estos monjes y sacerdotes, ni tan siquiera los que ahora muestran mayor fervor por las posiciones de Roma, defiendan nuestros postulados si la segregación, Dios no lo quiera, llegara a producirse.

Una ausencia les llamó poderosamente la atención; entre las más de cien iglesias y monasterios de Constantinopla solo aquel pequeño oratorio estaba dedicado al primero de los apóstoles, el vicario de Cristo. Federico volvió entonces sus ojos hacia el icono de san Pedro que colgaba de una de las paredes de la capilla; la tiara papal que en tiempos había coronado la cabeza se había sustituido de manera burda por un tocado al estilo del que usaban los clérigos de la Iglesia oriental. Supo entonces que la reconciliación sería imposible.

Durante la primera semana de febrero recorrieron las tumbas de los santos Acacio y Mocio, los dos mártires locales; veneraron las reliquias de san Timoteo, san Andrés y san Lucas, depositadas en la iglesia de los Santos Apóstoles junto con el cuerpo de san Juan Crisóstomo; contemplaron la mano derecha de san Esteban, conservada en una urna de cristal y oro en el palacio de Dafne y traída a Constantinopla por orden de la princesa Pulqueria, la hermana de Teodosio II. En el *martirion* de san Simeón el Estilita, uno de los santos más venerados en Oriente, se guardaba su cuerpo, mandado traer desde Antioquía por el emperador León I, y unos clavos y fragmentos de madera de la cruz de Cristo. En la iglesia de la Virgen Teotokos, junto al palacio de Blaquernas, se exhibía un vestido de la Virgen.

Entre tanto, Miguel Cerulario preparaba la estrategia para enfrentarse a los romanos. Reunido en palacio con sus más íntimos colaboradores, entre los que se encontraba Demetrio, el patriarca analizaba la situación:

—Nos encontramos, mis queridos hijos, en una delicada encrucijada. La legación papal lleva ya un mes en la ciudad y se ha entrevistado con el emperador, que le ha prometido su ayuda en la disputa entre el papa y el patriarca. Constantino es un gobernante débil y despilfarrador. Desde

que accedió al trono imperial ha ido esquilmando las reservas del tesoro, gastándolas en lujos, fiestas, gustos excéntricos y caprichos de sus amantes. La situación financiera del Estado es ruinosa y el nomisma, nuestra moneda, que ha sido durante generaciones el emblema del poder, la riqueza y la gloria de Bizancio, ha perdido el quince por ciento de su valor en los últimos diez años. Nuevos elementos sociales han ingresado en el Senado y la vieja nobleza se mezcla en matrimonios de conveniencia con los nuevos ricos y con los arribistas que medran en la corte. Los acaudalados propietarios aumentan día a día su patrimonio y su poder y han sido eximidos del pago de impuestos, lo que ha provocado tal presión sobre las masas campesinas y sobre los artesanos que puede desembocar en una revuelta social difícil de controlar y de resultados imprevisibles. Los especuladores son dueños de casas cuyas altas rentas apenas puede pagar el pueblo y han logrado que se les permita construir edificios de más de cincuenta pies de altura, incumpliendo la normativa y fomentando la especulación inmobiliaria. Los aristócratas son los encargados de recoger los impuestos, lo cual acrecienta el malestar y la corrupción. Otros han organizado a su clientela en forma de verdaderos ejércitos privados.

»Es cierto que los negocios han prosperado hasta ahora y que los mercaderes bizantinos han vivido una verdadera edad de oro, pero se han hecho ricos demasiado deprisa y la ambición se ha cebado en algunos de forma desmesurada. Barrios enteros son controlados por quienes, con la excusa de crear fundaciones caritativas, se han rodeado de unos clientes que dependen de ellos. Adinerados mercaderes ejercen a la vez como agentes de aduanas, doblando las tasas de manera abusiva; controlan el mercado y las leyes del mercado. Ya se han descubierto algunas falsificaciones de moneda de plata. Los mercaderes extranjeros, sobre todo los venecianos, comienzan a controlar de manera peligrosa el comercio bizantino. Un privilegio imperial ha reducido a diecisiete los nomismas que deben pagar las naves venecianas en su tránsito por las aguas del imperio, mientras que a los demás barcos extranjeros se les hace pagar treinta. No se cumple la prohibición de comerciar con los musulmanes que dictó Basilio II. Si nada cambia, pronto veremos a nuestros afamados talleres de sedas, de joyas, de esmaltes, de vidrio y de porcelana fina depender de las decisiones de un cónsul veneciano, amalfitano o genovés, o quién sabe si incluso de un usurero sirio. Y en sus manos estará también nuestra provisión de cereales, aceite, cera y miel.

»Siguen consintiéndose, aun estando prohibidas, manifestaciones jocosas paganas. El pasado primero de enero se celebraron en el hipódromo festivales en honor del dios Pan, con exhibición de las cuatro danzas godas; el propio emperador ha costeado los gastos de las fiestas de Brumalia, participando él mismo bajo un desvergonzado disfraz. Las fronteras no están seguras; en los Balcanes se ha aceptado la independencia de hecho de los serbios a cambio de paz, y en Oriente los árabes amenazan las provincias de Iberia, Melitene, Armenia y Antioquía.

»Ante esta situación, el emperador me ha hecho llegar una nota en la que nos urge a que

sellemos un pacto con los romanos. El acuerdo que pretende es sencillamente una claudicación de nuestras posiciones ante las exigencias del papa. Yo me pregunto: ¿si la cabeza de un pez está podrida, cómo puede estar sano el resto? Roma está podrida, la Iglesia no puede estar dirigida por un grupo de corruptos encastillados en perversas atribuciones. Alegan un falso edicto por el que Constantino el Grande donó al papa Silvestre Roma, Italia y todo Occidente y la supremacía del papado sobre el imperio; pues bien, que gobierne la Iglesia occidental, pero que no se inmiscuya en los asuntos de los otros cuatro patriarcados. Constantinopla es igual en dignidad a Roma, mayor aún si cabe. Roma es la cuna del paganismo, Constantinopla es la sede del cristianismo triunfante. Que no muestren falsos pergaminos para justificar sus ansias de poder.

—Beatitud —puntualizó Demetrio—, vuestros argumentos son contundentes y verdaderos, pero creo que ahora vuestra vida puede estar en peligro. Los delegados papales están difundiendo el rumor de que Constantino piensa actuar contra vos y a favor del papa. Vuestra presencia en Constantinopla es un peligro para vuestra vida. Creo que deberíais salir de la ciudad y preparar la resistencia contra lo que se nos avecina desde alguno de nuestros fieles monasterios de Grecia.

—Puede que tengas razón, Demetrio, pero las decisiones importantes es preciso meditarlas.

5

Los días se alargaban y las mañanas de primavera bañaban de vida y flores los jardines. Juan trabajaba desde hacía casi medio año en la biblioteca y había aprendido muchas más cosas que en el resto de sus nueve años de vida. Demetrio había intensificado las enseñanzas y se sentía orgulloso de los progresos de su joven alumno. Aquella mañana, como de costumbre, Juan se presentó en los aposentos de Demetrio mientras este desayunaba; el bibliotecario estaba inclinado sobre la mesa, recogiendo en una bolsa de cuero unos puñados de monedas, cuando entró Juan.

—Buenos días, mi señor —dijo el muchacho.

—Buenos días, mi pequeño amigo —respondió Demetrio, que percibió la mueca de asombro que se dibujó en el rostro de Juan por el amable tratamiento. Hasta entonces había sido exquisito y afable, pero nunca le había llamado amigo—. Hoy es un gran día para nosotros, un patricio de la ciudad ha realizado una importante donación en dinero para la biblioteca y el patriarca me ha encomendado que gaste todas estas monedas en comprar libros. He creído conveniente que me acompañes al mercado, hace varios meses que resides aquí y todavía no has salido de este recinto, eso no es bueno para un chico de tu edad. Ve al patio y espérame allí.

Juan se quedó inmóvil, sin reaccionar ante aquellas palabras que le invitaban a recorrer la

capital del mundo.

—Vamos, vamos, no te quedes hierático como una estatua —insistió Demetrio.

Juan bajó las escaleras de tres en tres. Sus ojos manifestaban una enorme felicidad. Iba a salir a la ciudad, y acompañando a Demetrio; ¡era maravilloso!

A los pocos minutos apareció en el patio el jefe de la biblioteca seguido por uno de sus ayudantes y dos fornidos siervos que portaban en angarillas un gran arcón de madera ribeteada con tiras de cuero rojo.

Salieron del complejo por una puerta ubicada entre Santa Sofía, que era como todos, incluso los no griegos, llamaban a la iglesia de la Sagrada Sabiduría, y el muro. Atravesaron la plaza del Milion y enfilaron la avenida de Argyroprateia. Bajo los amplios pórticos se alineaban las tiendas más lujosas de la ciudad y los comercios de perfumeros que abastecían de sándalo, mirra, incienso, bálsamos y óleos el palacio imperial. Frente a ellos, en la esquina de la avenida con la fachada del hipódromo, estaban radicadas las tiendas del gremio de cereros, uno de los más florecientes de Constantinopla, suministrador de cirios para las lámparas de Santa Sofía y del resto del centenar de iglesias y monasterios de la capital. En la misma acera de los perfumeros, poco antes del arco de Septimio Severo, se agrupaban varias joyerías especializadas en objetos de culto y joyas para la corte; podían encontrarse verdes esmeraldas de Persia, rubíes rojo sangre de Arabia, inmaculados brillantes del mar de Bacú, nacarados aljófares de China, celestes aguamarinas de Etiopía, áureos corindones de Asia y bermejas cornalinas de Cachemira. Allí compraban sus aderezos personales los miembros de la familia imperial, los patricios, los grandes burgueses y las más afamadas cortesanas. Un par de tiendas estaban especializadas en ornamentos religiosos y eran frecuentadas por los responsables de compras de las iglesias y los monasterios, y en otras se exponían sedas, vajillas de lujo y finos esmaltes.

Cuando llegaron al Foro de Constantino, Demetrio se dirigió a Juan:

—Mira, esa estatua que ves allá arriba, coronando esa monumental columna de pórfido, es del emperador Constantino, el fundador de esta ciudad. En realidad es una efigie pagana dedicada al dios Apolo; Constantino ordenó cambiar la cabeza original por la suya. Esto, Juan, es muy frecuente entre nosotros, mantenemos lo anterior pero le mudamos el rostro. Hacemos que se alteren ciertas formas para que permanezca la esencia.

Juan pensó que en su tierra las cosas sucedían de la misma manera.

Bordearon el marmóreo edificio del Senado en el lado norte del Foro, construido a semejanza del de Roma; detrás de él se hallaba el mercado de libros. Las librerías se concentraban en un bazar cerrado y cubierto con bóvedas pintadas en azul y rojo, con tragaluces en la parte superior. Demetrio visitaba al menos seis veces al año este mercado para comprar personalmente algunos libros. Hoy, gracias a la donación de un generoso mecenas, podía gastar más dinero que de costumbre. El oro era primordial para lograr buenos ejemplares. En la ciudad había al menos diez

iglesias y ocho monasterios, además de las facultades de la Universidad, que competían entre ellos por adquirir los manuscritos más valiosos. De vez en cuando, los libreros realizaban subastas de los libros notorios y quien pujaba más se quedaba con los mejores. En el bazar había no menos de treinta librerías, entre las que destacaban especialmente tres: La Casa del Libro, la mayor de todas; El Ojo de la Ciencia, especializada en matemáticas, física y astronomía, y La Librería Oriental, dedicada a textos en árabe, persa y arameo.

Cuando vieron aparecer a Demetrio encabezando la pequeña comitiva, los propietarios de las tiendas salieron a las puertas ofreciendo bulliciosamente sus productos al jefe de la biblioteca del patriarca. Era uno de los mejores clientes y siempre tenían novedades para él. Demetrio entró con su ayudante y con Juan en una de las librerías, mientras los dos esclavos que portaban el arcón se quedaban en la puerta. Era la de Juan Jifilino, director de la Facultad de Derecho y copropietario de una de las más afamadas tiendas de libros de la ciudad. El encargado acercó con diligencia una silla a Demetrio mientras ordenaba que le sirvieran una infusión caliente aromatizada con lavanda y canela.

—Mi señor Demetrio —resaltó el encargado, un judío romaniote—, cuánto honor dispensáis a este establecimiento con vuestra presencia; permitid que os ofrezca las más recientes adquisiciones de nuestra librería —y volviéndose hacia uno de los dependientes le indicó que trajera una pila de libros de una de las estanterías—. Fijaos, mi señor —continuó—, la única versión en griego del libro de Arquímedes *Introducción a la máquina*, una verdadera joya recién traducida del árabe por el mejor especialista de la Facultad de Filosofía. Está ilustrado con profusión y no hay por ahora ningún otro ejemplar en el imperio. Sin duda será de obligada consulta para profesores y estudiantes, y además por cuantos ingenieros y arquitectos trabajan en la ciudad.

—Si es un ejemplar único, ¿por qué no se lo queda su dueño, Jifilino? —preguntó Demetrio mientras hojeaba aquel libro.

—¡Oh, mi señor!, Jifilino, como sabéis, es un jurista, no un científico. Prefiere que este libro vaya a las estanterías de la biblioteca del patriarca, por quien siente una profunda admiración, antes que a cualquier otro sitio. ¿Dónde iba a estar mejor que junto a Santa Sofía?

—De acuerdo —asintió Demetrio—, ¿cuál es su precio?

—Una verdadera ganga —observó el encargado sonriendo—, para su beatitud el patriarca solo treinta nomismas. Tened en cuenta —se apresuró a señalar— que es el libro más buscado por los científicos.

—Es mucho dinero —sentenció Demetrio haciendo oscilar su cabeza—, demasiado.

—Bueno, mi señor, quizá podamos discutir el precio si compráis otros libros en el lote. Puedo ofreceros —añadió el encargado— este magnífico tratado de Herón de Alejandría sobre *Los planos de equilibrio* por diez nomismas, una nueva edición de la *Meteorología* de Aristóteles por

doce y este raro ejemplar del mismo Herón del libro *De pneumatica*, que está en edición bilingüe y fue copiado en el monasterio de San Lázaro en el reinado de Basilio I, solo hay otro ejemplar en la biblioteca de la Universidad. Os puedo dejar los cuatro por sesenta nomismas, y sabed que pierdo dinero.

Demetrio, desentendiéndose del vendedor, inspeccionaba con minuciosidad los libros que se le ofrecían. Realmente, la edición en griego del tratado de Arquímedes era espléndida y los dibujos, copiados con fiel exactitud del original conservado en la biblioteca califal de Bagdad, eran mucho mejores que la copia en árabe que desde hacía varios años tenía en la biblioteca. En efecto, su traducción al griego suponía que este libro, verdadero manual de consulta para ingenieros y arquitectos, podría ser leído por muchos más. La copia en árabe era solicitada con cierta frecuencia, pero la mayor parte de los que lo hacían se limitaba a estudiar los dibujos, sin poder leer las explicaciones. El propio Demetrio había dedicado muchas horas de su tiempo a ayudar a quienes lo pedían, dados sus profundos conocimientos de árabe. *De pneumatica* de Herón no estaba entre los fondos de la biblioteca y los otros eran menos interesantes, pues de todos ellos había al menos un ejemplar.

—Te ofrezco diez nomismas por el Arquímedes —asentó Demetrio sin levantar la cabeza del libro.

—¡Diez nomismas decís! —exclamó el encargado fingiendo estupor e indignación—, eso es lo que vale solo la encuadernación. Fijaos en los lomos, es pura vitela estampada en oro. No puedo dejaros esta maravilla en menos de veinticinco.

—Veinte e incluid el libro de Herón —sentenció Demetrio cerrando las tapas de piel roja sangre.

—Pero mi señor —gimoteó el encargado postrado de rodillas ante Demetrio—, vos sabéis mejor que nadie el valor de los libros, el trabajo que cuesta hacer uno de esta categoría. ¡Veinte nomismas por los dos!, ese es el precio de un paño de seda fina de China.

Demetrio se levantó parsimonioso en ademán de indiferencia presto a marcharse.

—De acuerdo, de acuerdo, veinte —asintió el encargado con una ensayada pose de resignación—. Os lleváis los libros a la mitad de su precio.

—Que es su precio justo —concluyó Demetrio mientras ordenaba a su ayudante que pagara las veinte monedas de oro y recogiera el recibo de compra.

Salieron del establecimiento tras colocar los manuscritos en el arcón sobre las parihuelas. Demetrio comentó a su ayudante que habían realizado una magnífica adquisición. Juan seguía a los dos bibliotecarios sin perder ni un solo detalle de cuanto veía y oía.

Unos pasos más adelante entraron en la Librería Oriental. El dueño era un orondo mercader de Antioquía, donde había amasado una inmensa fortuna como importador desde Alepo de porcelana fina y seda en bruto de China, piedras preciosas de la India, perlas del mar Arábigo,

orfebrería de Samarcanda y delicados brocados de Damasco. Ante el peligro que suponía una ciudad en la frontera con los musulmanes se había trasladado hacía diez años a Constantinopla. Era propietario de varios talleres y tiendas, pero lo que más apreciaba era su librería especializada en libros orientales, que conocía bien gracias a las relaciones mercantiles que había establecido con el islam en su época de Antioquía, especialmente con libreros de Bagdad y de Damasco, donde tenía dos socios árabes que le proporcionaban copias de libros de difícil adquisición en Bizancio.

—¡Mi buen amigo Demetrio! —exclamó el opulento mercader—, qué alegría contar en mi humilde negocio con la presencia del hombre más sabio del imperio, después de su majestad y del patriarca, quiero decir.

Al jefe de la biblioteca no le gustaba aquel tipo lisonjero y falso, pero quería unos libros concretos, y solo podía encontrarlos en la Librería Oriental.

—Gracias por vuestros inmerecidos cumplidos —repuso Demetrio—. Pero no he venido aquí para que me aduléis, sino para comprar un libro que según vuestros agentes está a la venta. Se trata del *Corpus de medicina*, de Oribasio de Pérgamo.

—Bueno, no está realmente en venta, pero siendo para vos me desprenderé de tan querido ejemplar. Sabed que es una verdadera maravilla. Hace un mes que me lo enviaron desde Basora. Allí el gran médico Ibn Said al-Ansar lo emplea como manual para los estudiantes de la escuela de medicina. Oribasio fue el médico personal del emperador Juliano, como bien sabéis, y en este libro sintetizó todos sus conocimientos, que eran realmente muchos. Yo creo, personalmente y sin que entienda mucho de sanar cuerpos, que esta obra supera a la de Galeno. Además está ilustrada, pese a que a los musulmanes su religión les prohíbe ciertas representaciones, aunque las descripciones son tan precisas y ajustadas a la realidad que prácticamente no serían necesarios dibujos. Trae el Oribasio —ordenó el mercader dirigiéndose a un dependiente— y trátalo con sumo cuidado.

El libro estaba escrito en árabe, pero ello no suponía un problema. Los principales tratados de medicina estaban en árabe y los médicos y los estudiantes de medicina dominaban esta lengua, indispensable en su formación.

—Quizá sea tan valioso como afirmas —comentó Demetrio hojeando aquel libro, uno de los que más había perseguido para la biblioteca en los últimos tres años—. ¿Cuánto pides por él?

—Bien —titubeó el mercader pasándose la mano derecha por el rostro en gesto dubitativo—, ya os he dicho que solo lo vendo por vos. Teniendo esto en cuenta, creo que treinta nomismas es un precio razonable.

—De acuerdo —asintió Demetrio sin regatear—, es lo que vale.

El grueso mercader no supo reaccionar ante la aceptación inmediata y sin discusión.

Acostumbrado como estaba al regateo de ofertas y contraofertas, la rápida e inesperada decisión del comprador lo dejó desconcertado.

Cuando salieron de la tienda, el ayudante preguntó:

—¿Por qué no habéis objetado el precio?

—Muy sencillo —sonrió Demetrio—; este mercader es el más hábil del mercado y el que consigue, aprovechando su posición y sus relaciones, los mejores precios y las mayores ganancias. El libro me interesaba, yo no estaba dispuesto a renunciar a él y el de Antioquía lo sabía. Hubiera pagado cualquier cantidad que hubiera pedido. Si hubiera regateado, es probable que el ahorro en la compra hubiera sido de tres o cuatro nomismas, nunca más, y el mercader se hubiera quedado convencido de que nos había engañado y de que había hecho un gran negocio. A él, este libro no le habrá costado más de quince nomismas, pero ahora, al comprárselo por treinta sin contraofertar, estará pensando que podía haber sacado mucho más y creerá que ha hecho un mal negocio. A veces conviene perder un poco de dinero por el simple placer de ver a uno de estos avaros confundido.

Durante el resto de la mañana recorrieron tres librerías más. En una de ellas adquirieron una copia de la traducción al árabe de Qusta ibn Luqa de la segunda obra de Herón de Alejandría, *Las métricas*, en donde se trataba de las cinco máquinas simples: el torno, la polea, la palanca, la cuña y el tornillo sin fin. A la hora del almuerzo Demetrio había gastado los cien nomismas que portaba en la bolsa al salir de palacio, pero el arcón de madera rebosaba de libros. Estaba eufórico porque había logrado algunos ejemplares que deseaba desde hacía tiempo. Había comprado a un precio excelente la *Descripción del templo de la sagrada sabiduría*, un antiguo poema de Pablo Silenciario, así como un ejemplar irreverentemente ilustrado de la *Historia secreta* de Procopio de Cesarea, una de las piezas más buscadas por los coleccionistas.

6

A finales de abril se recibió en Constantinopla la noticia de la muerte de León IX. Todo se complicaba. La Iglesia no tenía una cabeza visible, quizá tardara meses en elegir a un nuevo papa, y esta coyuntura era beneficiosa para Cerulario. Pero los enemigos del patriarca eran muchos, más por motivos políticos que por la mera cuestión religiosa. El principal foco contra Cerulario radicaba en la Universidad. Miguel Psello, siempre a la sombra del poder imperial, confabulaba con sus amigos Juan Mauropus, el brillante impulsor de los estudios superiores y aspirante en secreto a ocupar el puesto de patriarca, y Juan Italo, su aventajado alumno.

Los opositores a Cerulario hicieron circular varios poemas satíricos, que atribuían al recién

fallecido poeta Cristóbal de Melitene, en los cuales se mofaban de su figura y de su nivel intelectual y los legados papales difundían sin cesar acusaciones contra su persona. Acosado en varios frentes, el patriarca pensó incluso en atentar contra la vida de los romanos, pero decidió seguir el consejo de su fiel Demetrio y se alejó de la ciudad con el pretexto de visitar varios monasterios y sedes episcopales en Grecia.

La partida de Cerulario provocó un nuevo periodo de calma y Demetrio, que había estado trabajando casi en exclusiva en las últimas semanas preparando la estrategia contra los romanos, tuvo de nuevo más tiempo para su biblioteca y para seguir enseñando a Juan, que realizaba notables progresos en el estudio del latín y del árabe. Una tarde, cuando estaban recogiendo los últimos libros prestados ese día a los lectores, se dirigió Demetrio a Juan:

—Mañana es 11 de mayo, la fiesta mayor de Constantinopla; nuestra ciudad celebra el 724.º aniversario de la fundación de Nueva Roma por Constantino. Hay espectáculos memorables. Vendrás conmigo.

No dijo nada más. Juan apenas pudo dormir aquella noche; al día siguiente estaba temprano en el patio esperando a su protector.

Ya había entrado la mañana cuando salió Demetrio y ordenó a Juan que lo siguiera. Recorrieron las atiborradas plazas y avenidas, colmadas de gentes que iban y venían de un lado para otro. Daba la impresión de que toda Constantinopla estaba en la calle. Un grupo de muchachos corría entre los puestos ambulantes de frutas y las barracas de vinos; otros jugaban con varios astrágalos a la taba sentados en corro delante de una biblioteca pública. Coros de miembros de los gremios, apostados en las esquinas, bailaban y cantaban himnos primaverales a la alegría, al amor y a la felicidad. Cerca del hipódromo los esperaba un personaje alto de pelo rubio y rizado al que Juan reconoció como el capitán que lo había llevado desde Querson a Constantinopla. Acababa de llegar de un viaje en su nave la Viento del Ponto desde Trebisonda con un cargamento de perfumes con el que había logrado una pequeña fortuna.

—Mira Juan —indicó Demetrio—, este es el marido de mi sobrina, creo que lo recuerdas bien. Es miembro de la facción de los verdes. Tiene reservados varios asientos para presenciar los actos festivos de hoy en el hipódromo.

—¡Querido tío! —exclamó el hombre—, hoy va a ser un gran día. Tenemos la mejor pareja de caballos de los últimos años y un auriga excepcional que ha venido desde Atenas. Lo he visto entrenar en la explanada exterior de las murallas y creo que el triunfo va a ser nuestro. Vaya, veo que al joven ruso no le sientan mal los aires de palacio.

—Es un buen muchacho, aprende deprisa y es prudente, te agradezco que me lo aconsejaras —dijo Demetrio mirando a Juan.

—Bien, vamos a entrar, los juegos pueden comenzar en cualquier momento.

Aquella era sin duda una fiesta pagana. La Iglesia consentía estos festejos como válvula de

escape para una sociedad profundamente regularizada y sometida a múltiples controles. El emperador había ofrecido el tradicional banquete por la fundación de la ciudad al pueblo de Constantinopla; seguía derrochando el tesoro imperial, y lo que acostumbraba ser, en reinados anteriores, la entrega a la multitud congregada en el hipódromo de varias decenas de miles de tortas de harina y frutas se había convertido en un verdadero festín que Constantino IX brindaba a todo el pueblo. A lo largo de la arena, en una longitud de casi media milla, se habían dispuesto varias hiladas de mesas sobre las que una legión de cocineros y camareros había preparado distintas ensaladas, todo tipo de pescados fritos y asados y miles de pasteles de almendra y miel que se entregaban a los pobres de la ciudad en grandes platos y en bandejas de cerámica roja. Las clases acomodadas comían en las treinta y siete gradas de mármol servidas por esclavos. Allí lo hicieron Demetrio y Juan, rodeados por varios miembros de la familia del capitán.

El emperador apareció en el *cathisma*, acompañado por el *hypatos* de la ciudad y por varios generales, obispos y abades. En un extremo del palco imperial estaban los jefes de las facciones rivales en el hipódromo, el de los azules, con su satélite de los rojos, y el de los verdes, acompañado por el jefe de los blancos. A su derecha se sentó su joven amante, la exótica princesa alana que cautivaba a cuantos la miraban con su extraña belleza de ojos añiles, su piel fina como la cera y suave como la seda y su pelo largo, lacio y negro como el ébano. Aquella mujer rebosaba sensualidad y el emperador había sucumbido a sus encantos. Tenía cuanto quería y Constantino la colmaba de joyas y vestidos. Cualquier deseo suyo era satisfecho de inmediato. La princesa había recibido el título de *sebasté* a la muerte de Esclerina, la anterior amante del *basileus*. Amara, que así se llamaba la princesa asiática, vestía una escotada y ceñida túnica blanca sin mangas que se descolgaba hasta los tobillos y dibujaba las atrayentes curvas de sus caderas. De su cintura pendían sostenidas al talle por un cinturón de oro y brillantes varias franjas de tela adamascada con bordados de oro y piedras preciosas. Cubría sus hombros con un velo púrpura de fina seda transparente *kekolymena*, la cual solo podían usar destacados miembros de la familia imperial y que dejaba entrever las formas firmes y rotundas de sus delicados senos. Sobre la cabeza portaba un tocado esmaltado de perlas del que sobresalía una del tamaño de un huevo de perdiz que pendía de un cordoncillo de oro sobre su frente. Adornaba sus brazos con gruesos brazaletes de oro engastados de rubíes y esmeraldas. Un collar de triángulos de oro, realizado para la ocasión por el maestro de orfebres de la corte, rodeaba su esbelto cuello y dos aros dorados de los que pendían seis esmeraldas oscilaban en los lóbulos de sus gráciles orejas. La princesa brillaba como una diosa oriental en medio del palco atiborrado de funcionarios gruesos y desgarbados. El pueblo congregado en el hipódromo aclamó a su *basileus* agitando pañuelos mientras sonaban fanfarrias y timbales; todo el graderío era un oleaje de colores azules, blancos, rojos y verdes. Dos coros, uno de cada una de las dos grandes facciones, cantaron

himnos de alabanza al soberano mientras varios poetas declamaban odas laudatorias a Constantino IX.

—Atiende, Juan —indicó Demetrio—; antes había solo dos bandos políticos, los azules, que representaban a la aristocracia terrateniente y al alto clero ortodoxo, y los verdes, cuyos miembros eran comerciantes y artesanos, herejes y monofisitas. En cierto modo eran una rememoración de los patricios y los plebeyos de la vieja Roma. Hace algún tiempo surgieron dos facciones más, la de los rojos, próxima a los azules, y la de los blancos, cercana a los verdes. Estas facciones tuvieron antaño una fuerza política extraordinaria; en ocasiones lograron incluso la deposición de emperadores. Pero hace ya tiempo que solo juegan un papel secundario, dedicadas en exclusiva a interpretar una función protocolaria en las ceremonias imperiales y a organizar los juegos y las carreras. Los emperadores han tenido mucho cuidado en evitar que crezca el poder de estos grupos y los controlan nombrando a sus jefes y sobornado a sus dirigentes.

Finalizado el banquete se desalojó la arena y se dejó limpia de los restos de la comida. En la galería sonaron las trompetas que anunciaban la próxima celebración de la carrera de bigas, el acto central de cuantos se celebraban para conmemorar el aniversario de la ciudad. Por la puerta norte del monumental hipódromo entraron los dos carros de dos caballos que iban a disputar la tradicional Carrera de las Legumbres, la Iakhanikon, la más prestigiosa competición deportiva. En tanto se preparaba la pista, grupos de danzantes, cómicos y acróbatas entretenían a las más de sesenta mil personas que rebosaban en los graderíos. Bajo el palco imperial un coro popular cantaba una composición que anunciaba que una alegría inefable invadía el mundo. Cada una de las dos facciones, la verde y la azul, había preparado a su mejor pareja de caballos y a su mejor auriga. Los azules habían ganado los últimos cuatro años consecutivos y los verdes querían tomarse la revancha. A una señal de trompetas los cómicos se retiraron mientras grupos de esclavos acababan de regar la arena. La carrera estaba a punto de comenzar.

El emperador se levantó de su trono de mármol blanco con almohadones cárdenos y alzó su mano derecha indicando que la competición podía iniciarse. Las dos bigas se dirigieron al trote hasta la altura del *cathisma*, saludaron al *basileus* y se situaron en la línea de salida. Había que recorrer doce veces las dos largas rectas de más de trescientos pasos y girar en redondo veinticuatro veces en las dos cerradísimas curvas de las puertas norte y sur. En total, doce vueltas completas a la larga espina en la que se alineaban numerosas obras de arte antiguo. Un obelisco egipcio de setenta y cinco pies en granito rosa descansaba sobre un pedestal de mármol blanco apoyado en cuatro tacos de bronce. Los habitantes de la ciudad lo consideraban mágico porque nadie había podido descifrar los símbolos jeroglíficos que decoraban en vertical sus cuatro caras: halcones coronados, pájaros estáticos, misteriosos ojos, signos del agua y de la luz. Un segundo obelisco de cien pies de altura forrado con placas de oro tenía grabados los nombres de los

vencedores en el estadio también en letras doradas. Entre ambos se alzaba un pebetero sostenido por tres serpientes enlazadas que formaban una columna sobre cuyas cabezas sostenían un caldero de oro. La columna serpentiforme, dedicada por la liga de ciudades griegas al dios Apolo para conmemorar una victoria sobre los persas, había sido traída desde el santuario pagano de Delfos por Constantino el Grande. Numerosas estatuas de campeones en los juegos, torsos de famosos atletas y varias estatuas de la Antigüedad pagana colmaban la espina, en cuyos extremos ondeaban las oriflamas imperiales.

Dispuestos los dos carros en el orden que les había tocado por sorteo, el jefe de pista dio la señal de salida agitando su bandera a rayas blancas y negras. Junto a la espina arrancó la biga de los verdes, mientras la de los azules lo hacía por fuera. Al final de la primera recta llegó con ventaja el tronco de los azules, que viró a su izquierda vertiginosamente cortando el radio de giro a su rival. En la segunda recta, al pasar ante el palco imperial, la ventaja del carro azul era de más de dos cuerpos. El graderío donde se ubicaban los azules rugía expectante por la neta superioridad que en la primera vuelta demostraba su campeón. Miles de pañuelos rojos y azules se agitaban al viento y un estruendoso clamor ascendía hasta lo más alto del hipódromo. El emperador contemplaba la carrera con gusto pues como miembro de la aristocracia, siempre había sido partidario de los azules. Los verdes permanecían en silencio después de las seis primeras vueltas. La biga azul seguía en cabeza y no daba sensación de ceder ante su contrincante. A mitad de carrera más de treinta pasos separaban a los dos carros.

En la octava vuelta el de los verdes aceleró el ritmo de manera espectacular y al final de la curva de la puerta norte el auriga azul casi podía sentir en su nuca el aliento de los hocicos de los dos caballos verdes que se le echaban encima. Enfilaron la primera recta de la novena vuelta casi emparejados; la próxima curva iba a ser decisiva. El auriga de los azules fustigó con fuerza las grupas de sus dos caballos, pero el carro de los verdes se adelantó ligeramente al final de la recta y ganó la posición para trazar la curva sur el primero, obligando al azul a abrirse hacia el lado de las gradas perdiendo un tiempo precioso. Los graderíos se poblaron entonces de pañuelos verdes y blancos, mientras se guardaban los azules y rojos. Tres vueltas después, el carro verde atravesaba la línea de meta como vencedor.

El jefe de la facción de los verdes se irguió eufórico en el palco imperial y bajó a la arena para saludar a su campeón. Subió a la biga victoriosa y con el auriga triunfante dio la vuelta de honor saludando a sus partidarios, que gritaban apasionados: «La fe de los verdes es la victoria». Se detuvieron frente al emperador y este les arrojó la corona de laurel que distinguía a los vencedores. Desde las gradas que ocupaban los verdes surgieron algunos insultos y amenazas hacia los azules, que respondieron con gestos obscenos y desairados.

—Buena carrera —apostilló Demetrio con un inequívoco gesto de alegría en su rostro—. Ha habido que esperar varios años, pero al fin lo hemos logrado. Ahora debemos marcharnos —

indicó dirigiéndose a Juan—, van a empezar las luchas de animales y es un espectáculo demasiado cruento para un niño.

Después de la de bigas estaban programadas varias carreras a caballo y a pie y por último, para finalizar las fiestas de la fundación, luchas de osos caucasianos contra jirafas africanas y de elefantes hindúes contra tigres siberianos, el animal favorito de la princesa alana. Cuando salían del hipódromo un hombre competía en la arena en una desigual carrera contra un caballo. Juan no entendía cómo un intelectual como Demetrio, siempre rodeado de libros y de ciencia, era capaz de emocionarse de tal manera con una competición deportiva. Esa noche no pudo dejar de pensar en ello.

7

El emperador se encontraba cada vez más molesto con aquellas estériles disputas teológicas. Rumores de todo tipo circulaban por la ciudad y nadie los desmentía. Se había difundido que el propio patriarca había planeado asesinar a los delegados papales.

Por aquellos días de fines de mayo, Nicetas Estetatos, monje del monasterio de San Juan de Estudios, publicó un libelo a instancias del patriarca en el que refutaba duramente los argumentos del cardenal Humberto sobre la primacía de Roma. Una copia llegó a manos del cardenal, quien lo tradujo al latín con la ayuda de un monje de los Santos Apóstoles y lo leyó al resto de la legación. Nicetas rechazaba el uso del pan ácimo en la eucaristía porque decía que era inanimado al carecer del fermento que vivifica la harina. Se apoyaba en la afirmación de que quien come pan ácimo deambula en las tinieblas y no tiene comunión con Cristo, que es la luz, y quien comulga con Cristo vive en la luz. El pan ácimo no podía ser nunca el cuerpo del Hijo de Dios. Nicetas defendía la celebración del sábado porque había sido un sábado a la hora tercia cuando el Espíritu Santo había descendido sobre los apóstoles. Justificaba el matrimonio de los sacerdotes señalando que ningún canon de la iglesia prohibía el desposorio para los religiosos. El escrito acababa aconsejando a los latinos que si querían realmente dar testimonio de la Sagrada Escritura accedieran a admitir lo anterior, saludándolos «en Cristo Jesús, Señor nuestro, del cual es el poder y la gloria, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén».

Cuando Humberto lo leyó, se aprestó de inmediato a redactar una refutación del mismo.

—Si este mentecato quiere disputar sobre quién conoce mejor las Sagradas Escrituras va a recibir una lección —declaró encolerizado el cardenal Humberto a Federico, el canciller vaticano, seguro de su profundo conocimiento de la Biblia.

—Este asunto está yendo demasiado lejos; no podemos dejar que la iniciativa pase a manos de los griegos. Hasta ahora hemos logrado mantener de nuestro lado la ventaja, pero si no reaccionamos pueden vencernos —expuso Federico.

En su escrito, dirigido al patriarca, al emperador y al *higoumeno* del monasterio de San Juan de Estudios, Humberto de Selva Cándida rechazaba todos los argumentos de Nicetas. Afirmaba que el uso del pan ácimo era canónico y que el propio Evangelio prohibía utilizar pan con levadura; en el de san Marcos se leía: «Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes». Seguía en su refutación con una cascada de citas de los principales y más reconocidos padres de la Iglesia. El papa Agapito y el venerado Gregorio de Agrigento nada decían en sus escritos en contra del uso del pan ácimo, como tampoco Gregorio, Macario, Ciro, Sergio, Honorio o Pirro. Estaba escrito que el obispo Juan del Puerto, uno de los padres, había celebrado misa en la iglesia de la Sagrada Sabiduría el día de la octava de Pascua según el rito latino, y en el Sexto Concilio Ecuménico, celebrado en la propia Constantinopla, se había permitido la consagración de pan ácimo en la misa. En cuanto al matrimonio de los clérigos, que los griegos defendían, Humberto lo calificaba de adulterio, no de unión conyugal. Para ello citaba la primera carta de san Pablo a los corintios, donde se rechazaba la atracción del sexo incluso entre los esposos. Recordaba las palabras del papa Siricio: «Las mujeres no deben vivir en casa de los clérigos».

El cruce de cartas, libelos y acusaciones mutuas entre la legación papal y los defensores de la independencia de la iglesia griega obligaron al emperador a intervenir. Constantino IX no podía permitir que se produjera una ruptura definitiva entre ambas partes; su posición estaba en entredicho. Por una parte no podía desautorizar a Miguel Cerulario sin riesgo de enfrentarse con una revuelta popular contra su persona. La población de la capital venía siendo halagada por los agentes del patriarca, que no cesaban de repetir que Constantinopla era Nueva Roma y sus ciudadanos los herederos legítimos de la gloriosa tradición cristiana. Pero el emperador era consciente de los problemas que le podría acarrear el enfrentamiento con la iglesia latina. Al fin y al cabo Roma había sido durante mil años el centro del mundo cristiano, la sede apostólica de san Pedro, el vicario de Cristo en la Tierra.

Constantino era consciente de que el triunfo de Miguel Cerulario supondría la sumisión del poder imperial al del patriarca. Era preferible que Roma interviniera en los asuntos eclesiásticos de Constantinopla a que Cerulario gobernara en el palacio imperial. Tenía claro que debía apoyar a los romanos. Temeroso de su apuesta por el papado, el emperador recurrió a Miguel Psello para que le aconsejara. Psello optó por señalar que la Iglesia estaba mejor bajo el control de Roma que bajo la altivez de Cerulario. Una embajada del patriarca fue recibida por Constantino IX en la

sala de audiencias del palacio. Psello le había preparado una brillante carta en la que culpaba a Cerulario del incidente y le instaba a acatar la voluntad imperial y la del papa.

Constantino llamó con urgencia a su secretario particular:

—Nicéforo —dijo el emperador sentando en su trono de oro del palacio de Blaquernas—, el enfrentamiento entre la legación romana y algunos de los monjes de la ciudad está siendo ya un verdadero problema para el imperio. Yo mismo me he visto en la obligación de actuar como moderador en una disputa que puede conducir al cisma en la Iglesia. Nada sería peor para nosotros que una ruptura con Roma. Quiero que las rivalidades y los desafíos se zanjen de manera definitiva. Para ello creo conveniente convocar una reunión de las dos partes. Yo también asistiré. Haz que envíen hoy mismo una citación a los delegados del papa y al monje Nicetas para que estén presentes el día de San Juan Bautista en el monasterio de Estudios. Allí debe zanjarse la discusión para que las arremolinadas aguas vuelvan a su discurrir plácidas y serenas.

—Majestad —alegó el secretario—, la cuestión que planteáis es demasiado peligrosa. Vuestro compromiso con Roma os ha enfrentado al patriarca Miguel, hombre que goza de gran predicamento entre la plebe de la ciudad y de buena parte del resto del imperio. Ha distribuido a numerosos agentes por toda la capital y se ha rodeado de una red de clientes que lo siguen de manera incondicional. Su poder crece día a día y su ansia y su ambición no tienen límites.

—El patriarca nunca se volverá contra el imperio.

—Contra el imperio no —aclaró Nicéforo—, pero sí contra el emperador.

Constantino se levantó del trono con dificultad, apoyando su mano derecha en el reposabrazos. Avanzó unos pasos y se situó frente a una mesa de mármol negro con incrustaciones blancas. Miró a su secretario y le remarcó:

—La cita, para el día de San Juan.

La legación papal acudió al monasterio de San Juan de Estudios, en el extremo sur de la ciudad, muy próximo a la Puerta Áurea, al comienzo de la tarde. Era el día de San Juan Bautista, patrón del cenobio, el señalado para zanjar las disputas. El cielo estaba nublado y circulaba un aire pesado y de bochorno. Un suave viento del sur arrastraba densas nubes cargadas de humedad desde el mar de Mármara. Por los jardines del monasterio paseaban jóvenes novicios repitiendo las clases dictadas por los maestros. En algunos bancos se arracimaban varios grupos discutiendo sobre filosofía, teología y arte. Por los rincones, monjes solitarios leían algunos libros o meditaban. Junto a las rumorosas fuentes, jóvenes estudiantes memorizaban sus lecciones de gramática y lógica. Entre los pórticos, algunos realizaban con ábacos operaciones para el

próximo examen de aritmética. En el monasterio se ubicaba una de las escuelas más afamadas del imperio.

Una comitiva formada por el *higoumeno* del cenobio, el secretario de la cancillería imperial y dos monjes recibió con fría cortesía al cardenal Humberto y al resto de la delegación romana en la puerta, frente a la avenida de la Mesé sur. Atravesaron el pórtico y los jardines y penetraron en el interior de la iglesia, donde se iba celebrar el debate. Los obispos, archimandritas, sacerdotes y monjes bizantinos ya se habían acomodado. Casi de inmediato apareció el emperador con una nutrida representación cortesana. La iglesia de tres naves había sido acondicionada para la entrevista. Delante del altar, elevado por tres escalones, se había colocado un sitial de madera cubierto con telas púrpuras para el emperador. A su derecha estaban los monjes griegos, sentados en recios bancos de madera, y a su izquierda los legados papales. Las naves laterales, separadas de la central por esbeltas columnas de mármol jaspeado, estaban vacías. Solo había algunos espectadores en las dos tribunas que recorrían la parte superior de las naves laterales, que se abrían a la amplia nave central; allí se habían ubicado estudiantes de teología de la Universidad, varios monjes del monasterio y clérigos interesados en la disputa. La tamizada luz de la tarde penetraba por los amplios ventanales del ábside. Las nubes habían frustrado uno de los factores escenográficos con los que contaban los monjes para ofuscar a los romanos. El día de San Juan, el más largo del año, el de la plenitud solar, si amanecía despejado, los rayos solares penetraban directamente por las dos filas de seis ventanales del ábside y provocaban un efecto sobrecogedor en el templo. La robusta cubierta de madera sobredorada y los mosaicos multicolores del pavimento estallaban en tonalidades ambarinas, las gráciles columnas de jaspe se desvanecían y la techumbre parecía levitar sobre el suelo colgado de hilos invisibles. Las nubes se habían aliado con Roma.

El portavoz de los bizantinos era el monje Nicetas Estetatos, el autor del libelo que tanto había encolerizado al cardenal Humberto. A una indicación del canciller, el monje se levantó para leer un escrito en griego que dos días antes había sido remitido a Humberto y traducido al latín. Nicetas comenzó su discurso atacando con dureza a todos los que defendían la primacía de la Iglesia romana sobre la de Constantinopla. Afirmó con rotundidad que Constantino el Grande, el primero de los augustos cristianos, había tenido una revelación divina durante un sueño. Dios mismo le había ordenado la fundación de Nueva Roma para establecer la capital del poder imperial y de la Iglesia. Roma era una ciudad pagana y esto la desautorizaba como sede de la cabeza de la Iglesia. Continuó el monje narrando a modo de ejemplo la *Vida de san Simeón*, que había terminado de escribir. Decía Nicetas que Simeón había ido en peregrinaje a Roma para expiar un gran pecado que había cometido. Allí pidió perdón al papa, que se lo concedió. Al regreso a Constantinopla ingresó en el convento de San Mamés, donde Simeón estudió la nueva teología, llegando a la conclusión de que Constantinopla no era inferior a Roma y que allí

también podía encontrarse la verdad. Pasó después a criticar el ritual latino: acusó de bárbaras ciertas prácticas de la Iglesia romana, como la ejecución de cantos profanos en los templos; señaló que la celebración del sábado y el uso de armas era propio de judíos; sentenció que el celibato de los clérigos occidentales no era sino puro maniqueísmo; aceptó los siete primeros concilios ecuménicos, pero rechazó el octavo, que solo se seguía en Occidente; y defendió el ritual griego, la triple inmersión en el bautismo, el celebrar la misa tan solo los sábados y domingos durante la Cuaresma, el que el sacramento de la confirmación lo pudieran impartir todos los sacerdotes y no solo el obispo, el uso de pan fermentado en la eucaristía, la prohibición del ayuno sabático, el matrimonio de los sacerdotes y el uso de barba para los clérigos.

A continuación tomó la palabra el cardenal Humberto. Vestido con un inmaculado hábito blanco y con un manto y un solideo carmesíes, se levantó de su banco y comenzó a disertar mientras paseaba entre las dos legaciones a través de la nave central del templo:

—Quiero comenzar resaltando la falta de disciplina que en la Iglesia griega se viene denotando en los últimos tiempos. Un ejemplo manifiesto de ello es el que un simple monje ose contradecir no solo a un miembro del sacro colegio cardenalicio, sino al mismo papa. Tú —señaló de manera acusadora a Nicetas— debes abandonar esos postulados que emanan de debajo de tus hábitos, tu postura no place a la Iglesia. Roma es la sede de san Pedro, la piedra sobre la que la Iglesia de Cristo, la única, la verdadera, ha sido edificada. ¿Acaso quieren ahora hacernos creer unos cuantos descarriados que san Pedro, san Gregorio, san León y tantos otros papas y mártires que vivificaron e hicieron fructificar con su propia sangre la Iglesia cristiana estaban equivocados? Yo no soy romano; nací en la fértil Borgoña, me eduqué en el monasterio de Moyenmoutier y me apliqué al estudio del griego y del hebreo. En mi abadía recogimos a monjes griegos que huían del este y los recibimos como hermanos en la fe de Cristo. ¡Qué diferente nuestra actitud a la de aquellos que me impidieron acudir a mi puesto de arzobispo en Sicilia porque ayudaron a los bárbaros normandos en el dominio de la isla en contra de la evangelización de los musulmanes que en ella vivían! Quienes ahora pretenden aparecer como defensores de la cristiandad son sus más firmes enemigos.

»Si san Agustín pudiera hoy hablarnos, ¿qué creéis que diría a quienes provocan la ruptura de la unidad de la Iglesia? No parece suficiente, por las viejas ideas que han vuelto a resurgir en Constantinopla, el descrédito que el patriarca Focio arrojó hace ya dos siglos sobre la iglesia griega al postular que el Espíritu Santo solo procedía del Padre, desautorizando así a todos los cánones de los concilios ecuménicos y al santo Credo de Nicea. Entonces, la prudencia del imperio y la sabiduría de la mayor parte de los miembros de la Iglesia oriental atajaron el cisma que se anunciaba. Ahora, el patriarca Miguel quiere reavivar una cuestión zanjada y reabrir las heridas cicatrizadas, y para ello discute, por sí o por sus intermediarios, cuestiones que los cánones y los concilios han dejado hace tiempo resueltas. No quiero volver a rebatir uno a uno

los inconsistentes argumentos que el monje Nicetas ha empleado para, mediante la crítica de algunos aspectos del ritual de la Iglesia romana, rechazar la primacía de Roma y del papa sobre la Iglesia. Su desconocimiento de las Escrituras y de la literatura sagrada es tan obvio que resalta aún más su incoherencia. Vos mismo, majestad —continuó Humberto volviéndose hacia el emperador—, sois sabedor de todo ello, y en consecuencia no tengo más remedio que pediros que, como súbdito vuestro que es, ordenéis a este monje, que tanto ha desdeñado la labor de la Iglesia, que se retracte de cuanto ha dicho.

El cardenal volvió a su lugar entre los murmullos de la gente que había acabado por abarrotar las tribunas superiores del templo. Constantino IX, abrumado por la contundente intervención de Humberto, pidió un ejemplar del libelo de Nicetas. Con su misma mano lo depositó en un pebetero de bronce que estaba junto a su sitial y cogiendo uno de los cirios que iluminaban el altar le prendió fuego. Nicetas bajó la cabeza apesadumbrado, sin atreverse a mover un solo músculo de su cuerpo. El emperador sentenció:

—Ordeno al monje Nicetas Estetatos, del monasterio de San Juan de Estudios de nuestra ciudad de Constantinopla, que pida perdón a los delegados de su santidad el papa y que se retracte de todas la acusaciones que ha vertido contra la Iglesia romana. Hágalo mañana en el palacio de Pigi, la residencia oficial del cardenal Humberto.

Dicho esto, Constantino IX descendió las tres gradas de madera sobre las que se elevaba el sitial y seguido de los miembros de su séquito salió del templo. La legación papal, sin despedirse de sus anfitriones griegos, salió tras la comitiva imperial. Entre los monjes de San Juan de Estudios se extendió una amarga sensación.

Al día siguiente, Nicetas Estetatos se presentó ante Humberto en el palacio de Pigi. Postrado de rodillas y con los brazos en cruz renegó de su escrito sobre los panes ácimos, el sábado y el matrimonio de los clérigos y anatemizó a todos cuantos atacaban la primacía de Roma. Ese mismo día circularon por Constantinopla intensos rumores sobre la inmediata destitución del patriarca. Casi nadie dudaba del triunfo del cardenal Humberto y de sus argumentos sobre los de los monjes de San Juan de Estudios, la cuna de la resistencia griega frente a Roma.

8

Pasaron varios días sin que Miguel Cerulario respondiera a los acontecimientos del día de San Juan Bautista en el cenobio de Estudios. Humberto, sabedor de que el tiempo jugaba contra él y de que el patriarca nunca aceptaría la supremacía de Roma, decidió ejecutar la orden de excomunión. El débil y voluble emperador había prometido que apoyaría la bula contra

Cerulario. El cardenal le había comunicado su decisión de seguir adelante con la sentencia dictada por el papa recientemente fallecido, pese a que esta circunstancia pudiera provocar problemas legales, pues la sede de San Pedro estaba ahora vacante. La expulsión del patriarca de Constantinopla del seno de la Iglesia era para Humberto la única posibilidad de acabar con la amenaza de cisma. La unidad de la Iglesia era imprescindible para que, tras tantas centurias de invasiones devastadoras y de cambios profundos, la cristiandad volviera a recuperar el pulso de la grandeza de los tiempos triunfales en la unidad bajo la tiara de Roma y por ello no podía aceptar de ningún modo las pretensiones de independencia e igualdad que proclamaba Cerulario para la Iglesia griega. El emperador, vacilante e inseguro, desbordado por la cascada de argumentos que el hábil cardenal papal había desplegado, aceptó la excomunión del patriarca y se plegó ante todas sus exigencias.

La embajada papal salió temprano aquella calurosa mañana de mediados de julio de sus aposentos, ubicados en el Palacio de Pigi, extramuros de la ciudad. La fachada principal, de mármol blanco y verde, se abría al otro lado del foso, frente a la Puerta de Pigi. Cuando se abrieron los amplios batientes de madera chapeada, tres ligeros carruajes y varios jinetes atravesaron el umbral y giraron a la izquierda. Frente al palacio los esperaba un escuadrón de caballería que el emperador había asignado como escolta oficial. Bordearon el exterior del foso hasta llegar a la Puerta de Charisios, por la que penetraron en la ciudad enfilando la larga avenida de la Mesé norte en dirección hacia Santa Sofía. La comitiva no era muy numerosa: la encabezaba el cardenal Humberto y con él iban Federico de Lorena, canciller de la iglesia romana; y Pedro, obispo de Amalfi; cinco presbíteros; tres sirvientes, y ocho soldados de la guardia vaticana. Un capitán del ejército imperial vestido de gala con su coraza dorada y gallardetes rojos y blancos abría el grupo, a continuación cuatro soldados a caballo armados con espadas cortas y corazas de láminas de acero daban paso al primero de los carruajes, donde viajaban el cardenal Humberto, el obispo Pedro y el secretario particular. Después cabalgaban cuatro soldados de la guardia vaticana armados con largas lanzas de madera, otro carruaje con el canciller Federico y de nuevo cuatro soldados papales. Por último, tras el tercero de los carros, cerraba la comitiva el escuadrón de la caballería imperial.

Atravesaron el foro de Marciano, con la columna de aquel augusto en el centro de la plaza. A su izquierda contemplaron las pesadas arcadas del acueducto que el emperador Valente había regalado a la ciudad y que pese a sus más de quinientos años seguía en perfecto estado de uso. Hacía algún tiempo que había amanecido, pero la ciudad permanecía en silencio; muy pocas personas circulaban en esos momentos por las amplias galerías porticadas de la Mesé, aunque

conforme la legación se iba acercando al foro de Teodosio, la multitud comenzaba a abigarrarse en las aceras.

Los habitantes de Constantinopla estaban habituados a frecuentes desfiles por las monumentales avenidas que desde las puertas de Charisios, San Romano, Pigi o Áurea confluían a modo de torrentes en el foro de Teodosio, donde empezaba la Vía Regia Artopoleia, el penúltimo tramo de la Mesé. Pero en esta ocasión no se trataba de la recepción de un embajador de alguno de los reinos satélites de Bizancio ni de un general victorioso en busca de la aclamación popular; en el interior de aquellas carretas viajaban los enviados del papa, como lo daban a entender los pendones rojos y amarillos que ondeaban en el extremo de las lanzas y las llaves de San Pedro grabadas a fuego en las puertas de los carros.

Al llegar al último de los grandes foros, el cardenal Humberto inclinó la cabeza para observar entre los adrales laterales del carruaje la estatua de Constantino el Grande, que, colocada sobre la gigantesca columna de pórfido gris, se alzaba orgullosa en pleno corazón de la ciudad. Aquel monumento lo intranquilizó. Hacía varios siglos que Constantino, tras vencer a su rival Majencio en la batalla del Puente Milvio, había librado al cristianismo de la clandestinidad y del martirio. Si la Iglesia era ahora tan poderosa, pensó Humberto, buena parte del éxito se debía a ese gran emperador. Constantino había sido además el fundador de Constantinopla sobre la pequeña y vieja Bizancio. El cardenal se preguntaba si aquello no era una clara señal del cielo, si el triunfo de Constantino, y con él el de la Iglesia, no suponía que Constantinopla, la Nueva Roma, era la ciudad elegida por Dios para sustituir a la vieja Roma en la dirección del mundo cristiano. Al fin y al cabo, Roma había nacido de los herederos de la tradición pagana, de los troyanos expulsados de Asia Menor por los aqueos. La urbe del Lacio había sido durante mil años la morada de las deidades paganas y en su nombre se había extendido el culto a los falsos dioses por todo el mundo. Por el contrario, Constantinopla era sin duda la ciudad de Dios y su fundación había coincidido con la victoria del cristianismo. Pero no..., él era ahora el legado papal y tenía que cumplir la misión encargada personalmente por el propio pontífice, el legítimo sucesor de san Pedro en el solio pontificio.

Absorto en esos pensamientos, el cardenal sintió de pronto que el obispo Pedro, con unos suaves golpecitos en el codo para llamar su atención, exclamaba:

—¡Mirad, eminencia, la Puerta de Septimio Severo!

—Una gran obra, aunque no tan excelente como el arco de ese mismo augusto en Roma —replicó el cardenal.

En esos momentos la comitiva papal transitaba bajo un gran arco triunfal que en su día fuera la puerta principal de la vieja colonia romana de Bizancio y que ahora señalaba el inicio del recinto sagrado; desde allí hasta Santa Sofía apenas restaba media milla a través de la Vía Sacra de Argyroprateia. En la grandiosa plaza del Milion, donde antaño estuviera el muro de la Bizantion

de los megarenses, los edificios imperiales brillaban bajo la resplandeciente luz del sol ascendiendo hacia su cenit. La fachada principal del hipódromo se alzaba frente a la plaza con sus múltiples nichos abocinados colmados de estatuas de bronce y de mármol que representaban a los héroes del estadio. Esculturas de musculosos gladiadores luchando con fieras, cuadrigas talladas en blanco mármol conducidas por aurigas de dorado bronce, gigantescos osos aplastando con sus zarpas a derrotados luchadores y toros de afilados cuernos embistiendo a exóticas jirafas ocupaban las profundas hornacinas, todo ello rematado por una figura colosal en mármol rosa del emperador Anastasio portando en su mano una justiciera espada de bronce. Frente al hipódromo, un pesado edificio pintado en blanco, rojo y azul indicaba la existencia de la inmensa Cisterna Basílica que culminaba el rosario de estanques que se alineaban desde las murallas hasta el palacio imperial y que abastecían de agua corriente a la ciudad. Aquellas cisternas, con sus cientos de millones de litros de capacidad, aseguraban el aprovisionamiento de agua y significaban un seguro de vida en caso de asedio.

En la plaza del Milion se levantaba un monolito de mármol verde y bronce de veinte pies de altura que señalaba el punto en el que tenían su origen todas las calzadas y caminos del imperio: desde este lugar se medían las distancias a todas las ciudades y provincias. A un lado de la plaza sobresalía una esbelta columna de mármol rematada por una escultura ecuestre en bronce de Justiniano, con el brazo derecho alzado y la mano abierta, sujeta a la columna por unas cadenas de hierro.

La comitiva se detuvo ante el pórtico de Santa Sofía. Un grupo de sacerdotes fieles a Roma esperaban inmóviles bajo un implacable sol. Humberto descendió parsimonioso de su carruaje. En su mano izquierda portaba el pergamino en el que el mismísimo papa León IX, pocos meses antes de morir, había estampado su firma y sellado con la bula de plomo que llevaba el escudo de su anillo. En él se dictaba la excomunión de Miguel Cerulario, el patriarca de Constantinopla, y la de sus seguidores. Con paso firme y decidido Humberto subió las gradas del pórtico y en su presencia todos los que esperaban se arrodillaron, mientras un presbítero de avanzada edad y barba cana besaba su anillo cardenalicio y le daba la bienvenida al templo de la Sagrada Sabiduría. Era la hora tercia y los clérigos griegos estaban preparados como todos los sábados para la misa, que hoy no se celebraría.

En expectante silencio, un numeroso gentío se había aglomerado por toda la amplia plaza. Tras los saludos de protocolo, la legación papal atravesó el patio y se plantó ante la Puerta Imperial. Los romanos cruzaron el umbral de mármol negro; las dos enormes hojas de madera de cedro recubiertas con láminas de oro y plata estaban abiertas y sobre el dintel un mosaico dorado mostraba al sabio emperador León VI postrado de rodillas ante Jesucristo. Aquella imagen del *basileus* implorante, con las manos abiertas y el rostro sumiso ante la presencia mayestática del Hijo de Dios, le recordó la *Vida del emperador León* que había consultado hacía varios días en la

biblioteca de los Santos Apóstoles. Le reconfortó recordar que aquel monarca, bajo cuya sumisa y desvalida figura entraba en el mayor templo de la cristiandad, había tenido que recurrir al papa a fin de solucionar los graves problemas sucesorios. ¿Si León VI, reconocido por todos como sabio y prudente, había necesitado de la dispensa papal para contraer matrimonio con su amante y así legalizar al hijo de ambos para poderlo nombrar heredero del trono, cómo no iba a ser justo ahora excomulgar a un patriarca de Constantinopla que desoía e ignoraba las resoluciones emanadas del vicario de Cristo en la tierra?

El cardenal respiró tremendamente confortado. Aquel mosaico era sin duda el testimonio de la razón, una razón que el propio Cristo mostraba a todos en su mano izquierda, con la que sostenía una breve inscripción en griego que rezaba: «La paz sea con vosotros. Yo soy la luz del mundo». Y así debía ser. Si al atravesar el Foro de Constantino ciertas dudas acerca de la preeminencia de Roma sobre Constantinopla habían anidado en sus pensamientos, ante Santa Sofía Humberto sentía firme e inequívoca la legitimidad de su misión. Seguro de sí, atravesó la Puerta Imperial acelerando la marcha, pero la contemplación del interior del templo hizo disminuir su ritmo hasta que tras dos pasos ralentizados se quedó quieto. Ante sus pasmados ojos se elevaba desafiante la inmensa nave central cubierta por una infinita cúpula. Cientos de ventanas filtraban la luminosa radiación estival y derramaban haces encendidos sobre los mosaicos dorados que colmaban las paredes y los techos. Mármoles rojos, verdes y grises conformaban un abanico de columnas, capiteles y cornisas. Sintió como si un hormiguero recorriera todo su cuerpo, desde sus ojos a las uñas de sus pies, mientras se aceleraba el ritmo de su corazón y sentía la sangre palpitar a borbotones en sus sienes. El obispo Pedro tuvo que coger por el codo al cardenal, tirando suavemente de él para que siguiera andando hacia el altar mayor.

La multitud congregada bajo la bóveda del simbólico universo sagrado había abierto un estrecho pasillo hasta el altar, que la comitiva atravesó de manera pausada. Conforme se acercaba al presbiterio, sus ojos descubrieron el mosaico con la figura de la Virgen Theotokos entre los apóstoles san Pedro y san Pablo en la bóveda del ábside. Era el que, según la *Vida de Basilio*, cuyo manuscrito Humberto había leído la semana pasada, mandó restaurar este emperador. Una leyenda en griego orlaba las tres figuras, en ella se decía que Constantino el Grande había transferido a Constantinopla el primado de la Iglesia a la vez que el poder imperial.

—Habrá que suprimir esa inscripción —susurró Humberto al canciller Federico, quien asintió con la cabeza.

En el interior del templo se habían acomodado los ciudadanos más notables. A la derecha del altar estaban los sacerdotes de la iglesia de los santos Carpo y Papilo, con sus clámides blancas y sus estolas de cruces doradas; los monjes del monasterio de Cristo Akataleptos, vestidos con largas túnicas negras y bonetes de fieltro; los afamados copistas de los nuevos monasterios de San Jorge de Mangana y de Energites, ambos recientemente fundados por Constantino IX, y la

congregación de los Santos Apóstoles, entre cuyos miembros Humberto reconoció a algunos con los que había compartido tertulias. A la izquierda del altar se habían instalado en los lugares preferentes los principales dignatarios de la corte imperial. Junto al *hypatos* de la ciudad se alineaban varios senadores y tras ellos altos funcionarios de la corte y ricos propietarios de la aristocracia urbana y potentados mercaderes de la gran burguesía comercial.

Humberto llegó ante el altar, que estaba repleto de campanillas y navetas de oro decoradas con hebras de plata, y se detuvo un momento, inclinándose reverencialmente. De inmediato giró sobre sus pies para quedar entre los dos enormes candelabros de plata maciza, frente a la multitud apiñada bajo la celeste bóveda de Santa Sofía. Giró los ojos a ambos lados y fijándolos en la puerta por donde había entrado comenzó a hablar:

—Pueblo y clérigos de Constantinopla: vuestra ciudad es bendita de Dios, y ha sido escogida para defender a la cristiandad de los infieles de la media luna y de las estepas. Pero en los últimos tiempos, la Iglesia de Cristo en el imperio oriental ha sido gobernada por hombres deshonestos e incapaces, preocupados tan solo por sus mundanos intereses. Su santidad el papa, el legítimo y único heredero de san Pedro, tuvo a bien mostrarse en toda su bondad misericordioso para quienes cayeron en el pecado y la herejía y les ofreció su perdón a cambio del reconocimiento de sus errores y de su apostasía. Pero, perseverantes en la maldad, los enemigos de la verdad han seguido manteniendo sus posiciones heréticas y sosteniendo sus pérfidos errores canónicos. Por ello, su santidad, con dolor de corazón pero con la consistencia de ánimo que Dios le transmitía, nos encargó poco antes de morir trasladar esta bula de excomunión de Miguel Cerulario y sus seguidores. Girando la cabeza hacia el canciller Federico, el cardenal Humberto le indicó con el brazo que diera lectura a la bula de excomunión.

Federico, con el tono firme y seguro del que siente que está en posesión de la verdad, estiró entre sus dos manos el rollo de pergamino y leyó con voz potente y pausada:

> Llamado al orden por todos estos errores y por muchos actos culpables por cartas de nuestro señor, el papa León, Miguel no ha querido arrepentirse. Además, se ha negado a recibirnos en audiencia a nosotros, legados, y nos ha prohibido celebrar la misa en las iglesias, por el hecho de que ya había cerrado las iglesias de los latinos, llamándolos azimitas y persiguiéndolos con palabras y violencias, llegando incluso a anatemizar a la sede apostólica en sus hijos y atreviéndose a prevalecer sobre la Santa Sede con el título de patriarca ecuménico. Nosotros, por tanto, no pudiendo soportar estas inauditas injurias y estos ultrajes contra la santa Sede, teniendo en cuenta además que en todo esto la fe católica ha sido acatada públicamente, por la autoridad de la santa e indivisible Trinidad, por la autoridad de la sede apostólica, de la que nosotros somos encargados de asuntos, y por la autoridad de todos los padres ortodoxos de los siete concilios, y, en una palabra, por la autoridad de toda la Iglesia católica, firmamos el anatema contra Miguel y sus fautores, anatema ya pronunciado contra ellos por el reverendísimo papa en previsión de que estos no llegaran a arrepentirse. Por tanto, ¡que Miguel (que falsamente se llama patriarca, pero que en realidad no es más que un neófito que ha tomado el hábito por temor, habiendo sido expuesto a las más graves acusaciones) y con él León (a quien se dice obispo de Acrida), y el

sacelario de Miguel, Constantino (que sacrílegamente ha pisoteado el sacrificio de los latinos), y todos aquellos que le siguen en dichos errores, sean todos ellos *anathema maranatha*, junto con los simoníacos, valesianos, arrianos, donatistas, nicolaítas, severianos, pneumatómacos, maniqueos, nazarenos y con todos los herejes (es más, con el diablo y sus demonios) si no se arrepienten! Amén, amén, amén.

Acabada la lectura, Humberto hizo la señal de la cruz en su frente mientras Federico enrollaba el pergamino que acababa de leer y lo depositaba encima de la mesa de altar. Los legados papales dieron por concluida la ceremonia entre el silencio expectante y reflexivo de los congregados.

Con la misma altivez que había entrado, Humberto, seguro ahora de su triunfo, abandonó Santa Sofía. En la puerta se persignó y proclamó:

—Hemos cumplido con nuestro deber de cristianos y de católicos, ¡que Dios lo vea y lo juzgue!

Los legados se quitaron las sandalias y sacudieron simbólicamente el polvo a la vista de todo el pueblo.

La legación papal volvió sobre sus pasos por la avenida de la Mesé, casi desierta a esas horas del mediodía, con el sol cayendo a plomo sobre las losas. Solo algunos comerciantes de las lujosas tiendas de la Vía Regia mantenían abiertas sus puertas, a resguardo de los acerados rayos solares bajo las monumentales galerías porticadas que enmarcaban ambos lados de la calzada. La tarde de aquel sábado la pasaron organizando sus equipajes y preparando el regreso a Roma. Su misión se había cumplido solo a medias: no habían logrado convencer a Cerulario de que admitiera sus errores y, en consecuencia, habían desplegado sobre el sagrado altar la bula de excomunión, pero el emperador estaba con ellos. La voluntad de Dios no podía serles adversa y en sus manos quedaba el futuro.

El lunes por la mañana, poco antes de partir por la Vía Egnatia bordeando las costas del mar de Mármara para embarcar en algún puerto de Tracia hacia Roma, un delegado imperial se presentó en la residencia del cardenal Humberto con cuantiosos regalos para todos los miembros de la embajada romana, para el propio papa y para las iglesias de la Ciudad Eterna. Humberto se quedó perplejo ante la magnificencia de los regalos. Sobre una carreta había un cofre que contenía una bella ágata, una espléndida pieza de seda de la mejor calidad, dos hermosos jarrones de porcelana de China, varios lujosos camafeos engastados en anillos de oro, dos valiosos candelabros de plata maciza, un magnífico rosario con perlas negras y blancas como cuentas, un gran crucifijo de oro y una delicada arqueta de oro esmaltada con escenas de la pasión de Cristo engastada con rubíes y esmeraldas. Una caja cuidadosamente embalada

guardaba una figura marmórea de san Juan Evangelista portado por un águila y coronado por un ángel. En realidad esta figura era una escultura pagana que representaba la alegoría del triunfo de Germánico coronado por la diosa Victoria, procedente de un viejo templo pagano ubicado en el Augusteon. El cardenal ordenó colocar la caja y el cofre en su propio carruaje y le dijo al enviado imperial que le agradeciera en nombre de la Iglesia tan ricos presentes. A medio día, la delegación papal enfilaba la Vía Egnatia en dirección sur.

Al día siguiente de la salida de Constantinopla de la legación papal, el patriarca regresó a su palacio. Había estado recluido varias semanas en un monasterio a orillas del mar de Mármara esperando acontecimientos y tramando la estrategia a seguir para contrarrestar el golpe de efecto de los romanos. Los agentes de Miguel Cerulario, bien adiestrados por Demetrio, estaban infiltrados en todos los barrios de la ciudad y el sistema de espías y de recogida de información que había montado el jefe de la biblioteca se mostraba tremendamente eficaz. En cuanto sucedía algo en Constantinopla, el patriarca era informado casi de inmediato.

La marcha de la legación dejaba a Cerulario las manos libres para actuar sin ninguna oposición. El emperador Constantino era un anciano de más de setenta años al que apenas le quedaban unos meses de vida. La edad había aumentado su debilidad y su inseguridad y, sin el apoyo del cardenal Humberto, sería fácil obligarle a denunciar la primacía de Roma. Pero los planes de Cerulario se vieron alterados por los acontecimientos. Inesperadamente, al día siguiente de la partida de la legación papal de Constantinopla, el emperador envió un escuadrón de jinetes ligeros para que hiciera regresar al cardenal Humberto y a sus acompañantes. Los mensajeros imperiales los alcanzaron en el santuario de San Juan, en Hebdomón, a siete millas de la ciudad, y el miércoles estaban de nuevo dentro de las murallas. La misma noche del martes Miguel Cerulario había sido informado de que los legados del papa volvían a la ciudad por indicación de palacio. Cerulario temió un golpe de mano contra su persona y decidió precipitar los acontecimientos. Aquella noche los agentes del patriarca recorrieron las calles lanzando duras proclamas contra el papa y su iglesia, incitando a la población a que se manifestase contra los abusos de los latinos y a que se congregase en la plaza del Milion para rechazar a los romanos. Con extrema habilidad y rapidez se difundió el rumor de que retornaban a Constantinopla para insultar al pueblo bizantino y para obligarle a adoptar las costumbres latinas, abominables para los griegos. Los partidarios de Cerulario actuaron con una rapidez y diligencia encomiables. A la mañana siguiente, cuando la delegación papal se presentó ante Santa Sofía, le esperaba de nuevo una multitud, pero esta vez no estaba en silencio, como el sábado anterior, sino increpante y bulliciosa. De vez en cuando, entre el murmullo hostil surgían algunas voces que pedían la cabeza de los latinos. Era un coro de gargantas perfectamente orquestado, con los agentes del patriarca distribuidos estratégicamente entre la muchedumbre, en la cual crecía la protesta, y el

tumulto se agrandaba por momentos. Una facción había cercado el palacio imperial, impidiendo el acceso por la puerta principal.

Ante el cariz que estaba tomando la situación, a punto de estallar una revuelta popular que en cualquier momento podía volverse contra el propio emperador, el *basileus* dio la orden a los legados papales, que seguían acosados por la muchedumbre, de abandonar Constantinopla a toda prisa. Aprovechando la confusión, un escuadrón de caballería pesada salió del interior del recinto del Palacio Sagrado y abrió paso a bastonazos. En unos momentos, los hercúleos soldados, pertrechados con corazas, lorigas y cascos adornados con penachos blancos, lograron trazar un pasillo de varios codos de anchura entre la gente que se agolpaba en la plaza del Milion. La delegación papal atravesó el estrecho corredor cuando comenzaban a caer los primeros objetos sobre sus cabezas y las de los soldados. Consiguieron ganar la embocadura de la Mesé y espolearon los caballos partiendo a toda velocidad hacia las murallas. Entre tanto, el pueblo celebraba el triunfo de la expulsión de los romanos, pero los exaltados ánimos no se calmaban y entre los sectores más críticos comenzaban a surgir voces que acusaban al emperador de ser el responsable de la traición.

Miguel Cerulario seguía los acontecimientos desde una elevada galería. Saboreaba su victoria, sabedor de que su maniobra había salido a la perfección. Sus agentes iban y venían desde el templo hasta la plaza para dar y recibir consignas y mantener en todo momento el control. A media tarde los amotinados habían ocupado el hipódromo y los principales cabecillas de la revuelta, siempre siguiendo las instrucciones del patriarca, arengaban a la multitud y la mantenían tensa y predispuesta a la acción. Esa misma tarde llegó una carta decisiva; Pedro, el moderado patriarca de Antioquía, aceptaba los postulados de Cerulario en contra de Roma.

El anciano emperador paseaba de un lado a otro del Salón Dorado. Junto a él, los más altos funcionarios de la corte esperaban inquietos la decisión del *basileus*. Los gritos llegaban desde el hipódromo al palacio sagrado de Bucoleón y algunas expresiones casi podían entenderse en el silencio de las dependencias imperiales. Por fin, dejándose caer en el trono de láminas doradas, habló Constantino:

—La situación se aboca a un extremo insostenible. El pueblo de Constantinopla ha ocupado la calle y pide una señal. El patriarca ha logrado que la muchedumbre se vuelva contra el papado y contra su emperador, solo él puede evitar una sangría. Mauricio —indicó girándose hacia el jefe de la guardia—, ve a Santa Sofía y di en mi nombre a su beatitud que quiero hablar con él. Es preciso resolver cuanto antes esta crisis.

Pocos minutos después entraba Miguel Cerulario en el Salón Dorado. Había atravesado la plaza del Milion a pie, desde Santa Sofía a la Puerta de Bronce del palacio imperial, entre las aclamaciones entusiastas de las enardecidas masas. Quería que toda Constantinopla contemplara que era él el dueño de la situación.

—Majestad —clamó desde la entrada de la sala Cerulario.

—Patriarca, os agradezco vuestra presencia. Creo que es preciso acabar con este tumulto antes de que comience a derramarse sangre. Recordad lo sucedido hace quinientos años en este mismo lugar y en una situación parecida en el reinado de Justiniano. Una revuelta popular fue sofocada por el ejército del general Belisario pasando a cuchillo a los rebeldes; no quisiera que tan trágica jornada se repitiera.

—Dudo, majestad —replicó Cerulario con enérgico aplomo—, que el ejército se volviera ahora contra su pueblo. Lo que esa gente anhela es la independencia de Constantinopla de la Iglesia latina. Quiere la grandeza de su ciudad y de su imperio, y eso no es posible con la preeminencia que Roma se otorga sin ningún derecho. Vuestra majestad debe ocuparse de inmediato de que la voluntad del pueblo sea respetada. El principal culpable de esta situación es el malvado duque Argyros. Desde su ducado de Italia ha conspirado contra el emperador y contra el imperio, incitando al papa contra la iglesia de Constantinopla. Su hijo y su yerno son sus agentes en la ciudad y quienes han ejecutado las órdenes que su padre dictaba desde Italia.

El anciano emperador vacilaba ante la firmeza de las palabras del patriarca, que sonaban atronadoras entre las paredes de la sala. Su fiel Argyros volvía a ser acusado por el propio Cerulario de conspiración. Esta vez nada podía hacer para salvarle. Dudó unos instantes y, con voz temblorosa, ordenó:

—Escribano, redacta de inmediato la orden de prisión para el yerno y el hijo de Argyros, y que sean acusados por sus maldades y por conspiración, y ordena hacer una copia de la bula de excomunión del patriarca Miguel para que sea quemada en el hipódromo en presencia del pueblo.

Tras dictar sus órdenes, Constantino IX se recostó en el trono, abatiendo la cabeza entre las manos. Cerulario miró a aquel pobre anciano, saboreó su triunfo un instante y sin mediar otras palabras salió del Salón Dorado. En el hipódromo, la multitud acogió el edicto imperial con enormes gritos de regocijo que estallaron en desbordantes muestras de júbilo cuando sobre un pebetero de hierro ardió el pergamino que contenía la copia de la bula de excomunión del patriarca y sus seguidores.

Atardecía sobre el Bósforo. El disco solar, enorme y rojo, se ocultaba entre el horizonte azul y una banda de nubes añiles y violetas; haces de rayos anaranjados, bermejos y carmesíes se desparramaban por el purpúreo cielo de Constantinopla.

Una semana después Cerulario convocó un concilio en el que se excomulgaba a los enviados papales. Con la sede de san Pedro vacante durante varios meses, no faltó quien propuso al patriarca que asumiera en dicho concilio la dignidad de sumo pontífice.

—No estoy aquí para suplantar a Roma, sino para elevar a Constantinopla a su misma dignidad —respondió Miguel dando por zanjada la cuestión.

En el año del cisma una estrella estalló en la constelación de Cáncer. El fenómeno causó la admiración de todos los astrónomos, que no supieron dar al caso ninguna explicación. Cerulario lo atribuyó a la descomposición de la Iglesia de Occidente y defendió que se trataba de un presagio divino que anunciaba la preeminencia de Constantinopla sobre Roma: la estrella desaparecida significaba el ocaso del poder del Vaticano.

El patriarca comenzó a recoger de inmediato los frutos de su triunfo: asumió la administración de la iglesia de Santa Sofía, hasta entonces en manos del emperador, cuyas rentas eran cuantiosísimas, y estableció un pacto para la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado, que sería roto en los años sucesivos en reiteradas ocasiones por ambas partes. Los enemigos de Cerulario temieron la venganza ante su rotundo triunfo. Algunos profesores de la Universidad, que habían encabezado la disidencia contra el patriarca, huyeron de Constantinopla para exiliarse en Grecia y en Asia. Miguel Psello no pudo soportar su derrota y para evitar las represalias se refugió en el monasterio de Olimpo, en la región de Bitinia. Juan Italos, el alumno predilecto de Psello, se recluyó en su puesto de profesor de filosofía, renunciando a toda actividad política, y Juan Mauropus se encerró en la escritura de versos endecasílabos en los que rogaba a Dios por las almas de Platón y de Plutarco. La victoria del patriarca sumió al emperador en una profunda depresión. Sus muchos años, su espíritu débil y sus excesos aceleraron su proceso de degradación. Constantino IX moría el 11 de enero de 1055 sin dejar heredero. Teodora, la hermana de Zoe, la segunda de las hijas de Constantino VIII, fue alzada de nuevo al trono imperial.

9

La calma de los meses siguientes fue aprovechada intensamente por Demetrio y Juan. Tenían casi todas las tardes libres y se dedicaban uno a enseñar y otro a aprender. La filosofía y la retórica fueron disciplinas que Juan asimiló con inusitada rapidez, así como el latín y el árabe, que Demetrio dominaba con extraordinaria precisión. Aquel otoño, dos años después de llegar a Constantinopla, Juan dominaba el griego y el latín y hablaba, aunque con dificultad, el árabe.

Aquella mañana de finales de noviembre el sol centelleaba entre altas nubes estriadas. Demetrio consultaba en su lugar de costumbre una reciente edición de la *Topografía cristiana*, el tratado de astronomía escrito en el siglo VI por Cosmas Indikopleustes, el último de los grandes libros de su género. Juan recogía algunos códices miniados que había estado hojeando un monje

copista del monasterio de San Juan de Estudios. La puerta de la biblioteca se abrió lentamente y en el umbral apareció Miguel Psello. Hacía varias semanas que había salido de su reclusión en el monasterio de Olimpo, en Bitinia, y se veía más radiante que nunca. Alto y delgado, con su barbilla cuadrada y orgullosa, el cónsul de los filósofos se dirigió sonriente hacia Demetrio, quien se levantó al ver que se acercaba. Ambos extendieron los brazos asiéndose mutuamente por los codos y se saludaron con efusión. Demetrio le indicó que lo acompañara a una estancia adjunta donde podrían estar solos.

—Veo que la reclusión en el convento os ha sentado bien —resaltó Demetrio en tono jovial.

—Mejor ha sido la salida, mi buen amigo. La vida conventual no está hecha para mí.

—Me alegro por vuestro regreso, el imperio recupera al primero de sus intelectuales y la Universidad al más brillante de sus profesores.

—Gracias por vuestros halagos —dijo Psello—. La intensa actividad política de los dos últimos años no ha dejado mella en vuestro rostro ni en vuestro cabello; los éxitos no desgastan.

—Sabéis que no soy un político, me he limitado a ayudar a su beatitud —alegó Demetrio sin denotar falsa humildad.

—El patriarca nunca hubiera triunfado sobre el emperador ni sobre los latinos sin vuestra ayuda. Vuestra eficiencia en la organización de apoyo a Cerulario fue absoluta. Pero no he venido aquí a lisonjearos, sino a comentaros los últimos trabajos que estoy realizando. Para ello, una vez más, necesito vuestra atención.

—Siempre la habéis tenido —apostilló Demetrio.

—Esta vez es distinto. —Psello tornó su gesto como si fuera a revelar el más grande de los secretos—. En el convento de Bitinia donde he permanecido refugiado hay una importante biblioteca de astronomía. Allí están las obras de Longino, del cronógrafo Julio el Africano, de Estrabón, la *Física* de Aristóteles, la de Proclo y *Las piedras* de Teofrasto. Según me relató el bibliotecario, un monje de Lesbos, hace varios siglos se edificó un observatorio astronómico en un monte cercano al cenobio. Ese observatorio fue abandonado cuando en el imperio comenzó a perseguirse a aquellos que escudriñaban las estrellas. Pero los libros se guardaron en secreto y generaciones de monjes han seguido estudiando el cielo. Durante varios meses he podido seguir, desde el mismo observatorio, que, aunque en ruinas, sigue en uso, el movimiento de los astros, las estrellas y las constelaciones. Y quiero revelaros un sorprendente descubrimiento.

Psello abrió una cartera de piel que portaba colgada de su hombro bajo la capa y sacó un rollo de papel de aspecto viejo y desgastado.

—Mirad, Demetrio, es la única copia que se conserva en el mundo del *Tratado de las estrellas* del gran Aristarco de Samos. Está escrita sobre papiro, en griego antiguo, y procede de la desaparecida biblioteca de Alejandría. Hay en él, al final, anotaciones de Eratóstenes y de Hiparco, los tres sabios de la astronomía de la Antigüedad juntos; ¿sabéis lo que eso significa?

Demetrio había leído algunas cosas sobre las teorías de Aristarco. Sabía que había escrito una obra en la que afirmaba que la Tierra no era el centro del universo, sino que este lo constituía el Sol; la Tierra y los demás planetas giraban en torno al astro solar. Las teorías de Aristarco habían sido condenadas por ser contrarias a las Escrituras; ya casi nadie las recordaba.

—Algo he leído sobre las descabelladas teorías heliocéntricas de ese Aristarco —repuso Demetrio.

—¿Descabelladas? No, mi viejo amigo, son correctas. Es la Tierra la que gira alrededor del Sol. El Sol es el centro del universo, la luz vivificadora que se desparrama por el cosmos. He podido comprobarlo en el observatorio del monasterio. El monje de Lesbos y yo hemos dedicado varios meses a estudiar los cálculos de Aristarco, y son correctos, no me cabe ninguna duda. Un hombre como vos, abierto y culto, debería aceptar los avances de la ciencia.

—Cuanto afirmáis es peligroso. La astronomía es una asignatura que vos, con vuestros amigos Mauropus y Jifilino, introdujisteis en el Quadrivium, el ciclo de enseñanza superior. Esa disciplina siempre se ha enseñado según los tratados de Ptolomeo. Vos mismo habéis sido un defensor de su obra *Almagesto* y habéis comparado sus tablas astronómicas con las del astrónomo árabe Ibn al-A'lam. ¿Ambos se equivocan, las Escrituras se equivocan, la Iglesia se equivoca? —inquirió Demetrio.

—Me decepcionáis amigo. La misión de todo intelectual, y vos sois uno de los más grandes, es la de transmitir el discurso de la verdad, de la lógica, como enseñó Aristóteles. Observo que vuestra dedicación a la política os ha coartado vuestra libertad de raciocinio —objetó Psello.

—Os equivocáis. El contacto con la vida pública, después de varios años encerrado entre las paredes de esta biblioteca, me ha enseñado a entender la realidad. Muchos asuntos que solo conocía por los libros, por los tratados de filosofía o de política, se han mostrado ante mí sin ropajes literarios. No intentéis transformar un mundo que cambia por sí mismo.

—Ya lo creo. Cambia más de lo que podáis imaginar. Tanto que, como dice mi maestro Juan Mauropus, «la vida es corta y los conocimientos son muchos». Esta misma semana —continuó Psello— he podido cotejar mis cálculos con las anotaciones que dejó escritas Leoncio para el manejo de la esfera armilar que construyó hace doscientos años. La conservamos en la Facultad de Filosofía y en esa esfera están representados todos los movimientos circulares de los astros vistos desde Constantinopla. Voy a pedir licencia a la emperatriz para construir un observatorio astronómico. He conseguido dos astrolabios árabes y con varias lentes estoy a punto de finalizar una dioptra que me permita observar los astros un poco más cerca. Un artesano cristalero del barrio de Narsou me está fabricando dos lentes con las que podré ver la Luna a más del doble del tamaño que a simple vista.

—¿Sabéis que existe un grave riesgo para vos? —advirtió Demetrio—. No corren buenos tiempos para los descubrimientos. El patriarca y la emperatriz están logrando pacificar el imperio

después de las convulsiones del enfrentamiento con Roma. Una teoría como la vuestra, en este momento, podría significar el estallido de algo mucho más grave. Yo soy un simple bibliotecario, y mis conocimientos se reducen a lo que he leído en los libros, en apenas nada podría ayudaros, salvo en localizar para vos algún tratado.

—No sois sincero conmigo —alegó Psello mirando con fijeza a los ojos de Demetrio, quien le sostuvo la mirada—. Cuando hace unos momentos he entrado en la biblioteca, estabais leyendo el tratado de astronomía de Cosmas Indikopleustes. No es un mal libro, pero contiene errores. Malinterpreta los cálculos astronómicos de los persas y su ataque a los que defendían la forma esférica del universo es poco consistente. Intenta demostrar que su visión ideal del mundo, fundada en especulaciones teológicas, es conforme con el mundo físico. Hace remontar el primer conocimiento de la forma del universo al Tabernáculo de Moisés, construido según el modelo dado por Dios. Considera que el Tabernáculo era la representación de la forma del gran templo de la creación entera, la imagen del universo. Plantea un mundo plano, por oposición al mundo esférico preconizado por los monofisitas. No hace sino seguir la tradición de los maestros de la escuela de Antioquía: Diodoro de Tarso, Teodoro de Mopsueste y Severino de Gabala, todos ellos errados. Cosmes Indikopleustes fue un nestoriano y creó un sistema astronómico por oposición teológica a la escuela monofisita de Alejandría, seguidora de los postulados de Ptolomeo. En realidad, en la Biblia se sugieren ciertas formas para el universo, pero nunca se alude al simbolismo cósmico del Tabernáculo. También es equivocada su asimilación de la forma del Tabernáculo con la del Arca de la Alianza y con la del cosmos, pues toma de los judíos la forma general de lo que él cree que es el santuario mosaico y la esquematiza siguiendo procedimientos alejandrinos para intentar cuadrar sus suposiciones.

Demetrio esbozó una irónica sonrisa. Psello nunca dejaba de sorprenderle. Hacía muchos años que su interés por la astronomía era manifiesto. No podía tener un observatorio astronómico, como hubiera deseado, pero eran muchas las noches que subía a las terrazas de palacio para observar los cielos. Después, en su aposento, anotaba en un cuaderno los cambios que se realizaban en la bóveda celeste. La astronomía era su gran pasión, una pasión que no había podido compartir hasta ahora con nadie. Las teorías que Psello le contaba las conocía por haber leído antes en otros tratados las tesis de Aristarco de Samos. Ahora tenía delante de él la única copia del libro perdido.

Como si leyera sus pensamientos, Psello colocó el rollo de papiro con la obra de Aristarco encima de la mesa y comenzó a desplegarlo lentamente.

—Falta la parte final del libro —se lamentó Psello—, pero aquí están los supuestos y las demostraciones. Las conclusiones se deducen solas. Escuchad con atención: Aristarco trabajó durante varios años en el estudio de las órbitas de los planetas en torno a la Tierra. Sus deducciones eran iguales a las de Ptolomeo: la Tierra estaba inmóvil y el Sol, la Luna y los

demás planetas giraban a su alrededor. Pero una pregunta se repetía sin cesar: si la Tierra está inmóvil, ¿cómo es posible que en el solsticio de verano el Sol luzca durante dos tercios del día y solo lo haga durante un tercio en el de invierno? No encontraba ninguna respuesta a su pregunta. A fines de una primavera, Aristarco recibió la visita de un patrón de un barco fenicio que había viajado el año anterior en busca de estaño a las islas del océano exterior. No pudieron regresar a finales del verano y una tempestad los empujó hacia tierras del norte, donde pasaron el invierno. El patrón del mercante le comunicó a Aristarco que creían haber llegado al fin del mundo, porque allí el sol tardaba mucho tiempo en salir y los días y las noches no eran como en el Mediterráneo. Aristarco construyó entonces una plataforma para anotar las declinaciones solares. Consistía, mirad el dibujo —indicó Psello señalando con su dedo índice un boceto dibujado al margen del papiro—, en una zona llana en la que clavó tres altos postes totalmente verticales, colocados formando un triángulo equilátero. Fue midiendo día a día y hora a hora, durante todo un año, las sombras que los tres postes proyectaban y marcó con rayas en el suelo su trayectoria. El resultado fue este —señaló otro dibujo—: los postes trazaban una media elipse con sus sombras. En verano la curva de la elipse se alargaba hacia el norte y en invierno hacia el este y el oeste. La conclusión es evidente: o el Sol cambia su órbita de manera exacta cada año, variando unos veintisiete grados entre su posición cenital en los dos solsticios, o es la Tierra la que gira alrededor del Sol y además a su vez sobre ella misma con una inclinación de giro de varios grados. La no ocultación del astro solar y su trayectoria en arco en el lejano norte indicaban que era la Tierra la que se movía. Concluyó entonces que las estrellas y el Sol están inmóviles, que la Tierra gira en torno al astro solar, que el centro del Sol coincide con el centro de la esfera de las estrellas fijas y que la Tierra rota en torno a sí misma. Sencillo y verdadero.

—¿Sencillo y verdadero? —se preguntó Demetrio—. Quizá sí, pero, mi querido amigo, otras muchas cosas son todavía más sencillas y más verdaderas y no por ello son aceptadas. Vos mejor que nadie deberíais saberlo.

—Mis investigaciones son compartidas por mi discípulo Juan Italo, que muchas noches me ayuda a escrutar las estrellas desde la azotea de la Facultad de Filosofía. Sé que por el momento no puedo hacer públicos mis descubrimientos, al menos hasta que cese la intransigencia eclesiástica, y vos podríais ayudarme mucho si convencierais al patriarca de que mis teorías no sean condenadas por heréticas.

—Dudo, querido amigo, que la Iglesia admita lo que decís. Va en contra de la Biblia. En el Génesis se nos muestra la creación del mundo con la Tierra fija, inmóvil, y la Luna y el Sol sobre ella. Recordad que Josué detuvo el Sol en medio del cielo por espacio de un día. En el Libro de Job se dice que Dios suspendió la Tierra en el aire, en el centro del universo. Las teorías heliocéntricas ponen en tela de juicio el origen divino de la esfera terrestre y atentan contra las Sagradas Escrituras y contra los santos profetas.

—Vos sabéis —le interrumpió Psello—, que en el Génesis la Tierra se nos muestra plana, como una bandeja, y desde Eratóstenes sabemos que es redonda. La Biblia puede equivocarse en algunas cosas mundanas, y desde luego los que la escribieron no eran precisamente unos especialistas en astronomía. Josué bien pudo detener la rotación de la Tierra alrededor del Sol. Ahora debo irme, pero no olvidéis lo que os he contado. Confío en vos, Demetrio.

—Id con Dios, Miguel Psello.

Se despidieron con el mismo afecto con el que se habían saludado. Cuando Psello salió de la estancia, Demetrio quedó pensativo, mirando a través de la ventana por donde penetraban los rayos del sol. Fue entonces cuando vio sobre la mesa el rollo de papiro que contenía la obra perdida de Aristarco. Lo cogió deprisa y se asomó apoyándose en el alféizar. Psello atravesaba en ese momento el patio. Demetrio lo llamó agitando el rollo. El cónsul de los filósofos miró hacia arriba y con un gesto le hizo saber que se lo regalaba. «Es para vos, amigo», leyó en los labios de Psello, que instantes después desaparecía bajo las arcadas del pórtico norte.

10

La emperatriz Teodora gobernó con acierto durante veinte meses, aguantando las acusaciones de feminización del imperio vertidas por Miguel Cerulario, pero, dada su edad, no podía durar demasiado; murió a los setenta y siete años, no sin antes aceptar la propuesta de miembros destacados de la corte para nombrar sucesor, el nuevo emperador Miguel VI. El nombramiento de Miguel era un triunfo del partido civil. Los senadores fueron colmados de honores y regalos, pero el descontento comenzó a cundir en las filas del ejército. El año anterior, los turcos, al mando del caudillo Toghrul Beg, habían ocupado Bagdad, la mítica ciudad de los califas, y los bizantinos se habían visto obligados a firmar un tratado de paz. El ejército se sentía humillado y consideraba que se estaba dejando al imperio sin defensas.

Durante la Pascua del año 1057 el patriarca Cerulario urdió un complot para derrocar al emperador, que se había negado a recibir a una delegación de los estrategas del ejército encabezada por el brillante Katakalón Kekaumenos. El rechazo imperial provocó las iras de la oposición y se produjo un levantamiento militar en la provincia de Paflagonia, donde Isaac Comneno, cabeza de la aristocracia de Asia Menor, fue proclamado emperador a principios del mes de julio. Pronto se sumaron a los sublevados la mayor parte de las provincias de Anatolia. El ejército rebelde se dirigió hacia Constantinopla, acampando a varias millas de la capital, en la orilla asiática del mar de Mármara. En la capital, la oposición se organizó en torno al patriarca, que mostró su apoyo decidido a Comneno. Santa Sofía volvió a ser una vez más el centro de

reunión de los amotinados. Miguel VI, angustiado por su situación, optó por enviar una embajada compuesta por Constantino Leichudes, León Alopos y Miguel Psello para ofrecer a Isaac la sucesión al trono y el título de césar. No se aceptaron las condiciones del *basileus* y se acordó la batalla entre ambos bandos.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Nicea, en Anatolia, unas cincuenta millas al sureste de Constantinopla. En el puerto de Pilay estaba fondeada la armada imperial, formada por sesenta *dromones* y veinte *panfilos*, la totalidad de los que habitualmente defendían la capital. En las playas de Mudanya se había situado la flota rebelde, formada por veintisiete *dromones* de Cilicia, ocho de Paflagonia y doce de Antioquía, además de varios *panfilos* y algunos *chelandiones*.

La noche antes de la batalla el ejército rebelde se había desplegado en el lado este del campo. Esperaban entrar en combate a primeras horas del día; tendrían así el sol a sus espaldas, mientras que las tropas imperiales lo tendrían de cara. Despuntaba el alba cuando los dos ejércitos se colocaron en posición para el combate. Los rebeldes formaban un frente en cuyo centro estaba Isaac Comneno, que calzaba las sandalias púrpura y ostentaba las insignias imperiales, con tropas mercenarias varegas y turcas; en el ala derecha se situaron los generales Botaneiates y Romano Escleros con soldados de Melitene, Tefrike, Armenia y Paflagonia, y en la izquierda el famoso Katakalón Kekaumenos con tropas de Colonea y de Sebaste. En el pabellón de mando ondeaba un estandarte con la figura de san Jorge. Mandaba el ejército imperial Teodoro, doméstico de las escuelas, que se había situado en el centro con la guardia imperial y un cuerpo de infantes tracios; el ala derecha la dirigía el general Basilio Tarchaneiotes, con su cuerpo de veteranos macedonios, y en el ala izquierda se situaron los generales Aarón Lykanthes, Teofilato Maniakes, Pnyemios, el gobernador de Anatolia y los mercenarios francos. Comneno estaba convencido de la superioridad de su caballería ligera, formada por los fornidos varegos y sobre todo por las tropas turcas, pero desconfiaba de su ala derecha, que tendría que vérselas con los afamados mercenarios francos. Una bandera con la figura del arcángel san Miguel flameaba ante la tienda de Teodoro.

En el centro del ejército del *basileus* destacaba el batallón de la guardia imperial, formado por soldados de gran envergadura, perfectamente uniformados, con corazas de escamas de hierro, faldas de tiras de cuero, pantalones de malla, botas de cuero, tarjas de chapa que les cubrían todo el cuerpo y cascos con orejeras y penachos blancos, muy diestros en el manejo de las armas. Isaac sabía que si el frente enemigo cedía en su centro, las alas no resistirían el empuje de su ejército. Decidió colocar en vanguardia al primer destacamento de la caballería pesada de Colonea, armada con lanzas de madera pintadas de azul con punta de hierro y largas espadas de carga, debilitando su ala izquierda al observar que el ala derecha del ejército imperial era la más endeble, y ordenó una carga frontal directa al centro del ejército enemigo. La primera línea de los

tracios no aguantó la terrible embestida de los jinetes coloneos, que empujando con sus jabalinas desbordaron las líneas de la infantería tracia, apenas protegida tras débiles adargas de cuero, causando la desbandada de estos. La guardia imperial se encontró así de frente y de improvisto con la carga de la caballería pesada, sin apenas tiempo para reaccionar. De inmediato, Isaac Comneno lanzó al ataque a la caballería ligera turca, que, blandiendo sus curvadas cimitarras, penetró en las líneas imperiales por el centro, envolviendo al batallón de la guardia imperial, que había logrado resistir el primer envite de los jinetes de Colonea. Teodoro, el general en jefe de las tropas imperiales, ordenó a su ala izquierda que acudiera en ayuda del centro. En ese momento, tal y como había previsto, Isaac envió a los anatolios contra los mercenarios francos, que quedaron atrapados entre esos y la caballería turca, que, con cargas rápidas y contundentes y certeros disparos de sus arcos, había logrado romper el centro del frente imperial.

De inmediato entró en acción el genio estratégico de Kekaumenos, admirador de los Inmortales, el legendario batallón de caballería persa que hacía siglos había derrotado tantas veces a los romanos en los campos de batalla del Éufrates. Con la segunda sección de *akritas* de Colonea y su magnífico y selecto regimiento de caballería pesada de Sebaste, bregado en las guerras fronterizas y entrenado a semejanza de los Inmortales, ordenó el ataque de escuadrones en masa y estos, lanzas en ristre, arrollaron al ala derecha de los imperiales, destrozando a la lenta y desmotivada caballería pesada macedonia, sucesora de los catafractas romanos. Por fin, el propio Isaac acudió con su guardia varega liquidando los restos de la infantería tracia y envolviendo por completo el centro del ejército enemigo, donde los *excubitas*, el cuerpo de élite de la guardia imperial, rodeados por los turcos, se batían con valentía pero sin esperanzas. Las pesadas cotas de malla, las corazas de placas, los escudos lanceolados y los cascos cónicos con penachos blancos de la guardia imperial aguantaban la lluvia de flechas que caía sobre ellos, pero las rápidas y continuas cargas de los jinetes turcos les impedían desplegarse. La situación se hizo crítica para los imperiales cuando los mercenarios francos, acosados por los varegos, que cargaron con sus temibles y contundentes hachas de combate, y por la infantería ligera de los anatolios, armados con azagayas y espadas cortas y dagas, entregaron sus armas. Con el ala izquierda sometida, el centro encerrado y el ala derecha desbordada, Teodoro ordenó a sus tropas la rendición. Sobre el campo de batalla quedaron más de diez mil muertos del lado imperial y tres mil del bando insurrecto.

La noticia de la derrota del ejército imperial se conoció en Constantinopla ese mismo día. El 30 de agosto Miguel Cerulario proclamaba solemnemente en Santa Sofía la destitución de Miguel VI, que abdicó y se retiró a un monasterio como monje. El patriarca asumió el poder y nombró un Gobierno provisional en espera de la llegada del vencedor.

Dos días después hacía su entrada triunfal Isaac Comneno. El vencedor en Nicea penetró en Constantinopla por la Puerta Áurea, atravesando las robustas murallas por un puente de madera

sobre el foso. Montaba un caballo blanco con las crines, la cola, el flequillo, las orejas y los cascos teñidos de rojo escarlata. La silla y las bridas eran de cuero rojo con finos trabajos de incrustaciones de oro. Vestía una túnica de seda negra, y sobre ella una coraza de láminas doradas, botas altas de cuero carmesí con espuelas doradas, una capa de paño azul celeste y un casco con penacho de plumas negras y escarlatas. Detrás de él desfilaban una docena de leopardos amaestrados para la caza, sujetos por cadenas de oro a un carro desde el que esclavos negros agitaban palmas y hacían sonar relucientes trompas de bronce.

El ejército rebelde y los restos del ejército imperial, que habían sido integrados tras la batalla, acompañaban en perfecta formación al nuevo emperador. Las tropas de la capital, los mercenarios francos y varegos, los nuevos Inmortales, los *chomatenes*, los *tagmata* tracios, los macedonios y los jinetes turcos atravesaron toda la ciudad siguiendo la ruta de los emperadores triunfantes. Desde la Puerta Áurea enfilaron el ramal sur de la Mesé; pasaron junto al monasterio de San Juan de Estudios, cuyos monjes y novicios agitaban ramas de olivo y ofrecían bebidas refrescantes y guirnaldas de flores a los soldados. Desfilaron bajo la primitiva Puerta Dorada del recinto de Constantino, ahora un arco triunfal en la avenida. Rodearon la columna de Arcadio en el foro dedicado al primer emperador del imperio de Oriente y poco después el foro de los Bueyes, en donde humeaba la enorme cabeza de buey de bronce en cuyo interior se quemaban despojos de todo tipo. Desembocaron en la confluencia de los dos tramos de la Mesé, en la plaza de Filadelfion, frente al Capitolio, en cuya escalinata se amontonaban centenares de ciudadanos que aclamaban a los vencedores; allí, como ordenaba la tradición, se detuvieron un instante para recibir del pueblo cruces hechas con rosas, el símbolo del triunfo. Pasaron bajo el arco de Teodosio, en el Foro de los Toros, cubierto por guirnaldas, hojas de palma y pancartas en las que se saludaba al nuevo emperador. Recorrieron el último tramo de la Mesé, entre el foro de Constantino y la plaza del Milion, hasta las mismas puertas de Santa Sofía.

En las gradas exteriores del templo esperaba Miguel Cerulario. En su mano derecha portaba la cruz patriarcal, recién fabricada en los talleres de orfebrería de la ciudad. En ella se representaba el milagro del arcángel san Miguel y el encuentro de Josué, descalzo y de rodillas, con el ángel portando una espada antes de la entrada de los hebreos en Jericó. Aparecía también el papa Silvestre presentando los iconos de san Pedro y san Pablo a Constantino el Grande, que estaba arrodillado respetuosamente ante él. Cerulario quería dejar claro que anteponía el poder de la Iglesia y del patriarca al del mismísimo *basileus*.

Isaac Comneno ascendió las marmóreas gradas, saludó respetuosamente al patriarca y entró en el templo. Ante el altar, engalanado con ricos tapices de seda azul que representaban a caballeros lanceando leones, el nuevo emperador fue coronado por Miguel Cerulario. Arrodillado sobre una almohada de terciopelo rojo, recibió la sagrada corona mientras dos pajes le quitaban la capa azul y otros dos colocaban sobre sus poderosos hombros el manto púrpura. Sobre la mesa del altar

una espada y un cetro representaban el poder y la justicia. A ambos lados lucían cirios enormes en los dos candelabros de plata que en las coronaciones imperiales significaban el árbol de la vida. Un coro formado exclusivamente por miembros de la facción de los verdes entonaba cánticos de alabanza al imperio y a su gobernante.

11

En los meses siguientes a la coronación, el emperador comenzó a tomar decisiones por cuenta propia, relegando a Miguel Cerulario, que había creído equivocadamente que iba a poder dominar a Comneno y someterlo a su voluntad. Isaac, como miembro de la aristocracia de Asia Menor, postergó a un segundo plano a la nobleza de Constantinopla, ordenó reforzar la defensa de la fronteras orientales y frenó en el Danubio a los húngaros y a los pechenegos. Acuñó una moneda en la que aparecía con la espada desenvainada, buena muestra de que pensaba ejercer el poder y administrar la justicia personalmente. Se rodeó de los mejores consejeros y ministros. El propio Psello, que había cambiado a tiempo de partido, fue distinguido con el título de *proedros* del Senado, y Leichudes fue nombrado jefe de la administración. Confiscó tierras a la Iglesia y su enemistad con el patriarca fue creciendo.

Miguel Cerulario fue marginado de la corte y el emperador no contestó a ninguno de los requerimientos que le remitía pidiéndole una entrevista. Una tarde mandó llamar a sus aposentos a Demetrio, ocupado en organizar con Juan y otros dos ayudantes la sección de astronomía de la biblioteca, que acudió presto. Cerulario estaba sentado en una banqueta de madera, con el hombro derecho apoyado en la pared y un libro de oraciones entre las manos.

—¿Puedo pasar, beatitud? —preguntó Demetrio.

—Adelante, mi buen Demetrio, ven y siéntate a mi lado —asintió el patriarca señalando un cómodo sillón—. Te he hecho venir para hacerte saber lo que está ocurriendo en la corte. El emperador se ha otorgado, como si le correspondiera por derecho propio, todo el poder, sin tener en cuenta que hemos sido nosotros quienes lo hemos colocado en el trono que ahora ocupa. Ha dejado de lado a nuestros partidarios y se ha rodeado de miembros de las facciones que antes apoyaron al incompetente Miguel VI. Psello y Leichudes han sido rehabilitados y ocupan altos cargos. Juan Comneno, hermano del emperador, hace y deshace a su antojo en la corte. Los generales Kekaumenos y Briennio controlan el ejército. Solo le queda someter a la Iglesia para ejercer un poder absoluto en el imperio. No era este el cambio por el que luchamos.

El patriarca se mostraba abatido; sus rotundas cejas, encanecidas por la edad, se arquearon en

un rictus de preocupación y desconsuelo. Demetrio contemplaba en silencio la derrota de aquel hombre a quien tanto admiraba y musitó:

—La Iglesia siempre ha sido la institución más prestigiosa de Bizancio. Si vuestra beatitud quisiera, el pueblo de Constantinopla apoyaría al patriarcado y ello obligaría a la corte a rectificar. Disponemos de numerosos agentes preparados para dirigir a las masas, con buena experiencia en las tácticas de agitación popular; volvería a ser tan sencillo como antes.

—No, mi querido Demetrio —replicó Cerulario levantándose—, ahora no sería lo mismo. El ejército es fiel a Isaac, totalmente leal. Ha sabido crear un entramado de generales y oficiales que le obedecen ciegamente. Él mismo es un soldado y sabe cómo mandar a un ejército. La capital está tomada por sus tropas y las provincias están en manos de sus generales. Nada podría hacer el pueblo frente a la milicia, nada salvo convertir las calles de la ciudad en torrentes de sangre. La mejor táctica es la resistencia pasiva, aguantar la marea de los Comneno y esperar a que cambie el viento de la fortuna. Los turcos de Toghrul Beg pueden caer en cualquier momento sobre las fronteras orientales del imperio; una derrota militar podría dividir al ejército, solo entonces se produciría la oportunidad para acabar con el orgullo del emperador.

Entretanto llegó la fiesta del lunes de Pascua. Esa podía ser una buena oportunidad para que el patriarca y el emperador se reconciliaran. Era el primero de los grandes festejos a los que iba a asistir Isaac Comneno como *basileus*, y en él Cerulario adquiría el protagonismo que hasta entonces se le había negado.

La comitiva imperial partió del Palacio Sagrado por la Puerta de Bronce y atravesó la plaza del Milion, recorriendo la Vía Regia hasta el Foro de Constantino. Allí, junto a la capilla dedicada a Constantino el Grande, al pie de su columna, esperaba el patriarca sentado en un sillón sobre un estrado. Detrás de él se encontraban las altas dignidades de la iglesia bizantina y en tercera fila Demetrio con Juan. Cuando apareció el emperador, el patriarca se acercó a darle la bienvenida. El encuentro de las dos personalidades fue frío pero amable. Isaac Comneno, vestido con una escaramanga blanca bordada de oro y la ritual corona blanca, era un palmo más alto que Miguel Cerulario, que se cubría con una túnica negra con bordados plateados y dorados en el pecho, pero el patriarca parecía más grande. Cerulario dejó ver al levantarse las sandalias púrpura que calzaba y que eran privativas del emperador. De la muchedumbre emanó un murmullo. Algunos comentaron en su círculo que aquella actitud era un claro signo de usurpación de los símbolos del poder y de desafío. Los ojos del emperador se encendieron de cólera cuando contemplaron el color de las chinelas de Cerulario.

Siguiendo el rígido protocolo impuesto en la corte desde hacía siglos, la comitiva se dirigió en carruajes por la Mesé, profusamente decorada con guirnaldas de lirios y gladiolos, ramas de

laurel, trenzas de yedra y olorosos ramos de mirtos y arrayanes, hasta el Foro de los Toros, atravesando el barrio de los panaderos; visitaron la iglesia de la Virgen de la Diaconissa, la plaza de Philadelphion, los barrios de Olybrios y Constantina. En San Polieucto cambiaron los carruajes por palanquines y recorrieron la Mesé norte hasta la iglesia de los Santos Apóstoles. Frente al templo se había construido en madera pintada de verde un gran estrado decorado con guirnaldas, palmas y flores donde se volvieron a reunir el emperador y el patriarca ante la aclamación de la multitud. Un coro de voces infantiles cantaba el himno *Akathistos*, que celebraba el triunfo de la flota bizantina contra la persa en el año 626. Ambos penetraron en el interior del templo para rezar ante las tumbas de san Juan Crisóstomo y de san Gregorio el Teólogo. Sobre la mesa del altar y dentro de riquísimas cajas de oro, plata y marfil guarnecidas con finos esmaltes, gemas y perlas, estaban depositadas las más sagradas reliquias de la ciudad: un fragmento de la Vera Cruz, los clavos que sujetaron a Jesucristo al madero, la corona de espinas, la esponja, la lanza y el manto de la Virgen en la crucifixión. Los dos protagonistas se encontraron a solas en la capilla funeraria, frente a frente, con sendas velas encendidas en las manos. Cerulario se dirigió al emperador:

—Majestad, debemos depositar los cirios ante la tumba de los padres de la Iglesia. Es costumbre que cada año el emperador y el patriarca ofrezcan dos velas a dos de los más grandes santos de Oriente. Después debemos ir ante el sarcófago de san Constantino a encender lámparas y a venerar las tumbas de los santos patriarcas Nicéforo y Metodio. Por último, visitaremos las tumbas de los emperadores que os han precedido en el trono de Bizancio.

—Sé muy bien qué debemos hacer —respondió secamente el emperador—. Llevo meses estudiando el protocolo de la corte y, por cierto, creo que deben introducirse en él algunos cambios. El patriarca adquiere demasiado protagonismo en las ceremonias imperiales; en casi todas las ocasiones aparece de igual a igual, y yo no apruebo eso. Incluso habéis osado calzar las sandalias púrpuras que están reservadas a mi uso exclusivo.

—El patriarca es el garante de la tradición bizantina y tiene la misma dignidad que el emperador —afirmó rotundo Cerulario—. Son dos poderes complementarios. El emperador gobierna sobre la tierra y sobre los hombres en cuanto su poder proviene de Dios; el patriarca es el delegado de Dios, el vicario de ese poder. El poder imperial, simbolizado en la ceremonia que estamos celebrando, reproduce el movimiento armonioso que el Creador ha conferido a todo el universo. Esta ceremonia, verdadera manifestación del orden cósmico de los astros, revela la verdadera naturaleza divina del imperio.

—El poder es el del ejército. Yo fui quien venció en Nicea. Los dos bandos invocábamos al mismo dios, los dos enarbolábamos estandartes con santos, pero nosotros triunfamos porque éramos más fuertes —zanjó Comneno.

El emperador dio media vuelta y salió de la capilla con pasos rápidos y amplios. Cerulario se

quedó quieto un instante y musitó:

—Ya veremos quién tiene más fuerza.

Una vez en el exterior, el emperador, que se había cubierto con un manto púrpura bordado con corazones y rombos dorados, montó en un corcel enjaezado con gualdrapas de seda adornadas con atalajes de esmaltes y gemas sobre fondo enriquecido con perlas y se alejó, seguido por el cortejo de nobles, magistrados, patricios y cortesanos, también sobre caballos que habían estado dispuestos en establos anexos a la iglesia. Cerraba el cortejo un batallón de la guardia imperial y el pueblo organizado en gremios. Llegaron ante los dos grandes leones de mármol que había tras el complejo de los Santos Apóstoles; allí esperaban los jefes del bando político de los azules, que acompañaron a la comitiva imperial hasta San Cristóforo. En el barrio de Olybrios, los verdes recibieron al soberano y, relevando a los azules, guiaron a la comitiva hasta el Philadelphion, donde otra vez los azules condujeron el cortejo hasta el Modion. De nuevo cambiaron por los verdes, que fueron con el emperador hasta el Foro de los Toros. Junto al arco de Teodosio, toda la comitiva descendió de los caballos a excepción del *basileus*, que montó su corcel de regreso al Sacro Palacio seguido por toda la corte a pie a través de la Vía Regia y de la avenida de Argyroprateia.

Durante los meses siguientes Cerulario se mostró taciturno y huraño con todos, incluso con el propio Demetrio, que insistía en actuar contra las decisiones del emperador, siempre adversas a los intereses del patriarcado. Por fin, a principios de noviembre de 1058, Miguel Cerulario aceptó los consejos de Demetrio y decidió oponerse frontalmente al soberano. Habló con el jefe de la biblioteca y le indicó que preparara un plan para desestabilizar al ocupante del trono. Se calzó las chinelas púrpuras y amenazó con destituir al emperador. Pero era demasiado tarde. Pocos días después, sin que hubiera tiempo para nada, Isaac I ordenó apresar a Cerulario. Un batallón de lanceros se presentó a primeras horas de la mañana. Juan oyó el estruendo de los cascos de los caballos al golpear las losas de piedra de la plaza del Milion. Acudió corriendo a las almenas del muro exterior y vio a varios soldados descender de sus caballos y precipitarse hacia la comitiva del patriarca que atravesaba la plaza. Instantes después Miguel Cerulario era detenido por cuatro fornidos guardias.

Juan corrió en busca de Demetrio, al que encontró en su aposento totalmente hundido.

—¡Han detenido al patriarca cuando salía de palacio para visitar un convento! —exclamó Demetrio al ver a Juan.

—¿Van a matarlo? —preguntó Juan jadeando por la carrera a través de los pasillos.

—Un capitán de la guardia me ha dicho que no le harán ningún daño, pero creo que son capaces de cualquier cosa.

Cerulario fue conducido a la isla de Proconesia, en el mar de Mármara, y luego a la de Imbros, a la entrada del estrecho de los Dardanelos. Encerrado en una celda, el patriarca recibió la visita de un legado imperial:

—Beatitud —dijo el legado—, su majestad me envía para que consideréis vuestra actitud y renunciéis a vuestra dignidad patriarcal. Se os acusa de confabulación para acabar con el poder del *basileus*, solo una renuncia a tiempo podría salvar vuestra vida.

—Ese emperador a quien obedeces no tiene ninguna legitimidad para encarcelar al patriarca ecuménico de Constantinopla. Es a mí a quien debe su poder y su trono. Exijo que se me libere de inmediato —clamó Cerulario.

—Beatitud, si no renunciáis no tengo más remedio que proceder a leer el pliego de acusaciones contra vos. Dice así.

Cerulario se recostó en una dura silla de madera mientras el legado leía:

—«...Cerulario se puso a distribuir cargos —el patriarca cerró los ojos—... se atribuyó él mismo poder imperial en su plenitud, no le faltaba más que hacerse llamar emperador —las palabras del legado sonaban lejanas en sus oídos— ...perdiendo toda honra, reunió la realeza y el sacerdocio...».

No quiso oír nada más.

—¿Quién ha escrito eso? —inquirió Cerulario levantando lentamente los ojos hacia el legado.

—Ha sido el sabio Miguel Psello, por orden personal del propio emperador. Debéis saber que si no renunciáis por escrito, este edicto será publicado en toda la ciudad y se leerá en los púlpitos de todas las iglesias.

—Vete a decirle a tu emperador que Miguel Cerulario seguirá siendo patriarca de Constantinopla mientras viva —cortó de manera tajante al legado, el cual, inclinando la cabeza a modo de saludo, salió de la celda.

Ante la negativa de Cerulario a renunciar, Psello visitó a Demetrio en la biblioteca:

—Querido amigo —dijo Psello—, hoy vengo a visitaros por razones muy distintas a las de costumbre. Ya sabéis que el patriarca se niega a dimitir, por lo que el emperador me encargó redactar la requisitoria para su destitución. Ha convocado un concilio en Sestos para que lo deponga y ha nombrado un tribunal para juzgarlo. Se ha difundido que Cerulario era muy aficionado a la astrología, a las ciencias ocultas y a los delirios místicos y que mantenía relaciones frecuentes con todo tipo de taumaturgos y hechiceros, especialmente con dos monjes de Quíos llamados Juan y Niceto y con la célebre vidente Dositea, que actúa a la manera de las antiguas pitonisas paganas. No tendré más remedio, a la luz de esas pruebas, que acusarle de helenismo y caldeísmo, de creer en los espíritus materiales y de seguir a los nestorianos al afirmar que la Virgen sufrió dolores en el momento de dar a luz a Cristo.

—Bien, parece que lo van a lograr —se lamentó Demetrio—. No han podido con su voluntad

y van a emplear contra él la mentira y el engaño; y vos, Psello, el más grande de los intelectuales del imperio, vais a colaborar en esta farsa.

—No tengo otra opción. Es una época difícil para todos. Hace tiempo que mantengo una voluminosa correspondencia con personas influyentes de diversas ciudades y coincidimos en que nuestra única posibilidad de sobrevivir es actuar al servicio del emperador. Pero intentaré que vos y otros colaboradores del patriarca no seáis acusados de complicidad.

—Siempre habéis logrado estar de parte del poder.

—Siempre no —le corrigió Psello—; recordad que he pasado algunas temporadas en el ostracismo.

—Pero al final habéis vencido, Psello.

—Al final nadie vence, Demetrio.

Mediado diciembre, agotado, desgastado por la emociones y debilitado por los malos tratos, moría Miguel Cerulario, patriarca ecuménico de Constantinopla. Demetrio hizo correr la noticia por toda la ciudad y ordenó a sus agentes que aclamaran por las calles el nombre del patriarca. El día de Navidad de 1058 una ingente multitud llenó la plaza del Milion reclamando su cuerpo. El emperador se vio obligado a trasladar los restos de Cerulario a Constantinopla. El *dromón* imperial que se usaba en las ceremonias navales descargó el sencillo ataúd de madera de ciprés en el Puerto de la Sabiduría. Delante de la iglesia de los santos Sergio y Baco esperaban el emperador, con Psello, toda la corte y un nutrido grupo de personas del palacio patriarcal, entre las que estaban Demetrio y Juan. Isaac Comneno, que mostraba señales inequívocas de mala salud, rindió homenaje al féretro y condujo el cadáver entre las masas apiñadas por calles y avenidas hasta Santa Sofía. En el interior del templo se celebró un solemne oficio funerario por su alma. El nuevo patriarca, Constantino Leichudes, proclamó una fiesta anual en su honor entre las aclamaciones de la muchedumbre congregada en el templo.

12

Psello y Demetrio, que en las últimas semanas se sentía muy fatigado, paseaban por los jardines bajo un tibio sol invernal. Juan iba tras ellos a una prudente distancia, leyendo un poemario titulado *Himnos de los amores divinos*, recientemente escrito por Simeón el Nuevo Teólogo.

—Él sí que venció incluso después de muerto —comentó Psello deteniéndose ante un rosal en el que comenzaban a despuntar los primeros brotes.

—¡De qué le sirve ahora! —se lamentó Demetrio.

—Estoy escribiendo un elogio de Cerulario; lo he titulado *Encomio del patriarca Miguel*.

Quiero forjar en este discurso un lenguaje nuevo, de frases largas y nobles, a veces patético y a veces dulce, salpicado de palabras olvidadas y de sonidos imponentes que se desparramen por el texto como si no hubieran sido buscadas a propósito. He estudiado en profundidad a Demóstenes, Isócrates, Arístides, Tucídides, Platón, Plutarco y Lisias y ello me ha permitido captar lo mejor de cada uno de ellos; me ha agradado de manera especial Filostrato de Lemnos. En ocasiones el discurso debe ser duro, otras veces indulgente, ora majestuoso, ora sobrio. He logrado librarme del rigor y del módulo estilístico de cada uno de ellos, pues quiero adornar mi discurso con las cualidades de todos amalgamadas en mi estilo peculiar. El emperador está muy interesado en que se lea públicamente el día de la primera fiesta anual dedicada a su beatitud Miguel.

—Nunca cambiaréis, Psello —dijo Demetrio—; sabéis acomodaros mejor que nadie a las nuevas circunstancias.

—Es algo que se aprende. Saber adaptarse a una nueva situación, ser dúctil, es muchas veces la razón del éxito..., o incluso de la vida.

—No creo que en vuestro interior estéis de acuerdo con ello; vuestra voluntad...

No pudo continuar, Demetrio cayó en redondo al suelo con las manos asidas al pecho.

—¡Demetrio, Demetrio! —exclamó Psello agachándose para intentar sostener al jefe de la biblioteca.

—¡Mi señor, mi señor! —gritó Juan corriendo presuroso a su lado.

Demetrio jadeaba, con los ojos entreabiertos y un rictus de muerte en los labios.

Con ayuda de unos sirvientes lo trasladaron a la enfermería; allí consiguieron reanimarlo a base de fuertes golpes en el esternón. Al día siguiente lo instalaron en su aposento, donde un médico de la Universidad, amigo personal de Psello, lo visitó y lo exploró minuciosamente.

—No hay nada que hacer —siseó el médico a Psello en el pasillo—, su corazón ha dicho basta y creo que pronto dejará de latir.

—Es el hombre más sabio que conozco —afirmó Psello, al que se le aguaron los ojos aunque sin llegar a derramarse.

—Viniendo de ti ese es el mejor cumplido que puede hacerse a un hombre —dijo el médico.

Psello volvió a entrar en la estancia. Demetrio yacía recostado sobre dos mullidos almohadones, con Juan apostado junto a la cabecera. Se acercó y cogió la mano del moribundo, que abrió los ojos e intentó hablar. Juan los observaba en silencio.

—No, no digáis nada, amigo; teníais razón, sobrevivir sin más no merece la pena —asentó Psello apretando la mano de Demetrio. Se inclinó sobre él, le besó la frente y sonrió antes de salir.

Juan permanecía día y noche al lado de la cama de su protector, rechazando la comida que de

vez en cuando le ofrecían. En los momentos de lucidez, Demetrio miraba con ternura al adolescente y le acariciaba los rubios cabellos; eso le reconfortaba.

A media noche Demetrio despertó y llamó a Juan. El muchacho estaba dormitando sentado en una silla de anea con la cabeza apoyada en sus brazos sobre la mesa de estudio.

—¿Me llamabais, mi señor? —contestó Juan incorporándose raudo.

—Sí, mi pequeño Juan. Ven a mi lado —musitó Demetrio.

Una lámpara de aceite iluminaba tenuemente la estancia. Demetrio cogió la mano del muchacho y le murmuró:

—Me queda muy poco tiempo, Juan. Este maltrecho corazón no aguanta tantas emociones. Antes de morir quiero decirte algunas cosas. Tienes ya, según creo, trece años, has dejado de ser un niño; este ha sido el quinto invierno que hemos pasado juntos. Te he visto crecer más de un palmo y te he enseñado cuanto he podido porque cuando te vi en el puerto del Cuerno de Oro, cuando descendiste de la barcaza que te traía del barrio de Pera, supe que eras el muchacho que esperaba. Has sido fiel y has aprendido pronto. Muchos estudiantes de la Universidad, cinco o seis años mayores que tú, no tienen todavía el nivel de conocimientos que has adquirido. Dominas el griego, el latín y casi el árabe y conoces la física y las matemáticas; eso me place y me estimula. Hubiera querido cambiar tu condición de esclavo y concederte la libertad, pero tu propietario legal era el patriarca y no consentía la manumisión de los siervos hasta que hubieran cumplido los quince años. Yo le pedí varias veces que te concediera la libertad, pero él no hacía nunca excepciones, ni tan siquiera con sus mejores amigos. El nuevo patriarca es también un buen amigo mío y, aunque todavía no he hablado a solas con él, espero que cuando cumplas quince años te libere de la esclavitud, una condición a la que ningún hombre debería estar sujeto. Me hubiera gustado verte como profesor en el Didaskaleion y que enseñaras en nuestra escuela patriarcal a otros muchachos. —Demetrio se detuvo un momento para tomar aire y, tras respirar varias veces, prosiguió—. Voy a encomendarte una última tarea. Ve a aquel armario y abre las puertas de la parte inferior. Coge el tubo de cuero y el cuaderno de tapas bermejas y acércamelos.

—Sí, mi señor —respondió Juan.

Demetrio abrió la funda de cuero y sacó el rollo de papiro que contenía el tratado de astronomía de Aristarco de Samos.

—Acerca la lámpara —señaló a Juan—. Mira este libro; lo escribió hace más de mil años un sabio llamado Aristarco y se guardó en la biblioteca de Alejandría hasta que se incendió. Este es uno de los pocos ejemplares que se salvaron. No sé cómo, pero llegó al monasterio de Olimpo, en Bitinia; allí lo encontró Miguel Psello, quien hace dos años me lo entregó. Es un libro extraordinario. El cuaderno contiene notas mías sobre los astros y las estrellas; las he ido recogiendo durante años de observación desde la azotea. Quiero que los leas, que grabes en tu cabeza cada una de sus líneas y que luego los destruyas. Aristarco afirma que la Tierra no está

inmóvil, sino que gira alrededor del Sol, algo que, como sabes, rechaza la Iglesia. No debes contar a nadie el contenido del libro, a nadie, tu vida depende de ello. Pero guarda en tu memoria sus enseñanzas, quizá algún día estos descubrimientos sean aceptados por todos. No lo olvides, en cuanto lo hayas aprendido, destrúyelo.

Demetrio miró con intensa ternura al muchacho, le acarició el rostro y, fatigado por el esfuerzo, le invadió un pesado sueño. Juan lo arropó cuidadosamente y le colocó las manos sobre el pecho.

El primer rayo de sol penetró por la ventana de la habitación e incidió directamente sobre Juan, que, rendido por el cansancio, se había quedado dormido con la cabeza apoyada en la mesa. El aceite de la lámpara se había consumido y la estancia se hallaba en semipenumbra. Se anunciaba la primavera y la luz tamizada por las vidrieras de la ventana apenas iluminaba la alcoba donde estaba la cama. Miró hacia Demetrio y observó que su brazo izquierdo colgaba de uno de los laterales del lecho. Se incorporó sobresaltado y se acercó hasta la cama. El jefe de la biblioteca yacía plácidamente, como si estuviera descansando. Su rostro, inmóvil, parecía esculpido en piedra y dibujaba una sutil sonrisa. Juan supo entonces que su protector había fallecido. Se inclinó sobre él y le besó la frente. Dos perladas lágrimas recorrieron las mejillas del muchacho que se arrodilló a la cabecera para rezar por el alma del amigo muerto. Acabadas las oraciones, se levantó, cogió el libro y el cuaderno de la mesilla y los guardó en su bolsa. Salió de la habitación y avisó a los criados que velaban en las habitaciones contiguas.

Demetrio fue enterrado en el cementerio de la iglesia de Santa Irene, al lado de la escuela patriarcal. Desde su tumba podían verse algunas ventanas de la biblioteca. El nuevo patriarca ofició los funerales y acudieron uniformados todos los profesores de la Universidad. Miguel Psello vestía una túnica morada en señal de duelo. Mientras la tierra cubría el modesto ataúd, un coro pagado por el gremio de los libreros cantó himnos fúnebres. En la lápida de mármol, costeada por el capitán del Viento del Ponto, se había grabado este epitafio: DEMETRIO ESCOPLEUSTES, MANANTIAL INAGOTABLE DE SABIDURÍA. La inscripción la había dictado Miguel Psello.

Pocos días después de la muerte de Demetrio fue nombrado jefe de la biblioteca un siniestro personaje llamado Dositeo Carenotes. De escasa inteligencia, era sin embargo muy hábil en el halago fácil y en medrar. Juan seguía trabajando en su cargo de ayudante, al que había ascendido el invierno pasado por decisión de Demetrio, pero Carenotes se mostraba hostil al muchacho. Una mañana lo llamó a su despacho y le dijo:

—Has de saber que las cosas han cambiado mucho en la biblioteca. Sé que eras el preferido de Demetrio, pero ahora es distinto. Tu tarea aquí no es necesaria, por lo que he creído conveniente

trasladarte a otro puesto en palacio. Desde mañana trabajarás en los jardines. Los eslavos sois amantes de los árboles y las flores, creo que esa ocupación es más apropiada para ti que la de ayudante de biblioteca.

—Pero mi señor —alegó Juan—, llevo ya cinco años y medio en este puesto, me he familiarizado con los libros, sé dónde está cada uno de ellos y qué lectores piden según qué obras, yo...

—Silencio —cortó tajante Carenotes—. He dicho que desde mañana te ocuparás de los jardines. Retírate.

Aquella tarde Juan recogió por última vez los libros de las mesas de los lectores para colocarlos en sus estantes. Los fue depositando uno a uno, acariciándolos, consciente de que era quizá la última vez que lo hacía. Entornó las puertas del armario donde se guardaban los libros de filosofía y leyó algunos lomos: Eneas de Gaza, Juan Filopón, Elías Ecdicos, Anastasio el Siriaíta, Juan Damasceno, Aretas de Cesarea y... Miguel Psello. Después, cerró tras de sí la de la biblioteca; no quiso volverse para evitar la última mirada. Antes de cenar tomó de su bolsa, que guardaba celosamente entre sus ropas en un pequeño arcón junto a su catre, el rollo de papiro con el libro de Aristarco y el cuaderno de notas de Demetrio, que ya había memorizado íntegramente, los rasgó en varios pedazos y los arrojó al fuego de la chimenea. Mientras se consumían los últimos fragmentos apretó con fuerza los puños y musitó: «Demetrio, Demetrio».

En el cuaderno de notas de su maestro había aprendido que Filolao había confirmado la esfericidad de la Tierra y su movimiento alrededor de un fuego central llamado Hestia, en torno al cual giraban los otros cuerpos celestes: la Tierra, la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno y las estrellas fijas. Conoció la teoría de Platón sobre el sometimiento del mundo a leyes fijas, lo que indicaba una creación ordenada del universo, tal y como el sabio griego explicaba en el *Timeo* y en el *Epinomis*, y el cambio que introdujo en *La República*, alternando el orden de los planetas Venus y Mercurio en su órbita en torno a la Tierra. Demetrio había anotado unas críticas a los comentarios de Aristóteles a las obras de Eudoxio y Calippo sobre el sistema de esferas homocéntricas. En la última página había escrito en favor del sistema heliocéntrico de Aristarco de Samos, rechazando las teorías geocéntricas de Hiparco, Ptolomeo, Platón y Aristóteles. El cuaderno de notas de Demetrio acababa con la frase: «En suma, creo con Aristarco de Samos que la Tierra no es el centro del universo».

A la mañana siguiente fue a buscarle Basilio, el jefe de los siervos. En su rostro se perfilaba una irónica sonrisa.

—Vaya, vaya, el favorito de Demetrio. Parece que se han acabado tus privilegios. He hablado con el nuevo jefe de la biblioteca y me ha encargado que te incorpore al grupo que cuida de los jardines. Deberás instalarte de nuevo en el dormitorio común del edificio de los siervos, ¿recuerdas?, solo pasaste allí una noche.

Juan comprendió entonces que había sido Basilio quien había influido en su traslado. Ciertamente aquel hombre nunca lo había apreciado y sin duda todos aquellos años había estado celoso de la preferencia que Demetrio mostró hacia Juan. Se trataba de una venganza del jefe de los siervos causada por la envidia.

A partir de ese momento la vida de Juan fue muy dura. Trabajaba de sol a sol, se levantaba el primero y se acostaba el último. Basilio se ocupaba personalmente de que nunca le faltase trabajo y lo convertía en objeto permanente de escarnio. Por las noches Juan se tumbaba agotado en su catre, recordando a Demetrio, a su familia y a Vladislav. ¿Qué habría sido de él?, se preguntaba una y otra vez. Añoraba los libros pues desde que abandonó la biblioteca no había podido leer nada. No tenía ni un momento de asueto, además se lo habían prohibido tajantemente.

Una tibia mañana primaveral Juan estaba limpiando un parterre cuando se le acercó Basilio:

—No está limpio, eres un haragán. Vas a aprender cómo hacer bien tu trabajo —chilló propinándole un fuerte puntapié en las corvas que postró de hinojos al muchacho.

Juan no pudo contenerse y volviéndose con rapidez pegó con el mango del rastrillo que portaba un fuerte golpe en las rodillas de Basilio, que cayó de bruces al suelo entre aullidos de dolor. Varios esclavos y siervos acudieron alertados por los gritos. El monje que dirigía los trabajos en los jardines, ante las acusaciones histriónicas del jefe de los siervos, sujetó a Juan por los hombros y lo arrastró hacia el interior de uno de los edificios del complejo donde fue encerrado en una mazmorra.

Dos días permaneció aislado en la celda antes de que apareciera un monje con dos criados. Le comunicó que había sido vendido a unos mercaderes italianos que estaban comprando esclavos en los bazares de la ciudad y le presentó el documento por el cual un genovés lo había adquirido por diez nomismas.

«Valgo menos que *El tratado de las máquinas* de Arquímedes», pensó Juan.

Fue entregado a un comerciante de Génova llamado Giovanni Escalpini, un rico mercader que desde hacía algunos años se había especializado en el comercio de esclavos. Poseía cinco barcos mercantes que realizaban dos viajes al año entre las ciudades de Génova y Constantinopla. En el viaje de ida transportaban aceite de Provenza, vino de Borgoña y trigo de Sicilia a Constantinopla, donde cargaban esclavos, pieles de Rusia, especias, perfumes, sedas y brocados con destino a los mercados occidentales. Corría el mes de abril del año 1059 cuando Juan fue embarcado en el Orgullo de Génova, el mejor de los barcos de Escalpini, una nao de más de cien pies de largo capaz de desplazar seiscientas toneladas.

Amanecía. El viento era favorable y el mar estaba en calma. El cielo cubierto de nubes plomizas amenazaba lluvia. Las seis naves que conformaban la flotilla genovesa, protegidas por dos *chelandiones* de guerra, salieron del puerto de Pegeo, en el barrio de Pera, y atravesaron el Cuerno de Oro. Poco antes se había retirado la enorme cadena de hierro que cerraba la

embocadura del estuario y que constituía una de las más formidables defensas de la ciudad. Minutos después, los tajamares de las rodas rompían las espumosas olas del mar de Mármara.

Capítulo III

El crepúsculo de marfil

1

Desde cubierta podía verse Constantinopla bañada por las primeras luces del alba, con la iglesia de Santa Sofía erguida en el extremo que invadía el Bósforo, a modo de mascarón que rompe las olas ante el avance de la nave. En lo alto del faro flameaba un fuego ondulante por el suave viento del noroeste. Una intensa tristeza inundó en ese momento el espíritu de Juan. Sintió como si en su estómago revolotearan docenas de mariposas; sus ojos reflejaban una profunda sensación de agonía. Asido con las dos manos al pretil del barco, veía alejarse Constantinopla irremediablemente. Conforme la silueta de la ciudad se difuminaba en la lejanía tras la tenue neblina del amanecer, crecía en su interior un sentimiento de angustia y desasosiego. No podía haber imaginado antes cuánto iba a sentir el abandono definitivo de su ciudad soñada, aquella que de niño los mercaderes que descendían con pieles y maderas por el río hasta el gran mar describían apasionados en el mercado de su aldea, entre telas bordadas de colores, espejos de bronce, cuchillos de acero templado y cachas de marfil. Pese a los años pasados desde su captura, seguía albergando esperanzas de ser libre algún día y poder volver a su hogar, junto a sus padres y hermanos. Había soñado con cumplir quince años, alcanzar la libertad que Demetrio le había prometido y regresar al hogar. Incluso había imaginado un futuro como notario en su aldea, pero se alejaba de su casa y de su familia.

Tras dos días de tranquila navegación, siempre con la costa a la vista, atracaron en Gallípoli, pequeña ciudad bizantina situada en la orilla asiática del estrecho de los Dardanelos, donde se aprovisionaron de agua. Aquella noche Juan y otra media docena de esclavos dormían en cubierta tumbados sobre esteras de cáñamo. El eslavo era a sus catorce años un muchacho alto y bien parecido. El silencio de la noche solo era roto por los golpes de las olas contra el casco de la nave y el crujir del maderamen con el bamboleo del agua. Juan notó que alguien lo sujetaba por los hombros. Despertó sobresaltado y sintió unos dedos rugosos y ásperos, sucios y grasientos, que le manoseaban toscamente el rostro. La noche era oscura y cerrada, pero por el resplandor de

los fanales situados a popa pudo comprobar que se trataba del ayudante del capitán del barco, un hombre corpulento, calvo y seboso.

—No chilles —le murmuró a Juan al oído en mal griego—, si no ofreces resistencia no voy a hacerte daño y hasta puede que te guste.

Aquel hombre repugnante comenzó a sobar el cuerpo del muchacho; jadeaba como un perro en celo y sus manos viscosas y lúbricas le recorrían una y otra vez el pecho y las piernas. Juan estaba paralizado por el miedo y el asco, pero no se atrevía a gritar. Estaba convencido de que si lo hacía, aquel hombre se vengaría cruelmente. Sentía en su rostro un fétido aliento a cebolla y vino y que el estómago se le retorcía. No pudo evitar el vómito.

—¡Maldito esclavo! —exclamó el marinero apartándose de Juan—, ya volveré —masculló mientras se alejaba en silencio por la cubierta del barco.

No pudo seguir durmiendo. Se sentía profundamente mareado y una extraña sensación de suciedad rodeaba su cuerpo.

Transcurrieron días monótonos y lentos. La flotilla, después de atravesar el mar de Mármara y el estrecho de los Dardanelos, navegó por el Egeo, el mar de los griegos, entre islas blancas y esmeralda, bajo un intenso cielo azul. Cuando el viento era favorable se desplegaban las velas cuadradas y los navíos avanzaban a gran velocidad sobre las aguas, pero cuando era contrario o estaba en calma se hacía preciso recurrir a los remos, manejados por esclavos que bogaban sin cesar al ritmo cansino que marcaba un auxiliar del piloto al son de un timbal. Durante dos semanas remaron rumbo sur, siempre con tierra a la vista. Bordearon la costa asiática empujados por la suave brisa etesia y recalaron en las islas de Lesbos, Quíos y Samos, siempre buscando las colonias de mercaderes genoveses, donde cargaron nuevas mercancías. En Quíos recogieron medio centenar de vasijas del famoso vino que solo se producía en aquella isla procedente de la malvasía, la uva más delicada y dulce de todo el Mediterráneo. Al llegar a Samos, Juan recordó que de allí era Aristarco, el astrónomo de la Antigüedad cuyo libro había aprendido de memoria. En Samos pusieron rumbo sureste y bordearon las míticas islas Cícladas.

Un marinero griego saludó alborozado una punta de tierra que se perfilaba al norte, lejana en el horizonte.

—Es el cabo Maleas —gritó—, el extremo sur del continente de los griegos. A partir de ahora navegaremos mar adentro en el Mediterráneo, derechos hasta Roma.

¿Roma? ¡Se dirigía a Roma! Aquel monje le había dicho al sacarlo de la celda que había sido vendido a un mercader genovés. Juan entendió que lo conducían a Génova, pero no, su destino era Roma, la ciudad de los césares, la enemiga de Constantinopla, donde según Miguel Cerulario anidaban la corrupción y la maldad.

La travesía del Mediterráneo discurría tranquila. Juan pasaba la mayor parte del tiempo en cubierta, aunque por orden expresa del capitán no se veía obligado a trabajar en las pesadas tareas que realizaban el resto de los esclavos. De noche contemplaba el cielo y repasaba una y otra vez todos los conocimientos adquiridos en la lectura del tratado de Aristarco y del cuaderno de notas de Demetrio. Buscaba las estrellas y las constelaciones y grababa su situación en su memoria. Durante el día se protegía bajo un amplio sombrero de paja para evitar que el sol le quemara la piel. Con todo, su faz fue adquiriendo un tono sonrosado y se le pelaron los pómulos y la nariz. Un médico siciliano que había embarcado en Samos y viajaba como pasajero le aplicó una bizma a base de grasa de vaca, leche y laurel que le calmó el escozor.

El médico entabló enseguida relación con Juan. Era un hombre educado y culto. Se llamaba Paolo Malatesta y vivía en Siracusa, donde regentaba un hospital. Se había formado en la afamada escuela de medicina de Salerno, con el célebre médico Alfano. Los dos últimos años había viajado por el norte de África, recorriendo Túnez, Libia y Egipto en busca de nuevos conocimientos. Había llegado hasta Jerusalén y Damasco. En esta última ciudad había adquirido un libro titulado *Sobre la física del hombre*, obra de Nemesio de Emesa, por encargo de su maestro Alfano de Salerno quien lo quería traducir del árabe al latín. Su destino era los prestigiosos hospitales Abudí de Bagdad y el de Gundisapur, el más antiguo del mundo musulmán, pero las noticias del avance turco le habían aconsejado regresar a Sicilia. En Tiro, una galera veneciana lo había llevado a Chipre y desde allí un navío genovés lo había dejado en Samos, donde había embarcado en el Orgullo de Génova.

Paolo había pedido al capitán del barco que permitiera a Juan viajar con él; en un principio se había negado pero dos monedas de plata habían sido suficientes para que concediera el permiso. En una ocasión, Juan le comentó a Malatesta que durante más de cinco años había estado trabajando como aprendiz primero y como ayudante después en la biblioteca del patriarca de Constantinopla.

—Claro —dijo Paolo—, ya me parecía a mí que eras un muchacho muy inteligente. Ahora lo entiendo. Tienes que decirme qué libros de medicina hay allí, quizá algún día vaya o envíe a alguien a que los copie.

—En realidad —contestó Juan—, la biblioteca no es muy rica en libros de medicina. Hay muchos más de esa materia en la Universidad, pero sí que tiene algunos ejemplares notables. Yo mismo acompañé al jefe de la biblioteca a comprar el *Corpus de medicina* de Oribasio de Pérgamo.

—¡Ah!, lo conozco. En El Cairo puede estudiar un ejemplar en la biblioteca del hospital de Ahmad ibn Tulún. La medicina está mucho más desarrollada entre los árabes que entre nosotros. Si un médico quiere aprender cuanto se sabe, debe ir necesariamente a un hospital árabe.

Una mañana, tras la única tormenta que se presentó en todo el viaje, y que no fue demasiado

virulenta, avistaron las costas de Sicilia.

—Mira, Juan —indicó Paolo señalando con el brazo hacia tierra—, eso es Sicilia, mi país. En pocas horas desembarcaré en Catania y de allí a mi casa en Siracusa apenas hay una jornada de camino. Pasado mañana estaré durmiendo en mi cama, ¡después de tanto tiempo! Aquella montaña que rompe las nubes, tan alta como el cielo, es el Etna, un monte que escupe fuego de vez en cuando. Los antiguos sicilianos creían que en sus entrañas moraban los dioses del averno.

Juan miró la lejana montaña todavía cubierta de nieve y después bajó los ojos y recordó de nuevo su casa. ¿Qué habría ocurrido en estos casi cinco años en la aldea de Bogusiav? Seguro que su hermano mayor ya se habría instalado en Kiev como carpintero y a lo mejor hasta tendría algún hijo. Sus padres seguirían cultivando las tierras con su otro hermano y la hermana pequeña, que pronto cumpliría doce años. ¿Y qué habría ocurrido con el tímido Vladislav? El último recuerdo de su amigo eran unos enormes ojos brillando asustados en un destartalado almacén del puerto de Constantinopla. En cualquier caso, si volviera a encontrarse con él es probable que no lo reconociera, a no ser por la cicatriz en forma de punta de flecha que destacaba sobre su ceja derecha.

El médico bajó del barco en Catania con dos criados cuyos servicios había alquilado en Samos. Se despidió de Juan en latín, con una sonrisa.

—Adiós, muchacho, que tengas suerte.

En Sicilia recalaron unas horas, tan solo las justas para rellenar los barriles de agua y pasar la noche al abrigo del puerto. Al día siguiente, apenas despuntada el alba, la flotilla genovesa puso rumbo norte, siguiendo la costa. Los dos navíos de escolta volvieron sus proas y regresaron hacia Oriente; en el mar Tirreno, que era genovés, su protección ya no era necesaria. A babor quedaba el Etna, majestuoso, anclado en la tierra como un gigante de cabellera cana. Al día siguiente atravesaron el estrecho de Messina y bogaron al norte navegando de cabotaje la costa italiana. Arribaron a una amplísima bahía en la que destacaba una montaña semejante al Etna, aunque no tan elevada. Un marinero dijo que aquel monte era el Vesubio y la bahía la de Nápoles.

El capitán llamó a Juan a su camarote, ubicado bajo el castillo de popa.

—Pasa, muchacho. Es hora de decirte qué va a ser de ti a partir de ahora. Tu dueño es el señor Giovanni Escalpini, un ricohombre que también posee, entre otras muchas cosas, este barco. Es genovés, pero tiene muy buenas relaciones con los romanos. Hace ya tiempo que un alto personaje de la corte del Papa le pedía un muchacho joven, con buena vista, que supiera latín y griego. Parece que en Constantinopla le dijeron que tú eras quien buscaba y te compró. Tu señor ha viajado en una de las dos galeras que nos han escoltado hasta Sicilia y me recomendó que te cuidara. Al parecer van a pagar bastantes monedas por ti. Has de saber que enseguida me di cuenta de que le gustabas a uno de mis ayudantes, ese gordo seboso que apesta a vino y a tocino rancio. Sé que intentó abusar de ti, por eso dejé que viajaras con el médico de Siracusa. Espero

que no haya vuelto a molestarte, tengo órdenes muy concretas del señor Escalpini para que no te ocurra nada. Eres afortunado, en otro caso hubieras tenido que limpiar la cubierta o remar como los demás esclavos. Mañana arribaremos a puerto. Allí desembarcarás e irás con nuestro señor, con otros esclavos y con ricas mercancías hasta la ciudad del papa.

El puerto de Ostia bullía de actividad en aquel caluroso viernes de mediados de junio. Al menos cincuenta barcos estaban amarrados en los vetustos muelles de piedra. Viejas construcciones, muchas de ellas desmanteladas, estaban ocupadas por los mercaderes. Recuas de carros iban y venían en un trasiego continuo hacia Roma a través de una vieja calzada todavía en uso aunque deteriorada. Las ruinas de un templo pagano destacaban en lo alto de una colina que dominaba el puerto. A su lado, aprovechando sus sillares, se estaba construyendo una ermita. El puerto de Ostia estaba perdiendo importancia en favor del nuevo de Civitavecchia, varias millas al norte. El propio Escalpini había comenzado en él la construcción de sus nuevas oficinas y en un par de años sus barcos recalarían allí.

La flotilla genovesa atracó en el muelle norte. Las seis naves de carga fondearon sin apenas incidentes. Uno de los barcos había perdido la vela durante la tormenta, pero la habían sustituido por otra de repuesto en Catania. El señor Escalpini tenía sus oficinas en unas destartaladas construcciones de ladrillo y mampuesto. Dos funcionarios le dieron la bienvenida y le señalaron que mañana estaría preparada la caravana para conducir hasta Roma parte de las mercancías que habían traído de Oriente. En unas pocas horas se cargaron en treinta carretas paños de seda de Constantinopla, gasas de Gaza, telas con brocados de Damasco, cendales y baldaquines de Bagdad, finas muselinas de Mosul, pieles de marta y de armiño de Rusia, frascos de perfumes y ungüentos de Trebisonda, cajas de incienso, sándalo y mirra de Arabia, sacos de azúcar de caña, aceite de sésamo, pimienta, clavo, nuez moscada y cardamomo, palo brasil y cochinilla de la India, arroz, naranjas, alumbre para dorar la loza y pistachos de Anatolia, albaricoques secos, higos y pasas de Cilicia y algodón de Esmirna. Todos esos productos y cuatro esclavos iban a proporcionar al genovés una buena cantidad de monedas de oro.

Las carretas, protegidas por un escuadrón de soldados que portaban las insignias papales, partieron temprano hacia Roma. Juan caminaba junto a los otros esclavos en el grupo de cabeza. Abría la marcha el capitán de la compañía y a continuación iba el lujoso carruaje en el que, bajo un parasol, viajaba el rico mercader. El calor era intenso y las marismas del bajo Tíber añadían un alto grado de humedad que aumentaba de manera considerable la sensación de agobio. La caravana marchaba cansina entre polvo y sudor. Se detuvieron para comer en una posada de la Vía Ostiense. Era un edificio muy antiguo, de ladrillo y piedra encalados, rodeado de una tapia que albergaba un amplio patio y varias cabañas para los animales y los siervos. El señor genovés,

el capitán y algunos miembros del séquito almorzaron en el interior de la casa. Juan, con los demás esclavos, los soldados y los siervos lo hicieron bajo un cobertizo de cañas y juncos. De una de las cabañas salieron mujeres que entregaron una escudilla y una cuchara de madera a cada uno y, entre las bromas y las chanzas de los hombres, les sirvieron una pasta de sémola salpicada con trozos de tocino frito y col, una manzana y una jarrita de agua. Después de la comida descansaron unos minutos y volvieron a ponerse en marcha hacia Roma.

Caía la tarde cuando divisaron las murallas de la ciudad. A lo largo de la vía de acceso se alineaban numerosos monumentos de la Antigüedad: templos semiderruidos, casas de campo demolidas, arcadas de acueductos inutilizados y monumentos funerarios de los poderosos alternaban a la orilla del camino con los pinos y los cipreses. Penetraron en la urbe por una puerta monumental de dos arcos de mármol enmarcados por macizos torreones de ladrillo. El jefe de la guardia reconoció enseguida al capitán que guiaba la caravana y, rindiéndole un saludo, ordenó a los soldados que custodiaban la Puerta Rauduscula na que le permitieran pasar. Juan caminaba en los primeros lugares sin dejar de contemplar asombrado la amalgama de ruinas que se amontonaban por doquier. Aquella había sido la ciudad de los césares, la capital del mundo antiguo. Ahora era tan solo la sede del papa. Comparó entonces el ambiente cosmopolita, la magnificencia de las construcciones palaciegas, la magnitud de los conventos e iglesias y la algarabía, riqueza, variedad y colorido de los mercados de Constantinopla con el provincianismo, la decrepitud de los edificios y la humildad de los mercaderes de Roma. Solo en algo eran parecidas: en ambas ciudades pululaban por las calles centenares de mendigos y desarraigados, gentes desesperadas en busca de un pedazo de pan que los mantuviera vivos día a día. Dentro de las murallas de piedra y ladrillo recorrieron una ancha avenida, dejando a la izquierda las ruinas del Circo Máximo, ante las que Juan presagió cómo quedaría el orgulloso hipódromo de Constantinopla cuando el decurso del tiempo acabara devorando la capital de Bizancio. En la confluencia de las calles en las que nacían las vías Apia y Ostiense se había formado un mercadillo en el que desarrapados campesinos de los alrededores ofrecían a grandes voces sus productos. Continuaron por la Vía Sacra hasta llegar frente a un viejo templo dedicado a la diosa Cibeles, convertido en iglesia parroquial.

La caravana se detuvo ante una casona de estilo antiguo, con esbeltas columnas de mármol rosa en la fachada. Los esclavos fueron introducidos por un patio y las carretas con las mercancías se descargaron en los almacenes ubicados en la parte posterior. El secretario de Giovanni Escalpini se dirigió a los cuatro esclavos en latín:

—Creo que hay uno de vosotros que me entiende.

—Soy yo.

—Entonces tú debes ser Juan; luego traduces a tus compañeros lo que voy a decir. Los cuatro sois rusos. Estos dos han llegado directamente de Querson y solo saben hablar eslavo y este otro

—señaló a un muchacho de la edad de Juan— ha sido comprado en Constantinopla, como tú, donde ha vivido diez años. Es un buen cantante, aunque solo en griego y eslavo. Los cuatro habéis sido adquiridos por una de las más altas dignidades de la Iglesia, su reverencia el cardenal Humberto de Selva Cándida.

Al oír el nombre de su nuevo dueño, Juan sintió que su corazón se aceleraba. ¡Humberto de Selva Cándida, el enemigo de Cerulario y de Demetrio, el hombre que había estado a punto de lograr la sumisión de la iglesia de Constantinopla a los designios de Roma!

—Sois afortunados —continuó—, el cardenal es un hombre de justicia, amante de la sabiduría y fiel defensor de los derechos de la Iglesia. Mañana mismo seréis conducidos hasta el Vaticano, allí os dirán el trabajo que cada uno deberéis desempeñar. Os traerán ropas limpias y nuevas y sandalias de cuero. Un barbero os cortará el pelo, lo tenéis demasiado largo.

2

Después de la ruptura con la iglesia de Oriente, Humberto había regresado a Roma con el resto de los delegados papales. La sede de san Pedro seguía vacante tras la muerte de León IX. El emperador de Alemania había recibido a una delegación romana a fines de abril que le comunicó la muerte del pontífice. Enrique III designó entonces nuevo papa a Gebardo, obispo de la ciudad de Eichstädt, en Franconia, pero el elegido no aceptó hasta marzo de 1055, tomando el nombre de Víctor II. Era costumbre entonces, y desde hacía tiempo, que fuera el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico quien a la muerte de un pontífice entronizara al siguiente.

A la vuelta de Constantinopla, tanto el cardenal Humberto como el canciller Federico de Lorena maniobraron con gran habilidad. En la Pascua de 1057 Víctor II envió a Humberto, nombrado cardenal de las iglesias de las santas Rufina y Segunda, a pacificar el monasterio de Montecasino, cuyo abad había sido elegido sin consultarle. El abad electo tuvo que renunciar ante las presiones del cardenal, que logró que su amigo Federico de Lorena fuera nombrado nuevo abad con dignidad cardenalicia.

Víctor II murió en julio de 1057 y la siguiente sucesión se realizó de manera bien distinta. Aprovechando que el nuevo emperador era un niño y que el imperio estaba gobernado por una mujer, Inés, madre de Enrique IV, Humberto y Federico, fieles aliados y amigos desde su viaje a Constantinopla, urdieron un ambicioso plan para hacerse con el papado. Recluidos ambos en el estratégico monasterio de Montecasino, lograron con extraordinaria habilidad, y sin duda comprando voluntades y adhesiones con las cuantiosas riquezas del monasterio, que el clero y el pueblo de Roma eligieran como papa a Federico de Lorena, que asumió la tiara pontificia como

Esteban IX. El diácono Hildebrando, que más adelante sería también papa con el nombre de Gregorio VII, viajó a Alemania para comunicar la elección a la emperatriz regente, que ante los hechos consumados no tuvo más remedio que confirmarla. A mediados de 1057 habían logrado el poder en la Iglesia los dos protagonistas del viaje a Constantinopla. Con Federico de Lorena al frente del papado, Humberto, solventados los primeros momentos de celos, pues el orgulloso cardenal se creía con más méritos que su amigo, se convirtió en la figura más destacada de la Iglesia romana.

Los escándalos, la corrupción y el crimen habían sido habituales en Roma. En 1045 coexistieron tres papas a la vez, Gregorio VI, Benedicto IX y Silvestre III, creando una gran confusión en el seno de la Iglesia. Durante el pontificado de León IX se intentó acabar con este desorden e incluso se destituyó a aquellos obispos que habían comprado sus cargos. Esteban IX y Humberto se hallaban ahora en condiciones de impulsar la regeneración eclesiástica. En su obra *Adversus simoniacos*, publicada a principios de 1058, el cardenal Humberto dibujaba un retrato irónico del obispo que, habiendo adquirido su dignidad mediante compra, esquilmaba después los bienes de su diócesis, arruinándola. Para evitar la simonía, proponía considerar la compra de dignidades eclesiásticas como una herejía, negando la consagración al obispo que hubiera mercado su cargo. Criticaba el que los obispos fueran designados por los señores temporales y señalaba que debían ser elegidos por los clérigos y el pueblo, y después ratificados por el metropolitano de su provincia eclesiástica, condenando toda intervención de los poderes temporales en el gobierno de la Iglesia. Comparaba la sociedad con un hombre: la Iglesia era el alma, y el reino, el cuerpo; por ello, como el alma dirige al cuerpo, consideraba a la categoría sacerdotal más excelsa que la real.

Esteban IX duró poco. Una serie de enfermedades se cebaron en él y falleció en marzo de 1058. Sintiéndose morir, ordenó a los cardenales y a los ciudadanos de Roma que no eligieran un nuevo papa hasta que regresara Hildebrando de Alemania. Pero los acontecimientos se precipitaron. La nobleza romana, enemiga del imperio, vio en la sucesión de Esteban IX una oportunidad para asestar un nuevo golpe a los intereses del emperador y, encabezada por los condes de Túsculo y de Galeria, entronizó a Juan Mincio, obispo de Velletri, con el nombre de Benedicto X, a quien el cardenal de Ostia se negó a consagrar. Entretanto, regresó de Alemania Hildebrando, quien, sin duda de acuerdo con la emperatriz regente, designó como papa a Gerardo, obispo de Florencia, que con el apoyo de Godofredo, duque de Lorena y marqués de Toscana, hermano del fallecido Esteban IX, y del canciller imperial Guiberto de Parma, logró expulsar a Benedicto X y entrar triunfalmente en Roma, donde fue consagrado en enero de 1059 con el nombre de Nicolás II.

El cardenal Humberto, que había sido ratificado como consejero papal, estaba empeñado en dejar a la Iglesia en una posición hegemónica y para ello era imprescindible acabar con los

terribles enfrentamientos que se producían cada vez que debía ser elegido un nuevo pontífice. Hasta entonces los distintos papas, especialmente en los últimos cincuenta años, habían estado en manos del emperador o de la nobleza romana. A fin de poder ser manejados sin dificultad, habían sido elegidos pontífices hombres débiles, sin carácter, de moral dudosa y ánimo viciado. La sede pontificia se había convertido en un gigantesco burdel. Las prostitutas y cortesanas campaban a sus anchas por los palacios vaticanos, los papas mostraban públicamente a sus barraganas y los obispos y cardenales abusaban con absoluta impunidad de su poder en la Iglesia para colmar sus caprichos y los de sus amantes. El gran León IX había puesto freno a tanta inmoralidad y Víctor II, Esteban IX y el cardenal Humberto habían continuado la limpieza de la podredumbre. En abril de 1059 se convocó un concilio en Letrán en el que se aprobó, con la oposición de la corte germánica y de la nobleza romana, que para la elección de un nuevo papa se reunieran primero los cardenales-obispos, después los cardenales-clérigos y por último el resto del clero y del pueblo y que quedara a salvo el honor y respeto al emperador. Nicolás II promulgó el decreto redactado por Humberto en una bula, llamada *In nomine Domini*, de manera solemne en la basílica de Letrán, considerada entonces como la catedral de Roma, en presencia de numerosos arzobispos, obispos, abades, presbíteros y diáconos.

Aseados y con el pelo recién cortado, a la mañana siguiente de llegar a Roma los cuatro esclavos, con varias carretas de ricas mercancías de Oriente, salieron de la casona del genovés. Cruzaron el río Tíber por un puente de piedra y enfilaron un largo paseo arbolado que conducía hasta el Vaticano. La basílica de San Pedro se había construido sobre un antiguo circo edificado por el emperador Nerón. La Vía Sacra culminaba en una amplia plaza rodeada de hosterías y conventos. Al complejo vaticano se accedía a través de una monumental escalinata que culminaba en un pórtico de cinco arcadas, construido en ladrillo rojo alternando con bandas de mármol blanco, a cuyos lados había dos pequeñas capillas en las que se recibía a los numerosos peregrinos que afluían constantemente a Roma desde todos los rincones de la cristiandad para visitar la tumba del primero de los apóstoles. Tras el pórtico, un amplio patio organizaba a su alrededor todo el complejo: enfrente, otro pórtico y la fachada de la basílica, decorada con esculturas de tamaño gigantesco; a la izquierda, un gran edificio donde se ubicaban la biblioteca, el *scriptorium* y más allá las caballerizas, los almacenes y los talleres; a la derecha, los edificios residenciales de los clérigos y cardenales y el palacio del sumo pontífice.

Las mercancías fueron llevadas a los almacenes. A Juan lo separaron de los otros tres esclavos y lo instalaron en una pequeña celda. Allí permaneció unas horas durante las cuales le sirvieron una sencilla comida y le dieron ropas y un ligero manto. Por fin, un monje lo condujo a través del patio a presencia de Humberto. El cardenal estaba de pie, vestido con una suntuosa túnica

púrpura con ribetes blancos en las mangas y el cuello. En su mano derecha sostenía una cristalina copa de vino tinto de Campania rebajado con agua y ligeramente especiado con canela y miel.

—Sé que te llamas Juan, que eres eslavo, que sabes griego, latín y árabe, leer y escribir, y que has estado al servicio del patriarca de Constantinopla en su biblioteca. Te he adquirido porque necesito gente como tú para el *scriptorium* de San Pedro. No es frecuente encontrar en estos tiempos personas que reúnan todas esas condiciones. Los jóvenes de tu edad no están preparados y cuando han logrado aprender lo suficiente, su vista es demasiado débil para trabajar como copistas. Vas a ir destinado a la cancillería vaticana. Hacen falta amanuenses que escriban en varias lenguas y lean cartas, tratados y libros en varios idiomas. León de Fulda dirige el *scriptorium*, él será el encargado de enseñarte cuanto debes saber.

Humberto hizo un alto en su monólogo para sorber un trago de vino. Dejó la copa encima de una mesa de piedra marmórea, junto a un par de guantes púrpuras, y continuó:

—Cuando estuve en Constantinopla no conversé nunca con el patriarca Miguel, ni tan siquiera llegamos a vernos. Muchas veces —hablaba como si estuviera reflexionando en voz alta— me he preguntado qué clase de hombre era. Sé que ya ha muerto; me lo imagino alto, robusto, de una energía y fortaleza extraordinaria, pero equivocado y sumido en la vanidad y en la altivez. ¿Era realmente así? —preguntó Humberto dirigiéndose a Juan.

—¡Oh!, sí, mi señor. No era muy alto, aunque lo parecía, pero su tozudez...

—Estaba seguro —interrumpió el cardenal a Juan—; ¿de qué otra forma puede actuar un hereje? Los herejes perseveran en los errores, están convencidos de que poseen la verdad y no rectifican nunca. El diablo se introduce en su interior y habla por sus bocas. Son la ruina de los hombres y de la Iglesia. Sí, Cerulario lo era y ahora estará ardiendo eternamente en los infiernos. Desde que murió Cristo, muchos hombres se han desviado de su doctrina y han malinterpretado sus palabras, sobre todo en Oriente. Manes se creía el Espíritu Santo, aunque algunos de sus seguidores lo identificaban con una reencarnación de Jesucristo, y durante muchos siglos su herejía triunfó entre los persas. Es cierto que los herejes logran convencer incluso a las mentes más preclaras; el propio san Agustín fue maniqueo en su juventud y postuló la existencia de un principio del bien y otro del mal de la misma categoría y condición, aunque rectificó pronto y condenó la herejía maniquea y la donatista. Arrio se desvió de la fe fijada en el Concilio de Nicea negando la verdadera dimensión divina de Cristo y arrastró con él a Ulfilas, obispo de Constantinopla y predecesor del herético Cerulario. Nuestra misión es acabar con tanto hereje cismático.

»En los últimos siglos se ha extendido en la Iglesia la perversión de comprar los cargos eclesiásticos; siguen el malvado ejemplo de Simón el Mago, que habiendo visto en Samaria que los apóstoles imponían las manos y con ello el Espíritu Santo entraba en los que bendecían, les ofreció dinero para tener esa virtud. El propio Pedro lo rechazó, diciéndole: “Vaya tu dinero

contigo a la perdición, pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero"; así se narra en los Hechos de los Apóstoles. Todavía hay en el seno de la Iglesia quien piensa que la simonía es lícita. El propio Pedro Damián, hombre de muchas virtudes por otra parte, sostiene que puede ser válida y la acepta. Por último, es preciso extirpar la cizaña que constituye la mujer para los clérigos. Cerulario, y con él la Iglesia de Constantinopla, sostenía que los clérigos pueden contraer matrimonio y cohabitar con esposa. Sin duda malinterpreta, por su escasa preparación y su desconocimiento, las Sagradas Escrituras y siguen la herejía nicolaíta, que permite a los clérigos no guardar el celibato. San Pablo, en la primera carta a los tesalonicenses, deja bien claro que la santificación pasa por abstenerse de fornicar, aunque muchos clérigos siguen gozando de las mujeres y son incontinentes con su cuerpo y con su alma.

Humberto hablaba sin detenerse, seguro de sí mismo, como si aquel discurso que estaba pronunciando en la sola presencia de Juan estuviera dirigido a los padres de la Iglesia reunidos en un concilio.

—Por cierto —continuó el cardenal mirando directamente al muchacho—, estoy ultimando una narración de mi viaje a Constantinopla cuando fuimos a excomulgar a Cerulario. Te haré un día de estos algunas preguntas para ilustrar mejor el relato. Tú has vivido allí varios años y acabas de llegar de esa ciudad, debes tener en tu memoria su imagen mucho más fresca que yo. Me serás muy útil en ello. Ahora ve al *scriptorium* y ponte a las órdenes de León de Fulda.

Humberto estiró la mano hacia Juan que acudió presto a besarla postrado de rodillas.

León de Fulda, hombre enérgico y vital, era el canciller del *scriptorium*. En plenitud de su vida, acababa de cumplir los treinta y cinco años, había sido ordenado diácono por el cardenal Humberto, a quien admiraba reverencialmente. Destinó a Juan a traducir textos griegos al latín. Estaba empeñado en hacer de Roma un centro de traductores que superara a los afamados de Amalfi y Salerno. La habilidad del muchacho eslavo en el conocimiento de las lenguas asombró a León, que asistía incrédulo a sus progresos de aprendizaje.

—Posees un don para las lenguas que solo puede proceder de Dios —le dijo un día—. ¿Cómo si no puede explicarse la facilidad que tienes para leer un texto griego y casi de seguido escribirlo en latín o en árabe?

—En Constantinopla tuve un gran maestro. Se llamaba Demetrio y me enseñó bien.

—¿Demetrio dices? Me hubiera gustado conocerlo. ¿Ha muerto?

—Sí, murió a principios de este año. Era de origen humilde, según creo, y profesó como monje en el monasterio de San Juan de Estudios, en la más afamada escuela de Constantinopla. Gracias a su sabiduría llegó a ser jefe de la biblioteca del patriarca.

—Nuestro cardenal Humberto es también un hombre sabio. Nació en Borgoña hace sesenta

años, bueno, poco más o menos. Fue monje en la abadía de Moyenmoutier, bajo la disciplina cluniacense, donde aprendió griego y hebreo. El papa lo nombró arzobispo de Sicilia y quiso dedicar su vida a la evangelización de los musulmanes que habitaban la isla, pero los normandos y los griegos lo impidieron. El papa León IX lo hizo cardenal de Selva Cándida, pequeña diócesis situada a diez millas de Roma. Es la figura más brillante de este siglo. Sus postulados sobre doctrina eclesiástica y teología son incontestables y construye los argumentos retóricos con tal solidez que nadie es capaz de rebatirle. Ha escrito numerosas obras que diócesis y monasterios solicitan con urgencia. En cuanto surge un libro de su fértil pluma es reclamado por decenas de bibliotecas, sobre todo de Francia y de Alemania, donde es muy admirado. Sus himnos a san Hidulfo, a san Deodato, a san Ciriaco y al papa san Gregorio son verdaderos monumentos literarios que sirven de ejemplo en las clases de retórica de las escuelas catedralicias. Ha escrito un precioso tratado sobre la virginidad de María que sin duda se incorporará al elenco de obras inmortales. Ahora está inmerso en una glosa para la canonización de su maestro Gerardo, que fue obispo de Toul; y si se lo ha propuesto, lo conseguirá.

Si al llegar a Roma Juan había comparado a la decadente ciudad de los papas con Constantinopla, ahora establecía similitudes entre los hombres. Humberto era intrigante y tenía la formación intelectual y la agudeza retórica de Psello. León de Fulda era tenaz y orgulloso, pero eficaz y firme como Demetrio. Sin embargo, los romanos le parecían menos brillantes que los griegos.

A pesar del sofocante calor estival, Juan reencontró la dicha en el *scriptorium* del Vaticano. Trabajaba en una amplia sala entre más de cuarenta copistas, la mayoría monjes, aunque también había algunos laicos; todos eran muy jóvenes. Los había de diversas naciones: intuitivos hispanos, severos francos, engolados ingleses de la escuela romana de los anglos, fundada por Ina de Wessex, taimados frisones, elegantes longobardos, refinados borgoñones, rudos sajones e incluso algunos griegos procedentes de los dos monasterios bizantinos establecidos en Roma, el de San Salvador, fundado por Gregorio de Casano, y el de los santos Bonifacio y Alexis, dotado hacía casi un siglo por el arzobispo Sergio de Damasco.

El *scriptorium* ocupaba la segunda planta de un macizo edificio frente al palacio Vaticano, en una sala de más de cincuenta pasos de longitud por veinte de ancho. Amplios ventanales con vidrios traslúcidos se abrían en la fachada meridional, permitiendo el paso de una luz cálida y tamizada. Los amanuenses se alineaban en varias filas de mesas con atriles, sentados en unos taburetes de madera oscura, con el pie apoyado sobre un estribo para dar equilibrio al cuerpo. En la pared este había colocadas varias estanterías donde se apilaban hojas de pergamino bañadas en agua de cal para eliminar los restos de grasa y carne, ya cortadas en varios tamaños y dispuestas para su uso, plumas de ganso y de oca, cálamos de madera de boj y tinteros de loza llenos de tinta roja, negra, sepia y purpúrea. En otros estantes se guardaban los pinceles, las espátulas y los

botes de pintura para las miniaturas. En el *scriptorium* de San Pedro no había grandes pintores, pero sí se mantenía un grupo de cinco o seis iluminadores de cierta calidad.

Ningún detalle era baladí. En una sociedad como aquella todo tenía un significado simbólico, y más aún en los libros y en sus miniaturas. Cada piedra preciosa se identificaba con un elemento: el jaspe rojo era el amor, el verde la fe y el blanco la dulzura; el zafiro representaba el cielo; la calcedonia la proximidad de Dios; el sardónice la castidad y la humildad; la esmeralda la confianza; el topacio la corona de santa vida; la amatista el martirio ofrecido a Dios, y el berilo la purificación. La Virgen era una rosa, el mal una manzana y la lujuria y el demonio una mandrágora; una tortuga simbolizaba la sencillez y la castidad de la Iglesia, y un león a Jesucristo como juez terrible, cual león de Judá. Aquel era un lenguaje para iniciados en el que toda figura o símbolo tenía una lectura mágica que transmitía un mensaje secreto a quienes poseyeran el conocimiento suficiente para descifrarlo.

A principios de aquel verano el antipapa Benedicto X renunció voluntariamente a su cargo y Nicolás II vio desaparecer uno de los principales problemas que habían condicionado el inicio de su pontificado. Solucionada esta situación, el papa, invitado por el abad de Montecasino, se trasladó a la región de Puglia, en el sur de Italia. Durante el tórrido estío, la mayor parte de la nobleza y del alto clero romano se instalaba en sus villas de los Abruzzos, donde el clima era más suave y soportable, y la ciudad quedaba semidesierta en los meses de julio y agosto, cuando el calor y la humedad hacían de Roma una urbe incómoda. Cerca de la ciudad de Melfi, donde había convocado un concilio, Nicolás II se entrevistó con los jefes normandos Roberto Guiscardo y Ricardo de Capua. Ambos se sometieron al vasallaje de la Santa Sede, recibiendo Roberto a cambio el título de duque de Calabria y territorios en la Puglia y en el Lazio; el papa autorizó a los normandos a conquistar Sicilia. Humberto de Selva Cándida se había trasladado también con la corte para preparar un nuevo decreto que regulara definitivamente la elección de papa y que corrigiera los defectos del aprobado en el concilio celebrado en Letrán meses atrás.

En el *scriptorium* se copiaban todo tipo de libros. León de Fulda era un humanista y procuraba salvaguardar y transmitir la literatura de los clásicos de la Antigüedad. En los últimos días le había ordenado a Juan que iniciase una copia del «Banquete de Trimalción» de Petronio para enviarlo a la biblioteca del monasterio de Fulda, de la que León había sido el supervisor hasta que el cardenal Humberto lo llamó a Roma. Allí se había formado como monje, en la biblioteca que era por entonces la más famosa de Occidente. Disponía de dos millares de libros, muy por encima de los poco más de quinientos de Cluny, los mil de Reichenau o los seiscientos de Christchurch en Canterbury, y de su *scriptorium* salían las biblias mejor ilustradas. Días atrás acababan de recibir un hermoso sacramentario y León quería agradecer este envío con copias de

libros de los que no disponía la biblioteca alemana. Después de su estancia en Fulda había estudiado retórica y gramática en la Escuela Catedralicia de Chartres y lógica y teología en la de París. En todas ellas, según el modelo bizantino, se estaba consolidando el Trivium y el Quadrivium. Gracias además a este florecer, el latín se había recuperado como lengua de transmisión del saber universal en toda Europa occidental. Desde Bolonia, un círculo reducido de eclesiásticos había pedido varios libros de derecho romano al Vaticano pues se intentaba reavivar su estudio a partir del *Corpus iuris civilis* de Justiniano y otros textos jurídicos.

El trabajo en el *scriptorium* dejaba a Juan poco tiempo para otras cosas, pero siempre que podía acudía a la biblioteca para consultar algunas obras. Estudió con cierta atención las *Confesiones* de san Agustín, el libro de cabecera del cardenal Humberto; el *Timeo* de Platón, y los comentarios de Boecio a la lógica de Aristóteles. También conoció diversas obras de Macrobio, Plutarco, Juvenal, Virgilio, Ovidio, Lucano, Horacio, Séneca, Cicerón, Casiodoro y Mario Capella. León, que advirtió pronto las capacidades de Juan, le acompañaba a veces a la biblioteca y le recomendaba algunas lecturas.

En aquel tiempo había en Roma, y en todos los monasterios y escuelas catedralicias, una encendida polémica sobre cuál debía ser la formación de los eclesiásticos. En ciertos círculos prendían con fuerza las opiniones de Pedro Damián. En una obra suya titulada *Dominus vobiscum*, de la cual circulaban algunas copias desde hacía meses, este hombre, que empezaba a ser considerado por muchos como un santo, atacaba con dureza a los filósofos y denostaba la filosofía. Decía que para la salvación un monje solo necesitaba del conocimiento de las Sagradas Escrituras y de ninguna manera de la filosofía. Rechazaba con desdén a Platón porque «escrutaba los secretos de la misteriosa naturaleza, fijaba los límites a las orbes de los planetas y calculaba el curso de los astros»; menospreciaba a Pitágoras por dividir en latitudes la esfera terrestre; ignoraba a Euclides porque se preocupaba de los complicados problemas de las figuras geométricas; descalificaba a todos los retóricos, con sus silogismos y sus cavilaciones sofísticas, como indignos de tratar la cuestión de la salvación del alma. Damián recomendaba a los monjes una biblioteca breve y selecta, compuesta por el Antiguo y el Nuevo Testamento, un martirologio, homilías y comentarios alegóricos de las Escrituras, y las obras de Gregorio Magno, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Próspero de Aquitania, Beda el Venerable, Remigio de Auxerre, Amalario, Haimón de Auxerre y Pacasio Radberto. La lectura de estos autores bastaba a un monje para salvar su alma y para salvar las de los demás. El furibundo ataque de Damián a la filosofía se había completado en su obra *De sancta simplicitate*, en la que señalaba que si la filosofía hubiese sido necesaria para la salvación de los hombres, Dios hubiera enviado a filósofos y no a pescadores para esta misión.

León de Fulda no compartía las ideas de Pedro Damián, aunque no se atrevía a discrepar abiertamente. Alguna vez, mientras paseaba por los jardines del Vaticano en el breve descanso

tras el almuerzo, solía emitir veladas críticas, siempre muy razonadas y exentas de toda dureza. Acostumbraba a decir a quienes lo acompañaban en los paseos, entre quienes siempre se encontraba Juan, que las enseñanzas de la fe había que sostenerlas y confirmarlas mediante argumentos de la razón y que la dialéctica, la retórica, la filosofía y la gramática no contradecían los misterios divinos sino que si se usaban correctamente podían servir para su fijación y su afirmación. Para sostener sus posiciones, León citaba argumentos tomados de Juan Escoto Erígena.

—*Lux in tenebris fidelium animarum lucet, et magis ac magis lucet, a fide inchoans, ad speciem tendens* —solía repetir parafraseando a Escoto.

León sabía que no faltaban quienes consideraban a Juan Escoto un hereje, pero sus escritos eran sólidos y basados a su vez en razonamientos de Dionisio, Máximo el Confesor, Gregorio Magno, Gregorio Nacianceno, san Ambrosio o san Agustín, y estaba claro que nadie en la Iglesia se hubiera atrevido a calificar a ninguno de ellos de herético.

Durante su aprendizaje en la escuela de Chartres, el jefe del *scriptorium* había recibido las enseñanzas de Fulberto, su fundador, que estimaba que había que someter una razón débil y limitada a los misterios de la fe y de las enseñanzas de la revelación, pero se mostraba más próximo a Berengario de Tours, su maestro en Chartres, que no vacilaba en traducir las verdades de la fe a los términos de la razón. De Berengario había aprendido que la dialéctica era el medio por excelencia para descubrir la verdad y que apelar a la dialéctica era apelar a la razón. Como Juan Escoto Erígena y Berengario de Tours, León de Fulda estaba persuadido, siguiendo a Aristóteles, de la superioridad de la razón sobre la autoridad. Decía León que el papa Silvestre II, llamado antes Gerberto, monje en el monasterio de Aurillac bajo la severa regla de Odón de Cluny, no había dudado en trasladarse a España durante tres años para estudiar la ciencia árabe y en dirigir después con criterios modernos la prestigiosa escuela catedralicia de Reims. Fue el papa del año 1000 y, pese a algunos visionarios que anunciaban el fin del mundo para entonces, el magisterio y la erudición de Gerberto de Aurillac, ya como Silvestre II, habían evitado un cataclismo en la Iglesia. Este papa no había dudado en utilizar postulados de Aristóteles o de Boecio. Consultaba con frecuencia la *Isagoge* de Porfirio, siguiendo la traducción del retórico Victorino; explicaba en sus clases de retórica las *Categorías* de Aristóteles y los *Tópicos*, traducidos por Cicerón del griego al latín y explicados por Boecio en seis libros de comentarios. En su librito *De rationale et ratione uti* defendía el uso racional de la lógica. Durante su estancia en España, Silvestre II había aprendido matemáticas y geometría de los árabes. León le comentó a Juan que incluso había escrito una *Geometría* y un *Tratado del astrolabio*, lo que demostraba un apego por las ciencias y una clara influencia de la cultura oriental. Juan grabó en su mente el título de las dos obras de Gerberto de Aurillac y se obligó a sí mismo a consultarlas en la biblioteca en cuanto pudiera.

León de Fulda se mostraba más incisivo en sus críticas a Pedro Damián en lo referente al tratamiento que este daba al cuerpo humano. Para Damián, el cuerpo del hombre, y mucho más el de la mujer, era una masa de podredumbre, polvo y cenizas. En una soflama dirigida a los monjes más radicales, titulada *De laude flagellorum*, los animaba a azotarse en público para así mortificar sus carnes y ganar la salvación eterna. Frente a esta práctica, extendida en el seno de la Iglesia de manera alarmante, León postulaba la dignidad integral del hombre, incluido su aspecto físico. Durante una breve estancia en Compiègne, León había asistido a algunas clases de un tal Juan el Sofista, profesor de filosofía en esa ciudad, que afirmaba que la humanidad era una realidad y que la imagen física del hombre también lo era. Y por si ello fuera poco, la imagen del hombre era semejante a la de Dios.

3

Se sucedieron los meses sin sobresaltos. Los luminosos días del inclemente verano romano dieron paso a un otoño de tonos amarillos y ocres. El invierno se presentó de improviso. Desde luego no era como el de Rusia, ni siquiera como el de Constantinopla. El sol calentaba incluso en pleno diciembre y el cielo no dejaba de estar azul.

Un día de lluvia, Juan trabajaba en su sitial traduciendo una obra de san Juan Crisóstomo al latín, un tratado en el que hacía un paralelo entre el monje y el rey. En él, san Juan sostenía que el monje era el verdadero soberano, porque sabía dominar la ira, la envidia, el placer y se sometía a las leyes de Dios. El breve tratado concluía recomendando no envidiar a los ricos, pues su riqueza es pasajera; por el contrario, estimaba que lo envidiable era la humildad, la mansedumbre, la tranquilidad y la paz del espíritu. León de Fulda hojeaba en su mesa un códice recién llegado desde el monasterio germano de Echternach. En una viñeta, cuatro caballos cabalgaban sobre un campo de fuego. Uno era blanco y lo montaba un caballero con arco y corona; otro de color bermejo, con un caballero que portaba una espada; el tercero era negro y cabalgaba sobre él un jinete con una balanza en su mano izquierda; el cuarto era bayo y lo montaba un esqueleto vestido con una túnica negra y armado con un ancho cuchillo. En otra página, varios hombres y animales flotaban ahogados en un mar azul. Tenían las bocas abiertas, los ojos en blanco y un rictus horrible en los labios. Sus miembros desarticulados y sus cuerpos hinchados flotaban a la deriva entre cadáveres de cabras, ovejas, mulos, perros y caballos. En la superficie de las aguas sobresalía un arbolito en el que se había posado una paloma que sostenía una rama de olivo en su pico. Una ilustración mostraba saliendo de un pozo a varias langostas gigantes de cuerpos azules, alas verdosas, colas de escorpión y horribles cabezas humanas

tocadas con coronas de oro, con amenazantes bocas abiertas con largos dientes afilados y desaliñadas cabelleras. Las langostas atormentaban a los hombres picándolos con la cola de alacrán en la cabeza. En la parte superior Abaddón, el horrendo ángel del abismo, representado como un personaje alado, con afiladas garras en las manos y en los pies, encendidos ojos rojos henchidos de sangre, rala barba de chivo y una corona de oro en su cabeza, contemplaba petulante el suplicio de los seres humanos. Portaba una larga lanza y sus pérfidos labios dibujaban una maléfica sonrisa. En una lámina orlada con cruces rojas y amarillas, las montañas se abrían en pedazos por un terremoto; el sol era negro, la luna de un rojo escarlata y las estrellas se precipitaban del cielo a la tierra a la manera de una higuera que deja caer las brevas maduras cuando es azotada por un recio viento. Los hombres, sin distinción de condición, tanto reyes y nobles como obispos y clérigos o plebeyos y campesinos, corrían a esconderse en cuevas al tiempo que imploraban a Dios por sus almas.

—Magníficas miniaturas —remarcó Humberto mirando por encima del hombro de León.

—¡Cardenal! —exclamó León sobresaltado por la presencia de Humberto a la vez que se levantaba de su silla—; se trata de unos comentarios ilustrados al Apocalipsis de san Juan, pero... no esperaba que vinierais hoy.

El cardenal solía pasar casi todas las semanas por el *scriptorium* y en esta ya lo había hecho dos días antes.

—Yo tampoco, mi buen amigo. Lo cierto es que tenía previsto viajar a la abadía de Montecasino. Estoy preparando un nuevo libro y me gustaría consultar algunas obras de su biblioteca, pero las lluvias de los últimos días han dejado los caminos intransitables. Además, los normandos andan preparando la invasión de Sicilia y vos sabéis que cuando esos piratas están sueltos nada ni nadie está seguro —pasó una hoja del libro que consultaba León y continuó hablando—. El papa va a convocar el próximo mes de abril un nuevo concilio en Letrán en el que se va a condenar formalmente a Benedicto X y se va a modificar lo aprobado en el mismo lugar el año pasado en lo referente al nombramiento de un nuevo pontífice. Vos sois un experto en derecho romano y desearía vuestra opinión al respecto. En el nuevo decreto se precisa mucho más la forma de elección; se van a suprimir las menciones al estamento laico y al honor del emperador. Es la respuesta que su santidad va a dar a las intrigas de la nobleza romana y de la corte germánica. Está decidido y resuelto a que la Iglesia sea independiente de los poderes temporales. La reforma eclesiástica no se detendrá. La simiente de León IX no ha caído en tierra yerma. Hay que imponer la primacía de la Santa Sede sobre todas las cosas.

—Mi señor cardenal —alegó León—, yo solo soy un humilde escribano. Mi mundo se reduce a este *scriptorium* y a los libros. Ignoro los mecanismos que rigen la alta política y desconozco las alianzas precisas que hay que establecer en cada momento para sacar adelante esta cuestión.

—Lo único que se te pide es que actúes conforme a las enseñanzas de la Iglesia.

Humberto dio media vuelta y salió raudo del *scriptorium* sin dar tiempo a que León se despidiera. El monje de Fulda bajó sus ojos hacia el suelo y unió sus manos junto a la boca en actitud de profunda reflexión. Juan lo observaba desde su mesa. Le hubiera gustado acercarse a aquel hombre y hablarle como hubiera hecho con Demetrio, pero pese a que lo separaban de él muchos menos años que del viejo amigo de Constantinopla, no sentía la misma sensación de confianza. Al cabo de unos instantes León levantó los ojos y los fijó en Juan, que seguía contemplándolo; con un gesto enérgico de su cabeza indicó al muchacho que continuara con su trabajo.

A finales de aquel invierno, el cardenal Humberto apareció un lunes en el *scriptorium*. Caminaba deprisa y daba la impresión de que algo importante iba a suceder. León de Fulda acudió, como siempre, a saludarle. Humberto ordenó que cesara todo el trabajo que estaban haciendo los amanuenses. El papa convocaba un concilio en Letrán para el próximo mes de abril y toda la cancillería vaticana debía trabajar en ello. Había que enviar circulares con la convocatoria a más de cien cardenales, obispos y abades y hacer varias copias del tratado de Humberto contra los simoníacos. León de Fulda reunió a todos los escribas y les distribuyó la tarea, indicándoles que la jornada de trabajo se alargaría un par de horas más cada día hasta la celebración del concilio. Juan se lamentó por ello, pues ahora dedicaba esas dos horas a estudiar en la biblioteca.

Los días que siguieron a la orden de Humberto fueron de una intensa actividad en el *scriptorium*. Las cien circulares que había dicho León se convirtieron en casi dos millares, y del texto de Humberto se copiaron diez docenas de ejemplares. Las horas extras de trabajo fueron al principio dos, pero a la segunda semana ya eran tres y acabaron siendo cinco. Se levantaban antes de amanecer, para acudir a la basílica a rezar las primeras oraciones del día. Desde allí, y tras un frugal desayuno en la planta baja del edificio del *scriptorium*, comenzaban a trabajar con las primeras luces. Al final de la mañana, cuando el sol está en lo más alto, se detenían unos momentos para comer, por lo general un solo plato, eso sí, muy copioso, y queso y pan a discreción. Después de la comida paseaban unos instantes por los patios o los jardines vaticanos. Juan aprovechaba para fijar sus ojos en las verdes hojas de los álamos y de los chopos, que hacía ya un mes que habían brotado. En Constantinopla había aprendido que descansar los ojos de vez en cuando en un paño verde, como los que colgaban en todos los *scriptoria* y las bibliotecas bizantinos, causaba una sensación de alivio a la vista y ayudaba a conservarla en buenas condiciones durante más tiempo. Lo había comentado con algunos copistas, pero la mayoría se había burlado de él. Tras el corto paseo, volvían al *scriptorium* y continuaban los trabajos interrumpidos antes del almuerzo. A la puesta de sol todavía continuaban algunas horas a la luz

de grandes cirios de cera y lámparas de aceite distribuidas por toda la sala y en cada una de las mesas. El olor a tinta y a pergamino se mezclaba en el aire con el aroma de la cera y el aceite.

Por fin llegó la fecha de celebración del concilio. Nicolás II abrió la reunión de manera solemne, vestido con una túnica blanca y cubierto con un gran manto púrpura. Sobre su cabeza brillaba la tiara dorada de san Pedro. La basílica de San Juan de Letrán, la catedral del obispo de Roma, rebosaba de príncipes de la Iglesia. Estaban presentes todos los cardenales y la mayor parte de los obispos y abades de Italia. Una delegación del influyente monasterio de Cluny, el brazo monástico de la reforma de la Iglesia, ocupaba una de las tribunas de invitados. A la derecha del papa estaba sentado el cardenal Humberto que miraba orgulloso a los asistentes tocado con su solideo púrpura y vestido hasta los tobillos con una ancha túnica sobre la que portaba una clámide de amplias mangas cruzada con franjas diagonales desde los hombros al pecho. Todos sabían que las disposiciones que emanaran de aquel concilio serían obra exclusiva suya. El cardenal de Selva Cándida saboreaba aquel momento de triunfo. Después de la apresurada huida de Constantinopla, esta era la ocasión para resarcirse del ultraje a que lo había sometido Miguel Cerulario. Si entonces una parte de la curia romana había criticado su gestión al frente de la embajada a Bizancio, acusándole de precipitación, de carencia de tacto diplomático y de falta de capacidad política, ahora nadie pondría en duda su competencia en el gobierno y en la defensa de los intereses de la Iglesia.

Tras la salutación del Pontífice, Humberto tomó la palabra para sentar la nueva doctrina. Se ratificaba la reforma iniciada por León IX, se denunciaba la compra de cargos eclesiásticos y se reafirmaba la supremacía de la Iglesia romana sobre cualquier otro poder terrenal, fuera laico o eclesiástico. Se delataron los intentos de algunos nobles romanos y del propio emperador por influir en la elección de papa y se acordó, sin que nadie discrepara, el nuevo sistema de elección del sumo pontífice. Sería el colegio cardenalicio quien nombrara al nuevo sucesor de san Pedro, sin injerencias por parte de ningún poder terrenal, sino siguiendo exclusivamente los designios de los cardenales bajo la inspiración divina del Espíritu Santo. Cuando Humberto acabó su discurso, los cardenales, obispos y abades, puestos en pie, vitorearon su nombre. En una de las naves laterales, apoyado en una pared, Hildebrando asistía irritado al clamoroso triunfo de Humberto. El brillante monje cluniacense, de carácter poderoso e individualista, ambicioso e inteligente, con profundos conocimientos, pretendía para sí el trono de san Pedro, y sin duda Humberto y sus disposiciones eran un impedimento insalvable. Hildebrando gozaba de una posición ventajosa en la corte; había sido nombrado por el propio Nicolás II archidiácono de la Iglesia romana, primer ministro y administrador apostólico de la basílica de San Pablo extramuros, pero no era cardenal. Si todo seguía así, Humberto sería designado nuevo papa a la muerte de Nicolás II. Apretó los puños y los dientes y salió apresuradamente del templo.

Finalizado el concilio, el sosiego retornó al *scriptorium,* aunque manteniendo la intensa actividad de trabajo que era habitual. El cardenal Humberto estaba eufórico por su éxito y por la unanimidad que en el seno de la Iglesia habían logrado sus postulados. Parecía claro que nadie iba a discutirle sus méritos para ser elegido papa tras Nicolás II. Seguía yendo al *scriptorium* una vez por semana y se mostraba mucho más ufano que antes. León de Fulda también estaba contento, sabía que el ascenso de Humberto al trono de san Pedro supondría para él un nombramiento importante en la corte pontificia. Quizá hasta fuera promovido como cardenal, y quién sabe después. Era joven, su salud rebosaba energía y era uno de los clérigos con mayor preparación de toda la curia. De los más de dos millares que pululaban por Roma, apenas dos docenas habían completado los estudios del ciclo superior, el Quadrivium, y León era uno de ellos.

Juan se sentía cada vez más atraído por la astronomía. Repetía una y otra vez en su cabeza el libro de Aristarco de Samos y las notas de Demetrio. Siempre que podía, aunque con mucho cuidado para evitar ser denunciado y acusado de hechicero, escrutaba los movimientos de las estrellas. Había ensayado una técnica memorística que consistía en dividir en dos mitades su mente, en una de ellas fijaba el plano celeste que había aprendido del libro de Aristarco y en la otra mitad trasladaba la posición de las estrellas y los astros que contemplaba en ese momento. De este modo, insistiendo día tras día, logró desarrollar una facultad memorística fuera de lo común. Era capaz de leer una página de un manuscrito y trasladarla a una hoja en blanco sin ningún error. Su capacidad de trabajo superaba con mucho a la de los demás copistas; mientras cualquiera de ellos empleaba dos semanas para copiar un sermón, Juan lo hacía en tan solo una. Si se trataba de una traducción, la ventaja de Juan sobre los demás todavía era mayor, especialmente las versiones del griego al latín. Había aprendido a aplicar la técnica de la escritura griega al alfabeto latino. En griego, las letras no se juntan y las palabras se separan con nitidez unas de otras; por el contrario, en latín las letras se unen en cadena y además las palabras no se separan bien, lo que hace dificultosa la lectura y en consecuencia la traducción. Por ello, la claridad de los textos latinos de Juan era tal que todos preferían sus escritos a los de cualquier otro escriba. Su disposición al trabajo, su celeridad y la disciplina con la que aceptaba todas las órdenes de sus superiores hicieron que el muchacho se ganara la confianza de León de Fulda, que siempre que podía resaltaba su preparación ante Humberto. Se consideraba afortunado, pero seguía siendo esclavo y carecía de la libertad de movimientos que tenían los copistas libres. Hacía más de un año que vivía en Roma y aún no había salido del complejo del Vaticano desde que lo condujeran allí los sirvientes del mercader genovés.

León estaba muy interesado en revisar las bibliotecas de los dos monasterios griegos de Roma, especialmente la de los santos Bonifacio y Alexis. Un día de finales de septiembre, durante el tradicional paseo que seguía al almuerzo, le comunicó a Juan que el próximo viernes tenía la

intención de ir a ese monasterio y quería que lo acompañase, pues los conocimientos de griego de Juan facilitarían la consulta de los fondos y la elección de alguna obra para traducir al latín y copiarla si se estimaba oportuno. Juan se sintió muy feliz y durante los días anteriores a la visita al monasterio estuvo inquieto y nervioso, sin poder reprimir su profunda satisfacción.

Llegó el viernes y León recogió a Juan, que lo esperaba en el patio junto a la puerta que daba acceso a los edificios de los siervos, donde estaba la pequeña celda en la que Juan dormía desde hacía más de un año.

—Buenos días, Juan —le saludó León—, espero que encontremos algún códice interesante para nuestro *scriptorium*. El cardenal Humberto quiere profundizar en el conocimiento de la Iglesia bizantina. Cree que desde que ha muerto el patriarca Miguel de Constantinopla puede ser más fácil acabar con las disensiones entre Roma y Bizancio.

—Buenos días, mi señor —contestó Juan—, os agradezco que hayáis contado conmigo para acompañaros en esta visita.

—No me lo agradezcas a mí —replicó León—, solo cumplo los deseos del cardenal Humberto. Si encontramos algo que sea útil para lo que pretende tendrás el privilegio de hablar con él.

El jefe del *scriptorium* y el copista eslavo salieron de San Pedro por el pórtico de mármol y ladrillo. Al descender las escaleras Juan observó la ciudad de Roma que se extendía entre colinas por la otra orilla del Tíber. Desde esa distancia parecía una metrópoli como Constantinopla, más abierta, sin el condicionante que era el mar y que confería a la capital de Bizancio una forma tan especial. Al fondo, entre conjuntos de ruinas y barrios que se renovaban con rapidez, destacaba la inmensa mole blanca y gris del anfiteatro, donde tantos cristianos habían sucumbido martirizados por las fauces de los leones o los cuernos de los toros. Toda la ciudad aparecía rodeada de un imponente cinturón de murallas. No eran tan formidables como las de Constantinopla, pues carecían del triple recinto, pero las casi cuatrocientas torres, desigualmente distribuidas por todo el trazado, conferían a Roma un aspecto que no guardaba relación con su destartalado interior.

En la avenida de San Pedro se cruzaron con decenas de peregrinos que acudían a la tumba del apóstol. Eran piadosos romeros procedentes de todos los lugares de la cristiandad. Había caballeros sajones embutidos en rígidas casacas de cuero, de cabellos rubios y barba hirsuta. Desfilaban en silencio monjes cluniacenses con sus hábitos negros y sus rostros ocultos bajo capuchas puntiagudas. Algunos caballeros franceses, vestidos con amplios mantos de delicados y finos bordados, cabalgaban a lomos de espléndidos corceles enjaezados con gualdrapas multicolores con las enseñas y blasones de sus casas nobiliarias. Burgueses y comerciantes con ricas túnicas de paños adamascados y altos sombreros de plumas se mezclaban con campesinos y artesanos vestidos con humildes ropas marrones y grises y sencillos gorros de lana negra. Nobles

con capas sujetas al hombro con espléndidos broches de plata que cubrían delicadas túnicas hasta la rodilla y pantalones y calzas de cuero hasta media pierna acudían al templo sobre enjaezados rocines.

Cruzaron el Tíber por el puente de piedra, atravesaron el antiguo Campo de Marte y se dirigieron hacia la colina del Capitolio. En la ladera sur se encontraba el monasterio de los santos Bonifacio y Alexis. Era un diminuto templo de ladrillo, con una sola nave, de planta cruciforme. Junto a él, en un sobrio edificio, vivía una docena de monjes, la mayor parte procedentes del sur de Italia. Era uno de los dos monasterios griegos de la ciudad, pero solo tres miembros de la comunidad habían estado en Grecia, aunque la mayoría dominaba el griego, si bien se expresaba habitualmente en latín y en dialecto italiano del sur.

La biblioteca era modesta, pero contenía algunos libros de interés. Casi todos los códices eran anteriores al año 1000, aunque en el catálogo León no encontró ni uno solo lo suficientemente importante como para ordenar copiarlo. Mientras el monje de Fulda revisaba el fichero, Juan abrió un amplio códice en cuyo lomo se leía «Configuratio terrae». Se trataba de una copia del *Almagesto* de Ptolomeo a la que le faltaban algunas páginas. Un miniaturista, probablemente del propio monasterio, había dibujado una representación del universo en la contraportada de pergamino. El dibujo era sencillo pero detallado. La Tierra aparecía como un disco plano, con los continentes agrupados en torno a un mar central en forma de «T», el Mediterráneo, todo ello rodeado por el océano tenebroso, del que surgían extraños monstruos. El este se había colocado en la parte superior y el norte a la izquierda del espectador. El centro del mundo lo ocupaba la ciudad de Jerusalén; a la izquierda se extendían los distintas provincias de la cristiandad: Grecia, Macedonia, Dalmacia, Lombardía, Borgoña, Germania, Italia, Galia e Hispania; a la derecha las regiones del islam: Mauritania, África, Libia, Egipto, Arabia, Mesopotamia y Persia, y en la parte superior Asia, que se extendía hasta el río Ganges y la India, y más allá las islas de Ceilán y Japón, abundantes en oro y plata, protegidas por dragones. Juan buscó Constantinopla, y con su dedo fue recorriendo el mar de los griegos donde desembocaba un río llamado Hermet, que tenía que ser sin duda el Dniéper de su país. Más allá, Cilicia, Ucrania y Cirópolis quedaban en el extremo superior cerradas por lo que parecía una muralla, tras unas montañas; sin duda eran la tierras que Alejandro Magno había sellado con unas gigantescas puertas de bronce para evitar las invasiones de las temibles tribus asiáticas de Gog y Magog sobre la civilización, y por último la «Terra Ignota». En los confines del mundo había nombres sobre islas que le sonaban a leyenda: Thule, Islandia, Ibernia, Anglia, Amazonas, Etiopía, la Isla Perdida,... En el cenit del disco, encerrados en un círculo, habían sido dibujados enfrentados los rostros de Adán y Eva, sobre una fuente de la que brotaban cuatro ríos, el Tigris, el Éufrates, el Pisón y el Gihón. Allí se había ubicado el jardín del Edén, el paraíso inaccesible para los hombres, rodeado de un alto muro de oro que llegaba hasta el cielo y en cuyo centro brotaba el árbol de la vida, cuyos frutos hacían

inmortales a quienes los comían. Alrededor del océano, en el extremo de la India, se mostraban distintas figuras de hombres deformes: los sciópodos, que a pesar de tener una sola pierna corren más veloces que el viento y se protegen del calor del sol tumbados de espaldas en el suelo con su único pie a modo de sombrilla; individuos sin cabeza, con el rostro en el pecho; seres con cuerpo humano y cabeza de perro y pigmeos de cuerpos pequeños y cabezas enormes.

—¿Te interesa la astronomía? —preguntó un monje de edad avanzada, pelo blanco y rostro surcado por profundas arrugas, dirigiéndose a Juan.

—¡Oh!, no, no ... —balbuceó el muchacho un tanto ofuscado—. Prefiero la filosofía.

—Bien, no tienes por qué preocuparte, mi joven amigo, no es ningún pecado interesarse por los astros, siempre que, por supuesto, se guarden los mandatos de nuestra madre la Iglesia. Pero permíteme que me presente. Me llamo Jorge y soy de Constantinopla. Hace ya varios años que tuve que salir de mi ciudad. El patriarca Miguel Cerulario ordenó el cierre de los conventos e iglesias que seguían el rito latino y muchos tuvimos que exiliarnos. Desde entonces vivo en este monasterio. Tú no pareces romano; ¿acaso eres germano? En los últimos años muchos alemanes se han instalado en Roma. Déjame que lo adivine: eres hijo segundón de alguno de esos nobles teutones y tu padre te ha enviado a esta ciudad para que profeses órdenes religiosas, ¿me equivoco?

Juan no sabía qué responder. Si le contaba la verdad, es probable que aquel monje se sintiera enojado con él por haber estado al servicio del responsable de su exilio. Pensó que lo mejor era ser prudente.

—Me llamo Juan y soy eslavo. He permanecido varios años en Constantinopla y desde hace varios meses trabajo en el *scriptorium* de San Pedro, a las órdenes de León de Fulda.

—¿En Constantinopla, dices? ¿Qué hacías en Constantinopla? —inquirió Jorge.

—Servía libros.

—¿Dónde?

Juan tragó saliva, respiró profundamente y contestó:

—En la biblioteca del palacio patriarcal.

—¡Vaya! —exclamó Jorge—; aquí tenemos a un antiguo servidor del hereje Cerulario. ¡Cuántas veces he maldecido a ese hombre! Yo ocupaba un puesto importante en mi monasterio; era el segundo tras el *higoumeno* y tenía ante mí todas las posibilidades. Incluso podría haber sido obispo y quién sabe si patriarca de Antioquía, o de la misma Constantinopla. Pero aquel malvado acabó con todo. Nos persiguió sin cesar, encarceló a muchos de los nuestros e incluso ordenó que nos asesinaran. Gracias al emperador algunos escapamos de allí. Yo mismo pude embarcar en una galera de Amalfi y llegar a Nápoles y luego a Roma. Espero que los huesos de Cerulario ardan eternamente en el infierno, es donde su alma perversa merece penar para siempre.

Jorge hablaba con los ojos encendidos y un profundo odio se dibujaba en sus pupilas. Juan permaneció callado; había aprendido a no contradecir, a no plantear discusiones que pudieran acarrearle problemas. De ello dependía en buena medida su propia supervivencia. El monje griego se alejó iracundo mascullando imprecaciones contra Cerulario. Su espalda ligeramente curvada, sus piernas arqueadas y su andar cansino y cadencioso denotaban una vida de penalidades: aquel hombre arrastraba consigo años de rencor acumulado. Por un instante, Juan se sintió identificado con el monje. Él también era un exiliado, aunque no guardaba ningún resentimiento, quizá porque no podía personificar en ningún rostro la causa de su esclavitud. Años después de ser raptado no recordaba las facciones de sus captores; las caras de aquellos pechenegos se habían difuminado por completo en su memoria, donde todavía guardaba fresca la tierna sonrisa de su madre, el gesto enérgico pero amable del padre, las cómplices miradas de sus hermanos y el mohín travieso de la pequeña.

—Juan, Juan. —Era León quien lo llamaba—. No he encontrado nada que pueda interesar a nuestra biblioteca, quizá esta *Vida de santa Irene* que un monje llamado Lupino tradujo del griego al latín en el monasterio de Panagiotum en Constantinopla. Solo hay evangeliarios y misales, y de ellos la biblioteca vaticana está llena. En cualquier caso la visita no ha sido vana, el abad me ha proporcionado valiosas informaciones que pueden ser muy útiles para nuestra causa.

Juan ignoraba cuál era esa causa y qué informaciones podían ser útiles. Simplemente asintió con la cabeza a su superior. Ambos salieron del convento y poco tiempo después cruzaban el Tíber camino de San Pedro.

El corto pontificado de Nicolás II fue tranquilo pero intenso. Durante aquel año Juan trabajó sin altercados y con plena dedicación, e incluso pudo consultar algunas obras en la Biblioteca Vaticana, a la que se le permitió el acceso por intercesión de León de Fulda. Varios libros en árabe y un escriba griego que había residido quince años en un monasterio copto en Egipto y que dominaba esta lengua le fueron muy útiles para profundizar en este idioma que Demetrio le había enseñado en Constantinopla y le permitieron traducir, sin serias dificultades, varios manuscritos procedentes del botín obtenido por las tropas del papa, aliadas con los normandos, en la guerra contra los musulmanes de Sicilia.

El crepúsculo marfileño se tornaba violáceo sobre Roma cuando Juan rezaba sus últimas oraciones en el lugar de la capilla dedicado a los siervos. Dos días antes había muerto Nicolás II y las exequias fúnebres se habían celebrado con toda solemnidad en la basílica de San Pedro, repleta de fieles que habían acudido de todas partes para despedir al papa que había logrado la independencia de la Iglesia. La nobleza romana, enemiga acérrima del fallecido, aprovechó la ocasión para provocar algunos tumultos en las calles. Los cabecillas pretendían por todos los

medios volver al viejo sistema de elección del pontífice, en el que la nobleza romana jugaba un papel decisivo. La noche siguiente a la muerte del papa, Hugo de Matamelata, dirigente de la facción más radical, había convocado en la plaza del Panteón a sus seguidores y había pronunciado una encendida proclama en favor de devolver Roma a los romanos. Decenas de enfervorecidos habían recorrido las calles conminando a la población a sumarse a este movimiento. En el Vaticano, Humberto había ordenado doblar la guardia, cerrar todos los accesos y mantener un destacamento de jinetes listo para actuar desde el mausoleo del emperador Adriano, convertido en castillo que dominaba toda la ciudad. Los más atrevidos atravesaron el Tíber y se dirigieron con antorchas hacia San Pedro.

Mientras Juan oraba en la capilla, un tumulto de voces y gritos estalló en el exterior del Vaticano. Sobresaltados, los participantes en la oración corrieron presurosos hacia las ventanas del piso superior, desde donde se contemplaba la ligera cuesta que desde el río ascendía hasta la basílica. Observaron inquietos a una multitud que se dirigía hacia ellos enarbolando estandartes blancos y amarillos, armados con lanzas, palos, espadas, puñales y mazas, gritando contra los extranjeros que habían usurpado la sede romana. La multitud ascendía la escalinata cuando a su retaguardia un batallón de caballería mandado por el capitán normando Ricardo de Anversa desarboló las filas de los rebeldes. Atrapados entre los normandos y el pórtico, corrieron atropellándose unos a otros, pisoteándose, golpeándose entre ellos e hiriéndose con sus propias armas. Desde lo alto del castillo del antaño mausoleo, Desiderio, abad de Montecasino, contemplaba el triunfo de los mercenarios normandos que había reclutado a petición de Humberto. Pocos minutos después, la explanada había sido desalojada. Algunos cadáveres yacían sobre las escaleras y restos de antorchas y todo tipo de armas se desparramaban por doquier. Por el sofocante aire del verano romano se esparcía un ligero olor a sangre, humo y polvo. Aquella noche la pasaron en vela cuantos vivían en las dependencias vaticanas. Por la mañana corrió el rumor de que el conde Gerardo de Galeria, principal cabecilla de la nobleza, había enviado una embajada al emperador de Alemania proponiendo, en nombre de los romanos, a Cadalo, obispo de Parma, como nuevo papa.

Humberto decidió actuar deprisa. Llamó a Hildebrando y le ofreció un pacto. Sabía que el ambicioso monje toscano, cuya influencia en la corte había decaído en los últimos dos años, era un personaje a tener en cuenta y que en esos momentos su ayuda podía ser beneficiosa. Cuando recibió la invitación, Hildebrando dudó sobre las intenciones de Humberto, pero estimó que en aquella entrevista tenía más a ganar que a perder. Hildebrando se presentó ante el cardenal Humberto vestido con sus hábitos de monje cluniacense. Con poco más de cuarenta años, se encontraba en la plenitud intelectual. No era un hombre muy alto, pero tenía los miembros vigorosos. Su recio cuello y sus manos grandes y fuertes dejaban entrever una naturaleza forjada y enérgica. Llevaba el pelo anormalmente largo y unos rizos castaños le cubrían la nuca. Las

cejas poderosas y tupidas enmarcaban unos ojos redondos y claros de un intenso azul. Penetró en la estancia con decisión, anduvo varios pasos y se postró de rodillas ante Humberto.

—Levantaos —ordenó el cardenal—. Os he llamado para solicitar vuestra ayuda. Hace ya varios días que murió su santidad y la Iglesia se encuentra huérfana. Los motines que han estallado han sido provocados por aquellos que desean volver a los tiempos de la sumisión de la Iglesia a las veleidades de los poderes terrenales, casi siempre ajenos a los intereses del pueblo cristiano. Nosotros dos hemos tenido ciertas diferencias; no soy desconocedor de vuestra ambición, pero en estos momentos tan delicados es conveniente dejar de lado nuestras disputas y empujar juntos la nave de san Pedro antes de que la tempestad acabe por hundirla.

—Cardenal —asentó Hildebrando—, convengo con vos en la gravedad de la situación y en la amenaza que se cierne sobre la Iglesia, expuesta, cada día más, a la persecución, a emboscadas y a la pérfida imposición de los hipócritas, mientras se ve importunada por los poderes laicos. Mi humilde persona estará siempre al servicio de la Iglesia y en contra de cuantos atenten contra ella.

—Creo que estamos de acuerdo. Por ello, voy a proponeros un pacto. —Hildebrando enarcó las cejas y apretó los dientes. Humberto advirtió el gesto de reserva del cluniacense y continuó —: No, no os preocupéis, no voy a pediros que apoyéis mi candidatura como papa. Es cierto que hace algún tiempo tuve esa tentación, pero ya la he superado: mi oportunidad pasó. Soy demasiado viejo y estoy cansado y enfermo. Vos os sentaréis algún día en la cátedra de san Pedro, pero ese momento todavía no ha llegado. Tendréis también vuestra oportunidad, no pretendáis lograrlo antes de tiempo, solo conseguiríais fracasar. —Humberto apreció que los músculos de Hildebrando, que habían permanecido tensos, se relajaron—. Mi propuesta es que defendáis conmigo la candidatura del obispo de Lucca, Anselmo, como futuro papa, y que involucréis en ello a vuestros amigos, los nuevos ricos Pierleone y Frangipane; cuento también con el apoyo del obispo de Ostia, Pedro Damián.

—¿El obispo de Lucca? —preguntó Hildebrando sorprendido—. Sí, me parece un hombre justo y ecuánime, dotado de equilibrio y mesura, pero tengo entendido que es partidario de una estrecha alianza con el emperador.

—Precisamente por eso —aseveró Humberto vuelto hacia una mesa mientras servía dos copas de vino especiado—. Tomad, es un vino excelente; está rebajado con agua y miel y aromatizado con canela: es un inmejorable refresco. En realidad, la persona es lo menos importante en estos momentos, lo que está en juego es la continuidad de la legislación sobre la elección pontificia. Si permitimos que la nobleza y el emperador vuelvan a decidir quién ha de ser el papa nunca recuperaremos la independencia. Es mucho lo que hay en juego. Anselmo será un pontífice de transición. Después de él habrá de venir el verdadero reformador de la Iglesia; no me cabe la menor duda de que vos sois el elegido por la Divina Providencia para ello.

Hildebrando asistía perplejo a los razonamientos del cardenal. Humberto, su gran rival, el que había logrado apartarle de la cancillería vaticana, le auguraba su triunfo.

—Sois muy gentil —reconoció Hildebrando—, pero no creo que mi humilde persona esté predestinada para tan alta dignidad.

—Permitidme que os diga que la modestia no es precisamente una de vuestras virtudes. No os vaticino nada fácil. Los tiempos venideros van a ser muy duros para quien sostenga sobre sus sienes la tiara pontificia del siervo de los siervos de Dios. Ha de ser un hombre valeroso y con ambición. En este siglo proliferan las sectas y las herejías; la Iglesia está rodeada de enemigos y todavía surgirán otros que serán más poderosos. Si no me equivoco, cuando el obispo de Lucca sea elegido papa hará lo que ordene el emperador, pero salvará a la Iglesia hasta que llegue vuestro momento. Entonces deberéis aprovecharlo y luchar. ¿Cuento con vuestra ayuda?

—Sí, eminencia.

Hildebrando besó la mano del cardenal. En ese momento observó encima de una mesa un pergamino teñido de púrpura con el texto escrito en letras de oro. Fue entonces cuando supo que el emperador había escrito a Humberto. Al retirarse, su corazón palpitaba más deprisa que de costumbre. Sin la oposición del cardenal, la ansiada corona de triple anillo pronto brillaría sobre su cabeza.

4

A fines de septiembre de 1061 fue elegido Anselmo, obispo de Lucca, sumo pontífice de la Iglesia; adoptó el nombre de Alejandro II. La nobleza romana, acuciada por la iniciativa de Humberto e Hildebrando, con el apoyo de los partidarios del imperio, solicitó la ratificación de su propio candidato. Apenas un mes después, el obispo de Parma era designado por el emperador como nuevo papa con el nombre de Honorio II. De nuevo había dos testas coronadas en la Iglesia, una apoyada por los cardenales y elegida según los cánones de Nicolás II y otra nominada por la nobleza y confirmada por el emperador. Certificado el cisma en Oriente, un nuevo cisma se cernía sobre la cristiandad de Occidente.

Durante aquellas tumultuosas semanas reinó el desorden en el Vaticano. León de Fulda dudaba en seguir al frente del *scriptorium*. La renuncia de Humberto a competir en la elección papal lo había sumido en una profunda depresión. Si antes se veía como cardenal, ahora su carrera quedaba truncada. Pedro Damián se convirtió en el principal asesor de Alejandro II e Hildebrando fue nominado de inmediato como primer ministro del Vaticano. El inteligente monje cluniacense había maniobrado con suma habilidad para conseguir el ansiado cargo que sin

duda lo catapultaría al pontificado. León abandonó por completo su dedicación al trabajo y el *scriptorium* cayó en una súbita atonía. Los copistas mantenían el horario de siempre, acudían cada mañana tras el desayuno y los maitines a su puesto, pero nadie repartía las tareas. En los estantes se acumulaban las obras por copiar y los iluministas dedicaban su tiempo a dibujar con detalles grotescos las iniciales mientras los escribas ocupaban las horas vacías en charlar de temas profanos que hasta entonces no habían comentado. Algunas biblias habían quedado interrumpidas; hacía falta casi un año de trabajo de una persona para acabar una sola de ellas. Los amanuenses, que antes copiaban de tres a seis folios diarios, no completaban ahora siquiera uno. El propio Juan había ralentizado la corrección de dos obras no muy bien traducidas del griego al latín: una *Vida de santa María Egipcíaca,* en versión latina de hacía doscientos años de Paolo el Diácono y *La pasión de los cuarenta mártires de Sebaste,* traducida por Giovanni de Nápoles en el año 900.

Un iluminista sajón había dibujado sobre una fina vitela una escena del Antiguo Testamento. Aparecían en ella Adán y Eva, desnudos al pie del árbol del bien y del mal, tentados por el demonio que en forma de serpiente les ofrecía una jugosa manzana. Sobre su escritorio se arremolinaron varios copistas que sonreían pícaramente ante la visión de aquellos cuerpos. Algunos llamaron a Juan para que se acercara a contemplar aquel dibujo. Se aproximó sin gana, pero seguro de que si no lo hacía sus compañeros no cesarían de molestarle. Los ojos de Juan se clavaron en la imagen de Eva. Había sido dibujada como una bella mujer, de cabellos rubios y largos que caían desordenadamente por los hombros. Con las manos asía sus pechos, cuyas formas redondas y turgentes sobresalían entre los dedos. Una serpiente verdosa se enrollaba entre sus muslos y le cubría el sexo con la cabeza. En su mente surgió entonces la imagen de la joven princesa alana amante de Constantino IX que había observado en el hipódromo de Constantinopla vestida con aquel ceñido traje. A la vista de esa viñeta sintió un estremecimiento interior. La sangre le fluía rápida por las venas, palpitando con violencia en su cuello y en sus muñecas y acelerando los latidos de su corazón. El vello de su cuerpo se erizó y un picor extraño y desconocido acudía a los poros de su piel. Sus axilas y las palmas de sus manos se poblaron de humedad y finas gotitas de agua aparecieron en su frente y alrededor de sus labios. Un torrente de energía se concentró en su pene, que aumentó tan deprisa de tamaño que creyó que le iba a estallar en cualquier momento. Desde hacía tiempo tenía frecuentes erecciones y no desconocía este fenómeno que nadie le había explicado y que no lograba entender, pero nunca antes había sentido la sensación de desasosiego y de excitación que esta erección le había provocado. Tuvo que salir corriendo entre las risas y chanzas de los demás, que volvieron a arremolinarse sobre la mesa. Descendió deprisa por la escalera interior que conducía a las letrinas y cuando pudo entrar en una de ellas descubrió que la polución le había humedecido el calzón con un flujo lechoso. Se arrodilló allí mismo y rezó un sinfín de jaculatorias.

Aquella noche apenas pudo dormir. El cuerpo desnudo de Eva, convertida en la princesa alana, se le aparecía una y otra vez en las paredes de la celda. Entonces se arrojaba al suelo, con los ojos cerrados y las manos sobre la nuca, aplastando la cara contra las frías losas, pero todo era inútil. Reiteradamente volvía a mostrarse aquella mujer que contorneaba sus insinuantes caderas. Estaba a punto de gritar cuando vio colgado del respaldo de la silla el cordón de cáñamo con el que se ceñía la túnica. Lo dobló, asió con fuerza uno de los extremos y de rodillas, con la espalda descubierta, comenzó a golpearse con dureza. Durante varios días se repitieron aquellas visiones.

Una tarde, mientras paseaba por los patios, observó que una joven mujer, de cabellos castaños y amplios rizos, penetraba escoltada por dos guardias normandos en las dependencias privadas de los cardenales.

—Parece que vuelven las cortesanas —ironizó un veterano escriba romano especialista en textos occidentales—. ¡Se recuperan las *nobles* costumbres! Nuestros señores los cardenales traen otra vez a sus amantes a San Pedro.

De vuelta al *scriptorium*, León llamó a Juan.

—El cardenal Humberto no se encuentra bien. Me ha dicho uno de sus criados que desea que alguien le lea un tratado de san Juan Crisóstomo sobre la consideración del alma llamado *A Teodoro caído*, sus ojos cansados ya no se lo permiten. Todavía no lo hemos traducido al latín, de modo que coge el ejemplar en griego que teníamos preparado en el estante y vete a sus aposentos. Cuando el cardenal no requiera de tus servicios vuelves aquí.

Juan cruzó el gran patio frente a la basílica acompañado por el criado y atravesó el pórtico que daba acceso a los palacios vaticanos. Era la segunda vez que entraba en aquellos lugares. La guardia normanda le permitió el paso y pronto se encontró ante la ampulosa cama de Humberto. El viejo cardenal estaba recostado sobre enormes almohadas de aspecto mullido y cálido. Un dosel con los colores rojos y amarillos de la Santa Sede coronaba el lecho. Suaves sábanas de blanquísimo lino y una colcha de terciopelo púrpura cubrían aquel cuerpo arrugado y enjuto. Un tapiz verde y asalmonado esmaltado de margaritas sobre la cabecera de la cama era el único detalle decorativo en la habitación. Encima de una mesilla había una crismera coralina que contenía el santo óleo.

—Mi señor —susurró Juan—, he venido por orden de León de Fulda a leeros el tratado de san Juan.

—¡Ah!, eres tú —balbució Humberto incorporándose con dificultad—. Siéntate en ese taburete y acércate la palmatoria. Puedes comenzar la lectura; san Juan Crisóstomo siempre me ha gustado, lástima que no tengamos todas sus obras aquí en Roma. Lo leí mucho durante mi estancia en Constantinopla.

El cardenal cerró los ojos y con un gesto de su mano, en la que apretaba su crucifijo de marfil

regalado por el arzobispo de Milán, indicó a Juan que comenzara la lectura.

—«... El diablo justamente quiere arrojarnos a pensamientos de desesperación con el fin de cortar nuestra esperanza en Dios, el áncora segura, el sostén de nuestra vida, la guía del camino que lleva al cielo, la salvación de las almas que perecen...».

Juan llevaba un buen rato leyendo cuando percibió que el cardenal se había dormido profundamente. Se detuvo unos instantes, cerró el libro y salió de la habitación.

Por las ventanas contempló que el sol se ocultaba en el horizonte romano entre nubes escarlatas. Se dio cuenta de que estaba solo en los pasillos. Avanzó unos pasos y observó una puerta entreabierta al final de un corredor apenas iluminado. Al pasar ante ella vio a una joven de cabellos negros como el azabache que se los cepillaba ante un espejo de bronce. Estaba vestida con una vaporosa túnica azulada que dejaba entrever el perfil de su cuerpo desnudo. La joven se detuvo un momento y volvió la cabeza hacia la puerta. Sus ojos se cruzaron con los de Juan. Sonrió dulcemente y se acercó hacia el muchacho, quien dudaba si era real o una más de las visiones que desde hacía algunos días le acuciaban.

—Ven —insinuó alargando su mano hacia Juan, que entró en la estancia como un autómata.

Con un hábil movimiento de sus manos y un estudiado contorneo de su cuerpo, la túnica celeste resbaló por los hombros hasta caer al suelo y el cuerpo femenino se mostró pleno y hermoso ante Juan. Deshizo con suavidad el nudo del cíngulo que ceñía la ropa del muchacho e introdujo sus dedos ansiosos entre los pliegues. Unos labios cálidos y ardientes, desbordando una sensualidad desconocida, lo transportaron a un universo de nuevas sensaciones. Sin apenas darse cuenta de cuanto sucedía, se encontró tumbado sobre un lecho de sábanas de seda. Entró en la joven y ambos cuerpos se estremecieron jadeantes. Discurrieron momentos de placer sin fin.

—¡Qué haces aquí! —gritó una gruesa figura de aspecto seboso, vestida con la púrpura cardenalicia—. ¡Guardias, guardias!

Instantes después dos fornidos soldados armados con picas y dagas entraron en la habitación. Asieron a Juan por los brazos y lo arrastraron totalmente desnudo por los pasillos del palacio hasta una celda en los sótanos.

Al poco tiempo León de Fulda apareció tras la puerta herrumbrosa.

—Muchacho, ¿qué has hecho? ¿Cómo se te ha ocurrido yacer en la cama del cardenal Hugo Cándido? Junto con Hildebrando y Pedro Damián, es el personaje más influyente del Vaticano. He hablado con el cardenal Humberto para que interviniera a tu favor, pero está muy enfermo, apenas articula palabra y no puede levantarse de la cama; morirá pronto. En cuanto a ti, me temo que van a venderte.

Juan permanecía de pie, en silencio, con la cabeza inclinada hacia el suelo y la mirada perdida. León dio dos pasos y cogió por los hombros al muchacho.

—¿Era bella?

—Sí —musitó Juan.

—Las tentaciones de la carne aparecen de manera repentina e inesperada. Debí prevenirte. A tu edad todos hemos sentido ese calor en nuestro cuerpo, esa desazón, esa inquietud que nos hace temblar sin saber muy bien el porqué. He pasado los últimos diez años de mi vida encerrado en ese maldito *scriptorium*, viendo transcurrir el tiempo sin sentirlo. Muchos jóvenes como tú han sido mis alumnos, les he enseñado a leer, a escribir, a distinguir una escritura alemana de otra francesa y a diferenciar los distintos tipos de pergaminos y tintas. Ante mis ojos han transitado papas y cardenales, cortesanas y damas de alta alcurnia, nobles y plebeyos, y nunca hasta ahora me había dado cuenta de que la vida se agota en un soplo. Mis estudios en Fulda, Chartres y París de nada sirven fuera de estos muros; solo las enseñanzas del Sofista me serían útiles si tuviera alguna vez la oportunidad de ponerlas en práctica. Varias veces he sufrido la tentación de ir con alguna de esas rameras que merodean por los muelles del Tíber y por los alrededores del Coliseo, como hacen tantos clérigos. Pero siempre me he contenido. Muchas noches he apretado mis puños contra el pecho para huir del deseo pecaminoso. No he logrado apagar esa pasión, pero lucho y lucho contra ella, y sé que acabaré venciendo. No soy partidario de la tortura, me repugna la flagelación que predica Pedro Damián, aunque a veces dudo si no será la única manera de acabar con la atracción de la carne.

León volvió sobre sus pies y dio dos pasos hacia la puerta de la celda que permanecía abierta. Se detuvo un instante, giró ligeramente la cabeza y miró de soslayo a Juan. Iba a decir algo más, pero tornó su rostro al frente y desapareció bajo el umbral. La puerta se cerró tras él chirriando.

La mañana era ventosa y húmeda. Plomizos nubarrones esmaltaban un perlado cielo gris. La galera genovesa estaba amarrada en el nuevo muelle del puerto latino de Civitavecchia, lista para partir. Juan subió a la nave cruzando la pasarela de tablas que la mantenía en contacto con tierra. Vestido con una túnica de estraza marrón y unas sandalias de cuero negro, con un saquillo de arpillera sobre su hombro, embarcó rumbo norte. Había dejado Roma dos días antes. Volvía a ser propiedad del mercader Escalpini.

Capítulo IV

El destino en occidente

1

Tras varios días de navegación por el mar Tirreno, entre aguas tranquilas y un sereno cielo azul, la nave arribó a Génova. La emergente ciudad comercial se extendía entre el mar y la montaña, en torno a un excelente puerto natural. Por la ladera empinada trepaban hileras de casas agrupadas alrededor de iglesias encaladas, con pequeños campanarios a modo de vigías. En el puerto reinaba un aparente caos: carretas cargadas de sacos y tinajas iban y venían de un lado para otro; comerciantes griegos, árabes, borgoñones, catalanes e italianos recorrían en grupos los almacenes de los muelles; cuadrillas de marineros se apostaban en las puertas de las cantinas esperando a que algún patrón los contratara para una travesía en la próxima primavera; niños y mozalbetes vagabundeaban entre las pilas de mercancías amontonadas por todas partes en busca de cualquier despojo. En el aire se mezclaban la brisa salobre del mar y el humo de los pescados que se asaban en las cocinas de las casas de comidas.

Desembarcaron a mediodía. Juan caminaba entre dos marineros vestidos con camisas de lana y gorras de fieltro. Observaba todo cuanto acontecía a su alrededor. Aquel puerto le pareció más grande que el de Querson y más abigarrado que el de Civitavecchia, pero menos opulento que los de Constantinopla. La variedad de mercancías era mucha, aunque había menos productos de lujo que en la capital de Bizancio. Los mercaderes eran muy bulliciosos y gesticulaban constantemente sin dejar de realizar aspavientos con los brazos, que agitaban en el aire como aspas de molinos.

Las calles que confluían en el puerto estaban alfombradas de sucia paja seca y mugrientos juncos y a lo largo de ellas se aglomeraban tiendas de especieros, de tejedores y de orfebres. Un muro de piedra rodeaba la ciudad antigua, de calles rectas aunque estrechas. Junto a ella, hacia el norte, crecía el burgo de San Siro, en torno a la iglesia dedicada a este santo. Varios albañiles ultimaban un muro de mampostería que aislaría por completo al nuevo barrio del resto de la aglomeración urbana. Junto a estos dos núcleos se arracimaban grupos de casas al lado de las iglesias de San Miguel, San Jorge, San Lorenzo, San Esteban y San Donato. No pasarían muchos

años sin que se formaran nuevos burgos. Génova crecía sin cesar debido a la permanente afluencia de individuos de las montañas de Liguria que buscaban en la ciudad la esperanza de mejora vital que el campo y la sierra les negaban.

En Génova todas las actividades, todas las conversaciones y todos los móviles humanos giraban en torno al dinero. Amasar fortunas con los negocios y el comercio era la obsesión de todos los mercaderes de la ciudad. Hombres dotados de gran capacidad de iniciativa, espíritu independiente y azaroso, sin apenas escrúpulos, de verbo fácil y convincente, apasionados por la aventura, por muy peligrosa que esta fuera, los genoveses se habían ganado un puesto destacado entre los comerciantes del Mediterráneo. Su estratégica posición había convertido a esta ciudad en el puerto natural de una amplia región del norte de Italia. Desde hacía más de cien años pugnaban con sus rivales venecianos por el control del comercio mediterráneo; ambos habían logrado relegar a los amalfitanos y a los pisanos, sus antiguos competidores.

El mercader Escalpini poseía una formidable villa entre el castillo y la iglesia de San Donato, donde los ciudadanos más ricos construían sus mansiones fortificadas con tapias elevadas cuajadas de almenas. El muro encerraba tres edificios: el principal era un sólido caserón de piedra sillar, de planta cuadrada y tres pisos, con ventanas geminadas de arcos semicirculares decorados con piedras talladas en forma de puntas de diamante en la planta noble; una galería de arquillos, unos ciegos y otros abiertos, recorría la parte superior, bajo el alero; en una de las esquinas sobresalía una torre de planta circular, similar a la de algunos castillos. El segundo edificio estaba destinado a los sirvientes de la villa. Era una casa de dos plantas, rectangular, de paredes de mampostería y pequeñas ventanas cuadradas y con rejas. El último era de una sola planta, con un amplio portalón y tan solo unos huecos a modo de saeteras para ventilación; en él se guardaban distintas mercancías y productos para el consumo.

Los esclavos fueron acomodados en la planta baja del edificio de los siervos, junto a las caballerizas. En una pequeña habitación de apenas cinco pasos de lado se amontonaban no menos de quince muchachos, todos ellos esclavos.

Escalpini estaba ampliando sus negocios y, siguiendo su natural instinto para obtener beneficio, había invertido importantes cantidades de dinero en la compra de esclavos. En los dos últimos años había establecido contactos con mercaderes catalanes, los rivales de los genoveses en el Mediterráneo occidental, y fundado una compañía mercantil al cincuenta por ciento con una familia de burgueses catalanes, los Ferrer, cuyo cabeza, Jaume Ferrer, había logrado una considerable fortuna actuando como banquero de Ramón Berenguer I, conde de Barcelona. Escalpini se encargaba de localizar esclavos en los distintos mercados del Mediterráneo oriental, sobre todo en Constantinopla, en Antioquía y en Alejandría, para conducirlos hasta Barcelona, donde sus socios los Ferrer los distribuían por las distintas cortes musulmanas de los pujantes

reinos de taifas de la península ibérica, los principales compradores de esclavos. Génova era el centro desde donde se repartía la mercancía humana.

En los días que siguieron a su llegada a Génova, Juan y los demás esclavos mantuvieron una total relajación. Se levantaban con el alba y se acostaban a la caída del sol; en las horas centrales del día eran sacados al patio de la casa, donde disfrutaban de los últimos días soleados del otoño. Algunos esclavos se encontraban en condiciones físicas precarias, lo que hacía inviable su venta por el momento; la inactividad del invierno sería un tiempo propicio para que todos alcanzaran un grado de salud y de aspecto sano y vigoroso que permitiera venderlos en la primavera siguiente a un precio alto. Las semanas inertes permitieron a Juan entablar diversas conversaciones con sus compañeros de cautiverio. No había ninguno de su raza; él era el único eslavo de entre los quince. La mayoría eran negros del Sudán y de Nubia, comprados en Alejandría a mercaderes egipcios. Por su complexión fuerte y su carácter apacible, serían vendidos sin duda como eunucos: les esperaba la castración. Había, además de Juan, otros cuatro blancos, un griego de Creta, adquirido a un precio de saldo debido a que iba a ser decapitado por asesino, un macedonio de piel pajiza y pelo ensortijado que manejaba el cuchillo con una endiablada habilidad, un gigantesco pelirrojo de profundos ojos turquesas y un delgado y fibroso muchacho de larga melena rubia.

De entre los esclavos ninguno tenía el nivel y la formación de Juan; eran todos analfabetos salvo uno de los nubios, un joven negro de unos veinte años que había estudiado la Biblia en un monasterio del Alto Egipto. Era de religión cristiana, aunque se expresaba en árabe y en copto, un dialecto de los cristianos egipcios. Con él era con quien Juan conversaba más a menudo. Lo hacían habitualmente en árabe, por lo que pudo practicar esta lengua. Con los sudaneses no había forma de entenderse; hablaban una jerga mezcla de sonidos guturales y expresiones monorrítmicas cuajadas de vocales largas y ampulosas. Parecían asustados y miraban desde sus grandes ojos oscuros con gesto desconfiado y esquivo. No dejaban de mostrar un aspecto sumiso y enseñaban permanentemente unos enormes dientes blancos que brillaban como la nieve entre sus carnosos labios carmesíes. El pelo ensortijado era tan negro como su tez y se adhería a la piel de la cabeza como la yedra a las paredes.

Una noche de invierno, cuando todos dormían medio amontonados en la sala, el griego y el macedonio se deslizaron en el silencio de la penumbra entre los cuerpos de los sudaneses y los nubios. El macedonio había sustraído en un descuido de los guardianes un cuchillito de hierro que había afilado con sumo cuidado frotando con paciencia la hoja contra las losas del suelo durante varios días. Habían planeado escapar de la villa del mercader Escalpini aprovechando la

oscuridad de la noche y la confianza y la relajación que ante la falta de acontecimientos habían adoptado los guardianes.

La puerta de la sala estaba atrancada con un palo de madera pero el macedonio consiguió horadar un pequeño hueco entre las tablas con ayuda del afilado cuchillo por el que introdujo los dedos y descorrió el cerrojo. La puerta se abrió sin chirriar y los dos fugitivos cruzaron el patio raudos como sombras de pájaros. Treparon por un grueso nogal junto a la tapia y descolgándose por las desnudas ramas alcanzaron el exterior de la muralla de mampuesto; corrieron hasta que las tinieblas se los tragaron a ambos.

Por la mañana se presentó el capataz profiriendo maldiciones al enterarse de que dos de los esclavos habían huido. Enseguida se organizó una batida para localizarlos. En las calles de Génova no podían ir muy lejos; no tenían comida ni dinero y desconocían el idioma local. Por mucho que se escondieran, tarde o temprano serían localizados; el capataz había prometido un escarmiento ejemplar.

Dos días después, los agentes de Escalpini devolvieron a la villa a los dos fugados. Los traían a rastras, con grilletes en las muñecas y atados a las sillas de dos gigantescos caballos percherones que montaban dos mercenarios suizos de rostros fieros y curtidos que protegían sus cuerpos con gruesas corazas de cuero; de sus cintos pendían una espada y una maza. Se detuvieron ante la casa del señor y soltaron las cuerdas que sujetaban al griego y al macedonio por los grilletes. El aspecto de los dos esclavos era patético; sus rostros reflejaban un cansancio extremo y sus ojos derivaban erráticos dentro de las órbitas. Traían la espalda al descubierto, con restos de sangre seca en torno al cuello, y los pies descalzos, cubiertos de llagas y de fístulas que supuraban una viscosa sustancia purulenta. Ante los gritos del capataz, el señor Escalpini salió de su casa para ver a aquellos dos despojos humanos que yacían postrados de rodillas sobre los guijarros del patio.

Escalpini miró hacia los dos desdichados con gesto severo y sentenció:

—Me habéis causado problemas, muchos problemas; durante dos días he sido el hazmerreír de la ciudad. Quiero que todo el mundo vea cómo las gasta Giovanni Escalpini con quienes le ofenden.

De inmediato ordenó a cuantos residían en la villa que salieran al patio para contemplar su manera de impartir justicia y mostrar cuál era su sentido de la ejemplaridad. Los dos fugitivos fueron colocados de pie, la espalda del uno contra la del otro, atados de tal modo que no pudieran moverse. Uno de los mercenarios suizos enristró una frámea de madera rematada con una aguda punta metálica, espoleó al percherón y cargó al galope hacia los dos esclavos. Sonó un golpe seco y un crujir de huesos. El asta de hierro penetró por el pecho del griego y salió por el del macedonio. Ambos cuerpos cayeron a un lado ensartados por la lanza en medio de un charco de sangre que cubrió los guijarros y la hierba del suelo.

Los asistentes que contemplaban el macabro espectáculo en silencio emitieron al unísono una exclamación de horror. Juan recorrió con sus ojos a todos los presentes. Delante de la puerta del edificio noble, Escalpini sonreía cruelmente con los brazos en jarras. A su derecha, un niño de apenas diez años se tapaba los ojos con las manos asido a las faldas de una señora que por su porte y sus vestidos solo podía ser la esposa del rico mercader.

Entre un grupo de mujeres, muchachas y niñas, Juan fijó su mirada en una esbelta joven rubia, estilizada, de talle delicado y noble. Bajo una cinta celeste asida a la frente brillaban dos enormes ojos azules. Aquella muchacha era sin duda eslava, quizá de una tribu próxima a la de Juan. Sus ojos denotaban un sentimiento de pavor hacia el espectáculo que acababan de presenciar. La brutalidad de la escena vivida con los dos hombres muertos sobre el suelo contrastaba vivamente con la ternura que emanaba del rostro de aquella doncella. Vestía una sencilla blusa blanca y una falda marrón; por su porte parecía una princesa, pero su atavío y su semblante denotaban nítidamente su condición servil. Un estridente grito sonó en medio del patio.

—¡Ya se ha hecho justicia! —clamó Escalpini—. Sirva esto para que cada uno entienda cuál es su papel. Dios ha organizado el mundo en distintos estamentos y lo ha ordenado conforme a sus divinos designios. El esclavo y el siervo han nacido para el trabajo y para obedecer, el clérigo para rezar y para confortar las almas y el ricohombre para proteger a todos y para hacer que se cumpla el orden de las cosas. Cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar y nadie debe salirse de él. Los que alteran el plan divino deben ser castigados por ello; la soberbia es uno de los peores pecados y la humildad la más benéfica de las virtudes.

Escalpini indicó con un gesto de su brazo que recogieran los dos cadáveres y limpiaran el patio y entró en la casa seguido por su esposa y su hijo, que lloriqueaba entre las faldas de la madre. El capataz y algunos criados conminaron a los congregados para que volvieran a sus actividades. Juan siguió con la miraba a la joven de pelo rubio y ojos azules hasta que se perdió tras la portada del edificio principal entre varias muchachas.

Durante todo el invierno, la actividad comercial se lentificó en la ciudad de Génova. Los mercaderes se recluían en sus casas y solo salían durante las primeras horas de la tarde a charlar en las animadas tabernas del puerto con sus colegas o con los marineros que invernaban en espera de que el regreso del buen tiempo permitiera la navegación y la vuelta a la actividad. En los muelles se aprovechaba el obligado atraque de los navíos para repasar las velas, calafatear los cascos y ajustar las jarcias, los mástiles y las vergas.

Escalpini solía dirigir sus negocios desde un pequeño edificio anexo a los grandes almacenes que poseía en la zona central del puerto. Ayudado por un hermano, dos primos y un sobrino, realizaba los balances anuales de la compañía, controlaba las entradas y salidas de mercancías,

estudiaba los precios y decidía los productos que iba a comprar al año siguiente. En unos cuadernos anotaba el valor de cada uno de los conceptos: en una primera columna señalaba el precio de compra, en otra el de venta y en la tercera el beneficio obtenido. Con este sistema, y tan solo con un rápido vistazo, podía discernir de inmediato qué productos le habían proporcionado una mayor rentabilidad. Desde hacía cuatro o cinco años había una mercancía que destacaba sobre las demás por los beneficios que generaba, incluso por encima del oro y la plata: los esclavos. Por ello, el rico mercader había entrado de lleno en el mercado de seres humanos. Adquiría en Constantinopla, en los puertos del mar Negro o en los de Siria y Egipto hombres y mujeres aprovechando las mejores oportunidades, a veces a precios muy bajos, y los vendía en Occidente por cinco veces el valor de adquisición.

La España musulmana constituía el más próspero de los mercados. Desde hacía varias décadas el poder centralizado de los califas cordobeses se había derrumbado y al-Ándalus se había convertido en un hervidero de pequeños reinos que competían en lujo y fastuosidad. Los príncipes de estos reinos eran clientes habituales y compraban todo tipo de esclavos; cuanto más exóticos y singulares, más oro pagaban por ellos. Una de las medidas para establecer la riqueza y el poder de las cortes musulmanas hispanas era el número de esclavos que cada monarca poseía, su variedad y su rareza, y de esa circunstancia Escalpini y sus socios catalanes sabían obtener unos suculentos beneficios.

La próxima primavera, que se acercaba perezosa pero inevitable, Escalpini tenía previsto fletar un barco con medio centenar de esclavos con destino a Barcelona. En una carta, sus socios catalanes le comunicaban que se preveía una demanda extraordinaria de esclavos en las cortes musulmanas de Sevilla, Zaragoza y Toledo y que las ganancias podían ser muy elevadas. Las solicitudes se centraban sobre todo en jóvenes vírgenes para los harenes de los reyezuelos y de los potentados, artistas de cualquier tipo, intelectuales y maestros, escribas y traductores y músicos. Por algunas esclavas de extraordinaria belleza se habían llegado a pagar hasta trescientas monedas de oro, una verdadera fortuna incluso para un rico comerciante genovés.

En las oficinas de la compañía se trabajaba a toda prisa. La primavera se estaba echando encima y dentro de dos o tres semanas el Mediterráneo sería de nuevo apto para la navegación. Había que apresurarse para que cuando llegara uno de los socios catalanes, que venía desde Barcelona siguiendo la ruta terrestre por Perpiñán, Béziers, Aix y Niza, todo estuviera preparado.

En un pergamino habían copiado la lista de los esclavos, con sus precios y sus motes. Juan aparecía en ella como «Juan el Romano, traductor, lee y escribe árabe, griego y latín», y se había fijado su precio de venta de salida en treinta monedas de oro, una cantidad justa para un esclavo de sus características.

El socio catalán llegó a la casa de Escalpini mediada la tarde de un grisáceo día de abril. El genovés salió a recibirlo con su esposa a la puerta del edificio principal. El catalán, llamado Pau

Ferrer, hijo de Jaume Ferrer, fue saludado con efusión por el dueño. Le invitó a pasar mientras le presentaba a su mujer y a su hijo. Dentro del edificio se sentaron en torno a una amplia mesa de madera sobre la que destellaba un león de oro, con ojos de rubíes, del tamaño de un recién nacido.

—Este león se lo gané a los dados a un rico mercader veneciano en Rodas. Lo había comprado en Alepo a un comerciante iraní que le aseguró que se trataba del símbolo de los reyes de la antigua Persia. Es de oro macizo y pesa diez libras. Su valor es incalculable; solo en monedas se podrían obtener no menos de mil. Pero contadme, mi joven amigo, ¿cómo se encuentra vuestro honorable padre?

—En un excelente estado —indicó el joven Ferrer; ambos hablaban en francés comercial—. Me ha encarecido que aceptéis esta cajita de plata como presente y que os transmita sus mejores deseos para vos, vuestra familia y vuestros negocios.

—Que en algunos casos son también los suyos —replicó Escalpini riendo—. En su carta me decía que iba enviar a uno de sus hijos. Vos sois todavía muy joven, debéis de ser un buen comerciante cuando vuestro padre os delega un negocio de tanta importancia.

—Mi padre confía plenamente en mí —señaló secamente Pau Ferrer.

—¡Claro, claro! Pero vayamos a nuestro asunto —dijo Escalpini—. ¡Oh, qué necio soy!, seguro que estáis cansado y necesitáis comer y reposar antes de hablar de negocios. He ordenado que os preparen la mejor de las habitaciones de la casa para que os encontréis tan cómodo como en vuestro propio hogar. Os quedaréis aquí, las fondas de esta ciudad no son muy recomendables.

—Os lo agradezco, señor Giovanni —asintió el joven Ferrer.

—En total, si se cumplen mis previsiones, solo con los esclavos pueden obtenerse unos beneficios de cinco libras de oro, y a ellos habría que añadir las ganancias de las pieles, la seda y las piedras preciosas —asentó Escalpini.

Pau Ferrer estaba sentado al otro lado de la mesa, frente a un candelabro de plata de tres brazos sobre los que lucían tres cirios; la estancia estaba iluminada además por el fuego de una chimenea en la que crepitaban varios leños de madera de olivo. Vestía un jubón blanco y unos pantalones de cuero negro. Una larga melena de pelo castaño y lacio caía sobre sus hombros desde una cinta de cuero negro con la que se ceñía las sienes. Había descansado un par de horas y le habían servido una reconfortante merienda a base de sopa de cebolla y pan, tortas de sésamo, queso frito, mantequilla con miel, leche fresca y pastelitos de piñones y calabaza.

—Nueve libras —aseguró tajante Ferrer.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó incrédulo Escalpini.

—He dicho nueve libras —recalcó Ferrer.

—¡Nueve libras! Nadie en toda Génova tiene tanto dinero —exclamó Escalpini.

—Los esclavos son la mercancía más valiosa que pueda venderse en al-Ándalus. Los musulmanes españoles cambiarían todo cuanto poseen por un esclavo o una esclava de su gusto. Es una moda que han impuesto los príncipes de las taifas y que todo potentado que se precie debe imitar. Entre los musulmanes españoles, si no tienes al menos media docena de esclavos no eres nadie.

—¡Estupendo, estupendo! —añadió Escalpini. Los ojos del mercader genovés brillaban de codicia. Pau Ferrer extendió su mano para coger un vaso de fino cristal del Rin y lo acercó a sus labios sorbiendo un largo trago de rojo vino de Borgoña—. Es un tinto excelente. Me lo envía desde Chagny el mismo bodeguero que sirve al duque de Borgoña y al rey de Inglaterra. Me cuesta una pequeña fortuna pero es preciso mantener las apariencias. Un rico también debe parecerlo, ¿no creéis?

—Si es tan bueno como decís, es probable que coloquemos algunas partidas de este vino a muy buen precio. ¿Podríais conseguir algunas botellas? —preguntó Ferrer mientras contemplaba las irisaciones violáceas que el vino producía en las paredes cristalinas de su copa.

—Sí, claro, creo que puedo reunir tres o cuatro docenas, pero...

—Con eso bastará de momento —apostilló Ferrer.

En apenas dos días, trabajando sin descanso desde la salida a la puesta de sol, Pau Ferrer, con ayuda de un secretario y de dos criados que le habían acompañado desde Barcelona, cotejó y puso al corriente el inventario de mercancías que habían preparado los empleados de Escalpini. En el almacén del puerto se apilaban cuarenta y cinco fardos de pieles de nutria, marta y lobo gris, dos cofrecillos de gemas preciosas, sacas de especias, cajas con frascos de perfumes y doce grandes rollos de seda. En un lateral del almacén, sentados en el suelo, dormitaban el medio centenar de esclavos, varios de ellos con grilletes en los pies.

Por la mañana, muy temprano, el capataz los había despertado a gritos, obligándolos a punta de fusta a vestirse y recoger todas sus cosas. A medio día, tras recorrer Génova en reata, habían sido introducidos en el almacén donde se les había dado una rebanada de pan, un puñado de aceitunas y un pedazo de tocino seco.

Mercancías y esclavos fueron embarcados en el Estrella de San Andrés, un bajel de cincuenta pasos de largo, con dos blancas velas cuadradas en las que estaba dibujada en azul una cruz aspada. En lo más alto del palo mayor ondeaba la bandera de Génova y la cruz de san Andrés. Sobre el muelle, Giovanni Escalpini y Pau Ferrer contemplaban el embarque. El veterano mercader dio algunos consejos al joven y le encareció que saludara efusivamente a su padre, para

el que le entregó un rutilante puñal de mango de marfil con incrustaciones de rubíes como regalo. Se despidieron a la manera de los burgueses, apretando sus manos derechas. Pau Ferrer subió al barco de un ágil salto. Dos marineros soltaron amarras y retiraron la pasarela. Los remeros ciaron varias paladas para colocar el barco al pairo en disposición de embocar la salida del puerto. A una orden del capitán bogaron con fuerza rumbo oeste. Minutos más tarde el «Estrella de San Andrés» navegaba sobre las aguas del Mediterráneo con la costa de Liguria y los Alpes marítimos a estribor.

2

La navegación de cabotaje permitía tener siempre la costa a la vista. El recorrido era más largo que trazando un rumbo directo al puerto de destino, pero los peligros del mar abierto eran mucho mayores y con mercancías valiosas todos los comerciantes preferían perder tiempo y ganar seguridad. El barco recorrió la costa de poniente de Liguria, avistando de vez en cuando pequeños pueblecitos encalados construidos en laderas escarpadas como nidos de rapaces, recuerdo sin duda de los tiempos en los que los piratas árabes eran dueños y señores de estas aguas. A la altura del cabo Camarat la nave cambió de rumbo, abandonando la dirección suroeste para bogar hacia el oeste. Un día más tarde penetraban en el puerto de Marsella. Allí cargaron en las bodegas trigo de Provenza y tablas de hayas de los Alpes, excelentes para la construcción de muebles, y volvieron a surcar las aguas de nuevo en dirección suroeste; el capitán, a la vista de que el tiempo era bonancible y de que no se preveían cambios inmediatos, consultó con Pau Ferrer la posibilidad de dejar la travesía de cabotaje y ahorrar dos o tres días de navegación trazando una ruta directa desde Marsella hasta Barcelona, cortando en diagonal el golfo de León y obviando un largo recorrido sin bordear la costa del Languedoc. El capitán era un experto piloto que había realizado numerosas veces esta ruta y que conocía de memoria las corrientes y las derivaciones de estas aguas del Mediterráneo occidental, por lo que no constituyó para él ningún obstáculo abandonar la vista de la línea costera y navegar sin la referencia de la tierra firme. Ferrer dio su conformidad y se adentraron en el mar abierto rogando al apóstol Santiago que los librase de las tormentas.

Un suave pero constante viento del noreste empujó la nave y en apenas un par de días avistaron las costas de la bahía de Rosas. Arriaron la enseña de la Señoría de Génova y en lo más alto del mástil ondeó el estandarte rojo con cinco escudos blancos de los condes de Barcelona. Enseguida identificaron los acantilados que se extendían durante varias millas entre la capital del condado y las tierras de Ampurias. Siguiendo el viento de levante se dejaron descolgar frente a la

calas y los pinos hasta que el vigía del palo mayor dio el aviso de que la montaña de Montjuic estaba a la vista.

El navío indicó mediante señales que iba a atracar en el puerto y se identificó. Desde la torre del castillo de Montjuic comunicaron rápidamente a Jaume Ferrer que el barco en el que viajaba su hijo estaba a punto de amarrar. El rico mercader catalán salió deprisa de sus oficinas ubicadas al final de la rambla de San Juan y se dirigió presto, acompañado de un sobrino; su secretario, un judío llamado Simeón, y cuatro criados, al puerto.

El Estrella de San Andrés estaba realizando la maniobra de atraque en el muelle principal, el más antiguo de la ciudad, obra de los romanos. Por todo el malecón de la bocana y en la orilla de la playa pululaban decenas de vagabundos en busca de los despojos que se arrojaban desde los barcos después de una larga travesía.

Sobre el puente de mando, Pau Ferrer contemplaba las murallas de su ciudad, construida en medio de una amplia llanura litoral entre las montañas y el mar. Desde la orilla del muelle, su padre agitaba las manos en señal de saludo. Pau Ferrer contestó con un brazo en alto, meneándolo cadencialmente como si quisiera demostrar a todos su éxito en la empresa.

Cuando acabó la maniobra de aproximación, dos marineros saltaron con agilidad a tierra para fijar las amarras; otros dos lanzaron una pasarela uniendo la nave al muelle. Jaume Ferrer ascendió por ella raudo, pese a su edad, y corrió a abrazar a su hijo sobre la cubierta de tablas, entre fardos repletos de mercancías y montones de maromas y jarcias.

—Bienvenido, hijo mío —saludó Jaume Ferrer a su vástago; su rostro denotaba un profundo orgullo—. Ningún problema en el viaje, por lo que veo.

—No, padre, ninguno. Todo ha marchado conforme estaba previsto.

—Sabía que no podías fallar. ¿Qué tal se encuentra nuestro socio, el viejo y astuto Escalpini? —preguntó el padre.

—Bien, muy bien. Me ha entregado este lujoso cuchillo como regalo para ti y me ha encomendado que te salude de su parte.

Jaume Ferrer examinó el puñal minuciosamente y replicó:

—¡El bueno de Escalpini!; contrariamente a lo que suele ocurrir, los años lo han vuelto menos tacaño. Hace tiempo sus presentes eran tan solo unas botellas de vino de Borgoña.

—Sigue siendo tacaño, padre. Este cuchillo es para él una forma de agradecerte las enormes riquezas que gracias a nuestra compañía está atesorando.

—No parece que te haya gustado mucho nuestro socio genovés —aseveró el padre—. Ya te dije que era un tipo un tanto peculiar.

—¿Peculiar, dices? —se preguntó Pau Ferrer—; solo piensa en el dinero. No ve otra cosa que el color del oro. Sería capaz de vender a su propia madre por un puñado de besantes, si no lo ha hecho ya.

—Muchacho —se explicó Jaume Ferrer colocando su mano derecha sobre el hombro de su primogénito—, a veces los negocios nos obligan a tomar decisiones que no deseamos. El oficio de mercader está cargado de dificultades. Los nobles nos desprecian porque nuestro trabajo y nuestras personas alteran su dominio sobre la tierra y sobre los hombres; los clérigos critican nuestra vida de vaivenes y libertad; y los campesinos nos odian porque somos libres mientras ellos están sujetos a la voluntad y capricho de sus señores. Somos un estamento extraño en esta sociedad de señores y vasallos. Debemos saber ganar día a día nuestra propia vida y luchar solos por nuestra condición. En esa pelea somos los más débiles; nuestra única fuerza es el dinero y nuestro único aliado fiel el oro. Hemos quebrado los esquemas tradicionales. Algunos nobles nos acusan de ser los culpables de la ruptura del orden divino establecido por ellos sobre la tierra y muchos clérigos nos consideran agentes del demonio. Si queremos sobrevivir es preciso poseer oro; solo ante él tiembla el poderoso y se arrodilla el soberano, y tanto papas como reyes sucumben a su brillo. Esa es nuestra arma y en ella está nuestra libertad, y no pocas veces nuestra propia existencia. No olvides nunca esto, hijo.

Una legión de estibadores descargó las preciadas mercancías bajo la atenta mirada de los dos Ferrer, colocándolas en carretas. Su secretario, un judío muy versado en la ciencia de los números, revisaba atentamente, con la ayuda del otro secretario catalán que se había desplazado a Génova, cada una de las partidas y las cotejaba con el inventario firmado por Giovanni Escalpini en el puerto ligur. Un agente del mercader genovés, que había viajado en el navío, supervisaba todas las anotaciones. Funcionarios del conde controlaban las mercancías para calcular el impuesto a pagar.

Cuatro horas después toda la carga se apilaba en el muelle, protegida por hombres armados a sueldo de los Ferrer y lista para ser transportada hasta los almacenes de la compañía. Padre e hijo ultimaban una comida compuesta casi en exclusiva por pescado frito y buñuelos de berenjena, sentados ante una desvencijada mesa de madera, en la puerta de El Delfín Plateado, la más afamada taberna del puerto, desde donde se podían contemplar todas las maniobras de descarga que se realizaban en el muelle principal.

Al lado del Estrella de San Andrés había atracado una nao árabe procedente de Murcia. Sus bodegas estaban repletas de balas de esparto para los talleres barceloneses. Un poco más allá fondeaba una galera mallorquina, cargada con paños de lino y piezas de lana. Varadas sobre la arena de la playa varias barcas de pescadores estaban dispuestas para salir a faenar. Junto a la bocana del puerto seis galeras de guerra con la insignia de los condes de Barcelona estaban siempre preparadas para cualquier contingencia que pudiera presentarse.

Acabada la comida, Jaume Ferrer se levantó, seguido de su hijo, y se dirigió a las oficinas del puerto. Allí pagaron los impuestos correspondientes.

—¡Cien sueldos torneses! Va a llegar un momento en que las tasas por mercadear van a

superar a las ganancias —se quejó amargamente Jaume Ferrer—. A este ritmo, los impuestos acabarán con los comerciantes. Y todo porque esos malditos nobles están exentos de contribuir para sostener los gastos de la república.

Al caer la noche, todas las mercancías que Pau Ferrer había traído desde Génova estaban ya ordenadas en los almacenes. Los cincuenta esclavos habían sido descargados en primer lugar y trasladados rápidamente al almacén principal. En unas dependencias cerradas se habían habilitado dos salas, una para hombres y otra para mujeres; durante el viaje por mar también habían estado separados. Varias carretas condujeron a los esclavos hasta los almacenes. Juan fue colocado en la segunda. Desde allí, con las manos encadenadas a una barra, pudo ver que la muchacha de los cabellos de oro y ojos marinos marchaba en el primero de los carros al lado de una esbelta pelirroja. Su corazón se alegró por tenerla tan cerca.

Al día siguiente de su llegada a Barcelona, Jaume Ferrer acudió en compañía de su hijo y del secretario judío a supervisar a los esclavos. Fueron colocados todos juntos en el centro de una de las naves del almacén. El hebreo desenrolló un pergamino con la lista de desdichados y sus principales características.

—En cuanto oigáis vuestro nombre deberéis dar un paso al frente: Ibbo, el Sajón —gritó el secretario en latín y lo repitió en francés e italiano.

Un gigante pelirrojo de casi siete pies de altura dio un paso adelante.

—Biorn, el Vikingo.

Un joven esbelto, rubio como las mieses en julio, de largos cabellos lacios y mirada profunda avanzó dos palmos.

—Juan, el Romano.

Al oír su nombre, el joven eslavo se adelantó del grupo para colocarse a la altura del sajón y del vikingo.

—Este es el traductor —señaló el hebreo a su patrón.

—Entonces ya tiene dueño. En Zaragoza pagarán una buena cantidad por él.

Tras los varones, el judío comenzó a leer la lista de las hembras.

—Garda, la cocinera italiana.

Un gruesa mujer, por encima de la treintena, se destacó del grupo.

—Esta será para el conde; ya hace tiempo que me pide una cocinera que alegre su mesa con manjares exóticos —comentó Jaume Ferrer—. Espero que seas buena con los fogones y los guisos, o te pesará —le imprecó el veterano mercader dirigiéndose a la mujer en un aceptable italiano.

—Ingra, la pelirroja escocesa.

Un escultural belleza de largas y torneadas piernas, talle esbelto y erguido, de exuberantes pechos tersos como cirios, labios gruesos y sedosos, rojos y aterciopelados como frescos pétalos

de rosa, orgullosa nariz fina y delicada, cautivadores ojos verdes como la hierba en abril y espléndido cabello bermejo como el cobre bruñido avanzó insinuante ante la mirada lasciva de todos los hombres.

Jaume Ferrer enarcó las cejas y exclamó:

—¡Magnífica! Alguno de esos voluptuosos reyezuelos musulmanes pagará una fortuna por ella. ¿Es virgen? —inquirió dirigiéndose al secretario hebreo.

—No, mi señor —contestó Simeón.

—¡Lástima! Una hembra así, y virgen, nos hubiera hecho inmensamente ricos. Pese a ello sigue valiendo su peso en oro.

—Helena, eslava... y virgen, señor —resaltó el secretario.

La joven que se había adueñado del corazón de Juan adelantó un pie con la cabeza gacha, fijos sus ojos en el suelo.

Juan sintió que la sangre se agolpaba en sus sienes y que su pulso aceleraba el ritmo. Estuvo a punto de saltar sobre el guardia que con un bastón levantó la barbilla de la joven para que el mercader catalán pudiera ver con claridad su rostro. Su instinto de conservación, adquirido tras tantas experiencias dolorosas, lo retuvo.

—Muy bella, muy bella. Quiero una especial atención para esta joven. Debe permanecer virgen. Os jugáis la vida en ello —amenazó Jaume Ferrer dirigiéndose a todos los guardias.

Tras examinar a la última de las esclavas, una sudanesa de piel de ébano y cuerpo de gacela, Jaume Ferrer se mostró satisfecho de la mercancía humana.

—Ganaremos una buena cantidad de dinero con esta partida de esclavos —siseó al oído de su hijo—. Ese taimado de Escalpini sabe elegir bien. Su capacidad para intuir lo que le gusta a la gente es realmente asombrosa. Sobre todo esa pelirroja. Mujeres así nacen una en cada siglo, y la de esta centuria nos pertenece.

Pau Ferrer no prestaba atención a lo que su padre le estaba diciendo. Sus ojos permanecían clavados desde hacía un buen rato en las sensuales formas de la pelirroja escocesa.

La noche era calurosa y húmeda; una tórrida brisa que ascendía desde la costa inundaba la ciudad. Dos fornidos criados abrieron la puerta de la sala donde estaban las mujeres y buscaron con una lámpara a la pelirroja. La localizaron recostada en un rincón, junto a la rubia eslava. La joven escocesa opuso alguna resistencia, aunque sabía que todo esfuerzo sería inútil. Los dos criados la cubrieron con un manto de lino y la subieron a una carreta. Atravesaron varias calles y por fin se detuvieron frente a una casona de recios muros de piedra.

Pau Ferrer descansaba tumbado en una litera en el pequeño patio de la casa. Cuando los dos

criados entraron con la muchacha, el joven se incorporó como empujado por un resorte y les ordenó que se marcharan. La puerta del patio se cerró tras ellos.

Ingra, la escocesa de pelo rojo, clavó sus ojos en los del joven mercader catalán que la escrutaba con ansia. Varias lamparillas y antorchas iluminaban el patio cuajado de maceteros de piedra rebosantes de rosas y jacintos. Ferrer avanzó unos pasos y la rodeó, recorriendo con su mirada una y otra vez todas las curvas de su espléndido cuerpo. Se arrimó a ella por detrás. Las manos del joven mercader asieron con firmeza los tersos pechos de la muchacha, que al sentir el contacto lanzó con fuerza un manotazo que se estrelló en el rostro de Pau Ferrer.

El joven retrocedió ante la fuerza del impacto y la sorpresa y con la mano en la mejilla golpeada esbozó una sutil sonrisa. Sus ojos castaños brillaban luminosos a la luz de las antorchas. Se dirigió hacia una mesa en la que había varias bandejas con pasteles y frutas, cogió uno relleno de crema y lo masticó lentamente sin dejar de admirar la belleza de la pelirroja. La escocesa enarcó las cejas al contemplar los manjares. Pau Ferrer se dio cuenta de ello enseguida y le ofreció un plato con pastelillos. Ingra dudó unos instantes pero no resistió el aroma a violetas que desprendían y consumió varios de ellos con fruición.

Raptada de su aldea de la costa escocesa por piratas frisones siendo todavía una niña, Ingra había sido vendida en el mercado de Verdún, el más importante centro del comercio de esclavos de la Europa cristiana. Cuando cumplió los quince años sus formas infantiles se tornaron rotundas y su cuerpo frágil de niña se transformó en la formidable arquitectura femenina que encendía la pasión de cuantos hombres la contemplaban.

Su primer propietario, un rico hacendado de Dijon, la había tenido en su casa primero como criada y después como concubina. Durante una fiesta celebrada en su mansión, a la que asistió el duque Roberto de Borgoña, el rico propietario cometió el error de sentar a Ingra a su mesa, al lado de damas y nobles. La esposa del hacendado, despechada por la pasión de su marido hacia la pelirroja, se encargó de hacer llegar a oídos del duque, cuya atracción por el sexo femenino era bien conocida, las excelencias amatorias de la escocesa. El de Borgoña, impresionado por la belleza y sensualidad de Ingra, le pidió a su vasallo que se la vendiera. Este alegó que no tenía precio y el duque se la quedó gratis.

Durante dos años fue la barragana del duque, un hombre maduro que superaba ampliamente los cuarenta, calvo y grueso, con fuertes ataques de gota debido al consumo casi exclusivo de carne e intensos dolores reumáticos por las largas campañas militares bajo el frío y la humedad de los bosques centroeuropeos.

A la muerte del duque, su hijo y heredero Enrique, un jovenzano tímido y caprichoso, de rasgos y gestos afeminados, sobre el que su madre la duquesa ejercía un dominio casi absoluto, ordenó por instigación materna la venta de Ingra. Un agente de Escalpini que realizaba la ruta comercial que desde Génova atravesaba los Alpes hacia Dijon y desde allí descendía por el valle

del Aube hasta el corazón de la Champaña, a donde acudía regularmente todos los años para comerciar en sus afamadas ferias, la compró por una cantidad ridícula. Una vez en Génova, Escalpini también sucumbió a la belleza de Ingra y la retuvo durante tres años antes de enviarla a Barcelona para venderla. Ni siquiera el fabuloso cuerpo de la escocesa había sido capaz de vencer la inagotable codicia de Escalpini por el oro.

Ingra vio en Pau Ferrer a un hombre diferente a los tres que hasta entonces la habían violado. Era joven y apuesto, su sonrisa franca y limpia transmitía una sensación de tranquilidad y sosiego; sus ojos castaños la contemplaban con ansia, pero sin la sucia lascivia de sus anteriores dueños.

—No temas, no voy a forzarte —dijo Pau Ferrer en francés—; puedes volver con las demás esclavas si ese es tu deseo.

La escocesa se sintió desconcertada ante su joven dueño. Hasta ahora nadie la había respetado así. Sus tres amantes anteriores la habían colmado de regalos que después había perdido, pero siempre la habían tratado como un mero objeto de placer, solo un espléndido cuerpo en el que apagar su lujuriosa sed de sexo. Aquel catalán la miraba de forma distinta. Era cierto que la había hecho venir a su casa para poseerla, pero no lo era menos que la actitud de la muchacha, rechazándole con un golpe, le había hecho cambiar de opinión. Si ella se resistía, Pau Ferrer no la obligaría a ser su amante.

—Perdonad la bofetada mi señor —se excusó Ingra.

La muchacha se acercó al mercader y le cogió su mano derecha llevándosela a su seno. Los dedos de Pau Ferrer se asieron con fuerza en torno a aquel maravilloso pecho, terso y moldeado como una roca lamida siglo tras siglo por el agua. Los dos jóvenes se abrazaron bajo la luz anaranjada y cálida que inundaba el patio y se besaron, al principio lentamente y después como si en ello les fuera la vida. Ingra sintió por primera vez que su cuerpo vibraba de placer cuando Pau Ferrer entró en ella.

El frescor de la madrugada despertó al mercader catalán que yacía tumbado en la litera sobre una colcha de terciopelo azul. La pelirroja dormía plácidamente a su lado, con la cabeza recostada entre dos almohadas de raso. Su roja cabellera destellaba irisaciones cobrizas y su cuerpo lechoso y ebúrneo se perfilaba como esculpido en blanquísimo mármol. Se habían amado varias veces durante toda la noche hasta quedar rendidos por el sueño y el placer. Pau Ferrer sonrió al contemplar el cuerpo de la que había sido su amante y la cubrió con suavidad para evitar despertarla.

—¡Ni hablar! ¿Te has vuelto loco? ¿Sabes el dinero que podemos ganar con una mujer como

esa? No te la puedes quedar. —Jaume Ferrer agitaba la cabeza a uno y otro lado a la vez que iba y venía por su despacho en las oficinas de la compañía.

—Pero padre —se excusó Pau Ferrer—, yo...

—¿Tú? ¿Acaso te crees enamorado porque has gozado de ella una noche? Te has encaprichado con esa pelirroja y eso es peligroso para un hombre como tú. Dentro de unos años heredarás esta compañía, para entonces puede que seamos la primera del condado; a tu lado hará falta una mujer de nuestra clase, e incluso la hija de algún noble venido a menos que aporte el título de su linaje a nuestro apellido. Siempre he querido para ti lo mejor. Eres mi primogénito y sin duda el más válido de mis hijos; no quiero que te pierdas por la pasión de una mujer que ha sido gozada en las camas de media Europa —Jaume Ferrer hizo un pequeño alto y más calmado continuó—. Dentro de una semana fletaremos una nao hacia Mallorca con un cargamento de lana fina, vino y lingotes de hierro; tú mandarás la expedición. Simeón te pondrá al corriente de todo. Es probable que varios días lejos de esa mujer te hagan reflexionar y se te olvide el influjo de su hechizo. Hasta entonces haz lo que te plazca, no voy a evitarlo.

Pau Ferrer acató de mala gana la orden de su padre, pero hasta la partida del viaje a las islas gozó intensamente de Ingra. Fueron seis días y seis noches de amor bajo los arcos del pequeño patio de la casona de piedra, solos entre las rosas y los jacintos.

—A mi vuelta intentaré convencer de nuevo a mi padre para que te acepte; es un buen hombre y cederá. Entre tanto no dejes de pensar en mí. Las Baleares están cerca, apenas a dos días de viaje. No creo que tarde más de una semana en regresar —le había musitado la última noche Pau Ferrer a su ardiente amante, tumbados en la litera, con el cielo y las estrellas sobre sus cabezas.

—Intentó salvar el barco, señor, pero la fuerza del viento era colosal. Nunca se había visto una tempestad semejante a fines de mayo en la bahía de Mallorca, nunca. Fue repentina: una inmensa nube se formó sobre la sierra de Alfabia y a los pocos minutos un huracán se cebó con varios barcos que navegaban por las hasta entonces apacibles aguas de la bahía. Vuestro hijo peleó contra la tormenta como un león. Desde lo alto del faro podíamos ver sus gestos ordenando a los marineros lo que debían hacer. Una enorme ola, surgida de lo más profundo del mar, arrastró la nave contra el acantilado. Al día siguiente recogimos los cadáveres entre las rocas y en las playas. Los árabes de Mallorca dicen que ha ocurrido por los designios del destino; ellos nunca viajan el veintiocho de mayo porque la luna baja a la casa de Escorpión, lo cual es signo de mal agüero. —Borrel de Santa Fe, un mozárabe que actuaba en la ciudad de Mallorca como agente de la compañía de Ferrer y Escalpini, narraba así a Jaume Ferrer el naufragio de la Golondrina Veloz, la nao en la que el viejo comerciante catalán había ordenado embarcar a su hijo rumbo a Baleares.

—No debí obligarle a hacer lo que no quería, y todo por esa maldita mujer de cabellos rojos. En cuanto la vi supe que nada bueno podía esperarse de ella: una hembra así obnubila la mente de cualquier hombre y ofusca su voluntad. Destruirá a cualquiera que ose acercársele. Con razón hay quienes sostienen que las pelirrojas son todas brujas.

El desalentado mercader lloraba como un niño sobre su mesa de madera de haya, con la cabeza hundida entre sus brazos, sollozando amargamente la muerte del hijo más querido, aquel en quien había depositado todas sus esperanzas. La vida tenía ahora menos sentido.

Juan pudo gozar en aquellos días de la visión, periódica aunque por breves instantes, de Helena. A media mañana los esclavos eran conducidos a una explanada ubicada detrás de los almacenes de la compañía, cercada por altos muros de tapial y siempre vigilados por guardianes con enormes mastines. Al aire libre, los cabellos de la joven eslava brillaban a plena luz como el oro. Sus miradas no tardaron en cruzarse. Al principio apenas las aguantaban unos instantes y uno de los dos cambiaba deprisa de dirección, pero poco a poco fueron durando más y más tiempo, hasta enlazar sus ojos durante largos momentos, como intentando comunicar con la mirada lo que no podían decir con palabras.

—¡El hijo del amo ha muerto! —anunció uno de los criados a los que custodiaban a los esclavos.

Entre ellos se produjo un cierto revuelo. Ingra, que había regresado a los almacenes a la partida de Pau Ferrer hacia Mallorca, entendió con claridad lo que aquel hombre gritaba. Su cabeza pareció romperse por dentro y sus piernas flaquearon. Helena, que había entablado amistad con ella, la ayudó a sostenerse para no caer.

—Era mi esperanza, mi amor, mi amor... —murmuró la joven escocesa en una lengua que Helena no entendía.

Aprovechando el revuelo que se formó entre los guardias, Juan se acercó a las dos jóvenes bellezas y les dijo en eslavo:

—Me llamo Juan, soy eslavo, de la tribu de los polianos; nací hace casi diecisiete años en Bogusiav, una aldea al sur de la gran ciudad de Kiev. ¿Podéis entenderme?

—Yo soy Helena, de la tribu de los uluces, de la aldea de Ingulets, en el bajo Dniéper. Fui raptada por los turcos cumanos hace ya dos años. La joven del pelo rojo se llama Ingra y es del norte, no conoce nuestro idioma —contestó la muchacha de cabellos de oro.

—Han dicho que el hijo del dueño de todo esto ha muerto en un naufragio —señaló Juan.

—Lo he comprendido —repuso Helena—. Ingra está muy afectada por eso.

La joven pelirroja se sentó en el suelo con la ayuda de Helena y Juan; en ese momento las manos de los dos jóvenes eslavos se rozaron.

Los guardias se repusieron enseguida del revuelo y ordenaron a los esclavos que volvieran a agruparse por sexos. Sabedores de que la bella escocesa había sido en los últimos días la amante del hijo muerto del dueño, todas las miradas confluían en ella. Helena la consolaba con dulces palabras que Ingra no podía entender pero cuyo tono suave y cadencioso la reconfortaba.

Durante la semana siguiente a la muerte de Pau Ferrer los esclavos pudieron pasear por la explanada cercada sin apenas cortapisas. Nada más salir al exterior eran obligados a caminar durante dos horas dando vueltas dentro del recinto tapiado. Cuando finalizaba la obligada caminata, Helena, Ingra y Juan se sentaban siempre juntos, cerca de una de las tapias, o seguían paseando en grupo de manera relajada. Ingra, además de su extraña lengua materna, hablaba francés y algo de italiano; gracias a ello, Juan, que en Roma había aprendido italiano y francés, podía hacer de intérprete entre las dos muchachas.

Los tres jóvenes se relataron sus peripecias y se descubrieron sus temores y sus sentimientos. Juan estaba radiante y no le importaba que su amistad con aquellas dos bellezas le hiciera centro de burlas y chanzas por parte de los demás esclavos varones y de los guardianes, que bien a su pesar cumplían la orden tajante del patrón para que no se molestara a ninguna de las dos muchachas.

3

Aquella mañana no salieron a la explanada. Como era habitual, unos criados trajeron el desayuno, una olla con un insípido guiso de nabos, zanahorias y entrañas de cerdo y de cordero y varias hogazas de pan. Los esclavos se servían ellos mismos con una escudilla de madera que cada uno guardaba en su catre. Juan comenzó a ponerse nervioso; las horas pasaban y la puerta que le llevaba todas las mañanas y todas las tardes hasta Helena e Ingra permanecía cerrada. El húmedo calor de finales de la primavera se hacía mucho más asfixiante dentro del almacén. Por fin, la puerta se abrió y uno de los guardias conminó a los esclavos a salir.

—Vuestra estancia en Barcelona ha terminado —anunció el secretario judío de Ferrer—. Mañana partiréis en una caravana hacia Zaragoza. La mayoría tenéis ya un comprador asignado desde hace meses. Nuestros agentes en la capital de la Marca Superior se han preocupado de buscaros un dueño que os dé de comer. El viaje dura diez días. Se os proporcionarán a cada uno unas sandalias, una manta, un saquillo con almendras y avellanas y una cantimplora

Juan comprendió entonces el porqué de aquellas caminatas alrededor de la explanada: estaban fortaleciendo sus piernas para poder aguantar el largo viaje a pie.

Delante de los almacenes se formó la enorme caravana que en unos instantes se dirigiría hacia

Zaragoza. Varios mercaderes catalanes, castellanos y zaragozanos, judíos, cristianos y musulmanes, se habían asociado para financiar la expedición. Cada vez eran más frecuentes este tipo de sociedades efímeras ante los peligros que para una pequeña caravana constituían los caminos atestados de bandidos y de nobles que se dedicaban al pillaje.

La colorida comitiva la formaban no menos de cien hombres, unos doscientos animales de carga, varios mastines entrenados para vigilar a los esclavos y pelear con los lobos si fuera necesario y cincuenta carromatos de distintos tipos y tamaños. Entre los comerciantes cristianos el uso de carros para el transporte era frecuente, mientras que los musulmanes preferían cargar las mercancías directamente en alforjas sobre los lomos de sus resistentes acémilas. En el centro de la formación se colocaron la reatas de esclavos, atados por la cintura unos a otros, salvo las mujeres jóvenes y bellas, que para evitar que el sol las tostase en demasía o que se estropearan sus valiosos cuerpos, con lo que perderían valor en el mercado, viajaban en un carromato cubierto con un toldo de lona amarillenta. Dos docenas de jinetes armados con cotas de malla y tiras de madera, casco metálico, lanza de madera con punta acerada, espada larga y escudo de cuero y tablillas de roble protegían el convoy.

El jefe de la escolta, un capitán narbonés de rostro esculpido de arrugas y cicatrices, de ojos fieros y nariz aguileña, dio la orden de partir. Hombres, bestias y carromatos se pusieron en marcha con un ruido atronador, levantando una densa cortina de polvo que los acompañaría hasta Zaragoza. Desde los almacenes del puerto, la caravana ascendió entre las miradas de cientos de barceloneses, que habían acudido curiosos a presenciar aquel espectáculo, por la rambla, entre la ciudad vieja, protegida por las poderosas murallas romanas recién realzadas, y el nuevo arrabal de San Juan.

Lentamente, la ciudad de Barcelona se fue difuminando al fondo de la llanura litoral, entre una fina bruma que como un etéreo manto de plata se extendía desde el interior del mar. Tras las montañas se abría un nuevo horizonte de verdes valles y rojizas colinas. Caminaron toda la jornada sin apenas descanso; ni tan siquiera se detuvieron para almorzar. El desayuno, casi de madrugada, había sido fuerte y abundante, y a media mañana solo se repartieron unos pedazos de pan y queso.

Anochecía cuando alcanzaron el pie de una sierra rocosa cuajada de crestas cual olas de un bravío mar que se hubiera petrificado. Sin duda era el reino de las hadas y los duendes, ¿quién si no podría vivir en aquellas escarpadas soledades?

Aunque la noche era serena, la cercanía de la montaña proporcionaba cierto frescor, por lo que se encendieron algunas fogatas para calentarse y para cocer la cena. De dos carromatos, donde se transportaban los víveres y los utensilios de cocina, se sacaron grandes ollas de cobre, cucharones de madera y comida suficiente para alimentar a todos los integrantes de la sección de los Ferrer. Unos criados, ayudados por esclavos, distribuyeron paja y heno entre las bestias.

Al calor de los fuegos, los soldados y los mercaderes intercambiaban experiencias y noticias. Muchos de ellos habían viajado por media Europa o por toda la cuenca del Mediterráneo. Un mercader musulmán de Zaragoza narró un viaje que había realizado hacía dos años a la misteriosa tierra de África, más allá de las tórridas e inhóspitas arenas del desierto, donde había visto enormes bosques casi impenetrables y extraños animales desconocidos en estas latitudes.

El capitán narbonés recorría todos los grupos acompañado de cuatro enormes mercenarios alemanes y de dos fieros perros alanos que siempre llevaba su lado. Quería revisar personalmente que todo se encontrara bien, inspeccionar los puestos de guardia para la noche y sobre todo evitar que nadie osara jugar a los dados o a cualquier otro tipo de juego de azar. Muchas caravanas habían fracasado por rencillas y peleas que habían estallado con motivo de alguno de estos juegos y el férreo narbonés no estaba dispuesto a permitir que ocurriese en un convoy bajo su mando.

Juan había ayudado a preparar la cena y a servirla. Finalizada su tarea, se recostó, enrollado en su manta, cerca del carro donde viajaba Helena, con la esperanza de poder observarla. Apoyado sobre una roca vio brillar su dorado cabello y la saludó con la mano. Helena se acercó a Juan, con su manta bajo el brazo, y le preguntó si podía recostarse junto a él. El muchacho, un tanto ofuscado, le hizo un sitio y Helena se envolvió en su manta apoyando la espalda en la misma roca. El agente de Ferrer encargado de vigilar a los esclavos había bebido demasiado vino rojo y se había quedado profundamente dormido cerca del carromato.

Sobre la crestería de piedra de la serranía asomaba su fulgor una media luna rojiza; en el cielo palpitaban centenares de estrellas como agujas de luz. Juan fue describiéndole a Helena el nombre de cada una de ellas, de las distintas constelaciones y de los planetas. Sobre la línea del horizonte, hacia el oeste, brillaba esplendoroso Venus, el planeta del amor. Casi sobre sus cabezas lo hacía Júpiter, con el mismo fulgor aunque con tono más amarillento. Y desde el noroeste lanzaba sus rojizos destellos Marte, el lucero de la guerra.

Helena asentía con la cabeza a la narración de Juan, que de vez en cuando volvía sus ojos hacia la muchacha, fundiendo sus miradas bajo la suave palidez de la luna. Era muy agradable poder volver a hablar en su propio idioma. Desde que salió de la aldea, Juan apenas había podido hacerlo en eslavo, tan solo en algunas ocasiones con Demetrio, cuando este se lo pedía para practicar, o para traducir las órdenes de antiguos dueños a esclavos de su misma raza. Pero esto era distinto, Juan hablaba y Helena lo escuchaba. La voz de la joven, que de vez en cuando preguntaba alguna cosa, sonaba en sus oídos más suave y melodiosa que la exquisita y delicada música bizantina.

Helena le contó cómo había sido secuestrada de su aldea por bandidos cumanos que la habían raptado en una rápida incursión y la habían conducido por un gran río, el Danubio, hasta una

pequeña ciudad llamada Pest, desde donde atravesando valles y montañas había recalado en Génova.

La fatiga acabó por vencer a Helena y sus ojos marinos se cerraron a la vez que su cabeza se deslizó por la roca hasta descansar en el hombro de Juan. El muchacho le acarició el pelo y posó sus labios sobre su cabello dorado. El campamento había quedado en silencio y solo se oía el chisporroteo de los últimos leños crepitando en las hogueras, el aullido lejano de algún lobo, contestado por los ladridos de los fieros mastines de la caravana, y el ronco canto de las cigarras y los grillos.

Al alba el capitán ordenó sonar el cuerno que anunciaba que todo el mundo debía incorporarse. El agente de los Ferrer agitó su embotada cabeza y estiró su adormilado cuerpo, víctima de los excesos del vino de la noche pasada. Se despabiló sobresaltado y acudió deprisa al carromato de las esclavas: allí estaban Ingra, Helena y las demás. Suspiró aliviado y les indicó que bajaran del carro a desayunar. Helena se había despertado con la primera luz del día y había dejado la compañía de Juan para evitar cualquier represalia.

Desayunaron pan con mantequilla y espinacas recalentadas y se pusieron de nuevo en marcha. Siguiendo la antigua vía romana, casi desprovista de losas pero con un trazado perfectamente dibujado, caminaron por ella durante cuatro días, atravesando colinas de pinares, valles recién roturados que comenzaban a ponerse en cultivo y eriales. De vez en cuando cruzaban junto a una pequeña población fortificada o pasaban bajo la vigilante sombra de una torre o un castillo.

—Mañana alcanzaremos territorio musulmán —observó el capitán narbonés a su lugarteniente —. Es conveniente que se adelanten dos mercaderes zaragozanos para cumplimentar los trámites. Nuestra misión acaba ahí. Seremos relevados por tropas del reyezuelo de Lérida que escoltarán la caravana hasta Fraga.

El traspaso de la escolta se hizo a orillas de un arroyo. El capitán y los cabecillas de los mercaderes se despidieron tras recibir las cantidades acordadas. Sobre un capote extendido en el suelo, el narbonés contó las tres bolsas de monedas de plata que le entregaron los comerciantes.

—Está correcto —asintió—. Que tengáis buen viaje.

Tras él se hallaban agrupados los soldados, ansiosos por recibir su parte de la paga antes de regresar a Barcelona. Al otro lado del arroyo esperaban perfectamente dispuestos cincuenta jinetes uniformados. Uno de ellos portaba la enseña de Yusuf ibn Hud al-Muzaffar, rey de Lérida.

El agente de los Ferrer ordenó a todas las esclavas que se colocaran un pañuelo sobre sus cabezas y el *litham*, el velo que las musulmanas usaban para cubrir sus rostros, en cuanto entraron en tierra del islam. Juan podía hablar con ellas con más frecuencia, pues ante la imposibilidad de hacerse entender, el representante de la compañía lo empleaba como traductor de sus órdenes.

La caravana atravesó la fértil llanura de Maskicán, sembrada de olivos, hortalizas, frutales y jardines. En el centro, sobre una colina, se levantaba la ciudad de Lérida, rodeada de fuertes murallas de piedra. Acamparon en el llano que se extendía al pie de la ciudad, entre los muros y un río. Decenas de personas hurgaban en las arenas de sus orillas en busca de alguna pepita de oro. Hacía algunos años que un labrador de la huerta había encontrado una gruesa pepita dorada; desde entonces la noticia se había extendido por toda la España musulmana y cientos de aventureros habían acudido a Lérida en busca de fortuna. Junto a un gran arenal, los buscadores de oro habían levantado un desvencijado poblado con todo tipo de materiales: tiendas de lona, chabolas de madera y paja, casetas de barro y cañas, cualquier cosa valía para guarecerse del sofocante calor del verano y de las heladas noches del invierno.

En cuanto se estableció la caravana en su lugar de acampada, acudieron algunos de los buscadores de oro. Unos traían minúsculas pepitas por las que pedían algunos dírhems, otros mendigaban comida o ropas usadas. El nuevo jefe de la escolta, un comandante de la guardia personal del rey de Lérida, ordenó a sus soldados que alejaran a aquellos molestos individuos.

Bajo la atenta vigilancia de los soldados, se permitió a los esclavos refrescarse en la orilla del río. Helena e Ingra se introdujeron en la corriente hasta los muslos. El contacto con el agua supuso una sensación maravillosa en sus pieles. Cinco días de travesía por calzadas resecas y polvorientas habían dejado sobre la piel un polvo rojizo que el agua arrastraba con dificultad. Ingra remangó por encima de sus rodillas los calzones de lino ante la ansiosa mirada de todos los hombres, algunos de los cuales emitieron murmullos de admiración ante la perfecta blancura de las contorneadas piernas de la escocesa.

—Aprovechad bien estas aguas —gritaba desde la orilla el agente de Ferrer—. Nos queda todavía lo peor del camino.

A la puesta de sol una serie de voces alargadas y monocordes sonaron cantarinas en la ciudad. Juan oyó por vez primera la llamada de los muecines a la oración desde lo alto de los alminares de las mezquitas. Todos los musulmanes que integraban la caravana se postraron de rodillas e inclinaron su cuerpo hasta tocar el suelo con la frente varias veces en dirección sur. Una corta frase era reiterada rítmicamente, como una cantinela: *Allahu akbar*, *Allahu akbar*!

Al día siguiente atravesaron el curso del río Cinca por el puente de madera de Fraga. Al lado de esta pequeña ciudad, con la mayor parte de sus casas excavadas en las blandas rocas del escarpe junto al río, se detuvieron para almorzar. Había que reponer fuerzas; más allá del «río de los Olivos», que era como los mercaderes llamaban al Cinca, el camino ascendía por una dura pendiente. Ahí acababan las colinas coronadas de pinos y los valles orlados de frutales y olivares.

En una posada cerca de Fraga se realizó el segundo y último relevo de la escolta. Sobre una colina un jinete portaba un estandarte en el que ondeaba un león rampante frente a una media

luna creciente. El comandante leridano se adelantó al trote y saludó cortésmente a otro jinete que parecía ser de su misma graduación. Intercambiaron unas palabras y se despidieron levantando ambos su mano derecha. El escuadrón de caballería de Lérida hizo girar a sus monturas y se perdió hacia el este tras una nube de polvo blanquecino.

—Bienvenidos a las tierras de nuestro señor Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud, rey de Zaragoza, Tortosa, Calatayud, Tudela y Huesca. Consideraos desde ahora bajo su protección, gritó el jefe de la nueva escolta.

Una inmensa llanura se extendía ante ellos durante casi cien millas hasta Zaragoza. Cuatro o cinco días sin más agua que la de algunos pozos salobres y la de yesosas balsas malolientes. Planicies agostadas por un sol inclemente alternaban con barranqueras en las que brotaban los tomillos y las jaras. Plantas espinosas, retamas, tomillos y aliagas perfilaban las dos orillas del camino que trazaba hasta más allá del horizonte dos líneas amarillas paralelas. De vez en cuando atravesaban una charca seca, con el fondo cuarteado a manera de escamas de gigantescos peces dorados. Avanzaban cansinos, en silencio, evitando las horas centrales del día en las que se detenían para descansar a la sombra de algunas de las sabinas que de trecho en trecho salpicaban el desolado paisaje. Aquella estepa corría paralela a una sierra al norte, cuajada de pinos negros. Cada día, con el ocaso, acampaban en una modesta aldea donde pernoctaban. Todas ellas disponían de una casa de huéspedes. Los esclavos eran acomodados en corralizas cercadas con tapias y vigilados por los perros. Con el albor se ponían en marcha hacia el este. Caminaban desde la salida del sol hasta poco después de mediodía y reiniciaban la ruta antes de media tarde.

Polvo, sol y sudor. Después de un páramo, otro y tras él otro más. Millas y millas de paisaje asolado por el ardiente calor y el omnipresente viento del oeste. Por las noches, entre la tapias de las posadas donde solían acampar, Juan observaba el cielo y repasaba en su cabeza todo lo que sabía sobre las estrellas; no quería olvidar nada de cuanto había aprendido. La hermosura de las noches, plácidas y silenciosas, contrastaba con el tórrido calor y el polvo perpetuo de los días.

Cuatro jornadas después del último relevo de la escolta, poco antes del atardecer, la vanguardia de la caravana avistó desde el borde de un páramo la Ciudad Blanca.

Capítulo V

La ciudad blanca

1

El valle zigzagueaba como una serpiente verdosa en las blanquecinas arenas del desierto. Entre los jardines y los huertos de olivos y frutales brillaba una ciudad blanca, como una mota de harina en el centro de una esmeralda. Descendieron la suave pendiente cubierta de retamas y tomillos y se adentraron en el valle, rodeados de un verdor exuberante. Álamos perfilaban la calzada de acceso y más allá se extendían olivares, manzanos y perales repletos de aromáticas frutas. A este lado del río un pequeño arrabal de casas de una sola planta trazadas junto a los caminos confluía en el puente. Seis pilastras de piedra sostenían una pasarela de troncos claveteados con tablas y recubiertos de argamasa. Sin duda la base del puente era muy antigua, y daba la impresión de haber sido rehecha numerosas veces a causa de las avenidas del río. Un torreón en el lado del arrabal protegía la embocadura. Antes de atravesarlo, la caravana se detuvo. El jefe de la escolta saludó al comandante que mandaba la guardia y le transmitió la consigna. Todo estaba en orden. Se retiró una gruesa cadena que interrumpía el paso y cruzaron el río Ebro. El puente conducía directamente a la puerta norte, flanqueada por dos torreones de alabastro. Entre ambos, dentro de una hornacina, se había colocado una desgastada escultura romana alada; Juan reconoció en ella a la diosa Victoria.

Dentro ya de la ciudad, la caravana se disgregó en varios pedazos. Los carros de la compañía de los Ferrer y los cincuenta esclavos giraron a la derecha y recorrieron una calle recta y amplia hasta una pequeña plaza ante la que se alzaba un templo cristiano. Allí se agruparon los carromatos y comenzaron a descargarse las mercancías. Juan, Helena, Ingra y los demás esclavos fueron conducidos a una casa donde les dieron de cenar un grasiento caldo de hierbas, habas refritas con mantequilla rancia y queso con estragón y les señalaron el lugar donde debían dormir, una lúgubre bodega en la que tan solo había montones de paja húmeda por el suelo. Hombres y mujeres fueron separados en dos compartimentos distintos. La puerta de la bodega, convertida en provisional mazmorra, se cerró y tras ella sonó el chirrido de un cerrojo metálico.

—¡Arriba, arriba, haraganes! Todos sois iguales, vagos e indolentes. ¡Vamos, ya es hora de

que os mováis! —aullaba una voz ante la puerta recién abierta.

Se levantaron con los huesos entumecidos y Juan observó a contraluz los ojos profundos de Helena, que sacudía sutilmente las pajas adheridas a su vestido al salir de la estancia de las mujeres. Se asearon en una pila de agua y un grupo fue colocado en fila, cuatro varones a un lado y ocho hembras a otro. Instantes después apareció Sancho el Royo, un mercader cristiano que ejercía de intermediario en la compra y venta de esclavos en Zaragoza; en su mano portaba la lista de esclavos con sus nombres y características más notables.

—No está mal esta partida —comentó Sancho en una lengua parecida al latín, escrutándolos como si se tratara de animales listos para ser vendidos en una feria.

Y dirigiéndose a ellos añadió:

—Estáis en Zaragoza, la Ciudad Blanca, la capital del reino de nuestro señor Ahmad ibn Sulaymán. Yo soy Sancho el Royo, comerciante mozárabe, representante del señor Jaume Ferrer en esta ciudad. Algunos de vosotros ya habéis sido asignados a vuestros nuevos dueños. La mayor parte de las muchachas irá al servicio del rey, a su palacio de la Zuda occidental; si sois de su agrado permaneceréis en su harén, pero la que no le complazca será subastada en el mercado público. En cuanto a los varones, tenéis un destino diverso. El llamado Juan el Romano ha sido adquirido por Yahya ibn al-Sa'igh ibn Bajja el Platero, dueño del principal taller de orfebrería de la ciudad. Tiene varios hijos y quiere que aprendan otras lenguas; el esclavo se encargará de enseñarles latín y griego. Otros saldréis mañana hacia Toledo, allí os espera vuestro dueño, un mercader de esclavos que necesita eunucos para cuidar los harenes de sus clientes.

Sancho prorrumpió entonces en fuertes carcajadas coreado por los guardianes que rodeaban a los cautivos.

Juan volvió sus ojos hacia Helena y sus miradas hablaron por ellos. Eran conscientes de que quizá nunca volvieran a verse. Helena desapareció tras una puerta, delante de la roja cabellera de Ingra. Juan, escoltado por dos fornidos guardianes, fue trasladado a la casa de su nuevo amo. Yahya ibn al-Sa'igh era un rico orfebre propietario del taller más famoso de Zaragoza y dueño de varias tiendas en el zoco de la mezquita aljama. Vivía en una lujosa casa en la calle de la puerta del Puente, junto a una plaza que decían había sido el antiguo mercado de la ciudad cuando los romanos eran sus señores. Los dos guardianes llegaron ante la puerta y entregaron a Juan con el certificado de propiedad. Fue introducido en un patio interior en cuyo centro manaba una fuente y a los pocos minutos apareció Yahya acompañado por dos muchachos algo menores que el esclavo. Era un hombre de mediana edad, con canas en las patillas y en la barba, que cojeaba ligeramente cuando apoyaba el pie izquierdo en el suelo.

—Sé bienvenido a mi hogar —dijo Yahya—. Creo que ya te han puesto al corriente sobre quién soy y qué vas a hacer en esta casa. Estos dos son mis hijos mayores 'Abd Allah y Ahmad. Su madre ya les ha iniciado en el Corán y desde hoy tú vas a enseñarles cuanto sabes. En tu

contrato de venta se dice que lees y escribes y que dominas el griego, el latín, el árabe y otras lenguas menores, y que tienes, pese a tu juventud, una buena experiencia y formación tras tus servicios en Grecia y Roma. Yo siempre quise acercarme a la sabiduría y al conocimiento pero he tenido que dedicar todo mi tiempo a ganar dinero. —Yahya rio a mandíbula batiente—. Ahora que soy rico es mi deseo que al menos mis hijos aprendan lenguas, que son cada vez más necesarias en el mundo de los negocios. Te instalarás en la parte posterior de la casa, en un aposento para ti solo. Deberás abstenerte por completo de penetrar en los espacios privados que están reservados exclusivamente a mi familia, a Fátima y a los dos eunucos africanos; no olvides esto.

»Cuando den comienzo las clases acompañarás a mis hijos a la escuela de la mezquita de Abú Yalid y permanecerás allí hasta que acaben sus lecciones de religión. Después volverás a casa donde los instruirás en el conocimiento del latín. Por las tardes traducirás al árabe los escritos que te sean presentados en latín o en alguna de las otras lenguas que conoces. Debes recordar que nosotros los musulmanes nos regimos por un calendario distinto al cristiano. Nuestra era comienza con la hégira, la huida de Mahoma de La Meca a Medina. Eso ocurrió en vuestro año 622. Además, nuestro calendario se basa en los meses lunares, por lo que el año musulmán tiene 354 días, aunque cada treinta años se intercalan once de 355. También usamos el calendario solar, pero solo para efectos agrícolas. Ten siempre esto en cuenta: nunca deberás abandonar la casa sin permiso y mi administrador tiene que saber en cada momento dónde estás y qué haces. Uno de los criados te enseñará la casa; ahora instálate y date un baño, los cristianos siempre estáis sucios. ¿Me has entendido?

—Sí, mi señor —contestó Juan en un notable árabe—. Espero educar a vuestros hijos y enseñarles cuantas cosas a mí me han enseñado.

La amplia vivienda disponía de dos baños privados. Uno, muy suntuoso y recién construido con mármoles, alabastros y azulejos, lo usaban el dueño, sus esposas y sus hijos y el otro, más modesto, los siervos. Un complejo sistema de tuberías de barro cocido recorría el suelo de la casa para que en invierno pudiera circular por ellas el agua caliente desde los hornos del baño y servir como excelente sistema de calefacción.

Juan miró a los que iban a ser sus primeros alumnos, dos niños de piel melada y ojos castaños, no muy distintos de la tez amarillenta y los ojos negros de su padre. Esbozó una sonrisa y los chiquillos le correspondieron.

Un año después de dejar Roma volvía a disponer de una estancia para él solo. Es cierto que se trataba de una simple alcoba en la que apenas cabían un camastro, un sencillo baúl de madera que servía a la vez para guardar sus escasas ropas y para sentarse y una desvencijada estantería de tablas, pero le pareció suficiente e incluso lujosa, aunque solo fuera por el arco de herradura decorado con finas molduras de yeso por el que se accedía a la habitación.

El trato era mejor que el que le habían dado los cristianos; los musulmanes podían pegar a los esclavos, pero nunca en la cara, además, un niño de menos de siete años no podía ser separado de su madre.

Juan pasó aquel primer verano instruyendo a los hijos de Yahya hasta que a comienzos del curso se reanudaron las clases. La *kuttab*, la escuela primaria de la mezquita de Abú Yalid, se encontraba en el arrabal del sur, llamado de Sinhaya a causa de la tribu de bereberes que se había establecido en ese lugar en las afueras de la medina hacía más de doscientos años. Todas las mañanas Juan salía temprano, después de la primera de las cinco oraciones preceptivas, con los dos niños. Durante los primeros días permaneció en el patio de la mezquita esperando a que acabaran las clases de religión, contemplando el discurrir del agua en la fuente y el vuelo de las palomas, pero sentía una atracción cada vez mayor hacia la biblioteca que ocupaba una de las alas del patio. Veía entrar en ella a sabios musulmanes tocados con altos turbantes albos, a estudiantes de derecho y de filosofía con gorros de fieltro azul y rojo, a maestros de las escuelas públicas y a eruditos locales y extranjeros de otras ciudades que gozaban de la protección del rey. No menos de cincuenta personajes acudían diariamente a la biblioteca y Juan se acercaba hasta la puerta para ver si podía escuchar alguna de las conversaciones que aquellos sabios entablaban bajo los porches de alabastro y yeso.

Una mañana, cuando Yahya se despedía de sus hijos en el patio de casa, Juan se dirigió a su dueño:

—Mi señor, quisiera pediros un ruego.

—Dime cuál es —contestó Yahya.

—Todas las mañanas, cuando acompaño a vuestros hijos a la *kuttab*, permanezco varias horas en el patio de la mezquita aguardando a que finalicen sus clases. Ese es un tiempo precioso que podría aprovechar en la biblioteca. Si me permitierais consultar entre tanto algunos libros, mis conocimientos aumentarían y ello sería mucho más provechoso para vuestros hijos.

—Hum... —musitó reflexivo Yahya—, está bien, creo que tienes razón; esta tarde hablaré con el bibliotecario de la escuela para que te permita estudiar en la biblioteca, pero que quede bien claro que debes estar atento a la salida de mis hijos de clase.

Al día siguiente, en cuanto los niños entraron en la escuela, Juan acudió presuroso a la biblioteca. Cruzó el patio corriendo y al llegar al otro lado un anciano que paseaba bajo las arcadas lo increpó por su actitud; enrojeció y pidió disculpas al anciano, que continuó su paseo murmurando acerca de la incontinencia y la osadía de la juventud.

Entró en la biblioteca y preguntó por el director. Un joven aprendiz lo condujo hasta una sala donde un hombre maduro colocaba en una estantería un grueso códice de tapas de cuero negro.

—Señor —se presentó Juan—, soy el siervo de Yahya ibn al-Sa'igh.

—¡Ah!, sí, tu amo vino ayer a verme, pero no creí que aparecerías tan pronto. Yo me llamo Muhámmad ibn Bakr. Yahya es un buen amigo mío y un hombre piadoso. Sus donativos para con esta biblioteca son muy generosos. Él nació en este arrabal de Sinhaya, ahí al lado, en una familia de artesanos del metal. Gracias a su esfuerzo ha logrado una considerable fortuna y una elevada condición. En la ciudad todos lo conocen y lo respetan. Me ha puesto al corriente de tus deseos por aprender, aunque creo que para tu edad tus conocimientos son muchos. ¿Es cierto que has estado trabajando en bibliotecas de Roma y de Constantinopla?

—Sí, aprendí en la capital de Bizancio con el maestro Demetrio Escopleustes, en la biblioteca del palacio del patriarca, y en Roma lo hice en el *scriptorium* de San Pedro con León de Fulda.

—¿Demetrio Escopleustes?, ¿León de Fulda?, bueno, no me suenan esos nombres, pero imagino que serán hombres sabios para ocupar tan altos cargos. Ven, voy a mostrarte la biblioteca.

En una espaciosa sala, muy bien iluminada mediante amplios ventanales con vidrieras, se alineaban varias estanterías repletas de libros.

—Este es el fondo principal —se pavoneó Muhámmad ufano—, aquí hay unos seis mil ejemplares. En la sala contigua está el fondo de libros religiosos, que contiene algo más de mil, y hay todavía una pequeña colección de libros reservados con cerca de quinientos. En total, la biblioteca tiene casi ocho mil. Es la tercera de la ciudad.

—¿La tercera? —preguntó Juan asombrado.

—Sí, ahora es la tercera. La primera es la de la mezquita aljama, con unos doce mil, y le sigue la del palacio real con nueve mil. Desde hace cinco años la biblioteca de palacio nos ha superado en número de ejemplares y nos ha relegado al tercer puesto. El rey ha comprado y mandado copiar muchos libros; creo que no quiere morir sin ver convertida a su biblioteca en la primera de la ciudad. En aquellos cajones tienes las fichas de los libros y su ubicación. Si quieres consultar alguno le das la referencia a Utmán, nuestro aprendiz, y él te lo servirá.

—Muchas gracias mi señor —asintió Juan inclinándose reverencialmente ante Muhámmad.

Juan se dirigió a los ficheros y revisó las primeras fichas. La biblioteca estaba catalogada por temas y dentro de cada tema por autores. En el exterior de la puerta de cada armario había colgada una hoja de papel con la lista de los libros que contenía. Le abrumó la cantidad de obras que desconocía y de autores de los que nunca había oído hablar. En filosofía, derecho, matemáticas o ingeniería las bibliotecas de Constantinopla eran superiores, pero la de Abú Yalid las superaba con amplitud en textos de astronomía, religión y poesía. Esta biblioteca era reputada por sus enciclopedias. Allí se guardaba una copia de los cuatro primeros libros de las *Antigüedades* de Varrón, el primer diccionario enciclopédico, una versión en árabe de las *Etimologías* de san Isidoro de Sevilla, recién traducidas del ejemplar en latín que conservaba el

monasterio cristiano de las Santas Masas; había también una copia casi completa del compendio *De rerum natura* de Beda el Venerable y se había encargado una copia de la *Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza*, el más completo elenco del saber entre los musulmanes.

El director de la biblioteca era un apasionado del estudio de las estrellas y su máximo afán consistía en reunir la mejor sección de bibliografía astronómica de todo al-Ándalus. Desde hacía varios años estaba empeñado en recuperar algunos de los textos que se habían desperdigado tras la expurgación realizada en la biblioteca cordobesa de al-Hakam II por Almanzor. Este caudillo, una vez dueño del poder en Córdoba, había ordenado destruir los libros de lógica y de astronomía; unos fueron quemados y otros arrojados a pozos ciegos y cubiertos con piedras y tierra, pero algunos ejemplares se salvaron del expolio. Durante los años que siguieron a la dictadura de Almanzor, el pueblo, por instigación del caudillo, había repudiado a los que trabajaban en el estudio de los astros. Casi todos se exiliaron bien al norte de África bien a la Marca Superior, donde la permisividad social era mayor, sobre todo en Zaragoza.

Después de la dictadura de Almanzor y de sus hijos, el Estado cordobés se descompuso y las ciudades más populosas de al-Ándalus pugnaron por su independencia. La primera en lograrlo fue precisamente Zaragoza. Al-Mundir, gobernador de la ciudad y miembro de la poderosa familia de origen yemení de los tuyibíes, se declaró independiente y fundó un reino sobre la antigua provincia de la Marca Superior. Fue sucedido por su hijo Yahya ibn Mundir y este por Mundir II, nieto del fundador. El tercer tuyibí fue asesinado por un pariente suyo llamado ‘Abd Allah, que solo gobernó unos meses.

Sulaymán ibn Hud, gobernador de la ciudad de Lérida, al enterarse del asesinato del rey y de la entronización del usurpador, marchó con un ejército sobre la capital de la Marca y con el apoyo del pueblo derrocó a ‘Abd Allah, que huyó llevándose el tesoro real al castillo de Rueda, sobre el valle del río Jalón. Sulaymán se apoderó del reino de los tuyibíes entronizando la nueva dinastía reinante de los Banu Hud. Antes de su muerte dividió el reino entre sus cinco hijos; a Yusuf le dio Lérida, a Lubb Huesca, a Mundir Tudela, a Muhámmad Calatayud y a Ahmad Zaragoza. Este último, muerto su padre, luchó contra sus hermanos para reunificar el reino. Consiguió engañar y derrotar a todos menos a Yusuf, que se hizo fuerte en Lérida. Tudela, Calatayud y Huesca fueron conquistadas poco después.

Ahmad ibn Sulaymán reinaba con magnanimidad. Hombre ambicioso y henchido de delirios de grandeza, había creado una corte en la que poetas, músicos, filósofos, astrónomos, médicos y otros hombres de ciencia eran acogidos entusiásticamente. A la desaparición del Califato, Zaragoza se había convertido en el principal foco de atracción de intelectuales que huían de la intransigencia que se había adueñado de la antigua capital de al-Ándalus. Desde su trono se sentía elegido para hacer grandes obras en nombre del islam y sus astrólogos le habían predicho que era el predestinado para extender el dominio musulmán sobre la tierra.

Juan comenzó a estudiar en la biblioteca un manuscrito de ‘Abd Allah ibn Ahmad, geómetra y astrónomo zaragozano que se había establecido en Sevilla. Hacía pocos años que había fallecido en aquella ciudad, aunque antes ordenó que enviaran a su ciudad natal una copia de su libro *Rectificación del movimiento de las estrellas y errores cometidos en la observación astronómica*. En esta obra Juan aprendió la importancia de la demostración empírica y la crítica permanente como método de avance en la investigación científica. Para la comprensión de los cálculos astronómicos tuvo que estudiar matemáticas en las obras de Alí ibn al-’Abbás al-Majusí, especialmente su *Libro regio*, el principal tratado de matemáticas, y el libro de álgebra de Abú Ma’sar. Con ese acervo de conocimientos pudo comprender sin dificultad el *Tesoro óptico* de Alhazén, el complicado tratado de Thabit ibn Qurrah y el *Libro de la ciencia de las estrellas* de Alfragano. Volvió a repasar el *Almagesto* de Ptolomeo y ordenó sus conocimientos sobre el universo: concluyó que la Tierra era redonda como una naranja, con un diámetro de ciento ochenta mil estadios, unas veintidós mil quinientas millas romanas; que estaba dividida en cinco zonas, las dos extremas inhabitables por el frío y la central por el calor; que solo se podía vivir en el círculo solsticial, en cuyo centro se hallaba el Mediterráneo, cuyas aguas bañaban las tres partes del mundo: Europa, Asia y África; que la esfera terrestre no descansaba en nada, sino que flotaba en el espacio por el poder de Dios, suspendida en el vacío; que debido a fuerzas que no comprendía, la Tierra, tal y como había demostrado Aristarco de Samos hacía más de un milenio, giraba alrededor del astro solar, que era el centro del universo.

2

Una mañana de finales de otoño, cuando el viento del noroeste arrastra los primeros fríos sobre el valle, Juan acompañó a los hijos de Yahya, como cada día, a la escuela y cruzó el patio para ir una vez más a la biblioteca. Sus conocimientos, pese a su juventud, lo habían hecho famoso entre quienes la visitaban. Estaba trabajando sobre un tratado de aritmética que no acababa de entender del todo cuando el aprendiz Utmán le tocó el hombro con suavidad:

—Aquel anciano quiere hablarte —le dijo.

—¿Quién es? —preguntó Juan.

—Se llama Abú-l-Hakam, pero todos lo conocen como al-Kirmani. Nació en Córdoba en una familia de origen iraní y estudió astronomía con el célebre Maslama de Madrid. Dicen que ya ha cumplido setenta años, y así debe ser porque siempre viene acompañado de dos o tres criados y alumnos suyos para que le seleccionen los libros y se los lean, pues tiene los ojos tan cansados que por sí solo no puede hacerlo. Ha viajado mucho por todo el mundo y cuando regresó de

Oriente tuvo que refugiarse en Zaragoza porque en su Córdoba natal lo perseguían por heterodoxo. Goza de mucha fama y el rey nuestro señor, que Dios guarde, lo tiene en gran estima, tanta que lo ha nombrado profesor de astronomía y matemáticas de su hijo, el príncipe heredero Abú Amir, además de ocupar hasta que quedó ciego el puesto de médico y astrónomo real. Alguno de sus colaboradores le ha informado de tu presencia aquí y quiere conocerte.

Juan cerró el libro y se dirigió hacia donde se encontraba el anciano de aspecto venerable. Estaba sentado en un banco de madera, cubierto con un amplio manto de lana alba que lo envolvía por completo y tocado con un sencillo bonete blanco. Su rostro enjuto y tallado con hondos surcos dejaba entrever una vida azarosa y llena de experiencias. Una barba blanquecina poblaba su rostro en el que destacaban sobremanera dos profundos ojos azulados en los que se adivinaba la falta de luz. Lo rodeaban cuatro alumnos, todos ellos mayores que Juan.

—Señor —intervino con reverencia—, el aprendiz me ha hecho saber que queréis hablar conmigo, ¿a qué debo tal honor?

Aquel anciano desprendía un magnetismo especial, similar al que había sentido ante la presencia de Demetrio y de Miguel Cerulario en Constantinopla o de Humberto de Selva Cándida en Roma.

—¿Eres tú Juan el Romano? —preguntó al-Kirmani volviendo su rostro hacia el lugar de donde procedían las palabras del joven.

—Sí, mi señor, pero no soy romano sino eslavo —contestó fijando sus ojos en un colgante de plata con una bolita de cristal de roca que pendía del cuello de al-Kirmani.

—Me han dicho que hace algunos meses que has llegado de Roma, que antes estuviste en Constantinopla y que estás al servicio de un rico industrial. Yo viajé en mi juventud por Oriente en busca de sabiduría, pero nunca visité la vieja Bizancio. En la ciudad de Harrán, donde aprendí la gnosis de los ismaelitas, un mercader griego me habló mucho de ella y siempre tuve curiosidad por conocerla; por aquellas descripciones parecía muy distinta a nuestras grandes metrópolis. Despertó mi atención la abundancia de médicos y de filósofos, que según decía el griego eran tan numerosos como en Bagdad, pese a ser la capital del califato casi dos veces Constantinopla. Me gustaría hablar contigo sobre estas cuestiones; voy a pedirle a tu dueño que te deje venir a mi casa a algunas tertulias.

—Mi señor, me gustaría —alegó Juan—, pero tengo que encargarme de acompañar a los hijos de mi amo a la escuela y después enseñarles latín y griego, no sé si...

—No te preocupes por ello —le interrumpió al-Kirmani—. Hace pocos años, cuando mi vista todavía era clara y mi pulso firme, realicé una ablación a tu actual dueño. Un otoño viajó a Pamplona con un cargamento de bandejas de cobre, jarras de plata y cajas de marfil; al regreso se le echó el invierno encima y en el camino se le congelaron los pies. Ya en Zaragoza tuve que amputarle dos dedos del pie izquierdo que estaban gangrenosos; de no haberlo hecho hubiera

muerto a los pocos días. Le ha quedado de entonces una leve cojera, pero ha conservado la vida. No me podrá negar ese favor.

A la semana siguiente Juan fue autorizado por su dueño para que los miércoles, después de la oración de la tarde, fuera a casa del médico. Yahya, como buen hombre de negocios, sabía que el anciano, el más relevante de los médicos del reino y gran experto en matemáticas, transmitiría algunos de su conocimientos a Juan y ello redundaría en su beneficio.

La casa de al-Kirmani estaba ubicada en la medina, junto a la Puerta de Toledo, al lado de una pequeña plazuela en la que brotaba una fuente erigida por el segundo soberano de la taifa. Había sido un regalo del rey Ahmad ibn Sulaymán y era muy espaciosa, con un gran patio descubierto cuyo suelo estaba decorado con pequeñas piedras de colores formando dibujos geométricos y figuras de animales. Juan descubrió enseguida que se trataba de un mosaico como los que había visto en Roma. Un gran círculo se inscribía en un cuadrado: doce figuras representando a los doce signos del zodiaco rodeaban a un gran rostro de mujer en el centro, con largos cabellos dorados, ojos entornados y labios entreabiertos. El patio estaba porticado, con cuatro columnas estriadas, rematadas por capiteles de hojas de acanto. Las paredes se habían alicatado con azulejos en verde, azul y blanco, dibujando formas geométricas que alternaban con arcos de yeso decorados con guirnaldas de flores y racimos de piñas en las puertas que se abrían al patio.

Al-Kirmani se reunía con su grupo de afines en el *madjlis*, una espaciosa sala al fondo del patio, iluminada tenuemente con dos lámparas de aceite aromático y un candelabro de cirios bermejos. En un incensario se quemaban palitos de sándalo y en las esquinas ardían de continuo leños de olivo y encina en cuatro braseros. El anciano se sentaba sobre dos mullidos almohadones al fondo de la sala y los alumnos se acomodaban a su alrededor, en torno a una amplia mesa de escasa altura en la que siempre había escudillas con almendras, avellanas y nueces con miel, racimos de pasas, azufaifas e higos secos, orejones de melocotón y albaricoque, galletas de mantequilla, tacitas de porcelana con infusión de abrótano y manzanilla y jarras con agua aromatizada con esencia de rosas y azahar. Nunca eran más de veinte los elegidos para cada sesión, y a veces variaba la composición del grupo, introduciendo nuevos alumnos que se incorporaban a las pláticas del maestro. A las tertulias acudían los intelectuales más brillantes de la Zaragoza hudí; entre ellos estaban el científico Alí ibn Ahmad ibn Daw'al, discípulo del prestigioso 'Abd Allah ibn Ahmad, el médico y jurista Ahmad ibn 'Abd Allah Abú Chafar, el viajero al-Husayn ibn Muhámmad al-Ansarí, de notable fama por su peregrinación a los lugares santos de Arabia, y el pedagogo 'Abd al-Wahhab al-Ansarí. De vez en cuando también asistía el príncipe Abú Amir, destinado a suceder a su padre en el trono de Zaragoza. La tertulia de al-Kirmani no hacía distinciones entre musulmanes, cristianos o judíos. Uno de los más asiduos asistentes era el joven filósofo hebreo Ibn Paquda, que estaba inmerso en el estudio del Antiguo Testamento, y el también hebreo Ibn Hasday, joven dotado de gran capacidad para la retórica.

La mecánica de las sesiones apenas variaba. Al-Kirmani, después de recitar de memoria algunos versículos del Corán, pronunciaba un breve discurso sobre el tema a tratar ese día, citando a las principales autoridades en la materia. Después iniciaba una rueda de preguntas a los invitados; cada uno debía contestar a una cuestión y a su vez tenía que plantear otra al maestro o a cualquiera de los congregados. Por último, se celebraba una discusión abierta entre todos los asistentes en la que el anciano actuaba como moderador.

El primer día que asistió Juan, fue presentado por al-Kirmani, quien alabó su juventud, como experto en griego y latín, conocedor de la filosofía de Platón y Aristóteles y viajero por Constantinopla y Roma. Al oír aquello Juan tragó saliva y enrojeció, pero notó que algunos lo miraban admirados porque al-Kirmani siempre había destacado en sus conversaciones que viajar era una de las principales fuentes de conocimiento para el ser humano.

En esa ocasión, el maestro había elegido el alma como tema para el debate. Comenzó con unos versículos del Corán:

—«Cuando la tierra sea reducida a polvo fino y venga tu Señor con los ángeles en filas, ese día traerá la gehena, ese día el hombre se dejará amonestar (y ¿de qué le servirá entonces la amonestación?) y dirá: “Ojalá hubiera enviado por delante buenas obras para mi vida”. Ese día nadie castigará como Él, nadie atará como Él. ¡Alma sosegada, vuelve a tu Señor satisfecha, acepta y entra con mis siervos, entra en mi jardín!».

El texto se refería al juicio final. Juan suspiró aliviado, conocía muy bien el Apocalipsis y había estudiado con Demetrio las posiciones de Platón y Aristóteles sobre el alma. Podría defenderse entre tantos sabios; la pregunta de al-Kirmani no le cogió por sorpresa.

—Nuestro joven invitado de hoy es un experto viajero. Viene de muy lejos y ha visitado muchas ciudades y naciones. Ha estado algún tiempo entre los griegos, los descendientes del gran Platón y del sabio Aristóteles. ¿Crees posible —preguntó el anciano dirigiéndose a Juan— conciliar las teorías de los dos filósofos? ¿Se siguen planteando esta cuestión en Bizancio y en Roma?

Juan se levantó de la almohada donde estaba sentado, aspiró profundamente y comenzó a hablar:

—Esta cuestión que proponéis, maestro, ha sido fuente de discusión durante muchos siglos, y sin duda lo seguirá siendo. Todos amamos con nuestro corazón a Platón, pero todos sentimos a Aristóteles más cerca de nuestra cabeza. ¿Pero acaso podría explicarse Aristóteles sin Platón? Yo creo que la vía del conocimiento es solo una, aunque a sus orillas corran diversas sendas que en ocasiones pueden alargar el camino. En los textos de ambos filósofos hay posiciones encontradas, pero es preciso buscar los razonamientos comunes y a través de ellos seguir en el camino de la verdad.

—Dices bien —habló al-Kirmani—, ese camino de la verdad es el que nos ha mostrado

Mahoma, nuestro profeta. Él nos enseñó a comprender la unidad y la continuidad de las transmisiones proféticas, desde Moisés a Jesús. Nosotros hemos de introducir la razón para que la revelación de Dios triunfe sobre toda la Tierra.

Siguió después una animada discusión sobre las teorías del alma en los libros de los dos grandes maestros griegos.

Al-Kirmani era el principal impulsor de la secta de los Hermanos de la Pureza e introductor de la escuela masarrí. Experto en geometría, filosofía y medicina, el Maestro, como se le conocía en los ambientes intelectuales de la ciudad, había difundido en Zaragoza la llamada *Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza*. Este grupo había florecido en la ciudad iraquí de Basora en décadas anteriores tratando de armonizar la autoridad con la razón. Sostenía que Dios era el todopoderoso creador del mundo, pero que el hombre había sido dotado de libertad de voluntad y de facultades cognoscitivas en los sentidos. Creía que la moral humana dependía del clima, de los astros, de la religión y de la educación y que el hombre solo alcanzaba la perfección cuando comprendía que Dios era único y que la creación era una obra armónica. Los Hermanos de la Pureza enseñaban una serie de materias, compendiadas en varias epístolas en forma de diccionario, en las que se contemplaba una fuerte carga de pensamiento neoplatónico y sincretista y un interés creciente por la formación filosófica de los intelectuales y por el cultivo de la ciencias especulativas. A pesar de que estos postulados tenían influencias chiitas, la mayor parte de los intelectuales y juristas del reino de Zaragoza, educados en la rígida ortodoxia sunnita de la escuela malikí, aprobaron la *Enciclopedia*. Buena parte de esa aceptación se debía al prestigio de al-Kirmani, hombre tolerante y conciliador, defensor de la razón por encima de todo y admirador por ello de Platón y de Aristóteles.

3

Juan enseñaba las letras griegas a sus dos discípulos al calor de un brasero de bronce. Yahya entró en la estancia y sus dos hijos se levantaron para ir a saludar a su padre.

—Salid un momento, pequeños, tengo que hablar con Juan.

Los dos obedecieron con gusto, pues preferían jugar en el jardín a seguir el aprendizaje de aquellas raras letras.

—Esta tarde —dijo Yahya— voy a ir al mercado de esclavos. Una de mis esposas está a punto de dar a luz y necesitaré una sierva joven que la atienda y que cuide del niño. Tengo tres mujeres y es hora de ir buscando una cuarta. Pero no creas que todos los musulmanes pueden tener ese número. El Profeta, su nombre sea bendito, consintió hasta cuatro esposas legales y tantas

concubinas como un hombre pueda mantener con decoro. Claro que eso solo se lo permiten los ricos. Lo habitual es que cada hombre tenga una sola mujer, o dos a lo sumo. Muy pocos pueden alimentar a cuatro y únicamente los reyes y los grandes señores poseen harenes con decenas de concubinas. Si encuentro una esclava de mi gusto es probable que la haga mi esposa más adelante. Un comerciante del zoco, buen amigo mío, me ha dicho que van a subastar una partida de jóvenes muchachas procedente de Barcelona. Sin duda habrá de diversas razas y quizá alguna me agrade. Quiero que vengas conmigo para que me sirvas de intérprete, pues hace tiempo que deseo adquirir una joven eslava de cabellos dorados, piel lechosa y ojos como el cielo, de tu misma raza.

Yahya y Juan salieron de casa camino del mercado de esclavos, que se encontraba entre la mezquita aljama y el río. Los acompañaba Said al-Jayr, experto comerciante en la trata de esclavos y amigo de Yahya. Este individuo era hombre de ojos vivaces y porte altivo, aunque de escasa estatura, que trataba de disimular calzando unos zapatos con suela de corcho de roble con alto tacón relleno de arena. Por el camino, Said le recordó a su cliente el cuidado que había que tener a la hora de comprar una sierva.

—No debes precipitarte al elegir —recomendaba con aire de suficiencia—. Hay mercaderes que a pesar de la vigilancia del almutazaf ponen todo su ingenio en presentar a unos esclavos de determinada categoría como si fueran de otra. Son tan estafadores como los fruteros que untan los higos con aceite para que parezcan frescos. Pretendes una atractiva esclava que sea a la vez niñera para tu futuro hijo y amante, e incluso esposa, para ti. Pues bien, has de saber que a diferencia de los esclavos masculinos, entre los que los indios y los nubios son aconsejables para guardar las propiedades y cosas; los negros como criados, eunucos y labradores, y los turcos y eslavos como soldados, entre las diversas razas de mujeres, las bereberes son ideales para los placeres del lecho y de natural son las más obedientes y diligentes para el trabajo; sus hijos son los más sanos y en el parto demuestran un valor como ninguna otra. Las cristianas son muy celosas del cuidado del dinero y de la despensa, pero son las peores para la voluptuosidad. Las turcas son poco agraciadas y sus rostros desagradables a la vista, pero son trabajadoras y engendran hijos valerosos. Las etíopes tienen la naturaleza más dura y resistente que ha creado Dios, Su nombre sea loado, y soportan sin rechistar todo tipo de trabajos y fatigas; sus pechos son grandes y caudalosos pero son feas y sus toscos cuerpos emanan un fuerte olor acre que no las hace apetecibles. Las armenias son muy bellas, de perfectos rostros ovalados y brillantes ojos melados, pero son en extremo avaras y no se someten con facilidad, mostrando siempre un carácter esquivo y rebelde. Las nubias tienen una naturaleza obediente y dócil para con sus amos, como si hubieran sido creadas para la esclavitud; acatan las órdenes sin dudar y siempre sonríen, pero son ladronas y de poco fiar. Las hindúes son las mejores amantes; dulces y tiernas como huríes, siempre están dispuestas para el amor; en ellas encuentran los hombres los mejores

deleites y placeres, pero son orgullosas y no soportan la humillación. Si se sienten ofendidas son capaces de cometer los mayores crímenes y pueden llegar a suicidarse, pero si se las trata bien permanecen fieles hasta la muerte. Las iraquíes son incitantes y coquetas; las mequíes, delicadas y excelentes cantantes, y las medinesas, elegantes y altivas. En cuanto a las que tú buscas, las eslavas, son fuertes y resistentes, ariscas al principio aunque se someten con un poco de tacto y cierta disciplina. En el lecho son ardientes si no se las toma con frecuencia; engendran hijos sanos y robustos a los que cuidan con total dedicación. Ten en cuenta todo esto antes de comprar y regatea en el precio, pero no cierres el trato hasta que yo te indique que puedes hacerlo.

—Amigo Said —ironizó Yahya—, veo que tus conocimientos teóricos, muy amplios, no te han servido en la práctica. Si los hubieses aplicado no hubieras tenido que repudiar a tu segunda esposa y decirle que era para ti «como la espalda de tu madre». Creíste que te sería fiel y te engañó con uno de tus mejores amigos; tu ojo de experto no funcionó con esa armenia de ademanes coquetos y porte altivo.

—Bueno —alegó Said—, aquello fue, aunque se concretó legalmente como matrimonio, una «unión del goce». Para mí constituyó una mera alianza eventual, como las que practican algunos mercaderes que pasan largas temporadas en otras ciudades y que no pocos equiparan con la prostitución.

El mercado rebosaba de compradores dispuestos a adquirir la preciada mercancía que desde hacía semanas se pregonaba en la ciudad. Musa ibn Fahd, el principal comerciante de esclavos de todo el reino, había adquirido a las jóvenes más bellas para mostrarlas a los ávidos clientes. Cada esclava tenía una completa ficha en la que se hacía constar su edad, a veces de manera aproximada, sus señas físicas, su nombre, su procedencia y un certificado en el que se anotaba su condición de virgen o, en caso de no serlo, una credencial de no estar encinta. Para aquella subasta habían acudido a Zaragoza gentes de todo al-Ándalus en busca de esclavas para revender después en Toledo, Sevilla, Badajoz o Granada. Había corrido la noticia de que una partida de veinte jóvenes de extraordinaria belleza, y que en principio iban destinadas al harén del rey, había sido rechazada debido a una indicación de su astrólogo; esas jóvenes se iban a vender en subasta pública. Las muchachas compradas en la capital de la antigua Marca Superior eran las más codiciadas de todo al-Ándalus y simplemente con el certificado de haber sido adquiridas en Zaragoza su precio ascendía un veinte por ciento al ser vendidas en otras ciudades del sur.

La subasta se celebró en el *ma'rid* del zoco norte, el lugar especial dedicado a la venta de esclavos, en un amplio patio cubierto en cuyo centro se había colocado un estrado desde el que Musa ibn Fahd y sus ayudantes mostraron en primer lugar a media docena de eunucos. Tres de ellos eran originarios de Almería y habían sido castrados, apenas recién nacidos, por los hábiles cirujanos judíos de esa ciudad. Los otros tres eran eslavos, o al menos eso decían los subastadores, y, a diferencia de los almerienses, que carecían de testículos y de pene —este tipo

de eunuco se denominaba *madjbub*—, los eslavos solo habían sido desprovistos de sus compañones y conservaban la verga, es decir, eran *khassi*.

—Los eunucos castrados de niños son los más caros. Su voz seguirá siendo atildada y suave durante toda su vida, no les crecerá barba ni vello y sus cabellos serán siempre finos y sedosos, pero se ajarán pronto, su piel se tornará pálida y apergaminada y engordarán deprisa. Mas hasta entonces, son los que proporcionan un mayor placer a sus amos. La operación de castración es muy delicada y peligrosa; más de la mitad mueren tras la intervención, por eso su precio es tan elevado —explicaba Said a Yahya.

—Es una práctica cruel, pero sin duda un buen negocio —comentó Yahya.

—Tu esclavo hubiera sido un magnífico eunuco. Es guapo, de rostro agradable y bello y de piel blanca. Hubieran pagado muchos dinares por él —ironizó Said mirando a Juan de soslayo.

—Ya es un hombre y me sirve mucho mejor como preceptor de mis hijos y traductor.

—Sí, es demasiado viejo para castrarlo. No hay nada peor que un eunuco castrado en edad púber, pues en ese caso, aunque se le supriman sus órganos masculinos, el deseo sexual, ya latente, subsiste, y al no poder satisfacer sus instintos se vuelve un ser maligno y peligroso.

Finalizada la venta de los eunucos, se procedió a subastar a las hembras. Varias jóvenes vestidas con unos ajustados pantalones de lino y una camisa de gasa anudada a la cintura que dejaba entrever el vientre se colocaron al pie del estrado. Comenzaron con un grupo de negras sudanesas, de pechos ampulosos, rojos labios gruesos y carnosos y dientes de nítida albura. Después salieron al estrado varias nórdicas de piel lechosa y abundantes pecas.

Por fin, el subastador anunció que la próxima era «la mujer más bella que nunca han visto ojos mortales». Con el inconfundible y desafiante caminar que todavía hacía resaltar más su silueta, Ingra subió los peldaños de madera entre una nube de suspiros y exclamaciones de todos los presentes. Juan, que hasta entonces asistía a la subasta sin prestar demasiado interés, aunque de vez en cuando alguna de aquellas jóvenes le hacía recordar los placeres que gozó en Roma sobre la cama del cardenal Hugo Cándido, aguzó la atención al contemplar la espléndida figura de su amiga escocesa. La pelirroja, cuyo cabello de fuego y sus rotundas formas causaron la admiración de todos los hombres, brillaba como Antares en el corazón de la constelación del Alacrán. La puja se inició en quinientos dinares y fue ascendiendo rápidamente hasta que el delegado del rey de Toledo ofreció por ella cuatro mil monedas de oro. Nadie pudo superar la fabulosa cifra y la escocesa quedó en propiedad del soberano de la antigua capital visigoda.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Said—, nunca he visto nada igual. Jamás se había pagado tanto por una esclava en este mercado, ni creo que en ningún otro. ¡Si esa mujer hubiera sido virgen seguro que se hubieran ofrecido por ella más de cinco mil dinares! Dicen que hace treinta años el elocuente príncipe Hudayl ibn Razin, primer soberano independiente de la taifa de Santa María de Oriente, pagó tres mil dinares por una esclava cantante que adquirió a un célebre

medico llamado Abú ‘Abd Allah al-Kinani. Creo que nunca ha existido mujer más graciosa, ni de silueta más fina, ni con voz más melodiosa, ni de caligrafía más delicada, ni dicción más pura que aquella. Era además hábil en el arte de la lucha con armas de guerra y tenía conocimientos de medicina y otras ciencias. Con ella y otras esclavas cantoras que después fue adquiriendo, el rey de Albarracín logró formar la *sitara*, es decir, el conjunto músico-vocal más excelente de todas las taifas de al-Ándalus. La esclava de Ibn Razin tenía todas las cualidades de una excelente sierva, ¡pero esta, solo con su belleza, ha costado mil dinares más!

Después de Ingra, por los peldaños que subían al estrado apareció una joven rubia, de ojos marinos y talle delicado. Los ojos de Juan se encendieron cuando reconoció a Helena. Observó que su amo mostraba una especial atención y al mirarle de soslayo supo que Yahya pujaría por ella.

—Buena compra, Yahya, buena compra —clamaba Said contento— ¡y tan solo quinientos dinares!

—¿Solo quinientos dinares, dices? —clamaba Yahya—. ¡Una buena esclava puede comprarse por cincuenta monedas de oro y yo he pagado diez veces esa cantidad! Todavía no sé cómo he podido hacerte caso.

—Pero te llevas la flor de la subasta. Estaba destinada al rey, pero nuestro señor ha renunciado de momento a comprar más muchachas en espera de que los astros sean propicios para ello. Es la joven más delicada y dulce que jamás se ha visto en este *ma’rid*. Vas a ser la envidia de toda la ciudad. Toda tu vida me agradecerás las noches de placer que esta doncella ha de proporcionarte. Pero apresurémonos, hay que firmar el acta de compra.

Finalizada la subasta, Yahya, Said y Juan se dirigieron a las oficinas de Musa, que se encontraban en el primer piso de la alcaicería. Yahya recibió el certificado de virginidad de la joven Helena, aunque Said insistió en ejecutar una cláusula del contrato por la que se arrogaba el derecho a explorarla antes de hacer efectivo el pago. Dos expertas comadronas, que actuaban siempre en estos casos como garantes de los acuerdos, certificaron, tras examinar a la muchacha en una sala contigua, que era virgen, y así lo confirmaron en el contrato definitivo.

—Entonces —apostilló Said—, no hace falta la *istibra*; no es necesario que la esclava se retire a casa de una mujer de confianza o de un hombre de bien y religioso, pues siendo virgen no puede estar encinta.

—Sí, sí, el señor Yahya puede llevarse ya a la joven —indicó el tratante.

Bajo el cielo malva del crepúsculo, Yahya, Juan y Helena, a la que su nuevo dueño llamó Shams, que significa «sol», por el color dorado de su pelo, regresaron a casa. Yahya caminaba delante, bamboleante con su leve cojera que se acentuaba con la edad, seguido de Juan y la

joven, cubierta por un amplio manto que le envolvía todo el cuerpo hasta la cabeza, con un *litham* sobre el rostro que apenas dejaba al descubierto sus ojos, tal y como era preceptivo para una mujer cuando salía a la calle. Juan caminaba a su lado sin mirarla, percibiendo su delicado perfume a lavanda y jazmín. Ante la puerta de la casa Yahya se giró para con un gesto indicar a la joven que pasara tras él.

—Como esta sierva no sabe ni árabe ni romance —dijo Yahya dirigiéndose a Juan desde el centro del patio—, solo tú puedes comunicarte de momento con ella. No eres un eunuco y, no te preocupes, no voy a ordenar que te castren, pero debes alejar cualquier tentación hacia Shams. Le enseñarás nuestra lengua y lo harás en el patio, a la vista de todos. Procurarás no rozar ni una parte mínima de su cuerpo, respondes con tu vida. Por el momento no pienso tomarla pues deseo que se mantenga virgen. Ayudará a mi tercera esposa y cuidará del niño que está a punto de nacer. Después, ya veremos. Díselo en su idioma.

Juan humedeció sus labios con la lengua y se dirigió a Helena, desde ahora llamada Shams, en eslavo:

—Acabas de ser comprada por Yahya ibn al-Sa'igh, uno de los más ricos mercaderes de la ciudad. Esta es su casa y en ella vas a vivir, quizá el resto de tu vida. Es un buen amo, muy celoso de las tradiciones del islam. En cuanto te vio se prendó de ti y espera hacerte suya, incluso es probable que te despose, aunque por ahora no va a acostarse contigo. Seguirás siendo esclava y cuidarás de su próximo hijo. Me ha encomendado que te enseñe la lengua árabe. Tu nuevo nombre es Shams, que quiere decir sol. Al separarnos creí que te había perdido para siempre, pero ahora tendré el consuelo de verte casi todos los días. No esperaba que la fortuna fuera tan solícita conmigo.

—Basta ya —ordenó Yahya un tanto enojado—; ¿qué le has dicho? Yo no he hablado tanto.

—Mi señor, la eslava no es una lengua tan precisa como la árabe, es necesario dar algunos rodeos y emplear más palabras para explicar lo mismo.

—Llama a Fátima y que la lleve al gineceo. Tú puedes ir a cenar, mañana te espera más trabajo que el de costumbre.

Fátima era la gruesa esclava bereber que Yahya había adquirido hacía años como persona de confianza para su pequeño harén. Se encargaba de mantener a las tres mujeres del amo en buena armonía y de administrar las habitaciones privadas, ese mundo desconocido en el que solo entraban las mujeres, Yahya, sus hijos y los dos eunucos sudaneses. En total eran al menos veinte personas las que vivían bajo el mismo techo: Yahya, sus tres mujeres, a las que Juan apenas veía, los dos hijos varones y las tres hembras de Yahya, Fátima, los dos eunucos de piel negra azulada y ocho sirvientes más entre los que se encontraba Juan.

Aquella noche el joven eslavo no pudo dormir. Tumbado en su lecho, con los brazos bajo la nuca, pasaban ante sus ojos una y otra vez los escasos momentos que había vivido junto a

Helena: la primera vez que la vio en la villa de Escalpini, el primer cruce de miradas en la explanada del almacén de los Ferrer en Barcelona, la noche al pie de la serranía, el largo caminar por los polvorientos caminos del páramo de los Montes Negros y el brillo del sol en sus cabellos dorados. A sus sentidos acudían el agua refrescante compartida en la balsa de aquella destartalada aldea, el calor de su cuerpo en la plácida noche bajo las estrellas, su aroma a jazmín y lavanda, el rumoroso tono de su cálida voz y el sedoso tacto de su fina piel. Por un instante imaginó cómo podría haber sido la vida de ambos juntos en la aldea de Bogusiav; Juan hubiera cultivado las tierras de su padre o hubiera actuado como notario en el mercado de su aldea y Helena lo hubiera esperado cada día en el umbral de la casa con una amplia sonrisa, como hacía su madre cuando su esposo regresaba del duro trabajo en los campos.

A los pocos días de la adquisición de Shams nació el sexto hijo de Yahya. Fue un niño al que puso por nombre Abú Bakr Muhámmad. El amo de la casa mostró con el nacimiento de su tercer hijo varón una alegría inusual. Después de los dos hijos mayores, ambos de la misma esposa, una mujer de estirpe árabe, de ampulosas caderas, ojos negros y piel lechosa, le habían nacido tres hijas, dos de la segunda esposa, una bereber de cabellos ensortijados teñidos de rojo con alheña y melados ojos rasgados, y la tercera de una cautiva cristiana llamada Marian, de melena castaña y ojos pardos, a la que había tomado como esposa tras convertirse al islam. La otrora sierva cristiana le daba ahora un tercer hijo varón, sano y vigoroso.

Al-Kirmani realizó la carta astral del nuevo vástago de Yahya. Había nacido al inicio del signo de Aries. Le vaticinaba un carácter orgulloso y enérgico y un talante comunicativo y amable. La posición de los astros denotaba un espíritu religioso, investido de un rígido código moral, poco dado a la práctica ritual, pero cargado de una intensa fe. Dotado de una enorme capacidad de trabajo, le auguraba una provechosa actividad creadora. La influencia del planeta Mercurio indicaba una inteligencia apoyada en intuiciones rápidas y brillantes, ricas en fermentos creativos. Al-Kirmani calló los aspectos negativos: la presencia del planeta Marte en Aries indicaba fe en la fuerza y creatividad, pero también fracasos accidentales, frustración personal y precipitación en las dificultades.

—Tu hijo ha nacido marcado por los signos de los filósofos —aseveró al-Kirmani—. Deja que se eduque en un ambiente de tolerancia intelectual, que asista con frecuencia a las clases en la escuela y que cuiden de su formación personas sabias y ecuánimes.

La fiesta de la circuncisión de Abú Bakr fue un acontecimiento en todo el barrio. La costumbre era circuncidar a los niños entre los cinco y nueve años, pero Yahya prefería hacerlo a las pocas semanas de nacer, así se lo habían hecho a él y así lo había hecho él con sus hijos

mayores. Era consciente de que si se circuncidaban tan pequeños el dolor de la operación no se recordaría de adulto y entendía que era beneficioso para una práctica sexual más placentera.

El niñito fue portado por el padre y varios tíos hasta una dependencia anexa a la mezquita de Abú Yalid, donde un cirujano le cortó el prepucio de un certero tajo, dejando descubierto el bálano, sobre el que se aplicó una crema cicatrizante y un pequeño vendaje. El niño fue conducido de regreso hasta la casa, en cuyo patio se había preparado el *i'dar*, un gran banquete para los familiares y amigos íntimos de la familia. El ambiente se había perfumado con mirto y comino y del techo se habían colgado ramas de alhárgama remojadas en agua para ahuyentar a las moscas.

En un lado se habían dispuesto varias mesas repletas de los mejores manjares que en aquella época podían encontrarse en la ciudad. Rebanadas de pan frito en aceite con ajo, quesos variados, esponjosas almojábanas rellenas de queso, aceitunas y huevos componían los entrantes. Variadas ensaladas de las mejores lechugas, cebollas y pimientos rivalizaban en colorido con sabrosos pastelillos de carne y suculentas tortas de harina de trigo esmaltadas de pescado frito, pimientos rojos y verdes y huevos duros. En grandes ataifores de loza dorada de Pechina se presentaban guisos de venado con salsa de pimienta, orégano y perejil guarnecidos con arroz con pasas y guisantes; alas de pollo rellenas de higaditos encebollados; carne de cordero frita con queso y anisetes, perfumada con agua de menta y coriandro fresco y aderezada con mantequilla y cinamomo dulce; truchas braseadas con espliego, romero y alcaparrones, y cabezas de cordero asadas con laurel y estragón. Se abrieron los valiosos frascos de conservas de *murri*, con pescado sazonado con harina de trigo, pasas, sésamo, anís, limón, algarrobas, macis, laurel y piñones, que tanto trabajo y tiempo costaba preparar, pues había que dejar el pescado seco durante un día en agua y después asarlo al horno a fuego muy lento, para añadir las especias, cubrir todo con leche y agua y embotellarlo. Yahya era un apasionado del *murri* y para esta fiesta había ordenado abrir sus mejores frascos. Sobre una mesa cubierta con un mantel amarillo se amontonaban bandejas de los más deliciosos pasteles adquiridos en El Hueso Rojo, la mejor de todas las tiendas de repostería de la ciudad. Causaron verdadera sensación los hojaldres de manteca de vaca y miel con crema de nueces, avellanas, piñones y almendras y yema de huevo batida, horneados a fuego lento, creados para la ocasión.

Al convite asistieron al-Kirmani, que dada su avanzada edad se retiró pronto, y Said al-Jayr, que no cesó de adular a Yahya sobre su virilidad y de verter alabanzas sobre la belleza y candidez de su nueva sierva, la eslava que le había recomendado en la subasta de esclavos. Como hacía falta todo el servicio para el banquete, Juan tuvo que atender la mesa de bebidas. Agua aromatizada con azahar y esencia de menta, zumos de limón y naranjas traídos de Levante y néctar de melocotón y albaricoque se consumían alternando con dulcísimos mostos nacarados y purpúreos vinos especiados con jengibre y canela, de los que Yahya decía que eran similares a la

bebida que tomarían los musulmanes en el Paraíso. En otra mesa se habían dispuesto hojitas de menta y palitos de sándalo para limpiar los dientes y perfumar el aliento y aguamaniles escanciados con agua de rosas y violetas y paños de lino para limpiarse las manos. En pequeños braseros dispuestos por toda la casa se consumían montoncitos de aromático incienso y barritas de embriagadora mirra.

En un rincón del patio dos jóvenes muchachas de trenzas azabaches y piel de aceituna tocaban un laúd y un timbal y cantaban canciones melódicas. A una orden de Yahya, cuando los comensales estaban suficientemente hartos, una de las dos jóvenes dejó su laúd y comenzó una danza de movimientos sensuales y armónicos, acompañada por la otra con redobles monorrítmicos del timbal. La muchacha avanzó casi de puntillas hasta el centro del patio, girando a cada paso sobre las plantas de los pies y contorneando su cuerpo de cintura para arriba, cimbreando su torso como un junco mecido por una suave brisa. Las vueltas se hicieron cada vez más rápidas mientras los cascabeles cosidos a su cintura silbaban en cada giro y los golpes sobre la tensa piel del tambor se aceleraban al ritmo de los pasos. El cuerpo de la joven parecía rotar en torno a un invisible eje que la tuviera sujeta al suelo mientras inclinaba su cuerpo hacia los lados y su trenza enramada con cintas de colores destellaba un tornasol de reflejos metálicos e irisaciones plateadas. Cuando cesaron los redobles la danzarina cayó al suelo, dejando su cuerpo torneado en un estudiado escorzo que hacía destacar las insinuantes curvas de sus caderas y de sus firmes pechos. Los invitados prorrumpieron en gritos enfervorecidos hacia la joven que reía de manera provocativa, entornaba las pestañas y mecía su cuerpo respondiendo a los elogios que le lanzaban. Un rico tundidor de paños del arrabal de curtidores se dirigió a Yahya inquiriendo con avidez cuánto quería por ellas.

—No son esclavas, querido amigo —le aclaró Yahya sonriendo—, las dos son libres. Han venido desde Córdoba y se contratan en fiestas privadas. Cobran mucho dinero, pero merecen la pena. Tienen la técnica vocal de las mequíes, el sentido rítmico de las medinesas, la alegría para la danza de las sevillanas y la sensualidad de las hindúes. Son muy caras, mucho, pero creo que vale la pena pagar algunas monedas de oro para gozar de sus cualidades.

4

Apenas iniciada la primavera se presentó en Zaragoza un contingente de tropas cristianas a cuyo frente estaba el primogénito del rey de Castilla, el aguerrido infante don Sancho. El rey de Zaragoza había firmado un acuerdo con el castellano por el cual Fernando I se comprometía a defender el reino en caso de que fuera atacado por los aragoneses. El soberano de Aragón,

Ramiro I, hermanastro de Fernando de Castilla, había comenzado a hostigar la frontera norte y soñaba con anexionarse las fértiles tierras de la campiña de Huesca. El pequeño reino de Aragón se encontraba comprimido entre las sierras de los Pirineos y buscaba casi desesperadamente una salida al llano.

Ibn Hud decidió organizar un ejército para frenar al aragonés y recurrió a los ciudadanos de mayor riqueza de la ciudad. Fueron convocados en el amplio *diwán* del complejo de la Zuda occidental, un formidable bastión defensivo construido en el ángulo noroeste del recinto amurallado de piedra. Medio centenar de ricos mercaderes zaragozanos se habían reunido en la sala de audiencias para escuchar las peticiones de su soberano. Ahmad ibn Sulaymán apareció acompañado de su gran visir y dos consejeros, escoltado por un nutrido grupo de caballeros castellanos. Vestía una amplia túnica azul con bordados en negro simulando palmeras y flores, unas sandalias negras con ribetes azulados y un amplio turbante turquesa que le cubría por completo la cabeza. Era un hombre de unos cuarenta años, robusto, de complexión atlética y bien proporcionado. Bajo unas poderosas cejas brillaban unos penetrantes ojos oscuros; en su rostro destacaba una nariz aguileña y una poblada barba de un negro intenso, probablemente teñida.

El monarca subió con una estudiada cadencia los cinco escalones que daban acceso al trono y se acomodó entre dos amplios almohadones de seda amarilla. El infante don Sancho, vestido como un soldado en campaña, con cota de malla completa sobre la que portaba una túnica añil en cuyo pecho resaltaba el emblema de Castilla, se sentó a su derecha en una silla de taracea.

El rey hizo un ligero gesto con su mano y el visir, tras dar dos golpes con su cayado en el suelo, anunció:

—Habla su majestad el poderoso Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud Abú Yafar al-Hayib ‘Imad al-Dawla, señor de Zaragoza, de Tortosa, de Tudela, de Calatayud y de Huesca, protector de la frontera superior, defensor de la fe del Profeta y sostén del islam, a quien Dios, su nombre sea bendito, guarde.

Ibn Hud se levantó con protocolaria parsimonia de su trono mientras los asistentes inclinaban la cabeza. Dio un paso adelante para colocarse al borde de los escalones y dijo:

—El perro Ramiro está hostigando nuestras tierras del norte mediante algaradas que realiza de manera impune y vil. Por ello, hemos ordenado la formación de un ejército que acuda a sofocar las incursiones del tirano aragonés para que la paz y la armonía vuelvan a enseñorearse de nuestro reino. Nuestro hermano el rey Fernando de Castilla ha acudido a nuestra llamada y ha enviado en nuestra ayuda un contingente de tropas de caballería mandado por su primogénito, el infante don Sancho, a quien acogemos como si de nuestro propio hijo se tratara. Desde que heredamos el trono de nuestro amado padre hemos luchado por hacer de Zaragoza un reino en el que todos nuestros súbditos gocen de paz y felicidad bajo la protección del Todopoderoso. Hace dos años ocupamos Tortosa, logrando así una salida al mar de nuestros productos. Esa conquista

ha supuesto para todos vosotros un considerable incremento en el volumen de vuestros negocios, y en consecuencia en el de vuestras ganancias. Ahora el tirano Ramiro nos acosa y quiere apoderarse de todo lo nuestro, de nuestras riquezas, de nuestro oro, de nuestras tierras, y también de nuestras mujeres para gozar de ellas y de nuestros hijos para venderlos como esclavos. Pero con la ayuda de Dios, el clemente, el misericordioso, nuestros ejércitos vencerán a los aragoneses y nuestro reino seguirá a salvo de sus apetencias. Dentro de una semana, al lado de nuestros aliados castellanos, partiremos hacia el norte para enfrentarnos con Ramiro. Para vencer en la batalla hace falta oro, mucho oro. Los caballos, las armaduras y los impedimentos son costosos y vuestro rey necesita de vuestras aportaciones. Sois ciudadanos honrados y caritativos, henchidos de fe en el islam y en sus creencias, ahora tenéis la ocasión de demostrarlo.

Ahmad dio media vuelta y volvió a sentarse en el trono. El visir se adelantó y dirigiéndose a los presentes indicó:

—A la salida dos escribanos tomarán nota de las cantidades que cada uno de vosotros aportará para los gastos de esta campaña. Sed generosos porque vuestras donaciones permitirán la supervivencia del islam en nuestra tierra. Entre mañana y pasado mañana un grupo de soldados pasará por vuestras casas a recoger el dinero.

La comitiva real, tal y como había entrado, volvió a salir de la sala. Yahya se quedó de pie, ofuscado por la petición de su soberano. Se les pedía un impuesto especial, voluntario y sin cantidad fija, para sufragar los gastos de la guerra en las montañas. En los últimos años había amasado una fortuna, pero también había gastado mucho, sobre todo en su espléndida casa y en donaciones a las mezquitas, a las escuelas y a los pobres. El negocio funcionaba muy bien pero había invertido la mayor parte de las ganancias en la construcción de nuevos talleres y en dos hornos de fundición. Además, había gastado una considerable suma en la compra de la joven eslava.

—Estás muy pensativo, Yahya —le interrumpió Abú ibn Wadih al-Turtusí, el más rico mercader de lino de la ciudad.

—¡Oh!, sí —farfulló Yahya un tanto perturbado—. La petición del rey me ha cogido por sorpresa. No dispongo de mucho dinero en efectivo en estos momentos y no sé cuánto podré aportar.

—Los costes de esta guerra son fabulosos. De momento el rey está pagando a los cristianos más de veinte mil monedas de oro anuales para que los navarros nos dejen en paz y los castellanos nos resguarden de los aragoneses. Es una política suicida; de seguir así, las arcas del Estado y nuestros bolsillos quedarán pronto vacíos y entonces no podremos oponer a los cristianos sino nuestros cuerpos.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Yahya.

—El destino de nuestra ciudad está escrito en las estrellas, como el de cada uno de nosotros.

La voluntad del Altísimo, sea su nombre alabado, cinceló hace tiempo nuestras vidas. Nada podemos hacer ante sus designios. Yo voy a aportar mil monedas de oro, es casi todo el efectivo que ahora poseo. Las guardaba para construirme una villa en las huertas del Huerva, pero tendré que esperar.

—Yo apenas puedo aportar cuatrocientos dinares —alegó Yahya fingiendo lamentarse—; he tenido muchos gastos en los últimos meses y mis arcas andan escasas.

—Cuentas bien, Yahya. Aquí estamos unos cincuenta, que a una media de cuatrocientos dinares sumarían los veinte mil del coste anual.

—No, no he querido hacer una media, es cuanto puedo aportar.

—Vamos, mi cicatero amigo —le espetó Abú ibn Wadih—, somos muy pocos los que en esta ciudad podemos permitirnos los lujos que tú derrochas. Estoy convencido de que guardas no menos de tres mil dinares en tu alacena.

—No, no, tengo muchos gastos y la orfebrería ya no rinde como antes. La marcasita y el antimonio son cada vez más caros y difíciles de conseguir; los beneficios no cesan de disminuir desde hace dos años.

—Adelante, hay que indicar la cantidad al escribano.

Abú ibn Walih se colocó en la fila y cuando le llegó el turno dijo con voz firme:

—Abú ibn Walih, comerciante en lino, mil dinares.

—Yahya ibn al-Sa’igh, orfebre, mil dinares.

El ejército se concentró en el ancho campo de la Almozara, entre la muralla de tierra, el río Ebro y la alcazaba. Toda la ciudad había salido a presenciar la marcha de las tropas hacia el norte. En el centro de la amplia explanada el grueso de las tropas castellanas formaba en varias filas. Los infantes estaban armados con cotas de malla hasta las rodillas, grebones de metal, botas de cuero y cascos cónicos ajustados con una lengüeta protectora para la nariz. Los jinetes portaban largas lanzas de madera pintadas de rojo con aguzadas puntas de hierro en cuyos extremos flameaban cintas granates y blancas. Enfrente se habían agrupado en varias filas los escuadrones de las tropas de la taifa de Zaragoza, formados según las ciudades de las que procedían, bajo pendones con los colores de sus lugares de origen. Configuraban un grupo heterogéneo en el que destacaban los zaragozanos, todos ellos equipados con gruesos petos de cuero chapeados con escamas de metal. En el ala derecha se habían colocado los indómitos bereberes llegados de la región de Fez con sus camellos y dromedarios con gualdrapas carmesíes y adargas de ante colgadas en ambos flancos, con estandartes rojos con inscripciones del Corán en plata ondeando al viento.

Al son de atronadoras fanfarrias y estruendosos atabales con fundas de cuero rojo y lana verde,

la flamante guardia real descendió la ladera de la suave colina que coronaba la alcazaba y se desplegó junto a la orilla del río. En medio del regimiento de jinetes de blancas capas y corazas doradas tocados con brillantes yelmos bajo los cuales sobresalían blancos turbantes, cabalgaba el rey. Sobre un caballo negro azabache, Ahmad ibn Sulaymán saludó orgulloso a la multitud que lo aclamaba. Vestido con una capa de seda azul, su color favorito, un puntiagudo yelmo de oro y un peto de recia lana con arandelas de bronce bruñido, maniobró con habilidad para que el caballo realizara ágiles cabriolas ante las que la multitud estalló enfervorecida. El rey se colocó al frente del ejército, con el infante de Castilla don Sancho a su derecha, y ordenó iniciar la marcha. Decenas de estandartes, banderas, pendones y guiones se agitaban al viento acompasando el trote de los caballos entre los redobles de los tambores y los toques de marcha de las trompetas. El ejército bordeó la ciudad entre el río y la muralla, a través del andén que conducía hasta el puente, y lo atravesó perdiéndose en una nube de polvo por el camino del Gállego hacia el norte.

Juan había asistido a la parada militar con Yahya y sus dos hijos mayores. Hasta entonces no había tenido oportunidad de salir de los muros de la ciudad, por lo que su visión de Zaragoza se limitaba a unas pocas calles, la mezquita y la biblioteca de Abú Yalid y la vista que presenció desde el páramo cuando vino de Barcelona.

En esta ocasión había recorrido los barrios del oeste. Al salir de casa se habían dirigido por la calle Mayor, la principal arteria de la ciudad, hasta la Puerta de Toledo, una de las cuatro de la muralla de piedra; desde allí habían atravesado el cementerio del oeste, las fincas periurbanas de la aristocracia zaragozana y unas alquerías hasta alcanzar la cerca exterior de tapial y adobe, que encerraba la medina y los arrabales, ante la que se extendía la amplia vaguada de la Almozara en la que se celebraban los desfiles militares, las concentraciones de tropas y distintas manifestaciones de juegos de habilidad con caballos. Cerca del río discurría una alameda por la que solían pasear los zaragozanos en los atardeceres de las sofocantes tardes del verano. Frente al muro de tierra y al otro lado de la vaguada, sobre una ligera elevación y rodeado por un foso y un terraplén, destacaba un poderoso castillo de planta casi cuadrada y torreones ultrasemicirculares de alabastro que imitaban las murallas romanas del recinto de la medina. Los sillares brillaban como espejos, reverberando con tal intensidad a la blanquecina luz que los ojos apenas podían resistir el reflejo de los rayos del sol. En el lado norte de la alcazaba se alzaba el único torreón cuadrangular, de mayor amplitud que el resto, y cuya parte superior estaba cubierta de andamios.

Cuando se alejaron las tropas, la multitud se dispersó por el llano y acudió a los puestos de comidas y bebidas que se habían levantado junto a los muros de la ciudad.

—Tanto alarde militar me ha abierto el apetito; vamos a comer alguna cosa —propuso Yahya.

Se sentaron en un banco de madera de uno de los puestos de comidas al aire libre y Yahya pidió para él y para los tres jóvenes almojábanas de queso, asado de cordero bañado con azúcar

de cinamomo, cebollas rellenas de carne de vaca y arroz, pollo frito con pimienta, pajaritos guisados con salsa de almendras, pastelillos de calabaza y miel y cerezas confitadas.

—Comed despacio y masticad bien; esta comida se hace difícil para el estómago si se ingiere demasiado deprisa; a veces es pesada, pero no hace daño si se toma con prudencia. Bebed en pequeños sorbos agua con coriandro y jengibre, ayuda y facilita la digestión.

Tres semanas después, el ejército regresó victorioso. Hizo su entrada triunfal por la Puerta del Puente y recorrió la calle hasta la mezquita mayor, donde se dieron gracias a Dios por el triunfo. Los soldados eran aclamados por la multitud que se agolpaba en la calles y en las azoteas de las casas, desde donde las mujeres, con sus rostros ocultos tras el velo, lanzaban pétalos de rosas. Juan asistía al desfile junto a su amo, cerca de casa. A su lado, un mercader del zoco de las frutas comentaba que el rey de los aragoneses, el tirano Ramiro, había sido apuñalado y gravemente herido por Sa'dada, el más valeroso de los combatientes musulmanes, lo que había causado el desconcierto en las tropas cristianas y el triunfo para los musulmanes. En la batalla, celebrada cerca de la fortaleza de Graus, había destacado por su valor un joven castellano que luchaba del lado musulmán, fiel escudero del infante don Sancho y llamado Rodrigo Díaz, natural de la aldea burgalesa de Vivar.

5

En los meses siguientes una dulce rutina se apoderó de la vida de Juan. Yahya viajaba constantemente, sobre todo a Toledo y a Valencia, con lo que Juan fue adquiriendo una mayor influencia sobre los dos hijos mayores de su amo, que lo admiraban y lo querían. Repartía su tiempo entre los libros de la biblioteca, las tertulias con al-Kirmani, las clases a sus pupilos y la enseñanza del árabe a Shams, a la que veía casi a diario, aunque en el patio de la casa y siempre bajo la mirada vigilante de Fátima.

Aquella tarde hacía un calor seco y plúmbeo. La pesadez del aire anunciaba sin duda una tormenta. En el patio, Juan instruía a Shams. Si las mujeres estudiaban con varones, lo que no solía ser frecuente, se separaban ambos sexos mediante una cortinilla de gasa, pero Yahya había decidido que sería más fácil que su esclava aprendiera bien su lengua sin la separación de la cortina, por lo que había autorizado a ambos a que se colocaran frente a frente, sin telas de por medio. Los dos jóvenes hablaban en eslavo. Juan dibujaba las letras del alifato en una pizarra con una tiza.

—Es un idioma sencillo si se conocen las reglas de su gramática —aseguró Juan.

—Yo lo encuentro muy complicado. Las palabras me suenan todas iguales y no acierto a

distinguir la diferencia entre ellas —replicó Fátima.

—Tus oídos se acostumbrarán pronto —asentó Juan.

La muchacha alargó su mano para coger un pedazo de yeso y se encontró con la de él. Durante un instante el roce de sus dedos atizó el fuego de sus corazones.

Unos ruidos que procedían de la puerta los volvieron a los dos a la realidad. Yahya regresaba de Toledo, donde había cerrado un trato comercial que le había reportado una ganancia exorbitante. Venía ligero, con el rostro cansado por el viaje, sudoroso y rebozado en polvo, pero con el brillo que sus ojos destellaban cuando el dinero acudía a su bolsa. Atravesó el patio con energía, tan eufórico que la cojera apenas se le notaba.

—¡Ah!, muchacho, estás ahí —le dijo a Juan.

—Bienvenido, mi señor, ojalá que hayáis tenido un feliz viaje.

—Ya lo creo, mi fiel Juan. Los toledanos han quedado encantados con nuestros productos y he firmado el contrato más importante de mi vida. Estoy pensando incluso en abrir tienda en el zoco de esa ciudad.

Yahya avanzó unos pasos, se detuvo, giró su cabeza y fijó sus ojos en Shams, que se había puesto de pie ante la llegada del amo. El dueño de la casa la miró fijamente y le ordenó a Juan:

—Dile a Shams que a la hora de la cena vaya a mi cuarto. Fátima la acompañará. Yo voy a darme un baño, tengo polvo hasta en los huesos.

Juan inclinó la cabeza, más para que Yahya no advirtiera su expresión que como señal de acatamiento. Volvió al rincón del patio donde enseñaba a la muchacha y le musitó:

—Creo que el dueño quiere hacerte suya hoy. Me ha dicho que tienes que ir a su cuarto cuando anochezca. No debes tener miedo, Helena.

—Te quiero, Juan —murmuró la muchacha con espontaneidad mirándole a los ojos.

—No puedes permitirte amar a nadie que no sea él.

En ese momento apareció Fátima, que los había dejado a solas durante unos momentos.

—Juan, ¿has oído al amo? Di a Shams que...

—Ya lo sabe —le dijo tajante a Fátima, que sorprendida por esta actitud adivinó entonces los sentimientos de los dos jóvenes.

—Pues ya debe conocer que hoy su virginidad será de nuestro señor. Vamos —añadió cogiéndola por la muñeca—, debes prepararte.

Juan guardó en una bolsa de cuero la pizarra, los yesos y un par de cuadernos que usaba para enseñar a Shams. En su pequeña habitación se tumbó en el lecho, boca abajo, con los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo y el rostro hundido en el colchón de paja. Una sensación de vómito le inundó el estómago y sintió como si sus vísceras se poblaran de orugas.

Fátima desnudó a Shams en el baño. La sierva bereber lavó con sumo cuidado todo el hermoso cuerpo de la joven, primero con paños de agua fría y jabón, después la hizo introducirse en la

pileta de mármol blanco tallada con figuras de leones que Yahya había adquirido a un mercader de antigüedades; el agua estaba caliente. Con el cuerpo de la joven todavía húmedo le aplicó ungüentos, bálsamos, aceites y perfumes de aromas embriagadores. Le pulió los dientes con polvo de carbón y cepilló su dorado pelo dejándolo caer suelto sobre los hombros. Remarcó sus ojos con dos finas líneas de kohol azul y tiñó las plantas de sus pies con alheña. La vistió con una corta túnica de gasa y encima con un vestido de seda verde.

Cuando la muchacha estuvo lista, Fátima la acompañó hasta la habitación de Yahya. El dueño de la casa estaba recostado sobre unos almohadones de raso, frente a él había una mesa baja rebosante de deliciosos manjares: fuentes de cobre repletas de brillantes frutas que parecían de porcelana, escudillas vidriadas con dátiles almibarados, ataifores de loza dorada de Calatayud con pastelillos de carne aromatizados con hierbas y especias, almojábanas de queso fresco con miel, jarras de zumo de limón y menta, vino blanco dulce y jícaras de leche de almendras.

—Aquí está vuestra sierva —le anunció Fátima—; lista para cumplir vuestros deseos, mi señor.

—Puedes marcharte, Fátima —indicó Yahya—; que nadie nos moleste.

Shams permaneció de pie, en medio de la habitación, sin saber qué hacer ante la presencia de aquel hombre. Aunque se había preparado para este momento y había ensayado distintas actitudes y variadas expresiones, se quedó paralizada.

Yahya se incorporó y se acercó hacia la esclava. Los ojos de aquel hombre recorrían ansiosos su cuerpo, deleitándose con las formas de la muchacha, como si quisiera prolongar la espera antes de gozar de ella. La tomó de la muñeca y la dirigió hacia el lecho repleto de almohadones. Con un gesto de su mano señaló los manjares. Shams bebió un sorbo de zumo de limón. Yahya deslizó suavemente sus dedos por los hombros de la joven, la atrajo hacia sí y la besó con delicadeza. Instantes después el vestido de seda y la túnica de gasa cayeron sobre las alfombras que cubrían el suelo. Recostada sobre los almohadones, Shams recibió el peso de su amo. Notó sus manos desplazando los muslos a los lados. Yahya jadeaba y empujaba con fuerza una y otra vez sin que se cumpliera su ansiado propósito. Shams sentía desgarrarse su piel como si un acerado cuchillo la estuviera cortando lentamente. No pudo contener un grito seco y agudo cuando, tras múltiples intentos, el miembro viril de Yahya penetró en su interior robando su virginidad.

Juan dejó intacto su desayuno de huevos revueltos, berenjenas fritas y pan con miel. Las marcadas ojeras y los párpados enrojecidos denotaban que aquella noche no había dormido. Se dirigió al patio para esperar a sus pupilos. El verano ya había comenzado y este era el último día de clase. Los dos hijos de Yahya aparecieron bajo el arco decorado con yeserías pintadas en rojo, azul y verde que daba paso a las dependencias privadas de la casa. Detrás de los dos adolescentes venía Fátima.

—Tu rostro denota que no has dormido bien —recalcó la sierva bereber.

—Me debió sentar mal la cena. Tanto calor como está haciendo estos días no es bueno para mí —respondió Juan.

—Querrás decir la falta de cena, porque anoche no comiste nada —señaló Fátima con ironía.

—Sí, sí, eso ha debido ser —apostilló Juan.

El verano transcurría pausado entre las clases a los hijos de Yahya, la enseñanza del árabe a Shams, de la que el señor estaba cada día más encariñado, las tertulias en casa de al-Kirmani y largos paseos por la alameda de la Almozara. Después de que el amo desvirgara a su esclava, los dos jóvenes eslavos no habían comentado sino temas relacionados con el estudio y el aprendizaje del idioma árabe. Shams seguía recibiendo lecciones de Juan, pero apenas hacía progresos; sabía que en cuanto aprendiera a hablar en árabe dejarían de estar juntos. Yahya se impacientaba y recriminaba a su esclavo la lentitud en el aprendizaje de su concubina. Quería poder comunicarse pronto con ella y que entendiera sus palabras. Estaba tan prendado de la joven que le dispensaba más tiempo que a sus tres mujeres legítimas. El malestar entre las tres esposas iba en aumento. Yahya se encerraba con su concubina durante dos o tres días en cuanto regresaba de un viaje y abandonaba a sus mujeres e incluso descuidaba sus negocios. La había colmado de regalos que causaban la envidia de las tres esposas: un bote de plata de Basora con sándalo mezclado con ámbar; otro de marfil, tallado en Córdoba, con incienso; una jarrita de cristal iraquí llena de algalia, el perfume de los reyes; una cajita de vidrio y esmalte de Bizancio para el polvo que los monarcas usaban para disimular el sudor en verano; una botella de agua de rosas de Bagdad; un pincel de oro para el colirio envuelto en un paño de seda y guardado en un estuche de cuero de Fez forrado en raso; un pequeño escriño de plata con mondadientes y aparejos para limpiar la dentadura después de comer, y una colección de telas *tirazíes* de la mejor calidad.

La primera esposa de Yahya, que era la favorita, urdió un plan para desacreditar a Shams y alejarla de su esposo. Por alguno de los servidores se había enterado de que los dos eslavos se atraían, y decidió que si ambos jóvenes intimaban, para lo cual era necesario que se encontraran a solas sin la presencia de Fátima, llegarían a amarse. Después, la intuición y la ira de Yahya harían el resto. Era preciso preparar la situación adecuada, el momento justo y el ambiente propicio. Tendría que esperar a que su marido partiera en uno de sus cada vez más frecuentes viajes y anular a Fátima.

A fines de verano Yahya marchó a Valencia en busca de un cargamento de alumbre que arribaba a ese puerto desde Acre. El dueño de la casa partió temprano y encargó a Juan que fuera especialmente severo en la enseñanza de sus hijos durante su ausencia; las clases en la escuela

comenzarían pronto y los muchachos se habían relajado en las últimas semanas. La velada antes de partir la pasó con Shams, a la que regaló un precioso collar de aljófares y brillantes.

La segunda noche después de la marcha de Yahya hacia Levante fue la elegida por la favorita para que Shams y Juan se encontraran. Ya había anochecido cuando la orgullosa árabe ordenó a uno de los eunucos, más fiel a ella misma que a Yahya, que fuera a buscar a Juan. El eunuco, un sudanés de músculos abultados y vientre prominente, tan alto como Juan pero mucho más voluminoso, lo despertó con leves golpecitos en los hombros. Juan se sobresaltó, pero se calmó cuando reconoció al africano, que le indicaba a la luz de una lamparilla que guardara silencio.

—Acompáñame —bisbiseó—, la señora quiere verte.

—¿Qué señora? —preguntó Juan todavía adormilado por los efectos del primer sueño.

—La favorita de nuestro amo. Te guarda una sorpresa. Vístete y sígueme.

Juan, confuso y a regañadientes, le acompañó a través del patio hasta las habitaciones privadas de Yahya, en las que nunca había puesto el pie. Sabía que su amo no estaba en casa y que tardaría algunos días en volver, pero no acertaba a imaginar qué quería de él aquella mujer a la que apenas conocía y con la que no había cruzado una sola palabra.

Entraron en una estancia sin ventanas, en cuyo centro habían colocado un lecho de almohadones bermejos y gualdas; las paredes estaban pintadas con escenas de hombres y mujeres haciendo el amor en las más diversas posturas. En las cuatro esquinas ardían lámparas de aceite que al consumirse desprendía un intenso aroma a jazmín y a sándalo.

—Espera aquí —ordenó el eunuco.

Instantes después apareció la primera esposa de Yahya, en la que se apreciaban una incipiente gordura, una boca sana, un aliento perfumado y largos cabellos negros; vestía una amplia túnica y lucía el rostro descubierto.

—Sé que todo esto te parece raro. Pero no te preocupes, no es ninguna encerrona. Me han dicho que tu corazón late con fuerza por el amor de la muchacha de tu raza y que ella te corresponde. Quiero que ese amor crezca en vosotros dos alimentándose con la unión de vuestros cuerpos. Mi esposo está fuera de la ciudad y tardará en volver. Si me ayudas en mi plan, podrás gozar de tu amada, en caso contrario diré a mi esposo que has intentado abusar de mí, y entonces te espera un castigo terrible. ¿Qué contestas? —preguntó aquella enigmática mujer, de edad madura pero cuyos ojos emanaban todavía una serena belleza.

—No sé qué pretendéis, pero contad conmigo, señora —aseveró Juan que comprendió que aquella era su única salida.

La mujer árabe dio media vuelta y salió de la habitación. Poco después volvió el eunuco; tras él venía Shams.

—Tenéis un par de horas. Es el tiempo que Fátima estará dormida. Le hemos administrado un somnífero y no despertará en ningún caso antes de ese tiempo. Incluso es probable que no

despierte hasta bien entrado el día. Regresaré para devolveros a cada uno a vuestro cuarto —y salió cerrando la puerta tras de sí.

Los dos jóvenes permanecieron un instante de pie, frente a frente. Juan se adelantó hasta su altura y la cogió por las manos.

—Helena, yo no tengo nada que ver en esto —se excusó.

—Lo sé, mi amor, lo sé.

No dijeron nada más. Durante aquellas dos horas se amaron con la intensidad que solo es posible cuando los dos amantes se saben el uno del otro.

Aquella situación se repitió durante varios días. Siempre igual, con Fátima narcotizada y el eunuco africano vigilando la entrada a la sala cubierta de escenas eróticas. Pero Yahya regresó un par de días antes de lo previsto y, como siempre, venía ansioso por gozar de su rubia concubina. Aquella noche el eunuco no fue a buscar a Juan y el eslavo supo que el amo ocupaba ahora el lugar junto a la cintura de su amada.

6

Pasó el verano y septiembre durmió con las viñas cargadas de racimos. Por toda la ciudad circulaban carretas rebosantes de uvas que se introducían en los lagares de las bodegas de las casas. Juan no entendía cómo una sociedad tan religiosa como aquella, que observaba a rajatabla las enseñanzas del Corán, se permitiría desobedecer uno de los preceptos más sagrados, el que prohibía la ingestión de vino. Dios condenaba su consumo en la tierra como pecado y como regalo del demonio, pero premiaba con su degustación a quienes accedieran al Paraíso. Los musulmanes españoles solucionaban esta paradoja convencidos de que Dios les perdonaría el haber intentado gozar de los placeres del Paraíso en la tierra. Yahya gustaba del vino con fruición. En su mesa siempre había una botella de dulce caldo blanco, que consumía con todo tipo de comida, especialmente con las almojábanas y con los pastelillos de hojaldre.

«Los zaragozanos deben tener poco miedo al demonio; en sus fiestas no falta el vino. O quizá quieren probar la bebida de su Paraíso por si merece la pena morir por ello», pensaba Juan mientras contemplaba desde la azotea la descarga de las uvas en las casas de la vecindad.

Durante el otoño tuvo ocasión de asistir a los ejercicios del ejército. Todos los viernes había una parada militar después de la oración de la tarde y antes de la del anochecer en el campo de la Almozara. El rey ofrecía regalos y joyas a los mejores jinetes, que competían en ejercicios de habilidad con el caballo, de destreza en el uso de la lanza, la espada y el arco y en concursos de

carreras de velocidad y saltos. Los viernes se celebraban varios partidos de polo en los que se cruzaban cuantiosas apuestas.

La llegada del invierno, este año antes de lo habitual, significó el fin de los viajes de Yahya y el término de los encuentros de Juan y Shams. La favorita del amo no pudo seguir maquinando. Pensó en denunciar las relaciones de los dos esclavos, pero entonces las culpas hubieran recaído sobre ella. Había confiado en que Yahya descubriera por sí mismo el amor de los dos jóvenes y que la eslava de ojos azules lo rechazara, pero esta no cambió de actitud para con su amo. Se dejaba penetrar sin entusiasmo y acompañaba los movimientos agitados de Yahya con un jadeo fingido, como una profesional del sexo; cuando su amo se vaciaba en ella simulaba muecas de placer. Yahya estaba tan prendado de su concubina que no sospechó nunca nada. La sierva eslava ya lograba enlazar algunas frases y pronunciar algunas palabras lo suficientemente inteligibles. El amo de la casa se sentía feliz por su suerte. Creía tenerlo todo: era rico, día a día más rico, sus negocios crecían prósperos, gozaba de un notable prestigio en su ciudad, era considerado un benefactor de la misma por sus crecientes donaciones a las escuelas y a las mezquitas, gozaba de buena salud, poseía cuatro hermosas mujeres y Dios lo había bendecido con hijos fuertes y sanos. En verdad, era un hombre afortunado.

El año del calendario cristiano de 1064, 456 de la hégira, se presentó con malos augurios. A fines del invierno una bandada de cuervos voló repetidamente sobre el cielo azul de Zaragoza, cayeron muchas estrellas durante varias noches, señal inequívoca de que los demonios andaban sueltos por el firmamento, y el río bajó rojo sangre tras las primeras lluvias de primavera. Después de la derrota de los cristianos en Graus y para vengar las heridas del rey aragonés Ramiro, el papa Alejandro II predicó una cruzada contra el islam. En los zocos y mercados no se hablaba de otra cosa. Algunos viajeros que venían del sur de Francia para vender caballos y bueyes, y que habían atravesado los Pirineos aprovechando los plácidos días de principios de primavera, aseguraban que en todo el sur de ese país corría un entusiasmo desbordado para acudir al llamamiento que el papa había realizado para combatir al islam en su terreno. Durante todo el invierno, el gonfalonero del pontífice, un mercenario normando llamado Guillermo de Montreuil, había estado organizando un ejército compuesto principalmente por francos y normandos a los que se estaban sumando italianos, catalanes y aragoneses. Algunos de los más importantes señores de estas regiones se habían unido al ejército, entre ellos el duque Guillermo VII de Aquitania, el barón Robert Crespin de la Baja Normandía, el conde Armengol III de Urgel y el obispo de Vich. Los aragoneses apenas participaban en el ejército. Aunque en principio había corrido el rumor de su muerte, Ramiro I había sido malherido en Graus. Su herida era de consideración y no había podido recuperarse. El daño causado en su cuerpo era irreversible: no podía montar a

caballo y tenía enormes dificultades para valerse por sí mismo. La jefatura del ejército aragonés había recaído en su hijo y heredero Sancho. Espías y exploradores enviados por los gobernadores de Huesca y Barbastro a Carcasona ratificaron las noticias de los viajeros. Mediada la primavera, las informaciones que procedían del otro lado de los Pirineos eran alarmantes. Las versiones más exageradas decían que los cristianos habían equipado un formidable ejército compuesto por cuarenta mil hombres, bien pertrechado y con máquinas de asedio, lo que significaba que no se trataba de una simple expedición de saqueo sino de una verdadera guerra de conquista. Ahmad ibn Sulaymán recibió al gobernador de Huesca en su palacio de la Zuda, oyó sus informes, pero pese a todo no adoptó ninguna medida extraordinaria. Su nuevo astrólogo, un judío conocedor del movimiento de los astros y de la cábala, había predicho que Zaragoza no tenía nada que temer de los cristianos y que cualquier iniciativa de estos contra el islam estaba condenada al fracaso. El rey despachó con sus visires y tan solo ordenó extremar la vigilancia en los puestos fronterizos.

En los primeros días cálidos de primavera, Yahya, que había pasado todo el invierno en su casa ocupándose de sus negocios y de sus mujeres, había preparado un viaje a los territorios del norte en busca de pieles para un taller de curtidos que quería abrir en el arrabal de las tenerías el próximo verano. La industria de la piel era una de las más boyantes de la ciudad; las pellizas de marta fabricadas en Zaragoza eran famosas en todo al-Ándalus. Mercaderes amigos suyos y sus propios agentes, que habían recorrido las provincias de Barbastro y de Lérida en las últimas semanas, le habían recomendado esperar a que se aclarara la situación ante las noticias de la invasión del ejército cristiano. Entre tanto, Juan seguía enseñando a los hijos de Yahya y a Shams, que, ahora sí, hacía notables avances en el conocimiento del árabe.

Durante el invierno, al-Kirmani había caído enfermo de neumonía y por ello se habían interrumpido las tertulias en casa del maestro, a quien Juan había visitado con permiso de su dueño varias veces para interesarse por su salud. Durante esas visitas, al-Kirmani había conversado con Juan sobre filosofía y astronomía, aunque durante cortos espacios de tiempo, pues el anciano se resentía enseguida de cualquier esfuerzo y su médico le había prohibido las entrevistas demasiado largas; no obstante, con Juan hacía alguna excepción. A al-Kirmani le gustaba escuchar relatos sobre Constantinopla. Miguel Psello, Demetrio y el patriarca Cerulario, de los que nunca antes había oído hablar el sabio zaragozano, se habían convertido para él, gracias a las ajustadas descripciones de Juan, en figuras familiares. De Roma le apasionaba la decadencia, pues no en vano en Zaragoza quedaban numerosos ejemplos de la pasada grandeza de los romanos. Inquiría a Juan sobre la corte del papa, su organización, el ritual y los planteamientos filosóficos de los católicos. Llegó a admirar al cardenal Humberto de Selva Cándida y a aborrecer a Hildebrando, y se reafirmó en sus convicciones de preferir la pureza y la sencillez del ermitaño a la política y la retórica de los príncipes.

Mediada la primavera un mensajero llegó a caballo desde el norte. Atravesó a todo galope el puente sobre el Ebro y se dirigió hacia el palacio de la Zuda occidental. Ahmad ibn Sulaymán paseaba por el camino de ronda en lo alto de la muralla despachando con el visir Alí Yusuf cuando el mensajero, acompañado por dos soldados de la guardia, se presentó ante él.

—Señor —jadeó rodilla en tierra—, los cristianos han atravesado los puertos de los Pirineos y se dirigen hacia nosotros con un gran ejército.

—¿Cuál es su destino? —preguntó el rey.

—La fortaleza de Barbastro, majestad.

—Retírate a descansar y que te den comida y bebida.

El correo se incorporó, besó la mano del rey y se alejó entre los dos soldados.

—Majestad —puntualizó el visir—, al parecer los rumores que durante los últimos meses han corrido por toda la frontera eran ciertos.

—Sí, lo sé, siempre lo supe. Nunca tuve ninguna duda de cuál era la intención de los cristianos. No podían dejar sin venganza la derrota de Graus y la invalidez de Ramiro. Su falso dios es sanguinario y cruel, se alimenta de la sangre de los vencidos y exige constantemente que le ofrezcan víctimas. Se jactan de beber la sangre de su dios y de comer su carne. Son como perros del desierto persiguiendo a su presa, caen sobre ella una y otra vez, la acosan sin descanso, la acorralan sin tregua. Son cobardes y actúan siempre con ventaja. No dejarán de presionar sobre al-Ándalus hasta que consigan conquistarlo. Durante siglos hemos mantenido la iniciativa y los hemos relegado a las montañas, pero ahora son ellos los incentivados. El islam está roto en mil pedazos y no será fácil volver a recomponerlo. Durante los últimos cincuenta años hemos estado más pendientes de matarnos entre nosotros mismos que de evitar el crecimiento de los cristianos. Inmersos en batallas intestinas, nos hemos olvidado de los verdaderos peligros; nuestros enemigos crecían a nuestras espaldas mientras nosotros pugnábamos en querellas fratricidas y estériles.

—Pero Dios está con los musulmanes —alegó el visir.

—Dios no ayuda a quienes no se ayudan a sí mismos. La invasión cristiana está dentro de sus designios. Un príncipe ha de saber aprovechar en cada momento las circunstancias en su beneficio. Esta incursión sobre Barbastro puede beneficiarnos. Mi hermano Yusuf gobierna en Lérida, y Barbastro está cerca de su influencia. Aunque los cristianos ocupen la ciudad, no podrán retenerla durante mucho tiempo. Mi maldito hermano ha abandonado Barbastro a su suerte. Mis agentes lo han convencido de que la fortaleza puede defenderse por sí sola, y eso me ha costado mucho oro. Estoy seguro de que los infieles la ocuparán. Una ciudad como esa no puede resistir al ejército que se le viene encima. ¿Y qué ocurrirá entonces? No podrán mantenerla bajo su dominio durante más de un año y entonces, cuando sus fuerzas decaigan y el ejército ocupante comience a deshacerse, Barbastro será para nosotros una presa fácil. Yusuf al-

Muzaffar, el tirano de Lérida, aparecerá como un cobarde y un traidor y podremos iniciar la unificación de las tierras de al-Ándalus, recuperar la fuerza de los antiguos califas y salvar al islam de la destrucción. En todo el mundo musulmán se nos aclamará como salvadores de la religión del Profeta y nuestro brazo manejará la espada victoriosa de Alá.

El rey miró al visir esbozando una sonrisa de autocomplacencia, se volvió hacia las almenas y apoyando sus manos en uno de los merlones de la muralla contempló el valle. El río serpenteaba entre los huertos y los jardines; decenas de acequias y canales llevaban el agua vivificadora a los campos. El sol caía sobre el Monte Cayo tiñendo el cielo de tonos anaranjados y lilas y en los alminares de las mezquitas los muecines llamaban a la oración del *maghrib*.

Los cristianos se precipitaron sobre Barbastro como una plaga de langostas sobre las mieses. Comenzaba el verano cuando el ejército inició el sitio. Durante el asedio se cortó el suministro de agua; los sitiadores destruyeron el acueducto que la conducía a la ciudad y los sitiados, acuciados por la sed y el hambre, se rindieron cuarenta días después. Pocos días antes había dado comienzo el sagrado mes de ramadán del año 456 de la hégira. Los conquistadores entraron a saco en la medina y en el arrabal. Los musulmanes habían ofrecido su rendición a cambio de que se respetasen sus vidas. Al salir de las murallas muchos de ellos fueron pasados a cuchillo por los cristianos, violando el pacto acordado. Los pocos que quedaron con vida se abalanzaron hacia el río ansiosos por beber agua, atropellando a los niños y a los ancianos ante el regocijo de los conquistadores. Unos cuantos, sobrecogidos por la matanza, se refugiaron en la alcazaba, prefiriendo morir de sed y de hambre antes que bajo el filo de la espada de los infieles. Los supervivientes fueron reunidos en una explanada junto a la puerta principal de la medina y distribuidos como esclavos por sus antiguas casas, que se repartieron entre los vencedores. Durante tres días, los soldados del ejército cristiano se dedicaron al saqueo de las riquezas, a torturar a los barbastrinos y a violar a sus mujeres y a sus hijas, en ocasiones ante los aterrados ojos de padres y esposos. A los tres días se permitió salir a los que se habían encastillado en la alcazaba. El general de los cristianos, ante tanta sangre derramada, se compadeció de los supervivientes y obligó a sus huestes a respetarlos, pero en el camino hacia el sur se encontraron con una partida de cristianos que asesinó a casi todos. Los pocos que lograron escapar consiguieron llegar a Lérida, a Huesca y a Zaragoza, donde narraron todo lo sucedido.

La caída de Barbastro obligó a cambiar los planes comerciales a Yahya. Todo su diseño de expansión y de búsqueda de pieles en el norte del reino se había venido abajo. Cuarenta millas al norte del Ebro los caminos no eran seguros porque los cristianos merodeaban como lobos feroces al otro lado de los Montes Negros. Las rutas hacia el sur y el oeste tampoco eran de fiar, pues corría el rumor de que los castellanos estaban preparando un gran ataque contra los musulmanes y que su ambicioso rey Fernando, receloso por la actitud de Ahmad ibn Sulaymán, estaba planeando conquistar Zaragoza.

7

Juan cumplió aquel verano diecinueve años. A Shams, a la que seguía enseñando árabe, apenas la veía dos o tres horas a la semana, siempre en el patio y en presencia de Fátima. La pasión de Yahya por la muchacha era enfermiza y no le permitía el contacto con personas que no fueran mujeres o eunucos. El pequeño Abú Bakr correteaba ya por toda la casa, balbuceando sus primeras palabras. A veces se sentaba en el suelo, entre sus hermanos y Juan, y aparentaba mostrar interés por las enseñanzas del joven eslavo, quedándose quieto como si entendiera de primeras lo que sus dos hermanos aprendían con mucho esfuerzo y después de varias repeticiones.

Unas fiebres malignas, achacadas a la glotonería que se había despertado en la primera esposa de Yahya desde que llegó Shams a la casa, acabó a fines del estío con su vida. Una vez amortajado su cadáver y perfumado con algalia y áloe indio mezclado con ámbar de al-Fustat, fue enterrada en el cementerio de la puerta de Alquibla, muy cerca del sencillo amontonamiento de piedras que señalaba las celebradas tumbas de Hanás as-Sana'ni y Alí al-Lajmi, los piadosos santones que según la tradición habían fundado hacía ya tres siglos y medio la mezquita mayor y la más antigua de las raudas de la ciudad. Buena parte de los que componían el cortejo fúnebre vestían de blanco, como era costumbre hasta entonces; solo unos pocos acudieron con túnicas negras, siguiendo la nueva moda recién importada de Oriente para indicar el color del luto. Juan asistió al entierro con sincera devoción. En cierto modo, aquella mujer había sido la que le había dado la oportunidad de amar a Helena, de encontrarse aquellos días del verano del pasado año con ella en una habitación cerrada, solos los dos. Ante el ataúd de la esposa árabe de Yahya, en cuyo interior se había colocado una sencilla ofrenda funeraria, un huevo de gallina dentro de una orza de barro, entre los histriónicos gritos de dolor de las plañideras contratadas para el sepelio, pasaron por su cabeza las escenas vividas con la que ahora era llamada Shams. Pensó si no habría sido un sueño, algo parecido a la primera vez que hizo el amor con aquella desconocida muchacha en los palacios del Vaticano. Bajo la *quba*, un pequeño monumento funerario que cubría la sepultura, se colocó una lápida de mármol blanco en la que se había grabado la siguiente inscripción: «Esta es la tumba de Radiyya, esposa de Yahya ibn al-Sa'igh. Falleció, Dios tenga misericordia de ella, la noche del día catorce, en el mes de ramadán del año 456. Testimonió que no hay dios sino Dios y que Muhámmad es su enviado. Dios es verídico».

Durante el otoño y el invierno no hubo otro tema de conversación que la caída de Barbastro. Ahmad ibn Sulaymán ultimaba la estrategia que durante dos años había venido diseñando para la

conquista del territorio de su hermano y que pasaba por la reconquista de Barbastro. Un poderoso ejército se preparó y entrenó con todo cuidado. El campo de la Almozara se cerró a cualquier tipo de manifestaciones, quedando reservado para los ejercicios de caballería, lucha con espada y daga y tiro con arco de los soldados. Todos los días entre quinientos y mil combatientes recibían instrucción de los comandantes de los batallones.

Por toda la ciudad crecía un ardor guerrero incontenible y en algunas mezquitas los alfaquíes alentaban el espíritu de guerra santa contra el infiel que había osado ocupar la sagrada tierra del islam. Los predicadores más radicales lanzaban encendidas soflamas sobre la necesidad de el *yihaz*, la guerra santa, y la de acabar con los cristianos, que habían celebrado las recientes Navidades con especiales muestras de alegría, culminándolas con una solemne misa de gallo en Santa María, engalanada con ramos de mirto y concelebrada por varios clérigos vestidos con los más suntuosos ropajes entre cánticos exaltados de un coro de voces infantiles.

A principios de 1065 los mozárabes zaragozanos se sintieron amenazados ante el crecimiento de la ira popular. Eran poco más de dos millares y vivían concentrados en el ángulo noroeste de la medina, entre la iglesia de Santa María, la Zuda occidental, la muralla junto al río y una calle que desde la mezquita mayor se dirigía hasta la propia Zuda. Gozaban de plena autonomía interna y se regían por el *Liber iudiciorum*, que un conde y un juez se encargaban de aplicar. Desde la conquista de la ciudad, hacía ya más de trescientos cincuenta años, vivían en paz con los musulmanes y los judíos, que también tenían su propio barrio en la esquina de la medina opuesta a la de los mozárabes. El propio al-Muqtádir había nombrado ministro de su corte a un cristiano llamado Ibn Gundisalvo. Los cristianos habían mantenido su culto en torno a la iglesia de Santa María, ubicada en plena mozarabía, a orillas del Ebro, y a la de Santa Engracia, entre la medina y el río Huerva, en el antiguo convento de las Santas Masas en el que se veneraban los restos de los mártires zaragozanos asesinados durante las persecuciones romanas.

Un imán chiita llamado ‘Abd Allah ibn Alí al-Ansarí, seguidor de los partidarios del asesinado califa Alí y que pronunciaba sermones cargados de fanatismo desde el *minbar* de la mezquita de la Puerta de Alquibla, acusó a los mozárabes zaragozanos de instigar a los cristianos del sur de Francia a la conquista de al-Ándalus. Los ánimos se fueron caldeando durante la oración del viernes, cuando en esta mezquita, una de las cuatro más importantes de la ciudad, se habían congregado varios cientos de fieles para seguir la plegaria. El predicador, henchido de un espíritu revanchista e intransigente, alentó en una inflamada arenga a los musulmanes a que acabasen con los cristianos, recalcando «con todos los cristianos». En un tono cada vez más colérico narró los crímenes y violaciones cometidos en Barbastro y profetizó un destino similar para todos los creyentes si no hacían nada por evitarlo. Acabada la oración, el propio imán encabezó una manifestación que se dirigió hacia el barrio mozárabe, gritando consignas en favor del *yihaz*. Era mediodía cuando dos centenares de enardecidos musulmanes irrumpieron en la plaza de Santa

María empuñando espadas, hachas, cuchillos y todo tipo de armas y utensilios contundentes. Las primeras casas frente a la iglesia fueron asaltadas y los que se encontraron en su interior apaleados en medio de la calle y algunos ejecutados. Con maderos y vigas se fabricaron enseguida unas cruces en las que fueron atados varios cristianos, algunos de los cuales fueron asaeteados o muertos a lanzazos en la cruz.

Mediada la tarde, la noticia del asalto a la mozarabía se había propagado por toda la ciudad. El rey, ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, decidió acabar con la matanza y ordenó el final de las persecuciones. Algunos de los musulmanes más exaltados desoyeron sus órdenes y salieron en busca de los cristianos que trabajaban en los campos asesinando a cuantos encontraron. Juan pudo presenciar desde la azotea cómo un grupo de unos quince hombres arrastraba por los cabellos calle del Puente arriba a una mujer cristiana que gritaba como una posesa rasgando sus vestiduras emponzoñadas de sangre y polvo.

Centenares de cristianos habían logrado huir en los primeros momentos de confusión y deslizándose con cuerdas por las murallas habían logrado alcanzar la iglesia de Santa Engracia. Allí, entre las ruinas del viejo anfiteatro romano, en cuyo centro y para rememorar el martirio de los primeros cristianos zaragozanos se había construido el templo dedicado a la mártir Engracia en el monasterio de las Santas Masas, se atrincheraron armados con palos, azadas, horquillas y cuanto pudieron aprovechar para la defensa. El anfiteatro romano estaba semiarruinado; en la Antigüedad debió de haber sido un edificio imponente, de más de ciento veinte pasos de largo por ochenta de ancho. Aún quedaban en pie las arcadas y las gradas del lado oeste, pero la mayoría de sus piedras se habían desmantelado y habían sido empleadas como cantera para la construcción de las mezquitas y las casas de la ciudad y todo el flanco sur se había desmontado para aprovechar sus sillares en la obra de un dique sobre el río Huerva, al lado de la muralla de tierra, desde el que se tomaba agua para unos baños públicos.

En lo alto de las ruinas medio millar de cristianos se habían fortificado en espera de resistir la acometida de los musulmanes. Estaban excitados esperando morir igual que los mártires a los que veneraban y en el mismo sitio a manos de los infieles. Desde el graderío entonaban canciones en loor de la Virgen y de Cristo y habían clavado sobre la última de las arcadas del desmantelado anfiteatro una gran cruz de madera. Caía la tarde y los enfervorecidos musulmanes congregados al pie del monumento antiguo estaban a punto de asaltar a los encastillados cristianos cuando apareció un escuadrón de la guardia real. Al frente, erguido sobre su rocín negro azabache y vestido con túnica y turbante azules, cabalgaba Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud, rey de la taifa de Zaragoza. El monarca espoleó su caballo hasta colocarse entre los cristianos refugiados sobre las ruinas y los exaltados musulmanes; aquellos cesaron en su cánticos religiosos y estos acallaron sus insultos. El soberano habló con voz poderosa y rotunda:

—El género humano es una raza de víboras. Soy el soberano de este reino y no voy a consentir

que nadie, musulmán, cristiano o judío, se coloque por encima de mi autoridad o fuera de ella. Soy vuestro legítimo señor porque así lo ha querido Dios. En ningún caso voy a consentir que nadie de mi reino se tome la justicia por su mano, persiga al inocente o castigue sin juicio al malvado. «Dios es quien hace reír y hace llorar, quien da la muerte y da la vida», y yo soy la espada de Dios en la tierra. Es mi voluntad que de inmediato volváis cada uno a vuestra casa y reine la paz entre cristianos y musulmanes en esta ciudad. Detrás de mí hay trescientos hombres armados y bien entrenados para el combate. Si alguien osa de ahora en adelante romper la paz, mi justicia caerá sobre él de tal manera y con tal fuerza que lamentará haber nacido.

Ahmad giró su caballo hacia los musulmanes, a cuyo frente se encontraba el imán ‘Abd Allah, los cuales agachando la cabeza comenzaron a disolverse en dirección hacia la medina. Poco después, los mozárabes descendieron de las gradas y en filas retornaron a su barrio entonando himnos de esperanza. El gélido viento del noroeste azotaba la ciudad golpeando con fuerza los rostros de musulmanes y cristianos y arrastraba hacia el sureste finas columnas de humo negro.

El hijo mayor de Yahya, que había oído en la escuela que muchos jóvenes zaragozanos dos o tres años mayores que él se estaban alistando para vengar la ofensa de Barbastro, le pidió a su padre que le permitiera combatir bajo la enseña de Alá. Un capitán forjado en las fronteras del norte estaba formando un escuadrón llamado los Combatientes de Dios, en el que se habían enrolado los hijos de la aristocracia zaragozana y de los más ricos comerciantes. Yahya se opuso con rotundidad a los deseos de su hijo. Le recomendó que se dedicara al estudio y se olvidara de semejantes veleidades guerreras. El muchacho, que ya había cumplido los dieciséis años, no dudó en dirigirse al rey en persona en petición de audiencia, pero su padre, avisado por un servidor de la corte que lo conocía, fue a buscarlo, devolviéndolo a casa custodiado por dos siervos. El joven fue encerrado en una habitación sin comida, solo alimentado con pan y agua. A los dos días llamó a su padre para pedirle perdón y jurarle que renunciaba a alistarse en el ejército. Días después, a requerimiento del rey, Yahya tuvo que contribuir con mil dinares de oro para los gastos militares.

Al igual que en la campaña 1063 contra Ramiro de Aragón, el ejército de Ahmad ibn Sulaymán se concentró en la Almozara el primero de *yumada* I del 457 de la hégira, 9 de abril de 1065. El mes anterior se habían requisado en todo el reino más de trescientos caballos. Dos años después de la victoria de Graus, el ejército hudí volvía a la guerra, ahora sin la ayuda de sus aliados castellanos. Seiscientos ballesteros formaban la vanguardia del ejército, junto con quinientos jinetes árabes, enviados por el rey al-Mu’tadid de Sevilla, que se unieron a las tropas de Ahmad entre las aclamaciones de los zaragozanos. El monarca hudí quería que la campaña

para recuperar Barbastro fuera reconocida como una obra enteramente suya y que en ella participaran solo los seguidores del Profeta.

Juan leía una lluviosa mañana, sentado en un banco de la biblioteca de Abú Yalid, un tratado de astronomía, ciencia en la que había profundizado durante el último año. En el patio de la mezquita se oyó una algarabía de gritos y vítores.

—¿Qué alboroto es ese? —se preguntó indignado Muhámmad ibn Bakr, el director de la biblioteca, saliendo al patio a indagar lo que ocurría.

—¡Victoria, victoria! ¡Dios es grande! —exclamaban por todas partes decenas de musulmanes agitando estandartes con la leyenda NO HAY MÁS DIOS QUE DIOS.

Todos los lectores que en esos momentos estaban en la biblioteca salieron al exterior.

—¡Los politeístas han sido derrotados, Barbastro es de nuevo tierra del islam! —exclamó un joven entusiasta que agitaba su turbante en el aire a modo de banderola.

—Ya has oído, Juan, vuestras conquistas son efímeras. La voluntad de Dios ha querido que los musulmanes volvamos a vencer —aseveró Muhámmad.

—Dudo que Dios, al menos el dios en el que yo creo, desee la guerra —respondió Juan.

—¡Contén tu lengua, cristiano! ¡Dios, el único dios, ha querido que su poder se extienda por toda la tierra, y los musulmanes somos los que hemos recibido el encargo de tan sagrada misión! —finalizó rotundo Muhámmad.

Juan guardó silencio y comprendió que las ideas se imponen con el triunfo y la intolerancia crece en la victoria.

El cuerpo expedicionario se había presentado ante Barbastro a mediados de abril. Los zapadores minaron la muralla, colocaron leña y le prendieron fuego. Un lienzo de diez pasos de anchura se derrumbó y por el boquete penetraron los musulmanes. La ciudad fue ocupada el día 17 sin demasiada resistencia por parte de los defensores cristianos. La muerte en una escaramuza del conde Armengol III de Urgel, uno de los principales cabecillas cristianos, había desmoralizado al ejército ocupante. Los musulmanes recuperaron buena parte del botín y numerosos pertrechos y útiles de guerra, entre otros varios centenares de corazas francas, las más afamadas para el combate.

Ahmad ibn Sulaymán regresó de inmediato a Zaragoza, donde le esperaba un triunfal recibimiento. Desde varias millas antes de las puertas de la ciudad centenares de campesinos se habían congregado a ambos lados del camino para dar la bienvenida al ejército. La carretera de Lérida aparecía jalonada por largas filas de musulmanes que en las veredas agitaban palmas y ramos de flores y ofrecían bebidas refrescantes y almojábanas a los soldados. Los expedicionarios atravesaron el puente y penetraron en la ciudad. La multitud se agolpaba en las calles y en las azoteas. El pavimento se había alfombrado con juncos y ramas; guirnaldas de

rosas y azucenas colgaban de un lado a otro de los edificios. Un penetrante aroma a jazmín inundaba el aire y el viento desparramaba por todas partes un intenso olor a albahaca.

En la Almozara, frente a la alcazaba, se había levantado un estrado de madera adornado con enormes banderas azules y amarillas con los emblemas de la dinastía de los Banu Hud, el león dorado rampante frente a la media luna creciente. Miles de personas se arracimaban en la explanada para recibir al vencedor de los cristianos, el que por segunda vez en dos años había derrotado y humillado a los infieles, y en esta ocasión solo con fuerzas del islam, sin la ayuda de los castellanos. Ahmad ascendió con la confianza del vencedor los peldaños de madera del estrado al son de los atabales y los albogues y alzó sus brazos ante los clamorosos rugidos de los zaragozanos. En su pecho lucía un jacinto blanco, queriendo así destacar la pureza de su acción militar contra los cristianos. Según una antigua leyenda, la piedra de la Kaaba, el santuario panárabe de La Meca, había sido en su origen un jacinto blanco que bajó del cielo el arcángel Gabriel; una mujer impura lo tocó y se transformó de inmediato en una piedra negra.

—Os prometí una victoria y aquí la tenéis —anunció el rey entre las aclamaciones de la multitud.

El visir subió también al tablado y dirigiéndose a su rey propuso:

—Señor, ningún monarca musulmán desde an-Nasir había logrado un triunfo tan resonante para los seguidores del Profeta. El califa ‘Abdarrahman tomó el título de an-Nasir, y vuestro pueblo os ofrece a vos el de al-Muqtádir Billah, «el Victorioso por Dios»; os rogamos que lo aceptéis en agradecimiento por haber librado a los creyentes del yugo de los politeístas.

Los asistentes, entre los cuales se habían distribuido agentes del monarca y miembros de la policía secreta, estallaron en aclamaciones y vivas. Ahmad ibn Sulaymán ordenó silencio con un gesto de su mano y dijo:

—Agradecemos vuestro ofrecimiento. Y como es vuestro deseo, y como príncipe vuestro deseamos que la voluntad de nuestros súbditos sea satisfecha, proclamamos que a partir de este momento seamos llamados Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud al-Muqtádir Billah.

—¡Viva al-Muqtádir! —gritó uno de los agentes a sueldo.

—¡Viva! —contestaron centenares de gargantas.

Ibn Darray al-Qastallí, el mejor de los poetas del reino hudí, subió al estrado para recitar una oda en alabanza a su rey; la acababa de componer en honor del conquistador de Barbastro. Cuando el poeta comenzó a declamar sus versos, una fina lluvia se precipitó sobre los congregados.

La fama de al-Muqtádir creció en todo al-Ándalus como la masa de harina con la levadura. El rey decidió que su poder necesitaba de un nuevo espacio en el que encarnarse. Las dos residencias reales no eran dignas de un gran monarca. La de la Zuda occidental, junto al barrio cristiano, era un castillo militar, sin apenas espacio para las manifestaciones protocolarias de la corte, y el palacio ubicado entre el puente y la mezquita mayor era viejo y sus dependencias mostraban un aspecto destartalado. Se hacía preciso un nuevo palacio en el que se mostrara la grandeza de la dinastía de los Banu Hud y el poder de su actual soberano. Al-Muqtádir ordenó a sus arquitectos que estudiaran la construcción de un nuevo palacio real. Una comisión de expertos recorrió durante varios días toda la ciudad, buscando el lugar idóneo para ello. Ningún espacio parecía reunir las cualidades necesarias. Dentro de la medina no había sitio y fuera de ella las condiciones defensivas no eran apropiadas. Jalid ibn Yusuf, maestro arquitecto del reino, sugirió ir a la alcazaba y desde su torre escrutar la campiña zaragozana para localizar un emplazamiento. La comisión, compuesta por seis miembros, se desplazó una luminosa mañana hasta la alcazaba, situada en un extremo del campo de la Almozara, a unos cuatrocientos pasos del muro de tierra.

Este castillo había sido construido hacía casi dos siglos para defender Zaragoza. Estaba situado en lo alto de una suave colina desde la que se dominaba toda la ciudad. Su ubicación era excelente, pues desde allí se contemplaba todo el valle medio del Ebro. El recinto murado de la alcazaba tenía forma casi cuadrada, con 130 pasos de largo por 117 de ancho. Los muros eran de tapial reforzado con mampuesto en la base y revestidos con estuco de cal y yeso. Dieciséis torreones ultrasemicirculares jalonaban toda la cerca, además de una enorme torre de planta rectangular en el lado norte, frente al río. Esta torre había sido desmochada en las revueltas que estallaron en la taifa a la caída de la primera dinastía reinante, la de los tuyibíes, y se estaba reconstruyendo en argamasa. A diferencia de los muros, los torreones eran de sillares de blanquísimo alabastro, perfectamente tallados. La alternancia de muros de hormigón y torreones de sillares confería a la fortaleza un aspecto sobrecogedor, especialmente en las primeras horas de la mañana, cuando los rayos de sol incidían directamente sobre la cara este. Rodeada de olivares y alamedas, la alcazaba parecía un collar de perlas emergiendo en el centro de un mar turquesa.

Los comisionados penetraron en el recinto por la única puerta, ubicada entre dos torreones en la fachada oriental. Atravesaron el arco de herradura decorado con sencillas yeserías vegetales y geométricas y ya dentro giraron a su izquierda para salvar la entrada en recodo que protegía el acceso al castillo. El interior se configuraba en torno a un enorme patio central con edificios de madera y adobe donde se ubicaban las caballerías y los almacenes. Junto a los muros corrían sólidas construcciones de mampuesto y argamasa que se abrían en pequeños vanos hacia el interior, a modo de celdillas de una colmena. Saludaron al capitán de la guarnición, un orgulloso

yemení de ojos melados y pelo castaño, que se puso a su disposición. Le pidieron que los acompañara hasta lo alto del torreón de planta cuadrangular, al que accedieron a través del patio. La entrada estaba situada a varios metros de altura con respecto al suelo, por lo que se subía a través de una liviana escalera accesoria de madera que se podía retirar en caso de peligro o asedio. Ascendieron pesadamente los empinados escalones de la escalera interior hasta que alcanzaron la terraza.

Desde allá arriba, a más de cuarenta pies de altura por encima de la cumbre de la colina, se vislumbraba una amplia panorámica de toda la ciudad y su entorno. Destacaba la pesada y compacta masa de la medina, totalmente congestionada de edificios, los prósperos y crecientes arrabales, donde se multiplicaba la actividad constructora, los huertos, almunias, cementerios y jardines, entre el muro de tierra y el de piedra, y los afilados alminares sobresaliendo por encima del abigarrado caserío. Los seis sabios otearon el horizonte una y otra vez en busca del lugar más apropiado para el nuevo palacio. Ninguno de ellos encontraba nada digno de su rey. El capitán de la fortaleza, impaciente por la espera e incómodo por el silencio, apoyado indolentemente en el gran reloj solar grabado en una laja de piedra, señaló:

—Desde aquí se disfruta de la mejor vista de la ciudad y del valle.

Jalid ibn Yusuf se volvió hacia él mirándolo fijamente como si acabara de realizar un gran descubrimiento.

—¡Esto es! —exclamó Jalid ibn Yusuf, el arquitecto real—. Lo hemos tenido todo este tiempo delante y no nos hemos dado cuenta. Aquí está el lugar idóneo para el palacio, la propia alcazaba.

Sus compañeros se acercaron a él interesados.

—¿No estarás hablando en serio? —preguntó el joven judío Abú al-Fadl ibn Hasday, uno de los más influyentes consejeros de al-Muqtádir.

—Pues claro que sí —afirmó Jalid. —¿Qué mejor sitio podemos encontrar? Nosotros mismos hemos llegado hasta la alcazaba para buscar el lugar ideal, y ¿qué lugar será el mejor sino aquel desde el que nuestros astrónomos escrutan cada noche los cielos?

En la azotea del torreón había instalado desde hacía tiempo un sencillo observatorio astronómico.

—No sé. Habría que hacer muchas reformas: derribar el interior de la alcazaba, redistribuir los espacios, adecuarlo a un palacio y no a un castillo. Todo eso conllevaría muchos gastos, creo que más de los que podemos asumir —aseveró Abú Marwán, alto funcionario encargado de las finanzas de la corte.

—Un conquistador no debe mirar su bolsa, sino su gloria; además siempre costará menos que hacerlo todo de nuevo —asentó el cordobés Abú ‘Umar Yusuf al-Qaysí, secretario de al-Muqtádir.

—Nuestro monarca nos ha salvado del furor de los cristianos, paguémosle ahora con nuestro esfuerzo —apostilló Jalid acompañándose con un ademán con el que daba a entender que este asunto estaba cerrado.

Pocos días después al-Muqtádir recibió a la comisión de los seis expertos para la construcción del nuevo palacio real. El arquitecto jefe dio un paso adelante y expuso las razones de la elección: la construcción militar ya existente, la ubicación de la alcazaba en un lugar privilegiado sobre el río y el control y dominio visual sobre toda la ciudad y las rutas que llegaban a ella, entre otras. Al-Muqtádir permaneció unos instantes pensativo, dio varios pasos en distintas direcciones y por fin resaltó:

—Creo que no hay un lugar mejor. El nuevo palacio se levantará en el interior de la alcazaba de la Almozara. Será un paraíso dentro de los muros militares, un edén en la tierra, un jardín entre los campos y los frutales. Quiero que se ponga a trabajar un equipo de inmediato. Se van a cumplir veinte años de mi reinado y deseo celebrarlos con la construcción de este palacio. A partir de mañana nos reuniremos semanalmente para preparar el proyecto y seguir después su ejecución. Podéis retiraros.

Al-Muqtádir llamó a consulta a los más eminentes sabios de su reino. Personalmente, y uno a uno, les fue preguntando sobre sus ideas con respecto a cómo debería ser el palacio ideal. El maestro aritmético Muhámmad ibn Sulaymán hizo hincapié en la perfección de las medidas y en la simetría de las formas. El astrónomo Ibrahim ibn Lubb resaltó la identidad del palacio con el cosmos. El médico Muhámmad ibn Ahmad destacó la importancia de la limpieza y la salud, y el papel del aire y el sol en la arquitectura, y que estuviera expuesto a los vientos del este que eran los más saludables.

El rey decidió que el nuevo palacio sería como un pequeño paraíso, donde hubiera abundante y suculenta comida, arroyos y fuentes saturados de perfumes, palmeras y granados, donde brotasen manantiales de vino, leche y miel. Debería disponer de delicados jardines privados en los que hermosas y ardientes mujeres pasearan semidesnudas y sensuales cual huríes de brillantes ojos negros eternamente jóvenes y siempre vírgenes.

En el nuevo palacio todos los detalles deberían cuidarse a la perfección: astrólogos indicarían el momento propicio para el inicio de las obras según la confluencia de los astros, los mejores arquitectos intervendrían en la planificación de cada uno de los elementos constructivos, los más afamados escultores, yeseros, alarifes y pintores diseñarían la decoración de cada una de las salas. Nada debería quedar a la improvisación. El palacio iba a ser su gran obra y por ello solo admitiría lo sublime.

Al-Kirmani, el viejo maestro, que gracias a los calores del estío ya se había repuesto de la

neumonía que le había afectado durante el pasado invierno, fue elegido por al-Muqtádir para fijar el día propicio para el comienzo de las obras. En su viaje a Oriente, al-Kirmani había estudiado astronomía en la ciudad de Harrán, al norte de Irak, en donde aprendió las técnicas que se practicaban en el observatorio de Maragahah, en Azerbaiyán, centro difusor de los calendarios y los mapas astronómicos de la China, que llegaban hasta allí a través de la Ruta de la Seda. Durante varios días se dedicó a consultar varios tratados de astrología en la biblioteca de Abú Yalid, en la de la mezquita aljama y en la del viejo palacio real junto al puente, acompañado por dos o tres de sus discípulos que le leían las obras. Juan se ofreció para ayudar a al-Kirmani y aunque este se mostró reticente por no ser musulmán, pronto permitió que el discípulo eslavo le ayudara; en las bibliotecas había algunos libros en latín y griego y Juan era sin duda el mejor traductor de la ciudad.

Revisaron juntos los movimientos lunares descritos por al-Jwarizmí, las obras de Maslama de Madrid y de Ibn al-Saffar, los comentarios de al-Mayrizí de Shiraz sobre Ptolomeo y Euclides, las traducciones del *Almagesto* de Ptolomeo de Sahl al-Tabari y al-Hajjaj ibn Yusuf, que Juan corrigió en algunos puntos concretos. De especial interés para ambos fue la consulta de un libro recién llegado desde Valencia del astrónomo de Shiraz ‘Abdarrahman al-Sufí, titulado *Libro de las estrellas fijas*, ilustrado con bellas láminas en las que se mostraban las principales estrellas con puntos unidos por líneas que formaban las doce figuras del horóscopo y las constelaciones.

Juan se sorprendió en extremo cuando en una de las visitas a la gran biblioteca de la mezquita mayor el viejo maestro pidió la obra de Aristarco de Samos titulada *Sobre las dimensiones y las distancias del Sol y la Luna*.

—Es un raro tratado de un astrónomo griego discípulo de Estrabón de Lampraco —comentó al-Kirmani—. En este libro calcula, mediante medición trigonométrica de los ángulos, las distancias entre los tres astros principales, el Sol, la Tierra y la Luna, y el arco que la sombra de la Tierra proyecta sobre la Luna. Un hombre genial este Aristarco; lástima que sus teorías heliocéntricas solo fueran seguidas por Seleuco. Escribió un libro, que se ha perdido, en el que dejó constancia de sus descubrimientos.

—Yo he leído ese libro —afirmó Juan.

—¿Qué has dicho? —preguntó sorprendido al-Kirmani.

—Que yo he leído el libro perdido de Aristarco —reafirmó Juan—. Lo encontró Miguel Psello, de quien ya os he hablado en alguna ocasión, en un monasterio de la región de Bitinia, en Anatolia. Se lo regaló a mi maestro Demetrio quien me lo entregó poco antes de morir. Tuve que destruirlo para no ser ejecutado si lo descubrían en mi poder, pero lo aprendí de memoria.

—¡Idiotas! —clamó al-Kirmani—. Siempre he sostenido que esos cristianos dogmáticos son unos idiotas. Su intransigencia ha provocado la pérdida de una de las más innovadoras obras de la ciencia de la Antigüedad.

Durante varios días al-Kirmani y Juan repasaron el libro de Aristarco tal y como se guardaba en la cabeza del joven eslavo. El muchacho aprendió como nunca antes los fundamentos de la ciencia astrológica de la boca del sabio anciano, que iba explicando con comentarios y citas de autores todos los párrafos que Juan le iba repitiendo del tratado de Aristarco de Samos. Algunas noches las pasaban en vela sobre la azotea del gran torreón rectangular de la alcazaba, donde hacía varios decenios los reyes de Zaragoza habían instalado un modesto observatorio astronómico. Juan contemplaba el cielo y describía a al-Kirmani, que no podía verla a causa de su ceguera, la posición de los astros.

Varias semanas después del encargo, al-Kirmani compareció ante al-Muqtádir para darle cuenta de sus trabajos. Dos días antes le había dicho a Yahya que le permitiera ir con Juan, puesto que había colaborado con él casi desde el principio y sabía interpretar mejor que nadie los cálculos que se habían realizado. Yahya, que sentía una gratitud infinita por el maestro, accedió de buena gana. Alguna vez podría serle beneficioso el que un siervo suyo hubiera estado cerca del rey para explicarle cuándo debería ejecutarse su más ambicioso proyecto arquitectónico, seguro de que podría sacar algún provecho de ello.

El heredero de los Ibn Hud los recibió en una sala tapizada con telas azules y amarillas, bajo un dosel de lino blanco. El otoño estaba siendo templado y seco y el viento parecía haberse solidificado. El visir acompañó a al-Kirmani y a Juan ante presencia del rey, que saludó con afecto al viejo maestro e ignoró por completo a Juan, quien se mantenía dos pasos por detrás de al-Kirmani; portaba bajo su brazo un rollo con varios pergaminos en los que el maestro había hecho dibujar sus cálculos astronómicos

—Majestad —intervino al-Kirmani—, me acompaña mi discípulo Juan el Romano, siervo de la casa de Yahya ibn al-Sa’igh, el más afamado platero de nuestro zoco. Ha estudiado en Constantinopla y en Roma y conoce varios idiomas; me ha sido muy útil, y como mis ojos ya no ven, es a través de los suyos como leo y estudio.

—Pasemos a un despacho, allí podrás enseñarme con mayor comodidad lo que has realizado.

En una pequeña estancia se sentaron alrededor de una mesa al-Muqtádir, el visir y al-Kirmani. Juan se quedó de pie detrás del anciano.

—Me ordenasteis —comenzó al-Kirmani—, que os asesorara sobre la construcción del palacio nuevo, que queréis sea un paraíso en la tierra. Pues bien, después de revisar una y otra vez largas series de cálculos y de resituar en distintas posiciones a todos los planetas y estrellas, he llegado a la conclusión de que el momento más oportuno para iniciar las obras será cuando la luna creciente esté alineada con Venus y se encuentre en el corazón del Alacrán, en la mansión sexta, dentro de cuatro meses. Además, es necesario conjugar distintos elementos: los planetas, los colores, las formas, los signos, las gemas, las flores, los animales y los materiales minerales. En cuanto a los planetas, el más propicio es Venus, el astro del amor y de la alegría, de la cortesía y

del orgullo, cualidades que han de reinar con vos en vuestro palacio. Venus en la sexta casa es señal de salud, armonía y calma. Debe predominar el color verde, el del planeta Venus, que simboliza la esperanza que vuestro reinado y vuestro triunfo han supuesto para todo el islam. Junto con el verde, se aplicarán el blanco, el color de la Luna, de la pureza y de la franqueza, y el amarillo, que representa, como el Sol, la inteligencia y la justicia. En los techos conviene utilizar el azul de Júpiter, el tono del cielo, y el rojo de Marte, color de la caridad y la victoria. De los cuatro elementos, el agua es el de la Luna y el de Escorpión, bajo cuyo signo aparecen los mejores augurios para la construcción. Por tanto, el agua deberá estar por encima de los otros tres, sobresaliendo del aire, el fuego o la tierra. Jaspe rojo y alabastro blanco son piedras que combinan en armonía perfecta y que habría que usar al menos en ciertos paneles decorativos en columnas y jambas, y las rosas, flores del amor, ocuparán el lugar privilegiado de los jardines.

—¡Magnífico! El simbolismo de los colores y de los elementos realzará el palacio. Pero me gustaría ir todavía más allá —puntualizó al-Muqtádir, que jugueteaba entre sus dedos con una pieza de ajedrez tallada en cristal de roca—. Este edificio debe reflejar en su arquitectura el orden cósmico creado por Dios, la sucesión del día y la noche, el equilibro del Sol, la Luna y las estrellas. El plano ha de ser un microcosmos en el que se plasme el mundo y mi reino. Sé que todo ello es difícil, pero es mi deseo emular la obra de los grandes califas del islam.

A finales de 1065 murió el rey Fernando de Castilla. La amenaza de los castellanos, que habían hostigado la frontera durante todo el año, pareció entonces más lejana. Los musulmanes recibieron con alivio la partición de su reino: Sancho, el primogénito, heredó Castilla y las parias de Zaragoza, Alfonso, el hijo predilecto, León y las parias de Toledo, y García, el menor, Galicia y las parias de Sevilla y Badajoz. Las desavenencias entre los tres hermanos estallaron de inmediato. Los últimos meses de vida y los enfrentamientos entre sus hijos a la muerte de Fernando I fueron aprovechados por los aragoneses para preparar una ofensiva sobre la frontera norte del reino hudí. Pese a ello, al-Muqtádir podría respirar tranquilo por una temporada. La paz con los castellanos, ocupados en sus querellas internas, le permitió dedicar todo su tiempo a la construcción del nuevo palacio.

Las obras comenzaron el día señalado por al-Kirmani. Una miríada de albañiles, peones y acémilas comenzaron a desescombrar la parte central del interior de la alcazaba. Durante varias semanas al-Kirmani, siempre acompañado por Juan y por el arquitecto Jalid ibn Yusuf, inspeccionó los trabajos de derribo. De vez en cuando el propio al-Muqtádir visitaba la alcazaba.

La primavera discurrió en un suspiro. Juan había dejado ya la educación de sus dos pupilos y Yahya estaba encantado de que su siervo se codeara con el propio monarca. Esta situación le

permitía acceder a la corte y gracias a ello había logrado aumentar la venta de piezas de plata entre los personajes más distinguidos de la aristocracia zaragozana.

La supervisión de las obras era agotadora, incluso para una persona fuerte y joven como Juan, pero el achacoso y desgastado cuerpo de al-Kirmani no pudo resistir el ritmo impuesto. Una tarde, mientras repasaban un tratado de ingeniería en la biblioteca del palacio real, el viejo maestro se sintió indispuesto. Siempre en compañía de Juan fue trasladado con urgencia a la Casa del Reposo, una pequeña clínica donde los mejores médicos de la ciudad se reunían para intercambiar sus experiencias. Allí, a orillas del Huerva, gracias a una donación del propio monarca, estaban organizando un pequeño hospital, intentando copiar los que existían en el Oriente musulmán. La pequeña clínica había sido dirigida y fundada por el propio al-Kirmani, que la había dotado de abundante instrumental médico; había bisturíes, escalpelos, ganchos, sierras, cauterios, tenazas, fórceps, jeringas, cánulas, sondas y tablillas de madera de diversas formas y tamaños para fijar las fracturas óseas y lograr que soldaran. Muchos de estos instrumentos los había diseñado el propio al-Kirmani copiando los empleados en el hospital de Isfahán por el mismísimo Ibn Sina. El maestro era un afamado médico y muchos de los cirujanos de la ciudad se habían formado bajo sus enseñanzas; siempre se había destacado por la precisión de sus observaciones clínicas y su habilidad para cauterizar heridas y amputar miembros gangrenados.

Al-Kirmani fue colocado sobre una camilla, cubierto con una manta de lana gris. Varios médicos acudieron de inmediato a interesarse por el anciano cuya vida se apagaba sin remedio. El propio al-Muqtádir, enterado de la situación, lo visitó acompañado por el príncipe heredero. Durante unos minutos el monarca y su astrónomo hablaron sin testigos. Al salir de la habitación donde yacía el cuerpo enfermo del ilustre sabio, el rey meneó la cabeza como indicando que todo era inútil.

El maestro pidió a su joven y aventajado discípulo, el inteligente Ibn Buklaris, que había alcanzado la categoría de *hakim*, el más alto grado médico, que lo dejaran a solas con Juan. El siervo eslavo entró en la estancia apenas iluminada con una simple lamparilla de aceite. Al-Kirmani, tumbado sobre la rígida camilla, agonizaba.

—¿Eres tú, Juan? —preguntó el anciano al oír los pasos del eslavo.

—Sí, maestro.

—He pedido que te permitieran estar conmigo a solas porque quiero decirte algunas cosas antes de morir.

—No, no vais a morir —protestó Juan—. Algunos astrólogos sostienen que la natural duración de la vida humana es de ciento veinte años y que si dura menos se debe a la corrupción del temperamento, y el vuestro no se ha corrompido ni un ápice; os restan por contemplar muchas primaveras.

—Nadie puede escapar cuando la Negra Señora llama a nuestra puerta. Mi hora ha llegado, hace tiempo que estaba escrito en las estrellas. Dios así lo quiere —balbució el anciano— y le agradezco que me haya permitido vivir más que a la mayoría de los hombres. Durante los últimos meses hemos pasado mucho tiempo juntos. Te he tomado afecto y te has convertido en mi mejor discípulo. Tienes una mente ágil y lúcida; tu inteligencia es muy superior a la del común de los hombres. Aquí, en mi cuello, pende un amuleto. Es una bolita de cristal de roca engastada en un cilindro de plata; hay en su interior un pedacito de papel en el que está escrita una oración. Coge el amuleto, ábrelo y lee.

Juan se inclinó sobre al-Kirmani y con toda la delicadeza que pudo le quitó el colgante. Abrió el cilindro de plata y se aproximó a luz de la lamparilla desplegando un papelillo que meticulosamente doblado se guardaba en el estuche. El joven eslavo leyó en voz alta:

—«Todo glorifica a Dios, lo que está en los cielos y sobre la realeza. A Él la realeza y la alabanza. Él tiene poder sobre todas las cosas».

—Este amuleto —explicó al-Kirmani— lo adquirí de un orfebre de Bagdad. El cristal de roca no es una piedra preciosa; su valor no es grande, pero tiene la cualidad, para nosotros los musulmanes, de traer buena suerte a quien lo lleva. Ya sabes que yo no creo en supercherías, pero sí es cierto que en no pocas ocasiones los hombres nos superamos cuando nos sentimos protegidos por algo. Quiero que guardes este amuleto de la buena suerte y que lo conserves siempre contigo como único recuerdo de este viejo. La oración que has leído ha constituido para mí la causa de todas mis acciones. Tú eres cristiano, pero eso no me importa. Lo trascendente no es el nombre que demos a Dios, sino la esencia de Dios mismo. Nosotros lo llamamos Alá, los cristianos Jesús y los hebreos Yahvé, pero es el mismo Dios para todos, el principio creador, la esencia divina del universo. En mi casa guardo una colección de cartas que durante los últimos veinte años he cruzado con mi discípulo al-Husayn ibn Muhámmad, ordénalas y procura que no se pierdan, ellas constituyen los pilares de nuestras enseñanzas, son la base de la filosofía de los Hermanos de la Pureza.

La voz de al-Kirmani se iba apagando lentamente, como una lámpara a la que se le acaba el aceite. Frase a frase le era más difícil mantener un tono lo suficientemente alto para que Juan pudiera escucharle con claridad. Las últimas palabras del anciano sonaban como un susurro, pero su mente se expresaba lúcida y brillante.

—*Allahu akbar, Allahu akbar* —barbotó al-Kirmani antes de exhalar el último suspiro.

Los ajados miembros del sabio anciano se distendieron y sus arrugados párpados se cerraron plácidamente sobre sus apagados ojos.

La corte en pleno, encabezada por el mismísimo monarca, acudió al sepelio del maestro. Tres días de luto oficial fueron declarados en el reino y los imanes pronunciaron su nombre en las oraciones en las mezquitas. Fue enterrado en el cementerio de la Puerta de Alquibla, bajo una

sencilla capilla enlucida con purísima cal blanca. Aquella noche, en el cielo de Zaragoza se apagó una estrella en la constelación de Libra y ese año un cometa brilló durante varios días en el cielo. Nadie dudó de que se trataba del alma de Abú al-Hakam ‘Umar ibn ‘Abdarrahman ibn Ahmad ibn Alí al-Kirmani que había viajado directamente al Paraíso.

Una semana después de la muerte de al-Kirmani un capitán de la guardia real se presentó en casa de Yahya acompañado por dos soldados. Portaba una carta sellada con el sello del propio monarca en la que se ordenaba a Juan que acudiera al día siguiente, a mediodía, al palacio de la Zuda occidental para asistir a una audiencia real.

Vestido con una túnica de seda que Yahya le había prestado, Juan se dirigió a palacio. Por las estrechas y entoldadas callejuelas se arremolinaban todo tipo de individuos: abigarrados faranduleros que llamaban la atención de los transeúntes solicitándoles algunas monedas a cambio de unos mimos, molestos equilibristas que realizaban cabriolas en el aire aprovechando algunos ensanches o las pequeñas plazas, malabaristas que jugaban lanzando al aire varias pelotas de colores sin que se les cayeran, prestidigitadores entre cuyas manos desaparecían distintos objetos, estridentes ventrílocuos que hacían hablar a pequeños muñecos mientras los movían con sus manos, cuentistas callejeros que subidos en taburetes de madera narraban fabulosas leyendas a cuantos se arracimaban para escucharlos, engañosos adivinos que leían el porvenir en la palma de la mano o en un espejo a cambio de una moneda, y mendigos, ciegos, paralíticos, tullidos verdaderos y mutilados falsos que reclamaban entre el fragor de la calle la caridad coránica de los creyentes para con su desgracia; todo ello en medio de un ir y venir de gentes que acudían a los variopintos zocos a realizar las compras entre los gritos de los mercaderes que voceaban desde las puertas de sus tiendas las excelencias de sus productos.

Atravesó el barrio mozárabe. Ante la iglesia de Santa María pensó que aunque seguía siendo cristiano, hacía ya mucho tiempo que no pisaba un templo. Los años pasados en Constantinopla y en Roma le parecían lejanos, vanos como un sueño.

Tuvo que esperar largo rato en la antecámara de la sala de audiencias, que ya conocía por alguna de las visitas realizadas semanas atrás acompañando a al-Kirmani. Unos criados le sirvieron tortitas con croquetas de pollo, pastelillos de hojaldre rellenos de carne picada de pichón con pasta de almendras, buñuelos de alcachofa, galletas de mantequilla y agua perfumada con esencia de rosas.

Al-Muqtádir lo recibió a media tarde. El monarca observaba distraído un pergamino en el que su jefe de ingenieros militares le mostraba el mapa de las fortificaciones que defendían los alrededores de Zaragoza. Juan permaneció de pie, inmóvil en el centro de la sala de audiencias.

—¡Ah!, eres tú —dijo al-Muqtádir sin levantar la vista del pergamino—. Te he hecho venir

para que sigas con el trabajo que comenzaste con el maestro al-Kirmani. Antes de morir me recomendó muy encarecidamente que te permitiera continuar inspeccionando las obras y colaborando con mi arquitecto. Mañana mismo uno de mis secretarios comprará tu libertad a tu actual dueño. Tendrás un salario de medio dinar diario y el usufructo de una casa en el arrabal del sur. De tu salario pagarás cada semana un cantidad sin intereses hasta que liquides la deuda por tu libertad. Puedes retirarte.

—Majestad —cespitó Juan sorprendido—, yo, yo...

—He dicho que puedes retirarte —finalizó al-Muqtádir.

Juan salió de la sala de audiencias atolondrado. No estaba seguro de haber entendido bien las palabras del rey. Un secretario lo cogió por el brazo y le indicó que lo siguiera.

—Ven, es preciso rellenar unos documentos para ejecutar las órdenes de nuestro señor. Esta noche deberás dormir todavía en casa de tu actual dueño, pero mañana temprano serás un hombre libre y podrás trasladarte a tu nueva residencia. Unos criados te acompañarán para ayudarte en lo necesario.

A la mañana siguiente el secretario se presentó ante Yahya con el certificado en el que Juan era adquirido por al-Muqtádir y a la vez se le liberaba de la esclavitud. Cincuenta dinares, pagaderos en monedas de oro y en efectivo, era la cantidad que su antiguo dueño recibía por él.

Yahya cogió las monedas con agrado y se despidió de Juan:

—No he hecho un mal negocio contigo. De todas maneras, más pronto o más tarde tenía pensado concederte la libertad, quizá cuando acabaras de educar a mi pequeño Abú Bakr Muhámmad. Me alegro por ti y también por mí. Cincuenta dinares no es poco, sin embargo creo que vales mucho más. Aunque ya eres un hombre libre, quiero pedirte algo personal. Gracias a tus enseñanzas, mis dos hijos mayores han atesorado una serie de conocimientos que les serán muy útiles. Me gustaría que aceptaras ser el preceptor de Abú Bakr. Tiene ahora, como sabes, poco más de tres años, y tú has dicho muchas veces que pese a su corta edad demuestra poseer una agudeza y una inteligencia fuera de lo común.

—Siento un gran afecto por ese niño. Cuando enseño a vuestros dos hijos mayores, Abú Bakr suele sentarse junto a nosotros y sigue mis explicaciones como si las entendiera. Contad conmigo para su educación.

—Por supuesto que te pagaré por ello —asentó Yahya.

—Por supuesto —remarcó Juan.

El rico mercader cogió a su antiguo esclavo por los hombros y lo abrazó. Aquel muchacho espigado y fibroso que hacía cuatro años había llegado a su casa como esclavo salía de ella como un hombre libre.

Capítulo VI

El brillo del alabastro

1

Dos criados y un oficial del rey acompañaron a Juan a su nuevo hogar, en el arrabal del sur. La ciudad le pareció distinta. Las calles atiborradas mostraban la misma multitud de siempre, pero los gritos de los comerciantes casi le sonaban ahora como música, las acémilas cargadas con pesados fardos que circulaban de un lado para otro no eran tan molestas y las legiones de mendigos y tullidos que acosaban a los transeúntes en demanda de limosnas parecían haberse esfumado. El aroma de los ungüentos del zoco de los perfumeros, el cálido olor del pan recién cocido de las tahonas y la sutil fragancia de los jazmines y los rosales habían sustituido en el aire a cualquier otra sensación.

Desde la casa de Yahya recorrieron la gran calle que desde la Puerta del Puente se dirigía hasta la del Sur. El arrabal había crecido de manera considerable en el último siglo y en cierto modo era más agradable vivir allí que en la medina. Los edificios no estaban tan amontonados y la sensación de agobio apenas existía.

La nueva casa de Juan se hallaba al final de un estrecho adarve al que tan solo se abrían otras tres. Se accedía a ella a través de una puerta con las jambas y el umbral de alabastro. Era de una sola planta, con las paredes encaladas, el tejado de teja y los suelos de tierra amalgamada con yeso, pisada, batida y pulida, con lienzos de anea sobre ellos. Tres habitaciones, el pequeño recibidor, la cocina con despensa y un baño en el que había una sencilla bañera de madera y una letrina rodeaban por tres lados un patio enlosado con baldosas de terracota; el cuarto lado, justo enfrente de la entrada, se abría a un jardincillo cercado de altos muros de tapial de apenas veinte pasos de largo en el que varios olivos y almendros bien cuidados convivían con un pozo remarcado con un brocal de mampostería encalada pintada en azulete.

—Esta es vuestra nueva casa —observó el secretario—. Nuestro señor el rey es muy generoso con vos. Hoy en día no se encuentra una como esta en toda la ciudad por menos de cien dinares. No tendréis que pagar ningún alquiler pero deberéis conservarla en este mismo estado en tanto la tengáis en usufructo.

Las palabras del secretario le sonaron extrañas pero agradables. Por primera vez alguien se dirigía a él como a un hombre libre y con el tratamiento de un personaje distinguido.

«Valgo dos veces menos que esta casa, pero voy ganando; cuando me vendieron en Constantinopla era menos valioso que un libro, aunque fuera *El tratado de las máquinas* de Arquímedes», pensó Juan.

—Aquí tenéis la llave y el documento que acredita que podéis habitar la casa libre de rentas. Este otro documento es vuestra carta de libertad. Su majestad os concede una semana de asueto para que os instaléis aquí. El próximo lunes deberéis presentaros en palacio para continuar con vuestro trabajo. En esta bolsa hay quince dinares, corresponden al salario de treinta días. Cada semana deberéis pagar a su majestad un dinar, así, en cincuenta semanas, justo en un año, habréis completado lo que él pagó por vos. Quedad en paz.

El secretario saludó con cortesía a Juan y se retiró con los dos criados que habían portado hasta la casa dos hatillos con ropa y algunos cacharros.

De pie en el centro del patio, Juan giró la cabeza escrutando cada uno de los rincones de su hogar. Estaba limpio y parecía recién encalado, pero apenas había muebles. De las tres habitaciones, una sería su dormitorio, otra la emplearía como comedor y la tercera como estudio, siempre que no pudiera estudiar en el jardín. Allí colgaría el paño verde para descansar sus ojos de la lectura prolongada. La cocina disponía de un pequeño horno de terracota, suficiente para cocer cinco o seis panes y hacer cualquier asado. En ella había una mesa de madera y dos sillas tapizadas en cuero gris.

Durante la semana que se le había concedido, Juan compró lo imprescindible para poder vivir con comodidad. De los once dinares que le quedaron después de haber guardado cuatro para pagar su cuota de libertad de este primer mes, empleó ocho en comprar algunos utensilios para la cocina, una cama y un colchón de lana, dos mantas, un par de túnicas, tres camisas de lino, un turbante de lana *tirazí*, unas sandalias de cuero y un sencillo tablero de ajedrez con piezas de madera de ébano y de sándalo. Si quería vivir entre musulmanes tendría que aprender aquel complejo juego de estrategia cuya práctica se hacía inevitable entre los allegados a la corte y en el que se representaba el combate cósmico entre el bien y el mal. El nuevo consejero para las obras del nuevo palacio tenía que vestir conforme a su cargo. Después de todos esos gastos, en su bolsillo apenas había dos dinares y cinco dírhems; con ello tendría que comprar comida durante todo el mes. De momento no podía permitirse el lujo de pagar a un criado que le limpiara la casa, le preparara la comida y le lavara la ropa, aunque con su salario de ocho dírhems y medio diarios pronto podría hacerlo: por un dírhem al día era posible encontrar un buen sirviente.

Después de una agotadora jornada de idas y venidas por los zocos para realizar las últimas compras, Juan descansaba tumbado sobre una estera de cáñamo en su jardincillo; había preparado para la cena media docena de huevos rellenos aderezados con cilantro verde, zumo de

cebolla, azafrán y canela de Ceilán, rebozados en harina y fritos en aceite y una jofaina de refrescante agua de cebada. En apenas un año habría pagado por completo su libertad y quizá pudiera ahorrar lo suficiente para emprender el largo viaje de regreso a su tierra. Imaginaba su aldea a orillas del Dniéper, a sus padres viendo incrédulos cómo el hijo que habían creído perder para siempre regresaba cargado de intensas experiencias y profundos conocimientos. Podría instalarse como notario en el mercado de la aldea, seguro de que en estos trece años habría crecido lo suficiente como para ser considerada casi una ciudad. Repasó los días vividos junto a Vladislav, del que se preguntaba qué habría sido de él y dónde estaría ahora. Recordó a Demetrio, al patriarca Miguel, a León de Fulda, cuya prometedora carrera se había frustrado a la muerte del cardenal Humberto, e incluso al avaro y cruel mercader Escalpini, que había sido su dueño por dos veces.

Con las manos debajo de la nuca y los ojos fijos en las estrellas, pensaba en Shams. Se había marchado de la casa de Yahya sin poder verla, sin decirle una vez más cuánto la amaba. Ahora que era libre se sentía esclavo de su destino, de un hado que le impulsaba constantemente a perder a aquellos que tanto quería: su familia en la aldea del Dniéper, el recordado Demetrio, el escéptico León de Fulda, al-Kirmani y... Shams.

Aquella noche las estrellas parecían más lejanas que nunca. Juan sabía que era viajero preso en una pequeña esfera en torno al Sol, entre miles de luminosas perlas que brillaban en un nítido cielo azabache. «¿Qué habrá más allá de las estrellas?», se preguntaba. «Ojalá pudiera viajar como el profeta Elías en un carro de fuego y ver desde el espacio el girar de los planetas alrededor del Sol y acercarme a los confines del firmamento».

Intentó comprender la grandeza de la creación e instintivamente cogió con la mano el amuleto de al-Kirmani que colgaba de su cuello desde el día de la muerte del maestro. «Todo glorifica a Dios, lo que está en los cielos y...».

—Al-Kirmani tenía razón —musitó—. Dios es el mismo aunque cada pueblo lo llame de formas distintas.

Y entonces tomó la decisión de hacerse musulmán.

Juan acudió a casa de su antiguo amo para comunicarle sus deseos de abrazar la fe del profeta Mahoma.

—Me agrada que quieras ser uno más de los creyentes —aseveró Yahya—. Mañana mismo, si lo deseas, iremos a la mezquita de Abú Yalid para prepararte; habrá que hacerte la circuncisión. No te preocupes, te dolerá pero es obligatorio para todo musulmán. Durante unos días deberás tener cuidado, pero enseguida te sentirás bien.

Ibn Buklaris cortó el prepucio de Juan y su bálano quedó al descubierto como el de todo

musulmán o judío.

En un libro había leído que la llegada del profeta Mahoma había sido anunciada por el propio Jesús en el Evangelio de san Juan, aunque bien sabía que aquella era una tergiversación de la realidad, pues allí se comunicaba la próxima venida del Espíritu Santo y no la de un nuevo profeta. Era consciente de que todas la religiones necesitan de un sustento profético. No le importó que en el Corán se dijese: «Y Jesús, el hijo de María, decía: "¡Oh, hijos de Israel!, yo soy el apóstol de Dios, enviado a vosotros para confirmar la ley que ya había antes de mí y para anunciaros la buena nueva de que un apóstol vendrá luego de mí, con el nombre de Ahmad"».

Varios días después, en la mezquita, el imán, un venerable anciano que mostraba un interesado afecto por Yahya a causa de sus cuantiosas donaciones, le preguntó a Juan por qué quería convertirse al islam.

—El maestro al-Kirmani me enseñó que lo importante es la esencia de Dios mismo, comprender que es el principio creador del universo, el impulso vital que rige el cosmos y el orden de las cosas. Creo que el Profeta ha sabido como ningún otro hombre desde Abraham y Jesucristo transmitir a los hombres el mensaje de Dios —respondió Juan.

—Te conozco desde que hace varios años viniste por primera vez a la biblioteca de esta mezquita y sé que eres un joven sabio y prudente. Si así lo quieres, la comunidad de creyentes te acoge en su seno. Repite conmigo la profesión de fe: «No hay más dios que Dios y Mahoma es su enviado» —añadió el imán.

—No hay más dios que Dios y Mahoma es su enviado —reiteró Juan.

—Desde ahora formas parte de la comunidad de fieles; eres musulmán. Deberás cumplir los preceptos del Corán y de la Sunna y comportarte como un fiel seguidor de Alá, a Él la grandeza y la gloria. Acudirás a la mezquita para introducirte en el conocimiento de la religión y cuando hayas aprendido de memoria el Corán, podrás usar el título de *hafiz*. Tu nombre cristiano se dice Yahya en árabe, como el de tu antiguo dueño. Sé que más que un amo ha sido como un padre para ti; por su deseo, y si así tú lo quieres, desde ahora serás Yahya ibn Yahya.

—Honorable imán —se excusó Juan—, quiero seguir manteniendo mi actual *ism*, mi nombre propio. Todo el mundo me conoce por él y no me gustaría cambiarlo, aunque sí quisiera llevar la *kunya* de mi antiguo señor, a quien agradezco que me permita usarla.

—No es habitual que un musulmán conserve su nombre cristiano, pero tampoco es excepcional y nada lo impide; si esa es tu decisión, serás Juan ibn Yahya.

—Serás Juan ibn Yahya al-Tawil, como *laqab*, significando tu elevada estatura, y al-Rumi, como si fuera tu *nisba*, aunque no podamos considerarla como una *nisba* auténtica al no estar dentro del territorio del islam —intervino Yahya—. Es decir, desde ahora eres Juan, del linaje de Yahya, el Alto, el Romano. Así es como todos te han de nombrar.

Juan celebró su ingreso en la comunidad musulmana con una sencilla fiesta en su nueva casa

del arrabal del sur. A ella asistieron Yahya, el imán de la mezquita de Abú Yalid, el arquitecto real, el mercader de esclavos, ‘Abd Allah y Ahmad, los dos hijos mayores de Yahya, Muhammad ibn Bakr el bibliotecario y varios de los condiscípulos que habían compartido con él las clases de al-Kirmani, entre los que estaban sus amigos, el joven judío Bahya ibn Yosef ibn Paquda, el *hakim* Ibn Buklaris y el príncipe heredero Abú Amir. Corrían los últimos días del mes de ramadán del año 458 de la hégira y el comienzo de la cena tuvo que retrasarse hasta la puesta de sol. Al aceptar el islam Juan sabía que el mes sagrado había que respetarlo escrupulosamente y que durante las horas en que el sol brillara en el cielo debía de abstenerse de ingerir ningún alimento. No era mala prueba para empezar. Aquel año el ramadán caía en la estación veraniega, cuando los días son más largos y las noches más cortas, lo que hacía más duro si cabe el ayuno.

La cena no fue nada especial. A Juan apenas le quedaban dos dinares y no pudo ofrecer a sus invitados sino una macedonia de verduras con verdolaga, espárragos, calabaza, pepino e hinojo, cocida en agua salada y aderezada con aceite de oliva, puré de lentejas, habas fritas aliñadas con alcaravea, cabrito asado especiado con comino, pimienta y canela, pastelitos de hojaldre rellenos de pistachos y crema de vainilla y dulce de melón. El banquete se sirvió según el orden establecido por el afamado Ziryab en la Córdoba del emir ‘Abdarrahman II y que se había convertido en el manual de etiqueta del buen gusto en todo al-Ándalus. Primero se comían las sopas y ensaladas, después el pescado, la carne y las aves y por último los platos dulces.

Sus bolsillos estaban vacíos; tan solo cuatro míseros dírhems naufragaban desperdigados en la bolsita de cuero que le había entregado el secretario hacía poco más de una semana. Tendría que pedir prestado para comer el resto del mes, o trabajar horas extras traduciendo algunos textos del latín al árabe. En Zaragoza había pocos traductores y los libros en latín que guardaban algunas bibliotecas dormían un polvoriento sueño en los estantes.

Atardecía cuando Ibn Paquda llamó a la puerta. Juan le abrió y le hizo pasar hasta el jardín. Ambos jóvenes se sentaron junto al pozo.

—Querido amigo —dijo Juan—, me agrada tu visita. Desde que vivo aquí apenas tengo ocasión de hablar con alguien. Si dejamos de lado la fiesta que celebramos la pasada semana, eres la primera persona en entrar en mi casa.

—He venido para agradecerte tu invitación. Un judío como yo se siente muy halagado por permitírsele visitar el hogar de un hombre tan sabio como tú —expresó Ibn Paquda—. Mi educación y nuestras costumbres me obligan a corresponder de la misma manera. Me gustaría que te dignaras visitar mi humilde morada en la judería. Vivo con mi anciana madre en una casita cerca de la plaza de la sinagoga mayor, en el callizo del Toro, entre la calle de la Argentería y el callizo del Talmud. Estaríamos muy honrados con tu presencia.

—Iré encantado.

—Si lo deseas puedes venir a cenar la noche del viernes al sábado; en ese momento ambos

estaremos de fiesta —alegó Ibn Paquda.

—De acuerdo, allí estaré antes de la puesta de sol —afirmó Juan.

Ibn Paquda recibió a Juan en el umbral y le invitó a pasar al interior. El eslavo se quitó un bonete de fieltro rojo con el que se cubría la cabeza y un ligero manto de lino que portaba sobre los hombros. La casa tenía dos plantas y una bodega. En la baja se disponía un pequeño zaguán y cuatro habitaciones, alrededor de un reducidísimo patio que apenas era una abertura de un par de pasos de lado. En la superior había una amplia estancia en la que se guardaban algunas provisiones; en un lado se había construido un pequeño horno y había una mesa para amasar el pan y cocinar los alimentos sagrados de los hebreos. El joven filósofo vivía con su madre y una criada de poco más de catorce años que realizaba las labores de la casa.

—Por favor, querido amigo, toma asiento —invitó el anfitrión a Juan—. De inmediato nos servirán la cena. Dentro de un par de horas comienza el día sagrado para nosotros y todo el trabajo tiene que estar realizado antes de ese momento. Estamos a punto de acabar un año, la semana próxima celebraremos la entrada del nuevo en nuestro calendario, el 4827 desde la creación del mundo.

Sobre una mesa la criada sirvió un pan sin levadura, carne asada con especias, huevos duros con aceite y azafrán, queso fresco frito, pollo guisado con setas y tomillo, higos, vino tinto puro y sin mezcla y agua con esencia de limón. Sobre una repisa de madera encendió una *hanukkiyyá*, un candelabro de ocho lamparillas que se empleaba de manera ritual en la Hanukkah, la fiesta de las luces, y que se encendía la noche de los viernes.

Ibn Paquda pronunció las oraciones de ritual antes de comenzar a cenar y bendijo los alimentos. Los dos amigos comieron solos y finalizada la cena tomaron una infusión de abrótano que se mantenía caliente en un puchero sobre un brasero de cerámica que conservaba encendidos algunos tizones de carbón.

—Los judíos hemos logrado mantener nuestra cultura salvaguardando en nuestras familias nuestras costumbres. Desde que fuimos expulsados de nuestra tierra, hace ahora mil años, por el emperador romano Tito hemos vagado por todo el mundo formando comunidades en las que la cultura de nuestro pueblo ha permanecido incólume, pese a que nuestros intelectuales han colaborado casi siempre con los gobernantes de los países donde se han establecido e incluso han adoptado sus costumbres y su lengua. Pero nunca nos hemos cerrado a otras culturas; el mismo Ibn Gabirol, uno de nuestros más afamados teólogos, escribió hace unos años en esta misma ciudad su mejor obra, *La fuente de la vida*, en lengua árabe, y en ella no renuncia a defender la filosofía de Platón, como han hecho otros filósofos musulmanes —dijo Ibn Paquda.

—Sí, en casi todas las ciudades en las que he recalado desde que me capturaron los bandidos

pechenegos me he encontrado con judíos. Incluso hay una colonia hebrea en Kiev, la capital de la tierra de donde procedo. Realmente estáis por todas partes y eso favorece vuestro éxito en las actividades comerciales —comentó Juan.

—Aquí en Zaragoza somos unos tres mil. Vivimos con cierta libertad, aunque hacinados en la judería. Hace ya tiempo que le hemos pedido al rey que nos permita construir nuevas casas al otro lado de la muralla de piedra, en unas huertas que se extienden entre la medina, el caravasar de la puerta Sinhaya y la iglesia cristiana de las Santas Masas, pero por el momento no hemos recibido ninguna respuesta. Es por eso que nuestras casas son tan pequeñas. Yo soy afortunado gracias a que mi padre era un rico comerciante de papel. Era socio de un musulmán que intentó aglutinar el papel con almidón de trigo para hacerlo más consistente. A su muerte nos dejó una herencia, lo suficientemente cuantiosa como para poder vivir de las rentas, y esta casa, algo más grande que las demás. En cambio, muchas personas apenas disponen de espacio vital. Es frecuente que en un edificio como este vivan no menos de tres familias. Solo hay poco más de trescientas casas y no son suficientes para todos nosotros.

—Si vuestra comunidad sigue creciendo, el rey tendrá que concederos nuevos espacios —alegó Juan.

—Sí, no tendrá otra opción, pero por el momento su política de presión pacífica, si es que puede llamarse así, está dando algunos frutos. Son ya varios los judíos que se han convertido al islam renegando de la religión de nuestros mayores, y algunos son muy significativos. Ciertos intelectuales se han convertido en musulmanes y gozan de la protección y el favor especial del rey. Su ejemplo puede cundir entre otros de los nuestros que se sientan tentados a aceptar vuestra religión.

—Bueno, mi querido amigo, eso no es tan grave. Yo era cristiano hace solo un mes y ahora soy musulmán. Al-Kirmani nos enseñó a ambos que Dios es único, aunque los hombres lo invoquen de distintas maneras o le recen en diversas lenguas.

—La filosofía del maestro puede servir para musulmanes o para cristianos; ambos tienen una tierra en la que sentirse identificados y que defienden como propia, aunque ambos se disputen ahora el dominio de este país que nosotros llamamos Sefarad. Los judíos no tenemos esa tierra; vagamos desesperados por un mundo que nos rechaza, sin raíces a las que amarrarnos. Nuestra religión, nuestras costumbres y nuestra lengua son nuestra tierra, lo que nos permite seguir diferenciándonos y lo que evita que desaparezcamos como pueblo. Si no hubiera sido así, nuestra raza ya no existiría, nos hubiéramos diluido en las naciones donde nos establecimos después de la diáspora, como ocurrió con los hunos, los vándalos y otros pueblos más poderosos que nosotros pero carentes de nuestra voluntad de permanencia. La defensa de nuestra propia identidad no es una cuestión religiosa, ni política, ni tan siquiera cultural, es simplemente una razón de supervivencia. ¿Acaso crees que realizamos por gusto el ayuno en la fiesta del Quipur,

o en el que recordamos a la reina Ester, o el que hacemos en la conmemoración de la pérdida de la Casa Santa? Tratamos de que nuestra historia no se olvide, de transmitirla de generación en generación, de mantener viva y encendida la llama de Israel para que alguna vez, si eso es posible y Dios lo quiere, nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos, o quién sabe qué generación de judíos vuelva a la tierra prometida. El Todopoderoso firmó una alianza con Abraham en la que le anunció que el pueblo judío permanecería cuatrocientos años como peregrino en tierra ajena y que sería subyugado a la esclavitud, pero que transcurrido ese tiempo saldría cargado de riquezas. Dios ha estado con el pueblo judío cuando el pueblo judío ha cumplido sus designios.

—Según el Génesis también los árabes son descendientes de Abraham. Su hijo primogénito, Ismael, fue expulsado junto con su madre, la esclava egipcia Agar, a causa de la envidia de Sara. Por tanto, árabes y judíos sois hijos de un mismo padre.

—Así es, en efecto —repuso Ibn Paquda—. Pero en el Libro se dice que Dios indicó a Abraham que solo por Isaac sería nombrada su descendencia.

—Pero Dios prometió a Agar y al propio Abraham que bendeciría a Ismael y le haría padre de un enorme linaje y jefe de una nación muy fuerte, también con doce hijos, como las doce tribus de Israel.

—No intentes confundirme con tu habilidad dialéctica. La Torá no deja lugar a ninguna duda: el pueblo de Israel, el descendiente de Abraham a través de la línea de Isaac, es el elegido de Dios.

—El Corán acepta la revelación de Dios a Abraham y muchas de las tradiciones del Antiguo Testamento. Según Mahoma, el Arca de Noé se posó sobre el monte Djudi, en Arabia, para los mesopotámicos lo hizo en el monte Gordiena, en Kardu, y para los cristianos en el Ararat, en Armenia. ¿Dónde está la verdad? Abraham consagró la Kaaba de La Meca como sustitución del Templo de Jerusalén y los cristianos tienen su santuario en Roma. ¿Quién está equivocado? El Profeta sitúa en el mismo nivel a los dos hermanos, Ismael e Isaac —refutó Juan.

—El hijo primogénito no tiene por qué ser el que suceda al padre siempre. Eso suele ocurrir entre los cristianos, pero nunca ha sido así entre los árabes. El padre elige de entre sus hijos al que le parece el mejor, siempre ha ocurrido de este modo.

—¿Siempre? Creo que no recuerdas que Jacob, el segundón de Isaac, se valió de una doble estratagema para adquirir el derecho de primogenitura sobre su hermano Esaú, que era el destinado a suceder a su padre. Primero lo engañó con un plato de lentejas y después se hizo pasar por su hermano disfrazándose a los ojos ciegos de Isaac con pieles de cabrito sobre las manos y los brazos para que el padre invidente creyera que era su velludo hermano y le otorgara su bendición. Tanto es así, que Jacob significa «el suplantador». En este caso, el pueblo judío tiene su origen en un engaño, en un fraude entre hermanos, en un linaje de segundón de segundón.

—Esaú y Jacob eran gemelos —advirtió Ibn Paquda.

—Esaú nació el primero

—Dios bendijo a Jacob.

—El Dios verdadero bendice a todos los hombres —puntualizó Juan.

—Vuestro profeta Mahoma se decía el elegido por Dios.

—El Profeta no es sino el último de una larga serie de enviados que comienza con Abraham, o incluso antes con Noé.

Ibn Paquda sonrió y alzó las manos como dando por zanjado el debate.

—No te creía tan firme defensor de viejos cuentos para ingenuos —ironizó el judío.

—Yo tampoco a ti —afirmó el eslavo.

—Si siguiéramos al pie de la letra las Sagradas Escrituras, tanto las nuestras como las vuestras, acabaríamos perdiendo la razón o convirtiéndonos en apasionados fanáticos.

—Así es.

—Platón y Aristóteles deben de estar revolcándose de risa si es que están oyendo nuestra discusión. ¡Dos jóvenes filósofos que se dicen racionalistas y defensores de la lógica debatiendo sobre los derechos de primogenitura del pueblo elegido!

—Quizá lo juzguen como un simple ejercicio retórico y sean benévolos con nosotros —dijo Juan.

—Más vale que se lo tomen así, en caso contrario nos reprenderán con severidad por no haber asimilado sus enseñanzas cuando nos encontremos con ellos en la otra vida —finalizó Ibn Paquda.

Los dos amigos se miraron a los ojos y comenzaron a reír al unísono en tanto apuraban el último sorbo de la infusión.

2

Juan decidió tomar un criado. Hacía ya casi dos meses que era un hombre libre, apenas tenía gastos y con su salario de medio dinar diario, que suponía ocho dírhems y medio, bien podía dedicar uno de ellos a pagar los servicios de un sirviente. Ibn Paquda le había indicado que lo buscara en la *sari'a*, la gran explanada para la celebración de ferias al aire libre, festejos multitudinarios y ejecuciones públicas, que se hallaba situada junto al arrabal de Sinhaya, entre la medina, este arrabal y el muro de tierra. Aquí había estado en su día el gran circo de los romanos. Todavía quedaba en pie el palco del pretor, que usaban como estrado los comerciantes para realizar algunas pujas en las improvisadas subastas que se celebraban todos los jueves. El

graderío había sido totalmente desmontado, aunque se había dejado sin derribar un murete de tres codos de altura de la cerca exterior, creando así un amplio espacio de veinte cuerdas de longitud, es decir, unos cuatrocientos codos, por tres cuerdas de ancho, unos ciento veinte codos. En ausencia de fiestas, ferias o ejecuciones, el recinto de la *sari'a* era ocupado por gentes en busca de empleo, desocupados crónicos, haraganes, pilluelos y vagabundos.

Se dirigió desde su casa en el arrabal de Sinhaya hasta la explanada, bordeando el cementerio de la puerta occidental. En el amplio foso que rodeaba las murallas de piedra de la medina se amontonaban inmundicias de todo tipo. La ciudad disponía de un servicio de recogida de basuras muy elemental, que apenas se limitaba a retirar los desperdicios de las calles principales. En las calles secundarias y en los arrabales eran los propios vecinos quienes sacaban fuera de sus casas las basuras, depositándolas en cualquier lugar. El foso de las murallas romanas se había convertido así en un verdadero estercolero que solo se limpiaba cuando las aguas de una de las escasas pero intensas tormentas arrastraban toda la suciedad acumulada durante meses hasta el río.

Los alrededores de la Puerta de Toledo eran un hervidero de gentes. Puestos de barberos que igual cortaban el pelo o repasaban la barba que sacaban una muela, vendedores de libros de ocasión procedentes de saqueos realizados durante los penosos años de desmembración del califato, vendedores de esclavos que no tenían acceso al lujoso y exclusivo *ma'rid*, campesinos de las aldeas cercanas que se desplazaban al alba hasta la ciudad para colocar sus hortalizas, frutas y verduras sin recurrir a los sangrantes intermediarios, equilibristas, vendedores de especias baratas y de pócimas que calmaban todos los dolores y remediaban cualquier enfermedad, faquires de pacotilla, encantadores de serpientes, cuentistas, prostitutas baratas en busca de clientela, afeminados profesionales que se insinuaban provocando a los viandantes y decenas de pordioseros se disputaban un lugar lo más cerca posible de la puerta o en el camino que iba desde ella hasta el ferial del desmantelado circo romano.

En los distintos puestos podían encontrarse todo tipo de productos: higos de Málaga, pasas de Ibiza, bananas de Almuñécar, azafrán de Úbeda, lapislázuli de Lorca, coral y brocados de Almería, ámbar gris de Cádiz, zapatos de Córdoba e instrumentos musicales de Sevilla. En el mercado al aire libre los precios eran más baratos, aunque la autenticidad de los productos nunca estaba del todo garantizada, que los que se ofertaban en las lujosas tiendas de la alcaicería y el bazar, a donde era necesario acudir para comprar las más refinadas manufacturas, la rica orfebrería, el oro, las sedas y las joyas y pieles más lujosas.

El aire era una mezcolanza de olores contrapuestos, suma del acre sudor de la muchedumbre, el fétido tufo de los excrementos y orines de los mulos y asnos que trasegaban sin cesar por entre la multitud, el de los espesos guisos y frituras de los puestos de comidas al aire libre y el denso aroma de las especias y perfumes de los vendedores ambulantes.

A la diversidad de olores se unía una no menor de tipos humanos. Se veían abundantes negros africanos de pelo ensortijado y dientes blanquísimos, algunos pelirrojos de las tierras del lejano norte, rubios germanos y eslavos centroeuropeos, andalusíes de piel pajiza, cabello castaño y ojos marrones, bereberes de tez cetrina y oscuro pelo rizado e incluso algunos de piel pálida y ojos ligeramente rasgados como los orientales. Abundaban los tipos mestizos: gentes de piel aceituna con enormes ojos verdes o azules, muchachos de pelo negro como la noche y piel blanca como la leche, rostros barbilampiños de aspecto bereber y ensortijados cabellos cobrizos, hijos todos ellos de siglos de migraciones y mestizajes.

Se detuvo ante un puesto de comidas para tomar un pincho de carne a la parrilla sazonada con abundante pimentón picante y orégano y unas salchichas de ternera con pimienta. Despachó por último dos almojábanas con canela y miel y se dirigió hacia la *sari'a,* dejando a su derecha el barrio de los alfareros, al otro lado de la puerta de Toledo, cerca de algunas lujosas residencias periurbanas de la aristocracia. Cuando penetró en el recinto del antiguo circo romano dos cuadrillas de jugadores disputaban sobre la arena un partido de pelota. Ayudándose con bastones de final curvado, doce jugadores por equipo trataban de hacer pasar una pelota de cuero no mayor que una manzana entre dos palos clavados en el suelo. Era un juego muy similar al polo, que había presenciado en la explanada de la Almozara, pero aquí los contendientes jugaban a pie. Varias decenas de espectadores encaramados sobre las ruinas del que había sido palco presidencial jaleaban a los jugadores mientras cruzaban apuestas sobre el resultado final del partido.

Juan golpeó suavemente el hombro de uno de los espectadores y le preguntó si tenía la amabilidad de indicarle dónde contratar los servicios de un criado. El individuo señaló una zona en la que varios muchachos corrían unos tras otros y siguió ensimismado en el juego, gritando alborozado cuando su equipo anotó un tanto.

Durante unos minutos el eslavo observó al grupo de muchachos que correteaban descalzos sobre la amarillenta arena y fijó sus ojos en uno de ellos. Parecía el más débil, y de menor estatura, cojeaba aparatosamente y para correr se ayudaba de un cayado en forma de horquilla que apoyaba bajo la axila del brazo derecho, el lado de su pie tullido. Manejaba el bastón de apoyo con tanta habilidad cual si fuera ser un miembro más de su cuerpo. Tenía la piel ambarina y el pelo negro y rizado. Sus ojos eran grandes y oscuros y su amplia boca la enmarcaban dos finos labios entre los que destacaban unos dientes inmaculadamente blancos. Reía sin cesar y pese a su minusvalía parecía ser el organizador y verdadero jefe del grupo.

Juan se acercó hasta ellos y los muchachos cesaron sus carreras ante la presencia del eslavo. La figura de Juan ibn Yahya era impresionante. Acababa de cumplir veintiún años, pero su rostro sereno y tranquilo le hacía parecer mayor. Con casi cuatro codos *rassasíes* de altura superaba en una cabeza a todos demás hombres. Calzaba unas babuchas de cuero negro y vestía una túnica de

lino blanco ceñida por un ancho cinturón también de cuero negro. Se tocaba con un pequeño gorro asimismo de cuero negro bajo el que asomaban sus rubios cabellos, más largos de que lo que solía ser habitual en la moda del momento.

—¿Buscabais a alguien, señor? —preguntó con una reverencia el muchacho tullido, tras el cual se colocaron los demás.

—Sí. Busco a quien quiera trabajar como criado a mi servicio —respondió Juan.

—Yo mismo estoy disponible mi señor, soy un buen criado. Sé cocinar y conozco todos los mercados de la ciudad. No hay nadie que se maneje mejor que Jalid en las calles de Zaragoza. Aceptadme y no os arrepentiréis —se apresuró a decir el tullido.

Los demás miraban a Juan con ojos desorbitados, pero ninguno osó contravenir al que pese a ser el más enteco ejercía sobre ellos un incuestionable caudillaje.

—Pareces avispado y tu lengua es clara y fluida como la de un narrador de cuentos. ¿Qué edad tienes?

—Creo que catorce... o quince años, no estoy muy seguro, mis padres murieron antes de que pudiera enterarme.

—¿No tienes a nadie? ¿Dónde vives?

—Vivo en casa de mis abuelos, en el arrabal de las tenerías, el barrio de los curtidores de pieles.

Juan miró fijamente a los ojos de Jalid y tras unos instantes de reflexión añadió:

—De acuerdo, te tendré unos días a prueba. Sígueme —finalizó Juan.

—Gracias, mi señor, gracias, no os arrepentiréis; seguro, no os arrepentiréis —repetía Jalid mientras caminaba detrás de Juan a través de la revueltas arenas en las que ya había finalizado el partido de pelota.

Al llegar a su casa, Juan le señaló a Jalid cuáles iban a ser desde entonces sus funciones:

—Debes tener todo siempre limpio y aseado, nunca debe faltar agua ni comida en la cocina, leña en invierno para la estufa y aceite para la lámpara. Te pagaré un dírhem diario, podrás llevar mis ropas cuando a mí ya no me valgan o estén gastadas y comerás, cenarás y dormirás en mi casa. No es demasiado grande, pero es cómoda y confortable, cálida en invierno y fresca en verano. Por el momento dormirás en la cocina, es amplia y estarás caliente. Ahora puedes ir a casa de tus abuelos a decirles que desde esta noche estás a mi servicio, y tráete tus cosas. Mi nombre es Juan ibn Yahya al-Tawil al-Rumi. Vete ahora y vuelve antes de que anochezca. Espero que, como has dicho, sepas cocinar.

Apenas dos horas después Jalid llamaba a la puerta de su señor.

—Has sido rápido —dijo Juan—. ¿Qué te han dicho tus abuelos?

—¡Ah!, bien, bien, están contentos.

—¿No les hará falta tu ayuda?

—No, no, se pueden valer bien por sí mismos, todavía no están decrépitos.

—Podrás visitarlos un día a la semana, el viernes —asentó Juan.

«De Yahya ibn al-Sa'igh ibn Bajja a su sabio amigo Juan ibn Yahya al-Tawil al-Rumi. Con motivo de mi boda con Shams me gustaría que asistieras al banquete que ofreceré en mi casa el próximo día 5 del mes de *sawwal* del presente año 458, a mediodía. Me sentiré muy honrado con tu presencia. Que Dios, su nombre sea alabado, te guíe».

El papel con este mensaje fue entregado a Juan por un correo cuando inspeccionaba las obras del nuevo palacio real.

Al día siguiente, mientras paseaba por la alameda de la Almozara en compañía de su nuevo criado Jalid, Said al-Jair, el experto tratante de esclavos, lo llamó desde lejos.

—¡Juan, Juan! —dijo acercándose presuroso—. ¿Has recibido ya la invitación a la boda? Yahya me comentó que te había invitado a su cuarto matrimonio. Ya se lo dije: «Nunca me agradecerás bastante la compra de esta esclava». ¿Recuerdas? Creo que tú viniste con nosotros al mercado aquel día. El truhán de Yahya quería una esposa rubia, de larga cabellera dorada, piel sedosa y ojos azules. Esa esclava ha sabido ganarse su corazón y su entrepierna. Está loco por ella aunque todavía no le ha dado un hijo. Pocas veces he visto a un hombre tan enamorado de una mujer.

—Sí, sí —balbució Juan—, he recibido la invitación.

—Asistirás, claro —dio Said por supuesto.

—Creo que sí... Sí, sin duda, asistiré —asintió Juan.

—Será una fiesta espléndida. Yahya quiere que se recuerde como la celebración privada más lujosa nunca dada en la ciudad. Piensa gastarse en los festejos de la boda hasta cien dinares. Por cierto, ya veo que has contratado a un criado —continuó mirando a Jalid—, me alegro de que tu posición mejore. Si alguna vez necesitas algún esclavo ya sabes que puedo asesorarte en ello.

En el día fijado por el astrólogo Abú 'Utmán al-Turtusí, a quien Yahya encargaba los horóscopos y predicciones desde la muerte de al-Kirmani, se celebró la boda del antiguo dueño de Juan con Shams. Por la mañana la novia fue ataviada en los baños de la mezquita de Abú Yalid por dos siervas dirigidas por la vieja Fátima. En una pila de mármol la joven eslava fue lavada por las hábiles manos de las criadas. Después le aplicaron olorosos ungüentos de esencia de violeta y camomila por todo el cuerpo, embriagadores afeites de ámbar gris en el rostro y delicados perfumes de áloe y almizcle tibetano en el cabello. Le tiñeron las uñas con alheña y las manos y los pies con cártamo. Por último la vistieron con una camisa de lino blanco, unos pantalones de seda y sobre ambos un caftán de seda celeste con bordados en oro, realizado en los talleres de Málaga. Calzaba unos borceguíes cordobeses de cuero ajustados al tobillo con cintas

de seda dentro de unos zuecos de piel negra con alta plataforma de madera para evitar que se mancharan los zapatos en el terroso suelo de las calles. Se cubría la cabeza con un pañuelo blanco bordado con hojas de acanto en hilo de oro y decoraban sus brazos varios brazaletes de oro rojo con engastes de piedras preciosas. Un vaporoso velo de gasa tapaba su rostro, dejando al descubierto tan solo sus profundos ojos azules y la frente, sobre la que bailaba un mechón de cabello dorado como un rayo de sol al atardecer.

La novia salió de la mezquita acompañada por una procesión de hombres y mujeres de todo el barrio que bailaban y brincaban al sonido de una orquestina de cinco músicos que tocaban un tambor, una flauta, una lira, un laúd y un atabal. Oculto tras la columnata del pórtico de la biblioteca, Juan contemplaba la figura de Shams, descollante entre la multitud que la vitoreaba; dos lágrimas recorrieron sus mejillas en tanto el corazón se le encogía como una fruta ajada. Entre gritos y cánticos, el cortejo recorrió la calle del Puente hasta la puerta de la casa de Yahya. Los parientes del novio repartían entre la multitud pastelillos, frutas y golosinas. El poeta Abú Talib Muhámmad ibn Ibrahim al-Qaysi, recién llegado de la ciudad de Huesca y contratado para la ocasión, caminaba delante de los músicos declamando al son de las distintas melodías poemas compuestos por él en alabanza de la novia y algunos párrafos de *El collar de la paloma*, el sublime tratado sobre el amor escrito en Córdoba hacía ya más de treinta años por Ibn Hamz, el más grande de todos los poetas de al-Ándalus:

Cuando logre que mi alma alcance sus deseos
de esa gacela que no cesa de atormentarme,
tanto me dará su aversión como su sumisión,
e igual será para mí su cólera que su contento.
Cuando encuentro agua, he de apagar con ella
el ardor de la brasa de tamarindo.

Así parafraseaba Abú Talib a Ibn Hamz entre las aclamaciones de la multitud. Y de nuevo:

Exhalo amor de mí como el aliento,
y doy las riendas del alma a mis ojos enamorados.

Al llegar ante la casa del novio recitó los últimos versos de Ibn Hamz:

Desearía rajar mi corazón con un cuchillo,
meterte dentro de él y luego volver a cerrar mi pecho,
para que estuvieras en él y no habitaras en otro,
hasta el día de la resurrección y del juicio;
para que moraras en él durante mi vida y, a mi muerte,

ocuparas las entretelas de mi corazón en la tiniebla
del sepulcro.

El novio salió a recibir a la desposada. Yahya lucía una carísima túnica de tela roja de Damasco con bordados en oro, salpicada de perlas, esmeraldas y zafiros. Se había teñido la barba y el cabello de rojo y se tocaba con un gorro de fieltro del que pendía una enorme perla rodeada por una corona de rubíes. Hasta las babuchas de cuero carmesí estaban tachonadas con gemas. Un hermano de Yahya le entregó a la novia y dos baúles con el ajuar de Shams. Entre los aplausos y los vítores de los congregados, el marido entró en casa de la mano de su nueva esposa. En el interior se celebró la ceremonia y se firmó el contrato matrimonial; el cadí de la mezquita de Abú Yalid lo sancionó.

Juan, que había deambulado detrás del cortejo, apareció justo a la hora señalada para el *walima*, el banquete nupcial al que solo asistirían hombres. Medio centenar de invitados ocupaban el gran patio cubierto con telas impregnadas con incienso y algalia y jarrones repletos de narcisos, azucenas, anémonas y jazmines. Los criados comenzaron a servir el opíparo festín con el que Yahya quería transmitir a sus amigos la felicidad que sentía al desposarse con su amada Shams.

Bandejas llenas de arroces diversos, condimentados con pasas, con canela y con pimienta, sopa de finas hierbas aromatizada con tomillo y orégano, filetes de esturión y de sábalo horneados al queso, deliciosa conserva del mejor *murri*, cordero asado con hierbabuena, comino, cilantro, azafrán y jengibre, almojábanas de queso fresco espolvoreadas con canela y bañadas en miel, criadillas asadas debajo de la ceniza aderezadas con manteca y pasta de almendras, tarta de queso perfumada con agua de esencia de rosas, finos pasteles de almendra fritos en aceite con azúcar y almizcle, turrón de almendras, avellanas, piñones y granos de sésamo y frescos sorbetes de mora y melocotón se sirvieron a discreción entre los comensales. Las bebidas consistieron en jarabes de membrillo, manzana, granada y limón, dulcísima horchata con canela, vino de Málaga especiado con miel y agua con esencia de azahar y de azucena. En los talleres de Yahya se había fabricado una vajilla completa en plata, con decenas de copas, vasos, platos, jarras y aguamaniles. En varios pebeteros se encendió áloe indio mezclado con ámbar egipcio. A los comensales se les asperjaron los vestidos con esencia de agua de rosas y se les perfumaron las manos y cabellos con almizcle del Tíbet, ámbar magrebí y esencia de sauce barmakí. Con el banquete finalizaba una semana de festejos en la que no habían faltado los convites a los vecinos, la música, los regalos a los empleados de los talleres, las donaciones a las mezquitas y bibliotecas y las lujosas compras de vestidos y joyas para la novia como dote del futuro esposo. Como culminación de todo ello, Yahya había concedido la libertad a su bella esclava, a fin de desposarla siendo ya una mujer libre.

3

En el otoño del año cristiano de 1066, finales del 458 de la hégira, se había desescombrado todo el interior de la vieja alcazaba y comenzado a levantar algunos muros interiores. Desde lo alto de la gran torre cuadrada al-Muqtádir, el arquitecto real y Juan contemplaban los muros de tapial enlucidos de cal alternados con torreones ultrasemicirculares de sillares de blanquísimo alabastro.

—Majestad —dijo el arquitecto—, ya hemos comenzado a edificar el nuevo palacio. Ved los planos que realizamos con al-Kirmani.

Sobre una tabla de madera sostenida por dos caballetes, Jalid ibn Yusuf extendió un amplio pliego de papel en el que había dibujado el plano del nuevo edificio que iba a ajustarse dentro de los muros del recinto militar.

—Fijaos en las columnas del centro, majestad —continuó el arquitecto—, sostendrán el pabellón principal. Los muros interiores se levantan en ladrillo y cal e irán forrados de placas de brillante alabastro en su parte baja y en la superior de estuco bruñido, con pinturas extraordinarias y tapices chinos y armenios. A la altura de la cintura una serie de inscripciones en alabastro recorrerán todo el palacio loando la grandeza de Dios y el nombre de vuestra majestad. Como ya conocéis, el edificio se estructura en tres grandes espacios, totalmente diferenciados. En el primer tercio, con dos pisos de altura, al lado de la entrada, hemos situado la mezquita, la escuela para los príncipes e hijos de altos dignatarios, la biblioteca, la secretaría de la corte, la cancillería, el cuerpo de guardia, los baños, las caballerizas y almacenes, las cocinas y las dependencias para los soldados de la guarnición permanente; todo en torno a un patio al que se accede desde la puerta en recodo.

»En el tercio central se dispone el espacio semipúblico, reservado a la corte y a las audiencias de vuestra majestad. Hemos diseñado un gran patio central, con un pórtico en el sur y el salón del trono en el norte, protegido por un pabellón de doble ala. Dos albercas, una a cada lado del patio, tendrán el agua teñida en cada uno de los dos colores de la dinastía de los Banu Hud, el azul y el amarillo. En el centro del patio se plantarán arrayanes y se distribuirán entre ellos jaulas con tórtolas, mirlos, estorninos y ruiseñores. Los cortesanos accederán desde el patio de entrada a través de una triple arcada, pero los embajadores de los reinos cristianos o aquellos a quienes se quiera impresionar con el poder de vuestra majestad deberán atravesar un recinto laberíntico casi a oscuras, solo iluminado con unos orificios en forma de estrella en el techo. Por allí desembocarán en una sala circular donde un estanque de mercurio reflejará los rayos de sol, que penetrarán por pequeños agujeros en la bóveda, sobre paredes de cinc bruñido. De ahí se pasará a una estancia a través de la cual entrarán en el patio principal por una arcada triunfal de cinco

vanos en el pórtico sur. Tras atravesar el patio serán recibidos en audiencia por vuestra majestad, que se colocará en el salón del trono, con las paredes cubiertas de chapas de cobre brillante que reflejarán la luz solar. El agua amarilla de la alberca y el cobre bruñido darán al visitante la sensación de que está en presencia de un sol viviente. Es por eso que las audiencias de este tipo se realizarán a mediodía y siempre que el sol brille en el cielo, a fin de lograr todos los efectos. En un lado estamos levantando la pequeña mezquita de planta octogonal, que en realidad es una *maqsura* para vuestro uso privado, para que podáis realizar las oraciones preceptivas al lado mismo del salón del trono.

»El último tercio estará ocupado por el espacio prohibido, al que solo tendrán acceso vuestra familia, las mujeres del harén, las siervas del gineceo y los eunucos encargados de su protección. Se dispone en torno a un gran patio central en el que se va a representar el jardín del Edén. Se plantarán arbustos frondosos, arrayanes, jengibre y tamarindos. De varias fuentes manarán agua, vino e hidromiel y el suelo estará alfombrado con maravillosos tapices de seda de la lejana China y finas alfombras de lana de Armenia. Entre los setos y los parterres se colocarán pequeños pabellones de madera de cedro, con decenas de almohadones en seda verde, rodeados de melocotoneros, granados, palmeras, manzanos y parras de uva dulce. Jóvenes bellísimas vestidas de verde satén y brocado, adornadas con brazaletes de plata, servirán refrescantes bebidas alcanforadas en copas de plata y cristal: serán vuestras huríes en la tierra. En uno de los laterales se dispondrán en jaulas los animales favoritos de vuestra majestad y en distintos edificios las habitaciones reales y las de vuestras esposas y concubinas, además de tres baños. Aire caliente en invierno y fresco en verano discurrirá por tuberías colocadas bajo el pavimento para que nunca haga excesivo frío ni demasiado calor. Los tejados se cubrirán con tejas vidriadas en azul y amarillo.

—Si me permitís, majestad —añadió Juan—, con vuestra aprobación hemos reservado la torre principal, esta rectangular sobre la que nos encontramos, para el observatorio astronómico del reino que vuestra majestad ha decidido ampliar. Hasta ahora se ha venido utilizando su terraza superior para esos fines, pues es el lugar más elevado de toda la ciudad, además, por supuesto, de seguir cumpliendo las funciones de torre vigía de todo el valle. Desde allí podrán establecerse las cartas astrales y los horóscopos que deseéis en cada momento.

—El palacio será digno de un gran rey —comentó al-Muqtádir.

—Brillaréis en palacio como el sol en el firmamento y seréis la fuente de su luz. Vuestra majestad es el monarca más grande de entre todos los de al-Ándalus —observó Jalid.

—No tan grande como el califa an-Nasir. ‘Abdarrahman, el tercero de ese nombre, ha sido el gobernante más poderoso de todos los andalusíes. Él construyó junto a Córdoba un palacio al lado del cual este no es sino un grano de arena en una montaña. Dicen que incluso cambió toda la

vegetación de la sierra cercana, plantándola de almendros para que al florecer en primavera una de sus esposas no añorara las montañas nevadas de su tierra pamplonesa.

—Los horóscopos anuncian que vuestra majestad está señalado como el soberano que devolverá a al-Ándalus su antigua grandeza y su unidad —apostilló Juan.

Al-Muqtádir, envuelto en su gran manto de piel de nutria, miró de soslayo al eslavo y esbozó una amarga sonrisa. Después de unos instantes de silencio añadió:

—Los horóscopos los hacen los hombres, y los hombres suelen equivocarse con frecuencia. En este caso no parece que los designios de las estrellas estén de acuerdo con la realidad. Los cristianos son cada día más fuertes y más numerosos. Lentamente pero sin tregua han comenzado a arrancarnos pequeños pedazos de nuestros reinos, y no tardarán mucho en abalanzarse como lobos sobre nuestras grandes ciudades. Lo de Barbastro fue solo un primer aviso de lo que ha de venir. Cuando los musulmanes hemos luchado juntos, tarde o temprano hemos logrado vencer, pero cuando los enemigos de nuestros hermanos hemos sido nosotros mismos, los infieles han conseguido derrotarnos siempre. El Profeta, Dios lo guarde, ha dicho: «Aferraos al pacto de Dios todos juntos, sin dividiros. Recordad la gracia que Dios os dispensó cuando erais enemigos: reconcilió vuestros corazones y, por su gracia, os transformasteis en hermanos; estabais al borde de un abismo de fuego y os libró de él». Y también: «¡No seáis como quienes, después de haber recibido las pruebas claras, se dividieron y discreparon! Esos tales tendrán un castigo terrible!». Ahora estamos divididos, el Altísimo no tendrá ninguna misericordia para con nosotros, a no ser que alguien vuelva a unir al islam bajo una misma bandera. Pero eso no ocurrirá si no lo quiere Dios; por eso en el palacio deberá inscribirse la siguiente leyenda: «Me he sometido por completo a Dios».

El año cristiano de 1067, 459 a 460 de la hégira, estuvo marcado por los enfrentamientos entre los reyes cristianos. Una guerra estalló entre los tres monarcas de nombre Sancho: Sancho II de Castilla contra la alianza de Sancho García IV de Pamplona y Sancho Ramírez de Aragón. El castellano fue derrotado en Viana y tuvo que huir de manera deshonrosa del campo de batalla para poder conservar la vida. Los aragoneses, en represalia por la ayuda que taimadamente prestaba al-Muqtádir al castellano, atacaron Alquézar, cerca de Barbastro, e incorporaron esta fortaleza a sus dominios, y ampliaron el formidable castillo de Loarre, verdadero nido de águilas desde el que se controlaba todo el llano de Huesca, iniciando así lo que iba a ser en los años venideros una sofocante presión sobre la ciudad que defendía la frontera norte del reino hudí. El aguerrido rey de Aragón estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de extender sus dominios hacia el sur. Realizó una peregrinación a Roma, logrando de la corte del papa Alejandro II un apoyo expreso para la conquista de tierras a los musulmanes. Poco después, el cardenal Hugo Cándido

regresó al Vaticano tras haber pasado tres años en España introduciendo el rito romano, que paulatinamente iba sustituyendo al mozárabe en la iglesia hispana. A principios de ese año contrajo su primer matrimonio el príncipe heredero Abú Amir, y su esposa, una princesa navarra, quedó encinta en las primeras semanas. Al-Muqtádir se sintió confortado: si su primer nieto era un varón, la continuidad de la dinastía estaba asegurada.

Juan entabló una amistad profunda con el judío Ibn Paquda. Imbuidos ambos del talante conciliador y dialogante que les había transmitido al-Kirmani, continuaron viéndose varias veces cada mes, bien en casa del judío bien en la del eslavo. En torno a ellos se fue recreando un núcleo de filósofos, astrónomos, matemáticos, músicos, médicos, maestros, teólogos y todo tipo de intelectuales jóvenes. En cierto modo las tertulias en las casas de Juan, Ibn Paquda o Ibn Buklaris se convirtieron en las sustitutas de las que hasta poco antes de su muerte se habían venido celebrando en la de al-Kirmani.

Así fue creciendo un núcleo de librepensadores que con las doctrinas de Platón y Aristóteles como base discutían, a veces de manera vehemente, siempre con interés, sobre la concepción del mundo, la naturaleza del hombre y las vías del conocimiento y la sabiduría. En las tertulias de los herederos intelectuales de al-Kirmani participaba con entusiasmo el hebreo Abú al-Fadl ibn Hasday, que, dotado de una capacidad dialéctica notabilísima, solía dirigir los debates hacia los temas que más le interesaban, especialmente el poder, la autoridad y la forma de ejercer el gobierno de los pueblos. Ibn Hasday demostraba poseer un conocimiento de la ciencia política muy superior a los demás. Dotado de una memoria prodigiosa, había aprendido línea a línea el voluminoso tratado *La República* de Platón, entendía la *Física* de Aristóteles, podía explicar con detalle el libro *De cielo y mundo* del sabio griego, y dominaba tanto la Biblia como el Corán; era un buen matemático y un excelente poeta. También asistía con asiduidad el príncipe Abú Amir, heredero al trono.

Cierto día caminaban los cuatro, Abú Amir, Juan, Ibn Paquda e Ibn Hasday, por la alameda de la Almozara. El príncipe y los dos hebreos habían acompañado a Juan en una de las rutinarias visitas de inspección a las obras del nuevo palacio real y después habían decidido pasear aprovechando la calma y el buen tiempo de los primeros días del otoño. Solían caminar hasta el cementerio judío, situado al final de la alameda, muy lejos de su barrio. A su lado el Ebro discurría plácido, como recreándose al atravesar las riberas de la ciudad. De vez en cuando se cruzaban con campesinos cristianos, judíos y musulmanes que regresaban del duro trabajo en los campos, o con grupos de mujeres que paseaban con el rostro descubierto, causando los murmullos de los más radicales. Desde hacía algunos años la costumbre de las mujeres de cubrir su rostro cuando salían de casa se estaba abandonando. Las cristianas y las judías nunca lo habían hecho y las más jóvenes de entre las musulmanas estaban imitando esta costumbre. Casi

ninguna joven musulmana en edad de casarse se tapaba la cara, a excepción de las esposas e hijas de los imanes más ortodoxos.

Los cuatro amigos cruzaron delante de un grupo de mujeres que discutían de manera apasionada sobre las excelencias amatorias de los hombres. Ibn Hasday se detuvo junto a ellas y Juan le conminó a que continuara andando. Cerca del grupo se encontraban dos policías encargados de velar por el control de las buenas costumbres, especialmente en lo referente a la relaciones entre ambos sexos. Los judíos tenían absolutamente prohibido mantener contactos con mujeres musulmanas; si alguno osaba acostarse con una musulmana y era sorprendido en el acto, pagaba con su vida su atrevimiento.

—Vamos, amigo —repitió Juan a Ibn Hasday—, la policía sexual puede detenerte si sigues mirando a esas mujeres.

—Bonita sociedad. Nosotros los judíos tenemos prohibido bajo pena de muerte copular con las musulmanas y en cambio un señor musulmán puede yacer con cuantas judías quiera sin que lo detenga la *ar-raqibi* —protestó Ibn Hasday.

—Siempre puedes convertirte al islam —añadió Juan.

—¿Y renegar de la fe de mis padres? Eso no lo haré nunca.

—Muchos judíos lo han hecho, y ahora viven como musulmanes. Y bien pensado, quizá su vida no haya cambiado tanto, y si lo ha hecho, sin duda que ha sido para mejorar —asentó Juan.

—Todavía quedamos judíos dispuestos a defender nuestras creencias por encima del interés particular —añadió Ibn Paquda.

—Los judíos soléis colocar el interés personal delante de cualquier otro sentimiento —repuso Juan.

—La fe en Dios está enraizada en cada uno, si bien hay diversidad en la manera de comprenderla —sentenció Ibn Paquda.

—¡Israel, Israel! —exclamó Ibn Hasday—. ¡Líbranos de los tópicos que sobre nosotros han dejado caer los hombres!

—Mi querido Abú —dijo Juan dirigiéndose a Ibn Hasday—, tú eres cualquier cosa menos un devoto hebreo seguidor de la Torá. Dudo que en toda mi vida haya conocido a nadie tan escéptico y pragmático como tú.

—¡Vaya! Mira quien me recrimina, un renegado cristiano que para conseguir lo que pretendía no ha dudado ni un momento en cambiar su fe por la que más le interesaba —replicó Ibn Hasday.

—Te equivocas, amigo —alegó Juan—; mi conversión al islam no ha estado motivada por ningún interés. El rey me concedió la libertad antes de que yo me hiciera musulmán, como sabes bien. No he cambiado la fe por la libertad.

—Claro que no. Eso hubiera sido justificable; lo que has hecho ha sido mudar de religión por

la posibilidad de medrar en la corte, de trepar. Te ha guiado tu propio egoísmo y no tu corazón —clamó Ibn Hasday.

—Amigos —los interrumpió el príncipe—, estáis discutiendo una cuestión que creía superada. ¿Somos hijos de la razón o de la intransigencia? ¿Quién eres tú, Abú al-Fadl ibn Hasday, para recriminar a Juan su toma de postura religiosa? Y tú, Juan ibn Yahya, ¿por qué tratas de menospreciar a Abú calificándolo como pragmático y escéptico? En caso de serlo, ¿no tiene derecho a ello? ¿Desde cuándo la religión ha sido causa de disputa entre nosotros? Si el maestro al-Kirmani levantara la cabeza se avergonzaría de vuestra actitud. Sois dos hombres, dos intelectuales, dos seres dotados de razón y entendimiento, ¿acaso lo habéis olvidado, o es que habéis perdido el juicio? Mi esposa está a punto de dar a luz a mi primer hijo y no quiero que se entristezca mi corazón viendo a mis amigos discutir en unos días tan felices para mí como estos.

La reprimenda de Abú Amir apaciguó la discusión entre Juan e Ibn Hasday. El judío tendió sus brazos y Juan lo abrazó con una sonrisa. Los cuatro amigos continuaron caminando por la alameda cogidos de la mano.

—Será un gran rey —musitó Ibn Paquda al oído de Juan.

El sol comenzaba a caer en el horizonte y una ligera y agradable brisa arrastraba algunas hojas amarillentas que desprendiéndose de las ramas planeaban lentamente hasta caer al suelo.

4

A finales de otoño nació el hijo del príncipe Abú Amir; fue un varón al que llamaron Ahmad ibn Yusuf. Aquel invierno fue extremadamente duro. La primavera parecía no llegar nunca. La nieve, que era extraña en el valle, cayó con profusión. Durante casi quince días no cesó de nevar y Juan recordó con más fuerza que nunca su aldea del Dniéper. Los campos blancos, las calles cubiertas de nieve y los carámbanos de hielo que pendían de los aleros le devolvían por unos instantes a su tierra natal. Pero el crudo invierno arrastró dolores y calamidades. Decenas de mendigos y vagabundos que dormían a la intemperie murieron sin remisión y fue necesario habilitar las mezquitas para que muchos de ellos pudieran refugiarse durante las noches.

La pequeña clínica fundada por al-Kirmani, que desde su muerte dirigía Ibn Buklaris, atendía a numerosos pacientes que acudían con síntomas de congelación. Juan, Ibn Paquda e incluso el escéptico Ibn Hasday tuvieron que ayudar al *hakim*. La neumonía, una extraña calentura y la tuberculosis se sumaron a la propia congelación, causando todavía más muertes. Juan no era médico pero tenía algunos conocimientos que había adquirido en su relación con al-Kirmani, por lo que se vio obligado a colaborar. El arte de sanar cuerpos le atrajo entonces sobremanera e

incluso pensó convertirse en *hakim*; al lado de Ibn Buklaris aprendería enseguida y en cinco o seis años podría alcanzar el máximo grado.

—Tienes cualidades para ello, serías un excelente médico —le dijo Ibn Buklaris cuando Juan le comentó sus ideas en uno de los descansos, mientras tomaban una reconfortante y humeante infusión edulcorada con miel—. La medicina es la disciplina científica que más retraso tiene en nuestra ciudad. Hay buenos astrónomos, arquitectos, filósofos, teólogos e incluso botánicos, pero faltan médicos. A al-Kirmani le hubiera gustado que te adhirieras a la lista de discípulos de Galeno.

—Quizá lo comente con su majestad, aunque no sé si me permitirá dejar mi cargo al frente de las obras del palacio nuevo —indicó Juan.

Más de tres mil personas murieron en apenas dos meses en aquel gélido invierno, sobre todo ancianos, niños y mendigos. Juan se enteró por Yahya, a quien acudió a visitar por si necesitaba ayuda, de que Shams había estado cuatro o cinco días con fiebre muy alta y vómitos, pero que había logrado superar la enfermedad y gozaba de excelente salud. Yahya agradeció sus desvelos y le comunicó que para evitar el contagio de una posible epidemia había trasladado a su familia a una almunia que había adquirido a unas cuantas millas de Zaragoza para retirarse durante los meses de verano.

Al fin, como si de un milagro se tratara, una mañana amaneció sin el manto cristalino que escarchaba todas las madrugadas los alrededores de la ciudad. El hielo fue sustituido por un mar de perlado rocío y la alegre primavera relevó gozosa al invierno.

Juan volvió a dedicarse íntegramente a la construcción del nuevo palacio real una vez que se reanudaron las obras que habían quedado interrumpidas durante los meses de frío, pues el agua se helaba y el cortante viento del noroeste hacía imposible continuar con las tareas de carpinteros, alarifes y canteros. Seguía visitando o era visitado con frecuencia por Ibn Paquda, con quien pasaba largas horas discutiendo de filosofía y de otras ciencias. Jalid era un criado excelente, adoraba a su señor y siempre estaba pendiente de cualquiera de sus deseos. No cocinaba tan bien como había afirmado al contratarlo, aunque aprendió pronto a realizar algunos platos gracias a su intuición, su inteligencia natural y su enorme capacidad de observación. Juan había tomado cariño a aquel muchacho tullido y en ocasiones comparaba su relación con la que él mismo había tenido con Demetrio en Constantinopla. No se parecían en nada, pero a veces Juan creía estar viéndose reflejado en el muchacho.

La estima de al-Muqtádir por Juan le supuso un aumento considerable en su salario; un alto funcionario le comunicó que desde mañana cobraría un dinar diario, el doble que hasta entonces. Juan le contó las buenas noticias a Jalid y le dijo que su salario se triplicaba, de uno a tres dírhems. Jalid brincó de alegría por toda la casa pese a su pie tullido, proclamando que no había en todo el mundo señor tan generoso y noble.

Y no era esa la única buena noticia: el rey acababa de nombrar *hayib* de Zaragoza a su heredero, el príncipe Abú Amir Yusuf ibn Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud. Por entonces ya era un joven brillante que destacaba por sus conocimientos científicos, sobre todo en el campo de las matemáticas, por su tolerancia y por su buen sentido. Discreto y honesto, se ganaba a todos cuantos lo conocían. Este nombramiento suponía una primera experiencia de gobierno para el príncipe y habría de serle muy útil en el futuro. Juan alabó el buen sentido del monarca y se alegró por su amigo, aunque lamentó que desde ahora, y debido a las nuevas responsabilidades, tal vez lo viera menos.

Desde que Shams se había convertido en una mujer libre y en esposa legítima de Yahya, Juan no la había vuelto a ver. De vez en cuando daba un rodeo para pasar delante de la casa de su antiguo dueño por si podía observar a Shams en una de las pocas salidas que las mujeres realizaban a la calle. Si en alguna de estas ocasiones sus ojos se cruzaran, tenía ensayado intercambiar una mirada aparentemente anodina pero en la que solo ella podría leer mensajes de amor. Pero nunca había lugar a ello.

Dos años después de su matrimonio, Yahya seguía prendado de Shams y deseaba que le diera un hijo. Sus negocios habían mejorado mucho desde que al-Muqtádir recuperara Barbastro y los cristianos se enzarzaran en querellas intestinas. El comercio con el sur era próspero y en muchas cortes cristianas del norte se pagaban buenas sumas de dinero por los objetos de plata, bronce y marfil que se fabricaban en sus talleres. En el obrador de platería no era extraño observar a uno de los maestros orfebres trabajando en una lámpara para alguna iglesia, o en un incensario e incluso una copa de plata sobredorada en la que meses más tarde un sacerdote consagraría la sangre de su dios. Yahya volvió a reanudar sus viajes a Valencia, Toledo e incluso tenía previsto ir a Sevilla y Granada, cuyos reyes habían estrechado lazos diplomáticos y comerciales con el reino de Zaragoza.

Antes de uno de aquellos viajes, Yahya anunció que estaría un mes fuera de casa, pues quería visitar los mercados de Sevilla, Córdoba y Granada. Unos días antes de partir había hablado con Juan para que se hiciera cargo de la educación de su hijo Abú Bakr, que ya hacía algunos meses que había cumplido seis años. Juan aceptó, pues los trabajos de construcción del palacio real estaban casi acabados en su primera fase y eso le permitiría tener más tiempo libre. Además, pensó que como maestro del hijo de su antiguo dueño quizá tuviera ocasión de ver a Shams, de la que hacía tiempo no sabía nada. Juan acababa de cumplir veintitrés años y gracias a sus conocimientos y a su sabiduría su prestigio era muy grande en toda la ciudad. El propio al-Muqtádir no dudaba en pedirle consejo, pese a su anterior condición de esclavo, lo que todos consideraban una muy especial atención del rey. Antes de partir hacia Sevilla con un cargamento de lámparas, Yahya dio instrucciones personales a todos los miembros de su casa, resaltando que

mostraran un celo especial en la administración durante las cuatro semanas que iba a durar su ausencia.

Jalid acababa de recoger los restos de la cena que habían tomado en el jardín y se despidió de su señor, no sin antes preguntarle si necesitaba alguna cosa. Juan atrancó la puerta cuando los muecines llamaban a la última oración en la primera hora de la noche. Cruzó el patio y se dirigió al jardín. Colocó sobre la mesita el candil de aceite que el criado acababa de rellenar para que durara toda la noche por si era necesario. El jardincillo quedó tenuemente iluminado por una pálida luz amarillenta. Apenas habían transcurrido unos momentos cuando oyó que alguien golpeaba la aldaba. Cogió el candil y acudió al recibidor; abrió la mirilla y preguntó:

—¿Quién llama a estas horas?

Una voz femenina contestó simplemente:

—Una amiga.

No hizo falta nada más para que supiera que se trataba de Shams.

Descorrió el cerrojo con cuidado para no hacer demasiado ruido y al abrir una figura femenina se silueteó en el umbral. Juan alzó la lamparilla y contempló el amado rostro de Shams, que se había quitado el *litham*. La esposa de Yahya avanzó dos pasos y extendió sus brazos hacia él.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He venido con el eunuco sudanés que ya conoces. A la muerte de la primera esposa de mi marido se convirtió en mi confidente y en mi mejor apoyo en el serrallo. Él fue quien averiguó dónde vivías. Se ha quedado a la entrada de la callejuela, oculto en un portal de una casa deshabitada. Esperará allí hasta que me marche.

—Es muy peligroso esto que haces, si alguien te viera... Mi criado está durmiendo en la cocina.

—Nada me importa. Durante estos años solo he pensado en volver a verte, en sentir el calor de tus labios en los míos, el palpitar de tu cuerpo a mi lado, tu mirada enamorada —susurró Shams —. Mi marido estará fuera cuatro semanas; durante ese tiempo, todas las noches serán nuestras, solo tuyas y mías.

La joven abrazó a Juan por la cintura y alzándose de puntillas lo besó dulcemente en los labios. Juan la condujo de la mano hasta el jardín y sobre la hierba sus dos cuerpos se unieron en un frenesí de placer y gozo desbordantes. El eslavo penetró una y otra vez en el cuerpo de la amada, derramándose como un torrente en el valle durante la tormenta. Shams comprobó que Juan había sido circuncidado, pero no comentó nada. El cuerpo de la eslava era algo más ancho que cinco años atrás y sus pechos habían aumentado de tamaño. La piel mantenía la misma suavidad, pero mayor tersura si cabe. Sus besos denotaban una sensualidad exquisita y sus manos

se mostraban delicadas en la caricia y apasionadas en el abrazo. Había perdido la candidez y la inocencia de los primeros encuentros, pero había ganado en voluptuosidad y en capacidad para proporcionarle placer.

Durante varias noches se repitieron las visitas de Shams a casa de Juan, siempre de la misma manera y a la misma hora, al poco de oscurecer. Se marchaba pasada la media noche, con la puntualidad de un ritual programado con precisa exactitud. Cuando llamaban a la puerta, ya con el sol oculto y las primeras estrellas asomándose en el cielo, Jalid sabía que tenía que recluirse en la cocina y no salir de ella aunque se estuviera hundiendo el mundo. Apenas había palabras entre ambos amantes, solo besos, caricias y susurros. Aquel pequeño jardín y el estrellado firmamento estival fueron los únicos testigos de su amor. Ambos sabían que Yahya regresaría y, como ya ocurrió años atrás, sus encuentros deberían cesar. El esposo retornó justo en el tiempo previsto. Aquellas noches habían pasado como una estrella fugaz.

Yahya volvió cansado pero contento. Una vez más su instinto para los negocios había funcionado. En Sevilla, en Córdoba y en Granada, sobre todo en esta ciudad, la de mayor florecimiento de todo al-Ándalus, había realizado una serie de transacciones comerciales muy beneficiosas. Había vendido cuanto había dispuesto y tenía encargos por más de tres mil dinares. Los beneficios de aquel viaje ascendían por encima de los dos mil dinares, tanto como lo que ganaba en un año de trabajo.

La primera noche en Zaragoza, Yahya durmió con Shams. Le hizo el amor como siempre, aunque notó que su joven esposa se mostraba un tanto fría. No le dijo nada y pensó que sería debido a las varias semanas de ausencia.

En el otoño y el invierno siguientes el vientre de Shams creció sin cesar. Mediada la primavera, la esposa favorita de Yahya dio a luz un hermoso niño de piel lechosa como la nieve y pelo dorado como rayos de sol en el amanecer. Yahya, orgulloso por su nueva paternidad, comunicó el evento a sus amigos mediante unas hermosas cartas. Juan recibió una de ellas:

> De Yahya ibn al-Sa’igh ibn Bajja a su honorable amigo, el muy sabio Juan ibn Yahya al-Tawil al-Rumi. Los designios de Dios son desconocidos para los hombres. El Clemente, el Misericordioso, ha querido que mi casa se ilumine de nuevo y que vuelva a brillar en mi hogar un nuevo astro. Gracias al Altísimo, mi corazón se enaltece de orgullo al comunicarte que mi esposa, la gentil Shams, acaba de darme un hijo, el cuarto entre los varones de mi estirpe. Me sentiría muy honrado si pudieras asistir a la fiesta que celebraré en mi humilde casa el viernes de la próxima semana. En ella celebraremos el nacimiento de mi nuevo hijo. La paz de Dios te acompañe siempre.

—¡Un hijo de Shams! —exclamó Juan—. ¡Dios mío!, hace nueve meses que acabaron

nuestros encuentros aquí... No, no puede ser, ¡es mío, mío!

Juan cayó abatido en la hamaca del jardín, con el papel que contenía el mensaje de Yahya entre las manos.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó el criado.

—No, Jalid, no ocurre nada. Me siento un poco mareado; quizá el duro trabajo de estos últimos días. No te preocupes, se me pasará enseguida.

No era cierto, el corazón de Juan se había agrietado como una granada madura. No tenía ninguna duda de que el hijo de Shams era también suyo.

5

En la política peninsular las cosas estaban empezando a cambiar. El soberano de Sevilla, al-Muta'did, altanero, libertino y apasionado por el vino, había logrado erigirse en el más poderoso de los reyes de las taifas del sur. Aquel mismo año de 1068 había conquistado la rica ciudad de Carmona, y al-Muqtádir, a fin de ganar su amistad, le envió una hermosa carta de felicitación redactada con elocuente belleza por su secretario Abú Umar Yusuf al-Qaysi, cordobés afincado en Zaragoza. Casi a vuelta del correo los sevillanos notificaron que su rey había muerto y que le había sucedido su hijo al-Mu'tamid.

El pequeño reino de Aragón, recluido en los profundos valles pirenaicos y sin demasiado potencial militar, tenía ahora al frente a un monarca decidido y animoso que no se detenía fácilmente ante las dificultades, por muy serias que fueran. Sancho Ramírez, nuevo rey de Aragón, prefería las tierras y la gloria militar al oro, lo que lo convertía en el más serio peligro para el reino de Zaragoza. Ibn Hud optó por maniobrar con diplomacia para tratar de romper la alianza entre navarros y aragoneses. Sabedor de que el oro cegaba al monarca pamplonés, inició contactos secretos con Sancho García para alejarlo de Aragón. Por fin, tras varios intentos fallidos, consiguió la amistad del navarro a cambio de una suma anual de doce mil monedas de oro. Sancho García se comprometía formalmente a intentar convencer al rey de Aragón de que cesara su presión sobre el reino de Zaragoza y devolviera los castillos y aldeas conquistados en la frontera norte. De no lograrlo, el de Pamplona acudiría en defensa de Zaragoza en caso de un ataque aragonés. Los castellanos, hasta entonces perceptores de las parias de los Banu Hud, no aceptaron el cambio de alianza de al-Muqtádir y se mostraron dispuestos a conquistar Zaragoza si ello fuera preciso.

El rey de Aragón inició entonces la construcción de una sólida fortaleza cerca de Zaragoza, y al-Muqtádir se vio en la necesidad de realizar una expedición contra los aragoneses, que tuvo

lugar en el mes de *muharran* del año 462 del calendario musulmán, mediado el otoño del año cristiano de 1069. Al-Muqtádir reconquistó algunas fortalezas en los alrededores de Huesca y fue recibido en Zaragoza con nuevas aclamaciones de júbilo por parte de la población, que seguía creyendo que con aquel poderoso rey nada debían temer de los cristianos. El poeta de Guadix Ibn al-Haddad, que había emigrado a Zaragoza desde Córdoba, compuso una casida laudatoria a la figura de al-Muqtádir, lo que le valió ser incluido en la nómina de poetas que recibían un salario de la corte. La fama del rey de Zaragoza alcanzó la cima de la gloria.

El jovencito Abú Bakr Muhámmad ibn Yahya ibn Bajja demostraba un interés fuera de lo común por aprender. Juan acudía dos días a la semana a casa de su antiguo dueño para conducir los primeros pasos del niño en el mundo del conocimiento. El propio Yahya estaba formando una biblioteca en su casa; era la moda entre los aristócratas y los potentados zaragozanos. Quizá el rico orfebre nunca leería ninguno de esos libros que mes a mes crecían en sus estanterías, pero pertenecer a la alta sociedad implicaba gastos como esos, aunque desde que el papel de las fábricas de Játiva se producía en grandes cantidades y había sustituido al pergamino, el coste de los libros había descendido de manera notable. Siguiendo el proceso diseñado años ha por Ibn Hamz, comenzó en otoño por enseñarle a conocer las letras del alifato, a deletrearlas correctamente y a escribirlas. En la primavera, con tan solo siete años, Abú Bark leía y escribía con corrección, recitaba de memoria párrafos enteros del Corán y tocaba el rabel con cierto virtuosismo, denotando una especial inclinación hacia la música. Después pasaría a enseñarle gramática y lexicografía, para que comprendiera el verdadero significado del lenguaje. En una de las tres librerías permanentes de la ciudad había adquirido dos ejemplares sobre la lengua árabe: *El libro de gramática* escrito en Basora por Sibawayhi y el léxico de Abú Ubayd. En la biblioteca real consultaba con frecuencia el *Libro excelente de lexicografía,* una enciclopedia de cinco mil folios redactada hacía un siglo por el cordobés al-Qali donde se resolvían todos los problemas del idioma árabe.

En el paso siguiente, ya con diez u once años, lo introduciría en la poesía, aunque de manera escueta, y después en la ciencia de los números, con las operaciones matemáticas más sencillas: las cuatro reglas básicas, suma, resta, multiplicación y división, y los quebrados. Con ello, un año después el niño estaría en disposición de comprender la geometría plana. Pasaría a continuación a la aritmética y al estudio de los cuerpos celestes. Para entonces el jovencito Abú Bakr debería aprender los tratados de Euclides y el *Almagesto* de Ptolomeo. Según como se desarrollara su formación, es probable que le explicara las teorías heliocéntricas de Aristarco de Samos, que tan celosamente seguía guardando en su cabeza.

Aunque el gran Ibn Hamz había estado en contra de la astrología, Juan entendía que en aquella

sociedad era imprescindible conocer la ciencia que trataba de escudriñar los mensajes que los astros y las estrellas encerraban, por lo que le haría estudiar lo necesario para poder desenvolverse con facilidad entre tanto astrólogo embaucador. Por último, y cuando ya hubiera cumplido los dieciséis años, le enseñaría lógica, ciencias naturales, historia y la ley religiosa. Si todo discurría de manera normal, cuando cumpliera veinte años, Abú Bark tendría la mejor formación que por entonces le fuera posible adquirir a hombre alguno.

Yahya seguía con atención la educación de sus hijos, si bien no entendía casi nada de lo que Juan les explicaba. Para la compra de libros para su recién creada biblioteca, que ya contaba con cerca de cincuenta ejemplares, consultaba siempre con el eslavo e incluso le pedía que fuera él quien adquiriera personalmente los títulos que le parecieran más interesantes. Tan solo una vez acudió Yahya al mercado de libros por su cuenta. Aquel día adquirió por nueve dinares una mala copia del *Canon de medicina* de Ibn Sina, y lo hizo porque el tamaño y el color de la encuadernación armonizaban con un hueco que tenía en uno de los estantes. Ese mismo día también compró una *Historia de los árabes* del historiador de Calatayud Abú ‘Abd Allah al-Tagrí y un *Tratado de los humores del cuerpo humano* del médico zaragozano Abú-l-Walid Marwán ibn Yanah.

—Mira a mi hijo, tiene la belleza de su madre y el carácter de su padre —decía Yahya a Juan mientras sostenía al hijo de Shams en brazos—. Lo llamamos Ismail, como el hijo de Abraham, el fundador del pueblo árabe. Ya tiene casi un año.

—Es un niño muy hermoso —asentó Juan.

Envuelto en una manta azul agitaba sus manitas en el aire como queriendo atrapar invisibles mariposas. Juan lo contemplaba absorto. Sabía que aquel cuerpecito que Yahya mecía entre sus brazos era el fruto de su amor con Shams. De pronto le inundó un irresistible deseo de coger al niño en sus manos y apretarlo contra su pecho.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó.

—Por supuesto, eres como de la familia. Mi hijo y tú lleváis la misma *kunya*, ambos sois Ibn Yahya —dijo su antiguo amo riendo a la vez que le pasaba el niño.

El cuerpecito del hijo de Shams latía con fuerza entre los poderosos brazos del eslavo. Contemplando su rostro adivinaba sus mismas facciones, las del linaje de su padre Boris, de la estirpe de Tir: la frente despejada y amplia, los ojos azules llenos de vigor, el mentón rotundo y poderoso...

—Bueno, bueno —interrumpió Yahya tras los sollozos del pequeño—, es hora de la comida. Es un verdadero tragón.

La vieja Fátima recogió al niño de los brazos de Juan y desapareció por la puerta que conducía

a las habitaciones privadas, donde solo podían entrar el dueño, sus mujeres, sus hijos, Fátima y los eunucos. Allí debía de estar Shams; la sierva bereber le llevaría al niño para que lo alimentara. Juan tuvo que apretar con fuerza los puños hasta clavarse las uñas y hacer sangrar sus manos para evitar lanzar un grito que anunciara que aquel era su hijo, suyo y de Shams, el fruto nacido del amor bajo las estrellas.

El círculo de intelectuales jóvenes que se reunían en torno a Juan, Abú Amir, Ibn Hasday, Ibn Paquda e Ibn Buklaris fue ganando influencia en la corte. El espaldarazo definitivo provino del propio al-Muqtádir, que nombró a Juan subdirector del observatorio astronómico real, a Ibn Buklaris médico de palacio, a Ibn Paquda profesor de filosofía de la escuela palatina y a Ibn Hasday consejero para asuntos políticos. Las recomendaciones del viejo visir, el prudente y leal Alí Yusuf, fueron decisivas. El visir le hizo ver al rey que este grupo de jóvenes racionalistas, discípulos todos ellos del recordado al-Kirmani, cultos y tolerantes, habría de ser uno de los bastiones principales de la brillante corte de los hudíes.

El trabajo se amontonaba sobre las anchas y poderosas espaldas de Juan. Seguía al frente de la obras del palacio, tenía que ocuparse del observatorio astronómico y continuaba enseñando a Abú Bakr, que con ocho años mostraba una excelente disposición para la música. Su madre le había enseñado a tocar el laúd y de manera autodidacta aprendió el arte de la flauta y el rabel. Su padre, el cada vez más rico Yahya, se mostraba día a día más orgulloso de su tercer hijo varón, aunque dedicaba la mayor parte de su tiempo al pequeño Ismail, cuya paternidad se había adjudicado en silencio Juan. Algunas tardes, mientras Juan y Abú Bakr repasaban las lecciones en el patio, Ismail correteaba de un lado para otro perseguido por la viejísima Fátima, que nunca podía alcanzar por sí sola al niño.

En alguna ocasión Juan había intentado que Ismail se sentara con ellos, como lo había hecho Abú Bakr a la misma edad cuando enseñaba latín y griego a sus hermanos mayores ‘Abd Allah y Ahmad, pero el carácter de Ismail era travieso y activo. El niño era incapaz de estar quieto un solo momento; parecía indudable que por sus venas corría la sangre guerrera del linaje varego de la casa de Tir. Al menos, Juan veía dos o tres veces a la semana a su hijo y lo podía acariciar, e incluso jugar con él de vez en cuando. En algunas ocasiones salía con Abú Bakr e Ismail al jardín de la casa de Yahya y se entretenían los tres con juegos. Un día, al cruzar el patio, se topó con Shams. La esposa de Yahya mostraba su rostro descubierto; los cabellos dorados caían sobre sus hombros y sus ojos azules resplandecían como nunca.

—Shams, Helena... —musitó Juan sorprendido y atorado.

—No, no digas nada, pueden vernos u oírnos —previno ella.

—¿Es mío, verdad?; es nuestro —inquirió Juan ansioso.

—Claro que sí, mi amor, claro que sí. Adiós.

Shams desapareció tras la puerta que daba acceso al gineceo seguida de la vieja Fátima, que casi estuvo a punto de escuchar la breve conversación de los dos enamorados. Los ojos de Juan se poblaron de lágrimas; volvió raudo hacia el pequeño Ismail, que correteaba por el jardín, y lo cogió entre sus brazos apretándolo con fuerza junto a su corazón.

6

A mediados del año cristiano de 1070 no habían acabado aún los trabajos del palacio nuevo, pero la gran torre rectangular ya estaba lista para ser empleada como observatorio astronómico. El director era un matemático de Calatayud llamado Abú Yafar, discípulo de al-Kirmani, a quien había sucedido en ese puesto cuando el viejo maestro quedó ciego unos pocos años antes de morir. Abú Yafar gozaba de gran prestigio en la corte y el príncipe heredero Abú Amir lo consideraba su maestro en la difícil ciencia de las matemáticas, por las que el joven príncipe mostraba una especial atención.

Sobre la terraza del torreón, donde se instalaron diversos aparatos astronómicos, el príncipe heredero, Juan y Abú Yafar pasaban largas horas estudiando el movimiento de los planetas, la posición de las estrellas y los fenómenos que se producían en el cosmos. Abú Yafar era muy versado en la ciencia de las esferas y del movimiento de los astros y a su lado el príncipe y Juan aprendieron matemáticas como no lo hubieran hecho con ningún otro profesor.

Al-Muqtádir mostraba día a día una creciente pasión por la astrología. El rey creía ciegamente que el destino de los hombres y de las naciones había sido escrito por Dios en el firmamento en el momento de la creación del mundo y que todas las preguntas tenían su respuesta entre los astros y las estrellas. Solo era preciso saber interpretar con exactitud ese mensaje cósmico. Pero para ello hacían falta buenos instrumentos de precisión, y los mejores se fabricaban en Córdoba, Toledo y Guadalajara. Abú Yafar solicitó permiso para viajar hasta la capital de la taifa toledana a fin de adquirir astrolabios y tablas astronómicas. El monarca no solo dio su licencia sino que escribió una carta a su amigo el soberano de Toledo y remitió un mensaje a todas las aldeas, castillos, ciudades y fortalezas que había en el camino para que los recibieran como legados suyos.

Un amanecer de mediados de verano, una pequeña comitiva formada por el director del observatorio, Juan y dos criados, uno de ellos Jalid, partió de Zaragoza camino de Toledo. Los dos astrónomos viajaban sobre dos mulas roanas y los dos criados sobre sendos borricos de pelo gris. En otro asno se transportaban las provisiones y utensilios personales para el viaje. Portaban

un salvoconducto real que les permitía atravesar el reino sin trabas y, siempre que fuera posible, bajo la protección de soldados.

Tomaron la ruta del Huerva y caminaron durante varias horas hasta llegar a Muel, una aldea de casas agrupadas en torno a una enorme presa de piedra que regulaba el cauce del río y desde la que se alimentaban las acequias que irrigaban las huertas de la zona sur de Zaragoza. Al atravesar el pueblo Juan contó no menos de cincuenta alfares atendidos por varios centenares de alfareros y aprendices. En el ambarino cielo del atardecer se perfilaban finas columnas de humo gris procedentes de los hornos. Pernoctaron en una humilde aldea, varias millas más adelante, en casa de un individuo que ejercía como alfaquí, imán y cadí, y a la mañana siguiente continuaron río arriba hacia las azuladas montañas del sur. Ascendieron la empinada ladera esmaltada de carrascas de una sierra desde la que se vislumbraba casi todo el valle del Ebro y la descendieron por su vertiente sur. Volvieron a tomar el valle del Huerva y continuaron por el camino que pasaba bajo una torre custodiada por varios soldados que los observaron con atención pero sin interrumpirlos. Después de la sierra y durante unas diez millas se extendía una amplia llanada cubierta de encinas y rebollos por la que galopaba una manada de onagros, hasta que ante ellos se abrió un cortado de más de cien codos de altura. El camino se tornó entonces serpenteante, en constante descenso hacia el valle de otro río, entre lomas rojas y pardas cuajadas de viñas y almendros. Al abrigo de una poderosísima fortaleza encaramada en lo alto de una roca de vertientes cortadas a pico se acurrucaba la pequeña medina de Daroca. En el camino los esperaba el *walí* de la comarca, que los acompañó a una posada humilde pero confortable. Pese a lo avanzado de la hora —ya se había rezado la cuarta oración del día— pudieron darse un baño completo en el *hammam* público. Los dos astrónomos y sus dos criados disfrutaron con el agua caliente del baño, situado en el pequeño arrabal, sobre la zona de industrias de paños, molinos y curtidos que se extendía entre la medina y el valle del río Jiloca. Tras el reconfortante baño consumieron una nutritiva cena a base de pan con nueces; sopa de sémola; carne de cordero guisada con garbanzos, laurel e hinojo; almojábanas, y unas deliciosas peras almibaradas. El *walí* se sentó a la mesa con los dos astrónomos y los acompañó durante la cena.

—No creí que supierais de manera tan exacta cuándo íbamos a llegar —dijo Abú Yafar.

—Recibimos la carta de su majestad hace cinco días, y conocíamos por ella que hoy estaríais en nuestra ciudad. Poco después de medio día se recogió en la Torre del Andador la señal que indicaba vuestra inmediata llegada. Desde Zaragoza hasta aquí pueden emitirse señales luminosas mediante espejos que tardan apenas unos instantes en transmitirse. Cada diez o doce millas, según el terreno y las montañas, hay torres de señales defendidas por varios soldados que van remitiendo mediante un sencillo código cualquier mensaje que provenga de la capital o avisan en caso de algaradas de tropas enemigas. Unas tres horas antes de que llegarais ya nos

habían comunicado vuestro paso desde el torreón ubicado al pie de la sierra, sobre el puente que salva el río en ese vado.

—¡Ah, claro! Vimos a unos soldados sobre la torre que nos vigilaban desde lo alto cuando cruzamos un pequeño puente de piedra sobre el Huerva —añadió Juan.

—Desde esa torre enviaron la señal a la del Andador, en lo más alto del recinto murado. El sistema funciona perfectamente. Cuando ocurre alguna cosa reseñable en Zaragoza, nos enteramos aquí, a casi sesenta millas de distancia, poco después de que suceda —indicó el *walí*.

—¿También empleáis palomas mensajeras? —preguntó Abú Yafar.

—Sí, a veces lo hacemos, pero el sistema es menos seguro. En la sierra que habéis atravesado habitan un sinfín de águilas, halcones, milanos y otras rapaces que hacen difícil que una paloma pueda cruzarla. De aquí a la capital solo hay un puesto intermedio para cambiar de paloma, en la aldea de Alfamén, a unas treinta millas de distancia. Son preferibles las señales con espejos.

—¿Pero qué ocurre cuando es de noche o cuando está nublado y no podéis emplear los espejos para reflejar los rayos del sol? —inquirió Juan.

—Si no hay sol empleamos señales de humo negro y de noche utilizamos faroles y linternas —aclaró el *walí*.

—Ojalá pudiéramos volar como las aves; en ese caso no harían falta palomas —añadió Juan.

—Algunos han intentado volar y emular al mítico Ícaro. Un poeta y astrólogo cordobés llamado ‘Abbás Ibn Firnás elaboró unas alas de seda con las que hizo un ensayo de vuelo hace unos doscientos años, pero no logró despegar del suelo. Hasta que alguien lo consiga, deberemos limitarnos a seguir envidiando a la palomas —ironizó Abú Yafar.

Después de la cena se retiraron a las alcobas que se habían dispuesto para ellos en el humilde pero confortable caravasar. Juan cayó rendido sobre la cama. Le dolían terriblemente los muslos y sentía como si el pubis fuera a partírsele por la mitad. Tenía una sensación similar a cuando los pechenegos lo raptaron de su aldea y lo condujeron desde ella hasta el mar Negro sobre aquellos resistentes caballos. Tantas horas sentado a horcajadas de su mula le habían producido magulladuras y roces estriados en la entrepierna. Se aplicó una pomada a base de grasa de ternera y extracto de raíz de sauce que guardaba en sus alforjas e intentó dormir. Mañana los esperaba de nuevo una dura y larga etapa.

Todavía no había amanecido cuando el posadero lo despertó. Juan se vistió deprisa, se lavó en una jofaina con agua limpia que le llevó Jalid y acudió a la taberna de la posada. Allí lo esperaba Abú Yafar, sentado en la misma mesa en la que habían cenado la noche anterior. Desayunaba un plato de *asida*, la popular papilla de harina de trigo cocida con potaje de verduras frescas, embutido de lomo de ciervo, manzanas asadas con miel y leche fresca con rebanadas de pan tostado.

—Buenos días, Juan. Debemos apresurarnos, la etapa de hoy es larga y comienza con un

puerto de montaña. Es preciso alimentarse bien. El *walí* acaba de salir para comprobar que nuestras caballerías están en perfecto estado. Jalid y mi criado ya han preparado a los jumentos; en cuanto desayunes estaremos listos para partir.

Se despidieron del amable gobernador de Daroca prometiéndole que darían cuenta y razón de su diligencia y reemprendieron la marcha protegidos por cuatro soldados de la guarnición de la ciudad. Apenas una milla más allá de las murallas de la medina atravesaron el río por el puente de piedra y de inmediato comenzaron el ascenso al puerto. Brillaba el sol en lo más alto del cielo cuando se detuvieron para comer al borde del sendero, a la sombra de unos encinares. Un puñado de almendras y avellanas, pan de higo, queso, cecina de cabra y embutido de pollo contribuyeron a restablecer las fuerzas antes de proseguir por el camino de Toledo.

Aquella noche descansaron en la última de las fortalezas del reino de los Banu Hud, un viejo castillo en lo más alto de la amesetada cordillera. El capitán de la fortaleza, a quien el *walí* de Daroca le había ordenado acoger a los visitantes, les ofreció una cena a base de ciervo en salmuera y compota de manzana, y les indicó el lugar para dormir. La única estancia habitable del castillo era un barracón en el que se mezclaban hombres, caballos, mulas y asnos entre montones de hierba seca y maloliente. Aquella fue la peor de las noches. Un ejército de piojos, chinches y pulgas los martirizó sin cesar. A media noche Juan se levantó del lecho de hierba y salió al exterior para despulgarse. Tenía todo el cuerpo cosido a picotazos y sentía tantos picores que no abarcaba a rascarse. Apenas acababa de aliviarse con sus uñas detrás de las rodillas cuando ya tenía que regresar al cuello o a las orejas o al cuero cabelludo o a las ingles o a las pantorrillas o a cualquier otra parte de su acribillado cuerpo. Agradeció que amaneciera, e incluso recibió el húmedo rocío de la mañana como un regalo.

—Malditos demonios —clamaba Jalid—. Han tomado mi cuerpo como si de un festín se tratase. Me han chupado tanta sangre que mis venas deben estar más vacías que la alacena de un tacaño.

—Quitaos toda la ropa y ponedla a hervir en un caldero. Será la única forma de librarnos de la compañía de estos molestos huéspedes —aconsejó Abú Yafar.

La ropa hervida y húmeda fue colocada sobre los animales para que el sol de la mañana la secase, y escoltados por los cuatro soldados abandonaron el castillo en dirección suroeste. Dejaban las tierras de al-Muqtádir para entrar en las de al-Mamún, el soberano de la taifa de Toledo. Allí dieron la vuelta los soldados y siguieron solos los legados reales y sus criados.

Cerca de la poderosa fortaleza de Molina una partida de soldados toledanos los detuvo. Enseñaron el salvoconducto de al-Muqtádir y continuaron su marcha sin problemas. Junto a la villa de Arganda se cruzaron con una caravana que se dirigía a Zaragoza; estaba formada por una larga reata de mulas y asnos cargados con láminas de hierro y de cobre para los talleres de orfebrería.

Al quinto día de dejar el reino de al-Muqtádir, en el octavo de la partida de Zaragoza, atisbaron los *yamures*, las esferas doradas ensartadas en las agujas de los alminares de la ciudad de Toledo. La medina se agrupaba sobre una colina a orillas del río Tajo, que bordeaba la ciudad por tres partes creando un auténtico foso natural. Solo el lado norte de la colina quedaba libre del río. Allí las murallas eran elevadísimas, mucho más que las de Zaragoza, o al menos a Juan se lo parecieron. Al pie de la colina se extendían varios arrabales, entre ruinas de edificios de los romanos y de los visigodos, la última tribu que gobernó España antes de los árabes y que hizo de Toledo su capital y la sede de su corte.

Penetraron en la ciudad por la Puerta de Hierro y ascendieron hasta lo más alto por una empinada calle atiborrada de tiendas y bazares. Esta vía desembocaba en una amplia plaza donde una multitud abigarrada mercadeaba con todo tipo de productos. En un caos organizado se mezclaban puestos de especias con fruterías, botigas de farmacia y hierbas medicinales con librerías, puestos de comidas con vendedores de prendas de cuero, cesteros y confiteros con verduleros y escribas, guarnicioneros y estañadores con sastres y zapateros. Multitudes de gentes iban y venían de un lado para otro y decenas de caballerías circulaban serpenteantes entre la muchedumbre sin que milagrosamente nadie resultara herido, golpeado o empujado en medio de aquella turbamulta de personas, animales y cosas.

La comitiva zaragozana se dirigió directamente al alcázar real de al-Mukarram, edificado en lo más alto de la colina, dominando el discurrir del Tajo. Presentaron su carta credencial y de inmediato un capitán de la guardia los acompañó al interior. Minutos después eran recibidos por un secretario que les dio la bienvenida en nombre de su majestad Yahya ibn Ismail al-Mamún, «soberano de Toledo, defensor de la fe y humilde servidor de Dios».

Los dos astrónomos fueron instalados en unas lujosas dependencias dentro del recinto del Alcázar y sus criados en la zona reservada al servicio, entre las cuadras y las cocinas. Juan y Abú Yafar tomaron un baño —en todo el camino solo habían podido hacerlo una vez, en Daroca— y descansaron en sus alcobas durante unas horas.

—Sed bienvenidos al reino de Toledo, mi señor ha dispuesto que os acompañe durante vuestra estancia entre nosotros. Él mismo os recibirá mañana en audiencia privada; entre tanto consideraos en vuestra propia casa.

Así se presentó Zakariyya ibn Tariq, *katib* de la corte para asuntos extranjeros.

Zakariyya era un bereber de pura raza, de mediana estatura, fibroso y enjuto, de piel morena, pelo negro ensortijado y ojos oscuros. Vestía una túnica de lana en color azul, un turbante negro y zapatos de cuero también negros. Sus ojos profundos y fríos, su nariz aguileña y su afilada barba le conferían un aspecto de hombre astuto y cauteloso, de carácter enérgico pero justo.

Abú Yafar le puso al corriente del viaje y le comunicó su intención de adquirir unos cuantos instrumentos de astronomía y a la vez de entregar a su majestad el rey una carta de salutación y buenos deseos de al-Muqtádir.

—Habéis elegido bien, queridos amigos, y permitidme que os trate como si lo fuerais desde hace tiempo —dijo Zakariyya—. En Toledo se construyen los más precisos instrumentos astronómicos de todo al-Ándalus. Nuestros artesanos no tienen rival en ninguna otra parte. Ni en al-Fustat ni en Basora ni siquiera en Bagdad son capaces de fabricar astrolabios de la precisión con la que se diseñan en nuestra ciudad.

—En nuestro observatorio de Zaragoza tenemos dos astrolabios, uno fabricado en Córdoba y otro en Guadalajara, y no son malas piezas —indicó Abú Yafar.

—Bagatelas. Nada comparable a lo que podréis encontrar aquí —sentenció ufano el *katib*.

Cenaron temprano un puré de lentejas con nata y crema de castañas, truchas braseadas con alcaparrones y anchoas en conserva, lomos de cordero asados con alcaravea, romero y tomillo y tortitas de alajú a base de nueces, almendras y miel.

Desde la ventana de su alcoba Juan podía ver los jardines del Alcázar y al otro lado las dependencias reales donde se encontraba el legendario harén real. ¿Estaría allí la pelirroja Ingra? Habían pasado más de siete años desde que fuera comprada para el harén del rey de Toledo por la fabulosa cifra de cinco mil dinares. Sí, si aún vivía, seguro que seguiría allí; ningún hombre en su sano juicio se hubiera desprendido de aquella mujer única. Le preguntaría a Zakariyya por ella.

Al-Mamún los recibió en un recogido saloncito al lado de la gran sala de audiencias. Habían sido anunciados como Abú Yafar y Juan ibn Yahya, astrónomos y embajadores de su majestad Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud, soberano de Zaragoza. El rey de Toledo yacía recostado en un sofá de seda estampada y sostenía un ramillete de cerezas entre sus dedos.

—Su majestad os da la bienvenida a este su reino y desea que le transmitáis a su querido hermano el rey de Zaragoza sus mejores deseos de felicidad, paz y salud, y que la bendición de Dios le acompañe siempre —dijo el secretario introductor.

Los dos astrónomos se inclinaron ante al-Mamún, que limpió delicadamente sus dedos con un suave paño de lino.

—¿Cómo se encuentra nuestro noble y apreciado hermano? —preguntó al-Mamún.

—Gracias al Altísimo goza de excelente salud, majestad. Os envía sus mejores deseos de paz y ventura. Nos ha encargado que os entreguemos personalmente esta carta de su puño y letra en la que manifiesta su cariño hacia vos y os envía este presente —dijo Abú Yafar a la vez que extendía el rollo de pergamino hacia el monarca y un cofrecillo con una copia del Corán con tapas de plata engastadas con gemas preciosas.

El secretario de la cancillería los recogió y los entregó a al-Mamún.

—Vuestra visita nos complace. He dado instrucciones para que sea lo más grata posible y dispongáis en cada momento de cuanta ayuda necesitéis. De ninguna manera quiero que os sintáis en esta ciudad como forasteros. Dentro de dos días celebraremos un banquete en mi nueva almunia de recreo para conmemorar el aniversario de mi dinastía, estáis invitados.

—Nos sentimos muy honrados con vuestra acogida, majestad.

—Solo cumplimos con nuestro deber de buen musulmán —finalizó al-Mamún dando por acabada la breve audiencia.

Zakariyya los acompañó al observatorio astronómico. Formaba parte de un amplio conjunto de escuelas denominado la Casa del Saber, en donde se impartían todo tipo de disciplinas científicas. Estaba ubicado en uno de los torreones del Alcázar y en él trabajaban siete astrónomos, tres matemáticos y media docena de ayudantes. El director era el joven al-Zarqalí, que apenas contaba veinticinco años de edad. Zakariyya hizo las presentaciones de rigor y el director del observatorio les mostró las instalaciones a sus dos colegas.

—El observatorio ocupa todo este amplio torreón, desde su planta baja hasta la azotea. En la planta inferior, a nivel del suelo, hay un almacén de material. En la primera planta está la biblioteca especializada. Tenemos un fondo de mil quinientos libros, que están a vuestra disposición. En la planta segunda se ubican las mesas de trabajo y el archivo. En la tercera guardamos los instrumentos de observación al lado de un pequeño taller de reparaciones. Por último, en la azotea están los relojes solares y los puestos de observación —explicó al-Zarqalí.

—Vuestras instalaciones son magníficas —le señaló Abú Yafar.

—Sí, lo son. En buena medida se copiaron de las existentes en el observatorio de Bagdad. El principal impulsor fue Ibn al-Jayyat, un astrónomo toledano que derivó hacia la astrología y acabó siendo cesado de su puesto como director. Dicen quienes lo conocieron que se volvió loco y acabó sus días entre alucinaciones y visiones; murió hace unos quince años. Escribió un tratado de astrología que conservamos en la biblioteca. Su interrumpida labor fue proseguida por su principal discípulo, un súbdito del reino de los Banu Hud, como vosotros. Su nombre era Abú Ishaq ibn Ibrahim al-Tajibí, pero todos lo conocían por el apodo de al-Quwaydís. Estuvo al frente del observatorio unos diez años. A su muerte se hizo cargo mi maestro Iqbal ibn Fahd y yo le he sucedido en el puesto hace dos años. Aquí siempre hemos creído que la astronomía es la ciencia más noble, alta y hermosa para los musulmanes —explicó al-Zarqalí.

—Los maestros que han dirigido este observatorio han sido excelentes. La experiencia acumulada de todos ellos supone un verdadero tesoro para la ciencia —adujo Juan.

—En verdad que es así. A diferencia de mis predecesores, yo he llegado a este puesto siendo muy joven, soy consciente de ello, pero gozo de la confianza de su majestad.

Los dos astrónomos zaragozanos admiraron la acumulación de aparatos, libros y medios humanos del observatorio. Para presentar un informe de su viaje, anotaban meticulosamente todo cuanto iban viendo. Dedicaron varias horas a repasar el índice de libros de la biblioteca y quedaron gratamente sorprendidos de su riqueza. Dos copistas habían sido enviados hacía tres años a Bagdad y de allí habían traído copias de las obras del gran astrónomo de Harrán Thabit ibn Qurra y un ejemplar de la primera traducción original al árabe del *Almagesto* de Ptolomeo realizada por Sahl al-Tabari y al-Hajjaj ibn Yusuf. ‘Abbás ibn Násih, uno de los dos copistas, había regresado poco después a Oriente para conseguir el tratado de astronomía iraquí conocido como el *Sind Hind*.

También habían traído de Bagdad la idea de fundar un escuela donde se enseñaran todas las disciplinas científicas, como había hecho en la capital oriental el visir Sabur ibn Ardasir, que había creado la llamada Casa de la Ciencia y la Universidad de Nizamiyya, la madrasa fundada hacía tan solo cuatro años por Nizam al-Mulk. En Toledo se acababa de instaurar la Casa del Saber, donde por el momento se impartía media docena de disciplinas.

A Juan le despertó especial atención el manuscrito de Ibn al-Jayyat, el visionario. Había leído algunos tratados de astrología y aunque esta disciplina tenía numerosos detractores, también despertaba elogios apasionados por parte de muchos. Conocido era que el gran Maslama de Madrid había logrado predecir la desmembración del califato de Córdoba. Era sabido y aceptado que la astrología podía ofrecer indicios sobre el bien y el mal y los religiosos más influyentes sostenían que era una disciplina correcta, pues no había nada en los cielos que no hubiera sido atado sin la voluntad de Dios. Recordaba la sura dieciséis del Corán, en la que se decía: «Y (Dios) ha sujetado a vuestro servicio la noche y el día, el sol y la luna. Las estrellas están sujetas por su orden. Ciertamente, hay en ello signos para la gente que razona. (...) Y se guían (los hombres) por los astros». El libro del antiguo director del observatorio de Toledo estaba lleno de claves y de profecías. El lenguaje era críptico y oscuro, a veces denso y siempre con dobles o triples versiones. Página a página se describía una serie de profecías cuya interpretación correcta era difícil de escrutar. Se pronosticaba «la ruina del Imperio de las Dunas Planeadas», «la desaparición del Sol de Medianoche», «la muerte próxima del Rey de los Dátiles» y «la destrucción de las Torres entre los Limoneros». Todo aquello se podía explicar de varias maneras.

«La ruina del Imperio de las Dunas Plateadas» bien podría referirse al final del dominio de los árabes en la península ibérica, pero también al de los turcos, que avanzaban desde Oriente, o al califato de los fatimíes de Egipto. «La desaparición del Sol de Medianoche» quizá anunciara la muerte de algún califa, o la del patriarca de Constantinopla, o la conversión de los vikingos al cristianismo o la de los cristianos europeos al islam. «La muerte del Rey de los Dátiles» tal vez hacía alusión a la conquista de África por los musulmanes y a la visión de un continente africano

bajo la hegemonía del islam, pero también podía interpretarse como el fin del dominio musulmán en África del Norte. «La destrucción de las Torres entre los Limoneros» parecía anunciar la conquista de Sevilla por las tropas de Sancho II de Castilla, o la unificación de ambos lados del estrecho de Gibraltar bajo un mismo monarca, o el final de los reinos de taifas.

Todas las interpretaciones, como en la mayor parte de las sentencias proféticas, respondían a distintos enfoques. Pero hubo una que erizó la piel del eslavo. Decía así: «Cuando se cumplan cinco veces seis veranos, el león rampante del norte brillará más que el sol. Parecerá entonces que la luna se asentará para siempre en la casa del Escorpión. Pero seis veranos después el sol ocultará a la luna. El azul y el amarillo se tornarán rojo y blanco. La esperanza de los creyentes sucumbirá ante el *yin* del placer y la muerte se asentará en la sala dorada». Juan levantó la cabeza y meditó aquellas palabras. Si estaba en lo cierto, el león radiante del norte era al-Muqtádir, su rey, y se anunciaba que alcanzaría su máximo poder a los treinta años de reinado, es decir, en el curso del año 468 de la hégira, pero entonces comenzaría una decadencia de seis años hasta que la muerte, a causa de la incontinencia en los placeres, acabaría con la esperanza que suponía el rey de Zaragoza como defensor de la fe musulmana y como barrera contra los cristianos. Aparecían todos los símbolos de los Banu Hud: el león rampante, la luna y los colores azul y amarillo de la dinastía. Si la profecía era acertada y la había interpretado correctamente, a al-Muqtádir le quedaban todavía más de diez años de vida y lo mejor de su gobierno, aunque al final vendría la ruina del soberano.

La biblioteca disponía de libros que no estaban en ninguna de las de Zaragoza. Había una copia de las tablas del astrónomo bagdadí al-Jwarizmí, con anotaciones y revisiones realizadas en Córdoba por Maslama de Madrid y sus discípulos.

—Mira, Juan, estas notas fueron realizadas por el maestro de al-Kirmani. Quizá estuviera presente él mismo cuando se hicieron —indicó Abú Yafar.

Había un libro catálogo que contenía mil veintidós estrellas y cuarenta y siete constelaciones, siguiendo la obra clásica de Ptolomeo. En un desplegable realizado sobre dos pergaminos cosidos de casi tres codos de diámetro se había representado un planisferio de la bóveda celeste con la cartografía de todas las estrellas, en tintas sepias, rojas y azules, destacando en negro las doce constelaciones del zodiaco y los movimientos de paso de los siete planetas. Las estrellas más brillantes del firmamento estaban asociadas a los distintos signos: Aldebarán, Algenze, Algomeiza, Aldiraán y Callandarazella se relacionaban con Tauro y Virgo; Denebalgedi, Benebcaitox, Patancaitox, Rigel, Alhabor, Alhurab, Alchimech y Calbalagrah con Sagitario y Acuario, y así con el resto. También estaban dibujadas la estrella que estalló en la constelación de Cáncer el año del cisma de Oriente y la que se apagó en la de Libra el día que murió al-Kirmani. En varias páginas se dibujaban los grupos de estrellas con su nombre y el signo

dominante. Por ejemplo, el triángulo de Lira, la cruz del Cisne, el cuadrado del Auriga, el triángulo invertido de Pegaso, la corona de Efecta o el arranque de espiral de Calbalagraf.

—Es preciso pedir autorización a al-Mamún para copiar algunos de esos libros, nos serían muy útiles y nos ahorrarían mucho trabajo —planteó Abú Yafar mientras desayunaba con Juan la sopa de trigo con verduras llamada *yasis*.

—Creo que nos lo concederá. Su majestad se ha mostrado muy amable y dispuesto a facilitar nuestro trabajo —asentó Juan sin dejar de mirar a través de la ventana hacia el harén—. Quiero consultaros una cosa, maestro. Hace algunos años, cuando yo era esclavo al servicio de Yahya, acudí a una subasta en la que una joven pelirroja fue vendida por cinco mil dinares a un delegado del rey de Toledo. Esa esclava era amiga mía. ¿Creéis que sería oportuno que preguntara a Zakariyya por si supiera algo de ella?

—No veo inconveniente, pero hazlo con cuidado y discreción, y no muestres un interés especial. Pregunta como si te motivara una simple curiosidad, nada más. ¿Cinco mil dinares has dicho? Debe de ser una mujer muy especial.

—¡Oh!, no, creo que estáis pensando que sentí algo especial por ella. Simplemente fuimos amigos, solo amigos —remarcó Juan.

—Entre un hombre y una mujer nunca hay tan solo amistad, recuerda esto —sentenció Abú Yafar.

Zakariyya llamó a la puerta de la estancia donde desayunaban Juan y Abú Yafar y entró mostrando su mejor sonrisa y dando los buenos días:

—Un día espléndido. Esta misma mañana os esperan en el observatorio para enseñaros nuestros astrolabios. Acaba de comunicármelo su joven director.

—¡Estupendo! —exclamó Juan—. Ahora comprobaremos la precisión de vuestra técnica.

—Os sorprenderéis —aseveró el *katib*.

—Por cierto, ¿solo destaca Toledo por sus técnicas de construcción de aparatos astronómicos? —intervino Abú Yafar.

—Ya veo por dónde queréis ir. También hay excelentes mujeres, si es eso de lo que se trata.

—Pues hasta ahora no hemos podido comprobar ni una cosa ni la otra —ironizó Abú Yafar.

—Ambas cosas pueden solucionarse. Esta misma tarde puedo hacer que vengan dos jóvenes muchachas a confortar vuestro descanso. O si lo preferís, también hay espléndidos efebos de bocas ardientes y cuerpos musculosos.

—Os lo agradeceremos, amigo —intervino Abú Yafar—, pero será suficiente con las muchachas. Y, por cierto, he oído decir que vuestro rey adquirió una esclava pelirroja de belleza sin par en Zaragoza hace unos años. ¿Todavía sigue en el serrallo?

—Sin duda os referís a ‘Ayab. Antes se llamaba Ungra o Irga o algo parecido. Fue adquirida hace ahora unos siete años y medio por cinco mil dinares. Sí, habéis oído bien, he dicho cinco mil —Zakariyya subrayó cada sílaba para que no quedara ninguna duda—. Aquello fue muy comentado. Nuestro rey está embelesado por esa mujer. Su belleza le cautivó el corazón, pero su espíritu indomable y su porte altivo le hechizaron por completo. Su majestad es ya casi un anciano y la pelirroja consigue de él cuanto quiere. En contra de todas las costumbres, es la única de las concubinas que sale a la calle cuando lo desea, y suele hacerlo a plena luz del día, con el rostro descubierto. Esa actitud ha provocado enormes escándalos entre los alfaquíes y los imanes de la ciudad, que en sus conciliábulos la acusan de ser un demonio femenino, pero no se atreven a criticarla en público pues el rey no consiente que nadie hable mal de su pelirroja.

—Una mujer extraordinaria, sin duda —observó Juan.

—Y de belleza sin límite. Creo que su majestad le permite pasear entre la gente para que todos los hombres del reino envidien su fortuna. Para él es como una túnica maravillosa, o como un corcel inmaculado. Me parece que le agrada saber que todo hombre que la ve queda tan prendado de ella que nunca jamás puede olvidar su rostro.

—Sus hijos serán los favoritos —repuso Juan.

—¡Ay!, esa es la causa de la aflicción de nuestro soberano. ‘Ayab aún no le ha dado ningún hijo, por lo que no la ha hecho todavía su esposa legal. Unos dicen que es estéril y otros aseguran que se debe a su condición demoníaca. Pero dejemos ya este asunto y vayamos fuera, nos espera al-Zarqalí. Se me olvidaba, esta tarde, antes de cenar, enviaré a dos muchachas a vuestros aposentos. Son cristianas, pero entre las sábanas no notaréis la diferencia —finalizó Zakariyya entre risitas.

En el taller del observatorio los esperaba su director. Sobre una mesa estaba dibujando en un lienzo de papel las piezas de un astrolabio.

—Queridos amigos, llegáis justo a tiempo. Estoy diseñando un nuevo modelo de astrolabio que perfeccione los anteriores. El astrolabio actual plantea un problema fundamental, y hasta ahora irresoluble. Como sabéis, este instrumento deriva del planisferio dibujado por Ptolomeo y se basa en la proyección estereográfica de la Estrella Polar, representándose en la faz del astrolabio las líneas del ecuador, los dos trópicos, el de cáncer y el de capricornio, el cenit del lugar y los círculos almicantarates y azimutes. Con este dispositivo estamos obligados a utilizar tantas láminas complementarias como latitudes y cambiar esas láminas en cuanto mudamos de latitud. Así, no se puede emplear la misma en Toledo que en Córdoba. Ese era el problema irresoluble hasta ahora. Abú-l-Hasam, astrónomo de esta corte hace ya varios años, inventó un nuevo instrumento llamado Lámina Universal. Lo construyó a partir de una proyección estereográfica de la esfera sobre un plano normal a la eclíptica, según la línea solsticial Cáncer-Capricornio, es decir, según el plano de coluro de los solsticios. Como podéis ver en este

ejemplar —continuó cogiendo uno de los instrumentos—, en el anverso solo aparece la proyección estereográfica de las coordenadas eclípticas y los círculos de longitud y latitud, mientras que los círculos correspondientes al ecuador, círculos horarios y paralelos, aparecen dibujados reticularmente en esta mitad de la red móvil. En la otra mitad, fijaos aquí, aparecen representados algunos asterismos cuya posición viene dada por estos dentículos, como veis labrados de manera muy artística, muy semejantes a los que conocéis en el astrolabio. En los extremos del diámetro del ecuador hay dos salientes que son a la vez indicadores que al girar sobre el anverso de la lámina provocan que el horizonte sea móvil y a partir de esta graduación se dan las ortivas o las occiduas. El reverso es igual que el del astrolabio tradicional.

—Ciertamente supone una mejora —intervino Abú Yafar—. Esta Lámina Universal como la llamáis, evita tener que cambiar de lámina en cada una de las latitudes.

—Sí, pero no es del todo exacta —comentó el joven director del observatorio—. Creo que resolveré los problemas que aún se plantean sin tardar demasiado. En mi un nuevo aparato el limbo presenta el círculo de altura dividido en cuatro cuadrantes. El diámetro vertical representa el círculo ecuatorial y el perpendicular el horizonte del ecuador o primer meridiano. Haré inscribir las estrellas de la Lira, el Águila, el Cisne, Sagitario, Piscis, Eridani, Osiris, Tauro, el Auriga, Orión y Perseo en el hemisferio superior, y las de la Osa Mayor, la Osa Menor, la Corona, Bootis, Leo, Escorpio, el Can Mayor, el Can Menor y la Nave en la inferior. No girará ninguna alidada, como en el astrolabio o en la Lámina Universal, sino una simple regla graduada que hará las veces de horizonte inclinado. También contendrá los meses del calendario solar.

—¿Y ya tiene nombre el futuro aparato? —preguntó Juan.

—Sí, lo llamaré *azafea*, derivado de mi apodo familiar, al-Zarqalí.

—Si conseguís perfeccionarlo se mejorarán las tablas astronómicas que ahora poseemos —alegó Juan.

—En ello también estamos trabajando. Desde que al-Jwarizmí lo impuso en Bagdad, todas las tablas se han calculado a partir del mediodía del primer día del primer año de la hégira, el 15 de julio del año 622 del calendario solar, pero esos cálculos solo son válidos para los lugares que están en el mismo meridiano. El rey quiere que este observatorio publique unas tablas que sean consideradas por su perfección y complejidad infalibles. Más de la mitad de mis ayudantes están trabajando en ellas y en siete u ocho años las tendremos listas. Siempre, claro está, que pueda acabar la azafea y que funcione como creo que va a hacerlo. Estamos estudiando un sistema para sustituir las tablas por un instrumento llamado ecuatorio, en el que mediante modelos geométricos pensamos calcular con discos de metal graduados las posiciones planetarias.

Era asombroso, pero algunos de aquellos astrónomos que trabajaban bajo la dirección de al-Zarqalí y que él llamaba «mis ayudantes» lo duplicaban en edad, y alguno de ellos bien podría haber sido su padre.

—Pero todo esto está en fase experimental. Habéis venido a ver astrolabios y otros instrumentos, y quiero enseñaros los mejores. Acompañadme —indicó el director.

Subieron por la escalera de la torre y penetraron en una pequeña estancia repleta de estanterías en las que ordenadamente se almacenaban diversos instrumentos. Al-Zarqalí cogió uno de ellos y les explicó lo siguiente:

—Este es el más completo de nuestros astrolabios. Ha sido construido hace tan solo dos años por Ibrahim ibn Sa'id al-Sahlí, nuestro mejor técnico en este trabajo. La caja es una verdadera obra de arte: contiene indicadores para veintiocho estrellas, cinco láminas grabadas por ambas caras con las latitudes de Bagdad, La Meca, Medina, El Cairo, Damasco, Túnez, Fez, Mosul, Ceuta, Almería, Samarcanda, Sevilla, Málaga, Granada, Córdoba, Murcia, Baeza, Jaén, Toledo, Talavera, Zaragoza, Calatayud, Huesca y Barbastro. Esta última ciudad la añadió como homenaje a la hazaña de vuestro rey al-Muqtádir por su recuperación para el islam. Aún tiene dos láminas más, una que refleja la latitud de los cuarenta grados, sin señalar ninguna población, y otra que indica la de la lejana Kabul, en los veintiocho grados y veinte minutos, la ciudad más al este cuya latitud ha logrado fijar. La araña o real representa al sol y a las estrellas y sobre ella gira la alidada, esta regleta metálica que se ha ajustado con gran precisión. Este otro —continuó dejando el que tenía en la mano y cogiendo el de al lado— lo fabricó el mismo técnico un año antes. Están grabadas en el bronce las latitudes de numerosas ciudades de vuestro reino. Me sentiría honrado si lo aceptarais como regalo.

—Sois muy generoso, pero hemos traído dinero para comprar —alegó Abú Yafar.

—Ya lo sé, pero este es un regalo. Por favor, no lo rechacéis. Considerad que es mi pequeña aportación al futuro gran observatorio de Zaragoza —replicó al-Zarqalí.

—Os quedamos muy agradecidos —dijo Abú Yafar.

Después de comer, Zakariyya les comunicó que enviaría a sus habitaciones a las dos muchachas prometidas. Juan se dio un baño y se perfumó la incipiente barba con esencia de lavanda. Cuando el director de la biblioteca le anunció que viajarían a Toledo pensó que sería mejor dejarse crecer la barba, tanto por la comodidad en el viaje como para dar la sensación de varón docto y sabio. La tenía como de un mes, rubia como sus cabellos, lo que le confería un aspecto respetable y temible, aunque le hacía parecer mayor de lo que realmente era.

A media tarde se presentó en el aposento de Juan una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años, de pelo castaño y grandes ojos pardos. De pequeña estatura, su cabeza apenas alcanzaba a la altura del pecho del eslavo.

—Mi señor, me envía el *katib* Zakariyya para...

—Sí, sí, ya sé quién te envía y para qué —la interrumpió Juan un tanto ofuscado.

La muchacha, acostumbrada a los desplantes de los hombres, no se inmutó por la actitud de aquel personaje que imponía por su altura, su rubia cabellera y sus profundos ojos azules y comenzó a desvestirse con naturalidad. Apoyado en el alféizar de la ventana Juan sostenía una copa de vino especiado en su mano. La luz de comienzos del atardecer inundaba dorada y cálida el nacarado cuerpo ya desnudo de la muchacha. Su perfume de violeta se desparramaba por la habitación impregnando todo de un fresco y atrayente aroma.

La joven mozárabe se acercó hasta Juan y comenzó a masajearle el pecho y los muslos. Casi de repente, el eslavo sintió que su piel se ponía tensa y su vello se erizaba. Las hábiles manos de la muchacha deshicieron el nudo del cinturón que asía la túnica del varón y la levantó por encima de las rodillas, liberando la prenda en torno a las caderas. Después se introdujo debajo de la túnica, sentada en cuclillas, y su boca lo transportó a un mar de sensaciones hasta entonces inexploradas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Juan mientras acariciaba su melena castaña tumbado junto a ella sobre la cama.

—Mi nombre es María, mi señor, pero me llaman Radiyya —contestó la muchacha.

—Eres muy bella. Me han dicho que eres cristiana.

—Sí, lo soy. Vivo en el arrabal de los mozárabes, en una casa que regenta nuestro dueño el señor Sisberto Gomero.

—¿Trabajas en *esto* para él?

—Sí, mi señor. Mis padres, unos campesinos muy pobres de una aldea cercana a la ciudad, me llevaron junto con mis dos hermanas a su casa cuando tenía doce años. Desde entonces trabajamos allí. Somos veinte muchachas, todas cristianas. Nuestro dueño nos da cama y comida y una pequeña cantidad para nuestros pequeños caprichos. La casa es muy confortable y dispone de baño privado. Casi siempre recibimos en ella a nuestros clientes, pero cuando se trata de servir a personajes relevantes como vos nos desplazamos hasta sus casas o a sus palacios.

Juan miró con ternura a María que narraba su actividad como prostituta con una ingenuidad tan natural como si estuviera describiendo un paseo por el campo entre sauces y rosales. Notó que le invadía una profunda sensación de afecto y ternura hacia aquella joven y repitió sus caricias con mayor dulzura si cabe.

Con los ojos clavados en el rojizo horizonte que enmarcaba la ventana, con el sol ocultándose tras las colinas, despreciaba la condición humana que arrastraba a semejante degradación: gentes de la misma religión sojuzgando a sus propios compañeros; mercaderes mozárabes zaragozanos enriqueciéndose a costa de la esclavitud de otros cristianos; proxenetas mozárabes toledanos lucrándose con la prostitución de jóvenes doncellas de su misma creencia; judíos usureros exprimiendo a sus hermanos de raza con altísimos alquileres por angostas y vetustas viviendas,

un mundo de tiranía e injusticias en el que los poderosos y los ricos se sostenían sobre montañas de oprimidos y explotados.

—¿En qué pensáis, mi señor? Os noto ausente. ¿Acaso no os he agradado? —preguntó María.

—No, pequeña, no. Te han enseñado muy bien *tu trabajo* —manifestó Juan con cierta amargura—. Quiero que vuelvas aquí todas las noches. Dile a tu dueño, ese mozárabe Sisberto o como demonios quiera que se llame, que te reservo para mi servicio mientras me quede en Toledo. Esta misma noche te trasladarás a mis aposentos. Voy a preparar todo para que puedas hacerlo; no creo que haya ningún inconveniente.

—¡Oh!, mi señor, sois muy gentil. Os agradezco...

—Nada tienes que agradecer, solo vas a realizar tu trabajo.

Durante la cena, Juan solicitó a Zakariyya la autorización para poder disponer de la muchacha durante todos los días de su estancia en la ciudad.

—Me gustaría que esta misma noche estuviera ya aquí conmigo —dijo con tal rotundidad que Zakariyya no tuvo otro remedio que asentir.

—Bueno, no suele ser la costumbre, pero en vuestro caso...

—Vamos, mi querido amigo, los palacios del Alcázar están llenos de concubinas de los visires, secretarios y capitanes. Por supuesto, yo correré con los gastos —alegó Juan.

—De acuerdo, de acuerdo, lo arreglaré —asintió Zakariyya.

—Te has prendado de esa muchacha, ¿eh? Ten cuidado, las mujeres saben descubrir el punto débil de cada hombre y sacar el mejor provecho de ello. Disfruta del cuerpo de esa joven, tómala cuantas veces quieras, pero después olvídala. Yo ni tan siquiera recuerdo cómo era, qué edad tenía o si me dijo su nombre la puta con la que hace apenas una hora copulaba en mi alcoba —Abú Yafar hablaba con este desdén de las mujeres sin dejar de masticar un delicioso muslo de faisán con salsa de manzanas y moras—. Me parece que necesitas casarte. Tu edad es la más apropiada para el matrimonio. Yo me casé por primera vez a los veinte años, cinco menos de los que tú tienes ahora. El hombre que no está casado es solo medio musulmán. Nuestro libro sagrado dice: «Casad a aquellos de vosotros que no estén casados». Por tanto tu deber como creyente es tener una esposa, o hasta cuatro, si es que puedes permitírtelo.

Poco antes de media noche se presentó María en la alcoba de Juan, traía con ella un hatillo con algo de ropa y un estuche con perfumes y afeites. Aquella noche hicieron el amor a la luz de una lamparilla hasta caer rendidos por el sueño.

A la mañana siguiente Zakariyya había preparado para sus huéspedes una visita a los mercados de Toledo en busca de objetos, libros e instrumentos que les fueran útiles para su observatorio astronómico. Entre la mezquita mayor y el zoco discurrían un par de callejas en las que se

agrupaban las tiendas especializadas. Había varias librerías, un prestigioso taller de orfebrería y dos tiendas de instrumentos científicos y médicos.

Acompañados por sus dos criados entraron en una tienda sobre cuyo umbral un cartelón de madera con letras en árabe indicaba que se vendían instrumentos científicos. Se llamaba El Ojo de la Noche y la regentaba un viejo judío en nombre de su propietario, un acaudalado terrateniente de la ciudad. Sobre unos estantes se amontonaban libros, instrumentos astronómicos y planisferios. A Juan le pareció estar viviendo de nuevo el episodio en el que hacía ya varios años había acompañado a Demetrio por las librerías de Constantinopla en busca de novedades bibliográficas para la biblioteca patriarcal.

En un estante sobresalía el libro de Aristarco de Samos *Sobre las dimensiones y distancias del Sol y la Luna*, el mismo que Juan había consultado en compañía de al-Kirmani en la biblioteca de la mezquita mayor de Zaragoza. Hojeó el ejemplar y comprobó que en este había algunos dibujos que no existían en el de su ciudad, por lo que decidió proponer a Abú Yafar su compra. El director del observatorio aceptó enseguida. Revisaron distintos astrolabios, tablas astronómicas, brújulas, cuadrantes solares y planisferios, y dos horas después salían de la tienda cargados de libros y de instrumentos. Habían gastado casi doscientos dinares, pero los criados acarreaban sobre sus espaldas dos pesadas sacas repletas de valiosos materiales para el nuevo observatorio.

Se acercaba la hora de la comida y Zakariyya los invitó a su casa. Despidieron a los dos criados, que se dirigieron al Alcázar para dejar allí las compras y atravesaron la medina. El anfitrión les iba describiendo cada uno de los edificios que se encontraban a su paso. Se detuvieron unos momentos en la mezquita mayor. Zakariyya les dijo que aquel templo había sido antes la catedral cristiana de la época de los godos y que cuando los musulmanes conquistaron la ciudad encontraron en ella innumerables tesoros y riquezas, puesto que aquella iglesia tenía la primacía entre todas las de Hispania y era la más rica y poderosa. Lo más valioso era la mesa del rey Salomón, fabricada con una esmeralda de una sola pieza que ahora estaba en Roma, y ciento setenta coronas de oro con perlas y rubíes.

Zakariyya fue desgranando todos y cada uno de los acontecimientos históricos de la ciudad y de vez en cuando señalaba unas piedras artísticamente labradas en la base de algunos edificios indicándoles que eran obra de los godos o de los romanos.

Recorrieron un sinfín de callejuelas y recovecos hasta llegar a la casa. Era una sólida construcción de piedra y ladrillo ubicada en el barrio de los altos funcionarios, uno de los sectores más lujosos de la ciudad. Tras una puerta en recodo se abría un patio embaldosado con azulejos dorados y verdes y enmarcado por varios arcos decorados con filigranas de yeso y cerámica. En el centro, rodeado de macizos de rosas y azucenas, sonaba armonioso el tintineo de una fuentecilla de piedra labrada con motivos semejantes a los de los godos. Un criado acudió presto a la llamada de su amo y Zakariyya le ordenó que sirviera algún refrigerio a sus invitados.

Un esclavo negro trajo una palangana y una jofaina para que se lavaran las manos y a los pocos minutos acudió con una bandeja de plata en la que portaba tres espléndidas copas de vidrio cordobés que contenían sendos sorbetes de moras y unas escudillas con granos de las afamadas granadas toledanas y pistachos tostados con sal.

—Tened cuidado con las copas, mis queridos amigos —los previno Zakariyya mientras invitaba a los dos zaragozanos a sentarse en unos divanes en un extremo del patio—, son antiquísimas. Las heredé de mi padre, que a su vez las heredó del suyo. Según se ha transmitido en nuestra familia, estas copas son obra del taller de Córdoba en el que hace ya doscientos años se inventó el vidrio. Las guardamos como una verdadera reliquia y solo permito que se usen en ocasiones especiales, y vuestra visita a mi casa lo es.

Entre tanto, varios criados prepararon el banquete en el comedor anexo al patio. A la mesa solo se sentaron los tres hombres, las cuatro esposas de Zakariyya, que acudieron a cumplimentar a sus huéspedes con la cara descubierta pero con un velo sobre la cabeza, se retiraron en cuanto su marido se lo indicó.

La mesa cubierta con manteles de cuero fino y las sillas del comedor de Zakariyya eran altas, muy similares a las que se usaban en Constantinopla y en Roma.

—Podréis observar que sigo las modas de los griegos. Prefiero comer así que no en las mesas bajas en las que solemos hacerlo los andalusíes. Un médico de la corte, buen amigo, me lo aconsejó. Dice que es mucho mejor para la digestión y que los líquidos se evacúan con mayor facilidad. Comer recostado o en cuclillas me parece incómodo y de peor gusto, aunque reconozco que quizá sea más familiar una comida al estilo tradicional.

Los criados sirvieron de entrante una ensalada de lechuga, espinacas cocidas con piñones y pasas y espárragos horneados con queso y orégano, acompañados de *tarid*, pedazos de pan migado remojados en caldo de verduras. Después trajeron dos salmones rellenos de huevo, berenjena, cebolla y ajos, y un asado de venado con crema de castañas aromatizado con laurel, tomillo y espliego. Por último se sirvió una suculenta bandeja con dulcísimos pastelillos de hojaldre rellenos de miel y almendras, fruta escarchada con azúcar y pastas de avellanas y nueces. Se bebieron con cierta profusión vinos blancos de Toledo y tintos de Albacete y unas tacitas de *sawiq*, un carísimo licor de dátiles fermentados con agua de la sagrada fuente de Zem-Zem, en la ciudad santa de La Meca. El licor se contenía en una jarra en la que una leyenda rezaba: ES ALGO EXCELENTE, PUES MIS RESULTADOS ESTÁN AL ALCANCE DE LA VISTA. MI BOCA TIENE UN GUSTO AGRADABLE, ESTÁ EXENTA DE DEFECTOS, ES SUBLIME.

—Os agradecemos vuestra hospitalidad, Zakariyya, y esperamos poder corresponder de la misma manera cuando, si así lo quiere el Altísimo, vengáis por nuestra ciudad —dijo Abú Yafar.

—No hago sino cumplir con la máxima de nuestro Profeta —respondió Zakariyya.

—Creo que debemos retirarnos —alegó Juan—. Esta noche hemos de acudir a la fiesta de la

dinastía de su majestad y es probable que tengáis que preparar alguna cosa —concluyó dirigiéndose a su anfitrión.

—Bueno, de eso se encarga el maestro de ceremonias de la corte, pero sí, debo ultimar algunos detalles. Un criado os acompañará hasta el Alcázar.

—No es preciso —señaló Abú Yafar—. No creo que nos perdamos.

Se despidieron de Zakariyya y regresaron al Alcázar. Juan tenía prisa por llegar para encontrarse con María.

Hicieron el amor durante toda la tarde, hasta que un siervo llamó a la puerta de su aposento para anunciar que todos los invitados al banquete real deberían estar en la almunia real, situada extramuros de la ciudad, al otro lado del río, cerca del puente de Alcántara, antes de la cuarta oración.

—Tengo que prepararme para acudir a la recepción. Ordenaré que te traigan algo para cenar. Volveré en cuanto pueda —dijo Juan besando dulcemente a su amante.

—Os espero ansiosa —contestó María.

Juan se vistió con la mejor de su túnicas y acudió a buscar a Abú Yafar. Ambos se dirigieron hacia la almunia real atravesando toda la ciudad.

7

En los jardines de la almunia de recreo de al-Mamún, especialmente diseñados como un edén botánico por el médico y farmacólogo Ibn Walid, se arremolinaban decenas de dignatarios del reino de Toledo, altos funcionarios, intelectuales, generales del ejército, ricoshombres y algunos extranjeros. Los musulmanes toledanos eran fácilmente reconocibles; todos ellos eran pelirrojos, pues era costumbre entre los varones de una cierta edad teñirse el cabello con alheña para disimular las incipientes canas. No faltaban el autoproclamado obispo mozárabe, acompañado de tres presbíteros, y el gran rabino de la comunidad judía, junto con los rabinos de cada una de las sinagogas de la ciudad. Charlaban animosamente en grupos cuando unas fanfarrias sonaron atronadoras. Las enormes puertas de madera labrada pintadas en rojo y en verde, que comunicaban el jardín de la almunia con los espacios privados para uso exclusivo del rey y de las mujeres de su harén, se abrieron. Tras ellas aparecieron diez gigantescos negros sudaneses vestidos con pantalones bombachos de seda blanca, un chaleco de cuero blanco que dejaba entrever el torso y el vientre desnudos y un turbante de lana de color amaranto; al cinto portaban un enorme alfanje. Después de los africanos apareció el gran visir, caminando cadencioso entre los sonidos de las fanfarrias que cesaron cuando levantó el brazo derecho, en el que portaba un

largo bastón. El gran visir lucía una túnica de seda roja con brocados en plata y oro. En el silencio que siguió al estruendoso sonido de las trompetas, el visir, con voz potente y solemne, anunció:

—Su majestad Yahya ibn Isma'il ibn Dinnún al-Mamún, soberano de Toledo y de las tierras de la Marca Media, señor del centro de al-Ándalus, defensor de la fe verdadera, sustento de la gloriosa dinastía de los Banu Dinnún.

Volvieron a sonar las fanfarrias de manera más atronadora si cabe y apareció al-Mamún escoltado por cincuenta soldados vestidos de gala con corazas doradas, capas de lana roja y cascos con penachos de plumas púrpuras. Lucía una túnica de seda recubierta de láminas de oro y una corta capa de seda carmesí esmaltada con bordados de engastes de esmeraldas, perlas y zafiros, recogida sobre la espalda. Cubría su cabeza con un turbante rojo en cuyo frente brillaba una colosal esmeralda rodeada de una corona de perlas y brillantes.

Un paso detrás de él marchaba una esbelta mujer ataviada con un ceñido vestido de seda azul celeste, del famoso tono que solo se lograba con los tintes de Toledo, que parecía cincelado sobre su cuerpo como una segunda piel. Decenas de perlas y diamantes cosidos con hilos de plata a la tela destellaban como luceros al amanecer. Un finísimo velo trasparente cubría la parte inferior de su rostro, pero dejaba al descubierto unos atrayentes ojos verdes límpidos como esmeraldas y una melena roja como el sol de los atardeceres de verano. Muchos de los congregados no pudieron evitar una exclamación de asombro ante la vista de aquella mujer. Juan reconoció de inmediato a Ingra, su amiga escocesa.

El rey se dirigió a un sitial fabricado con maderas nobles y coronas de flores y se sentó en un trono de plata; a su lado lo hizo Ingra. El trono estaba colocado en el centro del pabellón instalado en medio de un estanque artificial; estaba coronado por una cúpula de vidrieras de colores con emplomados forrados de oro. Una gigantesca noria elevaba a lo alto de la cúpula un caudal de agua que manaba sin cesar desde unos surtidores que la deslizaban en cascadas por las vidrieras. Enormes fanales iluminaban el pabellón y los jardines, desparramando su ondulante luz a través de los vidrios de colores en una sinfonía de infinitos matices cromáticos. Al-Mamún pronunció un discurso sobre las excelencias de su reinado y la grandeza de la dinastía que encabezaba. Animó a los musulmanes a defender el islam y a extenderlo y acabó lanzando unas repetitivas y retóricas proclamas sobre la unidad de los creyentes bajo los estandartes del Profeta y contra la amenaza de los infieles.

Juan apenas se enteró de una palabra del discurso. Sus ojos permanecían fijos en Ingra, como si quisiera hacerle saber con la mirada que él estaba allí. La escocesa se mantenía en la orgullosa y altiva pose con la que siempre la había conocido, incluso en los momentos más difíciles de la esclavitud. Aquella mujer desafiaba con su penetrante mirada a cuantos la admiraban. Debajo del velo transparente se atisbaba una sonrisa sardónica. Estaba segura de que el más mínimo de sus

deseos sería satisfecho sin dudar por cualquier hombre y eso le ofrecía un poder casi absoluto en la corte.

—De modo que esa es la famosa ‘Ayab —susurró Abú Yafar a Juan mientras se dirigían al banquete una vez finalizado el discurso del rey y la entrega de regalos—. No me extraña que estuvieras tan interesado por ella, es la mujer más, más... bueno, más bella que he visto en toda mi vida.

—Sí, es ella, pero vuelvo a repetiros que solo fuimos amigos —asentó Juan.

—De esa mujer no se puede ser «solo un amigo».

—Pues solo fuimos eso —afirmó Juan rotundo.

—De acuerdo, de acuerdo —se excusó Abú Yafar.

El banquete se había dispuesto en amplias mesas alrededor del gran salón de la almunia, profusamente iluminado por fastuosas arañas de azófar que colgaban del techo portando centenares de lamparillas. Se había distribuido el espacio en cuadrado, dejando libre uno de los lados, de tal manera que los sirvientes podían acceder a las mesas tanto por delante como por detrás. En el centro del salón se creaba así un amplio espacio en el que celebrar espectáculos mientras los comensales cenaban. Todos los invitados, a una indicación del maestro de ceremonias y una vez que lo hubo hecho el rey, se acomodaron entre magníficos divanes mullidos con cojines y almohadones de seda colocados junto a las mesas, y comenzó la cena.

Los criados servían sin cesar manjares deliciosos: cestillas hechas con hilos de verduras entrelazados contenían bolitas de hortalizas de distintos colores, guisadas en caldos aromáticos de intenso y prolongado sabor. Una gran variedad de pescados frescos, traídos desde el océano Atlántico especialmente para la ocasión, se presentaron condimentados de distintas maneras, asados con decenas de especias, fritos con variadas salsas y horneados con aromas de flores. Pinchos de carnes diversas, mezcladas de manera que los sabores se combinaran adecuadamente, flambeados con aguardiente de azúcar y aderezados con el exclusivo azafrán toledano, se ofrecía todavía en llamas. Con solomillos de venado se habían fabricado unas canastillas en cuyo interior se había colocado un relleno de fritura de hígado de oca macerado en aguardiente de vino, sesos de cordero revueltos con huevo hilado, trufas y trocitos de manzana frita con miel. En los postres se desbordó la imaginación de los confiteros de palacio. Un enorme pastel con forma de mezquita apareció sobre una peana portada a hombros por ocho mulatas desnudas que cubrían su sexo con una concha de plata sujeta a las caderas por un cordoncillo de hilo trenzado. El pastel-mezquita tenía un alminar de caramelo, con ventanas hechas de fresas almibaradas. Los techos eran de fino hojaldre relleno de crema y las tejas se habían representado con miles de almendras tostadas adheridas al hojaldre mediante una fina capa de miel espolvoreada con canela. Los muros exteriores se habían levantado con turrón de nueces, avellanas y piñones y las columnas del interior, que sostenían la techumbre de hojaldre y almendra, se habían imitado con

cilindros de mazapán horneado. El *mihrab* era una verdadera filigrana de arcos de mazapán decorados con pedacitos de anaranjados albaricoques, verdes ciruelas, amarillas manzanas, ambarinos melocotones, rojas cerezas, rosadas fresas, doradas peras y violáceos arándanos, confitado todo ello en almíbar y perfumado con menta, hierbabuena y albahaca. Esclavas semidesnudas con máscaras de gacela y colas de plumas servían por doquier en bandejas de plata y oro pastelitos de queso, de frutas y de nata y sorbetes de melón, frambuesa y apio aromatizados con fragancias de jengibre y menta. Tras los postres se repartieron unas cajitas con polvo de almizcle para inhalar por la nariz.

Durante la cena, y en el amplio espacio que se había dejado entre las mesas, se celebraron varios espectáculos. Una orquesta situada en uno de los rincones del salón, discretamente semioculta por un biombo de madera calada, amenizaba la velada. Inició la sesión un poeta que glosó en un tono encendidamente épico la nobleza del linaje de los Banu Dinnún, incluyendo una exagerada loa al monarca reinante, en tanto sonaba una melodía militar que subía de tono cada vez que el rapsoda finalizaba una estrofa. Continuaron unos contorsionistas egipcios que doblaban sus cuerpos hasta extremos imposibles entre acordes monorrítmicos de panderos y trompetas. Después salieron a escena un tragador de sables iraquí, un persa comedor de fuego y varios malabaristas gaditanos que lanzaban al aire simultáneamente varias pelotas de colores, intercambiándoselas entre ellos con suma destreza. Dos formidables atletas imitaron en una frenética danza un duelo con espadas y puñales, realizando movimientos increíblemente rápidos y coordinados, acompañados por una música que alternaba suaves melodías de laúdes y rabeles con contundentes percusiones en timbales y tambores. Por último, un grupo de diez bailarinas, que cubrían su sexo y sus pechos con unas vaporosas gasas, ejecutaron al son de redobles una danza cargada de una intensa sensualidad, que finalizó con las muchachas por el suelo y las gasas por los aires. Las danzarinas, totalmente desnudas, corretearon entre las mesas de los invitados agitando sobre las cabezas de los comensales los velos que poco antes las habían cubierto. Alguno trató en vano de agarrar a alguna de aquellas ninfas que en un suspiro desaparecieron por las puertas laterales del salón en tanto por la principal hacía su entrada un elefante.

Ante la vista de aquel formidable animal estallaron exclamaciones de asombro y perplejidad, que aumentaron cuando el paquidermo dobló las rodillas de las patas delanteras ante el sitial que ocupaba el rey y de una gran cesta que portaba sobre su lomo surgieron entre vaporadas de humo de distintos colores dos muchachas rubias, esbeltas y de ojos azules, cubiertas con túnicas trasparentes de tul, que descendieron ayudadas por el elefante que giró su trompa hacia atrás cogiéndolas por la cintura y depositándolas una tras otra delante del monarca con inusitada delicadeza. Cada una de los dos muchachas portaba en sus manos una arqueta de plata rebosante de alhajas que entregaron al rey como regalo y presente por la fiesta de aniversario.

Al-Mamún recogió los cofrecillos y de uno de ellos extrajo un collar de enormes perlas nacaradas que colocó en el cuello de la pelirroja Ingra, la única mujer que participaba en el banquete, entre las aclamaciones de todos los presentes y los sones de una marcha triunfal.

Acabada la cena, los festejos continuaron en los jardines, en donde decenas de jóvenes uniformadas con pantalones de gasa azul y ajustados corpiños de seda roja se distribuyeron entre los invitados, sirviéndoles copas de variados vinos especiados.

Juan aprovechó el instante de revuelo provocado por la aparición de las aspirantes a huríes para despedirse de Abú Yafar y de Zakariyya y correr presto hacia el alcázar de al-Mukarram donde lo aguardaba María. Abrazó con intensidad a la mozárabe y la poseyó con frenesí. A través de la ventana penetraban lejanos rumores y los sones de una delicada melodía que un flautista solitario tañía bajo un enramado de yedra en un ángulo del jardín.

Abú Yafar y Juan dedicaron varios días a la revisión sistemática de la biblioteca del observatorio, a recopilar datos sobre la Casa del Saber, a visitar las bibliotecas de las principales mezquitas de la ciudad y pasaron varias noches contemplando el cielo en compañía de al-Zarqalí, con quien intercambiaron experiencias y conocimientos. Abú Yafar, pese a que casi doblaba en edad a su colega, se mostraba entusiasmado con los conocimientos del toledano y tras una de las sesiones nocturnas le confesó a Juan que no le importaría ser discípulo del director del observatorio de Toledo, pues en sus muchos años de experiencia nunca había encontrado a nadie tan docto en el estudio del universo.

Durante los ratos libres Abú Yafar, que entabló una buena amistad con el *katib* Zakariyya, recorría acompañado por este los burdeles mozárabes del arrabal, visitaba los baños, paseaba entre las ruinas romanas situadas al pie de la colina donde se asentaba la medina o deambulaba por los atestados zocos de la ciudad. Juan se recluía en su habitación y gozaba de los sensuales placeres que María le proporcionaba. Aquella muchacha le fue revelando secretos de la práctica del sexo hasta entonces desconocidos. Al fin y al cabo, el eslavo solo había hecho el amor con dos mujeres. Su práctica sexual era muy limitada pues, salvo la primera y única vez en Roma en que se acostó con aquella desconocida, solo lo había hecho con Shams y con ella siempre había estado de por medio un profundo sentimiento amoroso.

Con María copulaba por placer, por puro y simple placer. Abandonaba su cuerpo y su mente a las prácticas de la mozárabe y solo quería sentir el goce físico de la fornicación. Renunció a cualquier otro sentimiento y, como le había aconsejado Abú Yafar, vio en María un mero instrumento de goce sexual. No obstante, trataba a la mozárabe con deferencia y amabilidad.

Aquella noche, la última en Toledo, acababan de hacer el amor. Juan yacía relajado sobre el lecho, con los ojos fijos en el fragmento de cielo que se vislumbraba a través de la ventana. La

luz ambarina de un candil parpadeaba sobre la pared y dos bujías se consumían en sendos candelabros sobre una mesa. María apoyaba su cabeza sobre el pecho de Juan y le acariciaba con sus pequeñas manos los largos y poderosos brazos; su larga cabellera castaña caía sobre el torso del eslavo como una suave cascada de seda.

—Mañana parto para mi ciudad —dijo Juan de pronto.

—¿Qué decís, mi señor? —preguntó María sorprendida.

—Mi tiempo aquí se ha acabado. Debo regresar —contestó Juan.

—¿Ya?, ¿tan pronto?

La mozárabe estaba ofuscada, como si le hubieran comunicado la más insospechada de las noticias.

—Hemos estado aquí más de lo previsto —añadió Juan.

—Entonces, debo volver a...

Juan impidió con su mano que María continuará hablando, la besó tiernamente y volvieron a amarse con más pasión si cabe.

El frescor de la mañana lo despertó. Miró a su lado y descubrió que María no estaba en el lecho. Se levantó de un salto y cubriéndose con un batín salió de la estancia recorriendo los pasillos hasta llegar a la puerta principal del edificio. Allí hacían guardia dos soldados a los que preguntó si habían visto salir a la muchacha. Respondió el de mayor grado que se había marchado con la aurora; portaba un hatillo que tuvieron que registrar como tenían ordenado y en el que solo había algo de ropa y una caja con cosméticos y perfumes. Juan les agradeció la información y regresó a su estancia. Se dejó caer en la cama, acarició las sábanas todavía calientes y sintió que una solitaria lágrima recorría su mejilla hasta perderse entre su rubia barba.

—¡Señor, señor! —le llamó Jalid, su criado.

Juan se incorporó y le indicó que pasara.

—Está todo listo para la marcha. El maestro Abú Yafar ya ha desayunado y está paseando por los jardines con el *katib* Zakariyya. Os espera en el patio —dijo Jalid.

—Prepara mi ropa y mi equipaje. Me visto en un momento; saldremos enseguida.

—Os he dejado servido el desayuno, señor, podéis tomarlo mientras...

—No —cortó Juan tajante—. No tengo apetito.

Minutos después estaba formada la pequeña caravana en el patio del Alcázar. Los dos criados sostenían los ronzales de las dos mulas de sus señores y de cuatro asnos, los dos en los que viajaban los criados, el del equipaje y uno más que habían adquirido para portar la preciada carga que se llevaban de Toledo: los libros e instrumentos científicos y astronómicos y los regalos de al-Mamún para al-Muqtádir.

—Queridos amigos —se lamentó Zakariyya—, me siento muy apenado por vuestra marcha. Me gustaría que pudierais quedaros algún tiempo más entre nosotros.

—Os agradecemos la acogida y esperamos corresponderos si decidís venir a nuestra ciudad en alguna ocasión —correspondió Abú Yafar.

—Tomad. Os he preparado un saquillo con polvos para el sudor; aplicadlo en el cuello y en la frente y os evitará molestias. Y un frasquito con colirio; si corre el viento en los páramos de Molina y vuestros ojos se inundan de tierra y piedrecitas, aplicaos el colirio y os sentiréis aliviados de inmediato. Que nuestros caminos vuelvan a encontrarse, si esa es la voluntad de Alá —añadió Zakariyya.

—Que así sea —concluyó Abú Yafar.

El *katib* para asuntos extranjeros abrazó efusivamente al director del observatorio de Zaragoza y apretó cordialmente los brazos de Juan. Los zaragozanos montaron en sus cabalgaduras y atravesaron la puerta del Alcázar camino de Zaragoza. Una escolta de seis soldados de la guardia real los seguía sobre seis corceles blancos. De los merlones de la muralla, colgando de unos palos, pendían varias cabezas de delincuentes recién ajusticiados.

8

El viaje de vuelta lo hicieron por una ruta distinta a la de ida: tomaron el camino del río Henares y después el del Jalón. Ya en tierras de al-Muqtádir se detuvieron en Alhama, una localidad en las dependencias de Calatayud, a orillas del río Jalón, situada en un lugar donde el valle se estrechaba hasta configurar una angosta garganta en la que las aguas discurrían encajonadas entre peñascos y rocas, tajando en la montaña una profunda hoz.

Alhama era famosa por sus baños. El médico y botánico toledano Ibn Walid les había recomendado que se detuvieran a disfrutar de las aguas de esos balnearios. A ellos acudían gentes de todos los rincones del reino hudí, e incluso de Toledo y Valencia. Numerosos enfermos esperaban curar sus males tomando baños de agua caliente o bebiendo agua de las numerosas fuentes termales que surgían por doquier. Como era verano, los balnearios estaban saturados de visitantes, pero el cadí de la villa, que ya había sido avisado de la visita de tan ilustres personajes, les había reservado aposento en El Baño de Fátima, el establecimiento más afamado de la localidad. Durante dos días gozaron de las cálidas aguas curativas, aplicándose baños con los que sus cuerpos se tonificaron y se recuperaron del tramo más largo del viaje.

Dejaron Alhama no sin cierto pesar a causa de la bondad de sus aguas y continuaron viaje descendiendo el curso del Jalón. Atravesaron Ateca, una importante localidad que poseía una magnífica mezquita jalonada por un espléndido y sólido alminar de ladrillo que acababan de construir y al que se le estaban colocando platos de cerámica melada y verde. Pasaron sin

detenerse bajo la fortaleza de Alcocer, encaramada en un altozano en cuya ladera se disponía escalonadamente una pequeña aldea de casas de adobe y yeso, y continuaron por Terrer hasta Calatayud.

Esta ciudad, que había sido fundada por los musulmanes años después de la conquista de la península, dominaba una fértil y rica vega junto a la confluencia de los ríos Jalón y Jiloca. Al abrigo de un poderosísimo castillo que coronaba una de la estribaciones de la sierra, se extendía la ciudad por varios barrancos, defendida por sólidas murallas de argamasa enlucidas con cal, alternando de trecho en trecho con castillos, torreones y fortalezas. Era una de las medinas más importantes del reino hudí y había sido conquistada por al-Muqtádir a su hermano Muhámmad, que la había heredado del padre de ambos, Sulaymán ibn Hud, el fundador de la dinastía.

Fueron recibidos por el gobernador, que les proporcionó alojamiento en el caravasar del puente. En el camino visitaron las ruinas de una vieja ciudad romana. Estaba situada a tres millas de Calatayud sobre una montaña de laderas escarpadas que se habían aplanado para preparar terrazas en las que edificar casas, templos y termas. Todavía eran visibles los restos de algunos templos, calles, cisternas y el teatro. Desde hacía tiempo los comarcanos usaban estas ruinas como cantera para extraer piedra para la construcción. Los mármoles y losas de caliza que un día debieron de revestir aquellas paredes habían sido quemados en hornos, alguno de ellos situado al pie mismo de las ruinas, para fabricar cal. La lluvia y el viento colaboraban activamente en la destrucción de lo que otrora fue un floreciente, próspero y monumental municipio. Los aldeanos a quienes preguntaron por las legendarias ruinas les indicaron que se trataba de la antigua y poderosa ciudad de Bámbuli y que había sido edificada por gigantes en los tiempos anteriores al gran diluvio. Juan le comentó a Abú Yafar que aquella ciudad arruinada se trataba sin duda de Bílbilis Augusta, en la cual había nacido Marcial, uno de los más grandes poetas de la Antigüedad. Lo sabía porque en su estancia en el Vaticano un escriba había copiado un libro de epigramas de este autor; eran poemas jocosos y burlescos en los que se reflejaba la depravación de la Roma de los emperadores paganos.

El verano expiraba sus últimos días cálidos y melifluos. Desde lo alto de un páramo los viajeros avistaron gozosos la blancura de Zaragoza entre el verde esmeralda de las huertas y los olivares. El día anterior habían dejado el curso del Jalón para atajar a través de las muelas que delimitaban el valle del Ebro en su margen derecha. Penetraron en Zaragoza por la puerta de Toledo, al atardecer. En el horizonte occidental estallaban en el cielo truenos y rayos que anunciaban una próxima tormenta. Descargaron su preciada carga en casa de Abú Yafar, encerraron allí las acémilas y Juan, tras despedirse con brevedad, se dirigió a su casa acompañado por Jalid.

Todo estaba tal como lo habían dejado; tan solo el jardín se mostraba un tanto descuidado, sin duda a causa de la última tormenta de verano. Señor y criado cenaron un plato de embutido de

cordero adobado en conserva calentado al fuego, queso en aceite, turrón de almendra y melocotones en almíbar. Jalid preparó en un momento unos panecillos que tomaron calientes, recién sacados del horno. Se acostaron pronto en busca del descanso reparador. Pese al cansancio acumulado en el camino, Juan tardó en conciliar el sueño. Pensó que había tenido suerte, y sus dos bellas amigas también. Él había logrado la libertad y una posición notable en la corte y gozaba de una vida con comodidades. Ingra se había convertido en la verdadera soberana del reino de Toledo, disfrutaba de riquezas y lujos como ninguna otra mujer en al-Ándalus y era admirada por todos los varones de esa taifa. Shams, su amada Helena, era la esposa de uno de los más ricos mercaderes de Zaragoza y de su amor con ella, aunque tal vez nunca lo supieran sino ellos dos solos, había nacido un precioso y sano niño. Sí, realmente tenía motivos para estar satisfecho y agradecer a Dios la fortuna que le había concedido. Ante tantas desgracias e injusticias, ante tanto dolor y muerte, su posición era realmente privilegiada. Pero había algo en su interior que le afligía, una sensación que de vez en cuando le comprimía el estómago y le conmovía lo más profundo de su ser. Durante varias horas sus ojos permanecieron abiertos, escudriñando la oscuridad de la noche, hasta que vencido por la fatiga se sumió en un apacible sopor.

Dos días después de que regresaran a Zaragoza, al-Muqtádir recibió a los viajeros en su viejo palacio junto a la mezquita mayor. El rey quería saber cómo les había ido el viaje y qué instrumentos habían adquirido.

—Majestad —comenzó a hablar Abú Yafar—, el rey al-Mamún nos ha encargado que os transmitamos sus mejores deseos y su más cordial salutación, y que os entreguemos como correspondencia a vuestro regalo este presente.

El director del observatorio se acercó al rey y le mostró una espada de templado acero toledano cuya empuñadura era de oro macizo engastado con gemas de corindón y piedras de lapislázuli, representando los colores amarillo y azul de la dinastía de los Banu Hud. Al-Muqtádir empuñó la espada y la blandió en el aire.

—Magnífica arma —dijo—. Espero que triunfe en muchos combates para mayor gloria de Alá.

Dejó la espada sobre una mesita de taracea y ordenó a los astrónomos que relataran el viaje. Abú Yafar, que portaba consigo un rollo de pergamino con un completo informe escrito, desgranó todos los acontecimientos y finalizó con un resumen de los gastos realizados y los instrumentos adquiridos.

—Excelente informe. Mañana mismo quiero inspeccionar esos astrolabios, y espero que sean tan precisos como decís. Ahora podéis retiraros —finalizó al-Muqtádir.

Durante los meses siguientes Juan tuvo que compaginar el trabajo de consejero de las obras del nuevo palacio con el de subdirector del observatorio y el de preceptor de Abú Bakr ibn Bajja.

El hijo de Yahya progresaba como ningún otro alumno y por toda la ciudad corrían noticias y comentarios acerca de la inteligencia sin par del niño. Unos decían que era capaz de recitar de memoria todo el Corán, otros que comprendía la obra completa de Aristóteles y algunos que su capacidad intelectual era tal que dominaba el cálculo, el álgebra y las matemáticas. Yahya estaba orgulloso y admiraba a Juan por su dedicación y por ser el principal artífice de la educación de su hijo. Abú Bakr mostraba interés por todo aquello que significara conocimiento. Durante el invierno le preguntó a Juan cuál era el mecanismo que regía la evolución de las plantas, por qué morían para volver a nacer de nuevo, en un ciclo interminable. El eslavo le enseñó que no morían del todo, que bajo la apariencia de madera seca e inerme en que quedaban algunos árboles y plantas durante los meses fríos, seguía corriendo la savia vivificadora. El niño, muy serio, afirmó que pronto comenzaría a escribir un tratado de botánica. En aquella situación Juan agradeció haber sido jardinero en Constantinopla durante las últimas semanas de su estancia en la ciudad imperial.

Capítulo VII

La agonía del león

1

A fines de primavera se dio por concluida la primera fase de las obras de construcción del nuevo palacio. El rey se trasladó a su nueva residencia y ofreció una fiesta a todos los zaragozanos.

Acabada la oración de media tarde, la *salat al-asr*, comenzaron los festejos. Rodeado de sus familiares y consejeros, al-Muqtádir salió del palacio viejo, ubicado junto a la Puerta del Puente. Aguas abajo podían verse engalanados los cuatro navíos que soportaban sendos molinos flotantes y que se colocaban en el lugar de la corriente más propicio para el trabajo de las muelas. Embarcó en una nave que esperaba amarrada en la orilla del Ebro; se trataba de una galera traída desde Tortosa, con dos filas de remos y un mástil en el que ondeaba el estandarte azul con el león dorado de los Banu Hud. Toda la embarcación lucía decorada con guirnaldas de flores y banderolas; en el castillo de popa una orquesta tocaba melodías de fuerte contenido épico.

Ibn Hud embarcó con toda solemnidad, en medio de las aclamaciones de centenares de ciudadanos que se habían agolpado en el exterior de las murallas para presenciar el espectáculo. Majestuosamente, la galera se separó del embarcadero al tiempo que los remeros de estribor ciaban para colocarla de cara a la corriente. Cesó la música y a un golpe de timbal, ambas filas de remos bogaron con fuerza río arriba. Desde las orillas, los zaragozanos agitaban pañuelos y ramas de olivo. Doncellas ataviadas con vaporosos vestidos y tocadas con diademas de plata con cornalinas y crisolitas que portaban cestillas de mimbre arrojaban sobre las aguas pétalos de rosas y coronas de flores y escanciaban en pebeteros situados junto a la borda perfumes y ungüentos. Al-Muqtádir, de pie en lo más alto del castillo de popa, saludaba brazo en alto a la multitud que corría por la ribera acompañando la marcha de la nave.

A una milla aguas arriba del puente, la embarcación se detuvo. Dos fuertes golpes con los remos la dejaron varada junto a la orilla. El séquito real descendió por la pasarela de tablones y desfiló sobre un camino alfombrado de juncos bajo un efímero arco triunfal rameado que el gremio de carpinteros había costeado como obsequio a su soberano.

Al otro lado del arco hacían guardia quinientos jinetes del ejército de la taifa, con sus caballos

enjaezados con gualdrapas azules y amarillas. Al-Muqtádir montó a lomos de un rocín cárdeno y cabalgó entre las dos hileras de caballeros que agitaban sus lanzas vitoreando el nombre del rey.

Después de recorrer algo más de media milla, al-Muqtádir detuvo su caballo ante la puerta de la alcazaba. Allí lo esperaban las primeras autoridades de la ciudad y del reino. El viejo y leal visir Alí Yusuf, el cadí, el almutazaf, el arquitecto real, el *katib* principal de la corte, el *sahib al-surta*, jefe de la policía local, varios ulemas, alfaquíes y generales del ejército. El visir se adelantó, hincó su rodilla izquierda en tierra e inclinando la cabeza se expresó así:

—Majestad, aquí están las llaves de vuestra casa. Esta antigua y legendaria fortaleza es ahora un palacio digno de vuestra gloria. Vuestros súbditos os ofrecen esta morada con el deseo de que sea para vuestra majestad un hogar de alegría y regocijo. Si es así, nada nos hará más felices.

El rey cogió las llaves y ayudó al visir a incorporarse. Miró en torno suyo a la multitud silenciosa y resaltó:

—Ningún príncipe tuvo nunca mejores súbditos. Este palacio que hoy me ofrecéis es para nosotros el mejor regalo que podíais hacernos. Y será, en efecto, la casa de la alegría y del placer, pero también la casa de la sabiduría y de la ciencia. Será llamado desde ahora Palacio de la Alegría y en él tendrán cabida todos los hombres que Alá señale para profundizar en el conocimiento de las cosas. Y ahora, que comience la fiesta.

El rey levantó los brazos mostrando al gentío las llaves que acababa de recibir y penetró en el palacio a través de la puerta de arco de herradura decorada con yeserías de piñas y flores de acanto pintadas en azul, rojo y verde.

Por toda la explanada que se extendía entre el muro de tierra de la ciudad, la alcazaba-palacio y el río se habían establecido puestos de comidas al aire libre. En algunos, pese a las miradas amenazantes de los imanes más ortodoxos, se vendía vino y se cantaban canciones obscenas. Rapsodas y poetas aduladores declamaban sus versos subidos sobre cualquier objeto capaz de sostenerlos. Charlatanes, embaucadores y adivinos contaban a quienes les rodeaban historias fabulosas, leyendas de genios y héroes o les leían el destino escrito en la palma de la mano a cambio de una moneda.

En el centro de la Almozara se había preparado el campo de polo. Dos equipos de seis jugadores, los mejores del reino, disputaron un igualado partido. Los altos dignatarios, en cuyas últimas filas estaba Juan, lo presenciaron desde un graderío construido en madera para esta ocasión. Durante el partido varios jinetes cayeron al suelo y uno de ellos tuvo que ser retirado con la pierna rota. Los vencedores recibieron una copa de oro y unas camisas de seda.

Dentro de jaulas de hierro se exhibían varios animales adquiridos por el rey para su zoológico particular. Había dos fieros leones africanos, una pantera negra del desierto, una jirafa de las sabanas del extremo sur de la tierra, un elefante de largos colmillos de marfil, un avestruz de plumaje ampuloso y varios monos de las selvas ecuatoriales. El exterior del palacio estaba

rodeado de jardines irrigados mediante una *saqiya*: desde una acequia próxima, una cadena de recipientes de barro movida por una rueda dentada de la que tiraba un asno llevaba el agua a unos canalillos desde los que se distribuía por todos los parterres. Frente a la entrada manaba una fuente de siete caños con siete cabezas de león esculpidas en piedra, regalo del rey a la ciudad.

Alí Yusuf, el viejo visir en el que tanto confiaba al-Muqtádir, murió a causa de un edema pulmonar. El rey se encontró ante la situación de tener que elegir un nuevo primer ministro. Durante varios días se le vio pasear a solas por el exterior del Palacio de la Alegría, agachándose en cada macizo de flores, inhalando el perfume de las rosas o acariciando los pétalos de los jacintos. Tras varios días de meditación, reunió a sus consejeros en el salón de recepciones y les comunicó lo siguiente:

—Hace ya varios días que andamos dando vueltas a quién ha de suceder al fallecido visir Alí Yusuf. Después de una profunda reflexión, hemos concluido que la persona más adecuada para el puesto es mi consejero, el hebreo Abú al-Fadl ibn Hasday.

Los cabecillas religiosos se miraron desconcertados ante el solemne anuncio que acababa de realizar el rey. Su jefe, el influyente imán ‘Abd Allah ibn Alí al-Ansarí, a quien todos conocían desde la refriega contra los mozárabes como Abú Muhámmad, mostró su desaprobación alzando violentamente la cabeza con ademán airado. Entre los consejeros judíos se extendió un murmullo de satisfacción.

Juan se alegró al oír el nombre del elegido. Era su amigo desde que comenzara a frecuentar las tertulias de al-Kirmani y a visitar la casa de Ibn Paquda y sabía que era un hombre justo y ecuánime, aunque apasionado y muy dado a los devaneos amorosos.

—¡Un judío, otra vez un maldito judío! —clamaba el imán ‘Abd Allah en una dependencia de la mezquita de la puerta de Alquibla, donde se había reunido con los religiosos más radicales de la ciudad—. Ibn Hud ha debido volverse loco; todos nos estamos volviendo locos. No le era bastante con liberar a un esclavo cristiano, nombrarle consejero y arruinar al Estado con fiestas en las que se consienten acciones en contra de nuestra ley, que ahora tiene que nombrar gran visir del reino a un hebreo, que además es poeta e hijo de poeta. Si esto sigue así, pronto nuestra tierra será pasto de los infieles. Es preciso hacer algo, tenemos que reaccionar.

—¡Y qué podemos hacer! —exclamó un anciano imán—. Ibn Hud controla todos los resortes del poder: el ejército le obedece ciegamente desde las victorias de Graus y Barbastro, y sin el apoyo del ejército ninguna revuelta triunfaría. La población también está contenta. El reino progresa, los enemigos cristianos se mantienen a raya, bien gracias a las armas o bien por el dinero que les pagamos. Estamos en paz y prosperamos, así es imposible incitar a nadie a la rebelión.

Todos asintieron. ‘Abd Allah percibió que el momento de exaltar a las masas contra su actual soberano todavía no había llegado.

—De acuerdo, es cierto que por ahora no podríamos triunfar. Seguiremos esperando. Dios, su nombre sea loado, y el tiempo están de nuestra parte —se resignó ‘Abd Allah.

Con Hasday al frente del gobierno de la taifa, los judíos de todo al-Ándalus volvieron sus ojos a Zaragoza, y cuantos se sentían acosados por razones religiosas o intelectuales en sus ciudades emigraron a la permisiva capital del norte en busca de cobijo. Sobre todo algunos granadinos que habían huido de esa ciudad tras las terribles matanzas contra la comunidad hebrea realizadas cinco años antes.

La tolerancia que mostraba al-Muqtádir hacia los miembros de las otras dos religiones, el judaísmo y el cristianismo, se transmitió allende los Pirineos de manera distorsionada. Por el sur de Francia, mercaderes y buhoneros hacían correr el rumor de que el rey de Zaragoza quería abandonar el islam y convertirse a la fe de Cristo. Pese a la derrota de Barbastro, seguía viva entre los cristianos la idea de una cruzada. Un enorme afán por liberar a la península ibérica del dominio musulmán se extendía por todas la capas sociales.

Hugo, abad del monasterio francés de Cluny, informado por un peregrino de las patrañas que colocaban a al-Muqtádir como próximo a aceptar el cristianismo, decidió escribirle una misiva en la que le invitaba a convertirse. Ibn Hud le respondió con una cortés evasiva. El abad creyó ver en la respuesta diplomática un atisbo de querer proseguir con la relación y envió una embajada con dos monjes que portaban una carta más larga y a los que encomendó la misión de comenzar la evangelización de los paganos.

Los dos monjes, Hugo de Santa Fe y Renato de Fonteville, que hablaban la lengua de los árabes, llegaron a Zaragoza a principios de verano del año de Cristo de 1071. Se alojaron en lo que fue el antiguo monasterio de las Santas Masas. En la cripta de la iglesia de Santa Engracia, ante los restos de los mártires zaragozanos, velaron toda una noche pidiendo por la conversión de aquellos descarriados mahometanos.

Al-Muqtádir los recibiría en su recién estrenado palacio. A la hora señalada, poco antes de mediodía, los dos monjes se presentaron en la reconvertida alcazaba. Fueron recibidos por un secretario al que le entregaron la carta de presentación que traían de su abad. Penetraron en el recinto del Palacio de la Alegría por la puerta en recodo y desembocaron en un patio en el que hacían guardia varios soldados vestidos de azul con corazas de cuero, cascos cónicos y lanzas con gallardetes azules y amarillos. Allí les hicieron esperar unos minutos. Las paredes, totalmente encaladas, reverberaban una intensa luz blanca que casi los cegaba. Al tiempo, los condujeron por una de las puertas laterales y atravesaron una larga y oscura galería que

zigzagueaba como el efímero dibujo que dejan las serpientes al deslizarse sobre el agua. Los ojos de los monjes, acostumbrados a la intensa luz exterior, apenas podían distinguir dónde se encontraban. Avanzaban casi a tientas por un pasadizo iluminado por unas pequeñas aberturas en el techo, cubiertas con placas de alabastro, como si se tratara de un oscuro cielo tachonado por una única hilera de brillantes estrellas. Tras andar un buen trecho llegaron a una sala abovedada de forma circular, en cuyo centro había una pila de mármol negro llena de mercurio. La bóveda estaba perforada por cientos de agujeros tapados con vidrios incoloros que potenciaban los rayos del sol. Como finas espadas de luz, los rayos penetraban desde el techo e incidían sobre la pila circular en la que lucía el azogue. Esos mismos rayos eran devueltos por el metal líquido a las paredes, recubiertas de láminas de cinc bruñido, creando unos maravillosos efectos cuando los haces de luz impactaban desde los orificios del techo al mercurio y de aquí rebotaban a las láminas de metal. Toda la estancia aparecía atravesada por miles de intangibles hilos de plata.

En aquella habitación volvieron a esperar otro medido espacio de tiempo. Hugo de Santa Fe, movido por la curiosidad, se acercó a la pila y agitó el mercurio con la mano. En ese momento, todos los haces plateados comenzaron a girar de un lado para otro, provocando un tornasol de destellos que hizo proferir a ambos una exclamación de asombro y maravilla. Les pareció que se encontraban en el centro del universo y que este palpitaba a su alrededor. Era como si flotaran en medio de un mar de estrellas cuyo fulgor los envolvía como un etéreo paño de seda entre efluvios de mirra.

Se abrió una puerta y apareció el maestro de ceremonias de la corte de Ibn Hud escoltado por dos musculosos gigantes de piel negra y brillante como pizarra mojada, cubiertos tan solo por un pequeño taparrabos de lino blanco. Les explicó minuciosamente qué es lo que tenían que hacer a partir de entonces y les invitó a seguirle.

Los dos monjes caminaban como autómatas entre tantas maravillas. Al otro lado de la puerta había un salón rectangular y a su derecha dos enormes hojas de madera pintadas de amarillo. El maestro de ceremonias se colocó frente a ellas e indicó a los monjes que se situaran detrás de él, junto a los dos esclavos negros. Durante unos instantes se mantuvieron de pie, firmes en esa posición. De pronto sonaron tres golpes secos y metálicos y los dos batientes comenzaron a abrirse hacia afuera.

Ante sus ojos apareció un patio alargado enlosado de mármol blanco, con las dos paredes laterales cubiertas con pinturas en las que se mostraba una exuberante decoración de plantas y flores, como si se tratara de la vegetación del mismísimo Paraíso. Penetraron en el patio y de nuevo sus ojos se cegaron. La intensa luz del sol relucía sobre el pavimento de mármol con tanta fuerza que causaba el efecto de estar caminando sobre las nubes. Bordearon una alberca con agua teñida de azul y se encaminaron hacia el fondo. Allí se abría un pabellón cubierto con arcadas que sostenían paños de finas yeserías. Dos naves porticadas avanzaban por los flancos y entre

ambas había otra alberca con agua amarilla. Detrás de ella unas enormes cortinas de terciopelo azul cerraban el patio. Los dos monjes fueron colocados delante del telón, uno a cada lado del maestro de ceremonias. Sonaron cinco golpes iguales a los tres anteriores y las cortinas se abrieron lentamente, recogiéndose a ambos lados, dejando ver un porche de finas columnas de jaspe que sostenían unos arcos a modo de gran celosía.

Lo que contemplaron entonces hizo que sus ojos casi se salieran de las órbitas. Sentado en un trono de oro engastado con gemas y piedras preciosas, en el Salón Dorado se encontraba el rey de la taifa de Zaragoza. Las paredes estaban recubiertas de placas de bronce bruñido que reflejaban la luz como si fuera una neblina de áureas gasas. El rey, vestido con un lujoso tafetán y un turbante celestes, portaba entre sus manos una espada con el puño de oro con decenas de zafiros y esmeraldas engastados.

Los dos clérigos se inclinaron respetuosamente ante el soberano como empujados por un invisible resorte y el maestro de ceremonias habló:

—Majestad. Estos son los monjes cristianos Hugo de Santa Fe y Renato de Fonteville, legados del abad Hugo de Cluny, en el reino de los francos. Desean transmitiros un mensaje de su señor —y dirigiéndose a los dos monjes continuó—. Podéis exponer vuestra embajada.

—Majestad —habló Renato de Fonteville—. En nuestro país hemos tenido noticias de vuestro gran poder en este mundo y de vuestras gloriosas hazañas militares. En nuestra carta anterior, a la cual os dignasteis responder tan discretamente, os proponíamos que os acogierais a la verdadera fe en el Todopoderoso. Algunos nos han dicho que Dios ha iluminado vuestro corazón y que albergáis el firme propósito de caminar por la senda de los justos. Por ello, ¡oh poderoso señor!, nuestro abad nos ha enviado para traeros la palabra divina y la verdad de la religión cristiana, para asentar a vuestro alrededor el conocimiento del Mesías, nuestro Señor, en quien solo hemos de creer y de quien esperamos la salvación. En esta carta —continuó el monje señalando un pergamino que portaba en su mano— residen las pruebas de la excelencia de la religión cristiana y de su preeminencia. Satanás no pudo tentar a la gente de este mundo para inducirlos a adorar ídolos, pero sí confundió a los descendientes de Ismael en cuanto al enviado que reconocieron como profeta, abocando así a muchas almas al tormento del infierno. Considerad, ¡oh, noble rey!, esta proposición y nada prefiráis más que la salvación de vuestra alma y las de vuestros súbditos en el día del juicio final. Estamos aquí prestos a ofrendar nuestras vidas por vuestra conversión y la de vuestro pueblo.

—Agradecemos el interés que por nuestra persona tiene vuestro abad. Dentro de unos días os haremos llegar nuestra respuesta. Ahora regresad a vuestra residencia y esperad allí. Gozáis de nuestra protección y misericordia —finalizó al-Muqtádir.

Los dos monjes entregaron el pergamino al maestro de ceremonias y salieron comentando las maravillas que habían presenciado.

Al-Muqtádir entregó al ilustre cadí, el afamado teólogo andalusí Abú-l-Walid al-Bayi, la carta del abad de Cluny a fin de que preparase una respuesta en su nombre. Este teólogo era un reputado seguidor de la escuela malikí. De familia muy pobre, había peregrinado a La Meca en cuatro ocasiones. Durante tres años había sido vigilante nocturno en Bagdad y de vuelta a al-Ándalus se había hecho famoso por atreverse a polemizar con el mismísimo Ibn Hamz. Hacía seis años que residía en Zaragoza, donde explicaba teología en una escuela coránica anexa a la mezquita de la puerta de Alquibla. El sabio musulmán escribió lo siguiente:

Hemos examinado, oh monje, la carta que de ti nos llega, los vínculos de amistad que en ella manifiestas, el consejo que allí muestras y la intención que evidencias; aceptamos tu amistad, pues nos ha llegado noticia del rango que ocupas entre tus correligionarios y se nos ha comunicado tu buena intención. Nos avisas, ¡por Dios!, con admonición de lo que hemos de hacer, según tú. Y si no hubiéramos estimado que tu lugar de residencia estaba muy apartado y era complicado hacerte llegar nuestra carta, más conveniente habría sido enviártela como se debe, procediendo del modo más indicado, considerándote muy merecedor de exponerte la verdad y de que esta te fuese comunicada, que bien nos han insistido estos enviados tuyos acerca de tu solicitud por el bien y tus anhelos de verdad, lo cual fortifica nuestra esperanza de que la aceptarás, te interesarás por ella, la harás tuya y a ella te convertirás.

Antes de este nos había llegado tu otro escrito, y a él había añadido su portador algunas pretensiones absurdas, que nunca se deben exponer a quienes poseen una mínima sensibilidad, ni menos ocurrírsele a quien tenga algún entendimiento, a propósito de la resurrección de los muertos y de osamentas deshechas.

Templamos entonces nuestra contestación, le otorgamos nuestro distanciamiento y nuestro perdón. Te respondemos, pues, como deduciendo, por lo que de ti partía y las inconsistencias que de tu parte nos llegaban, que las habías escrito sin suficiente meditación, exponiéndolas sin haberlas estudiado o verificado, como prejuzgando que los simples musulmanes bien podían admitir lo que admiten vuestros correligionarios, aceptando, sin más, determinados actos y dando por buenas cosas en extremo falsas.

Nos hemos propuesto mostrarte benevolencia y amabilidad, pues es lo mejor con que puede corresponderse al que se espera vuelva, se arrepienta y se someta al islam, pues los términos duros se emplean con quien resiste de forma manifiesta y claramente se empecina sin dejar esperanza de su acatamiento. De ti esperamos que te alces sobre donde estás, que te libres de esa mancilla, con la gracia de Dios y su ayuda, asistencia y concurso.

Como tus cartas y relaciones nos llegan repetidamente, decidimos comunicarte los puntos en que estamos conformes contigo y nuestra oposición a otros que destacamos en tu exposición, con consejos por los que se guían las gentes de bien y que Dios nos prescribió por boca de sus enviados, pero nos abstenemos de polemizar contigo en aquellas partes de tu discurso que juzgamos indecorosas y nos indignan, con sus insultos a los nobles enviados de Dios, a los grandes profetas, la paz sea sobre ellos. Eludimos tratar este último aspecto, en tanto no estás avisado y advertido, y te consideramos excusado en aquello de lo que no tienes conocimiento ni has formado noción verídica. Extremaremos así nuestra benevolencia contigo y te daremos pruebas, como las que se usan en sermones y epístolas, sin recurrir a demostraciones racionales y argumentos, ayudándote en el mismo sentido que pretende tu carta, abundando en tu mismo propósito: es posible que ese sea el modo más adecuado para conciliar tu voluntad y el modo más eficaz de rebatirte y ponerte remedio.

—Excelente, Abú, excelente —felicitaba al-Muqtádir al teólogo musulmán tras leer la

respuesta—. Breve, elegante, concisa y contundente.

—La carta se acompaña con unos pliegos en los que se demuestra la superioridad del islam y la verdad de la revelación del profeta Muhámmad —aclaró Abú-l-Walid.

Los dos monjes recibieron la carta de al-Muqtádir y los pliegos con los postulados teológicos una semana después de su visita a palacio. El portador del mensaje les hizo saber que su misión había terminado y que podían volver a su país. Al día siguiente, los dos clérigos cristianos partieron fracasados por el camino del norte hacia Francia; en sus alforjas portaban dos docenas de libros que habían adquirido en el zoco.

2

La situación política se alteró notablemente. El rey de Castilla Sancho II había dejado de lado los asuntos zaragozanos. Enfrascado como estaba en rehacer el reino que su padre, Fernando I, había dividido en su testamento entre sus hijos. Sancho quería unir de nuevo las coronas de Castilla, León y Galicia y para ello necesitaba derrotar a sus hermanos. El reino de Zaragoza, acostumbrado a la protección de los ejércitos castellanos, quedaba expuesto así a la alianza combinada de Pamplona y Aragón. Pero al-Muqtádir volvió a maniobrar con la habilidad diplomática que le había hecho famoso. Consiguió enemistar al rey de Pamplona con el de Aragón y firmar una alianza con Sancho de Peñalén contra Sancho Ramírez. En abril de 1069 al-Muqtádir se había comprometido a pagar al rey de Pamplona mil monedas de oro al mes a cambio de que los pamploneses no atacaran las tierras de Zaragoza y permitieran el libre tránsito de mercancías y viajeros entre los dos reinos. En 1072 fue asesinado en el sitio de Zamora el rey Sancho de Castilla, y su hermano Alfonso asumió la corona, uniéndola de nuevo a la de León.

La alianza entre pamploneses y zaragozanos se reafirmó en mayo de 1073. Sancho de Peñalén, a cambio de doce mil monedas de oro anuales, se comprometía a convencer, por las buenas en primera instancia, a Sancho Ramírez de que los aragoneses debían devolver a al-Muqtádir las tierras ocupadas al norte de la ciudad de Huesca, y si no lograba convencerlo, ayudaría al rey de Zaragoza a recuperar sus posesiones por la fuerza.

El rey de Aragón viajó a Roma y se convirtió en vasallo de la Santa Sede. En justa correspondencia, el papa predicó una nueva cruzada contra el islam hispano. La isla de Sicilia, a la que habían acudido los normandos llamados a una cruzada, había sido abandonada por los musulmanes y la cristiandad esperaba que este ejemplo se repitiera en la península ibérica. Todos los reyes cristianos estaban convencidos de que aquel momento significaba el cambio en la situación política del mundo mediterráneo. Por primera vez desde su aparición en las orillas de

este mar, los musulmanes perdían la iniciativa militar en favor de los cristianos. En los últimos meses de su vida, el papa Alejandro II promulgó una bula en la que se designaba al conde Eblo de Roucy, cuñado del rey de Aragón, como jefe de esta nueva expedición contra los musulmanes de al-Ándalus. Los mercaderes trajeron la noticia hasta Zaragoza, pero los espías de al-Muqtádir le comunicaron que el movimiento de tropas era muy escaso y que los efectivos cristianos que habían respondido a la llamada del papa católico no suponían ninguna amenaza seria para sus territorios. Los escasos cruzados, ante la endeblez de sus fuerzas y efectivos, y desmoralizados por la pronta muerte del sumo pontífice, se disolvieron sin ejecutar una sola acción guerrera. En Roma fue elegido nuevo pontífice el monje Hildebrando, el rival del cardenal Humberto de Selva Cándida, que adoptó el nombre de Gregorio VII. Al llegar la noticia a Zaragoza, Juan supo que aquel hombre traería días de gloria para la Iglesia y sin duda de dificultades para los musulmanes.

Aquel verano del año 465 de la hégira, 1073 del calendario cristiano, comenzaron las obras del pórtico sur del patio central del Palacio de la Alegría. La prisa del rey por trasladarse a vivir a su nueva residencia había obligado a interrumpir los trabajos, dejando inconclusas algunas partes. Los embajadores realizaban la entrada protocolaria al patio principal, donde se disponían las dos albercas, una de agua amarilla y otra azul, por el lado sur, después de atravesar el pasillo laberíntico, el salón del estanque de mercurio y la sala de espera. Desde ella se accedía al patio a través de una puerta que se abría directamente y que ahora solo la protegía un pabellón de lona. Sobre el plano, el arquitecto había diseñado un pórtico de cinco arcos entrecruzados sostenidos por pares de columnas de pórfido, similares a las del lado norte. El arquitecto que comenzó los trabajos, el eficaz y brillante Jalid ibn Yusuf, había fallecido pocos meses después de la inauguración de su obra y a su muerte había sido nombrado arquitecto real un joven maestro malagueño llamado Said al-Jair, que estaba dirigiendo la construcción del palacio real de la alcazaba de la ciudad fronteriza de Balaguer, a las órdenes de al-Muzaffar, el rey de Lérida, hermano y enemigo de al-Muqtádir.

El malagueño inspeccionó con Juan los planos de su antecesor y decidió llevar a cabo algunas transformaciones.

—Para las nuevas modas —expuso—, estos planos de Jalid ibn Yusuf son demasiado clásicos; carecen del dinamismo y de la fuerza expresiva que se impone en la arquitectura moderna. Las líneas son demasiado sobrias, sin movimiento, no trasmiten apenas ninguna sensación. La arquitectura actual es más etérea, más sutil, más alegre. Los cambios que propongo producirán sin duda nuevos efectos y darán al conjunto una mayor gracilidad. Quiero provocar una sensación de vértigo desbocado, de tumultos encontrados, de líneas vibrantes que se crucen en

todas las direcciones sin romper en ningún momento la armonía y el equilibrio de lo ya construido.

—Pienso que sería más conveniente respetar el trazo que diseñó Ibn Yusuf —alegó Juan—. Este edificio fue concebido como un todo y se tuvieron en cuenta muchas variantes. Cambiar algo sería romper con las disposiciones originales y alterar la unidad del conjunto.

—Bueno, los cambios son menores. No suponen sino una adaptación al nuevo estilo. Por eso —continuó Said señalando los nuevos planos—, los cinco arcos del proyecto original del pórtico los he ampliado a seis, los cuatro centrales más grandes y los dos de los extremos algo menores, pero de la misma traza polilobulada. Las columnas geminadas irán separadas por unos pilares de sillares de alabastro, para dar una mayor fuerza al conjunto.

—No lo entiendo —le interrumpió Juan—. Hace un momento decíais que vuestra pretensión era dotar de mayor agilidad y movimiento al pórtico y ahora presentáis unos soportes muy macizos, de una menor «movilidad y dinamismo», como vos mismo decís, que los alzados originales.

—Mi buen amigo, el movimiento y la gracilidad se traslada a la zona de los arcos. La parte inferior se maciza para resaltar el vano del arco. Ahí es donde radica toda la fuerza y la energía del pórtico. Fijaos en las filigranas de arquerías entrelazadas y de yesos decorados —indicó señalando el boceto—, comprobad el juego de macizos y vanos que se superponen al colocar sobre la vertical de los pesados pilares de alabastro unos vacíos a modo de ventanas geminadas que descongestionan la rotundidad y el abigarramiento de los compactos arcos.

—Pero el pilar central os queda justo enfrente de la puerta. Con los planos anteriores, al salir por esa puerta se encontraría el visitante el amplio vano del arco central de los cinco previstos, gozando así de un primer golpe de vista limpio y diáfano del patio, mientras que con los nuevos planos se dará de bruces con el pilar central de los seis —indicó Juan.

—De eso se trata —repuso el arquitecto—. Lo que pretendo es que el juego que se inicia en el laberinto, e incluso antes en el patio de la entrada, continúe hasta el final. Si se ejecutara el proyecto original la puerta daría casi directamente al patio, y el pórtico diseñado por Jalid ibn Yusuf se convertiría en un verdadero arco triunfal. ¿No pretenderéis que un embajador que venga a ver a nuestro rey penetre en el patio a través de un arco de triunfo como si se tratara de un emperador de la antigua Roma?

—No, pero...

—Esta nueva solución deja el pórtico sur como una nueva estancia, un espacio que vertebra la sala de espera con el patio y que contribuye a aumentar la ofuscación del obnubilado visitante. Así desembocará en el patio no como un conquistador triunfante sino como un sumiso súbdito de su majestad. Se verá obligado a doblar el cuello e inclinar la cabeza para ver qué tiene delante y

dónde está. Con una entrada así nadie podrá irrumpir de manera altiva, con la cabeza erguida y la mirada frontal. Creo que entendéis lo que trato de hacer.

—Sin duda. Vuestra idea es aceptable, pero la armonía del edificio pierde mucho —apostilló Juan.

—No se trata de crear un espacio armónico, sino de asombrar, de amedrentar, de hacer del edificio un emblema vivo del poder de los Banu Hud —sentenció el arquitecto.

El monarca se mostró de acuerdo con las modificaciones del proyecto original. El malagueño realizó una encendida y brillante defensa de las variaciones que introducía en la obra y nadie osó replicar nada en contra. Solo Juan repuso que a él le parecía más equilibrado el diseño del pórtico original, pero aceptó sin más alegaciones los cambios.

Varios meses después el pórtico sur y algunas obras menores en escaleras, jardines y estancias finalizaban. Al-Muqtádir podía disfrutar enteramente de su particular paraíso.

3

El trabajo en el observatorio del gran torreón cuadrangular del Palacio de la Alegría ocupaba ahora casi todo el tiempo de Juan. Como subdirector del mismo era el encargado del mantenimiento de los aparatos y de la anotación de las variaciones astronómicas. Vivía más de noche que de día. Cada tarde, después de la oración del *magrib*, subía a la azotea con el instrumental científico, buena parte de él traído de Toledo, y observaba incansable el cielo. Su jornada de trabajo era la contraria a la de la mayoría de los hombres de la ciudad. Se acostaba a la salida del sol y dormía hasta después de mediodía. Su fiel Jalid le servía la comida en el jardín de casa y Juan, tras leer algo de poesía o de filosofía, se trasladaba hasta el Palacio de la Alegría. Además, un par de tardes cada semana recibía al jovencito Abú Bakr ibn Bajja, su discípulo, el hijo de su antiguo amo Yahya ibn al-Sa'igh. El muchacho, cuya brillantez intelectual crecía día a día, había cumplido ya los once años y seguía las lecciones con los niños de su edad en la escuela de la mezquita de Abú Yalid, pero todas las tardes, por indicación de Juan a Yahya, complementaba su educación con lecciones de profesores especializados. Juan le enseñaba filosofía, Tabit ibn 'Abd Allah al-Awfí lo introducía en la aritmética y el jovencísimo Alí ibn Mas'ud al Jawlaní le explicaba los fundamentos del derecho islámico.

El ascenso del Juan continuaba. Hacía unas pocas semanas que el príncipe Abú Amir le había propuesto como director de la biblioteca palatina y al-Muqtádir lo había ratificado. De nuevo ejercía dos cargos y de nuevo la tarea se multiplicaba.

Su nuevo puesto en la biblioteca le permitió pasar mucho tiempo junto al príncipe heredero. El

joven *hayib* estaba más preocupado por su formación intelectual que por su futuro destino como rey de la taifa, por lo que pasaba muchas horas entre los libros y en compañía de Juan. El príncipe Abú Amir se inclinaba de manera notoria hacia las matemáticas. Estaba realmente obsesionado por los números y por las fórmulas numéricas. Le apasionaban el cálculo y la aritmética y sostenía que el conocimiento de las leyes por las que se rigen los números es sin duda el camino para lograr la armonía en el universo. Discutía con Juan durante horas y horas sobre las leyes que dirigen el movimiento de los planetas y de las estrellas y mantenía que estaban sujetos a leyes matemáticas. Sostenía que la combinación de los números de manera exacta era el mejor indicador de la perfección.

Muchas tardes solían cenar juntos y en no pocas ocasiones se añadían Ibn Paquda, Ibn Hasday, el visir hebreo, y el *hakim* Ibn Buklaris. Todos habían sido discípulos de al-Kirmani, el viejo maestro cuyo recuerdo siempre estaba presente en sus tertulias. Transcurrían tiempos de paz y sosiego.

Pero un acontecimiento penoso vino a alterar la calma de la corte en aquellos sosegados meses. Al-Muqtádir había designado hacía una década a su hijo, el príncipe y *hayib* Abú Amir, como heredero en sus reinos. Este príncipe era de carácter pacífico y amable, enamorado del estudio y del cultivo de la ciencia. Juan estaba convencido de que si no hubiera sido porque su padre deseaba que él lo sucediera, no hubiera movido ni un solo dedo por alcanzar el trono de Zaragoza. Era hijo de una de las esposas cristianas de al-Muqtádir, una dulce y bella princesa navarra de cabello de oro que se había convertido al islam al quedarse embarazada del monarca. Abú Amir era el hijo primogénito de al-Muqtádir, pero solo unos cuantos meses mayor que su hermano Mundir, hijo de otra esposa, una sevillana de cabello negro azabache y fuerte carácter. Mundir era altanero y violento. La orgullosa sevillana, la segunda esposa en orden de prelación después de la navarra, había educado a su hijo en la intolerancia y el resquemor. Desde muy niño le había inculcado el sentimiento del odio hacia su hermano mayor y le repetía sin cesar que él era mucho mejor que su hermano y que estaba más preparado para ejercer como rey que el hijo de aquella melindrosa infiel. La sevillana aseveraba que por sus venas corría la sangre del Profeta, pues, según aseguraba, sus antepasados habían pertenecido a la familia de Mahoma. Los caracteres opuestos de los dos hermanos habían chocado desde pequeños, y a pesar de los amagos de enfrentamiento que Mundir realizaba de vez en cuando, la prudencia y la serenidad de Abú Amir habían logrado hasta entonces evitar la pelea abierta.

A media tarde paseaban por los jardines exteriores del Palacio de la Alegría el príncipe Abú Amir y Juan. Discutían sobre los cálculos efectuados por Aristarco contenidos en la obra ilustrada adquirida en Toledo. Juan, entusiasta seguidor del astrónomo griego desde que en Constantinopla leyera su libro prohibido, sostenía que los cálculos del sabio de Samos eran correctos. Según Aristarco, la Luna tenía un diámetro en torno a un tercio del de la Tierra y la

distancia entre ambas era ligeramente inferior a diez diámetros terrestres. En cuanto al Sol, su diámetro era casi siete veces mayor que el terrestre y la distancia entre ambos unos ciento ochenta diámetros. El príncipe se mostraba de acuerdo con la medida de la Luna, pues los cálculos realizados mediante trigonometría parecían exactos, pero no en cuanto al tamaño del Sol y a las distancias entre la Tierra y los otros dos astros. Si el tamaño de la Luna era el que se obtenía mediante los cálculos trigonométricos, la distancia tenía que ser necesariamente mayor, al menos tres veces mayor, es decir, unos treinta diámetros. Sobre el Sol, Abú Amir afirmaba que era mucho mayor, quizá más de cien veces mayor que el diámetro terrestre y desde luego, en ese caso la distancia entre ambos estaría por encima de los diez mil diámetros. Estaban acordando dedicarse juntos a resolver estos problemas cuando apareció el príncipe Mundir sobre un caballo alazano. Vestía ropa de montería y en su mano izquierda, con un grueso guante de cuero, portaba un halcón.

—Vaya, vaya. He aquí a los dos inseparables tortolitos —comentó irónico Mundir, altanero desde su corcel.

—Buenas tardes, alteza —contestó deprisa Juan.

—¿Has ido de caza, hermano? —preguntó amable Abú Amir.

—Sí. Y por lo que veo también tú —aseveró burlón Mundir.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Abú Amir que comenzaba a mostrar un semblante serio ante semejantes chanzas.

—¿No es acaso tu trofeo ese pichón? —preguntó señalando con la cabeza a Juan.

—Ten cuidado con lo que dices, hermano. No olvides que estás hablando con el *hayib* de la ciudad y príncipe heredero —asentó con firmeza Abú Amir.

—Lo eres, pero no vales para ese puesto. Los débiles deberíais refugiaros entre las faldas de las mujeres. Tal vez tú lo hagas entre las piernas de este garañón eslavo.

—Retira inmediatamente lo que has dicho y pide perdón o me veré obligado a...

—¿A qué? —cortó tajante Mundir—. ¿A denunciarme ante nuestro padre? Acaso crees que esa puta navarra a cuya entrepierna debes tu designación va a seguir protegiéndote...

En ese momento la paciencia de Abú Amir desbordó su límite y se lanzó sobre su hermano desmontándolo del caballo. Los dos príncipes rodaron por el suelo enzarzados en un combate de puñetazos, patadas y empellones. El halcón encapuchado, ajeno a cuanto se le venía encima, había caído debajo de las patas del rocín, que encabritado por los gritos de los dos hermanos corcoveó y piafó, pisoteando a la rapaz y aplastándola contra el suelo. Juan intentaba separar a los dos enconados combatientes y enseguida se formó un amasijo de brazos, piernas, cuerpos y cabezas. El eslavo, pese a su tamaño y corpulencia, apenas podía mantener separados a los hermanos y ante la tesitura que se planteaba optó por la vía expeditiva. En un momento en el que Mundir mostró descubierto su rostro, Juan le lanzó un puñetazo directo a la mandíbula con toda

la fuerza de que fue capaz. El golpe lo fulminó y cayó como un pelele al suelo ante la contundencia del puño del eslavo.

—No sabía que pegaras tan fuerte —dijo Abú Amir.

—Yo tampoco —contestó Juan.

—Habrá que llevarlo a palacio y dar cuenta de este incidente a mi padre.

Al decir esto, el príncipe heredero señaló a varias decenas de personas que se habían acercado a una distancia prudencial para contemplar la riña de los dos hermanos.

—Sabía que iba a ocurrir esto, lo sabía —gritaba al-Muqtádir dando grandes zancadas en el salón de recepciones del Palacio de la Alegría—. Mis dos hijos revolcándose en el fango como mujerzuelas.

Delante de él estaban en pie los dos hermanos y Juan, todavía con las ropas rotas, llenas de polvo y con restos de la sangre que Mundir había vertido por la nariz tras el contundente golpe.

—Y tú —gritó dirigiéndose al eslavo—, ¿no pudiste hacer nada por evitarlo?

—Fue todo demasiado rápido, majestad.

—¿Y cómo fue? —inquirió al-Muqtádir.

—Permitidme, majestad, que guarde silencio —dijo Juan.

—¿Qué dices, que te permita guardar silencio? ¿Con quién te crees que estás hablando, desagradecido? Te ordeno que cuentes lo que tus ojos vieron tal y como ocurrió —clamó al-Muqtádir cada vez más irritado.

—Padre —intervino Abú Amir—, dejadme que sea yo quien...

—No —cortó tajante el rey—. Habla, Juan.

A Juan no le quedó otro remedio que contar lo que había visto y oído, aunque omitió el insulto proferido por Mundir hacia la esposa del soberano.

—No podéis estar juntos. Sois como el agua y el fuego —dijo este. Reflexionó unos instantes y prosiguió—. Mundir, prepárate para partir. Te nombro virrey de Tortosa. La próxima semana marcharás con un destacamento del ejército hacia esa ciudad, que gobernarás en mi nombre. No quiero que os matéis el uno al otro, al menos hasta que yo muera.

—Pero, padre —protestó Mundir—, yo no deseo abandonar la corte.

—No me importa nada lo que tú desees. Haz lo que te digo o no vivirás para contarlo —sentenció al-Muqtádir—. Lo que más siento es la muerte del halcón, era uno de los mejores. Y ahora retiraos.

Tal y como había ordenado el rey, el príncipe Mundir partió hacia Tortosa con el nombramiento de virrey bajo el brazo, pero con el odio hacia su hermano enraizado en lo más hondo de su corazón.

Superado el episodio del enfrentamiento entre los dos hermanos, la corte recuperó la tranquilidad. Al-Muqtádir gozaba de su palacio y de las fiestas que en él se celebraban. Envejecía lentamente, como un viejo león que se recuesta a la sombra de una palmera después de haber cazado una buena presa. En el Palacio de la Alegría se mezclaban oportunamente el placer y la ciencia. Pacificado el reino y aseguradas las fronteras, al-Muqtádir se dedicó con intensidad a saborear los frutos de su política.

La corte rezumaba sabiduría y ciencia por doquier. Todos los días, después de la oración de mediodía, la *salat al-zurh*, el rey departía en los patios, salones y jardines del Palacio de la Alegría con decenas de filósofos, astrónomos, matemáticos, poetas y hombres de toda clase de ciencias, muchos de los cuales recibían favores y dádivas del monarca. Tampoco faltaban los aduladores y los que atraídos por la magnanimidad del soberano mecenas pululaban a su alrededor en busca de una prebenda o de unas monedas. Todos los días, a primeras horas de la mañana, despachaba con los altos funcionarios los asuntos del reino y después sentenciaba los casos que le llegaban tras haber pasado por los cadíes, y siempre que hubiera habido alguna reclamación.

La mayor parte de la población amaba a su monarca, lo quería y lo estimaba como hombre justo y honesto. La leyenda de su fama de guerrero invencible —no en vano había derrotado por dos veces consecutivas a los infieles cristianos— solo era comparable a su prestigio como hábil diplomático y experto negociador.

Solo dos grupos se mostraban recelosos con el gobierno de Ibn Hud: los comerciantes y mercaderes, a los que constantemente se les estaba pidiendo tributos para sufragar los gastos del Estado y que rechazaban la política fiscal porque recaía demasiado sobre ellos, y los clérigos radicales, que repudiaban la política de conciliación y de permisividad religiosa de al-Muqtádir. Los más presionados eran los dedicados al comercio de la seda, las especias y la plata. El propio Yahya ibn al-Sa’igh, que había sido un entusiasta defensor del rey, había tornado sus elogios en veladas críticas. Yahya, al haberse frustrado su pretensión de complementar los negocios de orfebrería con los de pieles, debido a la expansión de los cristianos en la frontera norte, y acuciado por la presión fiscal sobre sus talleres y productos de azófar, cobre, bronce y plata, estimó que podría ser muy rentable dedicarse a comerciar con productos para tintes.

Una tarde, después de comer, se presentó en casa de Juan, acompañando a su hijo Abú Bakr. El eslavo lo recibió con amabilidad y mientras el niño realizaba una serie de ejercicios caligráficos, ambos hombres hablaron en el jardín:

—¿Cómo se encuentra vuestra familia? —preguntó Juan.

—Muy bien, muy bien. Mi hijo mayor, vuestro antiguo pupilo ‘Abd Allah, ha ascendido a

oficial de caballería en el ejército y pronto será comandante de uno de los batallones de la guardia real, ya sabes que siempre quiso ser soldado. El segundo, Ahmad, me ayuda en el trabajo y ya se hace cargo de los talleres de orfebrería. Tiene un gran sentido para los negocios. Mi hija mayor se casará con un hacendado de Huesca al que conocí en uno de mis viajes comerciales; es un hombre mayor pero honesto y virtuoso. A las demás les estoy buscando marido. Todas aportarán una buena dote al matrimonio. De Abú Bakr casi sabes tú más que yo. Es el orgullo de la familia, gracias a tus enseñanzas, sin duda. En cuanto al más pequeño —continuó Yahya, en tanto Juan, al oír la referencia a su hijo, agrandó el contorno de los ojos—, mi amado Ismail, es la alegría de la casa. Corretea de un lado para otro sin cesar y solo piensa en pelear. Hace unos días su hermano mayor lo llevó montado en su caballo a dar un paseo por la Almozara y el niño vino henchido de contento. Tenías que haberlo visto cuando le puso en su cabecita la cimera y le dejó empuñar el sable, que apenas podía levantar del suelo. Creo que también será soldado.

«Es la sangre del linaje de los Tir», pensó Juan.

—En cuanto a ti, ya sé que sigues ascendiendo en la corte. Creo que deberías trasladarte a una casa mejor y más grande. Esta no está mal, pero este barrio (y yo he nacido en él) no tiene la categoría que requiere la residencia de un funcionario de tu nivel. En la medina hay buenas casas y podrías mudarte a una de ellas. Yo mismo he comprado dos, cualquiera de ellas te serviría, y desde luego que te haría un precio especial de alquiler.

—Gracias Yahya, pero estoy muy bien aquí. El rey me permite vivir sin pagar ninguna renta y aunque no es de mi propiedad, es la primera vez que me considero en mi casa desde que dejé mi aldea de Bogusiav. Me encuentro a gusto y por el momento es más que suficiente para mí y mi criado. Estas paredes se han convertido en mi hogar y no voy a cambiarlo, al menos por ahora.

—Quizá cuando te cases y tengas familia...

—Quizá —asintió Juan.

—Pero, bueno —continuó Yahya—, mi visita de hoy es de carácter profesional. Ya sabes que hace varios años intenté introducirme en el negocio de las pieles, que no cuajó a causa del avance de los infieles. Los tiempos que corren no son demasiado boyantes para la orfebrería: el oro es escaso, y casi todo el que entra en el reino es requisado para la corte, y la plata está alcanzando precios imposibles. Hace cinco o diez años cualquiera podía permitirse el lujo de tener un aguamanil, una jarra, un pebetero o un cofrecillo, pero los precios se han disparado de tal manera que solo unos pocos están en disposición de adquirir objetos de plata. Incluso en las casas más ricas se está sustituyendo la vajilla de plata por la de loza dorada, la que llaman de reflejo metálico. Los tiempos cambian y para sobrevivir en este duro mundo de los negocios es preciso aclimatarse a esos cambios. Por eso creo que el comercio de productos de tintorería va a ser muy boyante. Los tintes son indispensables en la industria textil, e incluso en la doméstica. Si, como presagio, se acercan años de carestía y dificultades, casi nadie podrá comprar una cajita de plata,

pero todos tendrán que seguir vistiéndose. Es probable que sus famélicas bolsas no les permitan cambiar de traje o de túnica, pero sí podrán teñirlos de otro color y salir a la calle con los mismos como si fueran nuevos.

—En verdad que vuestro olfato para ganar dinero no tiene igual —aseveró Juan.

—Imagínate si lograra importar tintes en tales cantidades que abarataran su precio y después en las tenerías de la ciudad se tintaran las gastadas camisas blancas de colores azules con el tinte añil del exclusivo índigo de Bagdad y del golfo Pérsico, las frías blusas de lino crudo con los elegantes granas y carmesíes de la cochinilla de Murcia y Marruecos, los apagados mantos de lana con el rojo encendido de la gomorresina de Alejandría o del palo de brasil de la India.

—Esos colores ya existen en los mercados y los tintoreros emplean otras sustancias para obtenerlos —alegó Juan.

—Sí, pero el rojo lo consiguen con el insecto quermes, que produce un olor desagradable y obliga a lavar los paños tintados varias veces y tratarlos con esencia de laurel, y no es tan exquisito ni tan duradero como el tinte de la cochinilla. El azul se obtiene de sales de metales que estropean a la larga los tejidos, volviéndolos débiles y quebradizos. ¿Y quién osaría teñir de rojo un paño de fina seda *rayhaní* o un lienzo de la seda *ubaydí*, importada desde Irak en exclusiva para las cortes, con una sustancia que no fuera la noble gomorresina? ¿Puedes imaginar lo que ganaría la famosa tela zaragozana si se le aplicaran estos cualificados tintes en vez de la vulgar agalla o el tanino de zumaque? —inquirió Yahya.

—No. No lo puedo imaginar. No soy nada experto en negocios.

—Yo sí, pero necesito información que tú puedes proporcionarme. Las modas de Oriente, tanto las de Constantinopla como las de Irak o Egipto, se trasladan a al-Ándalus con un retraso de diez o quince años, y aún más. Me gustaría que me contaras cuál era la moda en Constantinopla cuando tú estuviste allí, así podría adivinar los futuros gustos de los andalusíes y adelantarme a su llegada.

Juan se acomodó en la silla de anea, tomó un pastelillo de miel de una bandeja que Jalid acababa de servir y dijo:

—No creo que la moda de Constantinopla sea del gusto de los zaragozanos.

—Los musulmanes siempre hemos imitado los buenos gustos de los pueblos que hemos conquistado, sus buenas costumbres, su buena arquitectura, su buena música, sus buenos oficios, su buena ciencia, su buena filosofía... Nuestra civilización, y te lo dice un hombre que no ha tenido estudios pero que ha sabido hacerse a sí mismo, se ha construido sobre lo mejor de cada una de las civilizaciones que nos han precedido allá por donde hemos pasado; esa es nuestra grandeza. Somos un pueblo ecléctico, por eso hemos triunfado y por eso sobreviviremos —sentenció Yahya.

—Los romanos también eran un pueblo ecléctico. Decían asimilar lo mejor de cada país,

ciudad o Estado que conquistaban: la eficacia de la administración etrusca, la profundidad de la filosofía y del arte griegos, la grandeza de la historia y del ingenio de Egipto, el espíritu emprendedor de Cartago, la energía de los galos y los hispanos, e incluso intentaron comprar la vitalidad de los germanos, pero fracasaron y quinientos años después de su caída, de la gloria de Roma solo quedan las ruinas en las que anidan las serpientes, crecen los matorrales y se ocultan los enamorados clandestinos.

—Tú sabes más que yo de historia y de letras, pero hazme caso en los negocios.

Juan le describió, lo más precisamente que pudo y alegando que hacía ya algunos años de aquello, los vestidos y los colores que gustaban a los bizantinos: las camisas azafranadas y granas, las túnicas verdes y amarillas, los brocados en cenefas y en festones, los zapatos de colores chillones de aterciopelada piel de gamuza y tantos otros detalles que recordaba haber visto en sus salidas por las calles de la capital imperial o en el hipódromo en las celebraciones de la fiesta del aniversario de la fundación de Constantinopla.

—Y una última cosa —dijo Yahya—. En Valencia he entablado contactos con armadores genoveses y pisanos con los que estableceré pronto algunas sociedades para que en sus navíos traigan las sustancias de tintura hasta el puerto de Tortosa, desde allí las haré llegar a Zaragoza en barcazas por el Ebro; hay que abonar peajes en cuatro puntos del río, pero es mucho más barato y seguro que un viaje por tierra. Quisiera que me tradujeras al latín y al griego los contratos y la cartas de compra. ¿Lo harás?

—Por supuesto —asintió Juan.

—Sabía que no me ibas a negar este favor. Te lo agradezco. Ahora tengo que marcharme, mañana parto con mi esposa Shams a mi casa de campo, ya sabes, esa almunia que adquirí hace algún tiempo para retirarme a descansar. Estaremos allí unos días. Abú Bakr se queda en la ciudad para poder seguir asistiendo a tus clases.

—¿Sssh... Shams? —balbució Juan.

—Sí, Shams. Mi cuarta esposa. ¿Ya la has olvidado? La mujer de tu raza, ¡y qué mujer! —exclamó Yahya al levantarse de la silla—. Desde que murió mi primera esposa es la favorita de mi gineceo. Queda con Dios y que su luz te acompañe.

Juan permaneció sentado, incumpliendo las reglas de la cortesía del anfitrión, y fue Jalid quien tuvo que acompañar a Yahya hasta la puerta.

«¡Shams, Shams!», se repetía una y otra vez en su interior.

El nombre de la amada, su perfecto rostro ovalado, su cabello de rayos dorados desfilaban por su cabeza. Hacía ya cuatro años que no la veía; la vida transcurría tan deprisa...

El círculo de amigos de la antigua tertulia de al-Kirmani, Juan, Ibn Paquda, Ibn Buklaris e Ibn

Hasday, alcanzaba día a día mayor influencia sobre el monarca, que los veía como un grupo de jóvenes entusiastas, comprometidos con el progreso de su reino y desprovistos de los intereses mezquinos de otros.

El rey estimaba mucho las charlas con Juan, a quien solía invitar a las abundantes fiestas que se celebraban en la corte, tanto las oficiales, como las privadas. La más festejada era la *'id al-fitr*, en la que se conmemoraba el final del mes del ayuno en el que fue revelado el Corán, el sagrado ramadán, tras la aparición de la luna llena del mes de *sawwal*. Por su trabajo en el observatorio eran Juan y Abú Yafar los encargados de fijar el momento exacto de comienzo y final del mes del ramadán, y tras la verificación astronómica lo comunicaban al gran muftí de la mezquita mayor, que daba la orden a todos los alfaquíes de que fuera anunciado el comienzo del ayuno desde los alminares y los *minbares* de todas las mezquitas. La noche del día 27 del mes de ramadán, el noveno del calendario lunar musulmán, la mayor parte de los habitantes de la ciudad permanecían en vela. En la mezquita mayor se celebraba una solemne plegaria a la que asistía el rey con sus hijos varones. Después de la ceremonia, que se seguía con una especial devoción, estallaba un júbilo incontenible. Calles y plazas, zocos y mercados se convertían en espacio para la alegría y el regocijo. Tras un mes de ayuno, en el cual nadie podía comer, beber o tomar a hembra durante el día, mientras pudiera distinguirse a la vista un hilo blanco de un hilo negro, la comida y la bebida corrían a raudales. El propio al-Muqtádir ordenaba colocar unas tinas en la Almozara, frente al Palacio de la Alegría, con excelente vino dulce de Málaga y bandejas con galletas de harina y mantequilla.

La segunda gran fiesta era la de los sacrificios, la *'id aladha*. En ella se recordaba el nacimiento del Profeta. Cada familia, o grupo de familias, sacrificaba un cordero y tomaba gachas de trigo cocidas con leche en recuerdo del primer alimento consumido por Amina, la madre de Mahoma, tras nacer este. Una multitud ingente desfilaba por las calles entonando cánticos y lanzando al aire flores y pétalos de rosas en procesión hasta el oratorio al aire libre de la *sari'a*, la *musalla*, donde se realizaban plegarias y se elevaban oraciones al Altísimo.

A estas dos fiestas de carácter religioso, que se regían por el calendario lunar, seguían en importancia otras dos en función del calendario solar. El primer día de primavera, el 21 de marzo, se celebraba la fiesta del *nayruz*. Se conmemoraba el equinoccio primaveral con la entrada del signo zodiacal de Aries. Era sin duda una reminiscencia de fiestas paganas, probablemente dedicada en su día a la diosa Flora o a Venus o a quién sabe qué otra diosa de las muchas que adoraban los antiguos. Por eso los alfaquíes condenaban esta fiesta como pagana. La costumbre, sin duda heredada también de los antiguos, era intercambiarse regalos. A los niños se les entregaban pequeños muñequitos de terracota. Los alfareros cocían unas semanas antes diversas figurillas de animales, algunas articuladas con ingeniosos sistemas con alambres y

cuerdecitas, e incluso pequeñas piezas de madera. Los más atrevidos, pese a la prohibición religiosa, fabricaban figurillas representando a seres humanos.

El solsticio de verano, el 24 de junio, se festejaba el *nahrayán*. Ese mismo día conmemoraban los cristianos la fiesta de San Juan y era frecuente ver confraternizando a miembros de las dos religiones, e incluso algunos cristianos no reparaban en invitar a comer a sus amigos musulmanes. El día más largo y la noche más corta del año se celebraban con una carrera de caballos en la Almozara. Cuando el sol estaba en su cenit, el gran visir, en nombre de su majestad al-Muqtádir, daba la salida de la competición. Solía participar casi medio centenar de jinetes y el recorrido alrededor del Palacio de la Alegría consistía en un circuito de cinco millas. El vencedor recibía una espada con la empuñadura de plata, una capa de lana azafranada y un diez por ciento de las apuestas que se cruzaban a su favor. Algunos años un jinete había logrado una verdadera fortuna gracias a su victoria. La gran carrera era tan popular que algunos gremios de la ciudad preparaban su propio caballo y jinete, pagando elevadas sumas por conseguir el mejor corcel y el mejor caballero. Después de la carrera había fiestas por las calles y las plazas, con comidas al aire libre. Los más ricos navegaban sobre las aguas del Ebro a bordo de barcazas engalanadas con guirnaldas y banderolas. Amigos y familiares se intercambiaban regalos y enhorabuenas por el comienzo del estío. Muchas mujeres se mostraban ese día provocadoras y durante una jornada se rompía la rígida etiqueta social. Algunos, sobre todo los jóvenes, recorrían las calles embutidos y ocultos en los más disparatados disfraces. Esta costumbre era perseguida por el almutazaf y sus ayudantes, aunque solo en las formas, pues estaba tan extendida que incluso algunos cadíes solían vestir ese día un disfraz poco acorde con su circunspecto cargo. Para dar la bienvenida al verano se tendían los vestidos al rocío, se regaban las casas y todo el mundo se bañaba en el río en la madrugada. Las mujeres exponían su rostro en las azoteas a la luz del planeta Venus, pues corría la leyenda de que así se hacían mucho más bellas y atractivas a los ojos de los hombres.

Algunos imanes encabezados por el intransigente ‘Abd Allah ibn Alí, el mismo que había encabezado la revuelta contra los mozárabes en el invierno anterior a la reconquista de Barbastro y que había intentado crear una conjura contra al-Muqtádir tras nombrar a un judío gran visir del reino, se dirigieron por escrito al rey solicitando que fuera rígido e inflexible con estas manifestaciones que atentaban contra la piedad de los buenos musulmanes y que pusiera toda su fuerza en prohibirlas, incluyendo en ello la costumbre de algunos creyentes de aceptar regalos y comida de sus amigos cristianos. La respuesta de al-Muqtádir se concretó en que el propio monarca recorrió las calles en compañía de algunos amigos y de varios guardias de su escolta disfrazado con una piel de león y sentó a su mesa a dos hijos del que fuera su visir, el cristiano Ibn Gundisalvo.

Juan siguió la costumbre popular y se presentó en casa de Yahya con varios regalos: en una

cajita portaba dos pequeñas tortugas, el animal que simbolizaba la sabiduría, una para Abú Bakr y otra para Ismail. A su antiguo amo le entregó un cofrecillo con un peine, unas tijeras y una navajita que había adquirido en su viaje a Toledo y que nunca había empleado. Yahya, agradecido por aquel detalle, le agasajó con un espléndido capote de lino teñido de grana con cochinilla de la mejor calidad. Lo invitó a quedarse a comer y Juan aceptó esperanzado de ver a Shams.

Estaba reunida toda la familia en el amplio salón que daba al patio, en el que fluía incesante una fuente de agua y que acababa de ser remodelado. El acceso se había decorado con nuevas yeserías y arcos, siguiendo la moda que el arquitecto malagueño había impuesto en el pórtico sur del patio central del Palacio de la Alegría; desde el suelo y hasta una altura de tres codos se había colocado un alizar de azulejos vidriados en verde y manganeso. Hombres y mujeres comieron en el mismo salón, pero lo hicieron en dos grupos, los hombres al fondo y las mujeres en un lateral, tras un biombo de madera enrejada. El grupo masculino lo formaban Yahya y sus tres hijos mayores, el oficial de caballería ‘Abd Allah, Ahmad y el jovencito Abú Bakr, además de Juan y dos primos de Yahya, cada uno con dos hijos. En el grupo femenino estaban las tres esposas de Yahya, Shams, la bereber y Marian, la madre de Abú Bakr, y con ellas ocho o nueve mujeres más, que sin duda eran las hijas de Yahya y las esposas de sus hijos y primos. Como estaban en familia, no se cubrían la cara con el velo y Juan podía entrever a través de la celosía el rostro de Shams. El travieso Ismail iba y venía de un lado para otro, picoteando un poco de la mesa de los hombres y otro poco de la de las mujeres, sentándose de vez en cuando en el regazo de Juan, a quien siempre llamaba tío.

En cuanto acabó la comida, el eslavo, alegando compromisos anteriores, se excusó y salió de la casa. Entre la multitud que recorría las calles alborozada, sintió que su estómago se retorcía; apenas pudo alcanzar un apartado y poco transitado callejón donde vomitó cuanto había ingerido. Continuó hasta su casa arrastrándose como un fantasma, con los ojos bañados en lágrimas y el alma partida en mil pedazos.

4

Al-Muqtádir, rodeado de una brillante plétora de consejeros, dedicaba todo su tiempo al cultivo de las ciencias y las artes y al goce de lujosas fiestas en su nuevo palacio o en la llanada de la Almozara. En las grandes festividades el rey patrocinaba desfiles de barcas por el Ebro, a bordo de las cuales se servían sabrosos manjares al arrullo de los sones de melodiosas orquestas y de los cánticos de delicadas cantantes. En su harén disponía de medio centenar de concubinas,

protegidas por un grupo de fornidos eunucos africanos y eslavos. En el cuerpo de eunucos de palacio solo se admitían o negros de la piel más oscura o blancos de piel lechosa y pelo rubio, de altura igual o superior a tres codos y un palmo. Se creaba así un llamativo contraste entre las dos razas que al-Muqtádir gustaba de combinar como si se tratara de un elemento más en la decoración. Los eunucos negros vestían siempre telas inmaculadamente blancas, pantalones, chaleco y turbante de lino en verano y jubones de lana en invierno. Los blancos se cubrían con iguales prendas pero en color negro. En el gineceo había mujeres de todas las razas: blancas de nieve del norte de Europa, morenas de miel de la cuenca del Mediterráneo, cobrizas de ámbar de los países de Oriente y negras de azabache de la profunda África. Agentes del rey recorrían los mercados de esclavos en busca de las más hermosas doncellas para su soberano, siempre vírgenes y no mayores de veinte años. En verano retozaban en los jardines privados del Palacio de la Alegría, desnudas como huríes, aseadas y perfumadas en espera de que su señor eligiera a la afortunada para compartir su lecho. Las rencillas entre las mujeres del harén estallaban con frecuencia, pero los eunucos estaban siempre atentos para reprimir cualquier altercado y las culpables eran castigadas con severidad, en ocasiones incluso vendiéndolas en el mercado de esclavos a cualquiera que pujara por ellas. Todas eran bellísimas pero hasta la más hermosa hubiera palidecido ante Ingra, la dueña del corazón del rey de Toledo. Si al-Muqtádir hubiera sabido que aquella pelirroja, a la que nunca vio, había sido rechazada porque los astros indicaban que no era ese el momento oportuno para adquirir nuevas mujeres, más de un astrólogo hubiera perdido su mano, su pie y quizá hasta su cabeza, a pesar de que la escocesa no fuera virgen.

La biblioteca real casi se equiparaba en número de ejemplares a la de la mezquita mayor. Al-Muqtádir y su hijo Abú Amir estaban empeñados en que siguiera creciendo. Una mañana Juan fue requerido a audiencia por el rey. Se presentó a la hora señalada vestido con sus mejores prendas, como era la norma. Al-Muqtádir lo recibió en el patio principal y le comunicó que era su intención crear una escuela de traductores en su reino que recopilara los libros escritos en latín, en griego y en hebreo para ser vertidos al árabe. Había decidido que dicha escuela se instalara en la ciudad de Tarazona, una pequeña medina ubicada a unas cincuenta millas al noroeste de la capital, en las faldas del Monte Cayo, muy próxima a la ciudad de Tudela, que por entonces ya era la segunda del reino, sobrepasando a Calatayud.

—Tú eres el más indicado y el que tiene una mejor preparación para fundar esa escuela —le dijo al-Muqtádir—. He elegido Tarazona porque es un lugar pequeño, tranquilo, pero no muy alejado de las principales rutas de comunicación, y bien protegido en caso de un ataque cristiano. Pensé primero en Tudela, pero allí los judíos son numerosos y poseen una afamada escuela en la sinagoga mayor, en la que se forman sus mejores intelectuales. Voy a ordenar que algunos de esos maestros hebreos se desplacen a Tarazona y se incorporen al trabajo de traducción. Por último, esta pequeña ciudad fue sede de una catedral cristiana antes de que los creyentes la

conquistáramos y guarda en su iglesia mozárabe muchos manuscritos antiguos en latín que habrán de ser traducidos. Prepárate para el viaje y elige a las personas de tu confianza que quieras que te acompañen. Si cumples como espero estas órdenes, tu salario y tu rango en la corte subirán mucho.

En apenas un mes Juan estuvo dispuesto para partir. Tuvo que arreglar algunas cosas, despedirse de todos sus amigos, buscar un nuevo maestro de filosofía para Abú Bakr (el hebreo Ibn Paquda aceptó encantado continuar con la educación del joven una vez que Juan logró vencer las reticencias de Yahya a que su hijo fuera enseñado por un judío), finalizar algunos trabajos pendientes en el observatorio astronómico, del que seguiría siendo subdirector en excedencia, dejar resuelto el cuidado de su casa en su ausencia y adquirir algunas cosas para el viaje, que no era largo ni difícil pero el regreso podría estar lejano.

Ibn Buklaris, Ibn Paquda y el propio príncipe heredero acudieron a despedir a Juan, que encabezaba una pequeña caravana compuesta por seis expertos traductores, diez soldados de la guardia real y ochos criados dirigidos por el fiel Jalid. Su único equipaje eran dos baúles de azófar que Yahya le había regalado del último modelo de cofre para ropa salido de sus talleres y varias docenas de libros. Durante tres jornadas recorrieron el camino en dirección noroeste; el Monte Cayo los guiaba como un inmutable faro de piedra. Al atardecer avistaron Tarazona.

La ciudad era pequeña y estaba encaramada en lo alto de una colina de conglomerados rojizos que se cortaba casi a bisel sobre el valle de un escuálido río llamado Queiles, famoso en la Antigüedad por la calidad de sus aguas para templar el acero y que surgía de las faldas del gigante montañoso y se abría paso entre desfiladeros y peñascales. Junto al río había un pequeño arrabal de apenas tres docenas de casuchas de aspecto miserable, en torno a una humilde iglesita de mampostería, donde vivían los escasos cristianos que quedaban en la ciudad. Los muros que asomaban entre montones de escombros cubiertos de maleza denotaban que había sido próspera en tiempos remotos. En la otra orilla estaba la medina, sobre la colina, y en los dos extremos dos arrabales, tan pequeños como el de la mozarabía, ocupados por musulmanes. Entre la medina y el río, al pie de una imponente fortificación que colgaba del cortado como un nido de águilas, se amontonaba el modesto barrio judío.

Juan se instaló en una pequeña pero lujosa casita de la medina y tomó a su servicio a una muchacha que hacía las veces de sirvienta y de concubina. Su nombre era Aziza, pero Juan la llamaba siempre Asma, es decir, «hermosa». La muchacha era recatada y sencilla, pero en el amor se transformaba en una mujer ardiente y sensual. Fueron muchas las noches de placer que la joven amante le proporcionó al eslavo y constituyó una inestimable ayuda para soportar el tedio de los largos meses en aquella pequeña ciudad provinciana.

Jalid, que disponía de mucho tiempo libre, se aficionó a visitar el burdel mozárabe, en el que gastaba casi todo su dinero con prostitutas cristianas.

Juan compró una pequeña huerta a orillas del Queiles en la que había varios olivos, manzanos y melocotoneros. Algunas tardes, cuando el trabajo se lo permitía, encontraba un ejercicio extraordinario para la relajación en el cultivo de los frutales, e incluso aprendió a preparar conservas de frutas en almíbar y de hortalizas en adobo. Las aceitunas las colocaba en un bote con agua caliente, sal y jarabe de granada, las cubría con hojas de hinojo y unos días después, cuando ya habían macerado, les añadía comino y orégano. También las preparaba con sal tostada y vinagre o bien lavadas con agua fría y después adobadas con aceite, sal, cilantro, alcaravea y orégano, añadiéndoles miel y vinagre. Siempre que visitaba su casa algún personaje, le ofrecía antes de la comida estas aceitunas, jactándose de envasarlas él mismo.

Algunos campesinos le aseguraron que las simientes mejoraban mucho si se guardaban en sacos de piel de lobo y que sus frutos se librarían de las tormentas devastadoras si se tomaba un cuerno de ciervo, se machacaba, se diluía el polvo obtenido en agua y se echaba sobre las semillas. En aquella agreste comarca la mayor parte de los pobladores, tanto musulmanes como judíos y cristianos, eran supersticiosos y siempre se defendían del mal de ojo o de los brujos y demonios con amuletos y fetiches. Creían que el majestuoso Monte Cayo era sagrado y que en sus umbrosas faldas habitaban genios enanos a los que no era conveniente importunar. Los judíos y los musulmanes apenas se atrevían a penetrar en los tupidos bosques de hayedos, robles y pinos y solo los cristianos osaban adentrarse en ellos en busca de animales para cazar, sobre todo jabalíes, que los miembros de las otras dos religiones despreciaban como bestias inmundas. En las altas cabeceras de los pequeños ríos había algunas míseras aldeas habitadas tan solo por mozárabes, que cultivaban huertecillos y pastoreaban rebaños de ovejas y piaras de cerdos que solo ellos consumían.

Durante dos años Juan organizó con suma eficacia la Escuela de Traductores y consiguió crear un pequeño observatorio astronómico en lo alto del alminar de la mezquita de uno de los dos arrabales, desde donde siguió sus estudios sobre las estrellas. Sus principales colaboradores fueron varios sabios judíos que querían agradecer así la acogida que el rey les había prestado cuando emigraron a Zaragoza desde otras regiones de al-Ándalus de donde la intransigencia los había obligado a marcharse. Por la Escuela de Tarazona pasaron el literato y científico Abú-l-Hasán ibn al-Taqana, el poeta y gramático Leví ibn al-Tabbán y el polígrafo Mosé ibn Chicatella. El rabino zaragozano Leví ibn Ya’acob compuso una obra titulada *La llave* que envió a Juan para ser traducida, así como un libro de poesía litúrgica y sagrada.

Las primeras obras que se tradujeron fueron las del filósofo hebreo Salomón ibn Gabirol. Este

influyente pensador judío había nacido en Málaga, pero a la edad de tres años se trasladó con su familia a la capital de la Marca Superior, donde escribió la mayor parte de sus obras. Sus tres mejores libros, *Selección de perlas*, *La corrección de los caracteres* y *La fuente de la vida*, que fueron escritos en árabe, se vertieron al hebreo y al latín y de ellos se hicieron copias para las principales bibliotecas de Zaragoza.

Numerosos ulemas musulmanes y rabinos judíos acudieron a Tarazona en busca de obras traducidas o aportaron libros para que fueran traducidos. El prestigio de Juan se extendió por toda la antigua Marca Superior y había quienes acudían tan solo por conocer a aquel joven maestro que era capaz de traspasar las ideas de un idioma a otro sin que se perdiera la calidad literaria. En la Escuela de Traductores estudiaron personajes que años más tarde serían políticos de significada relevancia en el reino hudí: Walid ibn ‘Abd Allah, futuro cadí de Zaragoza, Abú Marwán, que sería gobernador de la ciudad, Alí ibn Mas’ud, ilustre letrado, o Sahl al-Ansarí, poeta y *katib* para asuntos literarios que en Tarazona compuso un poema sobre el tema de la *su’ubiyya*, el movimiento de sentido nacionalista nacido como reacción a los alardes de la superioridad árabe frente a bereberes y muladíes.

En la escuela se recopilaron todos los tratados de gramática que servían para consultar dudas de traducción y se comenzó a elaborar un manual de normas prácticas para los traductores, que Juan pensaba completar con la edición de un diccionario árabe-latín-hebreo. Para los textos judíos se usaba como libro fundamental la gramática hebrea, aunque escrita en árabe, del judío Abú al-Walid ibn Yanah, natural de Lucena, formado en Córdoba y refugiado en Zaragoza cuando estalló la *fitna* al final del Califato. Para las versiones en árabe, Juan optó por seguir las reglas gramaticales de la escuela de Bagdad introducidas en al-Ándalus por el erudito murciano Ibn Sidah al-Mursí. Para el griego y el latín tuvo que elaborar él mismo unos apuntes recopilando en síntesis cuanto había aprendido en Constantinopla y en Roma.

Estaba dichoso por su trabajo, pero en su mente latía con fuerza la idea de fundar en Zaragoza un gran centro de estudio en el que al igual que en la madrasa Nizamiyya de Bagdad, en la Casa del Saber de Toledo o en la Universidad de Constantinopla se enseñaran todas las disciplinas científicas.

5

A finales del mes de *muharran* del 467, principios de septiembre del año cristiano de 1075, se recibió una misiva en Tarazona, dirigida al jefe de la Escuela de Traductores, en la que el rey anunciaba su próxima llegada a la ciudad para participar en una cacería. En una de las cartas que

habitualmente Juan enviaba a la corte como informes sobre el trabajo realizado, había incluido un párrafo en el que señalaba la riqueza cinegética de la comarca y la abundancia de ciervos, corzos, aves e incluso la existencia de algunos osos en las zonas más elevadas y abruptas de la montaña. Al-Muqtádir, un tanto abotagado por la inactividad y colmado de tantos placeres sedentarios como le ofrecía su Palacio de la Alegría, decidió que era hora de realizar una salida en busca de ejercicio y que para ello nada mejor que una campaña de caza en las laderas de aquella montaña, la más alta de todos sus dominios, que se podía contemplar los días claros desde lo alto del torreón del observatorio astronómico. En una posdata se le comunicaba que había fallecido el rey al-Mamún de Toledo y que había sido sucedido por su nieto Yahya al-Qadir.

La comitiva real se presentó en Tarazona a principios de otoño, cuando los bosques comenzaban a adquirir unos tonos ambarinos y cobrizos. El *walí*, el cadí, el gobernador militar, los alfaquíes y el jefe de la Escuela de Traductores recibieron al soberano a la entrada de la ciudad. Centenares de vecinos se agolpaban en la explanada de la pequeña almozara, en un recodo del valle entre la medina y el barrio mozárabe, para contemplar por vez primera a un auténtico rey. Al-Muqtádir, a quien acompañaba el príncipe heredero, descendió de su rutilante alazán de pelo rojizo tras haber recibido el homenaje y la sumisión de los representantes de la ciudad y saludó a Juan con entrañable ánimo, lo que acabó por encumbrar definitivamente al eslavo ante los ojos de aquellos ciudadanos.

—Bienvenido, mi señor —dijo Juan.

—Mi querido amigo, te encuentro muy bien —replicó al-Muqtádir.

—Los aires de la montaña son fríos pero saludables, majestad —añadió Juan.

—Espero que, como decías en uno de tus informes, la caza sea abundante.

—Lo es, mi señor. Más abundante que en ningún otro lugar de vuestro reino —repuso Juan.

—En ese caso nos esperan días felices e intensos. ¡Abú! —gritó volviéndose hacia el príncipe heredero—, ¿no saludas a tu amigo?

El príncipe Abú Amir descendió de su corcel y acudió ligero a abrazar a Juan.

—Tenía ganas de verte —dijo el príncipe.

—Yo también a vos, alteza —repuso Juan dirigiéndose al heredero con el tratamiento y deferencia que en público exigía el protocolo de la corte.

El cortejo se dirigió por las empinadas calles de la medina hasta la zuda, donde se habían preparado los aposentos para el rey, el príncipe y los demás altos funcionarios que los acompañaban. Sobre una pequeña carreta, dentro de una jaula con una alcándara, posaba media docena de halcones perfectamente entrenados en el arte de la cetrería, que tanto le gustaba a al-Muqtádir.

Desde las habitaciones del monarca podía disfrutarse de un amplio paisaje. A diferencia de la

mayor parte de los palacios y edificios musulmanes, esta zuda tenía amplios ventanales hacia fuera, aunque también disponía de un pequeño y discreto patio. El que sus habitaciones privadas dieran al exterior no disgustó demasiado al rey y, aunque no exigió cambiarlas, dijo que prefería la tradicional costumbre de la arquitectura árabe de volver las habitaciones hacia el interior de la vivienda para preservar la intimidad familiar de las miradas extrañas. De todos modos, a la altura que estaban los aposentos, colgados de paredes verticales de roca, hubiera sido preciso ser un águila para poder asomarse desde fuera. El gobernador militar explicó al rey que según se había transmitido por la leyenda, esa fortaleza había sido construida por Hércules, y los árabes se habían instalado en aquel elevado alcázar para poder vigilar a los numerosos cristianos que quedaron en Tarazona, aunque un centenar de años después la mayoría emigró a la recién fundada ciudad de Tudela, mucho mejor emplazada y más próspera, por lo que la otrora nutrida comunidad mozárabe había quedado reducida desde entonces a un puñado de familias.

Al día siguiente el rey recibió en audiencia a las distintas delegaciones de la ciudad y de la comarca, que le entregaron numerosos regalos y presentes. Después visitó la Escuela de Traductores, donde Juan le puso al corriente de los trabajos realizados. En unas estanterías se ordenaban más de medio centenar de obras traducidas en todas las combinaciones posibles entre el árabe, el latín, el hebreo e incluso el griego. En un armario descansaban varios manuscritos aguardando el momento de ser traducidos y sobre varias mesas había al menos una docena de códices sobre los que se estaba trabajando en ese momento.

Dos días después salieron de cacería. Lo hicieron primero en los alrededores de la ciudad, al lado de unas represas de piedra que los romanos había construido para regar la vega. Durante la noche acudían a estas balsas manadas de jabalíes y venados para abrevar. Bastaba con apostarse cerca y lanzar un certero flechazo para abatir a la pieza. En torno a los senderos que transitaban los animales se construyeron varios puestos de espera, camuflados con ramas y juncos. La luna brillaba en lo alto del cielo, recortando la silueta majestuosa del Monte Cayo, e iluminaba el camino. Al-Muqtádir tenía el puesto más cercano al agua, apenas situado a quince pasos de la orilla de la charca. Cualquier animal que se aproximara para beber en aquel lugar sería abatido por las flechas del monarca. Tras largas horas de espera en monótono silencio, ruidos de pezuñas golpeando un lecho de guijarros sonaron en el recodo del camino. Instantes después aparecieron seis ciervos de tamaño considerable, acompañados de una prole de varios cervatillos. Los cazadores tensaron sus arcos y aguardaron a que la flecha de al-Muqtádir fuera disparada contra el ejemplar de mayor alzada para asaetear al resto de la manada. Los venados se detuvieron unos pasos antes de la orilla de la charca y elevaron sus cabezas irguiendo el cuello recelosos. El macho dominante del grupo se adelantó unos pasos y abriendo sus patas delanteras se inclinó hasta alcanzar el agua con su hocico. Los demás se acercaron e hicieron lo mismo. Justo en ese momento sonó un silbido rompiendo el aire silencioso de la noche y el jefe de la manada cayó al

agua en medio de terribles convulsiones. El resto, espantado, volvió grupas intentando huir de la muerte que acechaba. Nuevos silbidos rasgaron la noche y una docena de ciervos, ciervas y cervatillos quedó abatida sobre los juncales de la charca. Algunos lograron huir entre la espesura dejando un rastro de polvo, barro, sangre y ramas rotas.

—¡Magnífico, señores! —exclamó al-Muqtádir ebrio de alegría ante las piezas desplomadas cuyas pieles rebozadas en barro y agua brillaban a la luz de las antorchas que los criados acababan de encender.

—Buena caza, majestad —aseveró su escudero.

—Una docena de ciervos en una sola jornada. Empezamos bien. Si todo sigue así, habrá que volver de vez en cuando —anunciaba eufórico el rey.

Amanecía sobre el Monte Cayo cuando la partida de cazadores regresó a la ciudad. Decenas de campesinos que se aprestaban para acudir al trabajo diario contemplaban atónitos el balance del primer día de montería. Algunos envidiaban los enormes pedazos de carne que saldrían de debajo de aquellas pieles marrones en cuanto un matarife los despedazara para la cocina.

—Aquí hay mucha carne fresca, majestad —dijo Juan ante la vista de los animales muertos—. Sería un gesto de magnanimidad para con vuestros súbditos si ofrecierais una comida a todos los ciudadanos de Tarazona. Muchos de ellos no comen otra cosa que *harisa*, una papilla de trigo y carne picada cocida con grasa. Un gran festín con el que conmemorar la grandeza de la dinastía de los Banu Hud los haría felices y aumentaría su amor por su rey.

—Siempre tienes razón. De acuerdo. Pasado mañana celebraremos un banquete al que podrán acudir todos los varones de esta ciudad. Que se emitan bandos y se promulguen por las calles —ordenó al-Muqtádir.

El banquete se celebró en el espacio abierto de la almozara. El almutazaf pidió a los comerciantes que colaboraran aportando especias y vino. Cada vecino acudió con su mesa y su silla y a la sombra de los chopos se formó enseguida un improvisado comedor para un millar de comensales. En lo alto de un mástil ondeaba el estandarte azul y amarillo con el león rampante y la media luna creciente de los Banu Hud y a su lado una bandera verde con la leyenda NO HAY MÁS DIOS QUE DIOS.

La carne de los venados se cocinó de varias maneras: los lomos, con salsa de manzana, confitura de ciruelas y de frambuesas silvestres de la comarca, se sirvieron a los dignatarios que ocupaban la mesa real. El resto de la carne se preparó bien en albóndigas picantes ensartadas en alambres y asadas al fuego salteadas con pedacitos de cebolla y berenjena, bien guisado con laurel y ajo, bien asado con estragón, tomillo y romero. Los confiteros de la ciudad, dirigidos por el repostero real, prepararon unos pastelillos similares a las almojábanas pero rellenos de crema en vez de queso, dulces de almendra con miel y hojaldres salpicados con frutas confitadas. Se bebió abundante vino, cerveza que elaboraban en la zona con cebada y nabos, agua perfumada

con esencia de lavanda, horchata y jarabes de membrillo y granada. Al rey y a su séquito les sirvieron unos sorbetes de higo enfriados con hielo y espolvoreados con nieve. Al-Muqtádir, extrañado, miró hacia la cumbre del Monte Cayo y preguntó de dónde habían sacado la nieve y el hielo si aquel año todavía no había nevado y de noche aún no se habían congelado las aguas. Juan respondió que en aquellas sierras era costumbre recoger la nieve durante los primeros días de primavera en grandes silos enterrados y con las paredes aisladas por barro cocido mezclado con ceniza y carbón. La nieve se apretaba cuanto era posible y así, protegida del calor estival por una tapadera hermética, se disponía de nieve y hielo durante todo el año, incluso en pleno verano. Al-Muqtádir, entusiasmado con la idea, ordenó a uno de sus visires que dispusiera lo necesario para hacer lo propio en Zaragoza.

—Pero, majestad, en vuestra capital apenas nieva y hace menos frío; será muy difícil conseguir que la escasa nieve, si es que la hay, se conserve hasta el verano sin que se derrita —alegó el visir.

—Entonces la llevaremos desde aquí —sentenció el monarca.

—No llegaría a su destino. El viaje dura al menos tres días. Se derretirá antes —dijo el visir.

—Si me permitís, majestad —intervino Juan—. Si la nieve se coloca dentro de enormes cantimploras, de al menos un alquez de capacidad, fabricadas en cobre, con doble cámara, y se revisten de cueros con cámaras de agua y una carreta con tres o cuatro de estas cantimploras viajara, cambiando de mulas, por supuesto, durante toda la noche, es probable que esa nieve llegase a Zaragoza desde aquí en apenas un día. Es cuestión de organizar el servicio y, aunque saldría caro, vuestra majestad podría disponer en banquetes señalados durante el verano de ciertas cantidades de hielo con el que enfriar las bebidas y elaborar los deliciosos sorbetes helados.

—Sí, puede funcionar. Toma nota, visir. Lo haremos como dice Juan. Este verano quiero nieve en el Palacio de la Alegría.

Durante los días siguientes, entre jornadas de caza y de descanso, Juan y el príncipe Abú Amir, más interesado por los libros que se traducían que por las emociones que la caza proporcionaba, debatieron sobre filosofía, matemáticas y astronomía mientras daban largos paseos por la orilla del río o por las veredas enmarcadas por hileras de sauces, chopos y álamos. Algunos días cabalgaban hasta lo alto de alguna de las colinas circundantes, y desde una de ellas tramaron el proyecto de subir hasta la cumbre del Monte Cayo. Cuando el príncipe solicitó permiso al rey, este receló y aunque a regañadientes, alegando que no se le había perdido nada en lo alto de aquella pelada cima, dio su consentimiento.

La expedición al Monte Cayo partió de Tarazona pasada la media noche. La componían el príncipe heredero, Juan, su fiel criado Jalid, que pese a su cojera se había empeñado en acompañarlos hasta donde le fuera posible, tres criados más, dos aristócratas zaragozanos que se

habían sumado a la empresa, diez soldados de la guardia real y dos vecinos de Tarazona, uno cristiano y otro musulmán, que aseguraban conocer el mejor camino para subir a la montaña. Algunos aldeanos afirmaban que nadie había ascendido nunca hasta la cumbre porque era una montaña sagrada desde hacía muchos siglos y sus laderas estaban habitadas por genios, y quién sabe qué demonios malignos estarían apostados entre los árboles o tras los peñascos para causar daño a los que osaran romper la tranquilidad de su morada.

Los dos hombres jóvenes (ninguno de ellos había cumplido la treintena) marchaban en la cabeza de la expedición sobre robustas mulas pardas, mucho más apropiadas para transitar por aquellos caminos que los veloces pero delicados caballos. Ascendieron pausadamente por un camino serpenteante que comenzó siendo una vereda tan ancha como para permitir el paso de una carreta y poco a poco, conforme ascendía por la ladera, se estrechó hasta convertirse en una angosta senda por la que apenas podían transitar las mulas en fila de a una.

Ya hacía tiempo que había amanecido cuando la senda que serpenteaba entre el tupido conglomerado de árboles desembocó en un claro del bosque en cuyo centro manaba una fuente debajo de unas piedras grises. Muy por encima de sus cabezas, entre nubes grisáceas que circulaban a gran velocidad empujadas por los fuertes vientos de aquellas altitudes, aparecía y desaparecía la cumbre de la montaña. Hasta entonces la ascensión había sido larga pero con escasa pendiente, pero desde allí la ladera se empinaba hasta alcanzar en algunos puntos un desnivel infranqueable. A esa altura el bosque de pinos y encinas daba paso a un denso hayedo alternando con robles. Más allá del cantizal grisáceo del manantial las mulas no podían pasar; fue preciso proseguir la marcha a pie. En el claro se estableció un campamento en el que se quedaron seis soldados, Jalid, que apenas podía dar un paso más, y dos criados; el resto continuó, avituallado con abundantes alimentos en sus mochilas, montaña arriba.

Conforme iban ascendiendo, el bosque de hayas se hacía más y más denso y apenas podían orientarse entre la espesura. Con lazos de telas de colores iban marcando la ruta seguida para después tener claros los hitos de referencia a la hora del descenso. El sol brillaba en lo más alto cuando salieron del bosque de hayas a un enorme canchal de piedras cubiertas de líquenes verdosos, al final del cual se alzaba la cumbre. La tenían allá enfrente, apenas a mil pasos de distancia, pero parecía tan lejana como una quimera.

Unas amenazadoras nubes se cernían sobre el monte como carroñeros cuervos sobre despojos. Decidieron hacer un alto para reparar fuerzas y consumieron carne ahumada, queso, almendras, nueces y galletas de mantequilla y miel. Reemprendieron la ascensión por el cantorral, trepando entre los peñascos con cuidado, a fin de evitar los desprendimientos que pudieran producirse. Mediada la tarde alcanzaron la cima. No era una cresta, como habían imaginado, sino una superficie de más de dos millas de longitud. Desde allí se divisaba un amplio panorama. Tenían a la vista casi todo el reino e incluso podían discernir al norte las cumbres nevadas de los Pirineos,

donde radicaban los pamploneses y aragoneses. El aire era fresco pero agradable y las nubes pasaban veloces sobre sus cabezas. Hacia el oeste quedaban las tierras musulmanas de Soria, frontera occidental del reino de los Banu Hud, y más allá Castilla.

—Parecía más dura la subida —dijo Abú Amir.

—Este último tramo lo es —añadió Juan.

—Debemos regresar o se nos echará la noche encima.

—Creo que nos va a caer encima de cualquier modo.

Antes de comenzar el descenso se postraron en el suelo sobre sus mantas de viaje y vueltos hacia el sureste, hacia donde Juan indicó que estaba la ciudad santa de La Meca, rezaron en el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, el Altísimo. El sol había iniciado ya el declive hacia el ocaso y las sombras se prolongaban alargadas sobre el suelo rocoso.

El descenso por el canchal, aunque más rápido que el ascenso, fue mucho más peligroso. Uno de los soldados pisó en falso en una de las rocas que al desprenderse lo arrastró durante varios metros, sufriendo magulladuras y cortes superficiales, además de una torcedura de tobillo. Hubo que aplicarle un improvisado vendaje y asegurarle con firmeza el pie.

Apenas habían alcanzado los primeros árboles, a menos de media milla de distancia observaron una silueta maciza y peluda de color marrón oscuro que se deslizaba entre las piedras bordeando el hayedo.

—¡Un demonio, un *yin*! —gritó uno de los soldados señalando hacia aquella forma peluda.

—¡Es un genio *ifrit*! —exclamó otro.

—Los demonios y los genios fueron creados por Alá de fuego de viento abrasador, y aquí no hay nada de eso. Es un oso —indicó Juan—, hay algunos ejemplares en esta montaña.

El animal desapareció en la espesura con una rapidez impropia de su volumen.

Siguiendo las señales dejadas alcanzaron el claro del bosque junto a la fuente. Jalid los recibió alborozado señalando a la cima y diciendo que los había visto ascender por la empinada pendiente. Se detuvieron unos momentos, solo los necesarios para refrescarse, rezar y recoger los pertrechos. Subieron a lomos de las mulas e iniciaron el camino de regreso a Tarazona por la senda. Pasaba la media noche cuando entraron en la medina por la puerta de Hierro. En la zuda los aguardaba al-Muqtádir con cara de pocos amigos.

—¡Desaparecido! —clamó el rey—. El príncipe heredero desaparecido durante un día completo.

—Pero padre, tú me diste permiso para ir —se excusó Abú Amir.

—Sí, te lo concedí, pero por vuestra tardanza creí que os había ocurrido algún percance. Estos malditos campesinos no hacían sino murmurar sobre no sé cuántos demonios prestos a devoraros en cuanto os adentraseis en el bosque. ¿Por qué no empleas tus energías en el noble arte de la cetrería en vez de malgastarlas subiendo a una montaña?

—Mi señor —repuso Juan—, lo único parecido a un demonio que vimos fue un oso.

—¡Un oso! ¿Era grande? —inquirió al-Muqtádir.

—Estaba lejos, a más de media milla. Pero sí, parecía muy grande —dijo Juan.

Los ojos del monarca, hasta entonces chispeantes por el enfado, se encendieron. Su rostro cambió de semblante y se tornó de enojado a interesado.

—Un oso. Dentro de dos días iremos a cazar osos —sentenció el rey—. Ahora marchaos a dormir, os hará falta.

Los dos amigos se fueron directos a la cocina, donde, fuera de todo protocolo, se prepararon con sus propias manos y ante los ojos incrédulos de los cocineros, una copiosa pero modesta cena a base de huevos revueltos con ajos, espárragos silvestres, carne de venado y compota de manzanas.

—Eres muy hábil, Juan. Sabes como nadie desviar la atención hacia lo que te interesa. Al comentar el asunto del oso, has evitado el enfado de mi padre y la regañina que tenía preparada —dijo Abú Amir en tanto daba buena cuenta de una sabrosa costilla.

—Tu padre estaba preocupado por tu tardanza. Eres el heredero del trono, el garante de la continuidad de la dinastía de los Banu Hud —alegó Juan.

—No soy ningún niño. A mi edad mi padre ya era rey, y si yo muero todavía queda mi hijo Ahmad, o alguno de los demás hijos de mi padre —protestó el príncipe.

—Muchos príncipes no han vivido lo suficiente para ser reyes, no lo olvides —repuso Juan.

Pese a que al-Muqtádir ya había entrado en la cincuentena, trepaba entre las piedras con tanta agilidad como los soldados más jóvenes. Habían pasado toda la noche cabalgando desde Tarazona hasta alcanzar un valle en cuyo tramo superior aseguraban los lugareños que había varias guaridas de osos. El amanecer a esas alturas era frío y los cazadores, en torno a una veintena, caminaban ateridos entre las rocas y los matorrales. Un mozárabe de un poblado del valle alto del río Huecha guiaba la partida.

—Esta es la senda de los osos, majestad —aseguró el montero—. Si encontramos algunas huellas tendremos la pista que nos conduzca hasta una osera.

Rastrearon durante horas hasta que por fin encontraron unos excrementos recientes y unas huellas de garras que el mozárabe aseguró pertenecían a un oso. Los cazadores se desplegaron en semicírculo en derredor de una cueva a la que se dirigían las pisadas. Se mantuvieron apostados en espera de que sucediese algo. Juan y el príncipe compartían el mismo puesto y ambos portaban sendas lanzas, que les servían a la vez de cayado, y espadas cortas.

—Ese maldito oso no va a salir —se quejó al-Muqtádir impaciente.

—Seguramente nos habrá olfateado, majestad —dijo el guía— y se siente seguro en su cueva.

—Entonces habrá que obligarle —ordenó el rey.

Varios soldados encendieron unas ramas y recogieron hierba y ramas verdes en abundancia que acumularon a la entrada de la cueva, arrimándola en un lateral.

—Es preciso que se produzca humo, pero no llamas. Si el oso ve que hay fuego no saldrá —señaló el mozárabe.

Minutos después un denso humo blanquecino ocultaba la entrada de la cueva. Los cazadores esperaron excitados durante un tiempo. Los arcos tensos, las lanzas dispuestas, los ojos fijos en la entrada de la gruta, los músculos prestos a la acción, la respiración contenida, los tendones hinchados al máximo, los labios prietos, el corazón acelerado y la sangre palpitando a borbotones en la sienes; tal era el estado en que se encontraban en aquellos instantes.

De pronto se oyó un bramido y una enorme masa de piel taheña surgió entre la humareda agitando las zarpas delanteras al aire. El oso se alzó desafiante entre la densa cortina de humo. Movía su colosal cabeza de un lado a otro y abría sus enormes fauces anunciando que no iba a rendirse sin combatir. Al-Muqtádir salió de su escondrijo entre las rocas y se colocó ante la bestia, apenas a medio centenar de pasos. El capitán que mandaba los soldados, al observar la acción de su rey, acudió presto junto a él con la espada en la mano. El monarca indicó con un gesto que se apartara. Todos los soldados apuntaron con sus arcos hacia la fiera pero al-Muqtádir ordenó gritando que nadie disparara una sola saeta. El rey avanzó un poco más hacia la cueva, cogió una flecha de su aljaba, tensó su arco y fijó el punto de mira en el cuello del animal. No podía fallar. Si la flecha no daba en el blanco o lo hacía en un lugar no letal, el oso se abalanzaría sobre él y a esa distancia no podría esquivar la acometida. El mortífero proyectil recorrió la treintena de pasos en menos de un pestañeo y se clavó en la garganta del oso, atravesándole el cuello. El oso rugió herido de muerte e inició un amago de carrera hacia su verdugo. Pero solo pudo dar unas zancadas. Antes de que alcanzara siquiera la mitad del trecho que lo separaba de al-Muqtádir, cayó rodando por la ladera.

Todos vitorearon el nombre del rey, que de pie en medio de aquel paisaje alzó su arco sonriendo. Solo Juan se dio cuenta entonces de que en la entrada de la cueva dos cachorros se movían inquietos. Todos los cazadores habían acudido a contemplar aquel enorme cuerpo peludo que todavía se convulsionaba entre estertores de muerte. Juan cogió a un osito debajo de cada uno de sus poderosos brazos y los apartó de aquella escena. Por un momento pasó por su cabeza la imagen del escudo que tantas veces había visto en su casa de Bogusiav, el blasón de los Tir con un oso gris rampante sobre un brillante fondo azul. Era claro que la madre había muerto por defender a las crías, que se había autoinmolado sabedora de que no tenía ninguna oportunidad, pero esperanzada en que su sacrificio quizá pudiera servir para salvar a su prole.

Con la piel de la osa sobre una mula, la carne despedazada en sacos y los dos oseznos en dos capazos, uno con Juan y otro con el príncipe, los cazadores descendieron de la montaña e

hicieron noche en un castillo, aguas abajo del valle. Al día siguiente, mediada la tarde, regresaron a Tarazona.

—Tu trabajo aquí ha sido magnífico, Juan. He decidido que ya has estado demasiado tiempo fuera y que debes retornar. Dispón lo necesario para que alguien te suceda como jefe de la escuela y regresa a Zaragoza. Tómate el tiempo que necesites y comunícame el nombre de tu elegido para que reciba el nombramiento oficial. Mañana partiremos hacia la corte. El invierno no tardará en aparecer y para entonces quiero estar en palacio. El gobernador de la ciudad me envió dos muchachas para que calentaran mi cama durante mi estancia aquí. Quédatelas si quieres hasta que regreses; son hermosas y expertas amantes.

La comitiva real partió en una ventosa mañana otoñal. Los habitantes de la ciudad se congregaron para despedir a su rey. Extendida sobre una mula parda destacaba la piel de la osa y en una carreta, dentro de una jaula de barrotes de madera, gruñían los dos ositos, asustados ante tanto gentío; en otra aleteaban los halcones.

Juan devolvió al gobernador a las dos muchachas. Realmente eran bellas y dignas de un rey, pero tenía suficiente con Asma. En los días que siguieron a la partida de al-Muqtádir, resolvió los asuntos pendientes, organizó el trabajo de los próximos meses de los traductores y dio consejos a quien había designado como nuevo jefe de la escuela, el más aventajado de sus alumnos, un brillante joven llamado Yusuf ibn Hawsab, que había sido pionero en la escuela y había venido con Juan desde Zaragoza para su fundación.

En cuanto se recibió la confirmación del nombramiento de su sucesor, Juan se dispuso a regresar a la capital. Ordenó a Jalid que recogiera sus pertenencias personales de la casita y la entregó al gobernador en el mismo estado, y aun mejorado, en que la había recibido. Se despidió de Asma con ternura y le regaló el huerto de frutales y olivos, a cuya sombra habían pasado tantas plácidas tardes de verano, un valioso alquicel de piel de marta y una bolsa con treinta dinares. Asma lloró desconsolada y le pidió que la llevara con él, que así podría servirle siempre, que sería su esclava fiel hasta la muerte. Juan le dijo que no era posible y se despidió con un beso. Había decidido hacer caso de la recomendación que Abú Yafar le hizo en Toledo: «Disfruta del cuerpo de esa joven, tómala cuantas veces quieras, pero después olvídala».

6

Los criados encargados del mantenimiento de la casa de Juan la habían cuidado con esmero y parecía que por ella no había pasado el tiempo. El jardín estaba triste por la proximidad del invierno, pero ese detalle carecía en aquellos momentos de importancia. La primera noche

durmió con la serenidad que produce el deber cumplido y el cálido ambiente que solo proporciona el fuego de la chimenea del propio hogar al regreso de una larga ausencia.

Como era preceptivo, Juan solicitó audiencia real y fue recibido de inmediato. Al-Muqtádir lo confirmó en sus cargos de subdirector del observatorio y director de la biblioteca de palacio, y le comunicó que desde entonces su salario sería de dos dinares diarios, lo que constituía una verdadera fortuna.

En los días siguientes visitó a Ibn Paquda e Ibn Buklaris, con quienes retomó las tertulias y los paseos por la alameda, y se reincorporó al trabajo en el observatorio con Abú Yafar. También acudió a casa de Yahya, a quien regaló un par de libros traducidos en Tarazona para que siguiera enriqueciendo su biblioteca. Se interesó por Abú Bakr, a quien Ibn Paquda había educado durante los dos años de ausencia de Juan, y por el pequeño Ismail, que seguía correteando por la casa con espadas de madera en la mano, soñando con emular a su hermano mayor en los campos de combate contra los cristianos. Pero no logró ver a Shams.

Al-Muqtádir se reunió repetidas veces con sus consejeros durante aquel invierno. El reino hudí era poderoso pero necesitaba más y más dinero para afrontar los crecientes gastos. Además, los comerciantes ya no ocultaban su descontento con la política del Estado, que exigía tributos sin ofrecer ninguna compensación.

—Necesitamos conquistar nuevas tierras y abrir nuestro reino hacia Levante —expuso al-Muqtádir en una reunión en el salón del trono del Palacio de la Alegría ante media docena de consejeros entre los que estaban el príncipe Abú Amir y Juan—. Denia y Valencia son dos reinos ricos pero de escaso poderío militar. La incorporación de esas dos taifas al reino de los Banu Hud calmaría la inquietud de los mercaderes, proporcionaría cuantiosos ingresos a las arcas del tesoro y nos convertiría en el más extenso de los reinos andalusíes. Si dominamos toda la costa, desde las tierras del conde de Barcelona hasta las del rey de Murcia, podremos negociar con los cristianos en igualdad de condiciones.

—Denia es una taifa muy rica —intervino el visir Ibn Hasday—. Su rey, Muyahid, consiguió amasar una gran fortuna y su hijo Alí la ha ampliado de modo considerable. Es bien sabido que hace veinte años envió un barco con alimentos a Egipto, para ayudar a paliar el hambre que se extendía por aquel país. El barco regresó cargado de gemas preciosas y oro.

—Ciertamente la conquista de Denia sería una excelente adquisición para nosotros, pero, majestad —añadió Abú Amir dirigiéndose al rey—, no olvidéis que vuestra hija, mi hermana, está casada con su rey, y que ese matrimonio se pactó como lazo de alianza entre Denia y Zaragoza.

—Él ha roto la alianza, por lo que ahora diré. Este es el momento oportuno para ampliar nuestro poder. El reino de Toledo está gobernado por ese al-Qadir, un personaje débil e incapaz al que tiene absorto y hechizado una bruja de pelo rojo, antigua concubina de su abuelo al-

Mamún. Desde el asesinato del visir Ibn al-Hadidi, Toledo está dividido en dos bandos y la situación empeora mes a mes. Valencia, que era posesión del rey de Toledo, acaba de declararse independiente y está siendo gobernada por un tal Abú Bakr ibn ‘Abd al-’Aziz. Solo necesitábamos una excusa y acaban de proporcionárnosla. Una partida de nuestro ejército ha tenido una escaramuza con un grupo de soldados del tirano de Lérida; nuestras patrullas han interceptado un mensaje que el rey de Denia enviaba a mi hermano al-Muzaffar, el usurpador del trono leridano, en el que le prometía ayuda contra nosotros. Varios jinetes de la caballería enemiga han sido identificados como vasallos del de Denia. Solo es preciso tomar la iniciativa y todo Levante con sus enormes riquezas será nuestro sin apenas esfuerzo. Y ahora, una sorpresa —dijo al-Muqtádir mientras indicaba con un ademán a un guardia que vigilaba ante una puerta que hiciera pasar a quien esperaba tras ella.

Momentos después hizo su entrada un personaje de aspecto siniestro. Tenía una estatura considerable (el más alto de todos los allí reunidos después de Juan), ojos pequeños, vivarachos y rasgados, tez cetrina, barba afilada y escasa y nariz fina, larga y aguzada.

—Señores —anunció al-Muqtádir—, os presento a Ibn Ruyulu, visir de Alí ibn Muyahid Iqbal al-Dawla, rey, por poco tiempo espero, de Denia. Es nuestra llave para abrir las riquezas de ese reino.

Ibn Ruyulu describió con todo lujo de detalles el sistema de fortificaciones de Denia, la red de fortalezas, la debilidad de su ejército y sobre todo los cuantiosos tesoros acumulados por sus soberanos.

Los generales del ejército, informados de todo ello, concluyeron que a la vista de tales datos, la conquista de Denia sería un paseo triunfal. Pero eso no era todo; agentes de Ibn Ruyulu se estaban encargando de difundir por Denia el rumor de que al-Muqtádir era el único garante de la seguridad para los musulmanes. Lo presentaban como el paladín del islam, el único soberano capaz de enfrentarse y de derrotar a los infieles cristianos. Se decía de él que su poder y su fuerza eran tales que había dado muerte con sus propias manos a un oso y que en su pecho radicaba la bravura de un tigre y la fuerza de un león. Estos rumores fueron calando en la ciudad de Denia y crearon una corriente de opinión favorable al rey de Zaragoza y contraria a su soberano, a quien estos mismos agentes presentaban como un ser preocupado tan solo por recibir tributos, ebrio de ambición por el oro y las joyas, corrupto dilapidador del erario público y despreocupado por la defensa de su país y de sus súbditos.

Una vez más, el ejército hudí, la formidable máquina de guerra que había derrotado a los aragoneses y había reconquistado Barbastro a los cruzados, se puso en marcha. En esta ocasión, once años después de la victoria de Barbastro, el objetivo no era el territorio cristiano, sino el sur musulmán. Las verdaderas intenciones de aquel despliegue militar se mantuvieron en secreto. Enterados por sus espías de la partida del ejército, todos los reyes de taifas temblaron de pavor

temerosos de que fueran ellos los elegidos por al-Muqtádir como presa para sus ambiciones de conquista. Pero todas las dudas se resolvieron cuando Ibn Hud acampó su real frente a las murallas de Denia.

Alí ibn Muyahid Iqbal al-Dawla, aterrado ante el poderío del ejército hudí, designó a su hijo Mu'izz para que negociara con al-Muqtádir un arreglo y tratara de dilatar su caída. El príncipe se presentó en la tienda del señor de Zaragoza y aludió a las relaciones de parentesco que unían a ambos reinos, recordando que la esposa de su padre era hija del zaragozano, y continuó:

—¡Oh, señor! ¡Tú siempre logras conseguir lo que anhelas! ¿Cuántas veces nos hemos opuesto a ti, o te hemos contrariado? ¿Por qué acosas a tus aliados si siempre te hemos escuchado con devoción y respeto?

—Por el Altísimo que no pretendemos el dominio sobre esa ciudad hasta que sea fácil poseerla y se abandonen en nuestras manos sus riendas —contestó al-Muqtádir en tono amenazador.

—¡Oh, señor! ¿Adónde nos llevarás y a quién nos confiarás? —añadió Mu'izz creyendo que el rey se refería a la conquista de Denia cuando en realidad se refería a las fortalezas que protegían el reino.

El visir Ibn Ahmad, que estaba presente en la entrevista, susurró al oído de al-Muqtádir que el príncipe, acobardado, no había comprendido la metáfora: las riendas eran las fortalezas comarcanas. Inesperadamente, había aceptado entregar la ciudad sin lucha, es decir, la rendición incondicional.

—Me entregaréis Denia y su reino, que pasarán a estar bajo nuestra protección —sentenció al-Muqtádir ante el empequeñecido príncipe.

Al día siguiente el rey de Denia, su hijo y los altos dignatarios de la ciudad salieron de las murallas y ofrecieron sus dominios a al-Muqtádir. El rey de Zaragoza, escoltado por su guardia personal y acompañado por los cobardes y sumisos Alí y Mu'izz, entró triunfante en la ciudad aclamado por los agentes de Ibn Ruyulu, que alentaban a la multitud para que vitoreara a su nuevo soberano. La comitiva la encabezaba un portaestandarte con el león dorado de los Banu Hud y a su lado un soldado con una pica que sostenía en la punta una enorme cabeza de oso disecada bajo la cual podía leerse la leyenda: EL PODER Y LA FUERZA SOLO PERTENECEN A ALÁ Y AL-MUQTÁDIR ES SU ESPADA. Corría el mes de *sa'bán* del año 468 de la hégira, marzo de 1076 de la era cristiana.

Al-Muqtádir permaneció varias semanas en la ciudad para arreglar los asuntos de su gobierno. Estimó que Denia estaba más alejada de Zaragoza que Tortosa y nombró a su hijo Mundir virrey de la ciudad, para poner más tierra de por medio entre los irreconciliables hermanos. Finalizada su misión regresó a Zaragoza. Le acompañaban Alí, soberano destronado, a quien ordenó que se despojara de sus ricas vestiduras y viajara vestido con un traje burdo, y toda su familia. Durante el regreso recibió el homenaje de las ciudades y aldeas por las que pasó y en Zaragoza volvió a

realizar otra entrada triunfal. Aguas abajo del Ebro, y tan solo en consideración a su hija, entregó una almunia a Alí para que pudiera vivir en ella con sus hijos y esposas hasta su muerte.

En Denia se obtuvieron numerosos tesoros. En una dependencia secreta del palacio real se habían acumulado lingotes de oro y plata, joyas, telas preciosas, marfiles y todo tipo de objetos de lujo. El recibimiento triunfal que se había expresado en las calles no se trasladó a la corte. Los más allegados consejeros del rey le censuraron que hubiera ocupado Denia dejando sin conquistar Valencia, mucho más rica que su vecina del sur. En esa populosa ciudad gobernaba Abú Bakr, antiguo gobernador dependiente del rey de Toledo. Al-Muqtádir no quería bajo ningún concepto que el rey de Castilla, que consideraba a Abú Bakr como su vasallo, se enemistara a causa del dominio de la ciudad del Turia. Por su parte, Alfonso VI de Castilla había fijado sus ojos en Toledo, y le interesaba más su conquista que cualquier otra cosa. Para ello trataba de debilitar todo lo posible a este reino de taifas, pero también a los de Sevilla y Granada.

Al-Muqtádir, cuyos intereses coincidían con los de Alfonso, decidió enviar una embajada al rey de Castilla para pactar la compra de Valencia. En la primavera de 1076 Juan salía de Zaragoza rumbo a la Rioja formando parte de una legación para discutir las condiciones de adquisición de la capital levantina. Tenía orden expresa de su soberano de ofrecer hasta un máximo de cien mil dinares, una cifra como nunca antes se había visto en al-Ándalus. Las riquezas obtenidas en Denia permitían realizar esa oferta.

En el monasterio de San Millán de la Cogolla, al pie de la sierra de San Lorenzo, se reunieron durante dos días los representantes de Zaragoza y Castilla. El delegado castellano exigió el pago de ochenta mil dinares y Juan le ofreció cuarenta mil. Después de tensas horas de tira y afloja, se tasó Valencia en sesenta mil dinares. Juan regresó a Zaragoza con el acuerdo de compra y al-Muqtádir ordenó de inmediato a sus generales que tuvieran preparado el ejército para dentro de dos meses. Entre tanto, otra legación zaragozana pactaba en secreto con el infante Ramón, hermano del rey de Pamplona, una sublevación contra este y la asunción del trono por el infante.

Diez mil guerreros veteranos, curtidos en los campos de batalla de Graus y de Barbastro, acamparon frente a Valencia a mediados de junio. Abrumado por el despliegue militar hudí, Abú Bakr salió de las murallas vestido con traje de fiesta al encuentro de al-Muqtádir. En su presencia, el gobernante valenciano pronunció un discurso cargado de elocuencia, recitando de memoria una serie de expresiones, sin duda preparadas por literatos, entre las que intercalaba citas al Corán referentes a la unidad de los musulmanes. El brillante discurso acabó con estas palabras:

—En consecuencia, estas tierras son tuyas, obra con ellas como te plazca y todos nosotros te obedeceremos como súbditos tuyos.

Inesperadamente, y ante el asombro de los generales del ejército hudí, al-Muqtádir se conformó con aquella declaración y ordenó a los comandantes de los batallones que prepararan el regreso inmediato a Zaragoza.

En el camino de vuelta vino a su encuentro un mensajero que se había desplazado sin apenas descanso desde la corte. Portaba un mensaje urgente. El rey lo hizo pasar a su tienda.

—Mi señor —dijo el mensajero—, el rey Sancho de Pamplona ha sido asesinado en Peñalén por su hermano Ramón. Un agente nos ha informado que fue arrojado por un precipicio. El infante Ramón trató de proclamarse rey de los pamploneses, pero la mayor parte de los nobles del reino lo acusaron de traidor y de ser el causante de la muerte de su hermano. Un enviado suyo acudió a Zaragoza en busca de ayuda y sabemos que también la solicitó a Aragón y Castilla. Pero estos dos monarcas cristianos se la denegaron y han acordado repartirse Navarra entre ellos: la región de Nájera será para Castilla y la de Pamplona para Aragón.

—¡Imbécil! —bramó al-Muqtádir—. Bien sabía yo que ese cretino sería incapaz de hacer las cosas bien. Le ordené que se ganara primero a la nobleza y que después acabara con su hermano de manera que no se notase, usando un envenenador profesional o simulando un accidente de caza. Y a ese idiota no se le ocurre otra cosa que despeñarlo. No ha sabido esperar y ahora él se ha quedado sin reino y nosotros atenazados por nuestros enemigos. ¡Guardias! —continuó—, convocad a los generales, que acudan inmediatamente para celebrar un consejo.

Instantes después entraban en la tienda real los generales que dirigían la expedición. Al-Muqtádir caminaba de un lado a otro con pasos rápidos y nerviosos. Sus profundos ojos oscuros denotaban un enfado sin par.

—Señores. La situación se ha complicado. El reino de Pamplona ya no existe, nuestro mejor aliado, la almohada que nos protegía de Castilla y Aragón, ha desaparecido. Necesitamos asegurar nuestras fronteras. La mitad del ejército, al mando del general Umar, girará hacia el oeste y fortificará las tierras de Molina y Soria. Los de Molina deberán someterse a nuestro poder, en caso contrario la villa y sus aldeas serán arrasadas. La otra mitad del ejército regresará conmigo a Zaragoza, desde allí prepararemos la defensa del norte por si el rey de Aragón decide atacarnos.

En la capital esperaban al rey el infante Ramón y su hermana Ermesinda, que le había ayudado a consumar el fratricidio. Al-Muqtádir imprecó con dureza a Ramón ante toda la corte, tildándole de torpe, inútil y cobarde. Le ordenó que se retirara hasta que decidiera qué hacer con él.

Unos golpes sonaron en la puerta. Jalid, que acababa de preparar la cena, acudió a abrir. La infanta navarra Ermesinda, semioculta bajo una amplia capa de lino azul, preguntó por Juan ibn Yahya al-Tawil. Juan reconoció enseguida a la infanta. La había visto una sola vez, el día en que

al-Muqtádir increpó y humilló a su hermano en el Palacio de la Alegría; aquella mujer no era fácil de olvidar. Tenía una figura esbelta, en la que destacaban unas ampulosas caderas y un busto prominente. Su rostro era afilado y sus rasgados ojos verdes dejaban entrever un carácter ladino y taimado. Era una de esas mujeres que no se detienen ante nada ni ante nadie con tal de lograr sus propósitos.

—¿Sois vos Juan ibn Yahya, el consejero del rey? —preguntó en latín la bella navarra a la que Jalid había acompañado hasta el interior de la casa.

—Uno de los consejeros del rey, señora —puntualizó también en latín el eslavo—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

—Vengo a pediros que intercedáis por mi hermano ante su majestad. Es cierto que se precipitó por no esperar el momento adecuado, pero sus ansias por convertirse en soberano de Pamplona vencieron su paciencia.

—Las prisas no son nunca buenas consejeras. Esto vale también para vos.

—Haré cuanto me pidáis —añadió Ermesinda con voz melindrosa.

—¿Tanto amáis a vuestro hermano?

—¿Queréis comprobar por vos mismo hasta dónde soy capaz de llegar? —preguntó la infanta ahora con voz sensual y mirada lasciva en tanto se colgaba lujuriosa de los poderosos hombros de Juan, ofreciéndole sus finos y suaves labios al tiempo que balanceaba sus pechos apretados contra el torso del eslavo.

—Sois muy bella. Ese hermano vuestro no os merece —alegó Juan impertérrito.

—Os he dicho que estoy dispuesta a cualquier cosa por lograr vuestro apoyo. Sois fuerte y muy bien parecido, podemos disfrutar uno del otro a la vez que discutimos asuntos de Estado.

—Este asunto es de competencia exclusiva de su majestad —indicó Juan.

—Vos podríais...

—Mi criado os acompañará hasta la puerta. Buenas tardes, señora —cortó firme Juan a Ermesinda, que apretando los labios dio media vuelta y salió con pasos enérgicos y presurosos y el orgullo herido.

—Esa hembra tiene una mirada de acero —dijo Jalid tras cerrar.

—Fría, suave y ágil como la de un felino —añadió Juan—. Es probable que nos cause problemas; no es de las mujeres que olvidan un desaire, y menos de las que perdonan a quien las rechaza después de haberse ofrecido.

Utilizando su cuerpo y su poderosa capacidad de seducción, Ermesinda consiguió una entrevista privada con al-Muqtádir. El rey, que ya había reparado en el espléndido cuerpo de la navarra, no tardó en incluirla entre sus amantes. Ermesinda intentó en vano que Juan cayera en desgracia a los ojos del soberano. Una noche, después de haber hecho el amor, la infanta le

reiteró que castigara a Juan alegando que la había ofendido pidiéndole relaciones. El monarca le prometió que lo colgaría en lo más alto del torreón del observatorio.

Pocos días después al-Muqtádir subió al torreón, donde Juan realizaba una mediciones sobre la órbita de Venus, y le colocó en el cuello un collar de eslabones de oro que pendía hasta la altura del corazón.

—¿Sabes?, intentó enemistarme contra ti. Le prometí colgarte en lo alto de este torreón y eso es lo que he hecho. Este collar te da derecho a ser considerado un ulema, un sabio oficial. Realmente lo eres, más que muchos que llevan ese título desde hace tiempo sin merecerlo. Transmites sabiduría y tienes discípulos: cumples por tanto todos los requisitos para ser uno de ellos, un ulema. Esa Ermesinda es la mujer más pérfida que conozco —continuó al-Muqtádir—, pero como amante es excepcional. Es lasciva y melosa como una gata en celo y fría y escurridiza como una serpiente. Ha sido amante de su hermano. Seguramente fue ella quien le incitó a liquidar a Sancho. Ya se veía reinando en Pamplona, al lado de ese idiota de Ramón, a quien dominó con sus amores incestuosos, y quién sabe si, cansada de él, también lo hubiera asesinado para quedarse ella sola al frente del reino. Pese a todo, he decidido liberar a Ramón y concederle una pensión vitalicia, otorgándole refugio en Zaragoza.

—Sois muy generoso, majestad.

—No, me estoy haciendo viejo —repuso el rey a la vez que iniciaba el descenso por la escalera de caracol.

Apenas había pisado el segundo peldaño, se volvió hacia Juan y añadió:

—Excepcional, como amante es excepcional.

7

Bien fuera por la codicia que le despertaron los tesoros de los que se apoderó en Denia, bien por el paso inexorable de los años, bien por los placeres de las fiestas y lujos del Palacio de la Alegría, o quién sabe si a causa de algún hechizo que la infanta navarra le administró, el carácter natural de al-Muqtádir, valiente y generoso a la vez que hábil e inteligente, fue tornando hacia una ambición desmedida de riquezas y una incontrolada lujuria. Abusaba del sexo, la comida y la bebida cuanto era capaz de resistir y su cuerpo de guerrero entró en un proceso de degeneración, en tanto su mente se degradaba sumida en el alcohol y la incontinencia. Su alabado talante ecuánime se volvió irascible y caprichoso, su ponderado sentido de la justicia se mudó en arbitrariedad, su admirable capacidad para gobernar el reino con mano firme pero serena se

transformó en innecesaria dureza, su gusto refinado y sutil fue sustituido por una atracción desmedida hacia las cosas procaces y vanas.

Mantenía sus tertulias con científicos y filósofos como antaño, pero enseguida derivaba la conversación hacia lo escabroso, buscando la morbosidad de cada asunto. Si se hablaba de música comparaba el laúd con el cuerpo de una mujer, realizando soeces observaciones sobre el agujero del instrumento musical, o relacionaba la flauta con el miembro viril. Cuando se conversaba sobre el firmamento solía identificar la Vía Láctea con los restos de la polución seminal de un gigante. En su vocabulario introducía con frecuencia expresiones bajas y viles, indignas de la boca de un monarca. Su heredero, el refinado y sereno príncipe Abú Amir, solía evitar a su padre siempre que era posible y no podía disimular el rubor y la vergüenza cuando aquel cometía algún acto innoble o pronunciaba expresiones groseras.

Se pavoneaba de haber desvirgado a más doncellas que ningún hombre hasta entonces, más que el mismísimo califa de Bagdad Harún al-Rachid, o que el emir cordobés ‘Abdarrahman II, de quien se había dicho que solo copulaba con vírgenes y había sido padre de doscientos hijos. Se ufanaba de haber gozado de bellezas sin igual, de haber satisfecho como nadie a las mujeres y de ser el mejor semental de Occidente. Gustaba de humillar a sus más allegados consejeros y a los altos dignatarios proponiéndoles que, si fuera necesario, él podría transportar a sus mujeres e hijas a un universo de placeres que de otra forma nunca alcanzarían.

Si hasta la conquista de Denia era reconocido y admirado como defensor del islam y paladín de los creyentes, y en su cabeza de soldado de Alá anidaban permanentemente planes para hacer la guerra santa a los cristianos, desde entonces solo le cupo la ambición de aumentar sus dominios a costa de los más débiles y no cesó de maquinar traiciones y engaños contra otros reinos musulmanes de al-Ándalus. Se recluyó entre los muros de su Palacio de la Alegría, que solo abandonaba para participar en algunas celebraciones en la mezquita mayor o en la *musalla* de la *sari’a* o para cazar palomas y alondras con halcones en los bajíos del Ebro.

Nadie se atrevía a contradecirle o a expresar una opinión censurando su modo de vida. Decía que era un león y que tras la caza estaba descansando, disfrutando de los sabrosos bocados a los que se había hecho justo merecedor. Para colmar su vanidad se rodeó de halagadores poetas que recitaban composiciones líricas en las que se destacaban su valor, su habilidad en el manejo de las armas, su gusto exquisito, su firme decisión, su elocuente retórica y otras muchas cualidades cuya simple mención hubiera hecho enrojecer al mismísimo Narciso.

El último día de *rabí* I del año 471 de la hégira, 8 de octubre de 1078 del cómputo cristiano, se produjo un eclipse total de sol. Todos los astrónomos sabían que ese fenómeno iba a ocurrir, pero nadie dudó en Zaragoza de que la ocultación solar en pleno día anunciaba el comienzo del fin de la gloria de al-Muqtádir.

Un macabro episodio vino a ensombrecer los últimos años de su reinado. Su desmedido afán

por las riquezas y las mujeres, las generosas dádivas a los parásitos aduladores, el abandono de la guerra santa y la renuncia a la defensa del reino por las armas a cambio de abonar parias a los cristianos obligaron a endurecer la política fiscal. Un nuevo impuesto que gravaba la producción agrícola y ganadera y la producción de sal gema vino a sumarse a las ya muy pesadas cargas que tenían que sostener los campesinos y los comerciantes.

En una aldea cercana a Zaragoza, un hombre que tenía fama de santidad por su ascetismo, su piedad, su pureza y sus buenas acciones recibía constantes quejas de sus vecinos sobre la actitud de al-Muqtádir, al que acusaban de esquilmar a los buenos musulmanes para emplear el dinero recaudado en comprar la paz a los cristianos. El venerable varón, angustiado por los sufrimientos de sus vecinos, acudió a la corte acompañado por un grupo de aldeanos y solicitó audiencia al rey. Escoltado por varios miembros de su comunidad, seguidores de su ejemplo, se apostó a las afueras del palacio en espera de ser recibido. En torno a este grupo se fueron congregando curiosos y hombres desencantados de las acciones del monarca. El asceta recriminaba la política de al-Muqtádir y predicaba palabras de hermandad y anunciaba la paz y la felicidad eterna para todos los que siguieran el camino recto trazado por el Profeta, amenazando con el fuego eterno para los que obraran en contra de los designios de Dios.

Los seguidores del asceta crecían sin cesar y eran ya más de dos centenares los que cada día se arremolinaban en el lugar elegido en espera de la entrevista. Rezaban plegarias, cantaban himnos de glorificación al Todopoderoso, recitaban las ciento catorce suras del Corán, compartían la comida y el hambre, el agua y la sed. Al-Muqtádir dudaba entre recibir al santón y burlarse de su actitud o disolver a aquellos harapientos que ensuciaban con su sola presencia los ajardinados alrededores de su palacio. En uno de los consejos, Juan recomendó que lo recibiera pero al-Muqtádir, por primera vez, no hizo caso al eslavo y amenazó con castigar a los seguidores del santón arrancándoles los dientes y condenarlos a empujar de por vida la rueda de un molino

Poco después un grupo de soldados de la guardia real, aprovechando las primeras horas del día, cuando los seguidores del predicador eran escasos, lo detuvo y lo condujo a los calabozos de la Zuda occidental. Sin ninguna garantía previa y sin haber oído sus alegaciones, el asceta fue ajusticiado en la *musalla* tan solo dos días después de su arresto. Un verdugo cercenó primero sus manos y sus pies y entre horribles aullidos le cortó la cabeza de un limpio tajo. Antes de morir lanzó una terrible maldición contra al-Muqtádir, profetizando que expiraría rabiando como un perro y ahogado en sus propios excrementos. En las gradas de la tribuna del viejo circo romano fue colocada su cabeza, clavada en lo alto de una pica, con un cartel en el que en grandes letras se podía leer: A QUIENES DESMIENTAN NUESTROS SIGNOS LOS ALCANZARÁ EL CASTIGO POR HABER SIDO PERVERSOS. Fueron muchos los que se escandalizaron por el atrevimiento de al-Muqtádir al colocar un versículo de la sura sexta del Corán junto a la cabeza de un piadoso varón tan injustamente ejecutado.

La preocupación por la progresión de los desvaríos del rey aumentaba entre los consejeros y los altos funcionarios. El peligro de una invasión aragonesa era creciente. Sancho Ramírez, con nuevas fuerzas tras la incorporación de Pamplona a sus dominios, inició una serie de escaramuzas en la frontera, ocupando algunas posiciones estratégicas en torno a Huesca. El rey de Aragón estaba tan seguro de su poder y de la debilidad de Zaragoza que incluso se permitió rechazar la ayuda de una cruzada que encabezaba el duque Guillermo VIII de Aquitania. El príncipe heredero recibía constantes mensajes e incitaciones para que depusiera a su padre y asumiera el poder.

—Son muchos los que me instan a que acabe con el gobierno despótico de mi padre —le decía el príncipe a Juan durante un paseo por la alameda de la Almozara.

—Creo que su majestad no está en condiciones de seguir reinando, pero no puedes ocupar el trono por la fuerza, serías considerado un usurpador y tu hermano Mundir tendría una excusa inmejorable para rebelarse y combatirte. Además el ejército sigue siendo fiel y leal al rey, y sin su apoyo no triunfarías —le aconsejó Juan.

—Entonces ¿qué podemos hacer? La situación comienza a ser insostenible y me temo que el pueblo acabará hartándose de las veleidades de mi padre. Si estallara una revuelta las consecuencias serían catastróficas.

—Debemos actuar con cuidado y habilidad. La paciencia es una de la más encomiables virtudes. Creo que sería conveniente lograr que su majestad redacte un decreto en el que te ratifique como sucesor y te nombre regente en caso de ausencia o enfermedad. A partir de entonces podríamos lograr que un consejo de médicos, y creo que Ibn Buklaris estaría de acuerdo en ello, declarara la incapacidad de su majestad para gobernar y en ese caso tú asumirías la regencia. Habrá que lograr el apoyo, siempre con discreción y sin que aparezcas en la operación, de los cadíes, los alfaquíes, los gobernadores de las principales ciudades y los comandantes del ejército. El general Umar será el más difícil de convencer, pero los demás tal vez acepten —asentó Juan.

—Mañana nos reuniremos en mi almunia del Huerva. Tú avisa a Ibn Buklaris y a Ibn Paquda, yo hablaré con el visir Ibn Hasday. Entre los cinco diseñaremos el plan a seguir —concluyó el príncipe.

Abú Amir poseía una pequeña finca ubicada en el valle del Huerva, a unas seis millas de las murallas de la ciudad. La usaba como casa de recreo, a donde solía retirarse algunas veces, especialmente cuando los rigores del tórrido verano azotaban la ciudad y los malos olores causados por la descomposición de las basuras y despojos hacían el aire pesado y hediondo. Los

cinco amigos estuvieron de acuerdo en las medidas diseñadas por Juan. No tenían mucho que ganar, pero los movía la defensa de los intereses del Estado.

—Me has sorprendido, Juan. No creí que tuvieras tanta habilidad para la política —dijo Ibn Buklaris una vez trazadas las líneas maestras del plan—. ¿Dónde has aprendido tanta sutileza?

—Recuerda que he vivido varios años en el ombligo de la mejor diplomacia del mundo, en Constantinopla —respondió Juan al tiempo que apuraba el último trago de una jarrita de vino blanco perfumado con esencia de melocotón.

—Deberías dedicar más tiempo al cultivo del arte de la política —le recomendó Ibn Hasday.

—Por más que lo hiciera nunca alcanzaría tu nivel —le replicó Juan.

—Amigos, cuando sea rey creo que voy a gozar de unos consejeros reales de valía extraordinaria —señaló el príncipe.

Estaban a punto de dar por concluida la reunión cuando Juan añadió:

—Queda lo más importante: escuchad con atención. Un caballero castellano, llamado Rodrigo Díaz, ha sido acusado ante su rey Alfonso de haberse quedado con la parte principal de las parias que fue a recaudar a Sevilla y de desobedecer a su rey por atacar a los toledanos sin su consentimiento. Un tribunal lo ha condenado al destierro. Ahora está en Atienza, en el límite de nuestra frontera occidental. Busca un país donde lo acojan en su exilio. He logrado establecer contacto con él gracias a que mi antiguo amo, Yahya ibn al-Sa'igh, lo conoció cuando hace años estuvo en Zaragoza con las tropas castellanas que acudieron en nuestra ayuda en la batalla de Graus. Entonces era un joven caballero al servicio del infante de Castilla don Sancho, hoy es un poderoso guerrero que encabeza un pequeño pero eficaz y preparado ejército de más de mil hombres. Pienso entrevistarme con él dentro de quince días. Mi propuesta es que ponga sus lanzas al servicio de los Banu Hud y garantice la sucesión de Abú Amir. Será preciso que disponga de un salvoconducto para atravesar el reino con la excusa de ir a ofrecer sus servicios al conde de Barcelona. Una vez aquí será nuestro escudo por si hubiera una revuelta del ejército en favor del rey.

—Es muy peligroso. ¿Qué ocurrirá si exige a cambio poder, o tierras? —preguntó el príncipe.

—En ese caso, harto probable, le dirigiremos hacia Valencia. Al-Muqtádir ejerce sobre esta ciudad una autoridad más nominal que efectiva, pero de derecho es nuestra. Podríamos entregársela —propuso Juan.

Dos semanas después de aquella reunión en la almunia de Abú Amir, y tal como estaba previsto, Juan se entrevistó con Rodrigo Díaz en la fortaleza castellana de Atienza. Acordaron que el castellano de Vivar esperaría en la frontera, moviéndose de un lado a otro si era preciso, hasta que al-Muqtádir fuera depuesto. Cuando Abú Amir ejerciera el poder, se dirigiría a Zaragoza para ponerse a las órdenes del nuevo monarca. Rodrigo Díaz empeñó ante Juan su palabra de caballero cristiano y juró por la Biblia que cumpliría todos los términos del pacto.

La vorágine de placeres y de incontinencias de todo tipo estaba destruyendo la voluntad de al-Muqtádir, a quien la enfermedad de la gota atormentaba. Ibn Buklaris le recetó el consumo de mostaza, que perjudicaba al cerebro si no se contrarrestaba su efecto con un preparado de almendras y vinagre. Aunque las prácticas homosexuales eran frecuentes entre hombres, y muchos aristócratas y altos funcionarios tenían amantes masculinos, sobre todo esclavos y criados, al-Muqtádir se había mostrado siempre contrario a ellas. Pero en una ocasión, harto de desvirgar doncellas y hastiado de ejercer de macho, fijó sus ojos en un adolescente llamado Yahya ibn Yatfut, un hermoso muchacho de piel melada, pelo castaño y ojos verde esmeralda. Era miembro de una de las familias más nobles del reino, la de los Banu Yafrán, y se había criado en palacio, con el ramillete de hijos de los principales del reino que se educaban en la escuela palatina. Desde hacía tiempo, los primogénitos de los más poderosos linajes pasaban los años de formación en la corte; oficialmente se aseguraba que era para prepararlos para ocupar los altos cargos que el destino les tenía reservados, pero todos sabían que en realidad eran rehenes del rey para garantizar la fidelidad de las familias poderosas.

Al-Muqtádir reparó en el muchacho cuando los alumnos realizaban ejercicios de doma en el campo de equitación cercano al Palacio de la Alegría, al lado de la Almozara. Al contemplar su rostro y su grácil figura, la pasión amorosa se encendió en el monarca y su corazón solo fue desde entonces para él.

Para atraerlo, organizó fiestas campestres a las que acudía rodeado de muchachas vírgenes, jóvenes efebos, eunucos bellísimos y negros superdotados y que acababan en verdaderas orgías en las que todo tipo de prácticas sexuales se celebraban entre cántaros de vino endulzado con azúcar de caña y jarras de hidromiel fermentada, que eran bebidos incontinentemente por los asistentes hasta caer sumidos en profundas borracheras colectivas.

Después le envió regalos y presentes, y más tarde le remitió un poema en el que le decía:

¡Oh gacela! Dime, por Dios,
cuándo te veré presa en mis redes.
La vida se me pasa
y mi alma languidece por no lograr tu amor.

El muchacho le devolvió el papel en el que al-Muqtádir había escrito los versos, incluyendo al dorso estos otros:

Si es verdad que soy gacela,
tú eres león que quieres arrebatarme,

y nunca me ha pasado por las mientes
el establecerme en tu selva.

Pero más abajo continuaba:

Esta es la contestación que exigen las leyes de la poesía. Pero después te digo: he puesto mi brida en manos de mi señor.

Cuando el rey leyó el colofón, su corazón estalló de placer. Enamorarse del muchacho le había rejuvenecido. Su carácter irascible de los últimos años se tornó delicado y alegre y, para asombro de todos, renunció a sus desbordadas orgías sexuales multitudinarias. Yahya ibn Yatfut colmaba todas sus ansias de amor. Se los veía pasear juntos, siempre de la mano, por los alrededores de palacio, mirándose a los ojos entre sonrisas a veces tiernas, a veces pícaras. En las fiestas privadas ya no había danzarinas de formas voluptuosas, torneados muslos y prominentes pechos, sino delicados efebos y etéreas ninfas de formas asexuadas y cuerpos ambiguos. El otrora belicoso y masculino Ibn Hud se abandonó a una nueva sensualidad. Buscó nuevos placeres en el sexo masculino y acabó disfrazándose de mujer para ser poseído analmente por el joven Yahya.

—Esta situación no puede continuar de ninguna manera. Es preciso actuar ya —propuso el príncipe heredero ante sus colaboradores—. ¿Tenéis preparado lo acordado?

—Aquí está el documento por el que su majestad delega en su heredero, el príncipe Abú Amir, todos los poderes en caso de enfermedad; no ha sido difícil que lo firmara. Hemos tenido que negociar con Mundir para evitar su sublevación y se ha mostrado de acuerdo siempre que en el testamento del rey se le concedan Tortosa y Denia, las dos últimas conquistas de al-Muqtádir, además de Lérida. Hemos cedido y aceptado esas condiciones. Más adelante podremos recuperar las tierras de Levante que ahora se le entregan a cambio de su apoyo —intervino Ibn Hasday.

—En connivencia con todos los médicos de la corte he preparado un documento en el que se declara a su majestad enfermo y con incapacidad manifiesta para gobernar, por lo que aplicando el propio decreto real, el príncipe Abú Amir pasará a ser regente con todos los poderes —añadió Ibn Buklaris.

—Entonces no esperemos más. El ejército está inquieto. Es preciso obrar con rapidez y eficacia. Dentro de siete días recluiremos al rey en sus aposentos y el príncipe asumirá el poder. No podemos fallar. Rodrigo Díaz está con sus mesnadas presto para cumplir su parte del plan. Ahora es preciso mantener ocupado a nuestro ejército —sentenció Juan.

—¿Ocupado? —se preguntó Ibn Buklaris.

—Sí, en acción. Aquí traigo —señaló Juan un papel que portaba en la mano— un decreto del rey por el que el general Umar debe atacar en una semana las tierras de Lérida. No me ha costado

convencer a su majestad. Pese a los años transcurridos sigue odiando a su hermano al-Muzaffar. Nuestro ejército estará acantonado allí hasta que se le unan los castellanos de Rodrigo Díaz y nuevos contingentes mandados por Abú Amir. La conquista de Lérida será a los ojos del ejército más valiosa que las de Tortosa o Denia, y Abú Amir será reconocido como conquistador, con lo que espero que ganemos la adhesión de los soldados.

—Tu plan parece correcto, pero ¿y si falla? —inquirió Ibn Hasday.

—En ese caso nuestras cabezas rodarán en la arena de la *sari'a* y ya no tendremos de qué preocuparnos —ironizó Juan.

El día 5 del mes de *yumada* I del año 474 de la hégira, 11 de octubre de 1081, el príncipe heredero Abú Amir Yusuf ibn Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud asumió el poder con el título de al-Mu'tamín, «el que confía en Dios». El rey al-Muqtádir fue recluido en unas dependencias del Palacio de la Alegría, vigilado por varios guardias y bajo la supervisión médica de Ibn Buklaris. Para dar sensación de normalidad, se acuñaron dos monedas de manera simultánea, una con el nombre de al-Muqtádir y otra con el de al-Mu'tamín. Dos días después las mesnadas del caballero castellano Rodrigo Díaz pasaban por Zaragoza camino, así se dijo, de Barcelona.

El plan acordado en la almunia del Huerva se estaba cumpliendo en todos sus detalles. Rodrigo Díaz se dirigió a tierras cristianas del condado de Barcelona. Pero el conde Berenguer II no aceptó las condiciones del de Vivar para entrar a su servicio, claro que estaban diseñadas para que no lo hiciera, y Rodrigo regresó con su mesnada a Zaragoza poniéndose a las órdenes de al-Mu'tamín. Los dos hombres entablaron enseguida una sincera amistad. Al-Mu'tamín estimaba la capacidad militar y la gallardía de Rodrigo y este apreciaba la ecuanimidad y talento del regente.

Un inconveniente alteró los planes trazados por Juan. El general Umar, receloso con la actuación de al-Mu'tamín, ocupó Lérida en nombre de al-Muqtádir y la entregó al príncipe Mundir, que ya se intitulaba soberano de Denia y Tortosa. Al-Muzaffar, tío de ambos, pudo huir, pero cayó en manos de al-Mu'tamín, que lo recluyó en el castillo de Rueda, sobre el valle del Jalón, a mitad de camino entre Zaragoza y Calatayud.

A finales de primavera del año cristiano de 1082, mes de muharran del 475 de la hégira, al-Muqtádir, que continuaba recluido en el Palacio de la Alegría, empeoró de su enfermedad. La maldición del asceta parecía cumplirse. Durante toda una noche el rey aulló como un perro, profiriendo horrendos gritos de dolor. Ibn Buklaris intentó calmarlo suministrándole drogas y una cataplasma de hielo traído de las neveras del Monte Cayo, pero no pudo atajar los espasmos agonizantes. El equilibrio de los cuatro humores del cuerpo se había roto: la sangre caliente y húmeda bullía ardiente en las venas; la flema fría y húmeda se espesaba en los pulmones e impedía una correcta respiración; la bilis amarilla, caliente y seca, se derramaba a borbotones

entre los tejidos; y la bilis negra, fría y seca, inundaba los órganos internos impregnándolos de muerte. El *hakim* le obligó a beber un jarabe de ciruelas y un vaso de agua de rosas con mejorana, pero vomitó el brebaje; se le suministraron carquesia y un sudorífero aunque tampoco surtieron efecto.

Su rostro adquirió un color emético. Una espuma sanguinolenta surgió de su boca en torno a una ulcerada lengua aftosa entre estertores tan fuertes que apenas podían sujetarlo cuatro robustos eunucos. Se hizo encima sus necesidades corporales y en apenas minutos todo su cuerpo se llenó de excrecencias purulentas y viscosas. El *hakim* Ibn Buklaris sajó los bultos más gruesos y aplicó un ungüento de raíz de malvavisco y de lirio cárdeno, polvo de azafrán, bulbo de azucenas y raíz de espadaña disuelto en infusión de manzanilla con aceite de sésamo. Todo fue inútil: el rey murió entre terribles convulsiones, balbuciendo una sarta de palabras indescifrables entre las que alguno de los presentes creyó entender el nombre de Yahya ibn Yatfut.

Juan recordó la profecía que había leído en Toledo en el libro del visionario Ibn al-Jayyat: «Cuando se cumplan cinco veces seis veranos, el león rampante del norte brillará más que el sol. Parecerá entonces que la luna se asentará para siempre en la casa del Escorpión. Pero seis veranos después el sol ocultará la luna. El azul y el amarillo tornarán rojo y blanco. La esperanza de los creyentes sucumbirá ante el *yin* del placer y la muerte se asentará en la sala dorada». Parecía increíble pero la profecía se había cumplido. El león, es decir al-Muqtádir, había alcanzado la cima de su poder justo tras la conquista de Denia, pero después había caído en la degradación hasta su muerte. Pero aún había más: al-Kirmani había fijado el comienzo de las obras del nuevo palacio, es decir, de la sala dorada, cuando «la luna creciente esté alineada con Venus en el centro del Escorpión». Cualquier astrólogo sabía que la luna asentada en la casa de Escorpio abocaba a influencias negativas: una sensualidad desbordada, curiosidades malsanas, impulsos eróticos irrefrenables y pasiones turbulentas en las que los sentidos se dejan arrastrar por los placeres. Juan entendió entonces que el maestro había dejado un mensaje secreto que nadie había podido desentrañar, en el que anunciaba la desgracia para aquel dueño del palacio que se dejara llevar por las influencias negativas señaladas. Así, sin que ninguno de los dos lo hubiera podido ratificar, la profecía de Ibn al-Jayyat coincidía con la predicción de al-Kirmani. El viejo maestro había hecho colocar jaspe rojo y alabastro blanco combinándolos en armonía. En el texto profético se vaticinaba el cambio del amarillo y el azul, los colores de la divisa de la dinastía de los Banu Hud, por el rojo y el blanco. Sin duda el cambio de colores se refería a la sucesión de al-Mu'tamín, mucho más ecuánime y equilibrado que su padre. También en eso habían acertado al-Kirmani e Ibn al-Jayyat. Solo quedaba un detalle por atar, el referente a que «el sol ocultará la luna». Cabía una posibilidad: el sol en el signo lunar, el de Cáncer, significa que prevalece la sensibilidad receptiva, la renuncia a la iniciativa, la falta de agresividad, la

búsqueda del placer hedonista, la inestabilidad emotiva con presencia de actitudes infantiles y rechazo a las responsabilidades; quizá se anunciaba la desviación última del rey hacia la homosexualidad. Pero la luna también formaba parte del estandarte de los Banu Hud: ¿quién sería el sol que acabaría con la luna?

La noticia del fallecimiento del monarca corrió de inmediato por todas las bocas del reino. Algunos difundieron que había sido mordido por un perro y que había muerto fruto de la rabia que el animal le había transmitido. Los más radicales, alentados por los religiosos integristas seguidores del imán ‘Abd Allah ibn Alí, propalaron que se trataba de un castigo divino por haberse burlado de los mandamientos de Dios. Los seguidores del santón ejecutado dijeron que se había cumplido la maldición pronunciada por aquel en el cadalso antes de ser tan alevosamente ejecutado. Ibn Buklaris, como médico real, certificó que la muerte había sobrevenido a causa de altas fiebres como consecuencia de un desarreglo de los humores del cuerpo.

Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud, el león del islam, el paladín de los creyentes, el *hafiz* de la verdadera fe, el Victorioso por Dios, fue enterrado en el cementerio real, cerca del Palacio de la Alegría. No había cumplido los sesenta años, pero había gobernado su reino durante treinta y seis. En el funeral se recitaron estos versos, parte de un poema escrito por el propio al-Muqtádir:

> ¡*Oh, casa del placer, oh, salón dorado*!,
> *por vosotros han hallado su colmo mis deseos.*
> *Si otra cosa no poseyera en mi reino,*
> *tendría todo lo que pudiera ansiar*.

Su hijo al-Mu’tamín hizo grabar sobre la tumba el siguiente epitafio: AQUÍ DUERME LA ETERNIDAD AHMAD IBN SULAYMÁN, DEL LINAJE DE LOS BANU HUD. NADIE AMÓ COMO ÉL LA VIDA, NADIE VIVIÓ COMO ÉL EL AMOR.

Capítulo VIII

La primavera truncada

1

Al-Mu’tamín tomó posesión del trono en una ceremonia en la que siguiendo sus estrictos deseos no se realizó ningún alarde fastuoso; tenía entonces treinta y siete años. El reino que heredaba de al-Muqtádir estaba dividido entre los dos hermanos; Tortosa, Lérida y Denia habían quedado en poder de Mundir. El rey de Zaragoza escribió una carta a su hermano pidiéndole que lo reconociera como rey único, a fin de lograr que la dinastía de los Banu Hud se mantuviera como el principal baluarte del islam ante el avance cristiano.

La misiva llegó a Lérida a mediados de verano. Mundir se encontraba en Balaguer, unas pocas millas al norte de Lérida, en el palacio que su tío al-Muzaffar había construido a imitación del Palacio de la Alegría. Era uno de esos días bochornosos en los que el aire caliente del sureste lo inunda todo.

—Me pide que lo acepte como rey y que renuncie a mis posesiones, incumpliendo así el acuerdo secreto que firmamos poco antes de la muerte de mi padre —decía Mundir a sus consejeros.

—Debemos responder con contundencia, majestad. El ejército os es fiel y os seguirá en el combate —asentó el general Umar, que se había pasado con parte de sus tropas al bando de Mundir.

—No estoy seguro de poder derrotar a mi hermano. Nuestras fuerzas son inferiores a las suyas, además tiene de su parte a ese caballero castellano llamado Rodrigo Díaz con sus mesnadas. Antes de iniciar las hostilidades debemos asegurar nuestra retaguardia. Si iniciásemos la lucha sin cerrar un pacto con el conde de Barcelona estaríamos cogidos entre dos espadas y seríamos una presa fácil para cualquiera de los dos. Si logramos atraernos la amistad del conde y la del rey de Aragón tendremos las manos libres y será mi hermano quien se encuentre atrapado.

—Pero señor, si damos el primer golpe gozaremos de una posición de privilegio. Muchos soldados ahora adictos a al-Mu’tamín, en cuanto vean que soy yo quien dirijo vuestro ejército, desertarán y se pasarán a nuestro lado. Vuestra majestad es más querido entre los soldados,

mucho más atraídos por un rey de hierro, de voluntad firme y ánimo decidido como vos, amante de la guerra y de la acción, que por vuestro hermano, más preocupado por los libros y los números que por la vida entre la milicia —expuso Umar.

—No menospreciéis a mi hermano, general. Quizá no sea un soldado, pero tiene una inteligencia fuera de lo común y si la emplea en el arte de la política y de la milicia las cosas no serán tan fáciles para nosotros. No os engañéis, no somos tan poderosos como para derrotarle con un solo golpe de mano —dijo Mundir.

—Tenemos más de dos mil hombres preparados para el combate y podemos reclutar otros tantos en menos de un mes —alegó el general Umar.

—Mi hermano podría reunir tres veces esa cantidad en una semana. Si no conseguimos la ayuda de Aragón y Barcelona, o al menos su compromiso de no atacarnos mientras luchamos entre nosotros, nunca podremos derrotar a al-Mu'tamín —acabó Mundir dando por zanjada la conversación.

En Zaragoza al-Mu'tamín se reunió con sus consejeros en el Palacio de la Alegría. Nada más acceder al trono había nombrado un consejo privado compuesto por el visir Ibn Hasday, Ibn Buklaris, Ibn Paquda y Juan ibn Yahya.

—Amigos —comenzó el rey—, mi hermano ha rechazado, como ya esperábamos, la entrega de sus posesiones a nuestro dominio. Se siente fuerte y seguro de su poder. Nuestra situación es difícil. Nos encontramos entre dos poderosos vecinos, castellanos y aragoneses, ambos codiciosos por incorporar estas tierras a sus señoríos. En esta tesitura la posición de mi hermano es muy cómoda. No dudo de sus intenciones; sé que está intentando forjar una alianza con Sancho Ramírez de Aragón y con el conde de Barcelona para presionarnos por todos los flancos y ahogarnos poco a poco. Nuestras posibilidades de maniobra no son muchas.

—Debemos emplear a Rodrigo y a sus caballeros como fuerza de choque —asentó Juan—, y debemos hacerlo antes de que Mundir logre organizarse.

—Antes hemos de reforzar la frontera; el general Umar tratará de convencer a Mundir para lanzar un ataque relámpago contra Zaragoza —supuso Ibn Hasday.

—Quizá sea lo más prudente —señaló al-Mu'tamín.

En ese momento se anunció a Rodrigo Díaz. El caballero castellano vestía una corta túnica de lino morado y una capa granate. Tenía unos cuarenta años. Era de baja estatura pero de complexión robusta. Sus manos, grandes y gruesas, no estaban proporcionadas con la altura de su cuerpo, pero sí con los brazos musculosos. Sus anchas espaldas y sus fuertes hombros indicaban claramente que realizaba abundante ejercicio físico. Su cabeza era grande y el cuello corto y grueso. En su rostro, cubierto por una espesa barba de pelo negro, como el de sus

cabellos, destacaban unos aguileños ojos pardos de mirar profundo y altivo. La nariz y los labios, finos y delicados, contrastaban con el resto de su cuerpo hasta tal punto que si se contemplaban con detalle parecían pertenecer a otra persona. Su caminar era enérgico y decidido y al andar apoyaba las piernas, ligeramente arqueadas, asentando las plantas de los pies con firmeza, como si quisiera asegurar cada paso antes de iniciar el siguiente.

Rodrigo se postró rodilla en tierra ante el rey y lo saludó.

—Majestad, acabo de recibir vuestra nota —dijo el de Vivar en un aceptable árabe.

—Sed bienvenido —dijo al-Mu'tamín a la vez que con un ademán de sus manos lo invitaba a incorporarse—. Creo que ya conocéis a mis consejeros.

Rodrigo los saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Estábamos discutiendo sobre cuál ha de ser nuestra táctica con respecto a la rebeldía de mi hermano Mundir —continuó el rey—. Sabemos que está fraguando una alianza con Aragón y con Barcelona e incluso que ha enviado agentes a los condes de Cerdaña y Urgel. No me cabe la menor duda de que está intentando encabezar una gran coalición contra Zaragoza.

—En ese caso, majestad, deberíamos actuar deprisa —añadió Rodrigo.

—¿En cuánto tiempo podríais tener listos a vuestros hombres para acudir a defender la frontera de Lérida? —preguntó Juan.

—Creo que en siete días, cinco si nos apresuramos.

—Hacedlo. La próxima semana saldréis hacia Lérida y defenderéis nuestras posiciones hasta que acudamos con el grueso del ejército —ordenó al-Mu'tamín.

El rey Sancho Ramírez de Aragón, que había acordado un pacto con el de Lérida, fue informado por sus agentes de las intenciones de al-Mu'tamín. El monarca cristiano montó en cólera cuando supo que Rodrigo Díaz encabezaba la vanguardia del ejército que se dirigía hacia la frontera de Lérida con intención de fortificarla. Aseguró que el castellano no se atrevería a avanzar hacia los cristianos y que incluso no saldría de Zaragoza. Pero Rodrigo, como estaba previsto, progresó hacia el este y fortificó el castillo de Almenar.

Sancho Ramírez marchó con su ejército hacia Monzón, cuyo gobernador era adicto a al-Mu'tamín, y acampó a unas cuantas millas de este poderoso castillo, jurando que no dejaría que Rodrigo entrase en la villa. El caballero castellano, con el ejército aragonés a la vista, entró en Monzón, cuya población lo acogió con entusiasmo. Sancho Ramírez, a quien se acababa de sumar el conde Berenguer II de Barcelona, contempló en la distancia y sin hacer nada por evitarlo cómo el de Vivar se asentaba en la villa.

Mundir, desde Lérida, llamó en su ayuda a varios señores cristianos. Ante la promesa de fuertes sumas de plata y oro acudieron el conde de Cerdaña, el hermano del conde de Urgel y varios señores de Besalú, Ampurdán, Rosellón y Carcasona, todos ellos con decenas de caballeros y centenares de infantes. El ejército de Mundir, reforzado por los mercenarios

cristianos, salió de Lérida y sitió el castillo de Almenar, donde Rodrigo había dejado a un grupo de su hueste.

El de Vivar había ganado el castillo de Escarp, al suroeste de Lérida, siguiendo el plan trazado para la fortificación de la frontera. Allí se enteró por un mensajero que Mundir había sitiado a los de Almenar. De inmediato envió una misiva a al-Mu'tamín poniéndole al corriente de la situación y comunicándole la gravedad del cerco de Almenar, añadiendo que si se perdía este castillo todo el plan se vendría abajo.

Al-Mu'tamín actuó entonces con el valor y el arrojo que se le suponían al heredero de los Banu Hud. En apenas cuatro días organizó el ejército y él mismo salió en vanguardia hacia el este. Juan, por primera vez en su vida, se vistió con la cota de malla y empuñó una espada, cabalgando en cabeza de la columna de caballería, inmediatamente detrás del rey. La imponente figura del eslavo destacaba por su altura. Montaba un caballo de los que solían usar los cristianos, más grande y pesado que los ligeros y veloces corceles árabes, pues quedaba un tanto ridículo sobre el pequeño alazán que en principio le habían asignado. En su interior sentía bullir la sangre guerrera del linaje de los Tir.

En la villa de Tamarite los esperaba Rodrigo. El encuentro de los dos amigos fue alegre, pese a la gravedad de la situación. En la fortaleza de esta villa diseñaron los planes a seguir.

—Majestad —dijo Rodrigo—, nuestra situación es difícil, muy difícil. Vuestro hermano asedia Almenar con un poderoso ejército compuesto por sus propias tropas y las de varios señores catalanes. En el castillo resiste un grupo de nuestros soldados, y cerca de Monzón están acampados los ejércitos del rey de Aragón y del conde de Barcelona.

—Atacaremos a Mundir y levantaremos el sitio de Almenar; hay que socorrer a esos hombres —aseveró con firmeza el rey de Zaragoza.

—Las fuerzas enemigas son muy superiores a las nuestras. En estas condiciones creo que no podemos enfrentarnos a ellas —se lamentó Rodrigo.

—Atacaremos —se reafirmó al-Mu'tamín.

—Señor —intervino Juan—, don Rodrigo tiene razón. Nos superan en número y además están asentados sobre el terreno desde hace días. Gozan de demasiadas ventajas.

—Yo siempre he sido partidario del combate y nunca he rechazado la batalla, pero en este caso las condiciones son desiguales; debemos actuar con prudencia —añadió Rodrigo.

—Si no combatimos, ¿qué otra cosa podemos hacer? —preguntó al-Mu'tamín.

—Creo no ofenderos si os propongo que ofrezcáis a vuestro hermano un tributo para que levante el cerco de Almenar. Opino que aceptará. Con ese dinero podrá pagar a los señores cristianos que lo apoyan y se retirará a Lérida. Si ocurre así, tendremos más tiempo para organizarnos —razonó Rodrigo.

Al-Mu'tamín se dirigió hacia la ventana y apoyó su mano en el alféizar. Ante él se extendían

los ocres tejados de Tamarite y más allá los amarillos campos de rastrojos recién segados. Se mantuvo en silencio, fijos los ojos en el horizonte, y transcurrido un largo intervalo de tiempo se volvió hacia Rodrigo y Juan que se mantenían expectantes.

—De acuerdo. Le ofreceremos diez mil monedas de oro, creo que será suficiente.

—¡Es un triunfo, es un triunfo! —gritaba Mundir alborozado—. Me ofrece diez mil dinares si levanto el sitio de Almenar. Mi hermano humillado, pagándome tributo. ¡Cuánto tiempo he deseado que llegara este momento!

—Majestad —intervino el general Umar—, creo que no deberíais aceptar el oro. Tenemos Almenar en nuestras manos; su conquista es solo cuestión de días. Si aceptáis el tributo no habremos logrado nada y vuestro hermano, tan solo por diez mil dinares, habrá fortificado la frontera como era su propósito. Si ahora permitimos que lo logre, será muy difícil desbancarlo después.

—El general Umar tiene razón —intervino el conde de Cerdaña—. Además, ¿por qué conformarnos con una miseria cuando tenemos todas las riquezas del reino de Zaragoza a nuestro alcance?

El resto de los señores cristianos asintieron codiciosos y aprobaron las palabras del de Cerdaña.

—Si estáis todos de acuerdo, señores, no tengo ninguna objeción. Comunicaré a mi hermano que rechazamos su propuesta —finalizó Mundir.

La negativa a levantar el sitio de Almenar a cambio del tributo desconcertó a Rodrigo.

—¡Se niegan a aceptar el dinero! Esto no lo esperaba —lamentó.

—En ese caso, no nos queda otro remedio que atacar —observó al-Mu’tamín.

—Habrá que trazar un plan. Son superiores a nosotros; si nos enfrentamos en campo abierto y en una batalla pactada no tenemos ninguna posibilidad —indicó Rodrigo.

—El rey de Aragón y el conde de Barcelona han sido avisados de que Mundir ha rechazado el tributo y se dirigen hacia Almenar para compartir la victoria que creen segura. Si atacamos el mismo día de su llegada tendremos la sorpresa de nuestro lado. Nadie pensará que nuestra carga se vaya a producir cuando se agrupen todas sus fuerzas; creo que en ese momento el enemigo será más vulnerable porque se relajará en la vigilancia ante la inminencia del éxito —dijo Juan.

—¡Vaya! —se sorprendió Rodrigo—. Conocía vuestra habilidad como diplomático pues os mostrasteis brillante para convencerme en la entrevista que sostuvimos en Atienza, pero ignoraba vuestra capacidad para la táctica militar. Aunque vuestro cuerpo es formidable, vuestras manos son finas y suaves, no parecen las de un soldado sino las de un hombre de letras o las de un clérigo. Un ulema como vos no suele entender de guerras.

—He estudiado el desarrollo de decenas de batallas en las obras clásicas. Conozco bien los movimientos que Alejandro Magno, Aníbal, Julio César o Belisario realizaron en cada una de sus grandes victorias. Vos deberíais leer algunos tratados sobre el arte de la guerra. En muchas batallas la táctica fue el factor decisivo, en otras el valor y el arrojo de los soldados y de sus generales, pero en no pocas intervino la sorpresa de manera determinante, en especial en aquellas en las que los vencedores partían en clara inferioridad numérica, como es nuestro caso.

—Rodrigo —señaló al-Mu'tamín—, dirigid el ejército hacia Almenar y sorprended a nuestros enemigos.

—Lo haré, majestad —afirmó el de Vivar con el convencimiento del que está seguro de la victoria.

Los soldados de Rodrigo Díaz cayeron sobre el campamento de los confiados sitiadores de Almenar al amanecer. La mayor parte dormían en sus tiendas agotados por los festejos del día anterior. Armados con espadas cortas y con cuchillos largos, los zaragozanos de Ibn Hud y los castellanos del de Vivar embistieron a catalanes, aragoneses y leridanos con rapidez y fiereza, sin darles apenas tiempo a defenderse; muchos fueron degollados al lado de sus lechos sin que hubieran podido empuñar sus espadas. En apenas unos minutos el campamento se convirtió en una turbamulta en la que hombres semidesnudos corrían alocadamente de un lado a otro incapaces de organizar la defensa. A la primera carga de los soldados de a pie armados con puñales, siguió una de caballería encabezada por el propio Rodrigo. Los jinetes, equipados con lanzas y largas espadas, arremetieron contra los que corrían entre las tiendas, causando una enorme matanza.

Los supervivientes huyeron dejando abandonado un rico botín. En la refriega fue capturado el conde Ramón Berenguer II de Barcelona, que Rodrigo condujo en persona hasta Tamarite, donde esperaba al-Mu'tamín.

—Majestad, hemos vencido —anunció Rodrigo orgulloso.

—Sabía que lo lograríais —asentó al-Mu'tamín.

—Os traigo a Ramón Berenguer de Barcelona, lo apresamos en pleno combate —dijo Rodrigo haciendo una seña para que acercaran al conde.

Ramón Berenguer II apareció escoltado por Muño Gustioz, cuñado de Rodrigo, y Alvar Fáñez y Pedro Vermúdez, sus sobrinos. Vestía una camisa de lino y unas calzas de cuero marrón; le habían dejado una capa bermeja para cubrir sus hombros. Estaba claro que el conde había sido sorprendido en pleno lecho, sin tiempo para equiparse con la cota de malla.

—Mi querido conde, lamento conoceros en esta tan triste situación para vos —comenzó al-Mu'tamín en romance.

—Yo también, majestad. Me hubiera gustado que nuestro encuentro se hubiera celebrado en otras circunstancias —respondió el conde.

—Olvidemos lo ocurrido y hablemos del futuro. No tengo intención de reteneros durante mucho tiempo. Si llegamos a un acuerdo, os pondré de inmediato en libertad, ¿qué me decís? —inquirió el rey.

—Escucho vuestra propuesta.

—Es bien concreta. Si acordáis concertar con mi reino una paz perpetua quedaréis en libertad de inmediato. Solo os pongo esa condición: la paz a cambio de vuestra libertad —indicó al-Mu'tamín.

—Me parece correcto —asintió Berenguer sin apenas tomarse tiempo para pensarlo.

—Pues si estamos de acuerdo redactaremos un tratado y recuperaréis de inmediato la libertad —añadió al-Mu'tamín.

Cinco días después el conde de Barcelona salía de Tamarite con el tratado de paz acordado y el ejército hudí regresaba victorioso a Zaragoza.

La entrada en la ciudad fue triunfal. El rey, acompañado por Rodrigo Díaz y el príncipe heredero, cabalgaba al frente de las tropas que eran aclamadas por la multitud como en los días gloriosos de los triunfos de su padre al-Muqtádir. El puente se había engalanado con guirnaldas de flores y la puerta estaba decorada con un arco de madera pintado en azul y amarillo con una leyenda en la que se aludía a la victoria de Almenar. Centenares de hombres, mujeres y niños se agolpaban a ambos lados de las calles y sobre las azoteas agitando ramos de flores y arrojando pétalos de rosas sobre los vencedores. En el recinto de la *sari'a* se había preparado un palco en el que la multitud otorgaría a su rey los honores de la victoria. Hasta allí se dirigió la comitiva.

Al-Mu'tamín subió al estrado y tras él lo hicieron Rodrigo Díaz y el príncipe heredero. La multitud aclamó a los dos héroes gritando frases y expresiones de alabanza y gratitud. El rey alzó los brazos y entre la muchedumbre se fueron apagando las voces hasta quedar en silencio.

—Pueblo de Zaragoza —comenzó a hablar—: hoy es un día grande para nuestro reino. Una vez más, como en tiempos de nuestro amado padre, hemos logrado la victoria sobre nuestros enemigos. El malvado Mundir, que un desgraciado azar del destino quiso que fuera nuestro hermano, ha sido derrotado, y con él sus aliados barceloneses y aragoneses. En nuestro triunfo ha tenido un papel destacado nuestro fiel aliado y amigo Rodrigo Díaz.

La multitud estalló en aclamaciones en favor del castellano, que respondió alzando los brazos.

—Rodrigo Díaz y sus hombres nos han jurado lealtad y nos han ayudado a defender el reino de nuestros enemigos —continuó—. Por ello, como fiel vasallo nuestro, le concedo el privilegio de portar el emblema de nuestra dinastía, de que sobre su pecho luzca el león rampante de los Banu Hud y de que en su estandarte de combate ondee el mismo león, de manera que sea reconocido así su servicio a nuestro reino, su valor y su coraje.

Al-Mu’tamín cogió una de las banderas azules en cuyo centro destacaba el león rampante dorado y la media luna creciente plateada y se la entregó a Rodrigo, el cual, rodilla en tierra, la recibió ratificando su lealtad y fidelidad a su señor.

2

Al regreso de la campaña contra Lérida los esperaba en Zaragoza Ibn Ammar. Este personaje había sido primer ministro del rey al-Mu’tamid de Sevilla, que lo había conocido siendo todavía príncipe y gobernador de Silves, donde ambos vivieron años felices entre fiestas y veladas poéticas amenizadas por el propio Ibn Ammar y por la esclava Rumaykiyya, a la que el príncipe había sorprendido mientras declamaba unos versos a la orilla de un río en tanto lavaba la ropa. Esta esclava le causó tal impresión que más tarde se convirtió en esposa del futuro rey de Sevilla. Ibn Ammar era un renombrado poeta y tenía fama de aventurero. En mayo de 1079, a finales del 471 de la hégira, había logrado conquistar al segundo intento el pequeño pero opulento reino de Murcia, donde atribuyéndose todo el mérito se había establecido como un verdadero monarca, granjeándose con ello la enemistad del soberano de Sevilla. Durante casi un año gobernó a su antojo este principado derrochando lujo hasta que dilapidó el tesoro real. Sus soldados se amotinaron ante la falta de paga y tuvo que huir de la ciudad pidiendo auxilio a Alfonso VI, a cuyas órdenes se puso. El rey de Castilla, que había optado por reponer en el trono de Toledo a al-Qadir, entonces exiliado en Cuenca tras una revuelta de los toledanos contra su incompetente monarca, despreció a Ibn Ammar y este, que intentó congraciarse con al-Qadir sin lograrlo, huyó de Toledo buscando refugio primero en Lérida, donde su rey lo rechazó, y después en Zaragoza.

Al-Mu’tamín, impresionado por sus dotes como poeta, lo recibió con agrado y le concedió una casa y una pensión. Ibn Ammar vivió desde entonces a la sombra de la corte, escribiendo poemas de alabanza a los Banu Hud y a su rey. En los meses siguientes su vida relajada pero monótona lo condujo a la bebida y a los placeres, hasta tal punto que apenas medio año después de su llegada a Zaragoza su fama de bebedor corría de boca en boca. Si alguien quería encontrarlo solo tenía que recorrer algunos de los garitos semiclandestinos donde se jugaba a los dados o acudir a cualquiera de las tabernas regentadas por mozárabes, donde Ibn Ammar pasaba las tardes y las noches narrando a cuantos querían oírle sus tiempos de primer ministro en Sevilla o sus hazañas como rey de Murcia, título del que gustaba presumir.

Entre tanto, al-Muzaffar, el destronado soberano de Lérida que seguía recluido en el castillo de Rueda, logró convencer al capitán de la guarnición, con la promesa de hacerlo rico, de que lo reconociera como señor, y prometió entregar el castillo a Alfonso VI. Un contingente castellano

se dirigió a Rueda e invitado por los guardias entró en la fortaleza. En ese momento, los primeros castellanos fueron muertos en una emboscada, aunque el rey de Castilla pudo escapar al no ir en vanguardia. Al-Muzaffar murió a los pocos días y Rueda se reintegró al dominio de al-Mu'tamín.

A principios del año cristiano de 1083 el director del observatorio de Zaragoza, el sabio Abú Yafar, le comentó a Juan sus deseos de instalarse en Toledo. Hacía años que mantenía una permanente correspondencia con al-Zarqalí y no pensaba en otra cosa que trabajar a su lado.

—Si su majestad me concede permiso, partiré hacia Toledo. Ayer le expliqué mis deseos y me ha pedido unos días para pensarlo. Tú serás designado nuevo director y espero que me ayudes en caso de que el rey te pida consejo —le dijo Abú Yafar a Juan una fría noche de invierno en lo alto de la torre del observatorio, mientras fijaban la trayectoria de Saturno.

—Espero que estéis seguro de lo que hacéis. ¿Vais a renunciar al puesto de dirección de este observatorio por el de ayudante del de Toledo? —preguntó Juan.

—Al-Zarqalí me ha comunicado en su última carta que quiere que trabajemos juntos.

—La situación del reino de Toledo es incierta. El rey de Castilla está realizando constantes tentativas para incorporarlo a sus dominios. Ya sabéis que hace unas semanas al-Mu'tamid de Sevilla ha decidido no seguir pagando parias a Alfonso y ha dado muerte al judío que acudió a cobrar las cantidades estipuladas. Los castellanos están preparando una expedición de castigo y creo que esta misma primavera atacarán el valle del Guadalquivir. Los caminos no serán seguros —alegó Juan.

—Unos cuantos jinetes cristianos no van a impedir que viaje a Toledo. Llevo mucho tiempo esperando trabajar junto a al-Zarqalí.

Tres días más tarde el rey concedió el anhelado permiso a Abú Yafar. Vendió cuantas propiedades tenía y acompañado por toda su familia partió de Zaragoza una mañana de niebla. Juan le pidió que le escribiera de vez en cuando y se comprometió a visitarle más adelante. Al día siguiente el eslavo fue nombrado director del observatorio de Zaragoza.

Su primer acto como director le agradó: entregó los diplomas de estudio a los dos más brillantes alumnos de la escuela palatina, el tortosano Abú Bakr, un erudito en todo tipo de géneros, y el zaragozano Abú Alí al-Sadafi, un joven dotado de una enorme capacidad para la oratoria. Ambos alumnos habían decidido trasladarse juntos a Oriente para hacer la peregrinación a La Meca y para continuar allí la formación intelectual hasta lograr la categoría de gran maestro.

Al-Mu'tamín, resueltos los problemas en la frontera con Lérida y aprovechando que los castellanos estaban enfrascados en sus disputas con Toledo y Sevilla, se centró en el estudio de las matemáticas. Potenció la escuela palatina que había fundado su padre, a la que acudieron alumnos de todo al-Ándalus, y se rodeó de sabios y filósofos. El visir Ibn Hasday le solucionaba

los problemas políticos y Rodrigo Díaz los militares. Pasaba horas y horas en la biblioteca o en el observatorio, realizando cálculos matemáticos, entablando debates científicos o leyendo cuantos libros caían en sus manos.

El único enemigo activo era el reino de Aragón. Su rey, humillado en Almenar, cambió de estrategia, rehuyendo las grandes batallas en las que su pequeño ejército nada podía hacer contra las eficaces mesnadas de Rodrigo unidas a la poderosa caballería hudí, y basó su nueva estrategia en la conquista de fortalezas en la frontera, en una guerra de posiciones tácticas, como si se tratara de una gigantesca partida de ajedrez. Ese año conquistó el poderoso castillo de Ayerbe, el enclave de Agüero, la rica villa de Bolea y el estratégico Graus, apretando el cerco sobre Huesca.

Rodrigo Díaz, ansioso por recuperar su antigua posición, regresó a Castilla, buscando el perdón de su rey, pensando que la necesidad de tropas que tenía Alfonso VI para sus campañas contra Sevilla le obligaría a readmitirle entre sus vasallos. Dejó Zaragoza entre los llantos de sus habitantes, que lo despidieron como a su paladín.

Al-Mu'tamín seguía inmerso en libros y números. Siendo todavía príncipe había comenzado a escribir una enciclopedia de matemáticas que ahora comenzaba a perfilar. Intentaba reunir en una sola obra todos los instrumentos indispensables para la formación de los futuros matemáticos, incluyendo elementos de física, para lo que contaba con la ayuda de Ibn Buklaris, y de astronomía, en colaboración con Juan. A principios del año 477 de la hégira, finales de mayo de 1084, acabó el primero de los dos volúmenes de que se componía la obra; le dio el título de *Kitab al-Istikmal*. Contenía cuatrocientas proposiciones repartidas en cinco secciones en donde se recogía la tradición de la matemática griega. Las cinco secciones eran: «La teoría de los números», «La teoría de las magnitudes irracionales», «La teoría de las figuras planas», «La geometría de las figuras esféricas» y «La geometría de las figuras cónicas». Se basaba en *Los elementos* de Euclides, *Las cónicas* de Apolonio, *La esfera y el cilindro* de Arquímedes, *Las esféricas* de Teodoro, *Las esféricas* de Menelao y el *Almagesto* de Ptolomeo; algunas de estas obras pudo estudiarlas gracias a las traducciones que le hizo Juan. Varios matemáticos musulmanes fueron básicos en su recopilación: los hermanos Banu Musa, con su *Libro de las medidas de las figuras planas y esféricas*; Ibrahim ibn Sinan y su tratado *Sobre la cuadratura de la parábola*; el ensayo de Thabit ibn Qurra titulado *Tratado sobre los números amigos*, y el *Libro de las incógnitas de los arcos de la esfera* de Ibn Muad.

La capacidad de al-Mu'tamín y su predisposición hacia la ciencia de los números era tal que ciertos problemas matemáticos antiguos pudieron solucionarse gracias a sus proposiciones: elaboró una fórmula matemática mediante la cual se resolvía el problema de calcular dos medidas proporcionales conociendo las otras dos. Pero su mayor éxito fue el descubrimiento de un cuarto procedimiento para solventar problemas de construcción con la ayuda de secciones

cónicas. Los griegos ya habían inventado tres formas, pero el rey de Zaragoza introdujo la utilización de la intersección de un círculo y una parábola, que antes no se conocía.

Alternó sus investigaciones con un gusto exquisito por la vida y los placeres. El Palacio de la Alegría recuperó la fastuosidad de los años gloriosos de al-Muqtádir y volvieron a celebrarse elegantes y refinadas fiestas, que se prolongaban hasta el río Ebro en barcas de remos en las que el rey y los altos dignatarios surcaban la corriente pescando peces que luego asaban en las orillas. En estos festejos el vino corría en abundancia y los poetas cantaban alabanzas al vino, al regocijo y a la alegría ante la indignación de los imanes.

La biblioteca real continuó creciendo. Juan se ocupaba en persona, como había aprendido de Demetrio en Constantinopla, de recorrer las tres librerías permanentes de la ciudad en busca de ejemplares. Logró una buena cantidad de dinares del rey y adquirió una copia ilustrada del *Almagesto* de Ptolomeo, *Los segundos analíticos* de Aristóteles con los comentarios de Temistio y al-Farabí, *Los elementos* de Euclides, el *Tratado sobre la esfera* de Teodosio, los comentarios de Alejandro de Afrodisias a Aristóteles y varios tratados de botánica, agricultura e historia.

Al abrigo de la corte vivían poetas aduladores, entre los que destacaba el lírico Ibn al-Sid al-Batalyawsí, quien regalaba los oídos del rey con poemas como este:

Cuando enramas en mi tierra
tus dadivosos dones,
surgen de mis brazos
alabanzas hacia ti.

Versos en los que se comparaba el vino embriagador con la dulce saliva de la amada, el radiante amanecer con la mirada susurrante de una hermosa mujer, la sutil gracilidad de las gacelas con el delicado talle de una doncella, la nacarada plata y el refulgente oro con la perlada aurora y el ambarino ocaso, las bruñidas escamas de los peces del río con las torneadas perlas de la China o las espumosas nubes con el mullido algodón eran combinados hábilmente con el solo propósito de agradar a los oídos de quienes los escuchaban.

Ibn Ammar, en sus correrías por las tabernas, entabló relación con un carnicero llamado Yahya al-Yazzar, que se descubrió como un excelente poeta con versos cargados de mordiente ironía. Consiguió introducirlo en la corte y pronto adquirió fama y renombre, siendo solicitado su concurso en las fiestas de los principales aristócratas del reino. Pero el carnicero era hombre de gustos sencillos, como dejó claro en uno de sus poemas:

Bajo tus velos
aparece tu rostro sereno.
Y quiere hacer surgir el amor

en quien hace tiempo lo olvidó.
¡*Qué más da el olor de su ropaje*!
¿Acaso no están los tallos de las rosas cubiertos de espinas?
¿Acaso no tapamos las redomas de vino con la mísera pez?
¿Y acaso no conservamos el perfume en frascos comunes?

Pronto se cansó de la ajetreada y fingida vida cortesana. Un buen día decidió regresar a su anterior oficio. El gran visir Ibn Hasday, que como buen poeta que era también apreciaba su sentido lírico y sus excelentes composiciones métricas, le presionó para que se quedara como rapsoda de la corte, pero al-Yazzar le contestó negativamente con estos versos:

Me criticáis porque ejerzo el oficio de carnicero.
¡*Ignorantes!; sois como los que desprecian el valor de lo que*
no conocen.
Si supierais lo grandioso de mi trabajo
ni siquiera lo mudaríais por el de visir.
Este oficio es para mí un anhelo
por el que siento la pasión de la vida misma.
A veces me siento como un gran general
capaz de hacer sentir el pavor en los ejércitos de ganado.
Soy el vencedor de batallones de toros y ovejas
cuya sangre vierto.
Ningún animal es capaz de resistir
el acerado brillo de mi sable.
Siempre triunfo en la batalla con mi cuchillo de carnicero.
¡*Qué gran hazaña*!

Ammar, el derrocado señor de Murcia, intentó acabar con la fama de bebedor empedernido que se había ganado a fuerza de sobrados méritos entre los zaragozanos. Casi nadie creía ya los cuentos de aventuras y hazañas que narraba entre jarras de vino y mujeres, y se había convertido en objeto de burla. Irritado y deseoso de demostrar su capacidad de iniciativa política y sus dotes militares, se le presentó la oportunidad cuando el gobernador de uno de los castillos de la frontera norte se rebeló contra al-Mu'tamín y se proclamó independiente. Ibn Ammar acudió al Palacio de la Alegría y rogó al rey que le permitiera acabar con el rebelde. Al-Mu'tamín, inmerso entonces en la redacción de un nuevo tratado de matemáticas, titulado *Munadir*, accedió a darle esta oportunidad a su protegido, que logró, mediante una hábil estratagema, asesinar al rebelde y recuperar la fortaleza. En agradecimiento, el rey le concedió la alcaidía de ese castillo.

Durante varios meses Ibn Ammar vivió en aquella fortaleza. La nostalgia y la soledad le afectaron de tal modo que, tragándose su orgullo, desde allí escribió una carta a su viejo enemigo

el rey de Sevilla pidiéndole que dejara salir de esa ciudad a su familia, a la que echaba de menos. La respuesta del sevillano fue contundente, negándose en rotundo a aceptar las peticiones de Ibn Ammar. Su espíritu mundano y aventurero se sentía prisionero entre los muros del castillo y decidió regresar a Zaragoza para proponer un ambicioso plan a su rey.

Ibn Ammar consiguió interesar a al-Mu'tamín con la conquista de Segura, una fortaleza en tierras de Jaén que había pertenecido al reino de Denia pero que tras la conquista de al-Muqtádir se había independizado. El castillo estaba gobernado por dos eslavos, llamados Ibrahim y 'Abd al-Yabbar, que ejercían la tutela del nieto del último rey de Denia. Los dos eslavos, ante la imposibilidad de mantener la independencia del castillo entre tan poderosos vecinos, optaron por venderlo. Ibn Ammar pensó que aquella era una extraordinaria oportunidad. Engañó al rey de Zaragoza diciéndole que ganaría este castillo para él y así tendría una base desde la que ampliar sus dominios recuperando Denia y quién sabe si todo Levante. En realidad, Ibn Ammar albergaba en su pecho la intención de conquistar Murcia para sí mismo.

Al-Mu'tamín le dio dinero y puso bajo sus órdenes un destacamento de un centenar de soldados. En el verano de 1084, mes de *rabí* I del 477 de la hégira, los zaragozanos se presentaron ante Segura. En la expedición viajaba Juan, a quien su rey había encomendado vigilar a Ibn Ammar. La tarde del 30 de julio, 23 de *rabí* I, Ibn Ammar y Juan se entrevistaron con 'Abd al-Yabbar, uno de los dos eslavos que regentaban la fortaleza. Cuando al-Yabbar entró en la tienda, Juan se fijó en un pequeño detalle: sobre la ceja derecha tenía una cicatriz en forma de punta de flecha.

—Soy 'Abd al-Yabbar, tutor del señor de Segura —se presentó el emisario del castillo.

—Yo soy Juan ibn Yahya, delegado del rey de Zaragoza, y este es Ibn Ammar, visir de su majestad.

Los ojos de los dos eslavos se cruzaron por un momento. ¿Sería posible que aquel personaje que tenía enfrente fuera Vladislav? Por la edad bien podría serlo, era eslavo, rubio y de ojos azules y tenía una cicatriz sobre la ceja derecha.

—Me han dicho que eres eslavo; ¿sabes hablar *slav*? —preguntó Juan en su idioma materno.

—Sí, no lo he olvidado —respondió al-Yabbar en su lengua común.

—¿En qué jerga estáis hablando? —inquirió bruscamente Ibn Ammar, preocupado porque no entendía nada.

—Es *slav*, nuestra lengua original —repuso Juan.

—Bien, bien, pero hablemos en árabe, así nos podremos entender los tres —alegó Ibn Ammar que miraba receloso a los dos.

La conversación continuó en árabe.

—Una vez, hace tiempo, unos treinta años, conocí a un amigo que tenía la misma cicatriz que tú, de la misma forma y en el mismo lugar —dijo Juan.

—La mayor parte de los hombres tenemos alguna cicatriz.

—Su nombre era Vladislav; había nacido en una aldea, llamada, llamada... No lo recuerdo, han pasado muchos años. Ambos fuimos apresados por los pechenegos; viajamos juntos hasta Constantinopla y allí nos separaron.

—Esa historia es común a muchos de vosotros —indicó Ibn Ammar—. Pero lo que nos ocupa aquí es la venta del castillo.

—El precio es de treinta y cinco mil dinares y no vamos a rebajar una sola moneda —sentenció al-Yabbar.

—Es demasiado —señaló Juan.

—Aceptamos —repuso de inmediato Ibn Ammar.

—No creo correcto... —alegó Juan.

—No importa, yo abonaré la diferencia —afirmó Ibn Ammar.

—De acuerdo. Mañana os entregaremos el castillo —indicó al-Yabbar al tiempo que con un gesto de cortesía se retiraba.

A la mañana siguiente los zaragozanos se apostaron ante los muros de Segura. Ibn Ammar se adelantó y fue invitado a subir. El acceso era complicado, pues había que trepar por una estrecha rampa y después ascender hasta una puerta ubicada a varios codos del suelo mediante un elevador en el que solo cabía una persona. Ibn Ammar fue introducido dentro de la fortaleza. Al pie quedaron Yabir y Had, dos soldados de su plena confianza. Ambos esperaron a que el elevador volviera a bajar para subir ellos, pero la puerta no se abrió. Sorprendidos, miraron hacia el grueso del destacamento, a cuyo frente estaba Juan, y llamaron a los del castillo. Una voz los conminó a alejarse si no querían ser asaeteados.

Regresaron a la carrera gritando que se trataba de una traición. Juan permaneció quieto, con los ojos fijos en la fortaleza. Instantes después un heraldo anunció a gritos desde lo alto de las almenas que Ibn Ammar estaba prisionero y que el castillo no se vendía, a la vez que conminaba a los zaragozanos a marcharse en paz.

Juan dudó por un instante qué hacer, pero comprendió que no tenía otra alternativa que la retirada. El castillo era inexpugnable y seguramente las tropas que lo custodiaban eran mucho más numerosas que el pequeño contingente de soldados que ahora dirigía. Volvió grupas, ordenó desmontar el campamento y regresar a Zaragoza.

Apenas se había alejado unas millas de Segura, cuando el cuerpo expedicionario fue alcanzado por un jinete que portaba una misiva para Juan. Era un pergamino cuidadosamente doblado, cerrado con un lazo de cuero y sellado con cera verde. Abrió con cuidado la carta y leyó lo siguiente:

De ‘Abd al-Yabbar, eslavo, a Juan ibn Yahya, eslavo:

Tal vez te extrañe esta misiva. Ahora que te retiras, crees que te hemos engañado al capturar a Ibn Ammar y no entregar la fortaleza a tu rey como habíamos acordado. Nuestro prisionero es un malvado truhán que ha intentado engatusarnos a todos. Gracias a Dios logramos enterarnos de sus planes. Pretendía ocupar Segura mediante un ardid y desde aquí reconquistar su añorada Murcia. Nunca estuvo en su ánimo ofrecer este castillo a al-Muqtádir. En cuanto se hubiera hecho cargo de su dominio te hubiera ejecutado o habría pedido por ti un fuerte rescate, además de quedarse con el dinero que traíais para la compra de Segura. Personajes como este están mejor a buen recaudo. Nosotros nos encargaremos de que reciba lo que se merece. Vete en paz y guarda este documento para mostrárselo al rey de Zaragoza.

Dentro de la carta había un pequeño recorte de pergamino en el que había escrita la siguiente frase: «La aldea se llamaba Zavnina».

Tres meses después del viaje a Segura se recibió en Zaragoza la noticia de que los dos eslavos habían vendido a Ibn Ammar al rey de Sevilla; al-Mu'tamid, resentido por las constantes traiciones de su antiguo amigo, lo mató a hachazos con sus propias manos.

3

Juan, convencido de que el eslavo de Segura que se hacía llamar 'Abd al-Yabbar era su antiguo amigo Vladislav y que lo había salvado de una muerte cierta, regresó a Zaragoza con el destacamento de tropas y puso a al-Mu'tamín al corriente de la traición de Ibn Ammar. Desde entonces, el visir Ibn Ruyulu, a quien al-Muqtádir había protegido y encumbrado debido al apoyo que le prestó para la toma de Denia, fue relegado a un segundo plano por al-Mu'tamín, que no quería que se repitiera la traición de Ibn Ammar. Pero la naturaleza de conspirador del visir lo incitó a seguir participando en conjuras. El rey fue informado por uno de sus agentes de que había participado en la rebelión de Rueda, apoyando en secreto la sublevación de al-Muzaffar, quien había prometido a Ibn Ruyulu nombrarle gran visir en caso de que lograra hacerse con el trono de Zaragoza. Al-Mu'tamín, sin que le temblara el pulso, condenó a muerte al antiguo visir de Denia. Fue ejecutado en la *sari'a*; su cabeza rodó ante las aclamaciones de la multitud, entre la cual este individuo se había hecho odioso debido a su carácter altivo y confabulador.

Rodrigo Díaz, que no fue admitido por Alfonso VI, retornó de Castilla. Todos lo conocían ya como el Cid, es decir «el León», debido al emblema que por privilegio de al-Mu'tamín lucía en su pecho. Su presencia en Zaragoza impulsó la guerra contra Mundir, que desde Lérida no cesaba de conspirar contra su hermano. Sancho Ramírez ardía en deseos de vengar la derrota que el castellano le había infringido en Almenar y pactó una nueva alianza con Mundir. A mediados

de 1084 el ejército zaragozano dirigido por Rodrigo Díaz recorrió las tierras entre Lérida y Levante, haciéndose fuerte en un castillo cerca de la imponente fortaleza de Morella. Mundir pidió ayuda a su aliado aragonés y Sancho Ramírez acudió para hacer frente al Cid.

Sancho Ramírez y Rodrigo se entrevistaron a orillas del Ebro, en el campamento del rey aragonés.

—Vuestra actitud hacia nuestro aliado el rey de Lérida es intolerable. Como rey cristiano os conmino a que en el plazo de tres días levantéis vuestras tiendas y salgáis de estas tierras —amenazó el de Aragón.

—No actúo en mi nombre, sino en el de mi señor el rey de Zaragoza. Su hermano Mundir, a quien vos llamáis aliado, no es sino el usurpador de una parte de la herencia de los Banu Hud a la que no tiene derecho. Su dominio sobre Lérida, Tortosa y Denia es ilegítimo y vos deberíais rechazarlo en vez de procurar su alianza —dijo Rodrigo.

Sancho Ramírez se levantó de la silla de madera labrada en la que se sentaba, apretó los puños y exclamó:

—¡Cómo os atrevéis, un renegado como vos expulsado de su tierra y maldito de su rey, a aconsejar lo que debe hacer un monarca de la cristiandad que ha sido ungido por el propio sumo pontífice! Os ordeno que evacuéis de inmediato esta región y tornéis a Zaragoza o en caso contrario acudiremos con nuestro ejército contra vos.

—Si mi señor el rey de Aragón quiere pasar en paz por estas tierras donde ando, yo le serviré con buen corazón, y además, si lo desea, le daré cien de mis caballeros para que le acompañen en el camino —respondió Rodrigo con ironía.

Sancho Ramírez, con los ojos encendidos de ira y el rostro crispado, salió de su tienda con pasos apresurados decidido a lanzar a su ejército contra el de Rodrigo.

La batalla tuvo lugar en las afueras de Morella el 14 de agosto de 1084. Por segunda vez en apenas dos años Rodrigo derrotó a Sancho Ramírez, capturó a más de dos mil prisioneros y obligó a huir al rey de Aragón y a su aliado de Lérida. Puso en libertad a la mayoría y con dieciséis nobles cautivos regresó a Zaragoza, donde ya se conocía la noticia de su nueva victoria.

El rey, acompañado de su familia, salió a recibirle a la villa de Fuentes de Ebro, a unas cuantas millas aguas abajo de la capital. Volvió a ser aclamado como un héroe en su segunda entrada triunfal en la ciudad. Inmediatamente detrás del rey y de Rodrigo caminaban Ramón Dalmacio, obispo de Roda; el señor de Alquézar, y el mayordomo del rey de Aragón, tres de los dieciséis rehenes retenidos tras la batalla de Morella. En el campo de la Almozara se organizaron diversos festejos y torneos, y el vino y los dulces corrieron por doquier a cuenta de las arcas reales. Todos los ojos de los musulmanes andalusíes se volvieron hacia el campeón cristiano que guerreaba bajo los estandartes del islam. Aquí comenzó a forjarse su leyenda a los gritos enfervorecidos de

¡*sid*, *sidi*! Y así, los nombres de «león», *sid*, y «mi señor», *sidi*, se unieron para siempre en la persona de Rodrigo, el Cid.

Una tarde de aquel verano Juan leía en el jardín de su casa del arrabal un tratado del médico judío Abú-l-Walid titulado *Kitab al-Taljis*, en el que se exponían los medicamentos más simples y su forma de empleo. Jalid había salido a comprar fruta y verdura. Regresó antes de lo previsto acompañado por un criado de Yahya ibn al-Sa'igh:

—Señor, me he tropezado camino del mercado con este criado del señor Yahya que venía hacia aquí para trasladaros un mensaje.

—Me han encargado que os comunique que mi dueño se encuentra muy enfermo. Sus hijos están ahora con él en casa. Hace ya varios días que no se sentía bien pero desde ayer por la tarde agoniza.

—¡Claro!, ahora me explico por qué Abú Bakr ha faltado al observatorio.

El brillante hijo de Yahya, a quien había educado Juan, acababa de completar su formación en la escuela palatina. Había cumplido veintiún años y estaba trabajando con el eslavo en el observatorio, aportando sus conocimientos de física y matemáticas, aunque mostraba una mayor inclinación hacia la música, la poesía y la filosofía.

Juan acudió en cuanto pudo a casa de su antiguo dueño. Yahya sufría un acceso de fiebre complicado con vómitos y temblores. Hacía un intenso calor que los criados mitigaban regando constantemente el suelo de las habitaciones y agitando enormes abanicos de palmas.

En el patio conversaban los tres hijos mayores de Yahya. El pequeño Ismail permanecía sentado en un rincón contemplando embelesado la espada de su hermano mayor, ya comandante de caballería. 'Abd Allah, el primogénito, le dio la bienvenida:

—Querido Juan, gracias por venir. Te hemos enviado recado en cuanto nos han puesto al corriente de la gravedad. Ya sabes que para mi padre eres casi como un hijo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Yahya.

—Hace quince días regresó de un viaje a Granada. Yo le había advertido que su edad y su condición física no estaban para semejante esfuerzo, pero no me hizo ningún caso. Solo piensa en los negocios y en seguir acaparando dinero. Ahora está con él el médico; le ha aplicado unos empastes de yerbas pero no mejora.

—Haz que avisen de mi parte a Ibn Buklaris, el *hakim* del rey. Que venga aquí en cuanto pueda —dijo Juan.

Apenas dos horas después se presentó Ibn Buklaris.

—¿De qué se trata, Juan, a qué viene tanta urgencia? —inquirió el *hakim*.

—Yahya agoniza. Lo ha estado tratando un físico, pero no mejora. Te ruego que lo examines

—le pidió Juan.

—Vamos a verlo.

Ibn Buklaris, acompañado por Juan y por ‘Abd Allah y Ahmad, los hijos mayores de Yahya, penetró en las habitaciones privadas. Fátima, la sierva bereber, hacía ya tres años que había muerto, pero ni tan siquiera ella se hubiera atrevido a oponerse a que los dos extraños acompañaran a los hijos de su amo dentro del serrallo. Yahya yacía postrado en el lecho entre almohadones de seda roja y verde. Tenía el rostro humedecido por el sudor, los ojos enrojecidos y entreabiertos y los labios resecos y cortados. Respiraba con tremenda dificultad, tosía sin cesar y cada suspiro parecía anteceder al desenlace definitivo. A su lado estaban las tres esposas, entre ellas Shams, en cuyos ojos se clavaron los de Juan. Hacía ya algunos años que no la veía pero le seguía pareciendo tan bella como antes. Aquella mujer, que estaba más cerca de los cuarenta años que de los treinta, no aparentaba muchos más de veinte; parecía un milagro que conservara su juventud sin apenas alteraciones.

Las tres mujeres se separaron del lecho y permanecieron en un segundo plano observando a Ibn Buklaris. Juan se quedó junto a ellas, al lado de Shams. Con el dorso de la mano casi podía rozar su túnica y por su nariz ascendió la fragancia inconfundible de su antigua amante. La miró de soslayo y comprobó que no había perdido ni un ápice del rutilante brillo de sus marinos ojos azules.

Ibn Buklaris se incorporó y reclamó a Juan y a los hijos de Yahya:

—Se trata de una neumonía en estado avanzado. Tiene los pulmones encharcados; no hay nada que hacer, morirá pronto.

Esa misma noche falleció Yahya ibn al-Sa’igh el Platero. Al día siguiente fue enterrado en el cementerio de la puerta de Alquibla, al lado de la tumba de su primera esposa.

Una semana después el albacea leyó el testamento de Yahya: dejaba un cuarto de su fortuna, unos veinticuatro mil dinares en total, a las mezquitas de Zaragoza, dos mil dinares a cada una de sus hijas como dote, mil dinares a cada una de sus tres mujeres y el resto, en partes iguales, a sus cuatro hijos varones. A Juan ibn Yahya le donaba una casa en la medina, cerca de la mezquita mayor, con un jardincillo, un patio y una bodega, y además le concedía plenos poderes como albacea testamentario, junto con el imán de la mezquita de Abú Yalid y su amigo el tratante de esclavos Said ibn Jayr, para establecer los lotes de las propiedades inmobiliarias a repartir entre sus cuatro hijos varones.

A principios del invierno Juan recibió una larga carta de Abú Yafar. Tras una serie de encendidos elogios dedicados a al-Zarqalí, le comunicaba que había logrado un plaza de profesor de aritmética y geometría en la Casa del Saber y que era llamado con frecuencia por los albaceas testamentarios para hacer las particiones de herencias. Su posición era excelente, pues el actual cadí de Toledo había sido discípulo suyo. Le anunciaba que estaban preparando en el observatorio un calendario perpetuo basado en los ciclos de los planetas, siguiendo un antiquísimo tratado babilónico; habían logrado demostrar que cada planeta repetía cada cierto ciclo de años su posición y de ahí podía establecerse el calendario perpetuo. Después le describía un reloj de agua construido por al-Zarqalí y por él mismo, tan perfecto que era capaz de determinar la hora del día o de la noche y los días de los meses lunares. Lo habían instalado en el curso del Tajo y funcionaba aprovechando las aguas de este río. Le comunicaba el inmediato envío de unas nuevas tablas que estaban ultimando en las que se indicaba el comienzo de cada mes del calendario lunar, del romano, del copto y del persa, y la posición del Sol, la Luna y otros astros y se predecían los eclipses de sol y de luna. Estaban confeccionadas en forma de almanaque y las iban a titular *Libro de las tablas*. Les preocupaba tanto el cómputo del tiempo, que habían practicado con todo tipo de relojes, tanto de agua como de sol como mecánicos; incluso estaban experimentando con un tipo de reloj cilíndrico con compartimentos llenos de mercurio que mediante pesos compensados transmitían el movimiento a un astrolabio. Le hablaba entusiasmado de la pericia del constructor de astrolabios Ibrahim ibn Sa'id (a quien ambos habían conocido en el primer viaje a Toledo) quien había realizado una esfera celeste de medio codo de diámetro con dos hemisferios vacíos y soldados en la que siguiendo a Ptolomeo había dibujado la posición y la magnitud de 1.515 estrellas.

A Juan le extrañó que su antiguo colega no hiciera ninguna alusión a la difícil situación política del reino de Toledo. El rey de Castilla había atacado al de Sevilla y este había llamado en su ayuda a los almorávides, una secta que surgida de las profundidades del Magreb se había apoderado de todo el norte de África, forjando un extenso imperio entre el Sáhara y el Mediterráneo. Se decía que el propio rey de Sevilla, el taimado y astuto al-Mu'tamid, había afirmado que prefería ser camellero en África que porquero en Castilla. Toledo quedaba atenazado entre la alianza de los reinos de Sevilla y Badajoz y la amenaza permanente de los castellanos y parecía claro que no tardaría en caer en poder de unos o de otros. A estos problemas externos había que sumar el malestar existente entre los súbditos del rey de Toledo, al-Qadir, a quien consideraban poco preparado para regir el trono. Cuatro años antes ya había tenido que huir de la ciudad y refugiarse por algún tiempo en Cuenca durante una sublevación de los toledanos. Desde entonces la situación había empeorado y muchos ciudadanos habían emigrado a otros reinos buscando mayor seguridad.

En la azotea del observatorio conversaban al-Mu'tamín, Ibn Hasday y Juan.

—En su carta, Abú Yafar no dice ni una sola palabra sobre la situación en Toledo —se extrañó Juan, sabedor de las dificultades que atravesaba este reino ante la presión de los castellanos.

—No es raro, nunca le interesó la política —intervino Ibn Hasday.

—En cualquier caso, la situación es muy grave. Mis agentes en Toledo me han comunicado que su rey, al-Qadir, cuya actuación política está absolutamente mediatizada por Alfonso VI, ha pactado con el castellano la entrega de Toledo a cambio de que le ayude a convertirse en soberano de Valencia, sobre la que nosotros tenemos derechos de dominio —añadió al-Mu'tamín —. Por eso debemos estrechar los lazos que nos unen a los valencianos. Acabo de acordar el matrimonio de mi hijo mayor y heredero, el príncipe Ahmad, con la hija de Abú Bakr ibn 'Abd al-'Aziz, el señor de Valencia. Quiero que la boda se convierta en el mayor acontecimiento diplomático de todo al-Ándalus. Mañana mismo iniciaremos los preparativos de la ceremonia, que tendrá lugar dentro de un mes. En apenas una semana comienza el ramadán, por lo que el matrimonio se celebrará el último día del mes sagrado, así haremos coincidir la fecha festiva con la boda, potenciando las celebraciones populares. Invitaremos a todos los príncipes, emires, visires y altos nobles de todas las taifas. Tú —dijo dirigiéndose a Ibn Hasday— te encargarás de redactar la invitación oficial y de preparar la fiesta de los esponsales. Ha de ser la más fastuosa de cuantas se han celebrado hasta ahora. Mostraremos a todos nuestra fuerza y nuestra inteligencia.

De inmediato salieron mensajeros en todas las direcciones portando centenares de invitaciones a la ceremonia del matrimonio del hijo del rey de Zaragoza y a los festejos subsiguientes. A mediados del ramadán del 477 de la hégira, mediados de enero de 1085, comenzaron a llegar los primeros invitados. Toda la corte se preparó para la ocasión. Los viejos palacios de la Zuda occidental y el ubicado junto a la Puerta del Puente fueron habilitados para alojar en ellos a los emires y visires, y a los nobles se los instaló en las residencias de la aristocracia zaragozana. El día 27 del ramadán un millar de invitados se agolpaban bajo las naves de la mezquita mayor para asistir a las oraciones que el imán iba a dirigir con motivo de los fastos. Centenares de lámparas encendidas colgaban sobre las cabezas de los asistentes. La mezquita había sido adornada con guirnaldas y ramos de flores, banderas con los colores de la dinastía de los Banu Hud y estandartes con el león y la media luna.

La mezquita aljama de Zaragoza era considerada la más sagrada de cuantas los musulmanes habían construido en al-Ándalus. Los zaragozanos sostenían que su fundación era debida a Hanás ibn 'Abd Allah as-San'ani, que fijó la ubicación y orientación del *mihrab* tras la conquista de la ciudad por los musulmanes. Desde entonces, y debido al crecimiento de la población, había sido ampliada en dos ocasiones, la última cuando los tuyibíes convirtieron a la capital de la Marca Superior en la de su reino independiente.

Un patio cuajado de olivos en torno a una fuente con caños de bronce y un esbelto alminar de

ladrillo rojo daban paso a una amplísima sala de nueve naves separadas con pilares de rejolas enjalbegadas con cal. Al frente se desplegaba un maravilloso *mihrab* de alabastro blanco tallado en un solo bloque. En la segunda ampliación la pieza de alabastro se había trasladado tirando de ella con cables sobre un ingenioso sistema de troncos a manera de rodillos. Pero en la maniobra, el *mihrab* se había rajado en diagonal, y todavía podía apreciarse la grieta que recorría de arriba abajo y de izquierda a derecha la maravillosa obra de escultura rematada por una concha de formas perfectas.

Sobre el *minbar* de madera de pino de Tortosa tallada con finas hojas de palma y piñas, el imán recitó una sura del Corán concerniente al matrimonio y a los deberes de los esposos y a continuación se rezaron oraciones pidiendo la restitución de la unidad de los musulmanes y la bendición de Alá para sus seguidores.

Finalizada la ceremonia, la comitiva se dirigió al Palacio de la Alegría. La calles por las que discurría el cortejo estaban iluminadas con hachones y cada cincuenta pasos ardían troncos de leña en enormes braseros de hierro. Hacía frío, pero el gélido viento que solía azotar el valle en invierno estaba en calma y las gruesas y confortables capas de piel y pellizas enguatadas protegían a los invitados de las bajas temperaturas.

En el Palacio de la Alegría se celebró el banquete de bodas. Fue preciso habilitar todas las salas, e incluso algunas dependencias donde se impartían a las clases de la escuela palatina. Centenares de siervos ofrecían a los invitados deliciosos manjares. Al-Mu'tamín se había cuidado en persona de todos los detalles, e incluso había seleccionado el menú y los alimentos con un cuidado exquisito, propio del refinado gusto del rey: los entrantes se habían dispuesto en un orden de colores y formas propio del jardín del Paraíso, los pescados y las carnes se habían limpiado y desmenuzado con tanta atención que no se atisbaba la menor pizca de grasa, piel, escamas, huesos o espinas, los pasteles eran tan perfectos en formas, olores y aromas que parecían hechos de cristal o de oro y los vinos eran tan selectos, tan abocados y tan perfumados que sus efluvios incitaban a degustarlos con avidez. Las mejores bailarinas y cantantes amenizaron el banquete; entre plato y plato se detenía la música que tocaba una orquesta de rebabas, cítaras, flautas, atabales y mandolinas y reconocidos poetas declamaban bellísimos versos.

La población de Zaragoza se lanzó a las calles festejando el final del mes sagrado del ayuno, el ramadán. Durante esa última noche, conocida como la Noche del Poder, porque fue en la que el arcángel Gabriel introdujo el Corán en el corazón del profeta Mahoma, toda la ciudad era renovada y purificada y las gentes parecían impregnadas de una alegría y un fervor sin par.

Pero las fiestas que siguieron fueron solo una excusa. La invitación cursada a tantos príncipes tenía como objetivo hacer de Zaragoza el centro por unos días de la diplomacia andalusí. Varios reyes, entre ellos al-Mu'tamid de Sevilla, 'Abd Allah de Granada y al-Mutawakkil de Badajoz,

parlamentaron durante aquellos días en Zaragoza. Las conversaciones, pactos y debates que intercambiaron contribuyeron a crear un nuevo clima en las relaciones entre las distintas taifas musulmanas. Sevilla y Granada, enemistadas antes de la boda, firmaron la paz y acordaron sellar un tratado de amistad que las uniera ante la amenaza que suponían las apetencias territoriales de Alfonso de Castilla. El propio al-Mu'tamid leyó durante una de las reuniones un breve poema en el que declaraba su amor por la paz y sus buenos deseos hacia quienes llamaba sus hermanos en Dios.

La alianza con Valencia, la derrota del rey de Aragón y de sus aliados leridanos y barceloneses por el Cid y la dedicación de los castellanos al asedio de Toledo permitieron a al-Mu'tamín y a Juan iniciar el trabajo de investigación conjunto que habían planeado hace años sobre las medidas de la Tierra y las distancias entre los astros. Al-Mu'tamín aportaba sus conocimientos matemáticos y Juan su experiencia astronómica. Revisaron todas las teorías y datos que se conocían. Se encontraron con más dificultades de las esperadas, sobre todo a la hora de valorar las distintas medidas y su conversión en las del reino hudí. Había que partir del tamaño de la Tierra y por primera vez realizaron un estudio comparativo de las distintas estimaciones que los sabios de la Antigüedad habían propuesto: Aristóteles afirmó que la circunferencia de la esfera terrestre era de cuatrocientos mil estadios, Eratóstenes la redujo a doscientos cincuenta mil y después la ajustó a doscientos cincuenta y dos mil, igual que Hiparco; Arquímedes aseguró que se elevaba a trescientos mil estadios y Posidonio la calculó en doscientos cuarenta mil y después la redujo a ciento ochenta mil, que fue la medida aceptada oficialmente por la afamada Escuela de Alejandría, donde se calculó que un grado de la esfera equivalía a cincuenta estadios. Consiguieron adquirir un tratado del geógrafo musulmán al-Mamún en el que se recogía una noticia según la cual en la lejana China un astrónomo de la corte de aquel lejano imperio había establecido que el grado terrestre equivalía a casi trescientos treinta y ocho *lis* y la circunferencia a ciento veintidós mil, siendo un *li* un tercio mayor que un estadio. Con todo ello concluyeron que el diámetro de la circunferencia terrestre era de ciento ochenta mil estadios, y en consecuencia un grado medía cincuenta. Calcularon que una milla árabe equivalía a ocho estadios y un tercio y veintiocho codos, con lo que el diámetro terrestre ascendería a veintiuna mil quinientas millas, es decir, unas mil cien más de las que había calculado el propio al-Mamún.

Alcanzada esta conclusión, en la que ambos estaban de acuerdo, tenían que medir ahora las sombras proyectadas por la Tierra en la Luna durante los eclipses para poder establecer con precisión las distancias entre Tierra, Sol y Luna. Para ello partían del tratado de Aristarco de Samos y de los cálculos trigonométricos por él realizados y las formulaciones de Arquímedes sobre los círculos tangentes y los triángulos.

Para las derivaciones de los astros usaban un magnífico astrolabio construido por el físico Muhámmad ibn Sa'id al-Sabbán, fabricado en Guadalajara tres años antes por encargo de Juan, que contenía una lámina para la proyección desde Zaragoza y se ayudaban de los relojes de agua, de arena y de sol para fijar con precisión el tiempo. El observatorio estaba dotado con dos cuadrantes solares, ambos grabados en caliza, en los que se señalaba la dirección a La Meca, y un magnífico reloj solar tallado en una laja de alabastro. El grabado de la placa tenía forma de lira, con un eje en dirección norte-sur y otro este-oeste, con un orificio para la colocación del estilete cuya sombra proyectada indicaba las horas. Varios trazos paralelos al eje norte-sur se distribuían a ambos lados mientras las líneas de los trópicos de Cáncer y de Capricornio eran sendas incisiones curvas trazadas en el sentido este-oeste, que tendían a convergir, aunque sin llegar a tocarse, en el cruce de los dos ejes. Este reloj era capaz de señalar hasta diez horas diurnas y la ubicación de los doce signos del zodiaco.

Con los planos que le había enviado Abú Yafar desde Toledo, Juan había fabricado una clepsidra al lado del Palacio de la Alegría. Este reloj de agua era una pequeña construcción cuadrada de unos cuatro codos de altura y otros tantos de anchura, en forma de arco. Se alimentaba de agua por la parte superior, a través de una derivación de la acequia que irrigaba el exterior del palacio. El agua movía una rueda con cangilones regulada para que hiciera discurrir la cantidad precisa hasta una tinaja que tenía inscritas unas marcas en altura, donde se podía medir el tiempo transcurrido en función del nivel del líquido acumulado. A raíz de ello, se había planteado diseñar un gran reloj en el que, mediante complicados mecanismos hidráulicos, la presión del agua hiciera mover a las horas deseadas distintos elementos articulados, como pájaros, gacelas o figuras humanas; emplearía en su construcción cuanto recordaba de los ingenios mecánicos que había visto funcionar en la corte de Bizancio y quizá escribiera a Constantinopla solicitando una copia de *El tratado de las máquinas* de Hierón de Siracusa. Se ayudó de un libro de *anwa* que localizó en la biblioteca de la mezquita mayor, uno de esos que contenían calendarios y tratados astrometeorológicos y que establecían periodos de trece jornadas, según un sistema de cómputo del tiempo basado en veintisiete periodos de trece días y uno de catorce.

Entre ambos lograron rectificar los errores contenidos en la teoría astronómica india del *Sind Hind* gracias a los trabajos inéditos del matemático zaragozano 'Abd Allah al-Saraqustí, fallecido hacía ya más de un cuarto de siglo.

Creían estar dentro de las más pura ortodoxia, no en vano el profeta Mahoma había dicho en el Corán: «Él es quien colocó el sol como claridad y la luna como luz y dispuso las mansiones de la luna a fin de conocer el número de los años y el cómputo del tiempo». Estaba por tanto permitido intentar medir el tiempo que Dios había dispuesto para regular la vida de los hombres.

Juan expuso a al-Mu'tamín la teoría heliocéntrica de Aristarco de Samos y los dos discutieron

abundantemente sobre ella, pero el propio al-Mu’tamín le recomendó al eslavo que no publicara nada al respecto, al menos por el momento.

5

Llegó el día de intervenir en el reparto de la herencia de Yahya ibn al-Sa’igh. Los dos hijos mayores se habían enfrentado por ello, y el joven Abú Bakr mostraba mayor apego a las riquezas del que se estimaba conveniente en un filósofo. Juan trataba de evitar las disputas entre los hermanos, pues sabía que el más perjudicado iba a ser Ismail, que aún no había cumplido los catorce años y no estaba en condiciones de reivindicar su parte de la herencia.

A instancia de Juan y del imán de la mezquita de Abú Yalid, los dos se reunieron con Said ibn Jair para ejecutar las cláusulas testamentarias. La cantidad en metálico que había dejado Yahya ascendía a 24.362 dinares y seis dírhems, que se repartieron sin problemas: seis mil para las mezquitas (dos mil para la de Abú Yalid, dos mil para la mayor, mil para la de la Puerta de Alquibla y los mil restantes a partes iguales entre las veintiséis mezquitas menores de la ciudad); cuatro mil, a dos mil para cada una, entre sus dos hijas solteras, y tres mil, a mil por cabeza, entre sus tres viudas. Restaban 11.362 dinares y seis dírhems que se dividieron entre los cuatro hijos varones a razón de 2.840 dinares y nueve dírhems.

En las propiedades inmobiliarias y en los negocios radicaba el principal problema. Restaban por repartir la magnífica casa de la calle del Puente, que las obras de mejora y ampliación realizadas a lo largo de los años habían convertido en un verdadero palacio, tres casas más en la medina, una en el arrabal de Sinhaya, la almunia con sus tierras de cultivo, diez huertas, el taller de orfebrería, la tenería para el tinte de paños y curtido de pieles y cuatro tiendas en el zoco de la ciudad, todo ello con su correspondiente mobiliario y equipamiento. De este lote se extrajo la casa con jardín que Yahya legaba a Juan.

Después de escuchar a los tres hermanos mayores, Juan hacía las veces de tutor de Ismail, se acordó que ‘Abd Allah, ya por entonces comandante de la caballería real, se quedara con la casa principal y tres fincas; Ahmad, el segundo, con el taller de orfebrería y la tenería; Abú Bakr con las cuatro tiendas, una de las dos casas que restaban en la medina y dos huertas, y el joven Ismail con la última de las casas de la medina, la del arrabal, la almunia del campo y cinco huertas. El hermano mayor alegó algunos reparos por ser Juan a la vez albacea testamentario y representante legal de una de las partes, además de parte interesada por recibir una casa en la herencia, pero no quiso recurrir ante los tribunales porque ello hubiera supuesto un retraso en la ejecución del testamento y en consecuencia en el reparto de la ansiada herencia.

Se redactaron los documentos correspondientes y se presentaron al cadí que impartía justicia en la mezquita mayor. Todos estuvieron de acuerdo con el reparto y Juan quedó nombrado administrador de los bienes de Ismail hasta que alcanzara la mayoría de edad. Entre lo que le había correspondido en metálico y las propiedades inmobiliarias, el hijo de Juan y Shams poseía una pequeña fortuna de en torno a cuatro mil dinares, suficiente como para poder vivir sin estrecheces y gozar de una posición económica holgada. Bien invertidos, los casi tres mil dinares en metálico podían rentar un veinte por ciento anual, y con esos seiscientos dinares al año se podía vivir muy bien de los intereses. Juan estaba contento por haber asegurado el futuro económico de su hijo.

El reparto se hizo en la casa del fallecido. En primer lugar los albaceas retiraron lo correspondiente a las mezquitas, después entregaron las cantidades en metálico a los hijos varones, a continuación a las hijas y por último a las viudas; todos firmaron los recibos correspondientes. Para acabar, se otorgaron los nuevos títulos de propiedad de las posesiones inmobiliarias y se concedió un plazo de dos semanas para inscribirlos en el registro.

Juan creyó que lo más conveniente sería que Shams e Ismail se trasladaran de inmediato a la casa que a su hijo le había correspondido en la medina y vender o arrendar la de arrabal, las huertas y la almunia. Todas estas propiedades se valoraban en algo más de mil dinares.

Madre e hijo se instalaron en la nueva casa de la medina, una excelente mansión situada cerca de la puerta sur, colindante con la mezquita de los Olivos, en la calle del Puente, cerca del barrio judío. Juan acudió a la casa y habló con Shams, a la que no había visto desde hacía tiempo:

—Creo que lo más conveniente para vosotros dos es que viváis aquí. Ismail posee casi tres mil dinares en efectivo y propiedades por un valor de otros mil y tú tienes mil dinares más. Con todo ello gozaréis de una posición saneada el resto de vuestras vidas —resumió Juan.

Shams estaba sentada en un diván en un ángulo del patio de la casa, al lado de Ismail, en tanto Juan permanecía de pie frente a ellos. Estaba cercana a los cuarenta años, pero sus ojos, aquellos inolvidables ojos marinos, tenían el brillo de la juventud, sus labios la finura y delicadeza de antaño y su piel la tersura de la plenitud; la ausencia de arrugas, tan solo algunos pequeños pliegues en los párpados, denotaba una naturaleza sana y cuidada. Mechones de su rutilante cabello rubio asomaban por debajo del pañuelo con el que se cubría la cabeza. Vestía un elegante traje negro adornado con dos filas de aljófares en el pecho y en las mangas.

—Ismail, hijo, retírate unos momentos. Tu tutor y yo debemos hablar de algunos asuntos —ordenó Shams a su hijo.

Ismail se levantó, hizo una graciosa reverencia y se alejó.

—Te encuentro muy bien, Juan —observó Shams.

—Pese a todo, la vida no ha sido demasiado cruel conmigo. Tú estás como siempre.

—Me halagas, pero no es cierto. Han pasado muchos años, mi cuerpo ya no es el mismo,

aunque mi corazón sigue latiendo con la misma fuerza que...

La eslava se detuvo un momento, fijos sus ojos en los de Juan, los labios temblorosos, y añadió:

—Nadie puede establecer el destino, solo Dios lo sabe.

—Sé que te has convertido al islam —dijo Juan.

—Sí, pero no cumplo con sus prácticas religiosas. Solo lo hago en ciertas situaciones obligada por las circunstancias.

—Yo me convertí a la fe del Profeta poco después de conseguir la libertad, antes incluso de... nuestros encuentros en mi casa del arrabal. Nunca te lo dije, no lo creí necesario. Nadie me lo exigió para ser libre, pero se es más libre si estás con la mayoría, o al menos te lo parece, y sobre todo se lo parece a los demás.

Entre los dos se hizo un espeso silencio. Ambos se miraban a los ojos intentando decir que se amaban, que seguían amándose, pero de sus gargantas no salía una sola sílaba. Shams se hubiera levantado para arrojarse en los brazos del eslavo y Juan ansiaba acariciar el rostro de su amada, apretarla entre su fuertes brazos y poseerla como antaño. Ninguno de los dos, aunque cada uno sabía lo que estaba pensando el otro, dijo nada. Por fin, Juan rompió el mutismo y señaló:

—Enviaré a mi criado Jalid y a otros dos más para que os ayuden a instalaros en la nueva casa. Dentro de unos días visitaré la almunia para estimar su valor y ponerla a la venta. Entre tanto intentaré alquilar la casa del arrabal y vender o arrendar las huertas.

—Iremos contigo a la almunia.

—¿Iremos?— inquirió Juan.

—Tú, nuestro hijo y yo —aclaró Shams.

La almunia estaba situada a diez millas de Zaragoza, aguas arriba del río Ebro. Era una finca en la que destacaba una enorme casa de campo de dos plantas con un porche abierto al sur sostenido por una galería de arcos de herradura decorados con yeserías pintadas en verde, rojo y azul. Las paredes interiores estaban decoradas con figuras geométricas en almagre. Junto al caserón había varios edificios auxiliares para almacenes, talleres, graneros y cuadras. La finca era explotada y cuidada por dos familias campesinas. El encargado, Yusuf, era un enjuto y nervudo capataz de origen bereber de unos cincuenta años casado con una mujer recia como una olma; era padre de seis hijos, todos ellos trabajaban en la finca. Le ayudaba Alí, también bereber, mucho más joven y recién casado con una muchacha de mirada recatada y cuerpo menudo. En las temporadas de siembra y recolección se reclutaban jornaleros de las aldeas cercanas para ayudar en los trabajos agrícolas.

Shams, Juan y el pequeño Ismail se instalaron en las habitaciones nobles de la casa, ubicadas

en la planta superior. Los criados les habían preparado unas magníficas estancias con amplios ventanales abiertos hacia el sur. Aquella casona era bien diferente a las que estaban acostumbrados en la ciudad. En medio del campo no era necesario mantener la intimidad edificando edificios con patios sin apenas aberturas al exterior. Allí no había vecinos de los que ocultarse ni curiosos a los que impedir la mirada al interior del hogar.

Shams, a la que acompañaba una de las criadas, subió al piso alto y abrió la ventana de su alcoba, por la que penetró el cálido sol de mediados de abril. La noche anterior había llovido y los campos estaban lozanos y limpios. Un aroma a tierra mojada, hierba fresca y flores silvestres ascendía impregnándolo todo. La eslava abrió los brazos, inspiró el aire fresco y perfumado y esbozó una sonrisa. Ismail entró corriendo y se abrazó al talle de su madre.

—Mira, Ismail, todos esos campos son tuyos.

—¿Puedo ir a ver los animales de la granja? —preguntó el muchachito.

—Sí, claro, hijo.

Ismail bajó corriendo las escaleras, atravesó el zaguán y salió hacia la granja y los establos.

Juan se reunió con el capataz, el bereber Yusuf, quien le puso al corriente de la actividad que se realizaba en la almunia, y de la extensión, los cultivos y los animales que poseía. Desde luego era más de lo que había creído en principio. Además de las fincas, prados, huertas y frutales había cuatro casas, entre ellas la de los dueños, un verdadero palacete que parecía obra muy antigua, aunque muy bien conservado y con materiales de calidad, una almazara donde se refinaba casi todo el aceite de oliva de la comarca, un molino harinero, un horno, varias colmenas, dos palomares, un almacén, un enorme cortil donde se recogían más de doscientas ovejas y unas treinta cabras, un establo con dos docenas de vacas, dos toros, quince terneros, seis bueyes, cuatro asnos, siete mulas, cinco caballos y un corral con varias docenas de gallinas, pollos, gansos y conejos.

—Eso es todo, señor —finalizó el bereber después de detallar a Juan cuanto había en la almunia.

—Bien, mañana realizaremos una vista de inspección por toda la finca, quiero hacer un listado en detalle de todas las propiedades.

—Servirán vuestra cena enseguida. Si no me necesitáis, me retiraré.

—Sí, Yusuf, gracias por tu información —dijo Juan.

Al día siguiente Juan y Yusuf recorrieron la finca sobre dos mulas. En un rollo de papel Juan iba anotando distintos detalles que le parecían importantes: el número de parcelas, los tipos de frutales, las acequias, los pozos y hasta los caminos. Regresaron a medio día. En el porche esperaba Shams, que jugueteaba con el niño.

Juan descendió de la mula y le dio el ronzal a Yusuf, que se alejó hacia el establo a recoger a los dos animales.

—La almunia es magnífica. Todos esto vale mucho más de mil dinares —dijo Juan dirigiéndose hacia Shams.

—Yusuf la cuida bien y gracias a él ha aumentado el valor de esta propiedad —añadió Shams.

Juan se quedó mirando a la eslava. Entre ellos se hizo uno más de esos silencios en los que simplemente con los ojos habían aprendido a decirse todo.

Tras la cena, Juan salió a dar un paseo. La tarde era fresca pero agradable y los aromas del campo, cargados de albahaca y absenta, invitaban a disfrutarlo. De vuelta hacia casa, cuando apenas quedaba un halo de claridad, vio que la ventana de la habitación de Shams se cerraba. Entró en el zaguán, atrancó la puerta y subió a su habitación. Ya en el lecho pensaba una y otra vez en su antigua amante. La tenía allí al lado, y en la casa solo estaban los dos y el hijo de ambos. Sentía arder su interior, encenderse aquel fuego que años antes le abrasaba y que solo se calmaba después de hacer el amor con ella. Incapaz de conciliar el sueño, se levantó de la cama, paseó por su cuarto y abrió la ventana. Sobre el horizonte occidental brillaba una inmensa luna amarilla que se ocultaba de vez en cuando entre oscuras nubes. Un ruido a su espalda hizo que se girara hacia la puerta. Allí, en el umbral, estaba Shams.

Los dos amantes avanzaron uno hacia el otro hasta encontrarse en el centro de la habitación. Se detuvieron apenas a un palmo de distancia, se miraron fijamente y se cogieron las manos. Él la condujo hasta el lecho y ella se dejó caer con delicadeza. Ambos jadeaban en tanto sus manos y sus labios recorrían sus cuerpos con una contenida pasión que se desbordó cuando desnudos hicieron el amor.

Los días que siguieron fueron los más felices de la vida de Juan. Paseaba con Shams entre los verdes trigos y los florecidos frutales, acompañados del pequeño Ismail. Juan no se atrevía a llamarle hijo, pero conforme el niño crecía, los rasgos del eslavo se repetían en su rostro. Viéndolos juntos nadie podría negar que fueran padre e hijo. Shams estaba dichosa; a sus casi cuarenta años seguía aparentando diez o quince menos y la alegría de los últimos días había devuelto a sus ojos el brillo de la juventud, nunca del todo perdido.

A los días luminosos y brillantes de primavera seguían noches de amor y placer. Juan se preocupaba por que en la habitación hubiera siempre rosas y violetas frescas y olorosos ramilletes de espliego y romero.

Todo el día juntos, los dos enamorados comenzaron a hacer planes para el futuro.

—Yo soy un hombre libre, y tú una viuda libre. Esa es la mejor de las condiciones para una mujer musulmana. En cuanto pase un tiempo prudencial y dejes el luto podremos casarnos. Nadie lo vería mal en la ciudad ni en la corte. Ambos somos eslavos, los dos hemos sido esclavos y hemos logrado la libertad. Tú has quedado viuda y yo nunca me he casado. Podría adoptar a Ismail y entonces también sería hijo mío a los ojos de la ley. Gozo de una saneada posición económica y tengo prestigio, podemos ser felices, tanto como nunca pudimos soñar.

—Sería maravilloso —dijo Shams.

—Es maravilloso. ¿Sabes?, más de una vez he pensado en cómo podría haber sido nuestra vida juntos. Imaginaba que te conocía en nuestra tierra natal y que nos casábamos. Yo era notario en Bogusiav y tú cuidabas nuestra casa llena de hijos sanos y fuertes. Nuestra tierra queda muy lejos, pero esta no es mala, en muchos sentidos es mejor incluso. Pero... —se detuvo un instante —, mañana debemos regresar a Zaragoza; hay asuntos que no puedo dejar por más tiempo. Allí seguiremos viéndonos.

—¡Tan pronto! Estos días han pasado como un suspiro. ¿No podemos quedarnos un poco más? —preguntó Shams.

—No, mi amor, es imposible. Hay que solucionar todos los trámites de vuestra herencia. No me fío de los dos hijos mayores de Yahya, ni siquiera de Abú Bakr, les gusta demasiado el brillo del oro.

De regreso a Zaragoza, Juan se dirigió a su casa después de dejar en la de la medina a Shams y a Ismail. En cuanto atravesó la puerta, Jalid lo llamó con una voz que denotaba preocupación y apremio.

—¡Señor, señor! ¡Por fin habéis llegado! Estaba a punto de ir a buscaros a la almunia. Esta mañana un mensajero real ha venido con un mensaje urgente. El rey quiere que acudáis de inmediato a palacio.

—¿Sabes de qué se trata? —preguntó Juan.

—No, no me dijo nada, solo que vuestra presencia en palacio no debía demorarse.

—Prepárame la túnica azul y las chinelas. Voy a los baños a quitarme de encima el polvo del camino y regreso de inmediato. Envía a alguien para que avise a su majestad que iré enseguida.

A primeras horas de la tarde los baños del arrabal de Sinhaya estaban casi vacíos. Juan entró en el establecimiento, a donde acudía tres veces por semana, y recogió una toalla, jabón y dos frasquitos con ungüento y perfume de limón que colocó en una canastilla de mimbre. En una cesta llevaba la ropa limpia que dejó depositada en una taquilla.

Como en el resto de los baños públicos de la ciudad, la tarde estaba reservada a los hombres, en tanto que por la mañana eran las mujeres quienes acudían a estos establecimientos. El *hammam* del arrabal de Sinhaya era uno de los más nuevos; algunos de la medina databan de la época de los romanos y no pocos conservaban todavía los mosaicos con teselas de colores.

Se desnudó en la sala de estar y guardó su ropa usada en un saco de tela. Se calzó unos zuecos de madera y pasó a la sala fría, donde realizó las evacuaciones corporales y permaneció un buen rato recostado sobre una estera mientras comía unos pistachos tostados. Cuando su cuerpo estuvo suficientemente relajado pasó a la habitación caliente. El cálido vapor inundó su cuerpo de

perladas gotas nacaradas mientras una saludable y limpia sensación cubría toda su piel. De su cuello pendía el amuleto de cuarzo que le entregara al-Kirmani y del que no se separaba nunca. En el centro había una piscina circular de agua caliente a cuyo borde se sentó introduciendo las piernas dentro del estanque. Un criado acudió a frotarle el cuerpo con unas manoplas de grueso algodón para abrir todos los poros y que se limpiaran en profundidad y le lavó el pelo con tierra jabonosa de batán.

Una vez limpio pasó a la zona templada, donde le dieron un reconfortante masaje y le depilaron convenientemente las axilas, las piernas y el pubis. Él mismo se aplicó primero el ungüento y después el perfume de limón. Completamente seco regresó a la sala de estar; allí se vistió con la ropa limpia y se tumbó un rato sobre una colchoneta. A su alrededor media docena de hombres conversaban amigablemente, pero Juan apenas prestaba oídos a sus voces. Antes de salir de la casa de baños tomó de un frasco dos pedazos de goma de mascar perfumada con esencia de menta y pagó un dírhem por el servicio. Se vistió con la túnica azul que usaba en las ceremonias protocolarias de la corte, las chinelas de cuero negro que había adquirido por quince dírhems hacía pocas semanas en un tienda junto a la mezquita mayor y cubrió sus rubios cabellos con un turbante azul. Se ciño un cinturón de cuero negro y colgó de su cuello el sello de consejero real.

En pocos minutos recorrió la milla que separaba su casa del Palacio de la Alegría y se presentó ante al-Mu’tamín. El rey paseaba por el patio central escoltado por Ibn Hasday, Ibn Paquda e Ibn Buklaris.

—¡Por fin! Te estábamos esperando. Esta misma mañana he enviado un jinete para que te avisara en la almunia. Os habéis debido cruzar en el camino. Lo importante es que ya estás aquí —asintió el rey.

—He venido, tras asearme, en cuanto me han dicho que requeríais mi presencia, majestad —repuso Juan.

—Apea el tratamiento, Juan —le pidió al-Mu’tamín.

—Como desees. ¿Qué asunto es el que requiere tanta urgencia para que hayas tenido que convocar a tu consejo privado con semejante celeridad? —inquirió Juan.

—¿Pero es que no te has enterado todavía? —intervino Ibn Buklaris—. Toledo cayó hace dos días en manos del rey de Castilla; ¡es una ciudad cristiana!

—¿Toledo? —se preguntó Juan atribulado.

—Sí, Toledo. Alfonso de Castilla la ocupó sin ningún combate. La ciudad se rindió tras el asedio a que estaba siendo sometida —lamentó al-Mu’tamín.

—¿Qué ha sido de Abú Yafar y de al-Zarqalí? —preguntó angustiado Juan.

—Ambos están fuera de peligro; se han instalado en Sevilla.

—¿Qué hará ahora el rey de Castilla? —inquirió Juan.

—Alfonso es un rey ambicioso e intrigante. Acabó mediante dudosos ardides con su hermanos Sancho y García y ahora se siente fuerte y seguro. Sin duda alberga en su corazón la idea de conquistar toda la península. Después de ocupar Toledo creo que barrunta que puede ser el emperador de todos nosotros —intervino Ibn Buklaris.

—Querrá aprovechar su buena racha y seguir con ella. No creo que tarde mucho tiempo en atacar Zaragoza. Debemos prepararnos —asentó Ibn Hasday.

—Si combinan sus fuerzas Castilla, Aragón y Barcelona nada podremos hacer —alegó Ibn Paquda.

—Durante estos años de reinado siempre he tenido presente las enseñanzas del célebre jurista al-Mawardí, sobre todo su libro *Los estatutos de gobierno*, allí he aprendido una cita del poeta preislámico al-Alwah Awdí: «No es bueno que los hombres estén abandonados a sí mismos y desprovistos de sus jefes; no hacen falta jefes cuando son los ignorantes los que mandan». Ese ha sido mi lema de gobierno y va a seguir siendo el mismo. Yo he heredado este reino de mi padre que a su vez lo heredó del suyo, y no voy a renunciar a él. Si Alfonso lo quiere, tendrá que arrancárnoslo piedra a piedra —afirmó al-Mu'tamín.

—No esperaba menos de ti —se expresó orgulloso Juan.

—Posee los dones de la inteligencia y de la razón, los dos principales que Dios nos ha dado. Ya te dije una vez que sería un gran rey —musitó Ibn Paquda a Juan.

—Alfonso tiene ahora una disyuntiva: o bien se decide a atacar Zaragoza o bien lo hará primero sobre Valencia. Si conquista Valencia quedaremos aislados del resto de al-Ándalus; entre nosotros y los reinos musulmanes del sur no habrá ya sino tierras cristianas, seremos una isla rodeada por los dominios de Castilla, Aragón y Barcelona —indicó Ibn Hasday.

—Eso es muy razonable. Hemos de estrechar todavía más nuestra amistad con Valencia. Si esa ciudad cae en manos castellanas, Zaragoza correrá la misma suerte poco después —aseguró Juan.

—Todavía queda una posibilidad —señaló Ibn Buklaris.

—¿Rezar? —ironizó Ibn Paquda.

—Los almorávides —sentenció el médico.

—Esos serían peores que los cristianos; perderíamos la independencia —protestó Ibn Paquda.

—Y la libertad —añadió Juan.

—Estamos quedando aislados del resto de la comunidad musulmana. Es preciso reaccionar. La conjunción de los planetas no augura nada bueno para nuestro reino, ni para mí; algo me dice que mi muerte está próxima —dijo al-Mu'tamín.

—Los planetas no siempre aciertan, o quizá es que no sepamos leer a veces sus mensajes, que al caso viene a ser lo mismo —indicó Juan.

—La alianza con Valencia es ahora nuestra única salida. Mañana enviaremos un correo oficial

a Abú Bakr Muhámmad reafirmando nuestra amistad. Otro correo convenientemente disfrazado portará una carta secreta en la que le explicaremos nuestros planes. Ni cristianos, ni almorávides, mantendremos nuestra independencia con la ayuda de Dios —sentenció el monarca.

La respuesta del soberano de Valencia no se hizo esperar. Se mostraba de acuerdo con la postura de al-Mu'tamín de defender la libertad y la independencia de al-Ándalus y expresaba sus mejores deseos y su predisposición para ello.

6

La primavera avanzaba hacia el verano y Juan dividía su tiempo entre su trabajo en palacio y las visitas a Shams e Ismail. Al menos tres días a la semana comía o cenaba con su amada y con su hijo y algunas noches se quedaba a dormir en la casa de la medina. En el barrio se comentaban las frecuentes visitas del consejero real y los rumores habían llegado incluso a los oídos de los demás hijos de Yahya.

Juan intentaba inculcar a Ismail una educación semejante a la que había recibido Abú Bakr, el hijo favorito de Yahya, quien, pese a su juventud, ya era un notabilísimo intelectual. Ismail, en cambio, mostraba poco apego a las letras y a las ciencias; admiraba a los soldados y la vida militar. Siempre que podía iba con otros muchachos a la explanada de la *sari'a* a jugar a la guerra con espadas y lanzas de madera. Más de una vez había tenido que curarle su madre heridas y contusiones como consecuencia de golpes recibidos durante esos juegos.

—Es indudable que en sus venas fluye la sangre de mi padre —comentaba un día Juan a Shams sentados en un diván en el patio de la casa de la medina—. Fue soldado al servicio del príncipe de Kiev y participó en combates contra las tribus rebeldes del norte, e incluso asistió a la expedición contra Constantinopla. Conoció a mi madre, el príncipe le dio tierras en Bogusiav y...

No pudo seguir hablando. Sus ojos se nublaron y un par de lágrimas resbalaron perezosas por su rostro. Shams le cogió la mano y le besó dulcemente los labios.

—¿Todavía no has podido superarlo? —preguntó la eslava.

—Hace ya más de treinta años que me raptaron y todavía retengo en mi memoria el rostro de mi madre, el perfil severo pero amable de mi padre, la sonrisa inocente de mi hermana... De vez en cuando aspiro un aroma que me recuerda el heno fresco recién cortado, el pan caliente sobre la mesa del hogar, la tierra mojada tras las lluvias de abril. —Juan volvió su rostro hacia Shams y continuó—. Creo que si no hubiera sido por ti mi vida se hubiera vuelto insoportable. Tu presencia me ha hecho vivir, saber que estabas ahí me ha dado fuerzas para sostenerme y seguir adelante.

—Te quiero —dijo Shams acurrucándose entre los fuertes brazos de Juan.

En ese momento entró en el patio Ismail. Venía sudoroso, con una espada de madera en la mano, los vestidos rotos y el rostro, las piernas y los brazos cubiertos de arañazos, magulladuras, tierra y polvo. Shams se levantó asustada.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Me he peleado con unos chicos.

—¿Tú solo? —preguntó Juan.

—Sí, yo solo. No necesito ayuda para vencer a unos cobardes —contestó orgulloso Ismail.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro.

—Voy a por un barreño, una jofaina y agua para lavarte —indicó Shams.

Juan se quedó mirando a su hijo. Los ojos del muchacho denotaban orgullo y coraje. Eran azules, como los de Juan, como los de Boris, como los de todos los miembros del linaje de los Tir.

—Eres muy valiente —reconoció Juan—; pero a veces es más conveniente retirarse a tiempo que ser derrotado por un enemigo superior.

—Retirarse es de cobardes. Rodrigo de Vivar nunca lo haría. Eso dice mi hermano ‘Abd Allah.

—¿Te gustaría ser soldado, como tu..., como ‘Abd Allah? —preguntó Juan renunciando a pronunciar la palabra hermano.

—Es lo que voy a ser —afirmó categórico el muchacho.

—La vida de la milicia es dura y sacrificada, puedes ser herido y morir.

—No me importa, no temo a la muerte.

Shams apareció con un barreño de cerámica vidriada, un frasco con esencia de malvavisco para aplicar sobre las contusiones, una jarra con agua y una toalla de lino y se sentó a los pies de Ismail que protestaba inútilmente en tanto su madre le lavaba todo el cuerpo.

La noticia de la muerte de Abú Bakr Muhámmad, el soberano de Valencia, dejó a al-Mu’tamín sumido en una profunda tristeza. Había dejado un testamento en el que nombraba sucesor a su hijo Abú ‘Amr. La preocupación por estos acontecimientos se extendió a todos los consejeros de al-Mu’tamín. En Valencia se había empezado a dividir la población en dos bandos. Había quienes abogaban por una alianza con Zaragoza, e incluso no faltaban quienes de entre estos querían que fuera nombrado rey el propio al-Mu’tamín. Otros, instigados por agentes al servicio del rey de Castilla, pretendían, so pretexto de mantener la independencia y la libertad, que fuera

designado rey al-Qadir, el soberano que acababa de ser destronado de Toledo por Alfonso VI de Castilla.

La caída de Toledo causó pavor en todos los reinos de taifas. Estaban convencidos de que, si no reaccionaban, pronto sucumbirían uno tras otro a las armas castellanas. El rey al-Mu'tamid de Sevilla fue quien tomó la iniciativa. Durante el verano escribió una carta a cada uno de los reyes de las taifas en la que les indicaba la conveniencia de llamar a los almorávides para que protegieran al-Ándalus de la codicia de los cristianos. Al-Mutawakkil de Badajoz y 'Abd Allah de Granada respondieron que estaban de acuerdo en solicitar la ayuda de los africanos.

—Son unos cobardes, unos malditos cobardes —bramaba al-Mu'tamín entre los parterres del patio central del Palacio de la Alegría—. Las mujerzuelas de los burdeles de los mozárabes tienen mil veces más valor que estos afeminados reyezuelos que se visten como príncipes y se pavonean como cisnes cuando tan solo son un hatajo de gallinas. ¡Pobre al-Ándalus! Van a enviar una embajada a Marruecos para tratar con el emir de los almorávides invitándole a que pase a este lado del estrecho y le van a asegurar que una vez aquí unirán sus fuerzas con él para derrotar a los cristianos. ¡Pero qué han creído que hará Ibn Tasufín una vez en España! ¿Imaginan que recibidas las gracias por haberlos librado de los castellanos dará media vuelta, se embarcará de nuevo y regresará a África? Si Ibn Tasufín pone sus pies en al-Ándalus será para quedarse.

—Majestad, creo que ellos lo saben —intervino Ibn Hasday—. Se dice que el propio al-Mu'tamid de Sevilla ha aseverado ante varios testigos que prefiere ser camellero en Marruecos antes que porquero en Castilla.

—Son todos unos intrigantes. Al-Qadir, el soberano depuesto de Toledo, siempre actuó sin lealtad. No me extrañaría que hubiera pactado en secreto la rendición de la ciudad a cambio de recibir otras tierras de Alfonso; quizá le haya prometido Valencia —supuso al-Mu'tamín.

—¿Crees que al-Qadir es un agente de Alfonso? —preguntó Juan.

—Seguro. Lo utiliza como testaferro —aseveró al-Mu'tamín.

—Se avecinan malos tiempos para todos —lamentó Ibn Hasday.

—Rodrigo Díaz sigue con nosotros —afirmó Juan.

Al pronunciar el nombre del héroe castellano al servicio de los Banu Hud se hizo un denso silencio. Al-Mu'tamín enarcó las cejas e Ibn Hasday se llevó la mano derecha a la barbilla.

—Bueno, Rodrigo está enfermo —dijo tras una pausa al-Mu'tamín.

—¿Enfermo? Espero que no sea grave. Ahora entiendo por qué hace ya meses que no lo veo frecuentar la corte —indicó Juan.

—Fue herido en la batalla de Morella el pasado verano. En principio parecía una herida superficial, sin demasiada importancia. Regresó triunfante a Zaragoza y en las semanas siguientes a su regreso hizo una vida normal, e incluso siguió entrenándose en el campo de la

Almozara. Pero la herida no cicatrizó y acabó infectándose. Ibn Buklaris, aplicando diversos ungüentos y pócimas, ha logrado detener la gangrena, pero Rodrigo se encuentra en un estado sumamente delicado. Su vida ya no corre peligro, pero es probable que tarde varios meses en recuperarse por completo. No podemos contar con él por el momento —explicó al-Mu'tamín.

—En ese caso, si somos atacados por Alfonso, ¿quién dirigirá el ejército? —preguntó Juan.

—Lo haré yo mismo —aseveró al-Mu'tamín.

—No eres un guerrero —sentenció Juan.

—Hace ya varias semanas que practico con la espada y la lanza en el campo de la Almozara. No me está costando demasiado adaptarme al manejo de estas armas. Solo lamento que apenas tengo ocasión para acabar mi nuevo tratado de matemáticas, pero ahora lo más importante es prepararse para la defensa del reino. Mi hijo, el príncipe heredero Ahmad, se entrena conmigo. Rodrigo viene algunos días a vernos recostado sobre una litera convenientemente cubierta para que nadie vea que está impedido. En poco tiempo estaré preparado para dirigir el ejército como si fuera el mismo Díaz de Vivar —afirmó al-Mu'tamín.

Durante todo el verano, incluso en los días más calurosos, el rey de Zaragoza, su heredero y muchos otros caballeros siguieron ensayando cargas de caballería y practicando el manejo de las armas. La herida de Rodrigo estaba cerrada, pero el de Vivar había perdido mucho peso y su aspecto parecía el de un cadáver. Aunque ya se incorporaba, era incapaz de mantenerse de pie sin la ayuda de un bastón y apenas podía dar un paso sin trastabillar.

Los rumores de un próximo ataque castellano sobre Zaragoza crecían día a día y algunos comerciantes se mostraban inquietos ante la posibilidad de perder sus negocios. Las mezquitas estaban más concurridas que de costumbre y la mayor parte de los habitantes de la ciudad parecían resignados a dejar que el destino se cumpliera sin hacer nada por evitarlo. Al-Mu'tamín, a fin de infundir ánimos a sus súbditos, solía pasear por la ciudad de Zaragoza con su caballo enjaezado y en más de una ocasión pronunció en plena calle improvisados discursos alentando a los zaragozanos a defender sus propiedades, su libertad y su fe en caso de que fuera necesario.

Shams e Ismail se habían marchado a la almunia a principios de verano y Juan acudía a visitarlos todas las semanas. Permanecía con ellos un par de días y regresaba de nuevo a Zaragoza. Cuando acabó la canícula, madre e hijo regresaron a la casa de la medina y Juan creyó que era ya hora de hablar de la boda con Shams.

Una tarde, al regresar de su trabajo en la biblioteca palatina, Juan daba buena cuenta en su jardín de una suculenta cena que el fiel Jalid, que seguía leal a su servicio después de tantos años, había preparado. El verano daba sus últimas bocanadas aunque todavía era agradable cenar al aire libre.

—Te ha costado muchos años, Jalid, pero por fin estás logrando cocinar bien. Este guisado de cordero está realmente apetitoso —señaló Juan.

—Gracias, mi señor, me alegra que te guste. Está aderezado con comino, cebolla, pimienta, sal y aceite. Como postre he preparado un pastel de almendras que va a encantarte. Lo he tenido al horno, a fuego muy bajo durante toda la tarde; su aspecto y su aroma son magníficos —alardeó Jalid.

Señor y criado, cuando estaban solos, comían siempre juntos en la misma mesa. Hacía ya casi veinte años que Jalid permanecía al servicio de Juan y siempre habían tenido una relación de amigos. Juan había cumplido los cuarenta años y Jalid debía de tener cinco o seis menos, pues nunca logró averiguar cuándo había nacido. Desde que hacía tiempo murieran los abuelos de Jalid, tan solo se tenían el uno al otro.

Estaban saboreando el pastel de almendras cuando se sobresaltaron al oír unos fuertes golpes en la puerta. Jalid se levantó de la mesa, se apoyó en el cayado que Juan le había regalado para sustituir el palo en forma de alcayata que usaba antes de entrar a su servicio y se dirigió hacia la puerta.

—¡Ya voy, ya voy! Hay que ver qué prisa —mascullaba el criado en tanto se acercaba a la puerta tras la que sonaban golpes y más golpes.

—¿Qué ocurre, quién llama con tanto apremio? —inquirió Jalid a la vez que abría.

Dos soldados de la guardia real aparecieron al otro lado del umbral.

—¿Está tu señor en casa? —preguntó uno de ellos.

—¿Qué queréis?

—Eso no te incumbe. Tenemos orden de acompañarle a palacio de inmediato.

Momentos después, tres jinetes atravesaban con sus caballos a todo galope la vaguada que separaba el arrabal de Sinhaya del Palacio de la Alegría.

Juan entró presuroso. En el patio de la guardia le esperaba Ibn Paquda.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Juan.

—Creo que el rey se muere. Acaban de avisarme hace unos instantes. He venido corriendo desde la judería y al llegar el *katib* del consejo privado me ha dicho que aguardara aquí a que vinieras. Al-Mu’tamín está muy mal. Ibn Buklaris e Ibn Hasday están con él —dijo Ibn Paquda.

—Vamos rápido.

Los dos consejeros se precipitaron a través del patio central y penetraron en la zona reservada del serrallo. Los eunucos africanos que guardaban el harén les permitieron el paso hasta el dormitorio del rey. Sobre una cama cubierta por un edredón de seda verde relleno con plumas de cisne yacía sudoroso al-Mu’tamín. A cada uno de los dos lados de la cabecera, Ibn Buklaris e Ibn Hasday se afanaban en calmar la fiebre que consumía al monarca aplicándole paños mojados en agua tibia con esencia de rosas.

—¡Majestad! —clamó Juan al verle.

Al-Mu'tamín levantó la cabeza y abrió los ojos.

—Juan, Ibn Paquda, amigos —musitó el soberano.

Juan se abalanzó sobre la cama y tomó la mano derecha del rey.

—¿Qué le pasa? —preguntó angustiado a Ibn Buklaris.

El *hakim* de la corte permaneció en silencio pero movió la cabeza a uno y otro lado en un claro gesto de resignación.

—¡Maldita sea, tienes que hacer algo! ¡No puede morir! —exclamó Juan.

—Solo Dios puede salvarlo. En sus manos está. Ha contraído unas fiebres malignas. Le avisé a tiempo. Estaba practicando demasiado el combate. Ya no es un muchacho. No concedía tregua a la fatiga ni al cansancio. Su cuerpo no ha podido resistir tanto esfuerzo. Le han sobrevenido estas fiebres y su hígado no responde. Le he hecho beber zumo de melocotón con esencia de violetas, el mejor remedio contra la calentura —susurró Ibn Buklaris al oído de Juan.

—Amigos, amigos, no os preocupéis, mi hijo está preparado para gobernar el reino. Es joven, fuerte y vital —musitó al-Mu'tamín no sin esfuerzo.

—Nunca ha habido un rey como tú y nunca lo habrá —afirmó Juan rotundo.

—Mi querido Juan. Antes de que muera debes saber algo. Me lo contó mi padre, el gran al-Muqtádir, y me ordenó que nunca te lo revelara, pero creo que me perdonará si lo hago en estas circunstancias. Poco antes de morir el maestro, nuestro recordado al-Kirmani, acudí con mi padre a visitarle a la clínica del Huerva. Al-Muqtádir me pidió que los dejara unos instantes a solas. De regreso a palacio, mi padre me comentó que al-Kirmani le había pedido como último deseo de moribundo que comprara tu libertad; le dijo algo referente a un bibliotecario de Constantinopla que no pudo hacerte libre porque murió antes de tiempo. Mi padre le prometió que sería lo primero que haría —finalizó al-Mu'tamín.

—Y lo cumplió —asintió Juan.

El eslavo buscó en su pecho, debajo de la túnica, el amuleto con la bolita de cristal de cuarzo y el cilindro de plata que le había regalado al-Kirmani, lo abrió y leyó el papelito que guardaba en el interior:

—«Todo glorifica a Alá, lo que está en los cielos y sobre la realeza. A Él la realeza y la alabanza. Tiene poder sobre todas las cosas». Este amuleto me lo entregó al-Kirmani en el momento de su muerte. Yo le había contado que ese bibliotecario de Constantinopla, Demetrio era su nombre, fue quien me enseñó casi todo lo que sabía entonces y que quería devolverme la libertad. La oración que acabo de leer fue la que guió la vida de al-Kirmani.

Volvió a plegar cuidadosamente el papel, lo guardó en la cajita cilíndrica de plata y colocó el amuleto en la mano del rey. Al-Mu'tamín cogió la mano de Juan y la apretó con la suya. El amuleto de al-Kirmani quedó entre ambas dibujando una leve marca sobre sus palmas.

De madrugada, momentos antes de que la aurora tiñera con las primeras luces el oscuro horizonte, murió Abú Amir Yusuf ibn Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud al-Mu'tamín. Había reinado solo tres años y medio, pero había dejado una huella indeleble en cuantos le trataron. Fue enterrado entre desgarradoras muestras de dolor colectivo en el cementerio real. El alfaquí y el cadí de la mezquita mayor leyeron la plegaria fúnebre y Juan ibn Yahya fue el encargado de redactar la inscripción funeraria que se grabó en una lápida de purísimo alabastro con las proporciones matemáticas áureas. Decía lo siguiente:

YUSUF IBN AHMAD SUBIÓ A GOZAR DE LOS BIENES DEL PARAÍSO
EL 15 DE *YUMADA* I DEL AÑO 478. SOLO TRES PRIMAVERAS
TUVIERON LA DICHA DE CONTEMPLAR SU REINADO,
PERO HIZO FLORECER MUCHAS PRIMAVERAS EN LOS CORAZONES
DE CUANTOS LO CONOCIERON.

Capítulo IX

El ocaso del sol

1

—No posee la energía de su abuelo ni el valor y el sentido de la justicia de su padre, pero puede llegar a ser un buen rey. Todavía es demasiado joven, aunque no carece de experiencia de gobierno. Habrá que estar muy pendientes de sus decisiones.

Así hablaba Ibn Hasday, el gran visir de Zaragoza, en una reunión en casa de Juan a la que también asistía Ibn Paquda.

—Por el momento ha confirmado todos los cargos de la corte, pero no sé si esta situación durará mucho tiempo. Es probable que nombre a su propio consejo privado —dijo Juan.

—No creo que prescinda de nosotros; le somos absolutamente necesarios —alegó Ibn Paquda.

—Es probable que incorpore a nuevas personas al consejo. Se ha hecho muy amigo de Abú Bakr. Ese joven es muy ambicioso, tú lo conoces bien, Juan, no en vano ha sido tu pupilo; y también tú le enseñaste filosofía —continuó Ibn Hasday dirigiéndose ahora a Ibn Paquda.

—Abú Bakr tiene una inteligencia fuera de lo común. Yo he sido su maestro durante años y puedo asegurarlo —añadió Juan.

—Su prestigio en la ciudad es muy notable. Todos lo conocen por su nombre familiar, Ibn Bajja. Ese es un síntoma de la consideración que se le manifiesta —indicó Ibn Hasday.

El príncipe Ahmad ibn Yusuf ibn Ahmad ibn Sulaymán ibn Hud tomó posesión del trono de Zaragoza cuando el otoño comenzaba a teñir de amarillo las hojas de los álamos y de los chopos. Adoptó el título de al-Musta’ín billah, es decir, «el encomendado a Dios», el mismo que había llevado su bisabuelo Sulaymán, el primero de los soberanos de la dinastía de los Banu Hud.

La situación política que heredaba al-Musta’ín no era deseable, pero en cambio las arcas del Estado rebosaban de dinares y dírhems. Al-Mu’tamín había sido un rey austero; a diferencia de su padre, había renunciado con frecuencia a las cosas mundanas y cuando alguien alabó las fabulosas riquezas del tesoro real, el monarca alegó que de nada le servirían, pues a la tumba solo se llevaría una modesta mortaja.

La muerte inesperada de al-Mu’tamín produjo un incremento en la inseguridad que los

zaragozanos habían sentido con la caída de Toledo; parecía que el final estaba próximo. Algunos alfaquíes e imanes predicaban en las mezquitas pláticas derrotistas en las que aseguraban que Dios había abandonado a los musulmanes debido a los muchos pecados cometidos y a que el gobierno del reino se encontraba en manos de judíos y cristianos.

Durante todo el invierno se mantuvo una tensa calma. No había ninguna señal que lo indicara y los espías enviados a la frontera con Castilla nada habían detectado, pero todos sabían que con la primavera, antes de que se recogieran las primeras cosechas, los castellanos caerían sobre Zaragoza.

Al-Musta'ín ratificó a todos los miembros del consejo privado de su padre y además nombró consejero a Abú Bakr ibn Bajja y visires de confianza a sus dos amigos Abú al-Asbag y Abú Amir, dos jóvenes miembros de la aristocracia que se habían educado con el príncipe en la escuela palatina. En la primera reunión celebrada en el Palacio de la Alegría, Ibn Bajja se mostró prudente y comedido. Juan le había indicado que evitara dar opiniones propias en esta primera ocasión y que se limitara a escuchar las aportaciones de Ibn Paquda, Ibn Buklaris e Ibn Hasday. En el consejo se decidió reforzar el muro de tierra que rodeaba la medina y los arrabales, derribar algunas casas del arrabal de Sinhaya, demoler por completo los restos del viejo y destartalado anfiteatro romano y construir parapetos de madera en las almenas de la muralla de la medina. Se trataba de evitar que los castellanos encontraran lugares de acomodo donde fortificarse en caso de que se decidieran a asediarlos. Las ruinas del anfiteatro romano ofrecían un lugar excelente para construir un castillo con los restos y fue el primer edificio en ser demolido hasta los cimientos. Los sillares se aprovecharon para reforzar merlones y basamentos de las viejas murallas romanas de la medina.

A la guardia real, compuesta por quinientos soldados, se unió un contingente de más de dos mil voluntarios, convenientemente endurecidos en los campos de batalla, muchos de ellos veteranos de las campañas contra Lérida. Todos los varones comprendidos entre dieciséis y cuarenta años fueron movilizados. Organizados por barrios, a cada uno se le asignó un puesto en la muralla y se le entregó un arco, un carcaj con dos docenas de flechas, un escudo de madera reforzada con cuero y con el umbo de metal y una espada o un puñal largo. Los que demostraron una mejor puntería fueron equipados con ballestas, un arma de reciente invención que a los ojos de muchos era considerada diabólica, pero de una eficacia muy superior al arco, tanto en precisión como en capacidad de penetración; algunos expertos ballesteros a sueldo en el ejército hudí actuaron como entrenadores. Zaragoza era una ciudad en la que abundaban los talleres de armas; los arcos, las ballestas, las espadas y las corazas zaragozanas eran famosas en todo Occidente, por lo que no fue ningún problema dotar a todos los ciudadanos útiles con un equipo apropiado para la defensa.

Algunos castillos inmediatos a Zaragoza también fueron reforzados. Existía desde hacía al

menos dos siglos un complejo sistema de fortificaciones que rodeaba la ciudad a manera de gran cinturón defensivo, especialmente a lo largo de los cursos de los afluentes del Ebro más próximos. Estas fortalezas eran a la vez atalayas desde las que se enviaban mensajes mediante las consabidas señales de humo o de fuego a lo largo y ancho de todo el reino. A principios de 1086 un correo procedente de Sevilla trajo una carta del rey al-Mu'tamid; el sevillano, autoerigido en portavoz de todos los reinos musulmanes de al-Ándalus, anunciaba al nuevo rey de Zaragoza que se había concretado definitivamente la alianza entre los reinos de Sevilla, Badajoz y Granada, a la que se había sumado el cadí supremo de Córdoba. Se invitaba a al-Musta'ín a unirse a los aliados para combatir a los cristianos. En la misiva se comunicaba que habían decidido solicitar la ayuda del emir almorávide Yusuf ibn Tasufín.

Al-Musta'ín, ajeno hasta entonces a todo esto, se encontró con que los reyes de las taifas del sur habían decidido estos acuerdos sin contar con Zaragoza. Ibn Hasday tuvo que ponerle al corriente de la situación, y le explicó que su padre había decidido no apoyar la coalición con los almorávides. «Ni cristianos ni almorávides», le repitió el visir al monarca parafraseando las palabras de al-Mu'tamín. Al-Musta'ín decidió honrar a su padre y remitió al rey de Sevilla una carta en la que decía entre otras cosas:

> Me haces saber que las tierras que heredamos de nuestros padres, sagradas desde hace siglos por la bendición de los discípulos del Profeta, su nombre sea alabado, corren peligro de caer en manos de los cristianos y que para evitarlo unos cuantos emires habéis decidido llamar a los africanos para que os ayuden. ¿No os habéis dado cuenta de que nuestra independencia y nuestra libertad dependen solo de nosotros mismos? Dices que existen dos soluciones: la una, evidente, la otra, dudosa, y que no tienes más remedio que adoptar una de las dos. O bien buscar el apoyo del almorávide Yusuf o bien el del tirano Alfonso, pero consideras que los dos pueden engañarte. Añades que es evidente que si te apoyas en Yusuf ibn Tasufín, agradarás a Dios, y si buscas el auxilio en Alfonso, lo enojarás. Concluyes que has de hacer lo que agrade a Dios y que por ello has buscado la ayuda del jefe almorávide. Pero Dios nos ha dicho: «Si hay entre vosotros veinte hombres tenaces, vencerán a doscientos. Y si cien, vencerán a mil infieles, pues estos son gente que no comprende»; y el Profeta ha escrito: «¡Creed en Dios y en su enviado y combatid por Dios con vuestra hacienda y vuestras personas! Es mejor para vosotros. Si supierais... Así, os perdonará vuestros pecados y os introducirá en jardines por cuyos bajos fluyen arroyos y en viviendas agradables los jardines del edén». ¿Cómo podría ir yo en contra de la voluntad de Dios? Haced vosotros los que estiméis conveniente, que nuestro reino no se plegará a los cristianos y sabrá defenderse con la ayuda de Dios, sin necesidad de acudir a esos africanos que acabarán apacentando sus rebaños de camellos sobre los pastos que ahora tachonan nuestras ovejas.

La valiente respuesta de al-Musta'ín fue una premonición. A principios de primavera, los espías destacados en la frontera con Castilla comunicaron que se apreciaban movimientos de tropas convergentes hacia el extremo occidental del reino. Zaragoza se preparó para un ataque inminente. A finales del mes de abril, y una vez controlada Valencia mediante el ascenso de al-

Qadir a su trono, un ejército de veinte mil castellanos acampaba frente a las murallas. El propio Alfonso VI dirigía las tropas. Sobre un cabezo desde el que se divisaba toda la ciudad asentó su real y juró ante sus caballeros que no levantaría el asedio hasta que no se rindieran los sitiados.

Desde lo alto de la gran torre del Palacio de la Alegría, al-Musta'ín, Ibn Hasday y Juan oteaban el despliegue del ejército castellano.

—Estamos solos frente a Alfonso. Nadie vendrá a ayudarnos —se lamentaba Ibn Hasday.

—Tampoco podemos contar con la ayuda del Cid. Ya está casi totalmente repuesto de la grave infección que le causó la herida de la batalla de Morella, pero nunca actuará contra Alfonso, a quien sigue reconociendo como rey legítimo. Me ha pedido permiso para abandonar la ciudad con su mesnada y se lo he concedido. Quiere mantenerse al margen de esta situación para no quebrar ninguna de sus dos lealtades, y creo que no debemos oponernos a su voluntad. Hemos de confiar en Dios; cuando doce mil mequíes sitiaron al Profeta, la paz sea con él, en Medina, tras un mes de cerco se levantó un viento huracanado que ahuyentó a los sitiadores —dijo al-Musta'ín.

—Con el Cid o sin él, con viento o sin viento, resistiremos. Nos hemos preparado muy bien para aguantar varios meses. No creo que los castellanos prolonguen el sitio más allá del invierno. Cuando caigan las primeras nieves sobre las sierras, sus vías de reabastecimiento quedarán cortadas y no tendrán otra opción que retirarse. Por nuestra parte, mantenemos abiertas las rutas hacia el norte y controlamos el puente sin serias dificultades. Por ahí podríamos recibir nuevos suministros desde Huesca en caso de necesidad —observó Juan.

—¿Creéis entonces que nuestra situación es sostenible? —preguntó el rey.

—Sin duda, majestad. En los almacenes reales hay comida para al menos dieciséis meses y nunca podrán cortarnos el agua, como se ha hecho en otros asedios; hemos excavado pozos que descienden hasta las capas freáticas del río. Las armerías están repletas de escudos, espadas y saetas. Los castellanos no tienen máquinas de asedio y nuestras murallas han sido reforzadas suficientemente; aun en caso de que desbordaran el muro de *radam* de los arrabales, más endeble por estar construido con tapial, adobe y ladrillo, nunca podrían atravesar la muralla de piedra de la medina —recalcó Juan.

—Sería conveniente ofertar una cuantiosa suma de dinero a Alfonso a cambio de que levante el cerco —propuso Ibn Hasday.

—No lo creo necesario, pero nos ahorraríamos mucho dinero si aceptara una cantidad razonable. Es cuestión de hacer cuentas —intervino Juan.

—Le ofreceremos oro. Calculad cuánto nos costarían cuatro meses de asedio y prometedle esa misma cantidad —asentó el rey.

—Creo, majestad, que sería más apropiado comenzar por la mitad, así tendremos un amplio margen para negociar —intervino Ibn Hasday.

—De acuerdo, preparad una carta para Alfonso —finalizó al-Musta'ín.

Juan acudió al campamento de los castellanos portando el mensaje. El real castellano se había protegido con una empalizada de estacas y un pequeño foso. Por todas partes había soldados con escudos almendrados de madera endurecida con los bordes reforzados con tiras de cuero y láminas de metal y cascos con orejeras y guardanucas, casi todos con el rostro descubierto. Unos vigilaban montando guardia en posiciones estratégicas, otros deglutían enormes pedazos de carne alrededor de fogatas en las que pinchados en las puntas de sus espadas asaban costillares y piernas de cordero. Colocados en montones bien ordenados se apilaban decenas de picas, gujas, espadas, picos, palas, azagayas y espadas de filos rectos y largos con pomos de bronce en forma de nuez.

Alfonso de Castilla lo recibió en su tienda de campaña. A la entrada, un enorme estandarte con un león rampante y un castillo en grana y blanco identificaban el pabellón real. El rey le dio la bienvenida a Juan en árabe y el eslavo le habló en el mismo idioma.

—Majestad, mi nombre es Juan ibn Yahya al-Tawil. Soy el enviado de su majestad Ahmad ibn Yusuf al-Musta'ín, rey de Zaragoza. He recibido el encargo de proponeros la retirada del asedio a que tenéis sometida nuestra ciudad a cambio de cincuenta mil dinares.

Alfonso permanecía sentado en una silla de madera de las de tijeras, sobre un estrado de tablas de un palmo de alto. A su espalda se había desplegado un enorme tapiz en el que, de un formidable salto, un león bordado en oro atrapaba por el cuello a una gacela ocre. A la derecha del rey de Castilla se apostaban varios caballeros cubiertos con sus cotas de malla con faldillas hasta las rodillas, muñequeras y tobilleras de metal y petos de cuero rígido. Todos ellos llevaban colgadas del cinto hermosas espadas acanaladas con inscripciones en latín.

La espada del rey se mostraba desenvainada, clavada por la punta junto al sitial. En la hoja podía leerse el salmo *Eripe me de manu inimicorum meum*. El pomo estaba decorado con esmaltes verdes y azules y era hueco. El interior, cerrado con un brochecito de plata, contenía una reliquia preciosísima: un fragmento no mayor que una uña de uno de los huesos del apóstol Santiago, cuyo sepulcro veneraban los cristianos en la lejana ciudad de Compostela, en Galicia, cerca del fin de la tierra.

—¿Cincuenta mil? No parece una cantidad apropiada para tan rica ciudad —repuso el rey.

—Podríamos llegar hasta sesenta mil —replicó Juan.

—Sigue siendo poco.

—¿Quizá setenta mil? —continuó Juan.

—¡Basta! No he venido hasta aquí con todo un ejército para retirarme por unas cuantas monedas. Quiero Zaragoza y la quiero toda. Dile a tu soberano que el oro que me ofrece y la ciudad, todo es mío. He jurado no levantar el asedio hasta que él se rinda o hasta que yo muera. A los musulmanes que se sometan los trataré con equidad, justicia y benevolencia y prometo no

cargarlos con más impuestos que los que vuestra ley permita. Quiero que sepas que entre tus correligionarios toledanos repartí cien mil dinares para contribuir a la reconstrucción de campos y haciendas, y esto mismo he de hacer cuando conquiste tu ciudad. Seré magnánimo y dadivoso con los que se entreguen pero todo el peso de mi espada caerá sobre aquellos que se resistan. Dios me ha señalado como el monarca que devolverá todas estas tierras a la cristiandad. Hace pocos meses llegué hasta el extremo sur de este país; en las playas de Tarifa introduje mi caballo en el agua y pisé los confines de al-Ándalus. En cuanto caiga Zaragoza conquistaré Sevilla, Córdoba y Granada y gobernaré todas las tierras de la península. Ahora puedes retirarte, la próxima vez que nos veamos o serás mi súbdito o estarás a punto de salir hacia el exilio.

En los finos labios de Alfonso se dibujó una irónica sonrisa en tanto sus ojos despedían un codicioso brillo. Juan hizo una protocolaria reverencia, giró sobre sus pies y salió de la tienda. La breve conversación con el rey de Castilla le bastó para entender que aquel hombre no levantaría el asedio fácilmente. Parecía decidido a rendir Zaragoza y sus fuerzas eran lo suficientemente numerosas como para poner en jaque durante bastantes meses a la ciudad. Habría que idear alguna nueva estratagema para paliar aquella comprometida situación.

El sitio de Zaragoza por el ejército de Castilla duraba ya tres meses. No era un cerco demasiado asfixiante, incluso los mercaderes musulmanes salían de la ciudad para comerciar. Solo estaba prohibido introducir alimentos y armas, todos los demás productos podían mercadearse simplemente pagando una tasa al cruzar las líneas castellanas. Alfonso quería hacer ver a los zaragozanos que cuando conquistara Zaragoza su vida apenas cambiaría en nada, y que les permitiría mantener sus propiedades y sus negocios. Se permitió que en el día 12 del mes de *rabí* I, la fiesta del nacimiento del profeta Mahoma, se introdujeran algunos víveres para celebrar los tradicionales banquetes con los que ese día se festejaba al fundador del islam. La estrategia del castellano estaba teniendo cierto éxito, pues en algunas tertulias, los mercaderes comenzaban a opinar abiertamente en contra de los que defendían la postura de mantener una resistencia a toda costa. No era infrecuente oír hablar de capitulación y pacto para entregar la ciudad.

Pero el primer día del mes de agosto, mediada la tarde, un viajero procedente de Calatayud propagó una noticia inesperada. Dos días antes el emir almorávide Yusuf ibn Tasufín había desembarcado con un poderoso ejército en Algeciras, donde la población lo había acogido con entusiasmo. Los embajadores de los reyes de Badajoz, Granada y Sevilla habían logrado convencerle para que acudiera en su ayuda.

La noticia se supo en palacio en el momento en el que una delegación del rey de Castilla negociaba la entrega de ochenta mil dinares a cambio de finalizar el asedio. Al-Musta'ín estaba a punto de dar su conformidad a los legados castellanos cuando Juan irrumpió rompiendo todo protocolo en el salón del trono.

—¡No os comprometáis a nada, majestad! —gritó desde el acceso lateral—. Un poderoso

ejército almorávide ha desembarcado en las playas del sur; los castellanos no tienen más remedio que retirarse.

El jefe de la delegación castellana miró a Juan con los ojos encendidos de ira. La misma noticia que el viajero musulmán había hecho correr aquella tarde por la ciudad había llegado al campamento cristiano por la mañana. Alfonso VI había planeado, confiado en que los zaragozanos tardarían uno o dos días en enterarse, aceptar el dinero ofrecido con anterioridad.

—Habéis tratado de engañarnos, caballero. Decidle a vuestro rey que no compraremos vuestra retirada —sentenció al-Musta'ín.

—Nuestro cerco continuará pese a los almorávides. O nos entregáis el dinero prometido o conquistaremos vuestra ciudad y vuestro reino —amenazó Alvar Sánchez, el caballero castellano delegado de Alfonso VI.

—Marchaos —clamó irritado al-Musta'ín levantándose del trono del Salón Dorado.

Cuando hubieron salido los castellanos, el rey se dirigió a Juan.

—¿Qué noticia es esa?

—Majestad, un comerciante recién llegado de Calatayud dice que los almorávides han desembarcado. Constituyen un ejército de más de cien mil hombres y a ellos se sumarán los ejércitos de las taifas del sur. Alfonso no tiene otro remedio que levantar el cerco a que nos ha sometido y salir a su encuentro, o perderá Toledo y otras ciudades de la Marca Media —observó Juan.

Al amanecer del día siguiente la actividad en el campamento de los sitiadores era mucho más febril que de costumbre. Los soldados corrían de un lado para otro recogiendo todas las armas, embadurnándolas con grasa y colocándolas en carretas, envueltas en trapos entre haces de paja para evitar que se oxidaran.

A media mañana comenzaron a desmontar las tiendas más cercanas a la ciudad y al final del día el campamento estaba casi totalmente desmantelado. Solo quedaban en pie algunas tiendas, unos pabellones de paredes de barro y tejado de cañizos y bálago en los que solía dormir la tropa y la empalizada que rodeaba el cabezo donde habían estado plantadas las tiendas de los nobles y caballeros. Un día más tarde los castellanos habían desaparecido. Entre los restos de lo que fue su campamento solo merodeaban algunos perros salvajes y alimañas en busca de los despojos. Una patrulla de reconocimiento enviada por Ibn Hasday ratificó que los sitiadores se dirigían por el camino del sur en dirección a Toledo.

Toda la población festejó el final del asedio. En las calles y en las plazas estallaron espontáneas muestras de alegría. El vino y la comida corrieron de manera abundante. En cierto modo habían tenido mucha suerte; los castellanos no habían quemado las cosechas, es probable que esperaran recogerlas ellos mismos, y buena parte del trigo, la cebada, la fruta, las hortalizas y las legumbres todavía podía salvarse.

2

La retirada de los castellanos permitió a Juan acudir con más frecuencia a visitar a Shams y a Ismail. Durante el asedio, el joven Ismail había imaginado que luchaba codo a codo con el que creía su hermano mayor contra los sitiadores. Su desbordante imaginación de adolescente lo había transportado a un mundo de batallas incruentas en las que nadie sufría, nadie moría y nadie era herido; solo había heroicos soldados que regresaban del combate cargados de honores y de gloria. Ismail había cumplido diecisiete años y a esa edad parecía claro que Juan ya no podría hacer cambiar su afición a las armas y al ejército. Había intentado que se aficionara a los libros y al estudio y algunos días lo había acompañado a la biblioteca real, a la de la mezquita mayor y a la de la de Abú Yalid, pero el muchacho solo había prestado atención a los tratados militares. Le apasionaba especialmente el *Tratado sobre la guerra*, de Hierón de Siracusa, del que había pedido que le hicieran una copia del ejemplar que había en la biblioteca palatina. Se sabía de memoria párrafos enteros de *La guerra de las Galias*, del gran Julio César, admiraba el genio y la decisión de Aníbal y soñaba con emular la epopeya de Alejandro Magno. Siempre que Shams se lo permitía, acudía al campo de ejercicios militares de la Almozara y se quedaba ensimismado ante las evoluciones de los jinetes, las cargas de caballería de los escuadrones de la guardia real o los combates simulados con mazas y espadas. Con maderas, palos y cuerdas se había fabricado un verdadero arsenal de armas de juguete que esperaba reemplazar en el futuro por verdaderas espadas y lanzas de hierro.

Juan se sentía día a día más feliz junto a su amada Shams. Veía crecer a su hijo sano y fuerte, pleno de vitalidad y de energía. No era partidario de su excesiva atracción hacia la vida militar, que solo era comparable con su nobleza y su orgullo, pero tras el asedio de Zaragoza había aceptado lo que el inexorable destino parecía haber reservado para Ismail. La carta astral de su hijo estaba dominada por Marte y ello indicaba una clara tendencia hacia la vida castrense; estaba escrito en las estrellas que su hijo acabaría siendo un soldado.

Cuando abandonó Zaragoza, Alfonso VI se dirigió hacia Toledo. En cuanto supo del desembarco de los almorávides no dudó ni un momento de que el objetivo inmediato de los africanos sería la recién conquistada capital. El ejército almorávide, al que se unieron tropas de Sevilla, Granada, Almería y Badajoz, acampó cerca de esta última ciudad, a donde se había dirigido Alfonso para evitar que el enfrentamiento se produjera a las puertas de Toledo. En todas las mezquitas de al-

Ándalus se había predicado la guerra santa, llamando a todos los musulmanes a el *yihaz* para que acudieran a defender la fe del Profeta.

El rey de Castilla, en camino hacia Badajoz, envió un mensaje a Ibn Tasufín y ambos convinieron el día del combate para el sábado, pero los castellanos atacaron el viernes anterior, rompiendo la palabra dada. Enfervorecidos y crispados, los caballeros castellanos lanzaron sus monturas a una desbocada carrera de tres millas de longitud. En la vanguardia de los musulmanes formaban las tropas de los reinos de taifas, que sucumbieron ante el empuje brutal de los gigantescos rocines acorazados. El frente del ejército musulmán, formado por los soldados de las taifas, se había roto, pero la cabalgada había sido demasiado larga; los macizos pencos estaban agotados tras la carrera y una vez realizado el primer envite apenas les quedaba aliento para repetir una segunda embestida. Agotados por la prolongada carrera, los caballeros cristianos intentaron rehacerse, mas entre ellos y su infantería habían dejado demasiado espacio vacío. Pronto se vieron rodeados por un hábil movimiento de la caballería musulmana, cuyos corceles árabes, más pequeños y ligeros y mucho más veloces y operativos, realizaron una perfecta maniobra envolvente y el grueso de la caballería castellana quedó encerrado entre la infantería africana y los jinetes ligeros musulmanes. Protegidos con llamativos escudos de piel de buey y de onagro reforzados con tiras de cuero de antílope sahariano, de una dureza y a la vez de una flexibilidad extraordinarias, los infantes de la segunda línea de la infantería almorávide no cesaban de arrojar mortíferos venablos.

Los caballeros castellanos, forrados con pesadas corazas y cotas de mallas, se defendían con bravura mediante grandes mandobles con las enormes espadas manejadas a dos manos, pero su movilidad era escasa, y aunque causaban verdaderos estragos entre las filas de los musulmanes, la batalla parecía claramente decantada hacia los seguidores del Profeta.

En la retaguardia se mantenía a la expectativa Yusuf ibn Tasufín, al frente de lo más granado de su caballería. Cuando entendió que la situación era la propicia, dio una orden y centenares de tambores iniciaron el redoble al unísono. La caballería almorávide cargó simultáneamente contra los castellanos, cuya infantería acudía a toda marcha hacia la batalla en apoyo de su desguarnecida caballería. El estruendo de los tambores era tal que la misma tierra parecía temblar y algunos miraban al cielo imaginando que se iba abrir de un momento a otro para dejar caer sobre sus conmocionadas cabezas una cascada de estrellas. La infantería cristiana se detuvo despavorida ante el horrísono estruendo que llegaba de las filas africanas, creyendo que era el mismísimo demonio quien emitía aquel trémulo ruido. Una lluvia de saetas lanzadas por los ballesteros con las nuevas ballestas, tan tensas que había que armarlas con los pies, dejó la tierra sembrada de cadáveres de cristianos. Los guerreros almorávides, tocados con turbantes negros, tapadas sus bocas con bufandas de lino, vestidos con pantalones, túnicas y mantos negros y

armados con escudos redondos de madera, lanzas y espadas, izaron los estandartes victoriosos del islam sobre la colina que dominaba el campo de combate.

La batalla tuvo lugar cerca de Badajoz, en el llano de Zalaca, el 12 de *rayab* del 479 de la hégira, el viernes 23 de octubre del año 1086 del calendario cristiano. Alfonso VI huyó hasta Toledo pero los musulmanes no lo persiguieron. La derrota castellana se conoció en Zaragoza apenas dos días después y fue recibida con alivio. La hecatombe del ejército cristiano había sido tal que los zaragozanos estaban convencidos de que el rey de Castilla no volvería a asediar su ciudad durante mucho tiempo.

El Cid, restablecido de sus heridas, regresó a Zaragoza tras haber pasado casi un año en un castillo en las tierras del sur del reino. Se mostró muy apesadumbrado por el resultado de la batalla de Zalaca. Acompañado por trescientos soldados atravesó el campo de la Almozara y enfiló el camino de Toledo. En esta ciudad se había refugiado el rey Alfonso, y el Cid acudió ante él para ofrecerle su ayuda. El monarca se reconcilió con su vasallo y a cambio de su servicio le entregó los castillos de Gormaz y de Dueñas.

Juan aprovechó la calma de los meses que siguieron al desastre castellano de Zalaca para replantear su trabajo en el observatorio y en la biblioteca. Desde los tiempos de al-Muqtádir, la biblioteca era un centro de enseñanza para los hijos de las familias nobles del reino. No menos de treinta jóvenes entre doce y veinte años aprendían diversas disciplinas, pero no existía un plan de estudios al estilo de los que se habían elaborado en Constantinopla o en Bagdad. Por diversos viajeros venidos de Oriente supo que en Bagdad funcionaba de manera excelente la Universidad de Nizamiyya, de la que había tenido noticia en Toledo, que era conocida como la Casa de la Sabiduría, y que en Fez, Córdoba y Sevilla se estaban poniendo en marcha diversas escuelas superiores para la enseñanza de la filosofía, la astronomía, la medicina y la física, semejantes a lo que había visto en la Casa del Saber de Toledo. Fue entonces cuando planteó reconvertir la modesta escuela palatina y a partir de ella crear una verdadera universidad a imitación de la Casa de la Sabiduría bagdadí o de su más modesta hijuela, la Casa del Saber de Toledo. Ocupada esta ciudad por los castellanos, Zaragoza podría tomar el relevo.

Al-Musta’ín acogió de buen grado la propuesta de Juan y le pidió que le presentara un proyecto. El eslavo tenía una buena experiencia después de haber creado con éxito y prácticamente de la nada la Escuela de Traductores de Tarazona. Esta nueva empresa era mayor y requeriría de mucho más esfuerzo, pero sin duda merecía la pena intentarlo. Si Miguel Psello lo había logrado en Constantinopla, él lo conseguiría ahora en el extremo occidental del mundo. Sería preciso rodearse de colaboradores, buscar un edificio apropiado, preparar a los profesores,

buscar el dinero necesario para ponerla en marcha, seleccionar a los alumnos, elaborar los planes de estudio, en fin, todo un cúmulo de tareas que requeriría de su plena dedicación.

El intransigente ‘Abd Allah ibn Alí al-Ansarí, el imán chiita apodado Abú Muhámmad que había encabezado la revuelta contra los mozárabes años atrás, se opuso a la creación de la universidad. Gracias a su exaltado ánimo, había logrado auparse al puesto de jefe de oración en la mezquita mayor, pero era muy anciano y murió ese mismo año, con lo que el rechazo de los clérigos a la universidad desapareció con él.

La corte rebosaba de intelectuales de todo tipo: astrónomos, juristas, poetas, filósofos, matemáticos, médicos, físicos y teólogos. El mecenazgo de los Banu Hud había hecho de Zaragoza el principal foco de atracción para todos los eruditos de al-Ándalus, pero un reputado sabio no tenía por qué ser un buen profesor. Casos como el de al-Kirmani no eran frecuentes y encontrar a quien reuniera la doble condición de poseer el conocimiento y saber transmitirlo con claridad y elocuencia no era sencillo. Ibn Paquda, Ibn Buklaris e Ibn Bajja le ayudarían a elaborar sus planes y a elegir a las personas más cualificadas. Había un antecedente que parecía eficaz, y era el plan de estudios que había diseñado para la formación de Abú Bakr ibn Bajja, su pupilo. Si había servido para que el hijo de Yahya ibn al-Sa’igh se hubiera convertido en un docto joven, no había en principio que dudar de su eficiencia para con otros.

Durante varias semanas Juan se reunió con los más prestigiosos maestros de la ciudad y fue elaborando su proyecto con la incorporación las mejores aportaciones de cada uno de ellos. Se trasladó a la Escuela de Traductores de Tarazona y allí citó a maestros y estudiantes de Tudela, de Ágreda y de Soria. Se fijó muy especialmente en un joven judío toledano, que llevaba dos meses estudiando en la escuela, llamado Yehudá Ha-Leví, el cual había hecho escala en Tarazona de camino a Toledo, y en un musulmán conocido como Abú Tahir, que había escrito un excelente ensayo sobre el destino.

De regreso a Zaragoza presentó un informe de sus trabajos previos a al-Musta’ín, que ordenó al gran visir Ibn Hasday que buscara la financiación para fundar la universidad. Se formó un grupo de profesores que serían los encargados de elaborar el plan de estudios. Ibn Buklaris se comprometió a redactar un tratado de farmacología. Ibn Paquda, que acababa de finalizar un libro de teología y ascética titulado *Los deberes de los corazones*, en el que defendía la reflexión racional, el libre examen de la ley divina y reivindicaba la vida interna de la conciencia, aseguró que en un año tendría listo un manual de lógica. Pero días después tuvo que rectificar y alargar el plazo en otro año, pues la comunidad hebrea le ofreció el cargo de *dayyah*, juez supremo de la aljama, sin duda el más prestigioso de cuantos existían en la judería zaragozana, y él aceptó. Su ascendiente y su autoridad moral eran tales que no pudo negarse; pronto fue llamado *he-hasid*, es decir, «el Moralista», y algunos, debido al respeto que su persona infundía, le comenzaron a apodar *ha-zaqen*, «el Anciano», pese a que no era demasiado viejo todavía. El prestigioso y

honorable cadí ‘Abd Allah ibn Muhammad, que había sido nombrado juez supremo poco antes de la muerte de Al-Mu’tamín, preparó un manual para juristas. El excelente gramático de Badajoz Ibn al-Sid, que residía en Zaragoza desde hacía un par de años tras haberse marchado de Albarracín por enemistad con su soberano, le prometió escribir un tratado de gramática árabe. El joven e infatigable Ibn Bajja redactaría una enciclopedia científica, comenzando por un libro sobre las plantas que ya tenía muy avanzado. Por último, Juan inició la redacción de un ambicioso proyecto que hacía tiempo que había planificado, una magna enciclopedia de astronomía cuyo primer tomo estaría dedicado a la Tierra.

La pasión con que Juan se dedicó a gestar la universidad no le impidió seguir viendo ahora casi a diario a Shams y a Ismail. Tumbados sobre el lecho, el eslavo le describía a su amada cómo sería el nuevo edificio que pronto se comenzaría a construir para albergar a la universidad. El rey había donado varias casas ubicadas junto a la mezquita de la Puerta de Alquibla; sobre ellas se levantaría una madrasa que se articularía en torno a un gran patio central, una de cuyas alas estaría ocupada por la biblioteca, otras por varias aulas, la tercera por un hospital y la cuarta por los talleres, almacenes y otras dependencias. En cuanto la universidad estuviera funcionando y fuera nombrado director, quizá en poco menos de dos años, podrían casarse y entonces adoptaría a Ismail.

3

En Castilla, el Cid volvió a enemistarse con Alfonso VI. Rehecho al menos parcialmente de la derrota de Zalaca, el rey de Castilla decidió presionar de nuevo sobre el reino de Zaragoza. A comienzos del invierno convocó a diversos caballeros cruzados franceses que atraídos por el botín que se les prometía sitiaron Tudela, aunque se marcharon en cuanto el jefe de los cruzados, el vizconde normando Guillermo de Melún, fue acusado de vender a sus compañeros a los musulmanes. Rodrigo Díaz había sido convocado por su soberano para que acudiera desde Gormaz en ayuda de los franceses, pero el Cid no se dio por enterado. La contradicción tenía que estallar alguna vez; el de Vivar tuvo que optar y desobedeció a su rey para no atacar a sus viejos amigos y aliados zaragozanos. La consecuencia inmediata fue un nuevo destierro del Cid.

La calma que siguió a la batalla de Zalaca fue efímera. Apenas un año después, por todas partes estallaron conflictos y de nuevo Zaragoza estaba en el centro de todos ellos. Al-Qadir, el soberano títere depuesto de Toledo y colocado por Alfonso VI en Valencia, se mostraba incapaz de controlar la situación en la capital de Levante, que dividido en pequeños reinos y señoríos era acosado sin tregua por los cristianos. Los aragoneses seguían conquistando paso a paso pequeños

castillos en la frontera norte y el Cid gestaba en su cabeza la idea de convertirse en soberano de las feraces y desvertebradas tierras valencianas.

En la primavera de 1088 el Cid decidió guerrear por su cuenta. Se estableció al sur del reino de Zaragoza y sometió a parias a las taifas de Albarracín, Valencia, Sagunto y Denia. A los tres meses había logrado recaudar la considerable suma de cien mil dinares, lo que le permitía mantener un poderoso ejército de setecientos jinetes y casi dos mil infantes. Sobre las tierras montañosas del Maestrazgo fundó un principado fortaleciéndose en tanto evitaba cualquier enfrentamiento con Alfonso VI de Castilla y los almorávides, y conservando buenas relaciones con al-Musta'ín de Zaragoza.

Los alfaquíes de Levante, ante el caos en que estaba sumida la región, enviaron una embajada al emir almorávide solicitando que reintegrara la unidad a estas tierras del islam. Yusuf ibn Tasufín volvió a cruzar el estrecho de Gibraltar y encabezó una nueva coalición contra los cristianos. Pero los musulmanes de al-Ándalus se mostraban cada vez más enfrentados y desunidos y cada uno de ellos solo pretendía ser más rico y más poderoso a costa del vecino. Yusuf, desengañado, regresó a África.

Las disensiones internas entre los musulmanes y la creciente presión de los cristianos provocaron un retraso en la creación de la universidad. El rey de Zaragoza se vio obligado a intervenir en Valencia, donde los Banu Hud seguían teniendo aliados. A los pocos meses de suceder a su padre, falleció Abú Amr' y las disensiones entre los partidarios de los Banu Hud y los de al-Qadir estallaron. Alfonso VI logró que su tutelado al-Qadir fuera reconocido como nuevo rey, pero la tensión no cesó. Esta ciudad estaba asediada por al-Mundir de Lérida y al-Qadir envió una carta urgente en demanda de ayuda a al-Musta'ín. Este acudió en su socorro en compañía del Cid, pues le había prometido que se la entregaría. Pasaron los días y al-Qadir no cumplía su promesa, por lo que al-Musta'ín propuso al Cid tomar al asalto la ciudad.

—Al-Qadir es un traidor repugnante. Está dándonos largas para no entregarnos Valencia. No tenemos otra opción que escalar sus murallas y conquistarla —proponía al-Musta'ín ante el Cid y Juan, que había acompañado al monarca en la campaña.

—Me colocáis en un serio compromiso, señor —replicó Rodrigo—. Sigo siendo vasallo de Alfonso y Valencia es un feudo de Castilla. Si ahora os ayudo a conquistarla incumpliré mi juramento de fidelidad y seré proclamado felón.

—Antes de iniciar esta campaña pactamos que me ayudaríais en la conquista de la ciudad, que sería para mí a cambio de recibir vos todo el botín —alegó el rey de Zaragoza.

—Es cierto, mi señor, pero mi ayuda se refería a levantar el asedio del tirano de Lérida. Si vos ocupabais la ciudad después, yo recibiría el botín a cambio de mis servicios, pero si al-Qadir se niega ahora a entregaros Valencia y yo os ayudo a hacerlo por la fuerza me rebelo contra mi rey, a quien juré servir —se excusó el Cid.

—También jurasteis servirme a mí, y antes a mi padre y a mi abuelo.

—Yo os sirvo, majestad, pero no me pidáis que incumpla mi palabra de caballero. Cuando Alfonso solicitó mi ayuda para atacar vuestra ciudad de Tudela no intervine por fidelidad a vos y eso me costó tener que abandonar de nuevo mis dominios en Castilla; no me forcéis a tomar la decisión de elegir entre dos fidelidades —repitió Rodrigo.

—Majestad —intervino Juan—, creo que don Rodrigo tiene razón. Ya habrá oportunidad más adelante para que os rindan Valencia. Por el momento podríamos proponer a al-Qadir un pacto. Nos retiraremos a cambio de que nos entregue un castillo, quizá el de Liria, y de que dejemos en Valencia un pequeño contingente de caballería bajo el pretexto de que sirva para la defensa de la ciudad por si volvieran a sitiarla. Así lograríamos introducir agentes nuestros y mantendríamos una posición de fuerza en el futuro.

Al-Musta'ín reflexionó unos instantes: sin la ayuda de los soldados de Rodrigo no podría conquistar Valencia y no quería regresar a su capital fracasado en su primera campaña. Su abuelo y su padre habían vuelto siempre triunfantes y eso había provocado en sus súbditos la sensación de que con la dinastía de los Banu Hud nada tenían que temer.

—De acuerdo —admitió el rey—. Si al-Qadir acepta el trato, nos retiraremos.

El soberano de Valencia firmó el tratado que le presentó Juan como delegado del rey de Zaragoza y el ejército hudí emprendió el regreso. Durante todo el camino al-Musta'ín mostró un semblante torvo y huraño. Su ambición por incorporar Valencia a sus dominios había sido desmedida y su ímpetu por lograrlo cuanto antes no le había ayudado a calibrar sus fuerzas. Al ponerse en marcha hacia Levante ni siquiera evaluó el número de sus propias tropas y una vez enfrentado con la realidad comprobó que los efectivos del Cid duplicaban a los suyos, por lo que bien a su pesar debió dejar de lado por el momento sus ansias expansionistas.

La situación de Zaragoza se tornaba día a día más delicada. Los aragoneses aprovechaban cualquier ocasión para ir arrancando pedazos de tierra por el norte. Barbastro y Huesca, las dos ciudades de la frontera septentrional, eran sus objetivos inmediatos. El aguerrido rey Sancho Ramírez había diseñado un eficaz plan para la conquista de ambas que pasaba por ir cerrando un círculo de fortificaciones en torno a ellas hasta colapsarlas y forzar su capitulación. La osadía del aragonés llegó a tal extremo que durante el verano de 1089 se paseó con un pequeño contingente de tropas ante la muralla de Zaragoza, inspeccionando sus defensas, y conquistó Monzón; al mismo tiempo, ordenó construir la fortaleza de Montearagón, sobre Huesca, y dos años después la del Castelar, a tan solo cuatro leguas del Ebro, desde donde se dominaban los caminos entre la capital de la taifa y las tierras de Ejea.

Los reinos de taifas estaban a merced de los almorávides. Nadie dudaba de que en cuanto se lo

propusiera Ibn Tasufín todo al-Ándalus sería una provincia más del imperio norteafricano. En una reunión del consejo privado en el Palacio de la Alegría se tomó la decisión de no claudicar ante los almorávides. El lema de al-Mu'tamín, «ni almorávides ni cristianos», fue de nuevo la clave de la política zaragozana; la consigna: resistir.

Al poco de cumplir veinte años, tras dos de servicio como escudero, Ismail ingresó en el cuerpo de la guardia real. Juan había intentado convencer a su hijo de que no lo hiciera, pero sin ningún éxito. En una ocasión, mientras ambos paseaban por la alameda de la Almozara, había estado a punto de confesarle la verdad; por un momento sintió la necesidad de decirle que era su hijo, pero se abstuvo de hacerlo en la creencia de que ni siquiera eso hubiera servido para alejar de su cabeza la idea de ingresar en el ejército. Durante un año, Ismail recibió instrucción militar y fue destinado al batallón que mandaba el comandante 'Abd Allah ibn Yahya, su hermano legal. Sus primeras acciones las realizó en la frontera norte, aunque no llegó a entrar en combate.

Por su parte, el Cid adoptaba una situación ambigua. Instalado en sus dominios de Morella, una fortaleza inexpugnable en las montañas del Maestrazgo, salía con frecuencia en algara en busca de botín por tierras de la costa. No faltaron quienes en la propia Zaragoza levantaron su voz contra su antiguo héroe, pero este replicaba que se trataba de acciones para conseguir comida para sus tropas. El poder del Cid aumentaba sin cesar. Gracias a las parias que le pagaban los reyezuelos de Valencia, Albarracín y Alpuente, logró mantener en pie de guerra de manera permanente a un formidable ejército de siete mil hombres. Volvió a derrotar en combate al conde de Barcelona y lo retuvo durante unos días, aunque como hiciera la primera vez por orden de al-Muqtádir, lo dejó en libertad. Su táctica era fortalecerse y esperar hasta que se dieran las condiciones necesarias para conquistar Valencia.

Al-Qadir, el indolente rey de Valencia colocado en el trono por Alfonso VI, fue asesinado durante la celebración del ramadán por partidarios de los almorávides cuando huía de una revuelta contra su desafortunado gobierno. Su cabeza fue paseada por zocos y calles y su cuerpo arrojado a una laguna, de donde lo recogió un piadoso comerciante para darle sepultura. El Cid se encontraba en ese momento de visita en Zaragoza y atisbó en este acontecimiento la ocasión que esperaba para lanzarse a la conquista de la capital de Levante.

Al-Mundir, el tío de al-Musta'ín, había muerto unos meses antes, dejando el trono de Lérida, Tortosa y Denia a su hijo Sulaymán. Pero entre tanto, los almorávides habían decidido suprimir los reinos de taifas. Los reyes de Granada y Sevilla, enterados de que Ibn Tasufín estaba tramando un plan para integrar estos Estados en su imperio, buscaron en secreto el apoyo de Alfonso VI. En al-Ándalus, los poderosos e influyentes alfaquíes del todopoderoso partido ortodoxo y clerical malikí, al frente del cual estaban prestigiosos juristas, se pusieron de parte de

los africanos y en las mezquitas comenzaron una campaña de predicaciones en favor de la unidad del islam en claro apoyo a Ibn Tasufín. Dos eclipses sucedidos en apenas un año fueron interpretados como un funesto presagio para los musulmanes de al-Ándalus.

Los alfaquíes acusaron a los reyezuelos de quebrar la ilusión del pueblo andalusí, les reprocharon haber abandonado los asuntos de gobierno en manos de visires judíos y de eunucos conspiradores y no respetar el espíritu de solidaridad de los musulmanes, y los tildaron de cobardes ante los cristianos, de disolutos e impíos y de holgazanes con una vida muelle y entregada a los placeres. Yusuf ibn Tasufín, para superar sus propios escrúpulos religiosos que le hacían dudar sobre lo lícito de un ataque contra los musulmanes andalusíes, solicitó a los más prestigiosos alfaquíes de Fez y Marrakech varios *fatwas*; con estos dictámenes jurídicos favorables a la intervención contra los taifas, el emir almorávide, cansado de los engaños de los andalusíes, atravesó el Estrecho y se dirigió hacia Granada, donde su rey ‘Abd Allah se rindió sin condiciones y sin luchar. Los demás buscaron la alianza con Castilla, pero poco después cayeron Córdoba, Almería, Sevilla, Murcia, Valencia y Badajoz. El orgulloso y altanero al-Mu’tamid, rey de Sevilla, fue hecho prisionero, despojado de todas sus propiedades y deportado a África, como antes ocurriera con ‘Abd Allah de Granada.

A mediados de 1093 los almorávides habían logrado conquistar todos los reinos de taifas salvo Albarracín, que estaba siendo acosado por el Cid, Zaragoza y Lérida, que junto con el señorío del Cid en el Maestrazgo configuraban los únicos territorios independientes entre los cristianos y los almorávides. El avance incontenible de Ibn Tasufín obligó a al-Musta’ín a cambiar de táctica. Parecía claro que sin la ayuda militar del Cid y con las espaldas acosadas por aragoneses y castellanos, los zaragozanos sucumbirían tarde o temprano ante los almorávides.

El intrépido Sancho Ramírez, rey de Aragón, había dado un golpe de efecto conquistando algunas villas y castillos junto a la costa mediterránea. Ocupó Peñíscola, Castellón y Oropesa, pero quedaban tan lejos de su reino que no parecía que fueran a ser conquistas duraderas.

Ismail fue destinado a la defensa de la frontera norte. Los aragoneses se mostraban cada vez más hostiles hacia Zaragoza y no dejaban de realizar algaras contra algunas aldeas y castillos. Desde sus férreas fortalezas de Loarre y Montearagón amenazaban con conquistar Huesca. Una rara sensación se estaba extendiendo entre los musulmanes zaragozanos; nadie podía describirla con exactitud, pero un mal presagio flotaba en el aire.

Ibn Hasday seguía en su cargo de gran visir, pero el rey ya no confiaba plenamente en él. La situación del judío al frente de la corte era inestable y un acontecimiento inesperado vino a enrarecer todavía más la situación. El visir se había enamorado de una dama musulmana,

hermanastra de al-Musta'ín. Su nombre era Banafsay, y en verdad respondía al maravilloso color violáceo de su iris.

—No puedo quitármela de la cabeza. Es como una obsesión permanente. ¿Qué puedo hacer? —le preguntaba angustiado Ibn Hasday a Juan mientras ambos paseaban por la alameda de la Almozara.

—Es una situación muy peligrosa. Sabes que por tu condición de judío no puedes acceder legalmente al amor de una musulmana, menos todavía si se trata de una princesa. La policía sexual vigila atenta que no se incumplan estas leyes, debes andar con mucho cuidado o... —Juan hizo una pausa.

—¿O qué? —inquirió el visir.

—O convertirte al islam.

—¿Yo un musulmán? ¿Sabes que mi familia desciende por vía directa del profeta Moisés, el que guió a nuestro pueblo hasta la Tierra Prometida a través del desierto?

—Sé muy bien quién era Moisés. El islam también reconoce a tu antepasado como a uno de los grandes profetas y lo sitúa entre Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y Jesús. En el Corán se cita su nombre unas cien veces y Dios mismo, su nombre sea alabado, le dijo: «¡Moisés! Con mis mensajes y con haberte hablado, te he escogido entre todos los hombres. ¡Coge, pues, lo que te doy y sé de los agradecidos!».

—Yo también conozco el Corán —añadió Ibn Hasday.

—Recuerdo que hace muchos años, más de veinte, paseábamos por este mismo lugar y tú te detuviste para fijarte en unas muchachas que discutían al borde del sendero. Venían con nosotros Ibn Paquda y al-Mu'tamín.

—Sí, en aquella ocasión te dije que nunca renegaría de la fe de mis padres.

—Tu padre se hizo musulmán. ¿Crees que él renunció a la fe de sus mayores? ¿Crees que yo también lo hice cuando acepté ser musulmán? Recuerda cuanto nos enseñó el maestro. Al-Kirmani decía que lo importante era Dios, el dios único y verdadero, el principio creador del universo. ¿No has leído el libro de Ibn Paquda?; en *Los deberes de los corazones* nuestro común amigo, y judío como tú, nos ofrece una maravillosa lección —repuso Juan.

—Al-Kirmani era un buen pensador, pero mal matemático. Y en ocasiones, la vida es pura matemática: un judío más una musulmana significa la muerte —alegó Ibn Hasday.

—Eres tú quien debe decidir. Si el amor de esa muchacha significa tanto para ti, entonces abraza el islam, pero si tus raíces hebreas están por encima del amor, olvídala.

—¿A eso lo llamas decidir? — protestó Ibn Hasday.

—Nuestra capacidad de elección ha sido limitada por Dios y por los hombres, pero siempre tenemos un margen, ora estrecho ora más amplio, en donde podemos expresar nuestra libertad.

—¡La libertad! No es así como yo la entiendo.

—Los que nunca habéis sido esclavos jamás entenderéis el verdadero valor de la libertad —apostilló Juan.

Durante varias semanas Ibn Hasday sufrió una verdadera tormenta en su interior. Pero cuando supo que Banafsay le correspondía, su decisión fue mucho más fácil. El gran visir de Zaragoza, el orgullo de la comunidad judía de la Ciudad Blanca, se convirtió al islam entre las aceradas críticas de sus hermanos de raza y las de algunos de sus nuevos correligionarios. En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa; para la mayoría se trataba de una conversión motivada por intereses particulares. El poeta Ibn al-Dabbag, buen amigo suyo, le envió una carta en la que le recriminaba sus deseos de mantenerse en los altos cargos de la administración e incluso el de optar al de juez supremo de la comunidad musulmana, aun habiendo sido judío; le aconsejaba renunciar a todo cargo y tornar al camino de la humildad. Los judíos, que tanto lo habían admirado hasta entonces, lo despreciaron hasta tal punto que la pared de su casa apareció pintada con la palabra «traidor» escrita en hebreo.

Juan se esforzaba por convencer a cuantos denostaban a su amigo en su presencia de la respetabilidad de la decisión de Ibn Hasday, pero casi nadie le hizo caso. El rey al-Musta'ín se encontraba en una tesitura de difícil resolución y ante el asombro de todos aprobó el matrimonio de su hermanastra, la princesa Banafsay, con su visir.

La boda se celebró en la intimidad de la casa de Ibn Hasday, una lujosa villa entre la muralla de tierra y la medina, en los alrededores de la puerta de Toledo. Solo asistieron medio centenar de invitados, entre ellos Juan e Ibn Paquda, el único judío presente en el festejo.

Pero la ceremonia no acabó con los problemas, sino que todavía aumentaron más. Los detractores judíos de Ibn Hasday alegaban que no había habido ninguna razón religiosa en la conversión al islam del visir, sino que su boda con la princesa ratificaba la sospecha de que todo había sido consecuencia de su desmedida ambición; en esto mismo estaban de acuerdo los musulmanes.

—No tengo más remedio que prescindir de Ibn Hasday. La presión de mis visires es casi insoportable. La cancillería real no puede seguir dirigida por una persona que no goza de la simpatía de la inmensa mayoría de los altos dignatarios —comentó al-Musta'ín a Juan.

—Majestad, Ibn Hasday fue íntimo amigo de vuestro padre. Es sin duda quien mejor conoce la situación política y su capacidad de gobierno es extraordinaria. No podéis permitiros prescindir de él —observó Juan.

—Sí, reconozco todo eso, al fin y al cabo yo lo ratifiqué en su cargo, pero nunca he congeniado con él. Nuestras personalidades son distintas, creo que incluso contradictorias. Y sobre todo, la mayoría lo rechaza y un soberano no puede gobernar siempre contra la mayoría, so pena de convertirse en un tirano. Eso me enseñó mi padre.

—Vuestro padre y al-Kirmani fueron dos de los tres mejores hombres que he conocido —

recalcó Juan.

—¿Quién es el tercero? —preguntó el rey.

—Se llamaba Demetrio, Demetrio Escopleustes. Fue mi preceptor en Constantinopla.

—¿Yo no te parezco mejor que ese maestro tuyo? —inquirió al-Musta'ín.

—Sois todavía muy joven, mi señor. Una vida ha de juzgarse al final de la misma.

—Pues a Ibn Hasday ya lo han juzgado. No tengo otra salida. He dispuesto que se marche de Zaragoza.

—¡Exiliado! —exclamó Juan.

—Bueno, no exactamente. Irá a Oriente como delegado mío. Se establecerá en El Cairo y actuará como embajador de la corte de Zaragoza ante el sultán de Egipto. Le pediré que nos mantenga informados de lo que ocurre allá y tú, Ibn Bajja, Ibn Paquda, Ibn Buklaris y cualquier otro de los intelectuales podréis solicitarle que envíe cuantos libros se editen allí y sean de vuestro interés. Nosotros remitiremos también los libros que aquí hagamos para que se difundan en aquellas tierras —resaltó el rey.

—¿Lo nombráis vuestro representante? —preguntó Juan.

—Muchos no lo aprobarán, pero se lo debo. Además está casado con mi hermana y por ello es mi cuñado —recalcó al-Musta'ín.

El día anterior a la partida de Ibn Hasday hacia Egipto se reunieron en casa de Juan ambos con Ibn Paquda e Ibn Buklaris.

—Comienza a romperse el grupo. Quién iba a pensar que por una mujer comenzaría nuestra desintegración, aunque se trate de una princesa de ojos violetas —suspiró Ibn Paquda.

—No, querido amigo, yo seguiré en contacto con vosotros. Nos escribiremos con frecuencia. Ibn Bajja ya me ha encargado una montaña de libros y yo me llevo a Egipto dos cajas repletas de copias de los tratados de matemáticas de al-Mu'tamín, de los textos de filosofía de al-Kirmani, tu *Los deberes de los corazones* y dos ejemplares de los dos primeros libros de Ibn Bajja. Más adelante me enviaréis los que vosotros estáis escribiendo. Puedo ser un puente hacia Oriente y confío en que me hagáis alguna visita. Vosotros dos —continuó dirigiéndose a Ibn Buklaris y a Juan— no habéis hecho la peregrinación a La Meca. Estáis obligados a ello como musulmanes pudientes; esa puede ser una ocasión inmejorable para conocer las tierras de la Biblia y del Corán.

—Cuídate mucho. En esta bolsa te he preparado varios frascos con pócimas y ungüentos; te servirán durante el viaje. Hay unas hojas en un saquito de cuero para que las tomes en infusión durante la travesía del mar. Tú nunca has navegado y estas hierbas evitarán que los mareos te inciten al suicidio —intervino Ibn Buklaris.

—Escríbenos en cuanto llegues a El Cairo. Creo que es una ciudad fastuosa. Un médico siciliano que conocí hace años me habló maravillas de ella. Se le encendía la mirada cuando

decía que seguían en pie las grandiosas pirámides que para sus tumbas construyeron los faraones hace miles de años. Visítalas por nosotros —remarcó Juan.

—Lo haré, amigos —asintió Ibn Hasday.

Al día siguiente se despidieron ante el portalón de la villa de Ibn Hasday. El que fuera gran visir de tres generaciones de reyes abrazó uno a uno a Ibn Paquda, a Juan y a Ibn Buklaris, subió a lomos de una mula parda y arreó a la acémila, que se puso en marcha seguida por una recua de varias mulas y asnos sobre los que viajaban la princesa de los ojos violetas y ocho sirvientes. Enfilaron el camino hacia Valencia donde embarcarían en una nave rumbo a Alejandría.

4

El Cid seguía anclado en sus dominios de Morella, realizando de vez en cuando incursiones militares en la vega de Valencia, siempre con la excusa oficial de buscar comida para sus hombres y recoger las parias, pero en realidad inspeccionando el terreno para su futura conquista como hace años tenía planeado en secreto. Durante su estancia en Zaragoza había aprendido a manejar con igual destreza la diplomacia que la espada y merced a su habilidad política consiguió firmar la paz con el rey Sancho Ramírez de Aragón, actuando poco después como intermediario en un pacto sellado entre aragoneses y zaragozanos, e incluso consiguió que el propio príncipe de Aragón lo acompañara en una campaña realizada contra el rey ‘Abd al-Malik de Albarracín.

Los pactos no solían cumplirse y el rey de Aragón decidió que era ya hora de dejarse de escaramuzas sin relevancia y lanzarse a conquistar la ciudad de Huesca. Una mañana de finales de primavera, con el ejército aragonés acampado ante los muros de Huesca, Sancho Ramírez recorría el exterior de las murallas buscando el punto más débil sobre el que lanzar un ataque masivo a fin de derribarlas y penetrar al asalto. El rey se confió demasiado y se acercó a menos de cien pasos de las almenas; se protegía con una tupida cota de malla, una coraza de acero franco, el más resistente, y un casco cónico. En un instante se detuvo y alzó el brazo señalando a los caballeros que lo acompañaban el lugar más propicio para el asalto; una certera saeta recorrió en un suspiro la distancia entre las almenas y el cuerpo de Sancho Ramírez y fue a clavarse bajo su axila; gravemente herido en el único lugar no protegido de todo su cuerpo, murió dos días después. Los aragoneses levantaron el sitio y se retiraron a sus campamentos de la sierra.

Ismail era uno de los defensores de la ciudad. Pocos días después de que los aragoneses abandonaran el cerco, logró un permiso y volvió a Zaragoza para pasarlo con su madre, a la que hacía ya casi un año que no veía. En el campo de la Almozara, el ejército realizó una

demostración ecuestre y Juan pudo presenciar desde la tribuna construida para los altos dignatarios las evoluciones de su hijo Ismail, que gracias a su valor en una escaramuza con los cristianos en las cercanías de Huesca había sido elevado al rango de *arif* y mandaba un escuadrón de caballería de cincuenta hombres.

La muerte del rey de Aragón brindó al Cid la excusa definitiva para sentar las condiciones para el asalto final sobre Valencia. Durante todo el invierno y la primavera anterior había hostigado sin cesar a los valencianos, apoyándose en su poderoso ejército mercenario de más de diez mil hombres, y seguro de sus fuerzas sitió la ciudad. En Valencia gobernaba un personaje llamado Ibn Wayib, firme partidario de los almorávides, que había logrado el poder tras deponer al cadí Ibn Yahhat, el ejecutor de al-Qadir. Durante el asedio, los valencianos, rendidos por el hambre y el terror, devolvieron el poder a Ibn Yahhat con el encargo expreso de negociar la rendición ante el Cid.

Las conversaciones no llegaron a ningún acuerdo y el Cid apretó el cerco, colocando almajaneques frente a las murallas. La situación se tornó trágica para los sitiados; sin esperanza de ayuda inmediata, pues el ejército almorávide se hallaba en África, y carentes de alimentos, devoraron ratas, perros y carroña, e incluso se dieron casos de antropofagia: cadáveres y niños pequeños indefensos fueron comidos por los desesperados valencianos, que entre sufrimientos horribles decidieron rendir la ciudad tras solicitar el *amán*. El Cid entró victorioso al fin al frente de su tropas en la depauperada Valencia. La ciudad fue rendida por Ibn Yahhat a quien Rodrigo mantuvo en su cargo, lo que fue contemplado por la mayoría de los valencianos como una traición de su juez.

La mezquita mayor fue consagrada como nueva catedral cristiana en cuanto se ocupó la ciudad y el Cid nombró obispo a Jerónimo, un clérigo cluniacense originario de la región franca de Périgueux, cuya designación fue mal vista por los mozárabes valencianos, quienes lo rechazaban por intentar sustituir el ancestral rito hispano por el romano. Pese a ello, el Cid ratificó a Jerónimo, quien adulaba a Rodrigo mediante la redacción de poemas en los que glosaba de manera épica la figura del caballero castellano. El Cid, halagado porque estaba escribiendo un largo poema en el que narraba en un encendido tono épico y cuajado de gloria las aventuras del paladín de Vivar, protegía al monje cluniacense.

Pero los almorávides reaccionaron y enviaron un ejército para recuperar Valencia. Rodrigo Díaz de Vivar salió a su encuentro, los derrotó a pocas millas de la capital y se apoderó de un fabuloso tesoro. La noticia de la victoria del Cid corrió como el viento en todas las direcciones. El caballero cristiano había demostrado que los almorávides no eran invencibles y su ya crecida aumentó de modo extraordinario. Decenas de juglares cantaban sus hazañas por los mercados y las ferias y eran muchos los que pensaban que Rodrigo había sido elegido por Dios para devolver

al-Ándalus a la cristiandad. Algunos predicadores anunciaron que su persona era sagrada y que durante esa batalla se había visto brillar sobre su cabeza un aura dorada.

La caída de Valencia se acogió en Zaragoza con incertidumbre.

—Somos una isla en territorio cristiano. Entre nosotros y el resto de las tierras musulmanas se ha cortado la vía directa. Solo permanece abierta la salida por el Ebro hasta Tortosa y de allí al mar. Nuestra única esperanza es que los almorávides vuelvan a reaccionar como hace años en Zalaca y derroten a Rodrigo —reflexionaba al-Musta'ín en el Salón Dorado del Palacio de la Alegría en compañía de sus consejeros.

—Los cristianos son cada días más fuertes, y nosotros hemos contribuido a que su fuerza aumente sin cesar. Desde hace décadas les hemos pagado abundantes cantidades de dinero para que nos dejaran en paz. Pero ya no se conforman tan solo con el dinero, no quieren unas migajas, lo quieren todo —dijo uno de los visires.

—Hasta ahora los hemos mantenido a raya; siempre los hemos derrotado —sostuvo Ibn Buklaris.

—Nuestras victorias han sido vanas. Es cierto que hemos vencido en las grandes batallas: en Graus, en Barbastro, en Almenar..., pero ¿qué provecho hemos sacado de ellas?: ninguno. Seguimos perdiendo castillos y aldeas mientras ellos avanzan incontenibles como una mancha de aceite hacia el sur. Ya amenazan Huesca y Zaragoza. Nuestra situación es muy grave —reconoció al-Musta'ín.

—Podríamos intentar un nuevo acuerdo, pactar una tregua a cambio de oro —propuso el honorable cadí Ibn Furtis.

—Nuestras arcas están vacías. Además eso solo aportaría un pequeño retraso al asalto definitivo y haría aún más poderosos a los cristianos —señaló el rey.

—Creo que nuestra independencia está llegando a su fin —musitó Juan al oído de Ibn Buklaris.

El Cid se asentó en Valencia como señor absoluto y aplastó cuantas revueltas contra su gobierno estallaron en la ciudad. Obsesionado por la fama y las riquezas, el Cid recibió de Ibn Yahhat el tesoro que al-Qadir había logrado reunir durante varios años, pero se enteró de que el cadí valenciano había guardado parte del oro para sí. Enfurecido por el engaño, mandó apresarlo y lo condenó a muerte. Ibn Yahhat fue enterrado hasta la cintura y rodeado de una hoguera murió de manera horrorosa entre las llamas. Cuando su cuerpo comenzó a arder, él mismo acercó con sus manos las ramas ardientes para perecer cuanto antes.

Ibn Bajja recibió la primera de las cartas que Ibn Hasday envió desde Egipto. Contaba que se había instalado en una mansión del suburbio norte de El Cairo, un barrio residencial limpio y

tranquilo, desde donde algunos días visitaba la biblioteca de la mezquita de Ibn Tulún y otros recorría los alrededores de la gran urbe. Describía con cierto detalle las famosas pirámides y decía de ellas que eran sin duda la obra más colosal hecha por el hombre. Pocas semanas después recibieron sendas cartas Juan, Ibn Paquda e Ibn Buklaris, a quien le enviaba el tratado del célebre médico Ibn Sina y le comentaba las excelencias del gran hospital de Ahmad ibn Tulún, provisto de salas para las distintas enfermedades, dormitorios para enfermos y un laboratorio de farmacia dotado con todo tipo de libros de farmacopea. Con las misivas llegaron varios libros de afamados autores, sobre todo tratados de filosofía que Ibn Bajja e Ibn Paquda habían reclamado a Ibn Hasday antes de su partida; es así como se conocieron las obras de Ibn ‘Ata, al-Gazzali, Harán al-Basri, Malik ibn Dinar y Du-l-Nun al-Misrí, entre otros. Todos los libros se depositaron en la biblioteca del Palacio de la Alegría, que al fin superó en número de ejemplares a la de la mezquita mayor. Al rey le remitía un libro sobre el arte de la guerra y una enciclopedia de cuentos orientales.

Los aragoneses, repuestos del golpe que supuso la muerte de su monarca ante los muros de Huesca, volvieron a la carga pocos meses después. Pedro, sucesor de su padre Sancho Ramírez, se había jurado a sí mismo que no cesaría de combatir hasta conquistar esa ciudad. Los aragoneses ocuparon las estratégicas localidades de Naval y Calasanz y fortificaron un cerro al lado mismo de Huesca al que dieron el nombre de Pueyo de Sancho, en honor de su rey muerto.

En Zaragoza, Ismail celebraba su ascenso a capitán de una compañía de caballería, logrado dos semanas antes al regreso de una cabalgada contra las tierras del rey de Albarracín.

—Fue un combate centelleante. Nos encontramos frente a frente con los jinetes de los Banu Razín en campo abierto; eran algunos más que nosotros, pero tenían el sol de cara y parecían peor armados. Confiados en su número cargaron sin pactar el combate. Espolearon sus caballos en cuanto vieron que nuestro portaestandarte flameaba el león rampante y la media luna de los Banu Hud. Nosotros formamos en dos filas y decidimos esperar firmes el envite. Cuando nos alcanzaron, sus caballos llegaron fatigados, pues estábamos situados sobre una ligera elevación de la llanura. Aguantamos la primera embestida de sus lanzas y cargamos con violencia con nuestras espadas. Nada pudieron hacer; en pocos momentos veinte cadáveres de los hombres de Albarracín yacían desperdigados por el suelo; nosotros solo habíamos sufrido cuatro bajas —explicaba Ismail a Juan y a su madre en el jardín de la casa de la medina mientras comían un suculento guisado de oca con verduras.

—Hijo, debes tener cuidado. Te arriesgas demasiado en el combate. Moriría si te pasara algo —advirtió Shams.

—Tu madre tiene razón. Deberías reflexionar una vez más sobre tu permanencia en el ejército —intervino Juan.

—Siempre estáis con lo mismo. Soy un soldado del islam. Nuestra tierra está amenazada por

los infieles. Mi deber es defenderla aun a costa de mi sangre. Así lo ordenó el Profeta —apostilló Ismail.

—El Profeta, su nombre sea bendito, no incitó a la muerte, sino a la vida —aseveró Juan.

—Si no detenemos a los cristianos no habrá vida para nosotros —recalcó Ismail.

En ese momento un criado apareció en el jardín con una carta en su mano. Pidió permiso para acercarse hasta la mesa y la entregó a Ismail, quien la abrió y la leyó en silencio.

—¿Es importante? —preguntó Shams.

—Sí. Es de mi comandante. Ordena a todos los oficiales que nos presentemos esta tarde en el cuartel de la Zuda occidental preparados para partir —resumió Juan.

—¿Adónde te llevan ahora? —interrogó Shams.

—Regresamos a Huesca. Los aragoneses están acercando sus garras de nuevo a esta ciudad. Parece que se prepara una gran batalla para la próxima primavera. Si vencemos, habremos logrado detenerlos durante varios años —señaló Ismail.

—¿Y si perdemos? —inquirió Juan.

—Entonces, mi querido tío, es probable que esto sea el comienzo del fin —advirtió Ismail—. Ahora debo marcharme. Madre, ten confianza, volveré pronto y victorioso. Quizá logre un ascenso a comandante; sería el más joven del ejército. Ni el mismísimo general Umar lo consiguió tan pronto.

Antes de partir, Juan le regaló una espada con la empuñadura nihelada en plata, forjada en Egipto, con vaina de piel de antílope, contera y embocadura de plata fina, cordones de cuero rojo adornados con oro y pedrería y un tahalí con brocado tustarí verde ceñido con jacintos.

Ismail besó a Shams, saludó a Juan, agradeciéndole el espléndido presente, y se despidió alegre de sus padres. Una vez solos, Shams estalló en lágrimas.

—Vamos, vamos, volverá. Es impetuoso pero sabe combatir como nadie. Por sus venas corre la sangre de un linaje de guerreros desde hace muchas generaciones. Yo he sido el único eslabón de la familia que no ha seguido la llamada de la milicia. Lo envidio. Tengo ya cincuenta años y solo he vestido una vez la cota de malla y solo llegué a empuñar la espada en una batalla; fue durante la campaña de Almenar, al lado del Cid. Ahora me gustaría tener veinte años menos y saber manejar una espada para combatir al lado de nuestro hijo.

—¿Y perderos a los dos? —alegó Shams.

—No vas a perdernos a ninguno. He hablado con el rey y está de acuerdo con nuestra boda. Ya han pasado muchos años desde que murió Yahya, nadie podrá alegar nada en contra.

—¿Crees que deberíamos decirle a Ismail que tú eres su verdadero padre? —preguntó Shams.

—Sí, creo que será lo más conveniente. No me gusta que me diga tío; deseo que me llame padre —recalcó Juan.

Los aragoneses, con ayuda de otros cristianos, sitiaron Huesca mediada la primavera. ‘Abd al-Rahman, gobernador militar de la ciudad, solicitó ayuda urgente a al-Musta’ín, quien apenas tenía contingentes de refresco.

—No tengo tropas para enviarle. Aquí solo quedan quinientos jinetes de la guardia real. No podemos dejar indefensa Zaragoza —lamentaba al-Musta’ín.

—Majestad, podemos pedir ayuda a los castellanos, o al Cid —intervino Juan.

—El Cid no nos socorrerá, lo sé. Y en cuanto a Castilla... sí, quizá dé resultado. Parte raudo, tú ya conoces a su rey Alfonso. Pídele ayuda a cambio de... de... —al-Musta’ín dudó unos instantes —, a cambio de Tudela.

—¿Vais a cambiar Tudela por Huesca? ¿Qué ganamos entonces? —preguntó Juan.

—Tiempo, tiempo —respondió al-Musta’ín.

Juan partió hacia Castilla y consiguió un contingente de trescientos caballeros y setecientos peones castellanos mandado por García Ordóñez, el aguerrido conde de Nájera, y el conde Gonzalo Núñez de Lara. Al regreso a Zaragoza, pidió permiso al rey para acudir con los cristianos a Huesca.

—De ninguna manera. Tú eres mi mejor consejero. No puedo permitirme el lujo de perderte ahora. Mi padre me dijo que confiara plenamente en ti. Te apreciaba mucho —resaltó al-Musta’ín.

—Majestad, tengo razones muy poderosas para ir —insistió Juan.

—No hay razón más poderosa que defender el islam en el puesto que mejor sepamos hacerlo; y tu puesto está aquí en la corte —apostilló el rey.

Durante todo el verano continuó el asedio de la ciudad de la frontera norte; el otoño se echó encima y con los primeros fríos se esperaba que los aragoneses levantaran el sitio y retornaran a sus cuarteles de invierno. Pero continuaron allí y la situación de los sitiados se hizo desesperada. Fue el conde de Nájera quien acuciado por sus hombres insistió en librar una batalla en campo abierto contra los aragoneses. El gobernador musulmán mostró serias reticencias, pero finalmente accedió a combatir convencido de que los fríos del invierno no iban a hacer desistir a esos duros hombres acostumbrados a las nieves y los hielos de las montañas.

Ambos bandos fijaron la batalla para el día 19 de noviembre, pactando que el vencedor se quedaría con Huesca. El anuncio del acuerdo se supo en Zaragoza unos días antes y al-Musta’ín decidió acudir en defensa de la ciudad sitiada en cabeza de un pequeño contingente de cien jinetes. Al amanecer del día señalado, los dos ejércitos formaron frente por frente en el llano de Alcoraz, apenas a tres millas de las murallas. Los aragoneses y sus aliados franceses se agrupaban en un compacto bloque de tres mil hombres, dos mil de ellos a caballo, con la caballería pesada en el centro de la agrupación. La vanguardia la mandaba el joven infante Alfonso, segundo hijo del segundo matrimonio del rey Sancho y hermanastro del rey Pedro. El

ejército musulmán lo componían casi tres mil hombres, dos mil del ejército hudí y mil más del contingente castellano.

Equipados con cotas de malla con faldillas hasta media pierna bajo armaduras de cuero grueso cubierto con escamas y placas de metal sobre túnicas de recio paño y armados con pesados broqueles de madera reforzados con tiras de hierro, lanzas en ristre y largas y rectas espadas, mazas y azagayas sujetas a los arzones de los caballos, las cabezas protegidas con almófares sobre los cuales brillaban cascos cónicos con orejeras, los jinetes acorazados cristianos cargaron en brutal acometida contra las filas de los musulmanes. El envite aragonés quebró el centro enemigo. Ismail, que mandaba un batallón de caballería en el ala derecha, al contemplar el hundimiento del centro de su formación dio la orden de cargar sobre los jinetes acorazados cristianos, que de manera magistral se abrían paso entre las desbaratadas filas musulmanas.

Los musulmanes no lograron reponerse de la primera carga de la caballería aragonesa y se vieron obligados a mantenerse a la defensiva. Durante varias horas se luchó encarnizadamente en los llanos de Alcoraz. Entre los musulmanes destacó la bravura de un altísimo y joven capitán cuyo largo cabello rubio ondeaba al viento en tanto repartía mandobles con su magnífica espada; parecía intocable protegido tras su rodela de metal totalmente abollada. A su lado le secundaban varios jinetes musulmanes insuflados del valor que transmitía aquel colosal guerrero.

Un conde aragonés apreció la bravura del joven oficial árabe y ordenó a varios ballesteros que dispararan contra él y no cesaran hasta abatirlo. Una docena de virotes silbó en el aire y uno de ellos atravesó el cuello de Ismail, que cayó de bruces al suelo sin pronunciar un solo quejido y con la espada asida con fuerza. Poco después, el ejército musulmán era derrotado y el propio al-Musta'ín, protegido por su guardia personal, huyó hacia Zaragoza. Algunos caballeros aragoneses, viendo a lo lejos que el estandarte real de los hudíes se retiraba hacia el sur, iniciaron una persecución desaforada que duró varias horas. Hasta bien entrada la noche los aragoneses pisaron los talones a al-Musta'ín, que logró refugiarse en el castillo de Almudévar, a mitad de camino entre Zaragoza y Huesca.

Tres mil cadáveres quedaron tendidos en los llanos de Alcoraz. La mayor parte eran musulmanes y castellanos, muchos de ellos muertos en el primer envite de la caballería pesada aragonesa, que a la postre se había convertido en el factor decisivo para la victoria. Aferrado a un estandarte yacía el cuerpo de 'Abd al-Wahhab al-Ansarí, maestro en ciencias sagradas, que había acudido a aleccionar a los guerreros del islam sobre la necesidad de combatir en la guerra santa. Era un *mujahid* más, uno de los guerreros que habían ascendido directamente al Paraíso por haber muerto defendiendo la sagrada tierra del islam.

Tal y como estaba acordado, una semana después de la batalla los musulmanes entregaron Huesca y el rey Pedro, acompañado por el arzobispo de Burdeos, entró victorioso en la que iba a ser desde entonces la más importante de la ciudades del pujante reino de Aragón.

Maltrechos, agotados y hundidos, los escasos supervivientes del ejército hudí regresaron a Zaragoza entre profundas manifestaciones de duelo popular. Centenares de mujeres se lanzaron a las calles vestidas unas de blanco y otras de negro, con los rostros descubiertos y arrojándose cenizas y polvo sobre sus cabezas. Desgarradores quejidos y angustiosos lamentos se escuchaban por todas las casas y en las mezquitas los cadíes y los alfaquíes no cesaban de recitar versículos del Corán referentes a la aceptación de la voluntad de Dios.

Cuando se enteró de la derrota y de la muerte de su hijo, Juan corrió a casa de Shams. Tan solo con mirarlo, ella supo lo que había pasado. Con el rostro desencajado, intentado gritar sin que un solo sonido emitiera su garganta, Shams se desplomó inconsciente en brazos de su amado.

—Muerto, nuestro hijo muerto. Ismail, Ismail —repetía Shams con los ojos fijos en la nada una vez recuperada de su desmayo.

—Debería haber estado a su lado. Quise ir, pero su majestad no me dejó, ¡no me dejó! —se lamentaba Juan entre sollozos.

Shams sufrió una nueva recaída y su cuerpo se desmadejó como el de una mariposa ajada. Juan ordenó a uno de los criados que acudiera presto en busca de Ibn Buklaris. El médico de la corte se presentó poco después.

—Ha sufrido un golpe muy duro. La encuentro enormemente afectada. Le he hecho beber una infusión de hierbas para que se tranquilice y espero que reaccione —comentó Ibn Buklaris.

—¿Crees que se recuperará? —preguntó Juan.

—Ahora solo está en manos de Dios —dijo el *hakim*.

Incapaz de superar el drama de la muerte de su hijo, una semana después moría Shams. Su vida se fue apagando como una lámpara a la que se le consume el aceite sin que nadie lo reponga. Cuando expiró el último aliento, Ibn Buklaris se encontraba al lado de Juan, al pie del lecho.

—Ha muerto —anunció secamente el médico.

—Mi amor, mi amor —balbució Juan postrado de rodillas junto a su amada.

Pese a la muerte, el rostro de Shams parecía el de una joven apaciblemente dormida. Sus finos labios rosados estaban frescos y brillantes como en su juventud y el color pálido de sus mejillas no había perdido la tersura. Solo faltaba el brillo de sus ojos, aquellos deliciosos ojos marinos, ahora ocultos bajo los cerrados párpados.

La enterraron en el cementerio de la Puerta de Toledo. Era un triste día de finales de otoño. El cielo estaba cubierto por una densa capa de nubes plomizas y el frío cierzo del noroeste raía los rostros de las siete personas que asistían al sepelio. Dos enterradores depositaron el ataúd en una fosa enmarcada por una caja de ladrillos y comenzaron a cubrirlo con tierra. Colocaron unas lajas de pizarra encima y asentaron cuatro cipos de caliza, uno sobre cada una de las cuatro esquinas de la tumba. Juan no quiso que se colocara ninguna lápida, tan solo una simple estela en la que

de un punto central salían varias rayas a manera de una representación esquemática del sol, que era el significado del nombre árabe de Shams. No había plañideras profesionales, ni familiares, ni alcahuetes, ni chismosos, solo Juan, su criado Jalid, Ibn Buklaris, Ibn Paquda, Ibn Bajja y los dos enterradores. Juan permaneció largo rato inmóvil y en silencio.

—Vamos amigo —le dijo al fin Ibn Paquda cogiéndole por el brazo—, aquí ya no podemos hacer nada; te acompañaremos.

En la casa del arrabal de Sinhaya Jalid les preparó unos cuencos de leche caliente con miel y almendras.

—Era mi amor, mi único amor —sollozaba Juan.

—Ya lo sabíamos —apostilló Ibn Buklaris—. Toda la ciudad lo sabía. Estábamos esperando que de un momento a otro nos lo revelaras, pero nunca lo hiciste.

—Había sido la mujer de Yahya, mi antiguo amo, no me atrevía... Él se portó bien conmigo. Queríamos casarnos pronto, esperamos demasiado —balbuceó Juan.

—Mi padre lo hubiera entendido. Creo que si pudiera te agradecería lo que hiciste por su viuda y por su hijo. Tú los cuidaste y los protegiste —intervino Ibn Bajja.

Juan estuvo a punto de desvelar su gran secreto. Al oír a Ibn Bajja estuvo tentado de anunciar que Ismail era su hijo, suyo y de Shams, pero se contuvo. No hubiera servido sino para confundir las cosas y quizá alterar las buenas relaciones con Ibn Bajja, su alumno, a quien desde niño había educado como no pudo hacerlo con su propio hijo. En cierto modo, Ibn Bajja era ahora su única familia y a través de él seguirían vivas las enseñanzas de Demetrio Escopleustes, de León de Fulda y de al-Kirmani.

5

Desde la muerte de Shams y de Ismail, Juan se dedicó en exclusiva a su trabajo en el observatorio astronómico y en la biblioteca del Palacio de la Alegría; era la única manera de huir del martirio a que había sido sometido su maltrecho y dolorido corazón. Ibn Buklaris le ofreció prestarle alguna de sus más jóvenes y expertas concubinas, pero Juan lo rechazó amablemente. El proyecto de fundar una universidad como la de Bagdad se había frustrado por el momento, pero intentó paliarlo mediante la creación de una pequeña escuela para media docena de alumnos aventajados que tendría su sede en palacio. Juan formaría con ayuda de Ibn Bajja, que había sido nombrado por al-Musta’ín subdirector del observatorio, un núcleo de astrónomos a los que enseñar cuantas cosas él había aprendido con Demetrio, con al-Kirmani, con Abú Yafar y con al-

Zarqalí. Consiguió del rey la dotación de seis becas para estudiantes y convocó un concurso para designar a los seis elegidos.

Tras varias entrevistas con los poco más de cincuenta solicitantes, fueron seleccionados cuatro jóvenes estudiantes musulmanes y dos judíos. De los seis, pronto destacó por sus conocimientos y dedicación al estudio un judío de Huesca llamado Mosé Sefardí, que con más de treinta años era el mayor de los alumnos. Mosé Sefardí destacó en el manejo del astrolabio y el cuadrante, convirtiéndose pronto en un experto. Sus conocimientos de filosofía eran así mismo muy profundos y pasaba largas horas conversando con Ibn Paquda sobre la unidad de Dios, que el filósofo judío consideraba que se debía confesar de palabra y de corazón y con toda la sabiduría del hombre como lugar de partida de cualquier inicio en el camino del conocimiento, y con Ibn Bajja, con el que polemizaba sobre cuestiones de astronomía y matemáticas. Pese a que pertenecía a una vieja familia hebrea asentada hacía muchas generaciones en Huesca, no parecía mostrar demasiado apego a las costumbres de su pueblo y se mostraba en cuestiones religiosas más bien pragmático.

Ibn Buklaris, que solía acudir todas las semanas a las tertulias a casa de Juan, publicó un libro de farmacología que dedicó al rey al-Musta'ín. Era un tratado con las páginas distribuidas en columnas en las que se describía cada droga, su nombre, su naturaleza y grado, características y sus sinónimos en otras lenguas. Había podido terminarlo gracias a los materiales bibliográficos que desde Egipto le remitiera Ibn Hasday, quien no cesaba de enviar todo tipo de libros y noticias. Ibn Paquda, que estaba corrigiendo la edición definitiva de un libro titulado *Reflexiones sobre el alma*, en el que exponía todas sus teorías neoplatónicas, apreció muy especialmente el envío del tratado del gran filósofo al-Razi, *Disertación sobre la metafísica*, del que ordenó le hicieran una copia antes de que se depositara en la biblioteca palatina. Cada vez que se recibía una carta del antiguo gran visir se comentaba en la tertulia y se le hacía llegar un resumen de lo tratado.

Los tres años que siguieron a la conquista cristiana de Huesca fueron de calma casi absoluta y Juan se dedicó a continuar su varias veces interrumpida enciclopedia de astronomía. El ejército hudí había quedado diezmado y solo podía permanecer a la defensiva. Los aragoneses dedicaron todos sus esfuerzos a asentar las conquistas logradas y organizar los territorios ocupados. Por primera vez poseían amplias tierras de cultivo, con complejos sistemas de regadío y de distribución de agua desconocidos para ellos hasta entonces. Su única ciudad hasta la conquista de Huesca era Jaca, una pequeña ciudadela sobre una colina fortificada al pie de los Pirineos en cuyo interior no vivían sino mil almas.

Huesca era cinco veces mayor y disponía de varios baños, palacios y mezquitas. Muchos de los conquistadores nunca habían visto nada similar. Algunos habían oído describir a sus padres

cosas parecidas cuando se ocupó de manera efímera Barbastro, pero la mayor parte jamás había contemplado con sus ojos algo semejante.

Los almorávides siguieron manteniendo la defensa de al-Ándalus durante aquellos tres años, pero el Cid les imponía demasiado. La leyendas que corrían acerca de su fuerza eran creídas de tal modo por los musulmanes que todos le suponían invencible. Por ello, los almorávides habían centrado todos sus esfuerzos militares contra Castilla y estaban preparando la reconquista de la ciudad de Toledo. Pero el Cid murió en Valencia el 10 de julio de 1099 a los cincuenta y seis años, y al desaparecer el talismán que protegía a la cristiandad, los almorávides se reorganizaron con el propósito de reanudar la guerra santa. En todas las mezquitas del Magreb se llamó a el *yihaz* y centenares de guerreros de las cabilas de Berbería se levantaron en armas a las órdenes de Yusuf ibn Tasufín. Poco después ocuparon Lérida y destronaron a Sulaimán.

Por todas partes crecía el odio entre cristianos y musulmanes. Incluso los mozárabes zaragozanos volvieron a tener problemas y de no haber sido por la enérgica reacción de al-Musta'ín se hubieran vuelto a repetir la matanza de años atrás. Los musulmanes se mostraban muy excitados ante las noticias que llegaban desde Tortosa. Los mercaderes no cesaban de anunciar que un formidable ejército cristiano formado por contingentes de los reinos más poderosos de Europa había partido hacia Oriente por orden del papa, quien desde Roma no cesaba de incitar a los cristianos a la guerra santa contra el islam. Aquello podía significar un respiro para los andalusíes. Hasta entonces, la atención de los cristianos se había centrado en las tierras de al-Ándalus, pero ahora el papa hacía de Palestina el nuevo territorio de cruzada. Algunos combatientes cristianos que venían luchando en la frontera hispana se marcharon en cuanto se enteraron del llamamiento para arrebatar Jerusalén a los musulmanes.

Todo un mundo parecía desmoronarse. El otrora poderoso e invencible Imperio islámico no era sino un conglomerado de reinos, emiratos y califatos autónomos que pugnaban por sobrevivir aun a costa de acabar con sus propios hermanos. Un viejo imán chiita llamado Hassán había fundado en las montañas del norte de Persia una secta de fanáticos, los Asesinos, a los que mediante drogas se les anulaba su voluntad, que pasaba a ser dominada por el que todos conocían como el Viejo de la Montaña. El espíritu de cruzada y de revancha de los cristianos y el fanatismo y la saña criminal de la nueva secta chiita anunciaban tiempos de guerra, de sangre y de muerte.

El 15 de julio del año cristiano de 1099 los caballeros cruzados de Cristo conquistaron al asalto Jerusalén. A principios de la primavera del año siguiente un comerciante de lana recién llegado desde Túnez dio a conocer en Zaragoza la caída en manos de los cruzados de la que era ciudad santa para las tres religiones. En todas las mezquitas se rezaron plegarias destinadas a la memoria de los musulmanes muertos en defensa de la urbe desde la que el profeta Mahoma había ascendido a los cielos.

Pero acontecimientos más terribles, al menos por su proximidad, iban a producirse. Al año siguiente de la pérdida de Jerusalén se cebó una epidemia de peste con los zaragozanos. Murieron más de mil personas, entre ellas Ibn Paquda, Ibn Buklaris y el juez supremo Jalf ibn ‘Abdarí, a quien al-Musta’ín apreciaba tanto que acudió varias veces a su casa a visitarle en tanto duró su enfermedad e incluso, en contra de la costumbre, asistió al entierro. Ibn Buklaris e Ibn Paquda fueron enterrados cada uno en el cementerio de su comunidad; Ibn Paquda en la necrópolis judía del camino del noroeste e Ibn Buklaris, de costado y con la cabeza en dirección a La Meca, en el cementerio islámico de la Puerta de Alquibla. Ambas tumbas estaban muy lejos, a varias millas de distancia, pero Juan rompió en pedazos una jarrita de barro y distribuyó los fragmentos entre las dos sepulturas.

Juan e Ibn Bajja acudieron a los dos sepelios, casi simultáneos, como únicos representantes del que había sido el grupo de intelectuales más brillante e influyente de la reciente historia del reino de Zaragoza. Con Ibn Hasday en Egipto, de la cadena de sabiduría transmitida por al-Kirmani solo quedaba Juan y a través suyo Ibn Bajja, su alumno aventajado, al único que consideraba lo suficientemente preparado como para mantener vivas las enseñanzas del maestro y el espíritu tolerante y abierto de los Hermanos de la Pureza.

—Nos hemos quedado solos —se lamentaba mohíno Juan—. Estamos al final de un tiempo, de una era. La agonía de nuestro reino durará cinco o tal vez diez años más, pero el futuro ya no depende de nosotros.

—Todavía es posible vencer. Los almorávides son poderosos y fuertes, una savia nueva para rejuvenecer a este envejecido y débil al-Ándalus —alegó Ibn Bajja.

—Los almorávides tampoco podrán resistir mucho tiempo a los cristianos. Su espíritu inicial, puro y desinteresado, está comenzando a corromperse. Algunos de sus generales, antaño frugales, sobrios y austeros como el desierto del que proceden, se han relajado ante los placeres que ofrecen los palacios andalusíes. Me temo que no tardarán mucho tiempo en sucumbir a la molicie y a la vida disipada.

—¿Crees entonces que no tenemos esperanza? —preguntó Ibn Bajja.

—¿Esperanza? Yo siempre la tuve, ¿cómo si no hubiera podido resistir la esclavitud? —se preguntó Juan.

—Si los cristianos conquistan Zaragoza tendremos que marcharnos, abandonarlo todo, nuestras casas, nuestras fortunas, cuanto es ahora nuestra vida...

—Yo dejé todo, también obligado, hace muchos años. Tenía una familia, una casa, unas tierras, una vida que estaba comenzando. Aprendí a empezar de nuevo, y no una, sino varias veces. Ahora tengo cincuenta y cinco años y he vivido lo suficiente para saber que es posible iniciar una nueva vida, en otro sitio, en otra ciudad, en otro país. Estamos a merced de la voluntad de Dios; solo Él, su nombre sea alabado, sabe nuestro destino —reflexionó Juan.

Escribió una larga carta a Ibn Hasday narrándole cuanto había acontecido en los últimos meses, sobre todo la muerte de Ibn Paquda e Ibn Buklaris, pero pasaron semanas y meses y nunca más hubo respuesta. Pocos días antes de este envío Ibn Bajja había recibido dos cajas de madera de sándalo y de sicomoro de parte de Ibn Hasday que contenían varios libros del filósofo al-Gazzali, que fuera reputado profesor en la Nizamiyya de Bagdad, del gran Ibn Sina y del admirado al-Farabí, y una misiva en la que le comentaba que no se encontraba demasiado bien debido a unas fiebres que le habían afectado durante la última primavera.

Pese a que de nuevo volvieron a marcharse muchos caballeros cristianos, hasta entonces al servicio del rey de Aragón, a Tierra Santa para ayudar a conservar las conquistas de los cruzados, el rey Pedro retomó con fuerza la ofensiva contra los musulmanes. Fortificó el viejo castillo de Mezimeeger, ubicado sobre un risco de conglomerados desde el cual se dominaba Zaragoza, y le dio el nombre de Juslivol, una contracción de la expresión latina *Deus lo vol*, es decir, «Dios lo quiere», que era el grito de guerra de los caballeros cruzados, y, tras conquistar la ciudad de Barbastro, sitió durante el verano de 1101 la capital de los Banu Hud. Al-Musta'ín, acuciado por la presión aragonesa, dejó de pagar parias a Alfonso de Castilla.

Desde el sur, los almorávides, muerto el Cid, avanzaban hacia Levante. En la primavera de 1102, y ante la imposibilidad de mantener Valencia bajo dominio cristiano, doña Jimena, la esposa del Cid, que desde la muerte de su marido había gobernado esta ciudad, la abandonó, no sin antes quemar los edificios y demoler algunos tramos de las murallas. Poco después, los almorávides entraron en una Valencia asolada por las llamas y continuaron progresando por la costa hacia el norte, obligando a los aragoneses a abandonar su posiciones en la zona de Castellón y Oropesa donde se habían asentado diez años antes.

6

Al-Musta'ín comprendió que los almorávides no se detendrían hasta llegar a Zaragoza y decidió enviar una embajada formada por Juan, Abú al-Asbag y Abú Amir, los dos visires de confianza del rey, varios criados y una escolta de veinte soldados, que partió hacia África con una carta de al-Musta'ín dirigida al emir Ibn Tasufín. Como garantía de las buenas intenciones, en la legación también viajaba el príncipe heredero 'Abd al-Malik, que todavía no había cumplido veinte años. La galera real que se empleaba en los desfiles ceremoniosos por el Ebro partió con los embajadores hacia Tortosa. Durante todo el descenso del río se cruzaron con numerosas gabarras que transportaban sacos de garbanzos y habas y cajones de manzanas y peras y con pequeñas

barcas con cerámicas y fardos de telas y pieles. Embarcaron en una gran nao de carga de nombre Peregrina y con la marea pusieron rumbo sur.

Durante varios días bordearon las costas de Levante, siempre con la tierra a la vista. Además de la escolta que los acompañaba desde Zaragoza, en Tortosa contrataron a varios soldados mercenarios italianos; no en vano portaban un valioso cargamento de regalos para Ibn Tasufín. Recalaron en Almería, donde repostaron y descansaron un par de jornadas. En este puerto se hallaba fondeada una flotilla de naves de guerra equipadas con sifones de aire comprimido, al estilo de los tubos que lanzaban el temible «fuego griego» desde los *dromones* bizantinos. Estos sifones podían lanzar a varias decenas de pasos unas vasijas de cuero rellenas de una nafta inflamable fabricada en el arsenal de Sevilla con resina de pino y brea. Desde allí, ahora con dirección oeste, enfilaron rumbo hacia el estrecho de Gibraltar, que atravesaron sin dificultades entre bandadas de delfines que entre las rizadas olas saltaban paralelos a la quilla del barco.

Fondearon cerca de Cádiz y a lo lejos contemplaron el célebre faro de cien codos de altura coronado por una estatua de bronce dorado que unos decían representaba a Hércules y otros a Alejandro Magno. Juan sintió una extraña sensación al saberse en el océano tenebroso. En algunos libros había leído que el estrecho de Gibraltar había sido abierto por Hércules. El capitán de la nave, un experto marino mallorquín, le explicó que fue Alejandro Magno quien ordenó excavar el estrecho, pues antes el Mediterráneo era un lago y estaba separado del océano sin que ambos mares se comunicaran como ahora. A la vista de aquel brazo de agua de diez millas de anchura, le pareció evidente que solo podía haber sido obra de la naturaleza.

El capitán, admirado por los conocimientos astronómicos del consejero del rey de Zaragoza, había entablado una buena relación con Juan. No solo sabía manejar los instrumentos de navegación con absoluta exactitud, sino que era capaz de fijar su situación solo con contemplar las estrellas.

—Ningún marino de cuantos he conocido sabía tanto como vos; ¿dónde habéis aprendido? —le preguntó el capitán.

—Estudié astronomía en Constantinopla y luego en Zaragoza. Dirijo el observatorio de su majestad al-Musta’ín —contestó Juan.

—Son asombrosos vuestros conocimientos. Si no lo creéis inoportuno me gustaría que me enseñaseis algunas de esas cosas durante el resto del viaje.

—Lo haré siempre que vos me correspondáis mostrándome el arte de la navegación y sus secretos —respondió Juan.

—Por supuesto —afirmó el capitán.

La Peregrina navegó paralela a la costa de África, de nuevo rumbo sur, sin necesidad de emplear la brújula. El capitán le contó a Juan que en el extremo del mundo, en la punta del Algarbe, había un santuario dedicado a san Vicente que era custodiado por unos cuervos desde

hacía siglos, desde que el cuerpo de este mártir cristiano se trasladó allí desde Valencia. Juan recordó que san Vicente era un santo muy venerado entre los mozárabes zaragozanos, que lo celebraban especialmente por ser originario de esa ciudad. Los marineros más veteranos, que habían atravesado estas aguas en varias ocasiones, no denotaban ninguna preocupación, pero algunos soldados que lo hacían por primera vez se mostraban muy alterados y nerviosos.

—He oído que unas cuantas millas mar adentro habitan gigantescos monstruos que pueden devorar con un solo bocado una nave como esta —decía uno de ellos.

—Sí, están justo delante del abismo. Allí se cae al vacío; muchas embarcaciones que han osado adentrarse se han precipitado en él —aseveró otro.

Uno de los marineros comentaba que había oído a sus abuelos narrar una tradición en la que un enorme pez llamado Bahamut sostenía a un toro de proporciones cósmicas de nombre Kuyata, que tenía cuatro mil ojos, orejas, bocas, lenguas y patas; sobre el lomo de Kuyata había un gigantesco rubí, y sobre este el ángel que sostenía la Tierra.

Juan, que escuchó estos comentarios mientras paseaba por cubierta, intervino en la conversación:

—Estáis equivocados; esas leyendas son cuentos hindúes para niños. Más allá de este océano solo hay agua y después de nuevo tierra, las costas de la lejana China. La Tierra es redonda como una naranja: se puede circunnavegar. Si bogáramos siempre en dirección oeste, acabaríamos por llegar al punto de partida.

—Sí, eso mismo he oído otras veces, pero si es así como decís, ¿por qué nos mantenemos en pie y no rodamos hacia abajo de la naranja? —preguntó uno de los soldados.

—Esa misma pregunta se han hecho desde hace siglos los sabios, y hasta ahora nadie ha dado con la respuesta. Quizá sea por la misma razón por la que la luna y las estrellas, que están encima de nosotros, nunca caen sobre nuestras cabezas —alegó Juan.

Desembarcaron en Azammur, un puerto de la costa atlántica del Magreb, donde descargaron los regalos que portaban para el emir y organizaron la marcha hacia Marrakech. En Azammur contrataron a dos guías y a unos porteadores, y presentaron sus credenciales al *walí* del puerto, que les asignó una escolta oficial de quince jinetes. Juan se despidió del capitán mallorquín de la Peregrina y le indicó que aguardara en el puerto durante dos semanas; si antes de ese plazo no estaban de regreso, le enviaría un mensaje con nuevas instrucciones.

Se pusieron en ruta hacia el sur y tras dos días de penosa marcha, abrasados por un constante simún, divisaron Marrakech, la puerta del desierto del Sáhara. La capital del Imperio almorávide estaba construida en medio de una estepa, en una inmensa llanura a mitad de camino entre el mar y el desierto. Hacia el sur sobresalían como gigantes unas enormes montañas con las cimas coronadas de nieve. Una muralla de argamasa rojiza con torreones cuadrados rodeaba un inmenso espacio en el que la medina ocupaba la zona central. Dentro del recinto amurallado se

extendían palmerales, jardines y huertos. La ciudad había sido fundada hacía poco más de veinte años y todavía estaban en plena construcción muchos de sus barrios.

Entraron en la capital almorávide por la puerta de Aylán, en la que estaban trabajando varios alarifes en la decoración del arco. Se dirigieron a un caravasar donde se acomodaron en varias habitaciones. Era un modesto pero amplio edificio de adobe con dos plantas, con un patio central al que se abrían varios almacenes en la inferior y habitaciones para los huéspedes en la superior. Apenas se habían acabado de instalar cuando irrumpió a toda prisa un enviado del emir pidiendo excusas e invitando a los zaragozanos a recoger sus cosas para dirigirse a una de las mansiones que el emir poseía entre los palmerales. Pese al cansancio y a que el lugar estaba limpio y era digno, la delegación del reino hudí rehízo sus equipajes y se reinstaló en un espacioso y plácido palacete rodeado de jardines y de estanques.

Atardecía y Juan subió a la azotea para contemplar la puesta de sol. Marrakech quedaba entre las montañas del Atlas, enormes y azules, y la llanura infinita que se extendía hasta el océano. Un apacible céfiro, que había sustituido al abrasador simún, acariciaba la piel como si se tratara de terciopelo. El sol se resistía a abandonar el día y las estrellas pugnaban por ganar su sitio en el cielo. La luz del ocaso se desparramaba dorada y roja sobre los tejados planos de las casas de adobe de la medina y un aura violácea resbalaba por encima de las copas de las palmeras. Desde los alminares de las mezquitas sonaban melodiosas las llamadas a la oración de los muecines. Pocas veces había experimentado una sensación semejante de calma en su corazón y de bienestar en su cuerpo.

Yusuf ibn Tasufín recibió a los delegados zaragozanos en la sala de audiencias del alcázar, el único edificio construido enteramente en piedra. Era un hombre anciano, sin duda había traspasado ya los ochenta años. De mediana estatura, su delgadez estaba proporcionada a lo enjuto de su cuerpo, tan peculiar en los hombres de la raza bereber. Cejijunto, tenía el rostro muy moreno, quemado por horas de sol y viento a caballo, y barba rala totalmente blanca. Sus cabellos crespos, también blancos, todavía eran abundantes, aunque los ocultaba bajo un amplio turbante de lana negra. Los ojos parecían dos pedazos de ébano de tan negros y profundos, y su perfil era aguileño, con una característica nariz curvada que le confería una enorme personalidad. Vestía de manera sencilla, sin ninguna ostentación, una túnica de lana, el turbante y unas babuchas de cuero, todo en negro. En un cinto portaba un cuchillo curvo en una funda de plata, el único signo de lujo.

Su rostro denotaba una incisiva inteligencia y la altivez y el orgullo propios de las gentes del desierto. Había demostrado suficientemente su capacidad de hábil político y organizador y era el exponente máximo de los monjes-guerreros que hacía algunas décadas habían surgido de las profundidades de las montañas del Atlas para reinstaurar la pureza de la religión islámica. Estaba

acompañado por varios alfaquíes y ulemas, fervientes seguidores del rito malikí, vestidos como el emir y que solo se diferenciaban de él por no llevar armas al cinto.

Frente a Ibn Tasufín permanecían de pie Juan, los dos visires y el príncipe heredero. Todos se habían vestido con ropajes sencillos, aunque al lado de la austeridad del emir y de los religiosos los cuatro parecían califas.

—Sed bienvenidos a Marrakech. Me alegra recibir a tan ilustres huéspedes, en especial al primogénito de nuestro amado hijo el rey de Zaragoza —dijo Ibn Tasufín con su peculiar voz atiplada.

Juan se inclinó con una estudiada reverencia y se adelantó un paso.

—Emir de los creyentes: venimos desde la lejana Zaragoza, en los confines de las tierras del islam, para presentarte nuestra consideración y nuestro respeto. Nuestro señor Ahmad ibn Yusuf al-Musta'ín, soberano de las tierras del Ebro y defensor de la frontera norte, quiere transmitirte sus mejores deseos de paz y amistad y estas palabras: «Nosotros estamos entre vosotros y el enemigo cristiano como un muro para que no lleguen a vosotros los daños y para impedir que seáis heridos. Nos hemos contentado con vuestra paz; contentaos vosotros con ella, de vuestra parte, además de lo que os ofrecemos en tesoros preciosos».

A un gesto de Juan entraron en la sala varios porteadores que cargaban una docena de cofres con valiosas alhajas, bandejas de oro y plata, copas de cristal y piedras preciosas.

—Todos estos valiosos regalos os ofrece mi señor para sellar nuestra paz —continuó Juan.

—Agradecemos a nuestro hijo sus presentes, que servirán para continuar la guerra con los cristianos hasta que todas las tierras que fueron del islam estén de nuevo reintegradas a la ley del Profeta, la paz sea con él —contestó el emir.

Durante tres días Juan, Abú al-Asbag y Abú Amir discutieron con Ibn Tasufín y sus consejeros religiosos, de los que siempre estaba rodeado, las condiciones del tratado con el reino de Zaragoza. En esos días les narraron cómo se había formado el Imperio almorávide: un individuo llamado Yahya ibn Ibrahim peregrinó desde el Magreb a La Meca y a la vuelta estudió en la ciudad santa de Cairuán con el maestro malikí Abú Imrán. Después regresó a su tierra en la cordillera del Atlas, donde acompañado por el misionero 'Abd Allah ibn Yasín fundó un *ribat*, de donde procedía el calificativo «almorávides», es decir, «los hombres de la rábida». Allí se fundó el nuevo movimiento con miembros de la tribu de los lamtuna que acabó conquistando todo el Magreb. Durante varios años fueron ocupando todas las ciudades y sometiendo a las demás tribus. Hicieron de Fez una sola medina al derribar el muro que separaba el barrio de los andalusíes del de los de Cairuán y fundaron Marrakech, donde establecieron su capital.

La legación recibió por fin una carta dirigida a al-Musta'ín en la que el emir mostraba un especial afecto hacia el príncipe heredero de los Banu Hud, al que llamaba «hijo por cariño y proximidad», y aceptaba la paz con el reino de Zaragoza. El propio Ibn Tasufín garantizó a Juan

que mientras él rigiera los destinos de su pueblo, los almorávides no atacarían a Zaragoza, siempre que se mantuviera dentro del islam.

Los legados regresaron sin percances y justo a tiempo para evitar el ataque almorávide sobre la capital hudí. El nuevo gobernador de Valencia, el general almorávide ‘Abd Allah ibn Fátima, se había puesto en marcha hacia Zaragoza con una tropa de mil quinientos jinetes con intención de anexionarla cuando en pleno camino fue interceptado por mensajeros de al-Musta’ín que portaban la carta amistosa firmada por el puño y sellada con el sello del mismísimo Ibn Tasufín. A la vista de la carta en la que se decía que «lo esencial es que entre nosotros hay concordia y armonía por seguir por donde quiera Dios, con acuerdo total», el gobernador almorávide decidió anular la expedición y regresar a Valencia.

El acuerdo se celebró en la corte hudí como si de una gran victoria se tratara. Al-Musta’ín organizó una fiesta pública a la que invitó a todos los zaragozanos. En las mezquitas se elevaron plegarias en honor de Yusuf ibn Tasufín y en la *sari’a* y en la Almozara se organizaron torneos, desfiles militares y competiciones deportivas.

Pocos meses después se celebró en Córdoba la fiesta de exaltación del futuro sucesor en el Imperio almorávide, el príncipe Alí ibn Yusuf, a la que como representantes del rey de Zaragoza asistieron de nuevo el príncipe heredero y Juan. A diferencia de su padre, que tenía todas las características étnicas de la raza bereber, el príncipe heredero era una mezcla de la sangre bereber de su padre y de la europea de su madre, una esclava cristiana llamada Qamar Umm al-Husn. Había heredado la piel blanca, el pelo rubio oscuro, la altura y el rostro ovalado de la madre y los dientes espaciados, el perfil aguileño y los ojos negros del padre. Tenía veintitrés años.

Como símbolo de amistad los zaragozanos entregaron doce arrobas de vajilla de plata taraceada con el nombre de al-Muqtádir. Se trataba del servicio completo de mesa del monarca constructor del Palacio de la Alegría que había sido especialmente fabricada para él en los talleres de Yahya ibn al-Sa’igh. Ibn Tasufín, que seguía despreciando el lujo, ordenó que la vajilla fuera fundida y convertida en monedas y que estas se repartieran entre la población como regalo del emir durante la Fiesta de los Sacrificios. Ese día era obligado que cada cabeza de familia sacrificara un cordero; algunos no podían hacerlo por su carencia de medios económicos e Ibn Tasufín quiso que al menos ese año todas las familias de Córdoba pudieran celebrar el sacrificio y consumir carne de cordero.

Acabados los festejos, los almorávides organizaron una campaña militar e incorporaron a su imperio el reino de Albarracín.

—Solo quedamos nosotros entre los almorávides y los aragoneses. El belicoso Pedro de Aragón ha muerto, pero le ha sucedido como rey su hermanastro el infante Alfonso, por lo que sé de él mucho más ambicioso. Desprecia todo placer que no sea la guerra; ha rechazado a cuantas

concubinas le han ofrecido, y se dice que ha afirmado que un soldado debe vivir entre hombres y no entre mujeres. Está tan henchido del nuevo espíritu de cruzada que no cejará hasta que en lo alto del torreón del Palacio de la Alegría ondee su estandarte —dijo al-Musta'ín dirigiéndose a los miembros de su consejo en el Salón Dorado.

—Si me permitís, majestad —intervino Muhámmad ibn 'Abd Allah al-Umawí, un joven historiador que estaba escribiendo una historia de los Banu Hud y de Zaragoza por encargo de la corte—, nuestra ciudad tan solo ha sido conquistada una vez, hace ahora cuatro centurias, y los conquistadores fuimos nosotros, los árabes. Nadie antes logró entrar victorioso en ella, aunque fueron muchos los que lo intentaron. Ni el mismísimo emperador Carlomagno, pese a sitiarla con su poderoso ejército, lo consiguió. Está escrito que Zaragoza permanecerá para siempre bajo la bandera de los combatientes del islam. Se ha escrito que esta ciudad está protegida contra las serpientes, y ¿qué son los cristianos sino víboras? La luz que resplandece sobre nosotros nos protege; la Ciudad Blanca nunca será cristiana.

—La creencia en leyendas antiguas no nos salvará —adujo Juan.

—Hasta hoy se han cumplido —aseveró el historiador.

—Hasta hoy nuestros ejércitos eran fuertes y nuestras arcas estaban repletas. Desde la derrota de Alcoraz ni tenemos ejército ni poseemos dinero con el que pagar la paz —se reafirmó Juan.

—Dios no abandonará a su pueblo —alegó el imán de la mezquita mayor.

—Es probable que haya sido el pueblo el que ha abandonado a Dios —sentenció Juan.

7

El nuevo rey de Aragón se mostró si cabe más belicoso e intrépido que su hermanastro. Al poco tiempo de sentarse en el trono atacó Zaragoza; se trató de una escaramuza de tanteo, pero fue suficiente para sembrar la inquietud y algunas familias musulmanas acomodadas optaron por vender sus propiedades y marchar hacia el sur en busca de la seguridad que proporcionaban los almorávides. Algunas casas se pusieron a la venta en el interior de la medina. Jalid le comentó a su señor que estarían más seguros si se trasladaban a vivir a una de esas casas que se ofertaban a buenos precios. Juan, que se sentía profundamente aferrado a su casita del arrabal de los Sinhaya, en la que tantos recuerdos había depositado, comprendió, bien a su pesar, que la propuesta de Jalid era la más adecuada. Por doscientos dinares adquirió una preciosa mansión en el centro de la medina, donde se cruzaban la calle del Puente y la calle Mayor, al lado de la pequeña mezquita de las Cuatro Puertas. Disponía de un hermoso patio con jardín y un estupendo baño privado. Su propietario era un mercader de ganado que había decidido trasladarse con su familia a Valencia.

El precio de la mansión no hubiera sido inferior a seiscientos dinares diez o doce años antes, cuando la ciudad seguía creciendo, pero ahora, en claro regreso, el valor de los inmuebles se había reducido a la tercera parte. Juan lamentaba el haber vendido hace varios años la casa que le dejó Yahya en herencia, pues podría haberla habitado en esta ocasión.

La nueva casa era muy grande y su cuidado necesitaba de más personas. Jalid, que seguía fiel a su lado treinta y siete años después, ya era mayor y su cojera se había acentuado. Juan le calculaba unos cincuenta y cinco años, aunque nunca supo su edad exacta, y creyó que necesitaría ayuda. El eslavo había amasado una pequeña fortuna y podía permitirse disponer de dos o tres criados más.

—En esta nueva casa hacen falta criados. Tú, Jalid, conoces bien la ciudad y a los ciudadanos, encárgate de buscar a un par de sirvientes que mantengan la casa en condiciones y te descarguen de trabajo, creo que te lo mereces.

—Sé de dos muchachos que podrían servir; o si lo prefieres, alguna muchacha. Desde que murió Shams no ha vuelto a haber ninguna mujer en tu vida, quizá...

—Ya soy demasiado viejo —le interrumpió Juan—. El próximo verano cumpliré sesenta años.

—Es una buena edad para tomar esposa. Todo buen musulmán debe tener al menos una —aseguró Jalid.

—¿Ah, sí? En ese caso, ¿por qué no te has casado tú? —inquirió Juan—. Durante todos estos años no has hecho sino visitar burdeles y retozar con prostitutas cristianas. Te he pagado más que suficiente para mantener una esposa y una familia.

—Yo no he nacido para el matrimonio —alegó Jalid—. Prefiero pagar a una mujer para acostarme con ella que soportar a una esposa.

—Eso que dices no es propio de hombres piadosos —advirtió Juan.

—Yo no soy un hombre piadoso, ni lo quiero ser. Mi vida está junto a ti, a tu servicio. Te he servido siempre y lo seguiré haciendo mientras viva o mientras tú lo desees; ni sé ni quiero saber hacer ninguna otra cosa —asentó Jalid.

—Mi buen Jalid, mi buen amigo, nunca pude soñar tener un compañero mejor que tú.

Juan entendió entonces que Jalid había sido para él el sustituto de Vladislav, cuya incipiente pero profunda amistad surgida en el cautiverio truncó el propio cautiverio.

Unos días después el fiel criado contrató en nombre de su señor los servicios de dos muchachos y adquirió en el mercado a una joven esclava.

—¡Jalid! —exclamó Juan—. Te dije que no quería ninguna muchacha.

—¡Oh!, no la he comprado para ti, es mía. La he adquirido con la mitad de mis ahorros. Solo me ha costado veinte dinares. Si te gusta puedes gozar de ella, te la presto —replicó Jalid.

La muchacha miraba a Juan desde unos recatados ojos melados. Era pequeña de estatura y no aparentaba tener más de quince años. Su pelo era lacio y castaño. Le recordaba vagamente a la

mozárabe de Toledo, aunque habían pasado tantos años desde entonces que su rostro se había difuminado en su cabeza.

—¿Has pensado, si es que sabes pensar, en qué se va a convertir esta casa con dos viejos como tú y como yo y dos jóvenes criados conviviendo con esta muchacha? ¿No se te ha ocurrido que podemos tener problemas? —inquirió Juan.

—He pensado en todo. No te preocupes, los dos muchachos son homosexuales —dijo Jalid.

—¡Estupendo! ¿Y qué crees que pensarán en la corte cuando se enteren de que vivo con un viejo criado experto en burdeles, dos efebos y una muchacha? —preguntó Juan.

—¿Desde cuándo te ha importado lo que piense nadie de ti?

Juan se quedó mirando a Jalid. Sus labios dibujaron una incipiente sonrisa que fue creciendo hasta convertirse en una sonora carcajada.

—De acuerdo, de acuerdo, pueden quedarse, pero esa muchacha es tuya, solo tuya —recalcó el eslavo.

En contra de lo vaticinado por Juan, la vida en la nueva casa de la medina se tornó mucho más alegre y divertida. Jalid estaba encantado con su pequeña Mu'mina, que era el nombre de la esclava, y dejó de frecuentar los burdeles a los que tan aficionado era desde la época de Tarazona. Los dos efebos mantenían la casa tan limpia como el *mihrab* de una mezquita, amasaban a diario y con esmero el pan que tras marcar con la señal de Juan llevaban a cocer al horno del barrio y atendían con eficacia extraordinaria todas las tareas domésticas. Sostenían entre sí una intensa relación amorosa pero siempre discreta. Algunas noches, en el silencio de las primeras horas de oscuridad, Juan oía los tenues susurros de las dos parejas de enamorados, los jadeos de Jalid amando a Mu'mina y los arrullos de los efebos como un zureo de palomas. Y en esos momentos, cuando se hacía más intensa su soledad, recordaba la belleza inmarchita de su amada Shams, el coraje de su intrépido hijo Ismail, el fresco aroma a flores silvestres de su madre, el cariño plácido de su padre, el aroma del pan caliente compartido con sus hermanos en el hogar de Bogusiav, la palabra docta y educadora de Demetrio, la sabiduría y comprensión de al-Kirmani, el talento y la valentía del llorado al-Mu'tamín, los consejos siempre prudentes y acertados de Ibn Buklaris, las largas y fecundas conversaciones con el inteligente y racional Ibn Paquda, la sagacidad política del exiliado Ibn Hasday, la lucha contra el destino para evitar lo inevitable de al-Musta'ín o el ascenso imparable del brillante Ibn Bajja.

Noche tras noche discurrían por su mente las escenas de su azarosa vida. Por primera vez, después de tantos años, se sentía viejo. Su cuerpo aún era firme y recio y su elevada estatura seguía reportando a su figura una estampa formidable, pero sus cabellos eran ya tan escasos que desde hacía cuatro años se rasuraba la cabeza por completo, sus mejillas habían perdido la tersura de la juventud y en su rostro comenzaban a labrarse profundos los surcos del inexorable paso del tiempo. Todavía se sentía con la energía suficiente como para tumbar de un solo golpe a

un hombre mucho más joven que él, como hiciera con el príncipe Mundir, aunque era consciente de que los largos y fatigosos viajes que había realizado no podría volver a repetirlos.

Ahora disponía de mucho tiempo para el estudio con Ibn Bajja. Su antiguo pupilo, el subdirector del observatorio astronómico, pasaba por ser el hombre más inteligente y sabio de todo el reino. Sus conciudadanos admiraban de él su enorme capacidad para todo tipo de disciplinas. Desde hacía algún tiempo Ibn Bajja estaba entusiasmado por la música. Él mismo cantaba algunas composiciones poéticas propias acompañado por una orquestina. Le gustaba demostrar sus conocimientos y no dudaba en hacerlo de manera efectista y teatral.

En cierta ocasión murió un amigo a quien Ibn Bajja apreciaba de manera muy especial. Pocos días antes había fijado en el observatorio que se produciría un eclipse de luna. Como quiera que la hora del eclipse coincidía con el velatorio del amigo muerto, Ibn Bajja, instantes antes de que la luna se ocultara, se levantó y recitó el siguiente poema:

Tu hermano gemelo descansa en la tumba
y ¿te atreves, estando él muerto,
a salir luminosa y brillante por los cielos azules?
¡*Oh Luna! ¿Por qué no te ocultas*
y así tu eclipse será como el luto que diga a las gentes
el dolor que te causa, tu tristeza, tu pena profunda?

Acabado el poema, la luna se eclipsó. Todos los asistentes prorrumpieron en aplausos en favor de Ibn Bajja, que con las manos alzadas hacia el cielo comenzó a entonar una canción de duelo que fue coreada por algunos.

Las tertulias siguieron siendo el principal centro de discusión de la sociedad culta. El gran animador de las mismas, además de Juan, que en cierto modo había tomado el papel que en su día jugara al-Kirmani, era Ibn Bajja. A las tertulias, que casi siempre se celebraban en la nueva casa de Juan o en la de Ibn Bajja, asistían los más afamados intelectuales del reino, y eran invitados cuantos viajeros se acercaban a Zaragoza bien en busca de refugio bien para conocer mejor a los dos sabios cuyo prestigio corría por todo al-Ándalus.

En las intervenciones que se producían, no había ninguna norma previa, tan solo el respeto a la religión o a las ideas de cada uno de los asistentes. Se reunían todos los lunes a media tarde, después de que los musulmanes rezasen la oración de *al-asr*, la tercera del día. Nunca faltaban infusiones, frutos secos e incluso deliciosos pasteles de miel con los que Juan agasajaba a sus invitados.

El judío de Huesca Mosé Sefardí, que estaba a punto de concluir sus estudios de astronomía, siempre cauto aunque ambicioso, comentó en una tertulia que las religiones estaban hechas a la medida de los países donde se habían fundado y que los rituales religiosos estaban condicionados

más por el clima que por las propias creencias religiosas. Un compañero en el observatorio le puntualizó que las ideas religiosas eran universales y que las tres grandes religiones de la humanidad planteaban las mismas cuestiones e incluso en algunos casos los ritos eran idénticos.

La discusión fue subiendo de tono hasta que Juan se vio obligado a intervenir para evitar que el enfrentamiento se disparara hasta límites incontrolables. Ibn Bajja criticó con severidad las afirmaciones de Mosé Sefardí, quien se limitó a reiterar con algunos ejemplos lo que había asegurado. Juan apreciaba al judío oscense a causa de su especial dedicación al estudio, pero no podía compartir sus opiniones. Pese a que él se había convertido al islam después de ser cristiano, insistió en la unidad de Dios, en su carácter de creador universal y en la continuidad de la revelación desde Abraham hasta el profeta Mahoma.

El avance aragonés parecía imparable. La estratégica ciudad de Ejea, de la que se decía que era una de las más antiguas del reino, cayó en manos de los cristianos, que la conquistaron al asalto. Esta vez al-Musta'ín ni siquiera pudo enviar un batallón de ayuda. Su reino se debilitaba sin remisión y el otrora poderosísimo ejército hudí no era ya sino un vaporoso recuerdo. Si en la época de al-Muqtádir los hudíes podían armar y equipar un ejército de diez mil hombres, ahora apenas reclutaban algunos centenares de soldados. La terrible rota de Alcoraz había supuesto sin duda un golpe de gracia definitivo.

Eran los aragoneses los que llevaban la iniciativa merced a los esfuerzos de su aguerrido rey Alfonso, que henchido del renacido espíritu de cruzada soñaba con conquistar todas las tierras musulmanas hasta Levante y desde allí embarcar con sus soldados hacia Tierra Santa, donde ayudaría a los monarcas de la cristiandad en la guerra contra el islam.

El rey de Aragón era valiente y además magnánimo. Dotado de un fuerte carácter, siempre rodeado de guerreros, se sentía más a gusto entre la milicia que en los salones de los palacios donde las damas y los caballeros consumían las largas veladas invernales entre copiosas comidas, abundante vino y cantares de juglares que recitaban las vidas y hazañas de los reyes y los héroes. Desde que oyera un poema épico sobre Carlomagno, el emperador de la barba florida, en el que se narraba su fallida expedición sobre Zaragoza, el rey de Aragón solo albergaba una obsesión en su cabeza: conquistar la Ciudad Blanca e incorporar el reino de los Banu Hud a sus dominios. Había jurado ante decenas de reliquias lograr aquello en lo que Carlomagno había fracasado.

En tanto Aragón crecía en poder, ambición y riqueza, Zaragoza seguía debilitándose, y no faltaron quienes comenzaron a criticar, primero veladamente y después con mayor publicidad, la política de al-Musta'ín de resistir a toda costa y mantener la independencia del reino respecto de los almorávides. En torno a los clérigos más integristas fue creciendo un núcleo de influyentes

personas que constituyeron en secreto un partido proalmorávide, entendiendo que los africanos eran los únicos capaces de asegurar el dominio musulmán sobre Zaragoza. Preferían la dominación de los puritanos almorávides a quedar sojuzgados por los aragoneses de Alfonso; el rey de Castilla seguía recibiendo algunas cantidades de oro de los zaragozanos, que habían vuelto a pagar parias tras dejar de hacerlo durante los tres años siguientes a la batalla de Zalaca.

En una de las tertulias uno de los becados anunció que Mosé Sefardí se había convertido al cristianismo y se había bautizado en la iglesia catedral de Huesca. Dijo que el mismísimo rey de Aragón había oficiado como padrino.

—Se bautizó en una pila que los cristianos han instalado en lo que fue el *mihrab* de la gran mezquita de Huesca, que desde la conquista es su catedral —afirmó el antiguo compañero de Mosé Sefardí—. Ahora tiene un nombre nuevo, se llama Pedro Alfonso.

—Dicen que el rey de Aragón le ha pagado una enorme cantidad de oro para que se bautice a fin de incorporarlo a su corte. Es un monarca obsesionado por la astrología y quiere a un astrónomo a su lado para que le prediga cuándo será el momento oportuno para conquistar Zaragoza —asentó Ibn Bajja.

—Quizá eso ocurra pronto. Acaba de fallecer el emir almorávide Yusuf ibn Tasufín, a quien yo conocí en un viaje a Marrakech; es probable que los aragoneses aprovechen la situación para lanzar un ataque masivo. Los cristianos están deseosos de venganza. Los almorávides están persiguiendo a cristianos y judíos, e incluso a los musulmanes que no consideran suficientemente piadosos. En Sevilla han quemado públicamente los libros de astronomía de Al-Zarqalí y al dictado de los intransigentes imanes malikíes están instaurando el cumplimiento rígido y literal de la ley islámica. Creo que es un error; cualquier atentado contra la libertad de culto o de creencia es un error —adujo Juan.

Pero no se cumplió el vaticinio del eslavo. La sucesión en el trono almorávide se produjo sin sobresaltos y el hijo y heredero de Ibn Tasufín, el príncipe Alí ibn Yusuf, fue proclamado el nuevo emir. Los festejos que conmemoraban el ascenso al trono de Alí fueron celebrados en al-Ándalus en la ciudad de Córdoba, y allí acudió una vez más cargado de regalos el heredero de los Banu Hud, el príncipe de Zaragoza ‘Abd al-Malik, representando a su padre el rey.

A principios de 1107 Juan cayó enfermo. Tenía más de sesenta años y unas inesperadas fiebres, debidas al consumo de una jarrita de leche de cabra en mal estado, lo postraron en cama durante varias semanas. Jalid, Mu’mina y los dos efebos lo cuidaron con esmero y dedicación, pero Juan se sentía muy mal por no poder trabajar en su observatorio. Tenía ya muy avanzada su enciclopedia de astronomía, que había dividido en tres libros: el primero un amplio catálogo con descripciones de los cuerpos celestes, el segundo una síntesis de las teorías astronómicas de los

grandes maestros, comentadas, criticadas y anotadas, y el tercero un tratado con sus propias ideas, en el que defendía que el Sol era el centro del universo y que la Tierra y los demás planetas giraban en torno a él.

Ibn Bajja se hizo cargo entre tanto de la dirección del observatorio astronómico y en apenas dos meses redactó un breve tratado en el que criticaba el sistema de Ptolomeo. Intentó explicar el movimiento de los astros por medio de excéntricas, pero falló porque en contra de lo que Juan le había explicado, siguió sosteniendo que la Tierra era el centro del universo.

El propio Ibn Bajja, que había alcanzado el título de *hakim* en la escuela médica y quirúrgica de Ibn Buklaris, se encargó del cuidado de Juan, al que visitaba todas las semanas, aunque durante breves periodos de tiempo para evitar que se cansara demasiado y con ello se retardara su recuperación. Durante las visitas le proporcionaba distintos medicamentos, muchos de ellos elaborados por el mismo Ibn Bajja, que Juan tomaba a regañadientes. El conocimiento de las plantas, no en vano el primer libro que había escrito fue un tratado de botánica, permitía a Ibn Bajja distinguir las propiedades adecuadas de cada una de ellas para el tratamiento de los enfermos. Podía preparar calmantes con extracto de láudano o con acónito, que aplicado en grandes cantidades se convertía en un veneno mortal, astringentes con espino de Licia mezclado con zumo de limón, purgantes con resina de ciprés, extracto de higuera y de avellano contra los tóxicos, infusiones de escamonea y albahaca como laxante, jarabe de peonía contra la epilepsia o jarabe de higo para los cálculos del riñón, entre otros muchos medicamentos. Para tranquilizar a Juan le obligó a leer el tratado de Galeno *Conservación de la salud*, a fin de que pudiera comprobar por sí mismo que los remedios terapéuticos que le estaba aplicando se encontraban dentro de la más pura ortodoxia médica.

La fama de Ibn Bajja como filósofo era tal que todos lo consideraban como un segundo Aristóteles, aunque en realidad él se declaraba un ferviente seguidor de Platón, a quien había estudiado en un tratado de filosofía de Alejandro de Afrodisia que Juan le había proporcionado, sobre todo porque le seguía en sus opiniones sobre la unión del alma con Dios. Solía decir que se consideraba aristotélico por la razón y platónico por los sentimientos.

Ibn al-Sid, el célebre gramático emigrado a Zaragoza y que en esta ciudad se habían introducido en el estudio de la filosofía, rivalizó en una tertulia con Ibn Bajja sobre cuestiones gramaticales. Ibn Bajja defendía que la gramática debía estructurarse a la manera de la lógica, siguiendo los términos técnicos que usan los dialécticos. Ibn Bajja citó el libro *Isagoge* de Porfirio para defender sus posiciones e Ibn al-Sid aseveró que la gramática se regía por principios distintos a los de la filosofía. La discusión fue creciendo de tono y los componentes de la tertulia, la mayoría incondicionales de Ibn Bajja, comenzaron a prorrumpir en imprecaciones contra Ibn al-Sid. Juan, que asistía a la tertulia pese a no estar totalmente recuperado de su enfermedad, intervino para calmar los ánimos, ya demasiado encrespados.

—Permitidme, amigos, que exprese mi opinión sobre este asunto que tanto os preocupa. Como bien sabéis, mi trayectoria vital me ha permitido aprender varias lenguas; hablo y escribo eslavo, griego, latín y árabe y sé expresarme en romance, italiano y francés. Por eso puedo decir que cada lengua tiene su lógica. Un idioma no es sino el modo de expresión colectivo de un pueblo, un instrumento para entenderse. Así, de la misma manera que los eslavos aman los bosques, los griegos el mar, los latinos los campos cultivados y los árabes los jardines, cada uno de estos pueblos habla un idioma distinto. Si Dios hubiera querido que todos los hombres se expresaran de la misma manera les hubiera dado una misma lengua.

—Te equivocas. Dios dio a todos los hombres las mismas palabras, y en el principio solo había un lenguaje común y unos mismos vocablos. Pero los hombres en su soberbia quisieron alcanzar el cielo y comenzaron la construcción de la Torre de Babel. Dios descendió a la tierra y los confundió a fin de que no se entendieran, originándose así las distintas lenguas —dijo Salomón Esdrás, un judío que había sido alumno de Ibn Paquda y que acudía regularmente a las tertulias.

—La división se inició a causa de un pecado cometido por dos ángeles, Harut y Marut, que enviados por Dios se enamoraron de una bella mujer y mataron al hombre que los descubrió —intervino Ibn al-Sid.

—Es cierto cuanto dices, pero desde que Dios le dictó el Corán al profeta Mahoma, la paz sea con él, los hombres volvemos a tener una lengua universal. El árabe es el idioma en el que Dios se ha revelado; no lo hizo en eslavo, ni en griego, ni en latín, sino en árabe. Esa es la mejor prueba de que Dios desea ver a los hombres unidos bajo un único idioma, la sagrada lengua árabe —puntualizó Ibn Bajja.

Salomón Esdrás tuvo que morderse los labios para no contestar. La lengua árabe era sin duda el idioma de las personas instruidas, incluso los judíos cultos escribían en ese idioma. Los mismísimos Ibn Gabirol e Ibn Paquda habían escrito sus tratados de filosofía en árabe, pese a ser hebreos, pero de ahí a considerarlo el único sagrado mediaba un abismo. Juan resolvió el dilema con tino:

—Que Dios se revelara en árabe al Profeta, su bendición sea con él, no significa que debamos despreciar las demás lenguas. Mahoma dice en el Corán que la revelación se ha hecho en árabe para que fuera entendida por los propios árabes, pues en otro idioma no lo hubieran escuchado y no lo hubieran seguido. Dios es omnisciente y no dudó en revelarse en hebreo a Moisés, o en arameo a Abraham, y sin duda lo hará en romance cuando crea llegado el momento de convertir al islam a los aragoneses o a los castellanos. Todo esto no quita que la lengua árabe sea la más hermosa y concordada de cuantas existen, por eso es la lengua de la cultura y de la ciencia.

La intervención de Juan dejó a todos conformes: aplacó a los exaltados seguidores de Ibn Bajja, alivió la apurada situación de Ibn al-Sid y resarció la inquietud de Salomón Esdrás, que

había estado a punto de proclamar la superioridad del hebreo sobre el árabe, con lo que hubiera tensionado la situación hasta extremos peligrosísimos.

Juan se restableció por completo de su enfermedad. Ibn Bajja atribuyó su cura a sus cuidados y a la fuerte naturaleza del eslavo. Regresó a su trabajo en el observatorio, donde la actividad no había cesado en su ausencia, e Ibn Bajja tuvo más tiempo para dedicarse a su pasión por la música y la poesía.

Mu'mina quedó embarazada de Jalid y dio a luz una niña a la que pusieron el nombre de Naryís, que significa «junquillo», porque había nacido tan delgada y fina como los tallos de un juncal. Jalid rebosaba de alegría y la casa estaba más alegre y radiante que nunca. Los dos efebos cuidaban a la niña como si fuera suya y Mu'mina se mostraba feliz.

Nada parecía ensombrecer la dicha de aquella casa hasta que una mañana Jalid se encontró mal y vomitó sangre. Ibn Bajja diagnosticó una infección en el hígado y le preparó distintos remedios, pero todo fue inútil. Sintiéndose morir, Jalid encomendó a su señor el cuidado de Mu'mina y de Naryís.

—Mi señor, protege a mi mujer y a mi hijita; son dos seres desvalidos. Hazlo por la lealtad que durante cuarenta años te he profesado.

—No te preocupes, mi buen Jalid, velaré por ellas como si fueran mis propias hijas. Mu'mina tendrá asegurada su viudedad y me encargaré de que Naryís disponga de una dote suculenta que le permita casarse con un hombre de acomodada posición.

—Siempre has cumplido tu palabra; ahora sí puedo marchar tranquilo.

Pocos días después Jalid moría a causa de una insuficiencia hepática. Su rostro, ya de natural pajizo, se tornó de un intenso amarillo, al igual que las córneas de sus ojos. Juan sufragó todos los gastos del entierro. Con Jalid había desaparecido el último testigo de su juventud. Juan era consciente de que asistía al final de una generación.

8

El 29 de mayo de 1109, 16 de *sawwal* del 501 de la hégira, los almorávides derrotaron a un ejército castellano en Uclés. En la batalla murió el infante Sancho Alfónsez, que acababa de ser proclamado heredero al trono, unigénito del rey de Castilla y de su esposa Isabel, la cual antes había sido princesa musulmana con el nombre de Zaida. Pocas semanas después, ardiendo en deseos de venganza por la muerte de su hijo, el rey Alfonso ordenó que lo trasladaran hacia el sur para enfrentarse a los almorávides. Su avanzada edad no le permitía cabalgar y recorrió en litera media Castilla. El esfuerzo fue letal para el anciano monarca, que murió agotado. Ante la

ausencia de un hijo varón, fue proclamada reina de Castilla y León la infanta Urraca, hija de Alfonso VI y viuda del conde Raimundo de Borgoña. Enterados del fallecimiento del rey, los almorávides sitiaron Toledo, pero no lograron conquistarlo. Los nobles castellanos maniobraron con suma habilidad y pese a las reticencias del rey de Aragón a unirse a una mujer, consiguieron que este contrajera matrimonio con la reina de Castilla.

El número de partidarios proalmorávides siguió creciendo en Zaragoza y se organizó un importante grupo de ciudadanos, encabezados por varios imanes, que propugnaban la entrega del reino al emir Alí ibn Yusuf. En las calles de la ciudad se enfrentaron en virulentas peleas los dos bandos: el que quería la sumisión al poder africano a cambio de protección y de mantener a Zaragoza dentro del islam y los defensores de la independencia y la libertad de la taifa de los Banu Hud.

En las tertulias, la astronomía, la teología, la filosofía y la gramática dejaron paso a las discusiones políticas.

—Nuestra única opción es que los almorávides se hagan cargo del reino. Somos la única taifa independiente que queda en al-Ándalus. La historia nos ha demostrado que las taifas que han intentado mantener su autonomía han sido engullidas por los cristianos; nosotros ya hemos perdido Huesca, Barbastro y Ejea, y si seguimos aislados pronto perderemos Zaragoza. Los almorávides derrotaron a los castellanos hace años en Zalaca y ahora en Uclés; han traído la añorada unidad al occidente musulmán y contra sus ejércitos nada pueden los cristianos —así se expresaba Abú ibn Utmán, miembro del partido almorávide e imán de la mezquita de la puerta de Alquibla.

—No nos hizo falta ninguna ayuda en tiempos de al-Muqtádir ni de al-Mu’tamín. Debemos recuperar la energía que antaño nos hizo fuertes y poderosos. La historia a la que tanto alude Ibn Utmán también demuestra que hemos logrado mantener nuestra independencia durante casi un siglo. Hemos rechazado varios ataques cristianos y les vencimos en Graus, en Barbastro y en Almenar; podemos hacerlo de nuevo —replicó Ibn al-Sid.

—No está en juego solo Zaragoza. Peligra todo al-Ándalus. Si los aragoneses, o los castellanos, ocupan nuestra ciudad, todo el país irá cayendo poco a poco en sus manos. Hay que formar una barrera impenetrable. Los cristianos ya asientan sus pies sobre Toledo y Jerusalén, si no lo impedimos nosotros pronto lo harán sobre Córdoba y quién sabe si sobre Cairuán, Medina o la mismísima Meca. Hay que detenerlos y hacerlo para siempre. Somos la vanguardia del islam, la puerta de la casa de los creyentes; si no logramos mantenerla cerrada, los infieles saquearán nuestros hogares, profanarán nuestras mezquitas y deshonrarán a nuestras mujeres. Nosotros solos no podemos contener a la creciente marea cristiana, pero los almorávides sí pueden hacerlo. ¿Qué importa un pequeño reino y su independencia cuando de lo que se trata es de la supervivencia del islam? —arengó Ibn Utmán.

Las críticas a al-Musta'ín crecían por toda la ciudad. Se le acusaba de querer mantener su poder, aún a costa de que se perdiera Zaragoza para el islam. Durante la salida que el rey realizaba los viernes para rezar en la mezquita mayor, un grupo de exaltados seguidores del partido proalmorávide insultó al monarca e incluso le amenazó con palos y piedras. A la entrada de la mezquita se formó un tumulto que fue resuelto con una carga de la guardia real. Los soldados, sable en mano, disolvieron a golpes a los revoltosos. Algunos guardias penetraron en el patio de la mezquita en persecución de los amotinados con las cimitarras desenvainadas, lo que provocó las iras de los imanes, que acusaron al soberano de profanar aquel lugar sagrado.

La familia reinante de los Banu Hud no parecía encontrarse segura en Zaragoza, por lo que al-Musta'ín, aconsejado por Juan, decidió trasladarse al castillo de Rueda, sobre el río Jalón, la inexpugnable fortaleza donde se había refugiado al-Muzzafar años antes y donde se había producido la emboscada que casi le cuesta la vida a Alfonso VI de Castilla. La familia real se trasladó a esa fortaleza a principios del invierno, pero no por eso cesaron las críticas, sino que arreciaron más si cabe, acusando a al-Musta'ín de cobarde y traidor.

Pero el hijo de al-Mu'tamín, el heredero del linaje de los Banu Hud, no podía aguantar tantos insultos y decidió acudir a Zaragoza. En el Palacio de la Alegría reunió al consejo y le expuso sus planes.

—Todavía somos fuertes —clamaba al-Musta'ín desde su trono en el Salón Dorado—. Cuando el reino estuvo amenazado, mi abuelo y mi padre supieron defenderlo contratacando y venciendo a los cristianos. Yo haré lo mismo. Tengo la intención de salir en campaña dentro de un mes contra los infieles y propiciarles un escarmiento que no olviden nunca. La caballería hudí volverá a cabalgar victoriosa por las tierras de la frontera norte y regresará a Zaragoza con las enseñas de nuestros enemigos arrastradas por el polvo.

—Debéis ser prudente, majestad —intervino Juan—. Nuestras fuerzas son escasas y las de los cristianos crecen día a día.

—Por eso debemos intervenir cuanto antes e impedir que sigan en aumento. Voy a convocar a todas las ciudades del reino para que acudan con efectivos a reforzar nuestro ejército. Propinaré tal golpe a los cristianos que creerán que el fin del mundo se les viene encima.

Al-Musta'ín ordenó al *katib* de la corte que redactara documentos solicitando a todas las ciudades cuantos soldados pudieran enviar a Zaragoza para partir en campaña contra los cristianos. Dos días después salieron mensajes en todas las direcciones. Una semana más tarde comenzaron a llegar los primeros contingentes. En el cercado de la *sari'a* se organizó un campamento de tiendas de lona en donde fueron instalados los soldados. Venían de Calatayud, de Daroca, de Tudela, de Tarazona, de Borja, de Alcañiz, de Fraga y de Tamarite, y a estos se unieron los zaragozanos.

Una fría mañana invernal al-Musta'ín ordenó a los comandantes de los batallones que

formaran a las tropas en el campo de la Almozara a fin de revisarlas y arengarlas. En varias compañías de caballería se alineaban unos mil jinetes. Se habían ordenado por ciudades, cada grupo con el estandarte de los Banu Hud y la bandera de su ciudad.

Juan contemplaba la parada militar al lado de Ibn Bajja.

—¡Dios mío! Hace muchos años tu padre nos trajo a tus dos hermanos y a mí a contemplar un desfile militar en este mismo lugar. En aquella ocasión el gran al-Muqtádir se disponía a partir con su ejército contra el rey de Aragón. Había más de cinco mil soldados, perfectamente uniformados por batallones y por su procedencia. Allí estaba la formidable guardia real, con sus capas blancas y sus corazas doradas, las compañías de las ciudades y los feroces bereberes con sus exóticos dromedarios. Resonaban chirriantes fanfarrias y vibrantes timbales. Toda la ciudad se había reunido para despedir a su rey. Fíjate ahora: apenas un millar de jinetes, mal uniformados, con débiles adargas, desigualmente equipados y sin entrenamiento previo. En los reinados de al-Muqtádir y al-Mu'tamín, los oficiales entrenaban a los soldados durante meses antes de salir en campaña. Estos hombres apenas saben manejar una espada, no tienen ninguna experiencia militar y los comandantes que los guían solo conocen la derrota. Desde que con la ayuda del Cid vencimos a los aragoneses y leridanos en Almenar, y de eso hace ya más de veinticinco años, no hemos vuelto a saborear el triunfo. Nos arrollaron en Alcoraz, donde perdimos lo mejor de nuestro ejército... —Juan se detuvo un momento al mencionar la batalla en la que había muerto su hijo Ismail y continuó—. Perdimos Huesca, Barbastro, Ejea... Estos soldados no están preparados para combatir. La expedición en la que el rey se ha empeñado será un fracaso.

—Has hecho cuanto has podido para evitarla. De todos los consejeros fuiste el único que alertó al rey sobre el posible desastre de esta algara —le consoló Ibn Bajja.

Al-Musta'ín subió a un pequeño estrado que se había construido para arengar a las tropas. A su lado se situaron los altos funcionarios del Estado, los miembros de la aristocracia y los *walíes* de las ciudades.

—Soldados —comenzó el rey—: nuestra tierra sagrada se encuentra en grave peligro. Los infieles, Dios los maldiga, acosan nuestras ciudades y nuestros campos como una jauría de lobos hambrientos. Si cedemos, si dejamos que prosigan su avance, acabarán con nuestras fortunas, violarán a nuestras esposas e hijas y holgarán en nuestras casas. Nuestra respuesta ha de ser contundente. Dios, su nombre sea alabado, está de nuestra parte y nos protege. El Profeta, la paz sea con él, ha dicho: «Combatid por Dios contra quienes combatan contra vosotros y combatid contra ellos hasta que dejen de induciros a apostatar y se rinda culto a Dios». Yo os prometo a los que volváis riquezas, y a los que mueran por la causa de Dios, Él los compensará con los placeres del Paraíso. Él nos ha preparado jardines por los que discurren cristalinos arroyos y donde nos esperan ansiosas jóvenes huríes siempre vírgenes para deleite de nuestros ojos y

nuestros cuerpos. Tened fe en Dios, dejad que la esperanza inunde vuestros corazones y seguidme ¡a la victoria!

Al-Musta'ín levantó los brazos al cielo entre las aclamaciones de los soldados que respondieron con gritos de entusiasmo a sus palabras.

Allí mismo todos los altos cargos de la administración del Estado, los jefes de los linajes más poderosos y los generales del ejército juraron lealtad al soberano y renovaron la fidelidad a su hijo y heredero, el príncipe 'Abd al-Malik, quien había sido nombrado tiempo atrás sucesor al trono.

Acabada la ceremonia militar, al-Musta'ín se dirigió con los miembros de la corte al Palacio de la Alegría, donde les ofreció un banquete.

—Mientras estemos fuera, nuestro hijo permanecerá aquí en Zaragoza. Es muy joven aún y tendrás que ayudarle. Confiamos en ti para que le aconsejes lo que te parezca más conveniente —le dijo al-Musta'ín a Juan.

—Podéis confiar plenamente en mí, majestad —afirmó Juan.

—Mañana saldremos hacia el norte. Nos dirigiremos hacia Tudela, desde donde efectuaremos una algara por el sur de Pamplona y la Rioja.

—Pero señor, acaba de comenzar el invierno y esas tierras del norte son especialmente frías. El clima no es propicio para una incursión, insisto en que deberíais retrasar la expedición hasta la primavera —alegó Juan.

—Para entonces será tarde. He de demostrar a los partidarios de los almorávides que no estoy aliado en secreto con los cristianos. Esta campaña es la única manera de acallar sus voces acusadoras. Hace poco más de un mes que se han casado el rey de Aragón y la reina de Castilla y ya han estallado las primeras disensiones. Comerciantes que recorren el camino cristiano de Compostela han comentado que la situación en la tierra de los gallegos, en los confines del mundo, es muy tensa y que los nobles y los burgueses amenazan con una rebelión. Hacia allá se han dirigido los dos monarcas, con lo que la frontera estará desguarnecida y descuidada. Es el momento de atacar —concluyó al-Musta'ín.

Medio centenar de jinetes se detuvieron a las puertas del Palacio de la Alegría. Habían cabalgado sin cesar durante toda la jornada. Su pálido semblante cariacontecido, sus polvorientas monturas sudorosas, sus armaduras rotas y ensangrentadas no presagiaban nada bueno.

Juan, que estaba en aquellos momentos con el príncipe en la biblioteca, acudió al patio de armas con 'Abd al-Malik.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al oficial que mandaba el destacamento.

—Mi señor, salimos de Tudela hacia el noroeste y nos internamos en territorio cristiano.

Alcanzamos sin oposición la ciudad de Arnedo, en la Rioja, en cuya medina se refugiaron los infieles. Arrasamos los arrabales y conseguimos capturar a numerosos rehenes por cuyo rescate nos abonaron una buena cantidad de oro y plata. Nos fortificamos allí y realizamos varias algaradas de castigo por toda la comarca. Esperábamos enfrentarnos con el ejército cristiano, pero este no se presentó. Durante cuatro días no dejó de nevar y nuestros víveres comenzaron a escasear. El rey, ante la imposibilidad de aprovisionarnos y el peligro de quedar bloqueados si seguía nevando, ordenó regresar a Tudela. Nos retirábamos en orden, siguiendo el viejo camino que une Tudela y Pamplona, cuando nos alcanzó un ejército cristiano formado por más de un millar de caballeros. Apenas tuvimos tiempo de desplegarnos, pues cayeron sobre nosotros como una tempestad.

—¿Qué le ha pasado a mi padre, dónde está? ¡Contesta! —exclamó el príncipe zarandeando por los hombros al oficial.

—Cuando nos alcanzaron, el rey giró su caballo y arrancó a todo galope contra los cristianos. Irrumpió como un león en el centro del ejército enemigo y derribó a mandobles a varios caballeros. Seguimos su ejemplo y cargamos con nuestras armas contra ellos, pero antes de que pudiéramos llegar a su altura consiguieron asestar un golpe en su hombro derecho y su majestad soltó la espada. Entonces lo rodearon varios jinetes y lo alancearon. Combatimos durante algunas horas pero la muerte del rey provocó que el pánico se extendiera entre nuestra filas y ante la superioridad del enemigo huimos. Sus caballos estaban más frescos, pese a ser mucho más pesados y lentos que los nuestros, y nos persiguieron durante varias millas, asesinando a todos cuantos alcanzaban. Unos pocos lograron refugiarse tras las murallas de Tudela y nosotros continuamos hasta Zaragoza.

—¿Cuántos han muerto? —inquirió Juan.

—No estoy seguro, tal vez seiscientos, quizá más —respondió el oficial apesadumbrado.

—¡Malditos cobardes! Habéis huido como mujerzuelas pusilánimes. No oísteis a mi padre en la arenga que os dirigió antes de partir. Podríais haber alcanzado hoy mismo el Paraíso, pero habéis obrado mal y os consumiréis eternamente en las llamas del infierno. ¡Guardias!, arrestad a estos hombres —ordenó el príncipe visiblemente alterado.

—No hay tiempo que perder —le susurró Juan—. Debéis ser proclamado rey hoy mismo, antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, tienes razón. Avisa al imán de la mezquita mayor y al cadí principal. Antes de la oración de la noche tomaré posesión del reino.

Juan y el resto de consejeros se afanaron para que en apenas tres horas todo estuviera dispuesto. Ya era de noche cuando en la mezquita aljama el cadí proclamaba a ‘Abd al-Malik ibn Ahmad ibn Yusuf ibn Ahmad ibn Sulaimán ibn Hud como nuevo rey de la taifa de Zaragoza y todos los congregados le prestaron juramento de fidelidad; adoptó el nombre de ‘Imad al-Dawla,

«Pilar de la Dinastía». Era lunes, primer día del mes de *rayab* del año 503 de la hégira, 24 de enero de 1110.

Dos días después de su proclamación, el rey ordenó la ejecución de los soldados que habían huido del campo de batalla dejando el cuerpo de al-Musta'ín en poder de los cristianos. Fueron ejecutados en la *sari'a* ante los ojos atemorizados de los zaragozanos.

—La muerte de esos hombres ha sido un grave error —advirtió Ibn Bajja a Juan.

—Sí, en efecto. Parte de la culpa es mía. No he sabido forjar la voluntad del joven monarca. Es un muchacho caprichoso y altanero. Su padre sostuvo como pudo la independencia del reino, claudicando no pocas veces ante los almorávides. No tenía fuerzas que utilizar, pero sabía aprovechar la diplomacia como arma eficaz. Al final no resistió la presión y cometió una imprudencia, aunque supo morir como un valiente.

—De nada va a servir su heroico sacrificio. Su hijo perderá el reino, de eso estoy seguro. El partido almorávide es día a día más poderoso. Sus dirigentes, los imanes puritanistas, se reúnen todos los días en la mezquita de la Puerta de Alquibla y en cada jornada el número de adeptos que controlan aumenta al menos entre treinta y cuarenta nuevos nombres que se añaden a una larga lista de simpatizantes. De seguir así, en pocas semanas serán mayoría en la ciudad. Los extremistas jariyíes nunca han sido muchos, pero saben excitar a las masas como nadie y ganarse la simpatía de las gentes en épocas de crisis como esta —añadió Ibn Bajja.

—Bien, parece evidente que al reino de los Banu Hud le queda poco tiempo de vida. O lo conquistan los cristianos o se incorpora al Imperio almorávide. No parece que haya ninguna otra alternativa —admitió Juan.

El enfrentamiento entre proalmorávides y seguidores de los Banu Hud estalló de manera violenta mediada la primavera. Juan, por lealtad a la memoria de al-Muqtádir y de al-Mu'tamín y sobre todo por la promesa que hiciera a al-Musta'ín, se mantenía al lado del rey, quien se mostraba ajeno a los consejos del eslavo, a quien apenas consultaba ningún asunto. A diferencia de sus antecesores, 'Imad al-Dawla no se sentía atraído por la cultura y menos aún por la ciencias. Ni tan siquiera consultaba a los astrónomos sobre la situación de los planetas, y tampoco le interesaban las predicciones de los astrólogos sobre el futuro.

Las peleas entre los dos bandos se incrementaron e incluso Juan discutió agriamente con Ibn Bajja. Su antiguo alumno, convencido de que el gobierno de 'Imad al-Dawla era un desastre absoluto, se mostró proclive a aceptar el dominio almorávide y, en contra de la opinión de Juan, comenzó a colaborar activamente con sus partidarios

'Imad al-Dawla cometió un nuevo error. Mandó detener a los soldados que se habían refugiado en Tudela tras la muerte de su padre. Fueron apresados y conducidos a Zaragoza. Sentenciados a muerte por traición, les cortaron las manos y los pies, y colgaron sus cuerpos, todavía vivos, de una noria a modo de arcaduces. La agonía de estos desdichados fue larga y

cruel. Sus cuerpos mutilados se desangraban lentamente en tanto giraban amarrados a la rueda de la noria, sumergiéndose en el agua y volviendo a la superficie para tornar de nuevo al agua y así vueltas y vueltas cual canjilones durante interminables horas. El deplorable espectáculo desencadenó la rabia de los proalmorávides y por toda la ciudad se extendió la consigna de rebelión.

Juan compareció en el Salón Dorado, en cuyo trono el rey pasaba largos periodos sentado sin hablar con nadie y le presentó su renuncia como consejero.

—Majestad —le dijo—, creo que habéis ido demasiado lejos. La crueldad con que se ha ejecutado a esos hombres era innecesaria. No se ha logrado sino exacerbar los ya exaltados ánimos de los descontentos. Se ha encendido un fuego que no va a poderse controlar.

—¿También tú me abandonas? Primero fue Ibn Bajja, y ahora tú. Creí que habías jurado a mi padre que me serías fiel —alegó el rey.

—Es cierto, lo prometí. Y también le prometí que os ayudaría. Pero no puedo mantener mi juramento en estas circunstancias; sería atentar contra la ley de Dios —replicó Juan.

—Esas palabras que acabas de pronunciar le hubieran costado la vida a cualquier otro hombre. Márchate y no vuelvas nunca más. Si vuelvo a verte no tendré compasión de ti —amenazó ‘Imad al-Dawla.

Juan hizo una reverencia y se retiró. Se dirigió a la torre del observatorio astronómico y se despidió de sus cuatro ayudantes. Después recogió algunos objetos personales que guardaba en el observatorio y en la biblioteca de palacio y se retiró acompañado por dos criados a su casa. Allí lo esperaba Ibn Bajja.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—He venido para pedirte excusas por mi comportamiento hacia ti. Has sido, y todavía así te considero, mi maestro, y me apena discutir contigo. Perdóname.

—No; eres tú quien debe perdonarme. Tenías razón, el gobierno de ‘Imad al-Dawla nos conduce al desastre. Acabo de presentarle mi dimisión. Creo que ha perdido el sentido. Es preciso que su reinado acabe cuanto antes.

—Me alegra oírte decir eso. En toda la ciudad corre el rumor de que el rey está tratando en secreto un acuerdo con los cristianos. Nuestros espías han podido saber que ha ofrecido el reino en vasallaje a Alfonso de Aragón a cambio de que le libre de una posible invasión almorávide. Zaragoza pasaría a formar parte del reino de Aragón y Pamplona, pero se constituiría dentro de ese reino como un Estado autónomo gobernado por ‘Imad al-Dawla. Un Estado musulmán dentro de un reino cristiano; ¡ningún musulmán consentirá eso!, atenta contra nuestra ley.

Abandonado por la mayor parte de sus consejeros, recluido en el Palacio de la Alegría, del que no osaba salir por miedo a un atentado, rechazado por la mayoría de la comunidad, Imad al-Dawla se trasladó a la fortaleza de Rueda. Se sentía despechado, rabioso y apenas lograba

contener su colérica ira. Pensó incluso en pedir ayuda a los mismos cristianos que habían matado a su padre para dar un escarmiento a tan desagradecidos súbditos.

Un espía de la facción proalmorávide logró enterarse en Rueda de las maquinaciones del rey para pactar con los cristianos y lo comunicó a los cabecillas de la revuelta. Una delegación del partido proalmorávide se trasladó hasta Rueda de Jalón para requerir del monarca que evitase convocar a los cristianos contra los zaragozanos; ‘Imad al-Dawla respondió amenazándoles con cortarles el cuello si no desaparecían de inmediato.

Los cabecillas del partido proalmorávide decidieron que había que actuar deprisa y enviaron un mensajero a Valencia solicitando la intervención de su gobernador. El emir Alí ibn Yusuf dio al general Muhámmad ibn al-Hayy la orden para avanzar sobre Zaragoza. ‘Imad al-Dawla, enterado en su castillo de Rueda del avance del ejército almorávide, envió una carta al emir solicitándole que dadas las especiales relaciones de amistad que habían unido a sus padres, respetara la independencia del reino de Zaragoza. Pero era demasiado tarde; el 30 de mayo, 9 de *du-l-qa’da*, Ibn al-Hayy se instalaba en el Palacio de la Alegría y sus tropas acampaban en la *sari’a*. Los ciudadanos le abrieron las puertas de la medina y le entregaron la ciudad.

Casi un siglo después de que Mundir, de la dinastía yemení de los tuyibíes, creara el primer reino de taifa independiente del califato cordobés, Zaragoza perdía su autonomía y pasaba a ser una provincia más del imperio africano y andalusí de los almorávides. Al ocaso del sol del sábado 10 de *du-l-qa’da* del año 503 de la hégira el nombre del emir Alí ibn Yusuf ibn Tasufín fue citado en todas las mezquitas y los muecines anunciaron a todos los vientos desde lo alto de los alminares que un nuevo y poderoso soberano reinaba en la Ciudad Blanca.

Capítulo X

El declive de la media luna

1

Solo los bienes de los Banu Hud fueron confiscados, pero no hubo ninguna persecución, ninguna represalia, ningún castigo. Todos los cargos públicos fueron confirmados y la población acogió a los almorávides como a libertadores. Tan solo judíos y cristianos sintieron amenazadas sus vidas y haciendas, pero los cadíes tranquilizaron a los jefes de ambas comunidades, asegurándoles que nada les ocurriría en tanto respetaran como hasta entonces el gobierno musulmán.

El nuevo señor de Zaragoza, el gobernador almorávide Ibn al-Hayy, reunió a un grupo de ciudadanos notables para organizar la nueva administración. Se estableció que la moneda oficial sería el dinar almorávide, con lo que se recobró la confianza en los mercados, muy deteriorada desde que las monedas hudíes se habían devaluado de tal manera que los dinares de oro no circulaban y los dírhems no eran sino finas láminas de cobre apenas teñidas por un baño de plata.

Pero lo que más urgía era la preparación de un plan para la defensa de la frontera. Apenas hubo tiempo para ejecutarlo. A principios de julio el rey de Aragón, se acercó a Zaragoza. A su encuentro salió Abú Yahya, hijo de Ibn al-Hayy, que abandonado por los zaragozanos que acompañaban a la expedición almorávide murió en un encuentro con las tropas de Alfonso cerca de Tudela. El aragonés avanzó por el curso del Ebro hasta situarse a la vista de las murallas de Zaragoza; lo seguía el destronado ‘Imad al-Dawla, que desde su castillo de Rueda no cesaba de hostigar a los almorávides. Zaragoza parecía perdida, pero en esos días llegó el gobernador de Murcia Ibn A’isa con refuerzos y los aragoneses, ante la manifiesta superioridad de los musulmanes, huyeron.

La intransigencia almorávide fue en aumento. De Sevilla llegaron noticias de que los libros de al-Gazzali, uno de los tres grandes maestros de la filosofía islámica, habían sido quemados en una explanada en las afueras de la ciudad.

El ejemplo de Sevilla se extendió por todo al-Ándalus. En Zaragoza fueron saqueadas varias bibliotecas y los libros que los almorávides consideraban blasfemos o que atentaban contra la ortodoxia islámica fueron quemados. Un vendaval de puritanismo recorrió toda la ciudad y el

propio gobernador ordenó que los tapices y pinturas del Palacio de la Alegría que representaban figuras humanas o animales fueran arrancados de las paredes y destruidos.

Juan guardaba desde hacía años en su casa las cartas y los tratados de la *Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza* que le confiara al-Kirmani poco antes de morir. Temeroso de que aquellos valiosos escritos fueran requisados por los almorávides y destruidos, los envolvió cuidadosamente en una piel de ternera junto con su enciclopedia de astronomía y los escondió en un silo en el suelo del patio de su casa, debajo del pavimento de losas, donde no sería fácil que los descubrieran.

Ibn al-Hayy decidió clausurar el observatorio astronómico, pues quería dedicar el Palacio de la Alegría tan solo para fines militares y de protocolo. Juan, que había recuperado su puesto de director tras el derrocamiento de ‘Imad al-Dawla, recibió la noticia de boca de Ibn Bajja, quien apesadumbrado lo animó a seguir trabajando en otro lugar.

—Podrás seguir con tus observaciones en la azotea de mi casa, si así lo deseas.

—Estoy demasiado viejo para empezar de nuevo. Hay que trasladar todo el instrumental, volver a situar los relojes, los astrolabios, replantear tantas cosas —lamentó Juan.

—Debes continuar trabajando; nunca te has rendido y no vas a hacerlo ahora —dijo Ibn Bajja.

—El tiempo corre contra mí. ¿Quién sabe cuánto nos queda hasta que ese aguerrido y ansioso rey de Aragón conquiste nuestra ciudad?

—Eso no ocurrirá nunca —afirmó rotundo Ibn Bajja.

—No te engañes. Zaragoza será cristiana; hace tiempo que su destino quedó escrito en las estrellas.

—Nunca has creído en la astrología. Me enseñaste a conocer el lenguaje de los astros solo para desenmascarar a los embaucadores, no para interpretarlo.

—Los designios de Dios son inescrutables, pero a veces nos indica mediante claras señales el futuro.

Pocos días después de la clausura del observatorio astronómico, el gobernador ordenó el traslado de la biblioteca de palacio a la mezquita mayor, pero antes un grupo de clérigos almorávides revisarían la lista de libros por si había alguno que debiera ser destruido. Juan protestó ante Ibn al-Hayy, pero este se mostró inflexible.

Tras varios días de inspección, no menos de cuatrocientas obras fueron enviadas a la hoguera. Juan remitió al gobernador una durísima carta en la que lo acusaba de bárbaro. Solo la intercesión de Ibn Bajja pudo calmar la ira de Ibn al-Hayy, que estuvo a punto de sentenciar al destierro a Juan.

Desde entonces, el eslavo se recluyó en su casa de la medina, rodeado de los dos efebos, Mu’mina y la pequeña Naryís, la hija de su fiel criado, a quien había prometido antes de morir que la cuidaría como si fuera suya.

Una noche en la que, atormentado por la pérdida de parte de la biblioteca, Juan no podía conciliar el sueño, Mu'mina se acercó hasta su alcoba.

—Mi señor —susurró la joven desde la puerta.

—¿Eres tú, Mu'mina? ¿Qué ocurre?

—Me apena veros tan triste y abatido, mi señor. He creído que quizá pudiera calmar vuestra zozobra.

—Pequeña... Ven —musitó Juan.

Mu'mina se acercó hasta el lecho en el que Juan se había recostado. El eslavo la tomó de la mano y prosiguió:

—Sé que haces esto solo por agradarme. Jalid fue mi mejor compañero, mi más fiel amigo. Durante más de cuarenta años me sirvió con lealtad y no se separó ni un instante de mi lado. Siempre estuvo presto a cumplir mis órdenes y atento para satisfacer mis más pequeños deseos. Tú fuiste su mujer y eres la madre de su hija, yo no puedo tomarte como concubina. Pero eres una mujer muy joven y atractiva, tu cuerpo rezuma amor y sin duda necesitas de un hombre a tu lado que sea a la vez un buen padre para la pequeña Naryís. Vuelve a tu habitación y descansa.

—Entonces, ¿no os gusto, mi señor?

—Claro que me gustas. ¿Cómo podría rechazar un viejo como yo a una flor tan delicada como tú si no existiera el sentimiento de respeto al amigo? El Profeta ha dicho: «En adelante os están prohibidas vuestra madres, vuestras hijas, vuestras hermanas..., vuestras hijastras que están bajo vuestra tutela» así te considero yo, no como una sierva, sino como la mujer de un amigo que casi fue para mí como un hermano. Queda en paz y vete.

Mu'mina se arrodilló ante el lecho de Juan, tomó su mano, la besó y deseándole buenas noches salió de la habitación.

Transcurrieron cinco años de calma. El rey de Aragón tenía demasiados problemas en su matrimonio. La reina Urraca había aceptado la nulidad del mismo, pero se arrepintió y regresó al lado de su marido. Alfonso la encerró en la fortaleza de El Castellar, cerca de Zaragoza, y la sometió a vejaciones y golpes. Por todas partes corrió la noticia de que los dos esposos no podían permanecer juntos y que Alfonso insultaba y golpeaba sin piedad a la reina.

Ocupado en sus trifulcas matrimoniales, en los asuntos castellanos y en mantener su posición, Alfonso relajó la presión que ejercía sobre el reino de Zaragoza, que solo era incordiado por 'Imad al-Dawla, quien desde su inexpugnable fortaleza de Rueda y gracias al enorme tesoro que allí tenía depositado no cesaba de hostigar a los almorávides.

Alfonso I de Aragón, convencido por su cuñada Teresa de que no faltaban quienes estaban dispuestos a envenenarlo si se empeñaba en dirigir los asuntos castellanos, aceptó

definitivamente la nulidad de la boda con Urraca, repudió a la reina y la devolvió a Castilla. La separación de los dos reales esposos y el abandono de los asuntos castellanos por parte del rey de Aragón hicieron suponer a Ibn al-Hayy que el aragonés centraría ahora todas sus energías en la conquista de Zaragoza.

Imbuidos por un nuevo espíritu, exaltados por las predicaciones de los imanes almorávides, entre los musulmanes zaragozanos refulgió el sentimiento de la guerra santa. Muchos jóvenes se echaron a las calles reclamando armas para acudir a el *yihaz* contra los cristianos.

Para probar sus fuerzas y dar satisfacción a los más fanáticos, el gobernador de Zaragoza realizó una incursión contra tierras del conde de Barcelona. El ejército almorávide estaba compuesto por efectivos de la ciudad y de un cuerpo de tropas de refuerzo mandado por el cadí Ibn A'isa, gobernador de Murcia. El contingente de Ibn A'isa, que se había separado al regreso del de Ibn al-Hayy, fue sorprendido en una emboscada por los barceloneses, que le infligieron una terrible derrota. El gobernador de Murcia pudo llegar con un puñado de supervivientes hasta Lérida donde le esperaba Ibn al-Hayy. Salvó su vida pero su mente sufrió profundas alteraciones y perdió la razón.

Los castellanos, solucionados los graves problemas del fracasado matrimonio entre Urraca y Alfonso, lanzaron una ofensiva contra Córdoba. Un formidable ejército se dirigió hacia el sur desde Toledo y los almorávides solicitaron la presencia de tropas de todas las provincias. El gobernador de Zaragoza acudió en persona al frente de tres escuadrones de caballería. La batalla se celebró en el mes de *safar* del año 509 de la hégira, a mediados del verano de 1115, y en ella murió el gobernador Ibn al-Hayy.

Para sustituirlo fue nombrado nuevo gobernador de Zaragoza Ibn Tifilwit, que lo había sido de Granada y de Murcia, y que además era primo del emir Alí ibn Yusuf. El nuevo *walí* llegó a Zaragoza a los pocos días de la muerte de su predecesor. Era un hombre que había nacido en el desierto y que durante toda su infancia y juventud vivió en una modesta tienda de campaña, de manera muy sencilla y humilde, sin ningún tipo de lujos, pese a pertenecer a la familia real.

Pero en cuanto se estableció en Zaragoza, su modo de vida cambió de manera radical. Se instaló en el suntuoso Palacio de la Alegría y se rodeó de poetas, músicos, danzantes y filósofos. Apenas había transcurrido un mes en el ejercicio de su gobierno cuando Ibn Tifilwit convocó a Ibn Bajja a su presencia; lo recibió en el salón del trono, vestido a la manera de un príncipe oriental.

—Me han dicho que eres el filósofo más brillante de la ciudad, y además un notable músico y poeta. Voy a celebrar una gran fiesta para conmemorar mi nombramiento como gobernador de esta provincia y deseo que actúes en ella recitando algunos versos.

—Mi señor —se excusó Ibn Bajja—, me siento muy honrado con vuestra proposición, pero creo que existen poetas más competentes que yo para lo que pretendéis.

—No son esas mis informaciones. Cuantos he interrogado, y han sido muchos, os han citado como el más brillante poeta, músico y filósofo. No creo que todos se equivoquen. No admito ninguna réplica ni negativa de vuestra parte. Asistiréis a la fiesta que celebraré dentro de una semana. Tened para entonces preparados bellos poemas.

Ibn Bajja salió de palacio apesadumbrado por el encargo. Se dirigió a casa de Juan para pedirle consejo. Uno de los dos efebos le abrió la puerta y al reconocerlo le invitó a pasar. El eslavo releía a Aristóteles recostado en un diván en una de las alas del patio. Al oír los pasos de Ibn Bajja levantó la vista del libro y lo saludó.

—Bienvenido a mi casa. ¿Qué te trae por aquí?

—Algo terrible. He estado conversando con el nuevo *walí*, ese sahariano altanero y pomposo. Me ha ordenado componer unos poemas para un banquete en su honor dentro de una semana. Mi conciencia me dice que no debo acudir, pero no puedo negarme so pena de sufrir consecuencias que no alcanzo a imaginar.

—Sí, sé de qué se trata. Ayer recibí la notificación para asistir a la fiesta. Un correo la trajo y me comunicó en persona, no sin cierta ironía, que el gobernador no admite ninguna excusa para rehusar sus invitaciones. Creo que no tendremos otro remedio que ir —razonó Juan.

El día fijado para la celebración la ciudad apareció engalanada. Las calles principales se habían cubierto con juncos y paja y de lado a lado se habían atravesado guirnaldas de flores y banderolas negras con versículos del Corán bordados en plata y oro. A media mañana un estruendo de timbales resonó en las afueras del Palacio de la Alegría. Sobre la ciudad flotaba una ligera bruma que la cubría como un delicado velo de vaporosas gasas. Al ritmo marcado por los tambores un amplio cortejo inició una procesión hacia la medina. En el portillo del muro de tierra se había levantado un arco triunfal de madera, decorado con yeserías pintadas en rojo, verde, azul y dorado.

Ibn Tifilwit cruzó el arco sobre un caballo blanco enjaezado con arneses de oro y pedrería. A modo de un gran conquistador atravesó el arrabal del oeste y bordeando el cementerio occidental llegó ante la Puerta de Toledo. En la explanada se habían concentrado centenares de personas que agitaban ramas de olivo y palmas y aclamaban al gobernador, al emir de los almorávides, al profeta Mahoma y a Alá. El *walí* saludaba desde su montura agitando un cetro que sujetaba en su mano derecha. Vestido con un caftán púrpura de seda *tirazí* bordado con hilos de seda plateada, portaba sobre su cabeza un turbante de negra seda *rayhaní* rematado por una corona de oro tachonada de rubíes y esmeraldas.

La comitiva se dirigió hacia la gran mezquita en la que esperaban los notables de la ciudad. Ibn Tifilwit descabalgó de su montura y entró en el sagrado recinto a pie. En la fuente de las abluciones purificó su cuerpo, lavándose las manos y los brazos hasta los codos, la cara, el

cuello, las orejas y los pies. Bajo las naves de la mezquita titilaban centenares de broncíneas lamparillas de las que ascendían finísimas estelas de color leonado.

El cadí subió al *minbar* y exhortó a todos los presentes a mantenerse firmes en la defensa del islam y en la unidad en torno al emir Alí ibn Yusuf. Por último proclamó la fidelidad de los zaragozanos al gobernador Ibn Tifilwit y la lealtad a la dinastía reinante.

Después, el imán procedió a recitar los primeros versículos del Corán:

—«¡En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso! Alabado sea Dios, señor del universo, el clemente, el misericordioso, dueño del día del juicio. A Ti solo servimos y a Ti solo imploramos ayuda. Dirígenos por la vía recta, la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados».

Todos los asistentes, arrodillados en esteras y alfombras, vueltos hacia el *mihrab,* inclinaron sus espaldas varias veces hasta tocar el suelo con el rostro, proclamando que Alá es grande, que no hay más dios que Dios y que Mahoma es su profeta.

Por la tarde se celebró el banquete anunciado. El Palacio de la Alegría lucía esplendoroso. Las paredes, que habían perdido sus tapices o sus pinturas durante el gobierno de Ibn al-Hayy, fueron cubiertas con paños de seda y nuevos tapices, ahora tejidos con motivos geométricos y vegetales. Por todo el patio central se habían dispuesto mesas bajas y almohadones de fina lana de hechura *wasifí* y cojines de seda *ubaydí*. Sobre las mesas relucían copas de oro y de cristal, ataifores de loza de reflejo metálico, fuentes de plata repujada y lámparas de bronce. En el centro del patio, encadenados a un barra de hierro, rugían dos leopardos custodiados por sendos eunucos africanos.

Ibn Tifilwit dio la orden para que se iniciara el convite. En tanto se servían los deliciosos manjares a base de carnes de faisán, pichones, ocas y pasteles de almendra fritos en aceite con azúcar y almizcle, una orquestina de tres laúdes, un *tunbur*, un *qanun*, tres rabeles, dos atabales y dos adufes tocaba melodías creadas por Ibn Bajja. A los postres, el *walí* requirió la atención de todos los comensales.

—Amigos, el gran poeta y filósofo Ibn Bajja ha compuesto para nosotros varios poemas y canciones. Adelante, deleita a nuestros invitados con tus versos.

Ibn Bajja se levantó del lugar que ocupaba al lado de Juan y del poeta Ibn Jalafa y ordenó a uno de los cantantes que se colocara en el centro del patio, frente al sitial desde el que presidía Ibn Tifilwit. Dio unas breves instrucciones a la orquesta y de los laúdes y las flautas surgieron unas delicadas notas que se mezclaron en una armoniosa melodía. El cantante comenzó a declamar los siguientes versos: «Arrastra la cola de tu vestido por doquier y añade borrachera a borrachera». Después entonó un panegírico en el que se loaban las virtudes de Ibn Tifilwit: su carácter bravío y aguerrido como león, su fiereza indomable como pantera, su agudeza perceptiva como halcón y su elegancia majestuosa como águila. Cuando el rapsoda finalizó el

panegírico, Ibn Tifilwit se incorporó entusiasmado y prorrumpió en gritos de alabanza hacia Ibn Bajja.

—¡Magnífico¡ ¡Sublime! Ante esa cascada de ingenio no puedo por menos que rasgar mis vestiduras.

En ese momento el gobernador asió su túnica de seda púrpura por el cuello y la rajó hasta mitad del pecho. Todos los comensales prorrumpieron en vítores a Ibn Bajja. Algunos rasgaron sus vestiduras emulando al gobernador. Había quienes lo apodaban el segundo Homero, otros lo comparaban con Virgilio o con Ibn Hamz.

Ibn Tifilwit, arrastrado por la pasión que él mismo había contribuido a desbordar, ordenó silencio y proclamó:

—Juro que hoy regresarás a casa pisando oro.

El *walí* apuró su copa de licor de palma y ordenó que se cubriera de oro todo el camino hasta la casa de Ibn Bajja.

—¡Excelencia, hay casi dos millas! —exclamó el tesorero.

—Ibn Tifilwit nunca incumple su palabra —bramó el gobernador.

La situación era muy delicada. Juan bisbisó al oído de Ibn Bajja la solución:

—Pide unas monedas, colócatelas dentro de los zapatos y anuncia que, cumpliendo los deseos del gobernador, regresarás «pisando oro» hasta tu hogar. ¡Rápido!

Ibn Bajja solicitó la palabra y erguido frente a Ibn Tifilwit anunció:

—No seré yo quien provoque que nuestro gran *walí* rompa su palabra. Señor, ordenad que me entreguen varios dinares.

El tesorero acudió presto con una bolsa de cuero repleta de monedas. Ibn Bajja tomó dos y devolvió el resto. Parsimoniosamente, se quitó sus dos zapatos de cuero negro, colocó en el interior de cada uno de ellos un dinar, volvió a calzarse y con voz solemne declaró:

—Habéis dicho que volvería a casa pisando oro. Así lo haré. No pienso sacar estas dos monedas de mis zapatos hasta que mis pies atraviesen el umbral de mi vivienda.

El ingenio de Ibn Bajja fue saludado por todos e Ibn Tifilwit, cuya comprometida palabra había quedado cumplida, hizo un solemne anuncio:

—Ibn Bajja, difícilmente puede encontrarse en esta provincia un hombre tan brillante, ingenioso y prudente como tú. Por todo ello, te nombro gran visir. Desde hoy mismo serás mi primer ministro.

—Menudo consejo me diste —objetó Ibn Bajja a Juan.

—Si no hubiera resuelto aquella embarazosa trama, ahora quizá estarías muerto.

—No estoy muerto, pero me he convertido en gran visir, que para mí viene a ser casi lo mismo.

—Vamos, no seas hipócrita. La humildad no es precisamente una de las virtudes que te adornan. Piensa en el lado positivo de este asunto. Desde tu puesto puedes influir en el gobierno de la provincia y en la administración de la ciudad. Tal vez puedas lograr que vuelvan a recuperarse aquellas magníficas obras que el fuego, alentado por la intransigencia, consumió. Hasta es probable que, si lo propones, el gobernador acceda a restaurar el observatorio de astronomía.

—Sí, es probable que podamos restañar las heridas causadas a la ciencia de esta ciudad.

Ibn Bajja puso manos a la obra de inmediato. Nombró a Juan visir para asuntos de ciencia y se rodeó de intelectuales a los que ofreció los cargos más importantes de la administración de la provincia, en algunos casos en contra de la opinión de los almorávides más radicales. A su amigo, el poeta Ibn Jafaya, lo nombró *katib* principal de la corte, con especial atención a la redacción de los documentos oficiales, y encargó la dirección de la policía local a Abraham ibn Hiyya, un judío recién emigrado de Barcelona con el que Ibn Bajja estudiaba matemáticas. Este hebreo tenía excelentes relaciones con judíos del sur de Francia, que le hacían llegar cuantos libros conseguían a la vez que le pedían traducciones al latín o al hebreo de algunas obras científicas en árabe. De forma un tanto clandestina, y alrededor de Juan, Ibn Hiyya, Ibn Jafaya, el joven judío tudelano Abraham ibn Ezra y el propio Ibn Bajja, se recreó de nuevo la tertulia de ciencia y creció la llama de la sabiduría que había insuflado al-Kirmani.

Ibn Bajja se mostró de acuerdo con el gobierno almorávide. Se había hecho buen amigo del *walí*, con quien despachaba a diario en palacio, y se había convertido en el más reconocido maestro de toda la ciudad; a él acudían estudiantes de todo al-Ándalus en busca de sus enseñanzas. Desde la ocupación almorávide había mostrado una especial atención hacia la música. Se había enfrascado en el duro proyecto de sintetizar las canciones orientales con las de procedencia cristiana, creando así las bases de una música autóctona de esta región fronteriza de al-Ándalus, la antigua Marca Superior.

Le preocupaba especialmente el aspecto urbano. Soñaba con una ciudad ideal, acorde con la música, como si sus calles, plazas y edificios constituyeran una perfecta armonía de ritmos y compases. Juan e Ibn Bajja discutían en compañía de sus alumnos sobre cómo iba a ser en el futuro la capital de la provincia. Disertaban sobre la conveniencia de abrir un par de grandes avenidas desde las puertas hasta la mezquita mayor, de reformar los zocos de la medina, de rehacer con piedra los derruidos arcos del puente romano que ahora sustituían linteles de madera

y argamasa, de construir unos baños públicos acordes con la categoría de la ciudad y de otros planes para embellecer Zaragoza.

Al menos dos tardes a la semana celebraban una concurrida tertulia en la escuela de la mezquita mayor. Un día, comentando las glosas de Nicolás de Damasco a las obras de Aristóteles y en tanto reflexionaban sobre el libro del sabio griego *Ética a Nicómaco*, Ibn Bajja enunció la teoría de la unidad de las almas, dentro de una profunda reflexión sobre el concepto panteísta del intelecto-uno. Ibn Bajja se sentía el iniciador de un nuevo movimiento filosófico, como si hubiera logrado unir la búsqueda de la verdad de los sufíes como al-Kirmani, la pureza de ascetas como Ibn Paquda y la contemplación hermética de místicos como Ibn al-'Arif.

Aquellas tertulias, el espíritu libre y crítico que se respiraba en ellas, fueron atacadas con dureza por clérigos malikíes, que acusaron a Ibn Bajja ante el gobernador de corrupto, ateo e impío. Las acusaciones acabaron por doblegar la voluntad de Ibn Tifilwit, que en principio se mostró reacio a condenar a su gran visir. Pero durante la primavera, al regreso de una expedición de castigo contra los cristianos, el gobernador encomendó a Ibn Bajja que organizara la ejecución de veinte cautivos en la *sari'a*, a fin de dar un escarmiento a los cristianos y mostrar a los musulmanes la fuerza de los almorávides.

—No puedo obedeceros en eso, señor. Mi conciencia repudia el asesinato —adujo Ibn Bajja.

—Eres el gran visir. No puedes desobedecer una orden mía. Si te niegas a cumplir con tu deber me veré obligado a retenerte en prisión —aseguró Ibn Tifilwit.

—Nunca daré la orden de ejecutar a un hombre indefenso, y menos aún por su condición de cristiano.

—No es por su condición de cristiano, sino por la de enemigo del islam. El Profeta, la paz sea con él, ha escrito: «Combatid por Dios contra quienes combatan contra vosotros y matadlos donde deis con ellos». Solo cumplimos con nuestra obligación de buenos musulmanes.

—Pero Dios ha dicho: «Haced el bien» y ha depositado en los corazones de muchos cristianos mansedumbre y misericordia —alegó Ibn Bajja.

—Conozco la sura cincuenta y siete; en ella también se acusa a los descendientes de Abraham de ser perversos, y en la quinta el Profeta asegura que «no creen, en realidad, quienes dicen: "Dios es el Ungido, hijo de María"», como proclaman los cristianos. Mahoma nos conminó a extender el islam a fuerza de la razón y si no fuera así posible, con el filo de nuestras espadas. Estos cristianos han asesinado a nuestros hermanos, no admiten la verdadera fe y renuncian a recibir la luz del islam.

—Son criaturas de Dios —recalcó Ibn Bajja.

—Hablas como un cristiano, o como un judío. Me equivoqué al nombrarte gran visir.

Ibn Bajja fue encarcelado en un torreón de la Zuda oriental. No se le permitieron visitas, solo la de Juan una vez a la semana.

—Maestro —no era la primera vez que Ibn Bajja llamaba con ese calificativo a Juan, pero en esta ocasión lo hizo con un tono diferente—, tenías razón. Hasta los que parecían más razonables de entre estos almorávides son unos fanáticos. Vinieron del desierto como el tórrido simún, arrasándolo todo a su paso. Quemaron preciosos libros de ciencia, destruyeron tapices, pinturas y esculturas maravillosas, ejecutaron a hombres honestos y piadosos, y todo ello en nombre de Dios.

Juan, sentado en una banqueta de madera, puso un saquillo con pistachos encima de la mesa.

—Los he comprarlo en el zoco. Son riquísimos. El mercader que me los ha vendido asegura que la cosecha de pistachos del año pasado fue la mejor que se recuerda en Persia. Fíjate qué grandes son y qué lustre tienen; parece como si estuvieran bañados en miel.

—¡Maestro!, ¿crees que es este el momento de hablar de la calidad de unos simples pistachos?

Juan levantó los ojos y los clavó en los de Ibn Bajja. El eslavo estaba a punto de cumplir setenta y un años, pero aparentaba muchos menos. Su formidable estatura, sus miembros longilíneos y robustos, su cabeza amplia y poderosa, su mentón cuadrado y rotundo no habían sido quebrados por el tiempo. Solo las arrugas de su frente, una ligera curvatura de su espalda, herencia de años de estudio inclinado sobre los libros, las canas de su recortada barba y las ahuesadas articulaciones de sus dedos y muñecas denotaban el implacable paso de los años. Pero sus ojos seguían siendo luminosos y brillantes, su voz cadenciosa y serena y sus movimientos firmes y confiados.

—¿Simples pistachos, dices? ¿Sabes que han recorrido miles de millas para comparecer ante tu mesa?; ¿sabes que centenares de encallecidas manos femeninas los han recogido en los helados amaneceres del altiplano iraní?; ¿sabes que decenas de marineros han arriesgado su vida en el transporte sobre las procelosas aguas del mar para que podamos disfrutarlos sentados tranquilamente en una mesa?

—No te entiendo, Juan. ¿Qué pretendes?

—Somos gotas de agua en un océano a la deriva. Jesús, Yahvé, Alá... ¿Distintos dioses o el mismo dios con distintos nombres? Por fin, lo único tangible son unos simples pistachos.

—¿Estás insinuando con esta parábola que renunciemos a nuestros principios?, ¿que aceptemos cualquier autoridad aunque sea injusta, cruel incluso?

—¿Qué puede hacer un hombre solo frente al mundo? Tú has sido gran visir, el primer ministro, un personaje poderoso y temido. Acataste el poder almorávide y ahora estás aquí, recluido entre las cuatro lúgubres paredes de una oscura prisión, a la espera de que otro hombre, menos valioso que tú, dictamine cuál ha de ser tu incógnito futuro, si es que decide que tengas alguno.

Juan se llevó a la boca un par de pistachos de encima de la mesa, los masticó recreándose en su sabor y prosiguió:

—Eres un excelso filósofo, probablemente el más grande de la última centuria después de Ibn Sina y de Miguel Psello; sigue tu camino, escudriña en el interior de tu cabeza, estruja tu cerebro, genera ciencia, crea sabiduría y deja todo escrito para que dentro de mil años alguien en busca del conocimiento y de la verdad pueda leerlo y siga construyendo la intangible muralla de la libertad humana. No malgastes tu vida en lisonjear a engolados personajes a los que si la historia recuerda será porque alguna vez tuvieron relación contigo.

Tras siete meses de cárcel, Ibn Bajja fue indultado. Juan intercedió ante el gobernador y, en contra de los consejos que le había dado a su antiguo discípulo, no dudó en halagar los oídos del presumido Ibn Tifilwit, e incluso organizó para él alguna fiesta en la que introdujo elementos del protocolo imperial de Bizancio. El *walí* quedó impresionado cuando en una recepción a unos embajadores de los condados cristianos del sur de Francia, Juan dispuso la etiqueta al estilo de la que más de medio siglo antes había presenciado en las calles de Constantinopla: coronas de oro, pájaros metálicos que se movían mediante resortes mecánicos, autómatas de madera y cartón, estanques móviles que subían y bajaban mediante complicados sistemas hidráulicos, marchas militares al son de fanfarrias y timbales y delicados manjares deslumbraron de tal manera a los gascones que se marcharon de Zaragoza creyendo que habían estado en presencia del todopoderoso soberano que se describía en algunos cuentos orientales. Agradecido por semejante éxito, el gobernador concedió a Juan un deseo, y este solicitó la libertad para Ibn Bajja.

El *walí* se lo otorgó y el antiguo gran visir fue liberado de la cárcel. Ibn Bajja acudió a casa de Juan para hacerle saber sus planes.

—No puedo seguir en Zaragoza, maestro. Tengo demasiados enemigos y la ciudad se ha quedado estrecha para mí. Durante estos meses en prisión he podido repasar algunos de los libros que me has traído y creo que si bien mis conocimientos de filosofía son amplios, todavía debo mejorar mucho en matemáticas. Abraham ibn Hiyya ha traducido al latín el *Quadripartitum* de Ptolomeo, *Las esféricas* de Teodosio y el *Tratado de las estrellas* de al-Battani, y yo he conseguido una copia del libro *Sobre el año solar* de al-Zarqalí. No puedo estancarme ahí. Todos son grandes sabios, como lo fue al-Kirmani, tu maestro, pero si no sigo desbrozando la espesa selva de las matemáticas no avanzaré nunca más allá de donde llegaron Pitágoras y Ptolomeo. Mi alumno Abraham ibn Hiyya me ha dicho que hay un matemático en Valencia llamado Ibn al-Sayyid que es reputado como el mejor experto de nuestro tiempo en la ciencia de los números, tan sabio como lo fue al-Mu’tamín. Le he escrito una carta y me ha respondido que acepta enseñarme cuanto sabe. Saldré para Levante en cuanto resuelva los asuntos pendientes que me quedan en esta ciudad y liquide mis propiedades.

—Sé que haces lo que consideras mejor para ti. Antes de marcharte debo confiarte algo, yo

soy un anciano y dispongo de poco tiempo. Además ya no queda nadie de aquella época en la ciudad y no creo que podamos resistir mucho tiempo a los cristianos.

Juan llamó a los dos efebos y les ordenó levantar unas losas en un lado del patio. Bajo ellas apareció una placa de mármol que cubría un silo en el que había un fardo de piel.

—Toma, son las cartas y manuscritos de la *Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza*. Me los confió al-Kirmani hace ya medio siglo. Desde entonces han estado conmigo; han sido fuente para la reflexión y el conocimiento y en sus páginas Ibn Paquda, Ibn Buklaris y yo mismo hemos bebido vivificantes manantiales de sabiduría y de ciencia. Guárdalos contigo. Son la herencia de una generación de maestros de cuyas ramas la historia no ha permitido que florecieran cientos de frutos. Tú eres el último heredero de nuestra escuela. Siembra tu semilla donde quiera que vayas, háblale al mundo de nuestro espíritu, de nuestros sueños de libertad y de justicia, de nuestra búsqueda permanente de la verdad y de la luz; que aprenda de nuestra experiencia y de nuestros fracasos.

—Juan, maestro, has de saber que aunque considero a al-Farabí, a Ibn Sina y a al-Gazzali como los tres más grandes filósofos del islam, y los he leído con profusión, ninguno ha influido tanto en mí como Juan ibn Yahya al-Tawil al-Rumi —murmuró Ibn Bajja.

—No me compares con tan grandes hombres. Ahora vete. Aquí se separan nuestros caminos, tal vez vuelvan a encontrarse algún día en las estrellas.

Cuando Ibn Bajja partió hacia Valencia en busca de los conocimientos matemáticos de Ibn al-Sayyid, Juan sintió que la última puerta de la vida se cerraba tras él. Se acomodó en el estaribel de la sala principal entre almohadones cárdenos y dejó vagar sus pensamientos entre los recuerdos.

—Señor, os traigo una infusión de miel, hierbabuena y esencia de manzana. Está caliente, os reconfortará —le bisbisó Mu'mina en tanto depositaba encima de la mesa de cedro con incrustaciones de taracea de marfil y ébano una bandeja con una humeante redoma y un delicado tazón.

—Gracias, Mu'mina.

—Espero no haberos interrumpido.

—No, no, solo estaba recordando... Ven siéntate a mi lado.

Mu'mina se recostó junto a Juan, sin atreverse a rozar su cuerpo. El eslavo alargó su brazo y acarició el rostro de la mujer: era suave como la brisa marina y aterciopelado como la piel del melocotón. La tomó con delicadeza por el hombro y la atrajo hacia sí hasta reposar la cabeza sobre su pecho. El cabello de Mu'mina desprendía un profunda fragancia a áloe y a limón. Acarició su pelo con el dorso de la mano, la apretó con fuerza y la besó en la frente.

—No permitas nunca que nadie mancille tu inocencia —le porfió mirándola a los ojos con ternura—. Ahora déjame solo, deseo dormir un poco.

El verano transcurrió lento y calmoso, como si se anunciara el preludio de una terrible tempestad. El rey de Aragón se acercó hasta los alrededores de Zaragoza acompañado por los caballeros franceses Gastón de Bearn y Céntulo de Bigorra, veteranos de las cruzadas a Tierra Santa. La ciudad vivía indolente, como el cervatillo cuyos músculos y nervios se paralizan de terror cuando los lobos le acechan estudiando el momento decisivo de lanzarse sobre él y desgarrar su cuello con sus amarillentos colmillos. Los zaragozanos contemplaban inermes el principio del final. El destino tantas veces anunciado parecía a punto de cumplirse.

Solo el gobernador Ibn Tifilwit mantenía firme el estandarte del islam. Para sostener la moral de los musulmanes y contrarrestar el avance aragonés en tierras de Morella, en plena serranía del Maestrazgo, realizó una algara en la frontera de Lérida. Pero de vuelta a Zaragoza contrajo unas fiebres malignas, achacadas a una intoxicación que sufrió en esa campaña militar. Los médicos le aplicaron bálsamos e infusiones de adormidera para atajar los terribles dolores, pero fue inútil. Los cristianos celebraron la Navidad del año de 1117 mientras el *walí* almorávide moría entre fuertes convulsiones y espasmos.

Comenzaba el mes de ramadán del año 511 de la hégira. Juan, pese a su edad, cumplió el ayuno de manera escrupulosa, con mayor fervor que en otras ocasiones. Nunca se había distinguido por su espíritu religioso, al fin y al cabo había sido primero cristiano y después musulmán y estaba convencido de que si no lo hubieran capturado los pechenegos seguiría siendo cristiano en su aldea de Bogusiav. La religión nunca le había atraído demasiado, hasta el punto de que no pocos lo consideraban un agnóstico. Pero aquel mes sagrado, que tantos sacrificios exigía a los musulmanes, lo vivió con una especial intensidad; algo gritaba en su interior que podía ser el último ramadán que los musulmanes pudieran celebrar como señores de Zaragoza.

La ciudad permaneció varias semanas sin gobernador. El invierno fue especialmente crudo y muchas de las principales vías de comunicación fueron intransitables por las nieves y los hielos. Para animar a los desalentados zaragozanos acudió desde Murcia el *walí* Abú Ishaq, aunque apenas quince días después fue nombrado nuevo gobernador de Zaragoza ‘Abd Allah ibn Mazdalí, que hasta entonces lo había sido de Granada.

La primavera derritió los hielos y las campiñas se cubrieron con el manto esmeralda de los cereales y los tiernos brotes de los manzanos. El nuevo gobernador inspeccionó las defensas de la ciudad y ordenó reforzar algunos tramos de la muralla exterior de tapial, adobe y ladrillo, el largo muro de *radam* que encerraba la medina, los arrabales y los cementerios.

3

A principios de mayo de 1118 se atisbaron varias patrullas cristianas merodeando por los páramos cercanos a Zaragoza. Nada cierto se sabía en la ciudad, aunque a nadie se le escapaba que los cristianos estaban preparando una acción contundente. Una mañana de fines de mayo los zaragozanos divisaron cómo se acercaban varias columnas de polvo desde diversos puntos por el este y el sur. El gobernador, avisado de inmediato, se dirigió a toda prisa a lo alto de la torre cuadrada del Palacio de la Alegría. A lo lejos, a través de los principales caminos, se aproximaban estelas de polvo amarillo; parecía como si una fuerza sobrehumana arrastrara por los senderos árboles gigantescos. Cuando fue posible observar de qué se trataba, el *walí* contempló atónito el despliegue de miles de soldados que tomaban posiciones en las alturas de los alrededores.

—¡Rápido! —ordenó Ibn Mazdalí al jefe de la guardia—, que se cierren de inmediato todas las puertas y que estén listos todos los hombres capaces de sostener un arma.

El gobernador se precipitó por las empinadas escaleras de la torre, descendió hasta el patio, pidió su caballo y escoltado por miembros de su guardia personal y dos generales se dirigió al galope hacia la medina.

Atronadoras trompetas sonaban en lo alto de los torreones de las dos zudas llamando a rebato. Las puertas comenzaron a cerrarse una tras otra y los campesinos que todavía no habían corrido a refugiarse tras las murallas porque no habían observado la llegada de los cristianos lo hicieron alertados por los toques de alarma que procedían de la ciudad. Mediada la tarde, todas las puertas, portillos y poternas estaban cerradas y atrancadas. Tan solo el pequeño arrabal de Altabás, el único de la orilla izquierda del río, había podido ser ocupado por los cristianos. Los generales almorávides recorrían a caballo las murallas y transmitían a los capitanes y comandantes las órdenes oportunas para la defensa.

Carpinteros, herreros, alarifes y albañiles fueron distribuidos por todo el recinto amurallado para reforzar los puntos más débiles, tapiar algunos portillos y elevar en diversos puntos el muro exterior de tierra y el interior de piedra de la medina. Junto a las almenas se amontonaron marmitas con guijarros para los honderos, tinajas y cazuelas con grasa y aceite para lanzar hirviendo y redomas con agua para calmar la sed de los defensores. Junto a la puerta de Sinhaya se estableció el vivaque; allí deberían acudir todos los comandantes de los distintos sectores de la ciudad a recibir las órdenes y las contraseñas.

El plan de los cristianos había sido un éxito. En un concilio celebrado meses atrás en Toulouse

se había aprobado la expedición a España y el papa Gelasio II le había dado categoría de cruzada. El entusiasmo entre los caballeros del sur de Francia había sido tal que muchos señores habían dictado testamento antes de encaminarse hacia las tierras de los musulmanes. Un desbordante frenesí empujaba a los franceses hacia las tierras de España. Todavía estaba fresca en la memoria de muchos la conquista de Jerusalén. Los veteranos que habían participado en la Primera Cruzada ansiaban repetir aquellos momentos de gloria y los que no habían tenido aquella oportunidad esperaban ávidos de fama ensartar en la punta de sus lanzas a los infieles sarracenos y liberar nuevas tierras del dominio de los musulmanes. Los obispos de Huesca, Barbastro y Pamplona se habían encargado de predicar la cruzada en Navarra y Aragón. El ejército francés se había agrupado cerca de Ayerbe y desde allí se había dirigido hacia Almudévar. En su camino hacia Zaragoza se había dividido de nuevo en tres columnas que conquistaron Salces, Sariñena, Gurrea y Zuera, pequeñas aldeas y villas musulmanas en el valle del río Gállego. El plan se había ejecutado con tal rapidez que nadie había podido avisar del peligro a la confiada Zaragoza.

El ejército franco-aragonés había atravesado el Ebro aguas abajo de Zaragoza, por un vado cerca de Sástago, y había cerrado las rutas de comunicación con el sur y con levante. El norte y el oeste quedaban todavía libres, pero la ruta más peligrosa para los cristianos estaba ya controlada, pues solo desde el sur o el este podían recibir ayuda los musulmanes.

Un jinete cristiano que portaba un estandarte blanco se acercó hasta la puerta del Puente atravesando el pequeño y abandonado arrabal de Altabás, ubicado al otro lado del Ebro, y ante los muros gritó:

—En nombre de su majestad Alfonso, rey de Aragón, solicito la presencia del gobernador de la ciudad.

Durante unos interminables instantes nadie contestó; por fin, el capitán que mandaba el destacamento que defendía la puerta se asomó a las almenas e inquirió:

—¿Quién eres y qué quieres?

—¿Eres tú el gobernador? —le interrogó el jinete.

—Eso no te interesa. Responde a mi pregunta.

—Solo ante el gobernador.

El capitán desapareció y regresó minutos después.

—Me ordena el *walí* que me transmitas tu mensaje, yo se lo haré llegar.

—¡Ni hablar! He de comunicárselo a él en persona —manifestó el jinete.

En ese momento comenzaron a abrirse las batientes. El jinete cristiano azuzó a su caballo, giró hacia el puente y lo atravesó a toda velocidad. Tras él salieron varias decenas de soldados a pie y a caballo. Al otro lado del puente se había asentado un destacamento de arqueros y jinetes francos que contemplaban la escena sin saber qué estaba ocurriendo. Cuando observaron que el

mensajero era perseguido por los musulmanes, se prepararon para repeler la carga y salieron a su encuentro. En la orilla del Ebro, entre el arrabal de Altabás y la embocadura del puente, se entabló una espontánea batalla entre los dos bandos. Varios francos acudieron hasta el puente, embadurnaron con aceite y grasa los linteles de tablones que se asentaban sobre los pilares de piedra y les prendieron fuego. En un momento la pasarela se convirtió en una pira y los zaragozanos se encontraron con la retirada cortada. Nuevos contingentes de cristianos acudieron al lugar de la batalla y los musulmanes huyeron hacia la ciudad atravesando el río por un vado. Muchos de ellos fueron asaeteados por los ballesteros francos y los que pudieron ganar la orilla se refugiaron tras las murallas entre los gritos de júbilo de los cristianos, enardecidos por esta primera victoria. Decenas de cadáveres flotaban corriente abajo dibujando tras de sí en el agua finas estelas encarnadas.

En los días siguientes se cerró el cerco y todas las salidas de la ciudad fueron bloqueadas por los cruzados. Veinte almajaneques con sus correspondientes municiones, torres de madera sobre ruedas, truenos, catapultas y arietes fueron distribuidos alrededor de los muros. Gastón de Bearn, experto en el asedio de ciudades, cuya técnica había aprendido en las guerras de los cruzados en Palestina, dirigía las operaciones por parte del bando cristiano.

Los imanes organizaron procesiones que recorrieron el camino de ronda de las murallas pidiendo a Alá que los ayudara a acabar con los infieles. Los más exaltados se raparon los cabellos y se realizaron cortes en la cabeza de los que manó abundante sangre que manchó sus rostros de rojo. Excitados por la efusión de sangre y enfervorecidos por las incitaciones de los imanes, los fieles musulmanes recitaban monocordes una y otra vez los noventa y nueve nombre de Dios: «El Santo, el Todopoderoso, el Omnisciente, el Único, el Excelso, el Generoso...».

No se habían cumplido dos meses del inicio del asedio cuando el rey de Aragón apareció ante el sitio de Zaragoza. Alfonso fue recibido en el campamento de los cruzados entre fervorosas muestras de júbilo. Sus acciones militares le habían conferido una aureola de invencible y se decía que el arcángel san Miguel era quien dirigía su brazo en los combates.

Céntulo de Bigorra, Gastón de Bearn y el resto de los comandantes del ejército cristiano pusieron de inmediato al rey al corriente. El cerco estaba sólidamente asentado, los musulmanes no habían logrado abrir ni una sola brecha y habían sido derrotados en las dos salidas que habían intentado. Reunidos en la tienda real, los generales cristianos evaluaban la situación:

—Majestad —informó Lope Arcez Peregrino, consejero real—, Zaragoza está ganada. Dentro de sus muros resisten unas veinte mil personas, de las que solo tres o cuatro mil están en disposición de empuñar una espada, y de ellos no más de mil son soldados expertos en el manejo de las armas. Este año no podrán recoger las cosechas que ya hemos quemado y aunque las

murallas de piedra de la medina son sólidas y resistentes, un cerco prolongado acabará rindiendo a la ciudad sin apenas pérdidas por nuestra parte.

—Yo me inclino por un asalto con nuestros ingenios de asedio —objetó Gastón de Bearn—. Disponemos de varias decenas de máquinas preparadas para atacar las murallas. Podríamos concentrar los disparos de nuestros almajaneques y catapultas contra el sector oriental de la muralla de piedra, parece el más débil. Una vez castigado suficientemente con la artillería, los zapadores colmatarían el foso con tierra y así podríamos acercar nuestras torres hasta el pie de las murallas. Hemos construido diez tan altas que alcanzan hasta sus almenas. Todas ellas disponen de plataformas desde las que nuestros hombres pueden saltar sobre las almenas.

—El foso es muy profundo y ancho, tardaríamos demasiado tiempo en cubrirlo. Las torres de asalto son demasiado grandes y pesadas, útiles para maniobrar en terrenos llanos y de suelos firmes, pero no funcionarían sobre una superficie blanda de relleno. Su enorme peso haría que las ruedas se clavaran en el relleno y quedaran inservibles. Opino que es mejor aguardar a que el hambre acabe por rendirlos —aconsejó Peregrino.

—Cada momento que pasa perdemos un tiempo precioso. Si no hubiéramos asaltado las murallas de Jerusalén, la Ciudad Santa, todavía estaría en manos del infiel. Estas máquinas de asedio han demostrado su eficacia en Antioquía, Apamea, Trípoli, Cesarea, Jaffa y la propia Jerusalén, ¿por qué no van a ser útiles en Zaragoza? —alegó Gastón de Bearn.

—Estoy de acuerdo con mi hermano —intervino Céntulo de Bigorra—. Yo escalé con él las murallas de Jerusalén, sus defensores no pudieron resistir nuestro empuje y la capacidad de nuestros artilugios de guerra. Pero sobre todo no aguantaron el ímpetu que insuflaba nuestros corazones. Dios está con nosotros, ¡Dios lo quiere! Si somos fieles a nuestra promesa de defender la cristiandad y de conquistar las tierras que los sarracenos nos arrebataron hace siglos, el Altísimo estará de nuestro lado en la batalla, y nada ni nadie podrá evitar nuestro triunfo. Asaltemos esas malditas murallas y demos a esos infieles su merecido. Yo mismo encabezaré el ataque al frente de mis bravos bearneses.

Los ánimos se habían caldeado de tal modo que Alfonso levantó el brazo pidiendo calma.

—Caballeros, no precipitemos los acontecimientos. Partimos de una clara posición de ventaja. Nadie más que yo —observó el rey de Aragón dirigiéndose al señor de Bigorra— desea que la cruz de Cristo remate las torres de Zaragoza, pero hemos de ser prudentes. Las murallas de piedra representan una defensa formidable y hasta hoy han podido resistir cuantos asedios se han realizado contra ellas. Estudiaremos con detalle el plan a seguir; tomaré una decisión en cuanto esté seguro de que es la adecuada.

Alfonso revisó el ejército. Allí estaban, además de los dos hermanos el vizconde Gastón de Bearn y Céntulo de Bigorra, el hijo del vizconde de Labourd, el conde Bernardo Atón de Carcasona y Béziers, el conde Bernardo de Cominges, el vizconde Pedro de Gavarret, el

vizconde Auger de Miramont, el señor Arnaldo de Lavedan, el conde Rotrón de Perche, el conde de Urgel, el conde de Ribagorza, el señor de Vizcaya el castellano Diego López de Haro, el señor de Álava y Rioja Don Ladrón, el conde Bernardo Ramón de Pallars y los obispos Guy de Lons de Lescar, Esteban de Huesca, Ramón de Roda, Guillermo de Pamplona, Sancho de Funes de Calahorra y el electo de Zaragoza Pedro de Librana. Tras ellos formaban los señores de las principales ciudades, villas, castillos y tenencias de Aragón: los señores de Sos, Abiego, Biel, Loarre, Bolea, Huesca, Ayerbe, Peralta de la Sal, Santa Eulalia, Antillón, Albero, Rodellar, Monzón, Capella, San Esteban, Benabarre, Petra Rubea y Monclús. También habían acudido los señores navarros de Estella, Funes, Marañón, Punicastro y Turvillas y los castellanos de Calahorra y Nájera. Todos ellos con sus gonfalones y estandartes desplegados y sus flámulas y gallardetes ondeando al viento.

El ejército de los sitiadores era una variopinta amalgama de aguerridos y orgullosos gascones, fieros y montaraces bearneses, fornidos e indómitos normandos, severos y templados castellanos, curtidos y serios aragoneses, graníticos y sobrios navarros y altivos y señoriales pallareses y ribagorzanos. Tras los soldados se movía una barahúnda de cocineros, vinateros, aguadores, cirujanos, carniceros, sastres, carpinteros, herreros, saltimbanquis, faranduleros, funámbulos, equilibristas, malabaristas, vendedores de amuletos, prestidigitadores, ventrílocuos, echadores de la buenaventura, herbolarios, bufones, cuentistas, adivinos y prostitutas.

—Es imposible defender el muro de tierra, es demasiado largo y poco consistente; nos replegaremos tras las murallas de piedra de la medina —indicó el gobernador a sus consejeros.

En una de las salas de la Zuda occidental se habían reunido los principales consejeros y generales de la ciudad para evaluar la delicada situación.

—Esta noche deberán estar todos los ciudadanos de los arrabales dentro de la medina. Que salgan de inmediato cuantos hombres estén disponibles y recojan de los arrabales todo aquello que pueda sernos útil, sobre todo armas, comida y madera. En cuanto se ponga el sol cerraremos las puertas —continuó el gobernador Ibn Mazdalí.

—¿También debemos abandonar el Palacio de la Alegría? —preguntó Juan, que había sido invitado a asistir a la reunión debido a su experiencia.

—No, lo utilizaremos para acosar al enemigo cristiano desde dos frentes. Quedará defendido por un contingente de doscientos hombres.

—Mi señor —intervino Muhámmad ibn ‘Abd Allah al Umawí—, quisiera participar en la defensa de palacio. En mi *Historia de Zaragoza* su construcción y su significado ocupa un lugar destacado; he pasado muchas horas de estudio en su biblioteca y quisiera contribuir a que los cristianos no planten sus sucias botas en sus patios.

—De acuerdo.

Apenas había aprobado el *walí* el ofrecimiento del historiador al-Umawí, cuando un *katib* entró presuroso en la sala.

—¡Señor, señor!, los cristianos están atacando el Palacio de la Alegría —exclamó alterado.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Es preciso defender el palacio —previno el gobernador.

Varios de los asistentes al consejo se abalanzaron sobre los caballos que aguardaban en las cuadras y salieron a galope por la Puerta de Toledo hacia el llano de la Almozara.

Entre el muro de tierra y el Palacio de la Alegría se había entablado un feroz combate en el que unos trescientos hombres por cada bando se batían cuerpo a cuerpo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaba al-Umawí entre el fragor de la batalla.

—Acudíamos a reforzar la guarnición y al atravesar la vaguada cayeron sobre nosotros. Si no conseguimos rechazarlos, el Palacio de la Alegría está perdido —respondió el capitán del contingente de reserva que esperaba en retaguardia.

Su labio inferior era belfo como el de un viejo percherón y sus ojos redondos y salientes como los de un sapo.

—¡Adelante, somos necesarios todos!

—Tengo orden de esperar aquí con mis hombres a que el comandante requiera nuestra asistencia.

—¡Maldito cobarde! Ordena ahora mismo a tus soldados que acudan en ayuda de sus compañeros. Te lo exige un miembro del consejo del gobernador.

El capitán dudó por un instante, pero ante la mirada de acero de al-Umawí dio a su escuadrón la orden de atacar. Los jinetes musulmanes se lanzaron al galope por la suave ladera que conducía desde el muro de *radam* hasta el fondo de la vaguada que lo separaba del Palacio de la Alegría. Los cristianos fueron rodeados, pero, sin saber de dónde ni cómo, aparecieron dos centenares de jinetes aragoneses que cargaron con contundencia sobre las tropas de reserva que acababan de acudir al combate.

Cogidos por sorpresa, los musulmanes no pudieron reaccionar y fueron aniquilados por los cristianos en apenas una hora de lucha. Centenares de infantes se lanzaron con escalas y cuerdas sobre los muros del Palacio de la Alegría en tanto un formidable ariete batía la única puerta sin que los defensores, apenas un puñado, pudieran hacer nada por evitarlo. Dos horas después de iniciado el asalto, sobre el gran torreón rectangular ondeaban los estandartes de Aragón. En el fondo de la vaguada, donde daba comienzo la amplia explanada de la Almozara, quedaron tendidos más de dos centenares de cadáveres, la mayor parte de musulmanes; entre ellos el del historiador al-Umawí con el corazón atravesado por una jabalina bearnesa.

La pequeña Naryís correteaba por el patio de la casa bajo la atenta mirada de Juan, que sentado en un diván degustaba unas galletas de mantequilla. El asedio duraba ya casi cuatro meses y los alimentos comenzaban a escasear. El gobernador había ordenado requisar toda la harina, el aceite, el azúcar, la miel y los frutos secos, que se habían guardado en almacenes públicos para racionar su distribución. El precio de un cahíz de trigo había subido hasta tres dinares y se estaban dando casos de abusos y corruptelas. Los sitiadores habían cortado el suministro de agua de los acueductos que la introducían en la ciudad desde las represas del río Huerva, pero gracias a los pozos no escaseaba, y aunque los baños públicos se cerraron, agua para beber y para las necesidades mínimas no faltaría.

—Mi señor —susurró Mu'mina—, estas son las últimas galletas. Ya no nos queda harina, ni huevos, ni leche, ni aceite. Los soldados lo han confiscado todo, solo nos resta lo que pude esconder en el doble fondo de la alacena: varios quesos, manteca de vaca, dos piezas de cecina de cabra y algunos embutidos de cordero.

—No te preocupes, nos arreglaremos con ello. Para ti, para Naryís, para los dos criados y para mí será suficiente para complementar la ración que ha fijado el gobernador.

—¿Cuánto tiempo estarán ahí los cristianos?

—No lo sé, no lo sé. Quizá se marchen pronto, quizá aguanten todo el otoño. Si conseguimos resistir hasta el invierno, es probable que se retiren. Son muchos, y en principio eso es una ventaja, pero a la larga se convertirá en su principal inconveniente. Al igual que a nosotros, a ellos también se les acabarán los víveres y en invierno no tienen posibilidad de recibir nuevos suministros.

—¿Son tan crueles esos cristianos como se dice? He oído que en la guerra que ellos llaman la gran cruzada cortaban las cabezas de los musulmanes y las lanzaban con catapultas al interior de las ciudades asediadas para atemorizar a sus habitantes.

—No son más crueles que otros hombres. En la guerra cada cual actúa de manera inesperada; los hombres se convierten en lobos y no dejan lugar para la razón. La guerra transforma a los seres humanos en bestias y entonces son capaces de cometer las mayores depravaciones. No te preocupes, Mu'mina, esta ciudad ha resistido muchos asedios y creo que también resistirá este.

Pero Juan sabía que no era cierto. Esa misma mañana había subido a las almenas de la muralla de piedra de la medina, que se habían recrecido con tapial, y había observado atentamente las posiciones de los cruzados. El cerco era tan asfixiante que algunas máquinas de asedio se apostaban bajo los mismos muros de la ciudad. Varios campamentos rodeaban por completo la medina en un cinturón tan estrecho que ni un solo hombre podía filtrarse entre ellos.

Cada pocos pasos había un destacamento de soldados armados con pesados escudos almendrados de dura madera de cedro, cascos con orejeras y guardanucas, espadas rectas y largas y duras corazas de cuero endurecido y tachonado con placas de hierro. Por todos los lados se

veían picas, gujas, hoces, hocinos, arietes, trabucos, catapultas y manganas. En una segunda línea destacaban los veinte poderosos almajaneques y las torres de asedio, enhiestas como terribles monstruos dispuestos a devorar a sus indefensas víctimas.

A finales de verano los alimentos también comenzaron a escasear en el bando de los sitiadores. El asedio se prolongaba ya durante casi cinco meses y el desánimo se extendía por los campamentos cristianos. Bearneses y gascones, los más incentivados al comienzo de la expedición, se mostraban ahora remisos a mantener el sitio. Algunos alegaban que si se echaba el invierno encima los pasos de los Pirineos quedarían cerrados por las nieves y entonces no podrían regresar a sus casas.

El rey de Aragón recorría diariamente todos los campamentos para insuflar moral a los Caballeros de Cristo, como él los llamaba, y para prometerles casas y tierras en propiedad para cuando se conquistara la ciudad. Pero aquello no era suficiente. El vizconde Gastón de Bearn y su hermano Céntulo de Bigorra se vieron obligados a utilizar toda su capacidad de persuasión para evitar masivas deserciones entre sus filas.

El verano moría entre los desapacibles vientos del noroeste que comenzaban a azotar el valle de manera insistente. El descontento era ya imparable y más de la mitad del abigarrado ejército cristiano era partidario de levantar el sitio. Pero entonces surgió salvadora la figura del obispo Esteban de Huesca. Este hombre, que había sido uno de los principales impulsores de la idea de cruzada contra Zaragoza y el primero de sus propagandistas, al final de una misa de campaña celebrada entre las ruinas de lo que fue el circo romano, junto a la iglesia de Santa Engracia, cuya jurisdicción le pertenecía, ofreció los tesoros de su diócesis a los cruzados si estos se comprometían a mantener el asedio hasta la victoria final.

Ante las inflamadas palabras del obispo Esteban, los caballeros que asistían a la eucaristía alzaron sus brazos al cielo gritando *Deus lo vol!, Deus lo vol*!, y juraron permanecer firmes en sus puestos hasta que la cruz de Cristo sustituyera sobre los alminares de las mezquitas de Zaragoza a los *yamures* de tres bolas doradas.

Los sitiados se encontraban al borde del derrumbe. Su moral había descendido notablemente y todavía cayó más cuando se supo que el gobernador Ibn Mazdalí había muerto. La muerte del *walí* se había mantenido en secreto durante dos semanas. Se había hecho creer a la población que el gobernador había roto el cerco y que había partido hacia Tarazona y Tudela en busca de refuerzos para atacar a los cristianos por la espalda y levantar el asedio. La noticia de la muerte del gobernador llegó hasta oídos del propio rey de Aragón, que exigió la rendición inmediata.

Durante todo el otoño se entablaron negociaciones para la entrega de Zaragoza. A fines de

noviembre la ciudad se encontraba sin jefe, sin alimentos y sin moral de resistencia. Los almacenes de víveres estaban vacíos y algunos ciudadanos comenzaron a morir de hambre.

Ante la falta de una autoridad superior, fue el gran cadí Tabit ibn ‘Abd Allah al-Awfí, poeta y gramático, antiguo discípulo de Juan, quien tomó la iniciativa de reunir a un grupo de notables ciudadanos para debatir posibles alternativas. En unas dependencias de la mezquita mayor se reunieron el propio cadí, Juan, Nuh al-Gafiqi, oficial almorávide de mayor rango y mayordomo de palacio, y el letrado Alí ibn Masud al-Jawlaní, que había preparado las condiciones para la capitulación.

—Nuestra situación es desesperada. He redactado el borrador de una carta a su excelencia Tamín, el gobernador de Granada, pidiéndole ayuda.

Desplegó un pliego de papel y comenzó a leer:

—«¡Oh, almorávides, hermanos nuestros en la fe de Dios!, ¿creéis que si le ocurre a Zaragoza aquello cuyo aviso y temor amenaza, vais vosotros a poder respirar o a hallar en el resto de al-Ándalus algún modo o manera de salvaros? ¡Pues no! ¡Y por Dios que los infieles os echarán de aquí por completo, os sacarán casa por casa! Zaragoza, guárdela Dios, es el muro de contención, y abierto, se abrirán todos detrás...». —Seguían unos párrafos en los que pedía a Tamín ayuda y finalizaba—: «De cualquier modo, no te retrases ni un solo momento, que la situación es angustiosa, si no queréis ser responsables ante Dios de nuestra vidas y haciendas y de nuestros hijos».

—La carta está bien, pero es preciso obrar con urgencia ahora. Propongo que ofrezcamos una tregua a los cristianos —intervino el oficial almorávide—. Ganaríamos tiempo en espera de que llegue ayuda de Granada.

—Es lo más prudente —aconsejó Juan—. Si Tamín acude con tropas suficientes, quizá el rey de Aragón se vea obligado a levantar el cerco. Sus hombres están tan agotados como nosotros, no creo que resistieran el ataque de un ejército poderoso.

—En cualquier caso, si esa ayuda no llega, tengo aquí preparado el texto del tratado para las capitulaciones. Lo hemos discutido durante varias semanas con los letrados del rey de Aragón y están de acuerdo con todos sus puntos.

—Agotemos primero las posibilidades militares —alegó el oficial.

—Ten preparado ese documento, Alí, creo que deberemos aplicarlo —asentó Juan

—Hoy mismo enviaré a un correo con la carta para que la transmita a Tamín. El rey de Aragón ha dado su palabra de que lo dejará pasar entre sus líneas. Nos volveremos a reunir mañana —finalizó el cadí.

El correo consiguió hacer llegar la carta hasta Tamín, quien desde Valencia, a donde se había dirigido días antes, se puso en marcha al frente de su ejército en dirección a Zaragoza. Mediante señales de humo se comunicó a los sitiados que el *walí* Tamín, hermano del emir Alí ibn Yusuf,

se encontraba a cuatro millas de la ciudad. Las esperanzas de salvación renacieron para los desahuciados creyentes. El gran cadí comisionó a dos visires para que se entrevistaran con Tamín en el castillo de Cuarte de Huerva.

—Excelencia —se presentó Abú Zayd, uno de los dos visires—, os agradecemos que hayáis acudido en nuestro socorro. Resistimos desde hace más de seis meses el cerco de los infieles. Carecemos de víveres y nuestra moral estaba a punto de sucumbir, pero vuestra presencia aquí nos reconforta y nos anima a proseguir con renovados esfuerzos la defensa de la última frontera del islam.

—¿Cuántos soldados en disposición de luchar hay dentro de la ciudad? —preguntó Tamín, que sostenía indolente en su mano izquierda una copa de rodomiel, el dulcísimo jarabe de miel esenciado con agua de rosas.

—No más de mil, excelencia. Hemos realizado durante el asedio hasta siete salidas contra los cristianos y en cada una de ellas hemos podido matar a algunos de ellos, pero también nosotros hemos tenido pérdidas.

Tamín frunció el ceño y se atusó el pelo de la barba. Reflexionó unos instantes y objetó:

—Son pocos.

—Pero están dispuestos a luchar. Si vos atacáis desde aquí a los cristianos, nosotros saldríamos con todas nuestras fuerzas por la puerta de Sinhaya y cogidos entre dos frentes podríamos derrotarlos. Su moral tampoco es demasiado elevada —alegó Alí ibn Masud, el otro visir.

El *walí* de Granada enarcó las cejas, se ajustó la coraza y ordenó a los dos visires que se retiraran.

—Es un cobarde, un maldito cobarde, si pudiera lo estrangularía con mis propias manos. Ya lo demostró en la batalla de Uclés. Su cobardía casi provoca la derrota de los musulmanes. Si no fuera hermano del emir hace tiempo que hubiera sido destituido —mascullaba indignado Alí ibn Masud de regreso a Zaragoza.

Ya en la ciudad, los dos visires informaron al gran cadí y al resto del grupo que dirigía la resistencia sobre la entrevista con Tamín.

—No creo que sea capaz de retirarse. Su nombre sería maldito y su persona ignominiosa para siempre —supuso el gran cadí.

—Huirá. ¡Es un cobarde! —clamó Alí ibn Masud.

—No consiento que habléis así del hermano del emir —intervino el oficial almorávide.

—¿No?, entonces ¿cómo debemos hablar de un hombre que abandona a su suerte a miles de

musulmanes sin hacer nada por evitar su muerte? Esto es lo que sois los almorávides, un hatajo de cobardes acomodados...

Alí ibn Masud no pudo seguir. El oficial se lanzó sobre él y lo tumbó asiéndole con fuerza por el cuello. De espaldas sobre el suelo, con el almorávide sobre su pecho, el visir sentía que los pulmones le quemaban ante la falta de aire. A duras penas pudieron separarlos. Alí ibn Masud fue ayudado a incorporarse en tanto el almorávide forcejeaba sujeto por varios brazos.

—Estas discusiones no nos conducen a nada, solo a facilitar a los cristianos la conquista de la ciudad. Dejad vuestras disputas para otro momento —intervino Juan contribuyendo con su imponente figura a calmar los ánimos—. Si Tamín se repliega sin presentar batalla será un cobarde; hasta entonces debemos confiar en que eso no ocurra.

Pero Tamín se retiró. Tras unas escaramuzas sin demasiada importancia en las que dos caballeros cristianos ensartaron con sus lanzas a dos paladines musulmanes, el *walí* de Granada ordenó a su ejército dar media vuelta y regresar. Sin confianza en la victoria, decidió abandonar Zaragoza a su suerte.

—¡Lo sabía, os previne! ¡Ese maldito felón nos ha traicionado! —clamaba Alí ibn Masud.

—Sí, tenías razón, pero qué otra cosa podíamos hacer sino esperar y confiar —razonó Juan.

—Amigos —dijo el cadí—, creo que esto es el fin. No nos queda más remedio que entregar la ciudad, solo así evitaremos muertes innecesarias y sacrificios inútiles.

El 11 de diciembre del año cristiano de 1118 el gran cadí Tabit ibn ‘Abd Allah, Juan ibn Yahya y el letrado Alí ibn Masud comparecieron en el Palacio de la Alegría, donde Alfonso de Aragón había instalado su cuartel general.

Al penetrar en el Palacio, los ojos de Juan contemplaron de nuevo las paredes de aquel maravilloso edificio en cuya construcción había intervenido hacía ya cincuenta años. Los patios y jardines en los que antaño tintineara cantarina el agua de las albercas estaban ocupados por caballos, soldados encorazados y barones y caballeros cristianos que bebían vino y deglutían enormes pedazos de asado. Recordó que había sido edificado bajo el signo de Piscis, el de la exaltación de la sensibilidad, de la nostalgia por el pasado, de la curiosidad por el futuro y de la intensa fantasía, la creatividad y la musicalidad.

En el Salón Dorado, cuyas paredes habían sido desposeídas de sus placas de bronce y mostraban los yesos descarnados, el rey Alfonso reposaba sentado sobre el trono de al-Muqtádir. En sus manos sostenía una carta del papa Gelasio II que desde Arlés escribía a los cruzados dándoles ánimos para mantener el coraje, deseando la próxima conquista de Zaragoza.

—Majestad —saludó el cadí inclinándose ante el soberano de Aragón—. Os traemos las condiciones que hemos acordado con vuestros representantes para la rendición de la ciudad. Si me permitís, procederé a su lectura.

—Podéis hacerlo —indicó el monarca.

Tabit ibn ‘Abd Allah, con gesto firme pero con los ojos acuosos, desenrolló un pergamino y comenzó a leer:

—Estas son las capitulaciones que pactan Alfonso, rey de Aragón por la gracia de Dios, y los ciudadanos de Zaragoza: Los zaragozanos entregan la ciudad a dicho rey para que la posea en pleno derecho. Los musulmanes que quieran permanecer en la ciudad podrán hacerlo libremente mediante el pago de un tributo anual consistente en el diezmo de los bienes que produzcan; los que no deseen quedarse, podrán marcharse en paz y llevar consigo sus enseres. Durante un año los zaragozanos podrán residir en sus casas actuales y utilizar las mezquitas, especialmente la mezquita mayor, pero transcurrido ese plazo deberán trasladarse a vivir a los arrabales, dejando la medina a los cristianos. Los musulmanes que se queden están autorizados por el soberano de Aragón a portar armas, pero no a ir a la guerra. Los ganados de los musulmanes podrán seguir pastando en estas tierras pagando tan solo las cantidades estipuladas por la ley islámica. Las autoridades musulmanas continuarán ejerciendo como tales.

—Refleja fielmente lo que acordamos —asintió el rey—. Tenéis una semana de tiempo para la entrega de la ciudad. Justo de aquí a siete días.

Los ojos de Tabit se poblaron de lágrimas. Alfonso se levantó de su trono, se acercó al cadí y le dijo:

—Siempre he cumplido mi palabra. Vuestro pueblo podrá vivir en paz entre nosotros.

Una semana después entraba Alfonso de Aragón en Zaragoza. Miles de agotados musulmanes asistieron en silencio al desfile triunfal del conquistador, quien sobre su caballo recorrió las calles de la ciudad por las que antaño desfilaran orgullosos los reyes hudíes al regreso de sus victoriosas campañas. Por primera vez en muchos siglos, las campanas repicaron en las iglesias de Santa María y de Santa Engracia, mientras los mozárabes acudían en tropel a saludar a los nuevos señores. El gran cadí ofreció las llaves de la ciudad al rey, que las recogió desde su caballo.

4

Los personajes más poderosos e influyentes solicitaron al rey de Aragón permiso para marcharse de la ciudad. Juan dudaba. Sabía que tarde o temprano se iba a presentar el momento de decidir, y a pesar de ello no había determinado qué postura adoptar. Los que se quedaban eran muchos, pero se trataba de artesanos y campesinos con los que nada o muy poco tenía que ver. Los miembros de la corte, los intelectuales y los cargos públicos, todos aquellos que habían constituido su mundo en los últimos años, se marchaban.

Él era un anciano. Setenta y tres años solares habían discurrido ante sus ojos. En el patio de casa, envuelto en un amplio manto de lana, delante de un brasero de hierro, optó por abandonar la ciudad. Se llevaría consigo a Mu'mina y a Naryís. Se instalaría en el norte de África y antes de morir dejaría resuelta la vida de las dos mujeres. En cuanto a los dos criados, los retribuiría con una buena cantidad de dinero y los dejaría que optaran por ellos mismos. Eran inseparables y pensaba que seguirían juntos pasara lo que pasase.

A fines de enero de 1119, apenas un mes después de conquistada la ciudad, se fijó la fecha de partida de la caravana para todos aquellos que habían decidido abandonar sus casas y partir hacia tierra musulmana. Juan sabía que no podía obtener ningún dinero por sus propiedades y decidió regalar los muebles a los vecinos que se quedaban. Sobre tres mulas cargó un arsenal de libros y apuntes, así como los tres tomos de su enciclopedia de astronomía, totalmente terminada. Mandó empaquetar la ropa imprescindible para el viaje, los enseres más íntimos y varias piezas de orfebrería y compró una mula para él y dos burritos para las dos mujeres. En varias bolsas repartió tres mil dinares de oro, todo cuanto pudo reunir tras gratificar a los dos criados, que habían decidido permanecer en Zaragoza. Los dejó al cuidado de la casa, aunque bien sabían que dentro de once meses deberían abandonarla en cuanto, cumpliendo las capitulaciones, los cristianos se repartieran los edificios de la medina.

El día fijado para la partida era jueves. Amaneció con los tejados escarchados y un gélido viento del noroeste barriendo la ciudad de parte a parte. El aire era límpido como el cristal y el sol brillaba en un azul grisáceo. Los dos criados acudieron a despedir a Juan y a las dos mujeres a la puerta de Sinhaya, donde se había concentrado la caravana para iniciar la marcha. Formaban el convoy unas dos mil personas, todas ellas miembros de las familias aristocráticas, funcionarios, intelectuales o partidarios de los almorávides, y la encabezaban Nuh al-Gafiqi, que como oficial de mayor grado dirigía la caravana, el jurista Ibn al-Anqar y el gran cadí Tabit ibn 'Abd Allah. Juan había contratado los servicios de dos muleros que los acompañarían hasta Valencia.

La comitiva se puso en marcha por el camino que llegaba a través del arrabal de la puerta de Sinhaya hasta la medina. Cruzaron un portillo en el muro de tierra y se adentraron en el valle del Huerva en dirección hacia el sur. Sobre un altozano, casi al borde de las muelas que bordeaban el valle del Ebro, giró la cabeza para contemplar por última vez la ciudad que durante más de medio siglo había sido la suya. Entre los olivos y las almunias podían atisbarse como motas de harina las tumbas de algunos cementerios; en uno de ellos reposaba Shams.

Apenas habían caminado cinco millas cuando un destacamento de la caballería aragonesa, encabezado por el mismísimo rey Alfonso, alcanzó al convoy. Se ordenó a todos que se detuvieran y que abriesen sus baúles, maletas, sacos y alforjas. Los soldados aragoneses comenzaron a extraer ingentes cantidades de tesoros: candelabros de oro, lámparas de plata,

joyas, cajas repletas de gemas y perlas, anillos y collares; una verdadera fortuna digna de un emperador se mostraba ante los ojos de los incrédulos soldados cristianos que apenas podían dar crédito a sus ojos. Juan, creyendo que aquello era el fin, apretó contra sí a Mu'mina y a Naryís.

Alfonso de Aragón observó los tesoros, detuvo su caballo al frente de la caravana y les dijo a sus jefes:

—Si no hubiera pedido que me enseñarais las riquezas que cada cual llevaba consigo hubierais podido decir: «El rey no sabía lo que teníamos, en otro caso no nos hubiera dejado ir tan fácilmente». Ahora podéis ir a donde os plazca, en completa seguridad.

El soberano, ante las protestas de algunos de sus caballeros que veían esfumarse un botín como nunca antes habían tenido oportunidad de lograr, dirigió una fulminante mirada hacia quienes se quejaban de su magnanimidad y estos se callaron bajando la vista hacia el suelo.

Alfonso estableció una aduana y exigió tan solo el pago de una moneda de oro por cabeza. Designó a varios hombres para que escoltaran al convoy hasta los puertos de la sierra y retornó a Zaragoza. Durante los días que duró el viaje hasta Valencia, la generosa actitud del rey de Aragón fue el principal tema de conversación de los musulmanes, tanto que incluso se olvidaron de lamentarse por la pérdida de sus inmuebles y de su ciudad.

Cuando llegaron a Valencia esperaban a la comitiva centenares de personas; unos eran familiares de algunos de los zaragozanos, otros amigos o socios, había muchos posaderos que ofrecían su fonda o su caravasar a buen precio y no faltaban curiosos, mendigos y embaucadores en busca de alguien a quien engañar.

—¡Maestro, maestro! ¡Juan! —gritaba una voz que Juan no localizaba—. ¡Aquí, a vuestra derecha!

Entre la multitud se abrió paso un individuo de poblada barba negruzca y tocado con el turbante de maestro en teología.

—¡Maestro, soy yo, Abú Alí al-Sadafi! ¿No me reconocéis?

—¡Abú! ¿Cómo has sabido que...?

—Por unos viajeros adelantados supe que veníais en la caravana principal. Pero seguidme, he preparado una casa para que os acomodéis.

Entraron en Valencia por la Puerta de la Sierra y se dirigieron hasta una casa en la medina. Allí los dos muleros descargaron los equipajes, condujeron las mulas y los borricos a una cuadra en el exterior de las murallas y regresaron para cobrar sus honorarios. Entre tanto, al-Sadafi ayudó a Juan, a Mu'mina y a Naryís a instalarse en sus aposentos.

—Ignoraba que os hubierais casado, maestro —dijo al-Sadafi.

—No, Mu'mina no es mi mujer, es mi hija. Bueno, mi hija adoptiva para ser exactos. La

pequeña es mi nieta Naryís. Pero, cuéntame, ¿cómo es que estás aquí? Hace años que no tenía noticias tuyas.

—Marché a Oriente con Abú Bakr al-Turtusí y en su compañía hice la peregrinación a La Meca y visité en Medina la tumba del Profeta y la primera de las mezquitas del islam. Después estudié teología en Damasco y astronomía en Harrán. Abú Bakr se quedó en Egipto, donde se encontró con el que fuera gran visir Ibn Hasday, que murió a causa de unas fiebres. Ha escrito un libro titulado *Lámpara de príncipes*, donde intenta dar una guía para el comportamiento de gobernantes. Sigue las enseñanzas que aprendimos en Zaragoza y los consejos que le dio el propio Ibn Hasday en el exilio. Ha tomado a al-Mu'tamín como ejemplo de buen gobernante. Yo he regresado hace poco tiempo y acabo de fundar una escuela coránica en Játiva. En cuanto me enteré de la caída de Zaragoza comencé a predicar la guerra santa contra los cristianos. Estoy dispuesto a ir hasta allá para que nuestra ciudad sea de nuevo tierra del islam. Al-Ándalus entero clama venganza.

—Los cristianos son muy poderosos ahora. Han crecido fuertes como el roble. Me temo que nunca podremos recuperar Zaragoza. Ni siquiera los almorávides han podido con ellos —advirtió Juan.

—Sí. Ya conozco la cobardía de Tamín. Si hubiera atacado a los infieles, Zaragoza no se hubiera perdido.

—No estoy tan seguro de ello. Este ejército cristiano es el más fuerte de cuantos han logrado reunir hasta ahora. Es probable que Tamín no dispusiera de los efectivos suficientes para romper el cerco.

—Y vos, maestro, ¿qué pensáis hacer?

—En cuanto pueda quiero viajar a Fez, allí acabaré mis días. Muchos de mis amigos van hacia esa ciudad.

—El viaje es largo y duro. ¿Por qué no os quedáis conmigo en Játiva? Podríais enseñar como profesor en mi escuela. Dada vuestra fama, vendrían alumnos de todo al-Ándalus a vuestras clases.

—No, gracias por tu ofrecimiento. Estoy decidido a viajar hasta Fez. Allí quiero publicar mi enciclopedia de astronomía; pienso dedicar lo poco que me quede de vida a ello.

Dos meses permanecieron en Valencia a la espera de que la navegación por el Mediterráneo se reanudara después del paréntesis invernal. A principios de mayo, con el buen tiempo, embarcaron en una nave que hacía la ruta desde Tortosa a Tánger, con escalas en Valencia, Alicante, Cartagena, Málaga y Cádiz. A las dos semanas, Juan, Mu'mina y Naryís

desembarcaron en la costa africana. Sin apenas detenerse, se integraron en una caravana que partía hacia el sur, con destino a Fez.

Por fin avistaron las murallas ocres de la antigua capital del norte de África. Fundada en el año 191 de la hégira, 808 del calendario cristiano, por el rey Idrís, Fez era un emporio comercial e intelectual. Tenía su origen en dos barrios, el de los andalusíes y el de los de Cairuán, que Idrís había unido en una sola ciudad, aunque respetando las dos mezquitas mayores, las dos alcaicerías y las dos casas de la moneda.

Pero Fez era famosa por su emplazamiento. Rodeada de bosquecillos de tamarindos, tejos, cipreses y acacias, disfrutaba de un aire saneado, un clima templado y aguas excelentes. Sus frutas eran sabrosísimas, sobre todo sus inigualables granadas, sus dulcísimos higos, sus aromáticos melocotones, sus perladas uvas, sus delicadas almendras, sus deliciosas algarrobas, sus perfumados membrillos, sus jugosas naranjas, sus finas manzanas, sus deliciosas peras, sus afamados albaricoques, sus carnosas ciruelas y sus tiernas moras.

El agua de Fez se consideraba casi milagrosa. La de las fuentes era fresca en verano y templada en invierno. De ella se decía que podía disolver los cálculos de riñón, que hacía desaparecer el hedor de las secreciones del cuerpo, que suavizaba la piel mejor que ningún tipo de ungüento, que quien se lavaba con ella no tenía piojos, que bebida en ayunas excitaba la pasión por el coito, que la ropa lavada con ella no necesitaba jabón para quitar las manchas y que aceleraba la digestión. Todo ello se debía a que los manantiales que abastecían a la ciudad discurrían entre juncales y matas de apio.

Se instalaron en uno de los numerosos caravasares que se agolpaban junto a las puertas de la medina. Allí tomaron dos habitaciones, una para las dos mujeres y otra para Juan, en tanto pudieran comprar o alquilar una casa que les agradara en la medina.

Muy poco tiempo tuvieron que esperar. Tan solo dos días después acudió al caravasar una comitiva de la universidad de la mezquita de al-Qarawiyín, que presentó sus respetos al gran ulema Juan ibn Yahya al-Tawil al-Rumi. Uno de los exiliados zaragozanos, enterado de su presencia, había hecho saber de inmediato a los profesores de la madrasa que Juan se encontraba en la ciudad. La fama que precedía al eslavo era tal que de inmediato le invitaron a que impartiera algunas lecciones de astronomía y se le ofreció una casa en la medina, con un pequeño patio interior al que se abrían dos pisos, el superior para vivir durante el invierno y el inferior para el verano.

Pese a que era un anciano de setenta y cuatro años, dictaba una clase diaria. Su vista superaba con mucho a la de hombres mucho más jóvenes; siempre decía que haber descansado los ojos en un paño verde después de la lectura, como aprendiera en Constantinopla, era la causa de que sus ojos se hubieran mantenido en tan buen estado durante tanto tiempo.

Discurrió un plácido verano entre las clases en la universidad, el acomodo de la casa de la

medina, los preparativos para la edición de la *Enciclopedia de astronomía* y la búsqueda de un marido para Mu'mina que fuera a la vez un padre para Naryís. Los tres mil dinares serían para ellas, y una dote como esa sería suficientemente apetecible, aunque habría que cuidar que no cayeran en manos de un desaprensivo que acudiera tan solo al brillo del oro.

Una tarde de otoño, poco antes de que el sol se ocultara, Juan regresaba a su casa tras explicar una lección sobre el movimiento de los planetas. Al pasar delante de una de las múltiples mezquitas de la ciudad oyó una voz que lo atrajo de manera especial. Estaba habituado a escuchar a excelentes almocríes recitando las siete maneras de leer el Corán, pero ninguno le había despertado el interés que destilaba aquella vehemente y segura garganta. No pudo evitar entrar en la mezquita ante el tono de aquel predicador.

Desde el *minbar* de la mezquita de Ibn Djannam hablaba un hombre de elevada estatura, de complexión delgada, manos fibrosas y elocuentes, perfil aquilino, dientes espaciados, ojos hundidos centelleantes como perlas negras y barbilampiño. En su mejilla derecha lucía de manera ostentosa un enorme lunar negro.

Su discurso era encendido y vibrante, pero rezumaba sabiduría y ciencia religiosa. Criticaba a los almorávides, de los que decía que interpretaban el Corán de manera puramente externa, por lo que los acusaba de paganismo al concebir a Dios como a un ser antropomórfico, dotado de toda una serie de facultades, situándolo así al mismo nivel que las criaturas. Lanzaba tremendas diatribas contra los actuales gobernantes bereberes, a los que recriminaba su relajamiento moral y su desmesurada afición al poder y a las riquezas. Medio centenar de fieles adictos seguían con atención extrema sus prédicas. A Juan le pareció un individuo interesante, de atrayente personalidad y que irradiaba un especial magnetismo para convencer de su mensaje a las masas.

Al día siguiente le preguntó a uno de los profesores de la madrasa si conocía al predicador que tanto lo había impresionado.

—Se trata de un tal Muhammad ibn Tumart. Nació en Igliz, una aldea del Atlas. Hace varios años, tras pasar una breve temporada en Córdoba y estudiar en la escuela que fundara Ibn Hamz, marchó a Oriente. Durante su viaje aprendió del perverso al-Gazzali el arte de disputar y sus errados conocimientos de teología y retórica. Regresó por el norte de África, deteniéndose en Alejandría, Túnez, Cairuán, Constantina, Bugía y Tremecén, para enriquecerse con las enseñanzas de muchos maestros en esas ciudades. Con todo ese bagaje recaló en Fez hace unos meses. En mezquitas regentadas por imanes pertenecientes a tribus enfrentadas con los almorávides predica desde entonces ideas contrarias a nuestra ortodoxia malikí.

—Parece un hombre muy preparado —alegó Juan.

—Sí, pero es muy peligroso. Defiende la necesidad de una reforma incitando al descontento y

aludiendo a que los espíritus dormidos se despierten de su vacío religioso y actúen contra los almorávides, a los que acusa de haber abandonado la práctica del Corán y de la Sunna.

Juan asistió durante varios días a las pláticas de Ibn Tumart. El predicador se anunciaba a sí mismo con el apelativo de al-Mahdi, es decir, «el Esperado» y decía que era el que algunas profecías anunciaban que nacería a finales del siglo V de la hégira para llenar la tierra de justicia.

Alentaba a sus seguidores a destruir todos los objetos que causaban placer, y él mismo había tenido algunos incidentes al romper algunos instrumentos musicales y derramar cántaros de vino y de licor de palma en las tiendas del zoco.

La influyente aristocracia de Fez vivía como en los desaparecidos reinos de taifas de al-Ándalus. Muchos de sus miembros pertenecían a ricas familias andalusíes emigradas ante el avance cristiano y habían trasladado a su exilio africano el lujo, los oropeles y la relajación de que disfrutaban en sus ciudades de origen. Esta aristocracia comenzó a temer por su acomodada posición ante las soflamas que Ibn Tumart lanzaba contra ese modo de vida y decidió acosarle.

El predicador debió abandonar la mezquita de Ibn Djannam y se instaló en la de Ibn Maldjum, pero también fue expulsado de esta última para recalar en la de Taryana, a cuyo frente había un imán chiita que acogió al denostado Ibn Tumart.

En la mezquita de Taryana fue donde expuso a sus seguidores el dogma coránico de la unidad, el *tawhid*, denunciando las interpretaciones antropomórficas de Dios y condenando una interpretación exclusivamente numérica de la unidad divina. Incidía en la necesidad de todo buen musulmán de iniciarse en el *tariq*, es decir, el camino espiritual que condujera a la búsqueda de la verdad y a la salvación.

Entre tanto, Juan encontró un marido para Mu’mina. La viuda de Jalid tenía unos treinta años, una edad demasiado avanzada para una mujer casadera, pero los tres mil dinares de la dote bien podrían suplir la falta de juventud. El matrimonio se pactó con un artesano del gremio de curtidores llamado ‘Abd Allah. Era un hombre honesto, reputado en todo su barrio como honrado y formal. No era rico pero su trabajo le permitía vivir sin estrecheces. Según decía, su linaje era muy antiguo y procedía de los cordobeses instalados en el barrio de los andalusíes de Fez cuando el emir ‘Abdarrahman II destruyó, hacía ahora trescientos años, el arrabal de Secunda de Córdoba y obligó a la mayoría de sus habitantes al exilio. ‘Abd Allah era hombre piadoso y, pese a sus cuarenta años bien cumplidos, no se había casado nunca.

—Estarás bien, Mu’mina. Tú necesitas un hombre y Naryís un padre que la proteja. Muy pronto será una mujer y para entonces yo ya no estaré con vosotras —le decía Juan a Mu’mina poco antes de la boda.

—Mi señor, te agradezco cuanto has hecho por mí y por mi hija.

—Se lo debía a Jalid y te lo debo a ti. Tú y Naryís habéis sido mi única alegría en estos últimos años. Soy yo quien debo agradeceros vuestra compañía.

Mu'mina se arrodilló ante Juan que la abrazó por los hombros instando a que se levantara. La mujer se abrazó a la cintura del anciano, que le acarició el pelo aspirando su perfume de áloe y limón.

La boda se celebró pocas semanas después de acordado el matrimonio en la rábida de la Puerta de Islitán, donde se veneraba la tumba del sabio cordobés al-Kinani. Mu'mina estaba radiante y su marido se mostraba sereno y contento. Tres mil dinares eran una dote fabulosa que le permitiría ampliar su negocio y convertirse en uno de los más importantes artesanos en cuero de toda la ciudad. Podría abrir un taller nuevo, contratar oficiales y aprendices y codearse con los grandes mercaderes y comerciantes.

Ibn Tumart dio un paso más en su estudiada campaña de agitación y salió a predicar por calles y plazas. Sus discursos comenzaban a calar hondo en mucha gente cansada de los abusos de autoridad de los almorávides. El Esperado acusó a los almorávides de impiedad y de materialismo e incitó a sus seguidores a negarles la obediencia. Ibn Tumart creyó llegado el momento decisivo y se despidió de sus adeptos en Fez para ir directamente al corazón del Imperio almorávide, a la capital de Marrakech, donde fundó el nuevo movimiento religioso a cuyos seguidores dio el nombre de *muwahhidines*, los almohades.

Sentado al calor de un tímido sol invernal en el patio de la madrasa de al-Qarawiyín, Juan escuchaba atento la conversación de dos jóvenes estudiantes de teología.

—Ibn Tumart tiene razón, los almorávides son unos corruptos y están destruyendo las creencias de los musulmanes —decía uno de ellos.

—Ese falso predicador no es sino un fanático exaltado que solo desea convertirse en el nuevo emir. Bajo una apariencia de hombre piadoso y austero palpita un corazón ambicioso y cruel —sostenía el otro.

—¡Es un sabio, es el Esperado! —afirmaba el primero.

—¡Es un impostor, un embustero! —aseveraba el segundo.

Juan se levantó del banco y se dirigió a los estudiantes. Desde su formidable altura miró con fijeza a los dos muchachos y les dijo:

—¿Por qué discutís de modo tan visceral sin emplear argumentos? Un sabio de al-Ándalus llamado Ibn Paquda decía que «el mejor regalo que Dios ha hecho al hombre es la sabiduría». Usadla, que siempre os guíe la razón como vía de la fe y del conocimiento de la verdad.

Hizo un ademán de continuar, pero se contuvo. Una fuerza desconocida e invencible lo empujaba hacia casa.

En un estante descansaban los tres libros de la enciclopedia de astronomía, listos para ser entregados a los copistas. Juan los contempló con ojos serenos. Cogió uno a uno los tres voluminosos tomos y los colocó en el brasero de bronce.

Apretó en su mano el amuleto de cuarzo que le regalara al-Kirmani y a su contacto recordó la prudencia de Demetrio, la brillantez de Miguel Psello, el recato de León de Fulda, la sabiduría de al-Kirmani, la grandeza de espíritu de al-Mu'tamín, el temple de Ibn Buklaris, la bravura de su hijo Ismail, la sagacidad de Ibn Hasday y la honestidad intelectual de Ibn Paquda. Abrió la cajita de plata del amuleto, desplegó el gastado papelillo y leyó: «Todo glorifica a Dios, lo que está en los cielos y sobre la realeza. A Él la realeza y la alabanza. Él tiene poder sobre todas las cosas».

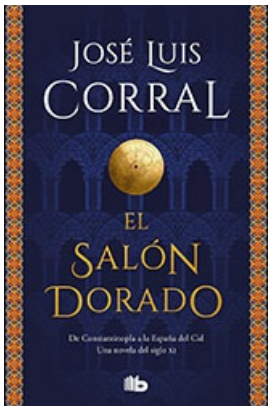
Tomó una lámpara y derramó la mitad del aceite sobre los tres tomos depositados en el brasero. Encendió la mecha y la aplicó. Instantes después las páginas manuscritas de su enciclopedia de astronomía ardían consumiéndose entre amarillentas llamas de las que se desprendía un olor rancio y acre.

Se acomodó en un diván frente al brasero, con el amuleto de cuarzo en su mano derecha. Entre las llamas irisadas le pareció que se dibujaba el rostro de una hermosa muchacha de ojos marinos y pelo dorado.

—¿Shams, Shams?, ¿eres tú? — interrogó al fuego.

Los ojos de Juan se cerraron lentamente y su brazo derecho se deslizó por el costado en tanto su mano se abría y dejaba caer al suelo el amuleto de cuarzo. En el improvisado pebetero los libros no eran ya sino un amasijo de carbones, brasas y cenizas.

El fascinante viaje a la Edad Media que renovó la novela histórica en España.



A fines del siglo XI la tensión entre cristianos y musulmanes está a punto de desencadenar uno de los episodios definitorios de la Edad Media: las Cruzadas.

Un joven esclavo será testigo privilegiado de las transformaciones del mundo mediterráneo desde Constantinopla a al-Andalus. En la vorágine de acontecimientos que marcaron el destino de Europa, un hombre tratará de encontrar vías de entendimiento entre cristianos, judíos y musulmanes, en el centro de un drama histórico que marcó el futuro de España.

José Luis Corral nos ofrece en *El salón dorado* una magnífica recreación de una época apasionante de nuestra historia y una aventura sin igual.

José Luis Corral, Premio de las Letras Aragonesas 2017, Aragonés del Año 2015 y medalla de plata en el XXXIV Festival Internacional de Cine y TV de Nueva York, ha dirigido programas de radio y televisión y ha sido asesor histórico de Ridley Scott en la película 1492. *La conquista del paraíso.*

Catedrático de Historia Medieval, es autor de treinta y cinco en sayos como *Historia contada de Aragón, Breve historia de la Orden del Temple, Una historia de España, El enigma de las catedrales, La Corona de Aragón, Aragón. Reyes, reino y corona* o *Misterios, secretos y enigmas de la Edad Media.*

Está considerado como el maestro de la novela histórica española contemporánea, por obras como *El Salón Dorado, El amuleto de bronce, El invierno de la corona, El Cid, Numancia, El número de Dios, El caballero del templo, El amor y la muerte, La prisionera de Roma, El médico hereje, El trono maldito* (con Antonio Piñero), *Los Austrias, Batallador* (con Alejandro Corral), *El Conquistador*, la novela gráfica *El Cid* (con Alberto Valero) y *Matar al rey.*



Edición en formato digital: julio de 2022

© 1996, José Luis Corral
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Sergi Bautista
Imagen de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1314-585-3

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El salón dorado

Capítulo I. Las raíces de la aurora

Capítulo II. Bajo el cielo púrpura

Capítulo III. El crepúsculo de marfil

Capítulo IV. El destino en Occidente

Capítulo V. La Ciudad Blanca

Capítulo VI. El brillo del alabastro

Capítulo VII. La agonía del león

Capítulo VIII. La primavera truncada

Capítulo IX. El ocaso del sol

Capítulo X. El declive de la media luna

Sobre este libro

Sobre José Luis Corral

Créditos